
execution
How hard would you fight
to take back what's yours?
LUCIA FRANCO

LUCIA FRANCO

execution

LIBRO 2

Colaboración







¿Cuánto lucharías por recuperar lo que es tuyo?



LUCIA FRANCO

execution

LIBRO 2

Nota

La traducción de este libro es un proyecto de Erotic By PornLove, Just Reading y Reading Girls, No es, ni pretende ser o sustituir al original y no tiene ninguna relación con la editorial oficial, por lo que puede contener errores.

El presente libro llega a ti gracias al esfuerzo desinteresado de lectores como tú, quienes han traducido este libro para que puedas disfrutar de él, por ende, no subas capturas de pantalla a las redes sociales. Te animamos a apoyar al autor@ comprando su libro cuanto esté disponible en tu país si tienes la posibilidad. Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros

Ningún colaborador: Traductor, Corrector, Recopilador, Diseñador, ha recibido retribución alguna por su trabajo. Ningún miembro de este grupo recibe compensación por estas producciones y se prohíbe estrictamente a todo usuario el uso de dichas producciones con fines lucrativos.

¿Cuánto lucharías por recuperar lo que es tuyo?



LUCIA FRANCO

execution

LIBRO 2

Mas Títulos de Lucia Franco

Títulos independientes

You'll Think of Me
Hold On to Me
Hush, Hush
Say Yes

Off Balance Series
Balance
Execution
Release
Twist
Dismount

¿Cuánto lucharías por recuperar lo que es tuyo?



LUCIA FRANCO

execution

LIBRO 2

Introducción

Estimado lector:

La serie Off Balance es una serie de continuación. Las novelas deben ser leídas para seguir la historia.

Esta historia es puramente ficticia y no refleja acontecimientos de la vida real.

Cada novela de esta serie de cinco partes sigue un intenso romance de mayo a diciembre entre una gimnasta y un entrenador. Si considera que este tema y cualquier contenido relacionado con él es perturbador, la serie Off Balance no es para ti.

La gimnasia es un deporte práctico que implica horas de contacto estrecho con un entrenador. Mi objetivo era centrarme en la belleza del deporte en detalle, mostrar el aspecto emocional de la dedicación que hace un atleta y mostrar cómo dos personas son capaces de cruzar límites prohibidos y evolucionar juntos.

Esta historia te empujará, te cuestionará y te llevará fuera de tu zona de confort.

La serie Off Balance está dirigida únicamente a lectores mayores de 18 años. Se recomienda la discreción del lector.

Lucia

¿Cuánto lucharías por recuperar lo que es tuyo?



LUCIA FRANCO

execution

LIBRO 2

Índice

Colaboración....2
Nota....3
Mas Títulos de Lucia Franco....4
Introducción....5
Índice....6
Sinopsis....7
Capítulo 01....9
Capítulo 02....14
Capítulo 03....21
Capítulo 04....29
Capítulo 05....36
Capítulo 06....43
Capítulo 07....50
Capítulo 08....58
Capítulo 09....70
Capítulo 10....78
Capítulo 11....87
Capítulo 12....94
Capítulo 13....104
Capítulo 14....111
Capítulo 15....120
Capítulo 16....127
Capítulo 17....136
Capítulo 18....148
Capítulo 19....157
Capítulo 20....164
Capítulo 21....173
Capítulo 22....185
Capítulo 23....192
Capítulo 24....201
Capítulo 25....207
Capítulo 26....220
Capítulo 27....228
Capítulo 28....239
Capítulo 29....244
Capítulo 30....252
Capítulo 31....262
Capítulo 32....270
Capítulo 33....277
Capítulo 34....285
Capítulo 35....293
Capítulo 36....303
Capítulo 37....312
Capítulo 38....320
Capítulo 39....328
Capítulo 40....337
Capítulo 41....342
Capítulo 42....350
Capítulo 43....356
Capítulo 44....360
Capítulo 45....366
Capítulo 46....375
Capítulo 47....381
Capítulo 48....387
Capítulo 49....395
Capítulo 50....406
Capítulo 51....413
Capítulo 52....423
Capítulo 53....435
Capítulo 54....446
Capítulo 55....453
Capítulo 56....462
Capítulo 57....468
Capítulo 58....475
Capítulo 59....483
Capítulo 60....491
Capítulo 61....501
Acerca de Lucia Franco....511

¿Cuánto lucharías por recuperar lo que es tuyo?



LUCIA FRANCO

execution

LIBRO 2

Sinopsis

El traslado a la Academia de Gimnasia de la World Cup es el mayor reto al que se ha enfrentado Adrianna. Sancionada por los excesivos requerimientos del entrenador Kova, se siente resentida mientras no participa en el primer encuentro de la temporada. Mientras Adrianna lucha por recuperar su concentración, él lleva su cuerpo al extremo, dejándola mental y fisicamente agotada.

Kova subestima la resistencia de Adrianna y se acerca más a ella, a pesar de la batalla interna que libra para mantenerse alejado. Intentan separarse, pero la tensión entre el entrenador y la gimnasta aumenta y los envuelve a ambos en un mundo prohibido de engaño y pasión.

El único lugar en el que nunca deberían sentirse vivos, es donde encuentran la completa absolución. Pero un resbalón, un aterrizaje erróneo, un mal agarre, y todo lo que construyeron puede derrumbarse, dañando tanto sus vidas profesionales como personales.

¿Cuánto lucharías por recuperar lo que es tuyo?



LUCIA FRANCO

execution

LIBRO 2

"Escucha, la naturaleza humana está jodida. Es más honesto, y más humano, simplemente mentir".

-Anónimo

¿Cuánto lucharías por recuperar lo que es tuyo?



Capítulo 01

Kova es un hombre despiadado y astuto. El odio se apodera de mí a un ritmo alarmante. Una rabia como nunca antes he sentido se desliza por mis venas, consumiéndome. Detesto el suelo que pisa, el aire que respira. Detesto cada fibra de su ser. Después de todo lo que compartimos, después de todo lo que sabemos el uno del otro; nuestras metas y deseos en la vida, nuestros sueños y aspiraciones; esta es la jugada más sucia de todas, y no estoy segura de cómo vamos a salir de ella.

No hay nadie más, aparte de Kova, que sepa lo importante que es cada encuentro de gimnasia en mi camino hacia las Olimpiadas, y sin embargo tuvo la osadía de arrancármelo por sus propias razones egoístas.

Su trabajo es atraparme si me caigo. No barrer la alfombra bajo mis pies y verme caer al suelo.

Sin embargo, también he jugado sucio. Lo he amenazado con acusarlo de violación. Un golpe bajo, y me siento fatal por jugar esa carta, pero se lo merece. Quiero arruinarlo, pero arruinarlo a él significa arruinarme a mí misma, y eso es algo que no puedo arriesgar.

Vencida por el cansancio, me quedo junto al auto de Hayden y suelto un suspiro lleno de angustia. Salí corriendo al estacionamiento para detenerlo después que nos atrapara a Kova y a mí teniendo sexo.

La imagen de la expresión de Hayden cuando irrumpió en el despacho de Kova se repite como un disco rayado en mi cabeza y me marca lentamente el cerebro. Aturdido, mortificado, conmocionado y, lo peor de todo, la decepción que había aparecido en su cara. Se había quedado sin palabras y había abandonado el despacho de Kova. Tuve que rogarle que no abriera la boca y nos denunciara a las autoridades. Por ello, le prometí que me sinceraría con él. No es algo que quiera hacer, pero lo haré a cambio de su palabra.

Lloro en su hombro, sin importarme mancharlo con mis lágrimas y mocos. Solo me abraza más fuerte a él. Me duele el corazón. Me duele la cabeza. Me ahogo por dentro, me hundo. Cuanto más pienso en todo aquello, más se me rompe el

corazón en un millón de pedacitos. Las lágrimas siguen cayendo por mis mejillas mientras lloro con más fuerza.

Dejo escapar un sollozo desesperado y él me besa la parte superior de la cabeza.

—No puedo creer que haya hecho esto —Mi voz esta amortiguada en su camisa—. No tiene corazón, Hayden. Sabía lo mucho que significaban las pruebas de élite para mí. Sabía que los Juegos Olímpicos eran mi meta desde que llegué a World Cup.

—Shhh... —Me abraza más fuerte—. Déjame llevarte a casa.

Trago un suspiro y me aparto de su abrazo.

—De acuerdo, pero primero tengo que ocuparme de algo. ¿Nos vemos en mi casa en veinte minutos?

Hayden me agarra del antebrazo, con la confusión escrita en su cara.

—¿A dónde vas?

Miro al suelo, reticente a responder.

—Tengo que decirle algo a Kova.

—¡No!

Levanto la vista.

—Hayden, te lo explicaré cuando te vea más tarde, pero tienes que dejarme ir a hablar con él.

Las fosas nasales de Hayden se ensanchan, no le gusta mi respuesta, pero acepta de todos modos. Lo último que quiero en este momento es mirar a Kova después que nos atrapó, pero la verdad es que necesito algo de él. Necesito esa estúpida pastillita blanca que le encanta darme como si fuera un caramelo.

Con los hombros hacia atrás y la barbilla levantada, vuelvo a marchar hacia la entrada de World Cup. Cada paso está lleno de un poco más de determinación. Cuando llego a la puerta principal, mis emociones se han enfriado y mis lágrimas se han secado. Abro la puerta y entro. El olor de la tiza en polvo impregna el aire y el sonido de las barras paralelas rebota en el fondo. Me dirijo al despacho de Kova, giro a la izquierda y camino por el estrecho pasillo. Una vez que llego a su puerta, agarro el picaporte y abro la puerta de golpe, para luego cerrarla de golpe tras de mí.

Kova se sienta quieto, con los ojos inmóviles. Su inquietante silencio y su mirada calculadora me ponen los nervios de punta. Suelto un pequeño suspiro, mi

corazón se acelera cuando sus ojos bajan hasta convertirse en finas rendijas, y una advertencia tácita llena el aire.

Apenas disimulando sus sentimientos, puedo sentir su rabia cociéndose a fuego lento bajo la superficie. Se me eriza la piel. Deja el bolígrafo en silencio y se recuesta en su silla de cuero.

—¿Arreglaste las cosas con Hayden? Va a mantener la boca cerrada, ¿no? —afirma más que pregunta.

—Sí… en su mayor parte.

Gruñe, con el labio superior curvado hacia abajo.

—La mayor parte no es suficiente para mí. Arréglalo, Adrianna. Ahora.

Bajo la mirada.

—Confío en que no diga nada.

—Y yo no.

—Parece un problema personal. —Se forman profundas arrugas entre sus cejas y dejo escapar un suspiro agravado. Sacudo la cabeza—. Hago un acuerdo con él para cubrir tus indiscreciones.

Una de sus cejas se alza hasta un pico alto. Sus ojos no se han movido de los míos.

—Seguramente quieres encubrir *nuestras* indiscreciones. Tienes tanta culpa como yo, y con mucha voluntad si no recuerdo mal. —Sonríe—. La forma en que te apretaste a mi alrededor mientras te corrías… Cómo respiraste con fuerza en mi oído y encerraste tus piernas alrededor de mi espalda. No finjas que no disfrutaste de lo que obtuviste o que de alguna manera todo esto es culpa mía. —Hace una pausa y sus ojos se oscurecen—. Te encantó cada segundo. Admítelo.

Aparto la mirada, con las mejillas sonrojadas. Estoy avergonzada.

—Escucha, tienes que conseguirme la píldora de nuevo.

—¿Qué te hace pensar que esta vez te la voy a conseguir? —pregunta, con la voz baja y controlada.

Mis labios se separan, asombrada por su actitud indiferente y su falta de preocupación por si me quedo embarazada.

—¿Por qué no lo harías? La has conseguido todas las otras veces.

Me da un encogimiento de hombros indiferente.

—Eres una chica grande, más que capaz de conseguirla tú misma.

Aprieto la mandíbula, mi ira crece ante su mirada inmóvil. Se me mete en la piel con una sola frase y una voz monótona.

—¡Dios! ¿Por qué tienes que ser tan imbécil? ¿Te levantas cada día con un objetivo de gente a la que fastidias? ¿Te excita hacer daño a la gente? ¿Cuál es tu problema? —Sacudo la mano de un lado a otro, rechazándolo—. Sabes qué, no respondas a eso. Me importa una mierda. Eres una persona asquerosa.

Frunce el ceño, pero no dice nada. Increíble. Enfurecida, me dirijo a la puerta y agarro el pomo.

—Adrianna —me llama por mi nombre y lo ignoro.

—*Adrianna.* —Me pongo rígida, con la espalda recta por la forma en que Kova acentúa la pronunciación de mi nombre por segunda vez. Miro por encima del hombro y veo cómo toma un juego de llaves de su escritorio. Inclinándose, abre un cajón y saca algo. Lo cierra de golpe, y agita la caja ofensiva en mi dirección.

Mis ojos se entrecierran, la furia se enciende en mis venas una vez más.

—¿La tenías escondido en tu oficina? —digo en un susurro agudo—. ¿Dónde cualquiera podría encontrarlo? ¿En qué estabas pensando?

Me acerco a él y le tiendo la mano. Antes que pueda arrancárselo de la mano, sale disparado hacia delante y me agarra el antebrazo.

—¿Por qué alguien asumiría que es tuyo? *Ria*, ¿has olvidado que tengo una relación duradera con Katja y que la he tenido durante muchos años? —No puedo evitar concentrarme en sus labios mientras pronuncia cada palabra. La fuerte inflexión de su acento me hace sentir escalofríos, mientras que el calor se acumula en mi vientre. Estúpido ruso.

—Por supuesto que no.

—La gente asumiría que es para ella, no para ti.

Intento apartarme, pero Kova aprieta su agarre y pasa su pulgar en suaves círculos bajo mi muñeca. Bajo la mirada conmocionada, odiando que mi estómago se agite en respuesta.

—Di por favor.

Mis ojos se disparan y veo rojo.

—Vete a la mierda.

Me quito el brazo de encima, con la caja en la mano, y me quedo mirándolo, intentando comprender cómo puede ser tan duro e insensible y, sin embargo, tener la cara de un dios.

Me ha alimentado con una mentira tras otra hasta que lo presioné lo suficiente como para que finalmente confesara la verdad: me ha retirado de mi primer encuentro de gimnasia de la temporada por razones egoístas. Quiere que lo odie lo suficiente como para rechazar sus insinuaciones sexuales porque no puede controlarse conmigo.

Qué pedazo de mierda. Un pedazo de mierda engañosa y encantadora que miente a través de sus dientes porque es más fácil para él que lidiar con sus impulsos. Un imbécil.

De los labios de Kova brota una risita. Doy un paso atrás, luego otro, y otro más. No tiene corazón. Cruel. El estómago se me revuelve de nuevo, pero por una razón diferente. El vello de mis brazos se levanta cuando él mira a través de unas pestañas gruesas y negras como la tinta. Los restos de su ira desaparecen y son reemplazados por un deseo ansioso.

Las lágrimas me pican en el fondo de los ojos al darme cuenta de lo verdaderamente enfermiza de la situación. Mis emociones aumentan, mi corazón golpea con fuerza contra mis costillas. No voy a llorar delante de él. Tengo que irme antes de derrumbarme.

Girando sobre mis talones, salgo de golpe de su oficina, sin saber qué vendrá de esta situación desgarradora y desastrosa que ambos hemos causado. El eco de su risa maliciosa me persigue mientras huyo.

Capítulo 02

Soltando un fuerte suspiro, tiro el teléfono en el asiento del copiloto y subo el volumen de la música lo suficiente como para bloquear los pensamientos de mi cabeza. Me tiemblan las manos y me arden las palmas al agarrar con fuerza el volante.

Tomo mi teléfono e intento llamar a Avery numerosas veces, pero una vez más, ha desaparecido. Su ausencia empieza a molestarme. Tengo fuego fluyendo por mis venas y mis emociones están desbocadas por lo que pasa con Kova. Necesito a mi mejor amiga. Necesito su orientación. Y ella no responde a mis llamadas.

Podría apoyarme en Hayden, pero quiero a Avery.

Giro hacia el estacionamiento y entro en mi plaza designada un poco demasiado rápido. Golpeo el bordillo con una sacudida, impulsándome hacia adelante hasta que mi pecho golpea el volante. Suelto un grito ahogado y cambio rápidamente a la posición de estacionamiento. Al mirar hacia abajo, me doy cuenta que he olvidado ponerme el cinturón de seguridad. Los nervios y las camionetas Tonka no encajan bien. Salgo del auto, doy la vuelta al otro lado y abro la puerta. Me cuelgo la bolsa de deporte del hombro y agarro el teléfono del portavasos. Al mirar la pantalla, veo un mensaje de Avery.

BFF: *¡Lo siento! Prometo llamarte pronto. Tengo muchas cosas que hacer ahora mismo y no puedo hablar <3*

Aprieto la mandíbula. *¿Tiene mucho que hacer*? Me acaban de atrapar follando con mi entrenador y estoy a punto de tomar la píldora del día después, *otra vez,* y ella tiene mucho que hacer. Cierro la puerta con incredulidad con toda la fuerza que puedo reunir y me dirijo al vestíbulo de mi apartamento. El sentimiento de culpa me invade y enseguida me arrepiento de la hostilidad que siento hacia ella. Es Avery. Ella nunca me dejaría de lado si no fuera un asunto serio. Ojalá supiera de qué se trata.

El aire del océano sopla contra mis acaloradas mejillas mientras me dirijo a la entrada. Al estar tan al sur, Florida no pasa por las cuatro estaciones. El mes de diciembre trae un buen cambio de tiempo, pero es raro que tuviéramos un frente

frío. Y teniendo en cuenta lo excitada que estoy, la brisa fresca se siente increíble contra mi piel.

Veo a Hayden en cuanto se abren las puertas. Está sentado inclinado en una silla de cuero negro con las manos entrelazadas. Con la cabeza inclinada hacia abajo, parece sumido en sus pensamientos mientras se hace crujir los nudillos. Aprieto el puño de mi bolsa de viaje y respiro hondo. Esto va a ser interesante.

—Siento que haya tardado más de veinte minutos —digo, acercándome a él. Hayden se pone de pie, con la alarma cruzando su expresión—. Tratar con Kova me llevó un poco más de tiempo de lo que había previsto.

Hayden se sacude y agarra mis brazos con sus manos. Me da un tierno apretón.

—Está bien, habría esperado hasta que llegaras, solo estoy preocupado por ti. ¿Estás bien?

Mis cejas se alzan.

—¿Bien? No, Hayden, estoy lejos de estar bien ahora mismo.

Hayden deja escapar un suspiro de simpatía. Me rodea los hombros con sus brazos y me atrae hacia él. Su preocupación por mi bienestar es tan fuerte como el abrazo que me da. Apoyo la cabeza en su firme pecho y respiro profundamente, rindiéndome a su cálido abrazo. Cierro los ojos por un momento y lo respiro. Hayden es mi consuelo, mi zona de confort.

—Sí, probablemente no es la mejor pregunta para hacerte. Lo siento, solo estoy preocupado.

Mi rostro se suaviza. Aprecio su compasión más de lo que él se imagina.

—Gracias —digo, apartándome. Uno mi brazo al suyo y pongo mi mano en su bíceps, amando el arco de curvatura de su músculo—. Vamos. —Señalo con la cabeza hacia el ascensor.

Un estruendo de truenos estalla detrás de nosotros mientras caminamos uno al lado del otro. Me detengo para mirar por encima de mi hombro a través de las altas ventanas de cristal tintado y escucho el estruendo de otro trueno. Los relámpagos iluminan el cielo cada vez más oscuro y la lluvia empieza a caer con fuerza y rapidez. Hayden se aparta de mí y me pasa el brazo por los hombros.

Está a punto de llover a cántaros, y no solo afuera.



Una vez dentro de mi apartamento, coloco mi bolsa en la barra del desayuno y busco mi cartera. Rebusco entre mis leotardos y mi equipo de gimnasia hasta que la encuentro. Hayden se quita la chaqueta y la coloca en el asiento acolchado de uno de los taburetes. Agarrándose a la silla de respaldo alto, tuerce y gira su cuerpo mientras mantiene los pies en su sitio, y cruje casi todos los huesos de su columna. El sonido rebota en mi silencioso condominio. Levanto la vista.

—¿Te sientes mejor? —pregunto.

—No en lo más mínimo.

Le tiendo mi tarjeta de crédito.

—Toma, pide algo de cenar. No me importa lo que sea, no soy exigente, solo tráenos algo bueno. Necesito tomar una ducha rápida. —*Y quitarme a Kova de encima.*

Hayden acepta la tarjeta en su mano.

—¿Es una de esas tarjetas negras? —Le da la vuelta y trata de doblarla.

—Sí. Haz lo que quieras con ella, no la romperás. Está hecha de titanio.

Levanta la cabeza, con la mandíbula floja.

—Sabes que puedes comprar un Bentley con esta tarjeta, ¿verdad? Una vez leí que alguien compró una taza de té de treinta millones de dólares con la tarjeta. —Hace una pausa, con las cejas inclinadas hacia el otro lado—. ¿Quién compra una taza de té por treinta millones? Las tazas de té son tan delicadas y frágiles. ¿Te imaginas que se rompieran? —Chasquea los dedos—. Treinta millones por el desagüe, así de fácil.

Me encojo de hombros y niego con la cabeza. Se me escapa una ligera risa.

—¿Cómo has conseguido una?

—Mis padres tienen una cada uno y se puede añadir una persona a la cuenta. Así que mi hermano, Xavier, y yo nos añadimos. Yo estoy en la de mi padre y él en la de mi madre.

—Eso es increíble.

—Voy a meterme en la ducha, pero seré rápida —digo, dirigiéndome a mi dormitorio.

—¿Necesitas ayuda? —grita Hayden en broma y yo me río.

Tomo algo de ropa y me dirijo al baño. Una vez que pongo el agua en marcha y espero a que se caliente, me quito el leotardo y los pantalones de deporte. Me miro en el espejo. Todo el trabajo que he realizado desde que llegué a la World Cup está empezando a dar sus frutos.

No hay ni un centímetro de grasa en mi cuerpo; no es que lo hubiera antes; pero donde antes solo estaba delgada, ahora estoy tonificada, mis músculos esculpidos, pero con una suave definición. Los brazos se curvan con nueva fuerza, mi estómago tiene abdominales evidentes y mis caderas son profundas con oblicuos. Al darme la vuelta, inclino la cabeza hacia un lado para obtener una mejor vista. Mi culo es redondo, firme y alto, con un arco que podría rivalizar con el de una supermodelo. El vapor empaña el espejo cuando mi mirada se dirige a mis piernas. Los muslos son notablemente más grandes, más firmes, sólidos. Flexibles, pero tiernos.

Al quitarme el lazo del cabello, éste cae a mí alrededor. Los matices de vino se mezclaban perfectamente con las ricas ondas castañas. Las puntas rizadas me hacen cosquillas en los pechos, haciendo que mis pezones se frunzan en respuesta. Miro hacia abajo. Estoy casi segura que mis pechos también han crecido, pero no mucho. Tal vez es el crecimiento muscular detrás del tejido grasa lo que hace que parecieran más grandes. Tal vez son mis deseos y mis ojos los que me juegan una mala pasada. Porque, ¿qué chica no quiere tener los pechos más grandes?

Compruebo la temperatura del agua con los dedos y me meto bajo la ducha. Suspiro, el sonido vibra en el fondo de mi garganta. Cierro los ojos mientras el agua caliente cae en cascada sobre mi agotado cuerpo. Me encantan las duchas hirvientes, aunque mamá insiste en que se me arruga la piel.

Mientras me lavo, imagino cómo se desarrollará la noche. Me pregunto cómo reaccionará Hayden y si llegará a entenderlo. Para el mundo exterior, es una píldora difícil de tragar. Inapropiado. Corrupto. Vil. Espantoso. La gente diría que Kova es una excusa repugnante de un hombre, que me despojó de mi inocencia, posiblemente incluso me manchó. Y aunque quiero estar de acuerdo con esas cosas por despecho, porque estoy furiosa, también sé que no son ciertas. Entre Kova y yo hay algo más que sexo. No me despojó de nada que no le hubiera dado voluntariamente.

Nuestra conexión en conjunto es extremadamente difícil de defender. Él me entiende a mí, a mis sueños y ambiciones; pero, lo que es más importante, Kova entiende lo que la gimnasia me da: individualidad y libertad. Una forma singular de expresar mi verdadero carácter y mostrar mi resistencia en el mundo. Yo soy mi propia persona.

Conectamos en un nivel diferente, solo necesito hacer que Hayden lo vea.

Cerrando el agua, salgo de la ducha y limpio el espejo con la palma de la mano antes de secarme rápidamente. Dejo caer la toalla y me pongo la ropa, luego me seco el cabello largo y grueso.

Cualquier cosa con tal de ganar tiempo.

Al abrir la puerta del baño, se me hace un nudo en el estómago. Doy un paso vacilante, preparándome, antes de avanzar por la alfombra de felpa hasta el salón. Cuanto más cerca estoy de Hayden, más cerca estoy de revelar la verdad.

—Chino —exclamo, entrando en la cocina.

Sonríe, tratando de disimular la agitación de sus ojos. Las últimas horas le han pesado mucho y eso me molesta. No merece ser arrastrado a esta mierda.

—Te pedí el pollo agridulce.

—Gracias —digo, y luego me apresuro a ir a la nevera para evitar el contacto visual. Tomo una botella de agua y se la doy a Hayden, y luego agarro una para mí. La destapo y tomo un sorbo, observándolo. El silencio entre nosotros es denso, no sé cómo abordar el tema.

—Si crees que voy a usar palillos para comer el arroz, te espera otra cosa. No puedo entender, de todo lo que se puede usar para comer arroz, alguien pensó que dos palillos serían lo mejor —suelto.

—¿Quieres decir, *zhu*[1]?

Finalmente levanto la vista hacia él.

—¿Zoológico? ¿Cómo donde los animales son enjaulados y puestos en exhibición?

Hayden suelta una carcajada y yo siento que se me escapa una sonrisa.

—No, *zhu* significa palillos.

Hago una pausa.

[11] Original Zoo en español zoológico.

—¿Cómo diablos sabes esto? No es de dominio público.

Me observa con una mirada que dice que es plenamente consciente que estoy esquivando la verdadera conversación.

—Mis padres pasaron por una fase aventurera en la que querían probar comida de diferentes culturas. Sé que en japonés es *hashi* y en coreano es otra cosa.

Finjo decepción, poniendo una mano sobre mi pecho.

—Me decepciona un poco que no sepas lo que es en coreano.

—Deja de ser un sabelotodo. ¿Quieres comer en la mesa de café?

Pasamos al salón y nos sentamos uno al lado del otro. Abrimos las tapas y una bocanada de vapor aparece ante mis ojos. Inhalo con deleite. Hace mucho tiempo que no como comida china y me muero de ganas de hincarle el diente. Hayden saca unos cuantos paquetes de salsa de la bolsa y los abre.

Antes de poder dar un bocado, necesito abordar el tema en cuestión. Se me forma un nudo en la garganta cuando me giro hacia él y apoyo mi rodilla en su muslo.

—Bien, Hayden, ¿qué quieres saber primero?

Sacude la cabeza.

—Come primero, luego hablaremos. —Mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña petaca. La sostiene entre nosotros y la agita—. Vodka.

Me quedo mirando el recipiente de acero inoxidable. El valor líquido es todo lo que necesito y no necesito.

—¿Vodka? Odio el vodka. ¿No podías elegir otra cosa?

—Oye, sirve para hacer el trabajo, y tú tienes que dar muchas explicaciones, así que te servirá. Pienso que podríamos hacer un juego de esto.

Un juego. A eso se redujo mi vida. Un maldito juego de beber.

La vergüenza vela mi corazón palpitante. Desviando la mirada hacia mis piernas entrecruzadas, me muerdo el labio. Me pregunto si Hayden me mirará mal o me verá de otra manera. Una opresión se apodera de mi pecho y trato de quitar el dolor. Las lágrimas se me agolpan en el fondo de los ojos. Este lío es mi problema y solo puedo culparme a mí misma. Llorar no lo resolverá.

—Oye —dice Hayden—. Sé lo que estás pensando.

—No es posible —murmuro.

—No voy a juzgarte. Lo prometo. Solo quiero saber qué pasa, Adrianna. Ayúdame a entender.

Lo miro.

—De acuerdo, tal vez me leíste la mente —digo entre una risa triste—. Si tengo que hacer esto, será mejor que bebas conmigo.

Una sonrisa amistosa ilumina su cara.

—No puedo emborracharme, tengo que conducir a casa.

—Quédate esta noche —sugiero, sin pensarlo dos veces—. Pero avisa antes a tu hermana para que no llame asustada mañana por la mañana como la última vez.

Sus cejas se inclinan una hacia la otra.

—¿Quieres que me quede esta noche?

—Creo que *necesito que te* quedes —le digo. Acepta, y la gratitud en forma de lágrimas llena mis ojos. Miro al techo para contenerlas. Me tiembla la mandíbula. Una vez que consigo controlar mis emociones, digo—: Aunque no sé si tengo ropa que te sirva para dormir.

Hayden se inclina hacia delante y me da un tierno beso en la frente. Se retira y mira hacia abajo.

—No te preocupes. Duermo en boxers.

Rodeando su cuello con mis brazos, me subo a su regazo y entierro mi rostro en su hombro. Lo aprieto con todas mis fuerzas y dejo escapar un fuerte suspiro. Unas cuantas lágrimas se deslizan por las comisuras de mis ojos. Hayden me abraza con fuerza, consolándome. Necesito que me abrace, que me diga que todo va a salir bien. Necesito que me haga promesas, unas que sé que odiaría cumplir. De las que lo harán debatirse entre lo moralmente correcto y lo incorrecto.

—Shhh… —dice cuando sollozo—. Todo irá bien. Ya se nos ocurrirá algo, pero estará bien. Te lo prometo.

Asiento con la cabeza, sollozando. Algo en mis entrañas me tiene en vilo. Sus palabras me reconfortan, pero estoy segura que este es un punto de cambio. Mi vida ya no será la misma. Acurrucándome en él, me frota círculos en la parte baja de la espalda. Estoy agradecida por Hayden y su amistad. Su cabeza se inclina y su mejilla se encuentra con la mía. Nos sentamos en silencio, salvo por mi suave llanto, mientras él me deja descargar mis lágrimas en su hombro.

Necesito confesarme, y pronto lo haré, pero en este momento, Hayden es exactamente lo que necesito.

Capítulo 03

—Normalmente la gente se toma un chupito entero cuando derrama secretos —dice Hayden mientras yo veo caer el líquido transparente en uno de los vasos de chupito que he traído de la cocina—. Pero como los dos no somos grandes bebedores, empecemos con medio chupito para no caer de bruces.

Hayden me entrega el vaso y yo acepto.

—Buena idea. —Hago una pausa—. Entonces, si me tomo un chupito cuando la verdad se pone muy dura, ¿tú también te tomas uno?

Asiente con la cabeza.

—O cuando tengo una pregunta y la respuesta que me das no es la que esperaba. Pero primero, nos tomamos uno solo para poner las cosas en marcha.

Veo cómo se sirve otro medio chupito para él. Cuando me subí a su regazo, no dije ni una palabra, no me empujo a hablar, se limitó a estrecharme en su cálido abrazo y a limpiarme las lágrimas de los ojos. Su camisa azul descolorida aún tiene una mancha húmeda de donde lloré.

Tapa la petaca de plata y la encaja entre sus muslos, que son del tamaño de un tronco de árbol. Mirando hacia arriba, sus ojos azul cristalino brillan con picardía. Una tímida sonrisa curva la comisura de sus labios y siento que la mía hace lo mismo. Intenta tranquilizarme. Su cabello rubio arenoso está revuelto, como si se hubiera pasado la mano por él.

—¿Lista? —pregunta.

Exhalo.

—No. Hagamos esto. —Chocamos nuestros vasos. Me llevo el vaso a los labios y nuestras miradas se cruzan mientras el líquido frío baja por la parte posterior de mi garganta. Me encojo. No entiendo cómo alguien puede beber esta mierda. El alcohol no es lo mío.

—Siento fuego en la garganta. —Carraspeo a través del ardor.

—Suena como un síntoma de una ETS. —Hayden se ríe.

—Deberías saber, antes de preguntarme nada, que Kova nunca me presionó —le recalco—. Ni una sola vez.

Sus labios forman una línea plana y asiente.

—Sabes que es difícil que me crea algo teniendo en cuenta su edad y su estatus, ¿verdad? Tiene mucho poder, Aid. Tal vez no te das cuenta.

—Puedo ver de dónde vienes y por qué pensarías eso, pero no es el caso. Te prometo por mi vida que no lo es.

Por la mirada de Hayden me doy cuenta que no está convencido.

—¿Cuándo comenzó? ¿Quién más lo sabe? —pregunta.

—Un par de meses después de mudarme aquí. La única otra persona que sabe algo es Avery, pero aún no lo sabe todo.

—¿Se lo vas a decir?

—Eventualmente, sí. Es mi mejor amiga, pero me preocupa que me juzgue.

—¿Me lo habrías dicho si no te hubiera atrapado?

Contemplo mi respuesta durante un largo momento. Hayden sabe la respuesta antes que yo la diga.

—Probablemente no.

—Le diste tu virginidad —afirma más que pregunta.

Empujo mi vaso hacia él para que lo rellene.

—Vaya. No hay juegos previos. —Ambos bebemos otro medio chupito. El recuerdo de la pérdida de mi virginidad llena mi mente. Como la primera vez de cualquiera, fue incómodo y doloroso; pero Kova había ido despacio y me había permitido adaptarme a su tamaño, y luego me había proporcionado más placer del que hubiera podido imaginar.

—Lo hice —digo finalmente, con el calor subiendo a mis mejillas.

Parpadea.

—¿Así que Kova sabía que eras virgen y no le importó?

Niego con la cabeza en señal de protesta.

—No se lo dije. No lo sabía.

Se burla.

—Eso es imposible.

—No es así. ¿Cómo iba a saberlo si no se lo decía?

—No sé, que el himen esté ahí para uno.

Lo ignoro.

—Se enteró después y se puso furioso.

Una sombra oscura se proyecta sobre los ojos azules de Hayden. Me recuerdan al océano profundo.

—¿Qué quieres decir con *furioso*? —gruñe.

—Tuvimos una discusión al respecto. Las cosas se pusieron un poco tensas.

—Un poco tensas —repite en voz baja—. ¿Dónde estabas cuando ocurrió?

—Aquí.

Hayden se pone muy serio.

—¿Quieres decir que vino a tener sexo contigo aquí? ¿En tu apartamento, donde no podías escapar de él? ¿Lo hiciste para que te prestara más atención?

Eso me molesta.

—No había necesidad de escapar de él porque no quería. —Mi voz se eleva mientras acentúo cada palabra con un tono agudo—. Lo quería, me gustaba. —La idea de tener sexo con Kova hace que un revuelo de sensaciones recorra mi cuerpo. Mis mejillas vuelven a sonrojarse. Aunque estoy destrozada por el hecho que me saque del encuentro, no puedo evitar que mi cuerpo reaccione ante él. Todo lo que compartíamos es todo lo que yo quiero, e intentar que Hayden lo comprenda está siendo un reto.

—Te estás sonrojando. —La cabeza de Hayden se inclina hacia un lado y su mandíbula cae—. Estás pensando en ello, ¿verdad? Estás pensando en follar con él. —Sacude la cabeza con incredulidad, Hayden se sirve un trago entero y lo devuelve rápidamente, luego llena el mío, pero no me muevo para beberlo—. No puedo creerlo —murmura en voz baja con asco.

Mis cejas se alzan. Miro por encima de su hombro.

—No, no lo hago.

—Estás mintiendo. Puedo verlo en tus ojos.

—Bien. Lo estoy haciendo. ¿Qué quieres de mí, Hayden? Te estoy diciendo la verdad, es lo que pediste. Me gustó tener sexo con Kova, me gustó todo. No puedo evitar que pensar en ello me ponga cachonda. —Hayden va a hablar pero lo detengo—. Y él no vino aquí a follar, vino a hablar conmigo. Una cosa lleva a la otra y como que sucedió.

Me mira de forma divertida.

—Cosas como esas no ocurren, así como así, Aid…

—No puedo caer sobre una polla, lo sé —me burlo—. Avery dice lo mismo.

Hayden suelta una carcajada, aligerando la tensión en la habitación. Mis hombros se relajan.

—Bueno, Avery tiene razón. No es posible.

—Sí, lo sé, pero Hayden… no lo entiendes. Sinceramente, no es lo que piensas. Conectamos en un nivel puramente psicológico. Nos entendemos y queremos las mismas cosas. Nunca en un millón de años espere que esto sucediera.

Sacude la cabeza, en desacuerdo.

—Sin embargo, es tu entrenador. Él, más que nadie, sabe que no debe involucrarse con su gimnasta. Y mucho menos, a tu edad. Le atribuyo a él la culpa de lo que ha pasado, es el catalizador de todo esto. No entiendo cómo pudo aprovecharse, Aid. Es asqueroso.

Me estremezco.

Hayden suspira.

—Estoy tratando de entender esto, pero creo que nunca lo haré. Debería haber puesto fin a esto antes que pudiera empezar. ¿Cómo no puedes ver que lo que te hace está mal?

Estoy cansada de todo eso.

—Tal vez no es algo que necesita ser entendido.

—No funciona así a los ojos de la ley. —Hace una pausa, con la frente arrugada—. ¿Estabas al menos usando protección? Por favor, dime que estás usando anticonceptivos.

Respondo con un sutil movimiento de cabeza.

—A pelo —dice—. Por favor, no me digas que te folló sin condón. —Desvío la mirada. Continua—. Increíble. Es un puto tonto si alguna vez vi uno. ¿Qué tipo no lleva un condón?

Mis cejas se fruncen.

—¿Quieres decir que siempre llevas uno encima?

—¡Sí!

—Oh —Hago una pausa—. Como ahora mismo, ¿tienes uno encima?

—¡Sí! —exclama, como si fuera algo obvio—. No seas tan ingenua, Aid.

Me ofendo por ello.

—No soy ingenua. Solo que no creía que todos los hombres llevaran un condón, es tan cliché.

—Contraer una ETS no está en mi lista de cosas por hacer, y las chicas no suelen llevarlos en el bolso.

Se me escapa una risita triste.

—Es cierto. —Mis ojos se abren de par en par—. ¡Joder! —Me tomo el chupito y le paso apresuradamente el vasito a Hayden. Ni siquiera tengo tiempo de encogerme por el sabor amargo y asqueroso.

Levantándome de un salto del sofá, corro hacia el bar donde había dejado mi bolsa de lona, y la revuelvo. No soy nada bebedora, así que el vodka ha empezado a calentar mi sangre y a aflojarme.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, siguiéndome. Suspirando de alivio, mis hombros se hunden cuando encuentro lo que busco. Me doy la vuelta y sostengo la caja junto a mi rostro. Hayden mira lo que tengo en la mano. Su cara se transforma lentamente en una fusión de perplejidad, ira y repulsión. Su mandíbula se endurece y me muerdo el labio. El aire cambia a nuestro alrededor.

—¿Te hace tomar la píldora del día después? ¿Me estás jodiendo? ¿Sabes lo malo que es para tu cuerpo? —ruge. Hayden me la quita de la mano y le da la vuelta para leer el reverso.

—No me obliga a tomarla, fue una sugerencia mía ya que no tomo anticonceptivos. Nunca lo había necesitado.

—Déjame adivinar, resulta que tiene un alijo de estos bebés por ahí —Cuando no digo nada, sus ojos azules se iluminan—. Tengo razón, ¿no?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—No, en realidad no. Ha tenido que ir a comprarlos en el pasado. Hoy casualmente tenía algunos a mano.

Hayden se mueve de un pie a otro. Deja escapar un fuerte resoplido.

—Así que estaba preparado para el siguiente golpe rápido es básicamente lo que me estás diciendo. —Hace una pausa—. Espera. ¿Cuántas veces has tomado esta basura?

—Unos cuantos.

—Unos cuantos —replica—. ¿Cómo pudiste meter esto en tu cuerpo después de lo mucho que trabajas?

—No lo sé, Hayden. No estaba pensando.

—Maldita sea, no estabas pensando. Acaso sabes… —Se detiene y baja lentamente el brazo. La cara de Hayden palidece, transformándose en una claridad nauseabunda. Sus ojos se abren de par en par—. Cuando te enfermaste, ¿ésta fue la causa? ¿Cuándo te llevé al médico?

Aprieto los ojos. No había planeado contarle ese pequeño detalle.

—Creo que necesitamos otro shot —sugiero, desviándome. Intento alejarme, pero él alarga la mano y me aprieta la muñeca. Su agarre no es doloroso, pero la ferocidad late en su mano y sus ojos están oscuros de furia.

—Es así ¿no?

—Sí y no. Tuvimos una discusión que nos llevo a un sexo duro…. Al día siguiente me dolía orinar, así que me aguanté, lo cual fue una estupidez porque fue lo que causó la infección. El médico dice que podría haber sido una combinación de la píldora además de la infección renal lo que causó los fuertes calambres.

—No hay que joderse. ¿Cuántas veces has tomado esta mierda, Aid?

Hago una mueca de disgusto por la mordacidad de su tono.

—Esta sería mi tercera vez.

Su mandíbula se afloja, al igual que la mano que me sujeta la muñeca. Sus hombros caen, como si hubiera sido derrotado por no protegerme antes. No tengo intención de hacer daño a Hayden, pero él quería la verdad y, sinceramente, necesitaba sacarla.

Se pasa una mano por el cabello y se tira del cuero cabelludo. Se pasea por el salón, sacudiendo la cabeza y murmurando en voz baja. La ansiedad me atenaza el estómago mientras lo observo. Su agarre arruga la caja y elevo una oración

silenciosa con la esperanza que no aplaste la píldora. Su otra mano es un puño apretado en su costado, las venas de su brazo girando hacia el antebrazo. Está tan enfadado, tan molesto que pienso que va a golpear mi pared, pero su siguiente movimiento me sorprende.

Hayden se acerca a mí y, antes que pueda parpadear, me abraza. Alinea su cuerpo con el mío y coloca sus grandes y musculosos brazos alrededor de mis hombros, aprisionándome a él. Todo su cuerpo tiembla de rabia. Dejo de luchar contra él para aceptar lo sucedido y rodeo su espalda con mis brazos. De alguna manera, creo que él necesita esto más que yo.

—Voy a matarlo, carajo —dice con sus labios en la parte superior de mi cabeza—. Nunca debió permitirse estar en una situación en la que se viera tentado.

—No fue todo él, sabes. Yo también tengo la culpa.

Hayden me pasa una mano por el cabello y me besa la parte superior de la cabeza. Me acerca a él y me da un abrazo reconfortante. El vodka corre por mis venas y me relajo en él con un cálido suspiro. A pesar de haberle confesado partes de mi tórrida aventura, es un alivio hablar de ello.

—*No* vuelvas a acostarte con él. Por favor —suplica, su voz se quiebra junto con mi corazón. Hayden es mi mejor amigo aquí. Lo último que quiero es hacerle daño, y aunque exige toda la verdad, la verdad le afecta.

—Si quieres… si quieres sexo, úsame. No tenemos que tener una relación, y no tenemos que decírselo a nadie. No soy tu entrenador. No soy dieciséis años mayor que tú. Y definitivamente no soy alguien con autoridad sobre ti que podría atraparte en algo sabiendo muy bien que está mal. Aléjate de él, solo trabaja con Madeline de aquí en adelante, porque por la forma en que me siento ahora, podría arrancarle la maldita cabeza. Lo digo en serio, Adrianna.

—Cree que tenemos una relación —digo, mirando sus brazos color miel.

Hayden se aparta y me mira. Una de sus manos se posa en la parte baja de mi espalda y la otra en la base de mi cuello. Sus suaves dedos me masajean la nuca y mi cuerpo se sonroja por su contacto. Levanto la vista hacia él y me doy cuenta que el vodka me está afectando más rápido de lo que pensaba… y también a él. Los dos teníamos la misma mirada de ojos brillantes.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, fue una de las razones por las que me sacó, pero también en realidad porque quiere que lo odie hasta el punto de no dejar que se acerque a mí ya que parece que no puede alejarse de mí, si me entiendes…

Su labio se curva.

—Irreal. Es una verdadera pieza de trabajo. ¿Así que te sacó del encuentro porque cree que tienes una relación, mientras se está tirando a su novia en casa regularmente, y porque no puede controlarse? ¿Podemos decir doble moral?

—Dice que quiere que lo odie.

—¿Y lo haces?

Pienso en su pregunta antes de responder.

—Sí y no. Es complicado.

Hayden suelta su agarre y da un paso atrás, mirando la pared detrás de mí. Lo he sorprendido con mi lista de confesiones del tamaño de la Biblia.

Vuelve a pasarse una mano por el cabello y dice:

—Vamos a tomar otro trago, y luego quizá sea todo por esta noche. No queremos despertarnos con una resaca malvada.

Antes que pueda responder, se oye un insistente golpe en mi puerta. Mi corazón se desploma. La sangre se me escurre del rostro y Hayden me observa con una mirada confusa.

Sé quién es. Solo puede ser una persona.

Capítulo 04

El golpe en la puerta suena de nuevo, seguido por la voz apagada de Kova.

—Adrianna, abre la puerta.

—Oh, joder, no —dice Hayden, y arroja con indiferencia la pequeña caja de píldoras del día después sobre la mesa de café.

Se dirige hacia la puerta y, por algún milagro, llego antes que él y me pongo delante.

—Hayden, por favor, apártate —le ruego, con las manos pegadas a su pecho intentando apartarlo. Sus pectorales se flexionan contra mis palmas, pero no se mueve—. No le digas ni una palabra. Obviamente ya sabe que lo sabes y seguro que está preocupado.

—¿Por qué lo defiendes?

—No lo hago. —Tal vez sí lo hago—. Solo déjame hablar con él y ver qué quiere.

Se cruje el cuello hacia un lado y grita:

—Bien.

—Gracias.

Hayden da un pequeño paso atrás. Respirando hondo y rezando por lo mejor, desbloqueo la puerta con dedos temblorosos y tiro de ella para abrirla.

Mis pulmones arden al ver a Kova. Lo odio. Odio el suelo que pisa, el aire que respira.

Al menos, es lo que quiere. Eso es lo que me digo.

Su inesperada presencia provoca una agitación en mi vientre y un tamborileo en mi corazón. Por una fracción de segundo, olvido toda la confusión que ha causado, los estragos que ha causado. Una mirada a sus ojos verdes y su emoción descarnada está a la vista de todos.

Lo invade la desesperación. Desesperado.

Hay algo francamente magnético en Kova que me atrae hacia él. Un encanto, una fascinación.

Y algo tan poderoso y cautivador como él solo puede acabar en la destrucción total.

Retrocedo para dejar entrar a Kova y me topo con Hayden. Su pecho está a ras de mi espalda, su brazo se extiende alrededor de mi abdomen y se apoya posesivamente en mi cadera. Es entonces cuando Kova levanta la mirada y mira detrás de mí. Su mandíbula se tensa y sus ojos se oscurecen al ver a Hayden. Algo parpadea en su mirada, una sombra de conocimiento, pero desaparece tan rápido como llega. Kova se abre paso hasta mi apartamento como si fuera algo natural para él.

Hayden me suelta, y antes que pueda detenerlo, su puño vuela hacia Kova en un movimiento borroso.

—¡Hayden, no! —jadeo al oír el sonido de sus nudillos conectando con la afilada mandíbula de Kova, el chasquido astilla la tensión en la habitación.

—¡Oh, Dios mío! —Apenas tengo tiempo de moverme cuando la parte trasera del enorme cuerpo de Kova cae hacia mí como un edificio a punto de derrumbarse. Por suerte para mí, se recupera rápidamente y se pone de pie. Camino hasta situarme entre ellos y extiendo las manos. No estoy segura de tener la capacidad de detenerlos, pero seguro que lo voy a intentar.

Kova se lleva el dorso de la mano a la boca, sus ojos brillan, una sonrisa malvada se extiende por su cara. Sonríe.

—¿Estás loco, Hayden? —grito, empujándolo hacia atrás con un resoplido. Él no tropieza. Vuelvo a empujar, esta vez con todo lo que tengo dentro—. ¡Atrás! —Tratar de mover una roca gigante estando achispada resulta ser más difícil de lo que había previsto.

—¿De verdad vas a preguntarme si estoy loco ahora mismo? —pregunta, con sus ojos como dagas envenenadas dirigidas únicamente a Kova. El aire es combustible entre los tres y el denso silencio lo hace aún más volátil. Hayden parece un animal indomable. Nunca he visto este lado de él. Tan protector y defensivo. Si pudiera escupir balas, no me cabe duda que lo haría.

Hayden se mueve rápido y me rodea. Sé que no tengo fuerzas para retenerlo, así que me posiciono frente a Kova. Me pego a él y envuelvo mis brazos detrás de mí y me agarro a las piernas de Kova. Mi corazón late salvaje y frenéticamente contra mis costillas. Contengo la respiración y veo cómo Hayden levanta el puño en el aire.

—¡Hayden! ¡Detente! —grito, pero él no me escucha.

Kova me pasa un brazo por encima del pecho y me sujeta el hombro mientras bloquea el puñetazo de Hayden con el antebrazo. Jadeo horrorizada cuando se agacha, protegiendo mi cuerpo con el suyo mientras los puños de Hayden intentan golpear de nuevo. Kova me arroja a un lado y se aparta.

Me preparo para la caída con los brazos extendidos y giro la cabeza mientras mis rodillas rozan la alfombra. Inspiro, haciendo una mueca de dolor por la quemadura de la alfombra y escuchando los gruñidos de palabras malsonantes entre los dos hombres. Levanto la vista y me aparto del rostro los mechones de cabello sueltos que me impiden ver, colocándolos detrás de la oreja. Con los ojos muy abiertos, me tiemblan las rodillas mientras me pongo en pie lentamente, mortificada por el espectáculo que tengo ante mí.

—¡Qué mierda estás haciendo, Hayden! —Kova enfurece, esquivando otro golpe. Se pone en pie y empuja a Hayden hacia atrás con un empujón en el pecho—. ¡Casi la golpeas!

Kova se coloca detrás de Hayden y lo estrangula. Levanta la vista, con los ojos brillantes. La sangre gotea de la comisura de la boca, donde tiene el labio roto. Sorprendentemente, Hayden le ha dado un buen puñetazo.

—Me alegro de verte responder a la puerta con ropa de verdad esta vez, *Ria.* — Su boca se curva. La insinuación de algo más en sus palabras que no pasa desapercibida. Hayden se revuelve en sus brazos, pero Kova lo tiene bien agarrado. No va a ir a ninguna parte.

Lo fulmino con la mirada. De todas las cosas con las que empezar una conversación, escoge eso.

Hayden se retuerce en los brazos de Kova.

—¿Estás intentando que te pegue otra vez?

—Eso fue un golpe tonto, Hayden. No volverá a ocurrir. Es obvio que no eres rival para mí. Ahora deja de intentar pelear conmigo para que pueda...

—¡Eres una puta escoria!

Kova hace una pausa.

—Me han llamado cosas peores.

—¡Hayden! —grito. El vodka, y una veintena de sentimientos y emociones diferentes, corren por mi sistema, poniéndome más caliente por momentos. Mis dedos hormiguean de adrenalina—. ¡Detente, joder!

—Si prometes actuar civilmente, te liberaré —dice Kova a la cabeza de Hayden.

Hayden murmura en voz baja y Kova lo libera. Se pasa ambas manos por el cabello rubio arenoso y se ajusta la camisa, ahora arrugada. Dirige una mirada mordaz a Kova y luego me mira a mí. Retrocedo ante su mirada. Apenas contiene lo que siente.

—¿Cómo puedes defender a este pedazo de mierda después de lo que te hace? —pregunta Hayden, señalando a Kova.

Entorno los ojos hacia Kova. Se ha levantado el dobladillo de la camisa para limpiarse la sangre de la boca.

Me tiembla la mandíbula, él sigue molesto porque aún cree que me ha forzado contra mi voluntad.

—Ya te he dicho que no hace nada que yo no quiera. Nunca me vas a creer, ¿verdad? —Mi voz suena tan frágil como se sienten mis emociones—. No sé qué puedo hacer para que me creas.

Endereza los hombros hacia atrás.

—Sabiendo la posición en la que está, no hay nada que puedas hacer o decir que cambie lo que siento. Nada. Está *mal* y debió ser él quien lo supiera.

Las lágrimas me nublan la vista.

—No está mal que lo quiera. Realmente no lo está.

—Me siento como si estuviera hablando con una pared en este momento —responde.

—Tienes el valor de decir algo, Hayden —corta Kova—. Sobre todo, después de todo lo que he hecho por ti y por tu hermana. —Le dirige a Hayden una mirada cortante que lo pone a cien.

La cara de Hayden se pone muy blanca.

—¡Eso no tiene absolutamente nada que ver con esto! —ruge—. ¡Nada! Entonces, ¿qué, por *eso* puedes hacer lo que quieras y yo debería estar de acuerdo con ello? ¿Como si estuviera en deuda contigo para el resto de mi vida? ¿De dónde sacas tu línea de pensamiento?

Miro de un lado a otro entre los dos, perdida. Están conversando sobre algo de lo que yo no tengo ni idea.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—¿Por qué crees que se implementaron reglas, Adrianna? —me pregunta Kova mientras miraba fijamente a Hayden—. ¿Por qué crees que hay una política de citas que yo aplico? Pregúntale a tu querido amigo aquí mismo. Holly es la razón de ello.

Miro a Hayden, pero está concentrado en Kova.

—Kova —gruñe Hayden. Da un paso hacia él—. No lo hagas.

—¿No qué? —pregunto, mirando de nuevo a un lado y a otro entre ellos.

Kova levanta un elegante hombro como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Estoy segura de su postura, confiado.

—Solo te estoy recordando lo que hago por *ti,* Hayden. Ahora harás lo mismo por mí y me concederás con la misma discreción que yo te hago a ti. —Termina con una ceja levantada.

Estoy más perdida que nunca.

—¿Hacer qué para ti? —grito—. ¿Qué mierda está pasando?

Ambos hombres se giran hacia mí, el blanco de sus ojos más visible que el color. Inhalo una bocanada de aire. La presión aumenta en mi pecho cuando intento respirar más profundamente y con más fuerza. Los pulmones me arden por la restricción. Horrorizada por sus reacciones, mi corazón se rompe en mil pedazos y rompo a llorar. Lloro por una batalla que nunca tengo la oportunidad de ganar: convertir a Hayden en un confiado y perder el encuentro de gimnasia. Ambas cosas son irremediablemente inalcanzables y la gravedad de esa constatación produce un efecto tan severo que mi garganta se cierra y las lágrimas calientes me nublan la vista. No importa lo que diga, Hayden nunca lo entenderá, y no importa lo que haga, Kova no me va a dejar competir en el encuentro.

Con el corazón palpitante, dejo caer la cabeza entre las manos y me doy la vuelta, pero una mano con un agarre fuerte me detiene.

Me encojo de hombros ante Kova como si su toque contuviera una enfermedad. Lo intenta de nuevo.

—Vete. De todos modos, no sé por qué estás aquí —digo, con los ojos fijos en el suelo. Estoy demasiado avergonzada para levantar la vista.

—Adri…

—Déjame en paz —grito, apartando la mano de Kova de un manotazo. Justo cuando doy un paso más, su mano se aferra a mi bíceps.

Algo en mí se rompe y tiro el brazo hacia atrás. Mis ojos se alzan mientras el calor sube a mis mejillas manchadas de lágrimas. No miro nada más que el espacio entre ambos hombres y siento que todo se agita en mi interior. No puedo mirar a ninguno de los dos. La ira fluye desde la punta de los dedos de los pies hasta la cima de la cabeza a un ritmo alarmante. Me pongo rígida.

—Aléjate de mí —Da un paso hacia mí mientras yo retrocedo—. ¿Estás sordo? Aléjate. No te quiero aquí.

—Solo quiero hablar contigo —suplica Kova.

—No tengo nada que decirte. Has dejado perfectamente claro cuáles son tus motivos.

—*Entrenador,* creo que es mejor que se vaya —sugiere Hayden.

Kova mira a Hayden y le da un repaso exasperante de pies a cabeza.

—No acepto órdenes de los chicos de los ponis. —Luego vuelve a mirarme.

—Te odio. —Lo miro a los ojos mientras dejo que las palabras salgan de mis labios con asco.

Kova no parpadea, su expresión es neutra. Actúa como si las palabras no lo perturbaran y se acerca hasta invadir mi espacio personal y me veo obligada a empujar su pecho duro como una roca. No se mueve. Sus manos me sujetan los dos brazos para encerrarme en él y empiezo a agitarme en sus brazos.

Entre el vodka y mis emociones fuera de control, me derrumbo.

—¡Fuera! —grito—. Fuera. Fuera. —Sus dedos me rodean los brazos y lo empujo con las palmas de las manos bajo la barbilla para apartarlo. Con la mano levantada hacia atrás, intento darle varias bofetadas en la cara, pero se mueve demasiado rápido y esquiva mi ataque cada vez. Kova empieza a hablar en su lengua materna, y su ruso se hace cada vez más fuerte con cada espasmo de ataque y agresión que le propino—. ¡Te odio! Te odio.

Un brazo rodea mi estrecha cintura desde atrás.

—Adrianna. Detente —ordena Hayden, intentando agarrarme. Tiro de los brazos y los retuerzo en círculos en un esfuerzo por aflojar el férreo agarre de Kova. Justo cuando pienso que he ganado, Kova me suelta, pero soy demasiado lenta. Deja caer ambos brazos sobre mis hombros y me atrae hacia él. Aun así, lucho, arqueando el pecho hacia atrás, dificultándole la tarea. Me aferro a su agarre y levanto la rodilla para darle una patada mientras él y Hayden intentan controlarme.

—Última oportunidad —dice Kova, pero no le hago caso. Aprieto sus brazos y me presiona hasta inmovilizarme, como si me tuviera en una maldita camisa de fuerza. Emparedada entre Kova y Hayden, no puedo moverme, todo mi cuerpo está encerrado entre los dos. Solo puedo mover los dedos. Las emociones se disparan. No soy lo suficientemente fuerte para ganar y, por un instante, me pregunto si alguna vez seré lo suficientemente fuerte para algo. La ira huye y un profundo abatimiento me llena.

Entregando cada gramo de mí misma, dejo caer mi frente sobre el pecho de Kova y me hundo contra él, agotada.

Hayden no se ha movido. Deja una mano protectora en mi cadera mientras me acaricia el cabello mientras yo gimo en silencio.

Estúpido alcohol. Estúpido Kova. Estúpido Hayden.

Capítulo 05

No sé cuánto tiempo estuvimos allí antes de oír hablar a Kova.

—No voy a hacerle daño, Hayden —dice Kova en un tono tierno que no espero—. Retrocede.

Hayden escucha y crea una pequeña distancia entre nosotros.

—No lo entiendes, maldito tonto. Ya lo has hecho.

Tiene razón y más lágrimas brotan de mis ojos. Kova me ha hecho más daño de lo que creo físicamente posible.

—Me odio a mí mismo por eso más de lo que puedes saber —admite Kova, y la convicción en su voz me rompe el corazón. Lo sabe, se odia a sí mismo. Una de sus manos se dirige a la parte baja de mi espalda y la recorre en círculos relajantes. Dejo escapar un suspiro agotado.

—¿Y qué pasa con Katja? —pregunta Hayden—. ¿Te odias a ti mismo por *haberla* herido?

Kova se tensa.

—Ella no sabe nada… y va a seguir así.

Hayden toma aire.

—Eres una verdadera pieza, ¿lo sabías?

—¿Crees que estoy feliz por lo que he hecho? No sabes nada, Hayden. Ni siquiera la mitad.

Al retirarse, Kova me mira, pero yo estoy demasiado mortificada para encontrar su mirada. Me gotea la nariz, mis ojos no dejan de llorar y el cabello se me pega al rostro.

—Ven.

Tomándome de la mano, me guía hasta la cocina. Me agarro a la encimera detrás de mí y me levanto de un salto, sentándome en el borde mientras los ojos de Kova se mueven rápidamente antes de ir a buscar algo.

Con las manos sobre los muslos, me miro las palmas. Aunque hace tiempo que no tengo desgarros, por suerte, todavía tengo callos. Empiezo a hurgar en la piel muerta y a arrancar pequeños trozos a la vez. Los pies de Kova aparecen en mi línea de visión y otra lágrima silenciosa se desliza por el rabillo del ojo.

Sin pensarlo, abro las piernas para acomodarlas y engancho un pie alrededor de la parte posterior de su pierna y lo acerco. Se inclina para que su mejilla toque la mía.

—*Malysh* —susurra solo para que yo lo escuche—. Toma esto.

Por alguna tonta razón, eso me hace llorar más fuerte. Asiento con la cabeza y tomo los pañuelos que aparecen entre nosotros.

—Kova, creo que tienes que irte —dice Hayden—. Lo digo en serio. Vete.

—No voy a ir a ninguna parte ahora mismo —dice Kova, sin molestarse en mirarlo.

Me limpio los ojos con el pañuelo y Kova me alisa el cabello hacia atrás. Se me hace un nudo en el estómago. Tengo náuseas por todo lo que ha sucedido esta noche y lucho por contenerlas. El vodka no ayuda.

Kova me pone un dedo bajo la barbilla y me inclina la cabeza hacia atrás. Me quita el pañuelo de la mano y me limpia el rostro.

—Abre los ojos. Mira hacia arriba.

Hago lo que me dice y suelto un largo suspiro. Él olfatea.

—¿Vodka? Has estado bebiendo.

Aprieto los labios antes de preguntar:

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo olerlo.

—Valor líquido. ¿No es así como lo llaman?

La comisura de la boca de Kova se mueve y sus ojos se suavizan.

—Supongo que sí.

—Esa cosa sabe asquerosa. No sé cómo lo bebes.

—Es un gusto adquirido.

—También lo es la violación —añade Hayden, con la voz teñida de amargo resentimiento.

Miro por encima del hombro a Hayden.

—No puedes violar a los que están dispuestos. —Se queda boquiabierto.

Kova se endereza como una vara e inclina su cuerpo a la defensiva hacia Hayden.

Me entra el pánico. Sé lo que va a pasar.

—¡No hago tal cosa! —brama Kova—. No soy lo que crees que soy, Hayden, y no voy a intentar hacerte entender cuando te niegas a abrir tu mente. ¿Crees que me gusta lo que ha pasado entre Adrianna y yo? Estoy mortificado por mis acciones, pero a veces no puedes controlar lo que sientes por alguien. Las cosas pasan.

—Tienes razón, no puedo entenderlo. De hecho, creo que te gusta lo que pasa. Creo que eres un individuo enfermo que se sintió satisfecho con el poder de autoridad que tienes. Las cosas no suceden a menos que tú quieras. —Hace una pausa y envía una mirada fugaz en mi dirección antes de volver a centrarse en Kova—. Creo que deberías estar en la cárcel.

La cárcel. Querido Dios. El miedo se instala. La fricción en la habitación se intensifica a medida que baja la temperatura. El vicioso latido de mi corazón resuena en mis oídos. No estoy segura de cuánto más podría soportar. La cárcel es lo último que quiero.

—Hayden —ruego, pidiendo aire con hipo—. Me prometiste que no dirías nada a nadie, incluida la policía, si te decía la verdad. Lo prometiste.

Me mira fijamente, con una lástima evidente en sus ojos.

—Eso fue antes de saberlo todo. Esto es mucho más. Tiene que ser responsable de sus acciones.

—¿Así es como me pagas después de lo que he hecho por ti? —Kova se burla de Hayden.

—No me entretengo con ese tema, así que déjalo.

Aterrorizada que llame a la policía, jadeo en busca de aire. No puedo pensar con claridad y me temo lo peor.

Agarrando el borde de la encimera, le suplico:

—¿Crees que somos los primeros en tener una aventura? Porque no lo somos.

Kova me acaricia la mejilla para que vuelva a centrar mi atención en él.

—Respira —me ordena, con ojos suaves mientras me mira. Con Kova, eso es todo lo que necesito. Una mirada profunda para conocer sus pensamientos, y ahora mismo, la culpa prevalece para ser la emoción más fuerte—. ¿Estás bien?

—No, no está bien, imbécil —gruñe Hayden.

—¿Qué puedo hacer para que lo veas desde mi perspectiva?

Hayden niega con la cabeza, y mi estómago cae como si un peso de diez libras se hubiera instalado en mis entrañas.

—Estamos corriendo en círculos aquí. Ni siquiera sé cómo responder a eso. —Levanta las manos—. ¿Sabes qué? Al diablo con esto. Me voy. —Recoge sus llaves y se dirige a la puerta—. No puedo quedarme aquí sentado viendo cómo te manipula este *pedófilo* —escupe con un asco sin reservas y yo retrocedo—. Voy a salir a correr. Cuando vuelva más tarde, será mejor que se haya ido.

—¿Volverá más tarde? ¿Por qué iba a volver? —sondea Kova, su mirada acalorada me abrasa la mejilla. Lo miro.

—Se queda a dormir.

—¿Se queda a dormir? —gruñe.

—Sí, ya que estamos saliendo y todo eso —antagoniza Hayden. El brillo de sus ojos eclipsa la repugnancia que había mostrado momentos antes.

—Oh, Dios mío. ¿En serio? —pregunto molesta.

Se encoge de hombros.

—Es la verdad. —Su mirada se dirige a Kova—. ¿Verdad, *entrenador?* Es por lo que sacaste a Adrianna del encuentro, ¿no? Porque pensabas que estábamos follando, mientras que eras tú quien se la estaba follando todo el tiempo. —Una risa sardónica se le escapa a Hayden. Mientras agarra el pomo de la puerta, se detiene para decir una última palabra—. Es jodidamente triste como te lavó el cerebro, sabes.

Mis labios se separan cuando tira de la puerta, dejándola golpear contra la pared, y luego la cierra de golpe al salir. En el tiempo que llevo conociendo a Hayden, nunca he visto una emoción tan agresiva ni lo he oído maldecir de la forma en que ya lo ha hecho, y todo es culpa mía.

Mis hombros se desploman cuando miro a Kova. Una tensión en su mandíbula. Si las miradas pudieran matar, Hayden sería ahora mismo un montón de cenizas.



Kova me devuelve la mirada y nuestros ojos se cruzan. A pocos centímetros de mi rostro, aspiro su colonia, que he llegado a amar. Notas oscuras de tabaco con una mezcla sensual de cítricos ligeros y canela cálida me envuelven. Mi mirada se dirige a su boca. La ligera espolvoreada de vello facial negro azabache se está convirtiendo en su característica mirada perezosa. El corazón me retumba en el pecho, latiendo contra mis costillas, mientras estiro la mano tentativamente para tocarlo. Sus ojos siguen mi mano mientras se mantiene inmóvil, y las puntas de mis dedos rozan suavemente su mejilla, rozando la barba.

—Me gusta esto —susurro. Mi pulgar se desliza por su afilada mandíbula hacia su oreja, donde mis dedos se enredan en su cabello. El hombre es magnífico por fuera, pero tengo que cuestionar el color de su alma.

Kova no mueve ni un músculo. Mis ojos se centran en su labio inflamado, donde Hayden le dio un puñetazo, y me pregunto qué le dirá a Katja. Tengo una buena idea de por qué está aquí, pero de nuevo, este es Kova. Siempre enigmático.

—¿Por qué has venido aquí? —pregunto.

Kova toma mis dedos con la mano y se los lleva a los labios. Cerrando los ojos, besa suavemente cada dedo como si estuviera saboreando el tacto de mi piel.

—Para hablar.

—¿Hablar de qué?

Abre los ojos para revelar un sorprendente color esmeralda.

—Cómo te traté antes, lo que te dije, estuvo mal.

Una ráfaga de esperanza florece en mi pecho y me siento más erguida. Una pequeña sonrisa inclina mis labios.

—Quieres decir que te disculpas por haberme sacado del encuentro —Permanece en silencio mientras yo lo miro fijamente durante un largo momento, esperando—. Por eso te disculpas, ¿verdad, Kova? —vuelvo a preguntar, casi exigiendo que sea eso lo que ha venido a hacer. Espero… y espero… y espero. Cuando no contesta, retiro la mano de un tirón mientras se me cae la sonrisa del rostro.

—No lo sientes en absoluto, ¿verdad? —pregunto, mi voz apenas audible.

Kova exhala un suspiro y desvía la mirada. No lo siente. No en lo más mínimo. Puede que esté lleno de vergüenza, pero mi corazón no puede soportar más. No es justo lo que ha hecho, y no voy a permitir que su culpa me haga perdonarlo. No está bien.

Aunque el vodka me ha permitido olvidar momentáneamente el lío en el que estoy metida, sus inexistentes palabras hacen que todo vuelva a su sitio y me golpee las tripas.

—Creo que hemos terminado aquí. —Intento saltar del mostrador, pero Kova pone una mano en mi muslo para detenerme.

—Espera.

Sus fosas nasales se ensanchan mientras sus ojos recorren todas las superficies, asediados, estoy segura, por encontrar las palabras adecuadas. No sería la primera vez.

Rascándose la nuca, finalmente habla.

—Siento muchísimo lo que ha pasado entre nosotros en mi despacho. No es lo que esperaba, ni lo que hubiera querido que ocurriera. Estoy disgustado. Las palabras que te dije, con lo que te amenacé, fue despiadado y cruel y espero que algún día puedas perdonarme. Debería haberte dicho antes que pensaba retirarte del encuentro en lugar de tomarte desprevenida y avergonzarte delante del equipo. —Sacude la cabeza y vuelve a mirar alrededor de mi apartamento, incapaz de encontrar mi mirada. Deja escapar un largo suspiro y su voz se reduce a un susurro—. No sé en quién me he convertido... Me odio por el dolor y la agonía que te he causado.

Kova me deja completamente sin palabras.

No esperaba una disculpa por su parte, y mucho menos que tenga tanto peso. Este hombre me sorprende cada día. Un minuto me hace hervir la sangre y al siguiente es la persona más alentadora de mi vida. Me duele físicamente ver cómo la angustia llena el fondo de sus hermosos ojos, pero en este momento sé que tengo que ser fuerte. De lo contrario, si cedo, estaría tolerando sus atroces acciones, y no puedo permitirlo. Solo daría pie a que volviera a ocurrir en el futuro.

—*Ria*, por favor, di algo. —Su voz se quiebra.

—Gracias por tus disculpas, pero eso no quita que me hayas saboteado. Pienso que por eso estabas aquí, para disculparte por eso, pero ni siquiera estás cerca de sentirte mal por ello —me burlo—. Pensé que entenderías más que nadie lo importante que es cada competición, lo que necesito hacer para alcanzar mi sueño. Pero me lo quitaste. Me endureciste en cuestión de segundos con tus palabras y tus acciones, y no sé si podré perdonarte de verdad lo que hiciste.

—No busco el perdón cuando se trata del asunto del encuentro. Hay un motivo detrás, y espero que pronto entiendas por qué.



Un resoplido de desdén sale de mis labios. La audacia de este hombre. Mi corazón se desploma al suelo, pero inhalo fuerza en lo más profundo de mis pulmones y rezo para que mis siguientes palabras salgan con fuerza.

—Has conseguido lo que te habías propuesto.

Me mira fijamente.

—¿Y qué es eso?

Repito las palabras que me dijo por primera vez al poco tiempo de llegar al Worl Cup, aunque las utilizó de forma diferente.

—No puedo soportar tu mirada.



Capítulo 06

La pena se refleja en cada rasgo del rostro de Kova. Diría que está completamente desconsolado y devastado, como debe ser. Su mano me da un pequeño apretón en el muslo y sus labios forman una línea fina y plana. Me aparto de su contacto y su expresión cae por completo.

—Me merezco tu odio.

—Te mereces mi odio y todo lo que conlleva. Es lo que te has propuesto, ¿no? ¿Hacer que te odie? Así conseguiste lo que querías.

Se restriega las manos por la cara.

—No, al principio no lo era. No sé en qué estaba pensando, qué me pasa, pero no estuvo bien y lo siento, mucho.

—No tiene sentido —digo, tratando de evitar que mi voz se quiebre. Tengo la idea que aún no habla del encuentro y eso me enciende la sangre.

—Esto no me había pasado nunca y no entiendo qué hacer con ello, *malysh* —subraya—. Estaba preparado...

Levanto la mano.

—No quiero volver a oírte llamarme así.

Palidece.

—Adrianna. —Mi nombre es un susurro doloroso en su lengua.

—Yo tampoco entiendo nada porque nunca te expresas. Eres un hombre muy difícil de seguir.

—¿No ves que no puedo decir lo que quiero? *No puedo* —insta, señalando su pecho—. Es un riesgo demasiado grande.

Me burlo:

—Mentira. ¿Qué riesgo? ¿Te refieres a decir lo que piensas honestamente por una vez? ¿Así que puedes follar conmigo, pero no puedes hablar conmigo? ¿Qué sentido tiene eso? ¿Cómo es que hablar es un riesgo? ¿A quién se lo voy a contar?

Frunce los labios y mira a su derecha, dejando caer la cabeza sobre su brazo. Intento desesperadamente no quebrantar mi decisión, pero es difícil cuando se trata de Kova. Mientras mis palabras se esbozan en la verdad, las suyas son contradictorias o engañosas, pero sé lo que tengo que hacer para que se abra.

Necesito tocarlo. Necesita el contacto humano.

Al deslizar mis manos por debajo de su camisa, Kova se sobresalta cuando mis dedos se deslizan por su estrecha cintura. Me encantan las hendiduras de sus caderas y paso los nudillos por ellas. La idea que mi lengua imite el movimiento se me pasa por la cabeza.

—Te estás sonrojando —dice con voz ronca—. Me encantaría saber en qué estás pensando ahora mismo.

Este maldito hombre y la forma en que me mira. Mi corazón va a mil por hora y, en ese momento, puedo perdonar todo lo que ha hecho solo por la forma en que me mira.

Pero no lo haré. Tengo la misión de conseguir que se exprese, de ayudarme a entender por qué hace lo que hace si yo estoy realmente preparada como él dice.

Continuo mi recorrido hasta que toco la parte baja de su espalda, y subo hacia el centro, donde sus músculos se flexionan bajo mis palmas. Me siento y acerco mi pecho al suyo, apretándome a él. Kova inclina la cara hacia abajo mientras su aliento se mezcla con el mío, nuestros labios están a escasos centímetros de tocarse. Mi estómago se agita y arrastro las piernas por la parte posterior de sus muslos y las rodeo por las caderas. Kova se endereza y yo saco los brazos de debajo de su camisa, enroscándolos en sus anchos hombros. Me acerco más y mis dedos se enroscan en su cabello. En todo ese tiempo no me ha puesto un dedo encima.

—Te odio y te deseo al mismo tiempo. —La confesión sale de mi lengua antes que pueda detenerla.

—Sé que lo haces. —Respira en mí—. Escucha, no puedo prometerte nada, pero intentaré ser mejor. Solo soy humano, y actué mal. Pero cuando dijiste que te había violado. —Sacude la cabeza—. Eso me mató. No hay nada peor que hayas podido decir. La violación no es mi estilo, *Ria*. Y, en contra de lo que pueda parecer, nunca quiero verte sufrir como hoy. Tu primer encuentro para poner a prueba a la élite es muy importante y quiero que estés preparada.

Le echo una rápida mirada a sus labios, que ahora están a una fracción de distancia, y los míos tiemblan con el impulso de acortar la distancia. Con el

corazón acelerado y la sangre ardiendo, estoy desesperada por dar el siguiente paso. Sus manos encuentran mi cintura y se posan allí, dándome un apretón. Una chispa de energía nos atraviesa y sube por mi columna. Él exhala mientras yo inhalo, y yo aspiro una bocanada de su aliento. Kova se pasa la lengua por el labio inferior y una sonrisa se curva en la comisura. Me fundo con él. La piel de gallina me salpica los brazos cuando acerca su boca a la mía.

Va a besarme. Y maldita sea, yo quiero que lo haga.

Pero no se lo permito.

Justo cuando está a punto de presionar sus labios contra los míos, muevo mi mano sobre su corazón y lo detengo. Me mira. En otro lugar, en otro tiempo, las cosas serían diferentes. Lo dejaría besarme, lo dejaría tenerme como quisiera. Pero ahora mismo, no puedo, y no estoy segura de cuándo lo dejaré volver a hacerlo.

—Tu corazón late muy rápido —susurro.

Su pulso late bajo las yemas de mis dedos. Sus ojos son del color verde más oscuro que jamás he visto. Me cautivan, me hipnotizan. Se inclina más cerca.

—No —suplico, con la voz rasgada y torturada mientras presiono su pecho para empujarlo hacia atrás—. Por favor, no me beses.

Kova me sostiene el lado del cuello, presionando su pulgar bajo el borde de mi mandíbula, y con una suave facilidad, inclina mi cabeza hacia atrás para concederle el control. Domina el aire entre nosotros... y a mí.

—No me niegues.

—Me dijiste que te negara.

—Mentí —gruñe.

Su pulgar me acaricia la garganta mientras trago. Hay algo íntimo en ello y me encuentro arqueándome hacia él. No puedo apartar los ojos de sus ojos entrecerrados.

—Dame lo que quiero. —Sus labios rozan los míos.

—No —mi voz se quiebra.

—Sí —exige contra mi boca. La cálida lengua de Kova se desliza muy lentamente por la costura de mis labios, engatusándome. Me sujeta la nuca con firmeza hasta que me rindo ante él, permitiéndole el acceso. Me lame la parte superior de mi boca, arrastrando su lengua seductoramente por la parte alta, y luego tira de mi labio entre sus dientes. Una palpitación en mi sexo me recorre y jadeo.

—Esto es lo que me haces. —Me lame de nuevo. No tengo control sobre mi cuerpo cuando él está así—. Cada vez que estoy cerca de ti, cada vez que pienso en ti, me siento así, *malysh*. Has despertado una bestia dentro de mí.

Le devuelvo el beso, hundiendo mi lengua en su boca y odiándome por haber cedido. La chupa, la acaricia. Le rodeo el cuello con los dos brazos y él me acerca más. Gimo, deseando más. Mis muslos internos se aprietan alrededor de sus caderas mientras subo, colocándome justo donde lo necesito. Mi clítoris palpita mientras me froto contra su erección. Kova me pone una mano en la rodilla y luego la arrastra por el costado del muslo y me agarra por la cadera.

Rompe nuestro beso. La oscuridad de sus pupilas eclipsa el verde de sus ojos.

—Cada puta vez. Nunca en mi vida me había pasado esto. Me vuelve loco que no pueda tener suficiente de ti. —Me besa de nuevo, con sus labios duros y exigentes. Kova me devora con una ferocidad nunca antes vista.

Me echo hacia atrás e intento recuperar cierta apariencia de control.

—¿Kova?

—¿Hmm? —Me acaricia el cuello, con su vello facial rozando mi tierna carne.

—¿Crees que podrías abstenerte de llamar a Katja *malysh*? ¿Al menos delante mío?

Levanta la cabeza y me mira fijamente a los ojos. Por un momento, pienso que va a arremeter y rechazar mi petición.

—Solo si prometes no volver a mencionarla cuando estemos solos.

Sonrío, pero no llega a mis ojos. La situación es un desastre: depravada e inmoral y todo en el momento equivocado.

—¿Cómo sabré si cumples tu promesa?

Me mira.

—Solo tienes que confiar en mí —Kova traga, su manzana de Adán se mueve lentamente—. ¿Adriana?

Mi cabeza se inclina hacia un lado.

—¿Sí?

Las fosas nasales de Kova se ensanchan y su pecho se eleva cada vez más rápido. Justo cuando abre la boca, se corta.

—Hola.

Nuestras dos cabezas se dirigen hacia el sonido de la voz de Hayden. Estábamos tan absortos el uno en el otro que no lo oímos entrar por la puerta. Kova se aclara la garganta y se aleja, poniendo distancia entre nosotros. Bajo de un salto del mostrador.

—Hayden —le doy la bienvenida. Se acerca a nosotros y mira a Kova con asco.

Empapado en sudor, la ropa de Hayden se pega a él. Debe haber corrido mucho. Se lleva la mano a la cabeza y se quita la camiseta, con los ojos fijos en Kova. Observo fascinada cómo una gota de sudor se desliza por un pezón puntiagudo, baja por cada cresta de sus abdominales duros como piedras y se detiene en la cintura de sus pantalones cortos. Inclino la cabeza hacia un lado. Es curioso, no me había fijado en la estrecha franja de cabello color arena que desaparece dentro de sus boxers hasta ahora. Mi mente empieza a divagar, y tengo curiosidad por ver hasta dónde llega.

Un gruñido bajo me llama la atención y miro. Kova me mira, sus astutos ojos no están contentos que evalúe a Hayden.

—Creo que es hora que te vayas —dice Hayden, acercándose. Kova lo mira durante un largo minuto antes de inclinar la barbilla en señal de acuerdo—. Y quizá quieras llevarte algo de hielo —sugiere Hayden. Luego se vuelve hacia mí y dice—: Voy a ducharme. —Asiento con la cabeza.

Miro el labio hinchado de Kova. Hayden le ha dado bien. Le dejará una marca durante unos días. Cuando abro la puerta del congelador, Kova me pone una mano encima.

—No es necesario. Te veré mañana —dice.

—¿Cómo se lo vas a explicar a Katja?

Me da una mirada, una que dice que ya he roto mi promesa de no mencionarla. Avergonzada, aparto la mirada, tratando de ocultar mi tímida sonrisa, y lo sigo por mi salón.

Kova se gira para mirarme cuando llegamos a la puerta principal. Sus ojos embriagadores se fijan en mi boca. Se agacha y me aprieta contra él. Me pongo de puntillas y cierro los ojos mientras su delicioso aroma invade mis sentidos. Sus labios rozan mi mejilla mientras susurra entrecortadamente:

—Lyubov' ne to, chto vy mozhete ponyat', eto to, chto vy chuvstvuyete v svoyem serdtse. Net slov, eto prosto tak[2]*.*

[2] Lo que se ofrece no es lo que se puede ofrecer, sino lo que se siente en el corazón. No hay palabras, es así.

Abro los ojos y lo miro, deseando desesperadamente saber qué acaba de decir, pero temiendo preguntar. Sé que todo lo que dice en ruso no puede arriesgarse en inglés.

Y su mirada dice que sentía cada palabra. Sea lo que sea.

Dando un suave beso en mi mejilla, Kova abre la puerta y se lleva una parte de mí al salir.

Cierro la puerta y entro en mi salón. Voy a tomar otro trago, pero entonces me fijo en la caja que tengo sobre la mesa y se me hunde el estómago. Cuanto más espero, más riesgos corro.

—Joder —me quejo en voz baja y la recojo.

—¿Todo bien? —pregunta Hayden. Tanteo con la hoja de papel de aluminio, tratando de atravesar la pequeña píldora. Las lágrimas me llenan los párpados y mi enfoque se vuelve borroso. Hayden se acerca y me quita el paquete de las manos. Trago con fuerza y elevo una oración silenciosa. Con todas las peticiones y los deseos que le he pedido a Dios últimamente; suplicando en realidad; uno pensaría que tendría una alfombra roja fresca esperándome cuando entrara en el cielo.

Sí. Joder. Sí.

No después del año que he vivido.

No quiero que Hayden me vea llorar. A decir verdad, no estoy segura de por qué estoy a punto de llorar, aparte del hecho que un centenar de emociones diferentes me atraviesan a un ritmo rápido y no sé cómo controlarlas. Estoy en plena ebullición.

Hayden extiende la mano con la palma abierta. Me pongo la píldora a la boca y agarro la petaca de la mesa para beberla. El olor me quema la nariz y me recuerda al alcohol de fricción. Asqueroso. Se lo paso a Hayden.

—No puedo creer que te haga tomar esa mierda. —Toma un trago, pero no hace una mueca de dolor como yo.

—*Él no* me obliga a tomar nada. Fue mi elección.

Para mi sorpresa, Hayden me rodea los hombros con un brazo y me acerca a él. Mis nervios se estabilizan y me fundo en su cuerpo como si fuera algo natural. El agotamiento me golpea con fuerza. Correspondo al abrazo y dejo caer mi barbilla sobre su firme pecho, luego inclino la cabeza hacia atrás con una leve sonrisa. Los ojos me pesan. Con sus bíceps como dos firmes almohadas a cada lado de mi cabeza, Hayden me mira con sus pestañas color arena que cubren unos ojos azules como el cristal.

—Vamos —dice—. Vamos a la cama.

Hayden se inclina y me da un beso en la frente antes de tomarme de la mano y guiarme hacia mi dormitorio. Lo sigo con facilidad. Nuestro desacuerdo y diferencias olvidadas por ahora, dejadas atrás y mantenidas fuera de mi habitación.

Hay algo reconfortante que encuentro en él que no puedo explicar. Un aura de paz, tranquilizadora, y me alimento de ella.



Capítulo 07

Abro los ojos un poco y me estremezco ante la presión que me martillea la cabeza.

Yo no soy una bebedora. Sé que cualquier tipo de alcohol, incluso la cantidad más pequeña, me afectará, solo que no pensé que sería tanto. Aprieto los ojos y dejo escapar un bostezo, rezando para que las vueltas se detengan.

A juzgar por la oscuridad de mi habitación, sé que es plena noche, pero me parece que me he dormido hace solo unos minutos. Odio que eso suceda. Agarro el teléfono a ciegas para ver la hora y abro los ojos lo suficiente para echar un vistazo rápido a la pantalla.

3:42 a.m.

Vuelvo a dejar el teléfono en el suelo y me doy la vuelta mientras una bola de fuego me recorre el abdomen. Mis músculos se acalambran y aprieto los dientes mientras gimo y me acurruco en posición fetal. Naturalmente, los efectos secundarios de la píldora del día después se manifiestan en la resaca. Suelto un gemido doloroso, deseando que el dolor desaparezca. Los calambres se intensifican y contengo la respiración, esperando que pasen rápidamente. Realmente odio esto y me prometo a mí misma en ese momento no volver a ingerir esa estúpida píldora.

—¿Aid? —La voz somnolienta de Hayden llega de detrás de mí.

—No quería despertarte. —Tiro de la manta hasta la barbilla, no quiero que me vea así.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, solo me duele un poco el estómago.

Sin decir nada más, Hayden se da la vuelta y me rodea la cintura con un brazo. Se coloca detrás de mí y aprieta su frente contra mi espalda, acurrucándose en mí para encajar perfectamente. Cierro los ojos y suspiro. El calor de su pecho

desnudo contra mi espalda es un bálsamo reconfortante en mi dormitorio helado. La seguridad de sus brazos se siente como el cielo.

—Vuelve a dormir, te tengo —dice, y me da un beso en la nuca.

Cierro los ojos y me relajo en sus brazos, dejando que el mundo se desvanezca...

—¿Cuánto tiempo crees que estarás fuera? —pregunta Hayden mientras cierro la maleta.

Se sienta en mi cama y observa cómo recojo objetos para llevar a casa. Un pequeño espasmo me recorre el vientre y me detiene en seco. Hayden se levanta, pero yo levanto una mano para detenerlo. Me encorvo y me sujeto el estómago mientras busco por la habitación la botella con el tapón naranja. Al encontrarla en el suelo, resoplo frustrada por tener que volver a lidiar con las secuelas. Por suerte, el calambre no es tan fuerte como el de la noche anterior, pero sé que lo peor aún no ha pasado.

—Creo que cuando termine el encuentro de Parkettes es cuando volveré —le contesto, ignorando la vergüenza en sus ojos mientras me trago cuatro pastillas.

Las cejas de Hayden se disparan hacia la línea del cabello. Se pasa los dedos por el cabello desordenado. Me encanta este aspecto en él.

—¿Vas a estar fuera tanto tiempo? —pregunta—. Suponía que volverías poco después del año nuevo.

—Ese era el plan original, pero después de lo ocurrido, no quiero ser la única que se quede aquí cuando todo el mundo está en un encuentro en el que yo también debería estar. Creo que será un buen momento para aclarar mi cabeza y recuperar mi enfoque, recordar lo que vine a hacer en primer lugar. ¿Sabes?

Se me estruja el corazón al pensar que me perdería el encuentro de gimnasia, pero esta vez no permitiré que caigan más lágrimas.

Inspiro profundamente y exhalo la mierda.

Esta mañana, al despertarme, decidí que no voy a insistir en el pasado, ni en mi relación pegajosa con Kova. Nada bueno puede salir de ello. Lo hecho, hecho está, y nada puede cambiarse a estas alturas. Mi plan es seguir adelante y trabajar más duro que nunca, sin importar el dolor que me cause.

—¿Crees que al entrenador le dará un ataque?

Le dirijo una mirada divertida y dibujo un círculo imaginario alrededor de mi cara con el dedo índice.

—¿Parece esta la cara de alguien a quien le importa una mierda?

Hayden suelta una carcajada y yo me encojo de hombros.

—¿Qué puede hacer que no haya hecho ya? Estoy bastante segura que no puede, y no quiere hacer una mierda si me tomo mi tiempo para volver. Tengo demasiado sobre él. —Hago una pausa con un par de pantalones de yoga en la mano—. Hablando de tener algo sobre él, ¿de qué estaban hablando ayer?

—No fue nada. —Desvía la mirada por un segundo culpable y se cruje los nudillos—. Solo fue algo con lo que me ayudó en el pasado. Nada importante.

—Sea lo que sea, tiene que ver con las tontas reglas de las citas que él impone.

Una tenue sombra aparece en sus ojos y aparta la mirada. Hayden se mueve de un pie a otro y trata de hacer crujir sus nudillos de nuevo. Lo que sea que Kova le ha ayudado iba en serio, y eso me hace sentir más curiosidad que nunca.

—Realmente no es nada, Aid. Nada de lo que quiera hablar de todos modos. Un secreto que juré no contar a nadie.

—¿Un secreto? —Suelto una risita. No puedo imaginarme a Hayden intercambiando secretos con nadie—. ¿Con quién te cuentas secretos?

—Mi hermana.

—Oh. —Hago una pausa, mi sonrisa se desvanece. No me lo esperaba—. Pero tú sabes de mi secreto, y no puede ser peor que eso. Por favor —ruego con dulzura, moviendo los ojos—. Dime de qué se trata. Dime por qué tu hermana es la razón por la que tenemos reglas tontas para salir.

—Aid. Déjalo ir.

Por supuesto, no puedo dejarlo ir.

—Si no fuera por tus reglas, no estaría en este lío.

Sus ojos se encienden. No es lo que debí decir.

—Sé que no puedes estar hablando en serio ahora mismo. Estás en este lío porque te acostaste con tu entrenador imbécil y posesivo que tiene problemas mentales. Esto no tiene nada que ver conmigo.

—Dios. —Me aparto, sin esperar la severidad de su voz—. Solo estaba bromeando a medias.

Hayden suspira.

—Lamento haberme quebrado, pero no voy a hablar de ello. ¿De acuerdo? Así que déjalo.

—Bien. —De todos modos, se lo preguntaré a Kova.

—¿Quieres ir a almorzar antes de irte?

Mi estómago refunfuña y Hayden levanta una ceja.

—Ojalá, pero voy a ver a mi madre pronto. Necesito estar lo más delgada posible para ella.

Su frente se arruga con líneas de confusión y sus ojos se entrecierran.

—¿Delgada? ¿Te has mirado últimamente, Aid?

Hayden se levanta y me guía para que me ponga delante del espejo de mi armario. De pie detrás de mí, coloca sus manos en mi cintura. Llevo unos pantalones cortos de mezclilla desteñidos que me quedan muy bajos en las caderas y una sencilla camiseta de tirantes de color amarillo ranúnculo. Pocos colores combinan con mi cabello castaño oscuro, pero éste es uno de ellos. Mamá odia estos pantalones cortos. Los llama Daisy Dukes y dice que parezco basura blanca con ellos. Naturalmente, a mí me encantan.

Levantando mi camiseta, su callosa palma recorre mi tonificado estómago. Hayden trata de pellizcar la piel alrededor de mis abdominales y caderas, pero no puede agarrarla.

—¿Ves lo que quiero decir? Nada de grasa.

Sacudo la cabeza.

—Lo sé, Hayden, lo sé, pero no puedo comer. Quiero, pero no puedo. Se me hace un nudo en el estómago. Lo siento.

Hayden me rodea los hombros con sus brazos y me atrae hacia su pecho. Me inclino hacia atrás, relajándome en él. Es medio metro más alto que yo y unos cien kilos más pesado, pero encajamos como dos piezas de un puzzle.

—Creo que eres perfecta tal y como eres. Siento que tengas que lidiar con una madre así —dice disculpándose, y luego deja caer un beso en la parte superior de mi cabeza. Si él supiera lo desagradable que puede ser ella—. ¿Qué hay de la fisioterapia mientras estás fuera?

Me aferro a sus antebrazos mientras una sonrisa dibuja mis labios. Me quedo mirando nuestro reflejo. Después que me lesionara el talón de Aquiles hace un par de meses, tengo que modificar mi programa de entrenamiento para incluir el tratamiento tres veces a la semana, y suavizar mis rutinas para no añadir un exceso de presión y desgarrar el tendón por completo. El dolor en la pantorrilla y el tobillo ya casi no existe, pero no soy ingenua al pensar que estoy curada. Conozco mis límites… al menos en su mayor parte.

—Eres muy atento y cuidadoso. No tengo una cita fijada, pero lo haré cuando llegue. Ya sé a quién voy a llamar. No será un problema para mí entrar.

Y no lo será. Mi padre hará la llamada por mí.

Acaricio el brazo de Hayden.

—Tengo que ponerme en marcha. Tengo unas tres horas de viaje por delante.

Me da un último apretón y dice:

—Te echaré de menos. —Al soltarme, se agacha y recoge la pequeña maleta que llevo a casa. Apagamos todas las luces y salimos de mi apartamento.

Mientras cierro la puerta, Hayden se mueve de un pie a otro.

—¿Qué pasa? —pregunto, sacando la llave.

—¿Esto se considera el paseo de la vergüenza? —Mira su ropa y luego se encuentra con mi mirada—. Quiero decir que llevo la ropa con la que vine y me acosté contigo.

Una sonrisa se extiende por mi rostro y una risa se me escapa mientras niego con la cabeza.

—Estoy bastante segura que el paseo de la vergüenza se supone que incluye algo más que dormir a mi lado.

Caminamos uno al lado del otro hasta el ascensor.

—Es cierto, pero tenía una erección cuando me desperté —dice tan despreocupadamente, pulsando el botón para llevarnos al vestíbulo.

Me echo a reír, no me lo esperaba.

—¿Acabas de decir “erección”? ¿Quién dice eso ya?

Hayden se encogió de hombros.

—Woody[3]. Duro de pelar. Erección. Una erección. Saludo completo. Gloria matutina. Montar una tienda de campaña. Miembro palpitante. ¿Qué prefieres?

Mis ojos se abren de par en par y me río con más fuerza mientras él enumera más apodos.

—Supongo que, si tuviera que elegir, erección sería la mejor opción. ¿La gente realmente dice "gloria de la mañana"?

—No lo sé, Aid. No hablo de nombres de erección con mis amigos —dice, mostrándome una sonrisa irónica.

—Sí, supongo que sería raro.

Al salir, no hay ni una nube en el cielo, teniendo en cuenta que ayer llovió a cántaros. Para ser una mañana de diciembre en Florida, hay una brisa con un leve picor en el aire. Se me pone la piel de gallina mientras nos dirigimos a mi auto.

Abro la puerta y Hayden deja mi equipaje en el asiento trasero. Se gira hacia mí y me abraza como un oso. Su cabeza baja hasta la curva de mi cuello y yo me inclino hacia él y lo rodeo con mis brazos. Me levanta y me abraza con fuerza, y sin pensarlo, enrollo mis piernas alrededor de su cintura y trabo los tobillos.

—Eres tan ligera —murmura contra mi cuello. Aprieto los ojos ante la familiaridad de esas palabras. Kova había dicho eso una vez cuando me abrazaba.

Al bajarme al suelo, Hayden me mantiene cerca mientras me mira. Sus ojos se arrugan en las esquinas y la intensidad de su mirada preocupada se fija en la mía. Está preocupado.

—¿Estás bien? —pregunto—. Anoche arrojé sobre tu regazo un montón de mierda que necesitaría años de psicoterapia para ordenar y procesar. —Incluso entonces, no estoy segura que lo vea a través de mis ojos.

Hayden aprieta los labios y me mira fijamente. Me agarra de la coleta lateral y la enrosca suavemente alrededor de sus nudillos antes de dejarla caer sobre mi pecho.

—¿No debería hacerte yo esa pregunta?

—Creo que me has preguntado lo suficiente.

Repito mi pregunta. Suspira y mira por encima de mi cabeza.

[3] Palo de madera

—En realidad no.

Mi corazón se desploma. Tengo el presentimiento que es demasiado para asimilarlo. Ningún ser humano con moral y dignidad sería capaz de tragarse algo del tamaño de una píldora para caballos y actuar como si nada. Ni siquiera el vodka había ayudado.

La culpa empieza a corroerme. Sé que no debería haberle contado todo. Él no es Avery.

—Siento mucho que estés involucrado en este lío.

—Ya está hecho. Aprenderé a lidiar con él, aunque no me guste, siempre y cuando me prometas que no volverás a acostarte con él.

—Estoy bastante segura que eso no ocurrirá nunca.

Baja la mirada y sus ojos se entrecierran.

—No *estoy muy seguro*, Aid. Necesito que estés ciento cincuenta por ciento segura.

Me trago el nudo en la garganta.

—Estaré bien. —Es todo lo que puedo reunir. No puedo prometer nada. El lado de su boca se levanta y mira hacia otro lado.

—Ten cuidado. ¿Me mandas un mensaje cuando llegues a casa?

Asiento con la cabeza. Hayden me da otro abrazo de oso y me da un suave beso en la mejilla antes de soltarme.

—Gracias por todo. No estoy segura de cómo habría llegado hasta aquí sin ti.

—Siempre estaré aquí para ti. —Sonrío en agradecimiento—. Nos vemos luego. Conduce con cuidado.

Mi estómago se retuerce en un gigantesco nudo corredizo mientras lo veo alejarse. No necesito hacer la pregunta que voy a hacer porque tengo la sensación que ya sé la respuesta, pero aun así lo hago para estar segura. es una cosa de chicas.

—¿Hayden? —Me muerdo el labio. Deja de caminar y mira por encima del hombro.

He perdido una capa de piel cuando me sinceré la noche anterior. Le he divulgado mis más profundos y oscuros secretos en una jugada arriesgada. No le he ocultado nada a Hayden, se lo he contado todo. Nadie sabe exactamente por lo

que he pasado desde que me mudé a Cape Coral, y pensaba mantenerlo así. Aunque confío en Hayden, tengo que estar segura.

—No te preocupes —dice, aliviando mi miedo. Ha leído mi mirada—. Tu secreto está a salvo conmigo. No se lo diré a nadie. Te lo prometo.

Mis ojos buscan los suyos. No encuentro más que sinceridad genuina. Suelto una respiración entrecortada, el pánico disminuye. Asiente, se da la vuelta y continúa hacia su auto.

No puedo encontrar en mí una sonrisa. Para encontrar alivio. No cuando se aleja llevando el peso de mi secreto sobre sus hombros.



Capítulo 08

Conduzco durante más de dos horas escuchando canciones deprimentes mientras atravieso el estado de Florida. He llamado a Avery en numerosas ocasiones para informarle que llegaría pronto a casa, pero nunca contesta. es mi mejor amiga en todo el mundo y quiero contarle cada pequeño detalle. Pero después de la reacción de Hayden, mentiría si digo que no me da miedo decírselo.

Al salir de la I-95, me dirijo hacia el este y conduzco durante unos minutos hasta llegar a uno de los dos puentes largos y estrechos que se encuentran en paralelo. Cuando crecí, se me daban fatal las indicaciones. Mi padre siempre decía: “La playa está al Este, Ana”, lo que me facilitó el aprendizaje de la navegación.

Cruzo la isla y bajo la ventanilla para respirar el aire salado. Las calles están repletas de autos lujosos. Porches, Mercedes, BMWs y Ferraris son los autos que se conducen aquí, junto con los Lamborghinis. Gente de todas las edades se pavonea por las aceras, con los brazos cargados de bolsos de nombre elegante. Todas las personas van vestidas de punta en blanco, con bufandas en el cuello para protegerse del frío de 40 grados. Con las narices alzadas, un aura de dinero rodea a la gente arrogante y con derechos de la isla de Palm Beach.

Mi sonrisa se desvanece. Eso es lo único que me gusta de estar en la costa oeste de Florida. Allí nunca tengo la sensación de privilegio que tengo aquí.

Gruesas guirnaldas se deslizan de tienda en tienda, bombillas rojas y doradas dispuestas en coronas rematadas con gigantescos lazos rojos. Árboles envueltos expertamente con luces blancas -nunca las de colores llamativos- y frondosas palmeras adornadas con luces verdes. Los adornos navideños están por todas partes y el espíritu festivo se respira por doquier. La ciudad es un país de las maravillas invernales y tiene un aspecto impresionante por la noche.

Al girar hacia North Ocean Blvd., Palm Beach Island es pequeña, y solo es cuestión de minutos que me acerque a la casa de Avery, una gran villa mediterránea como la mía. Su auto está estacionado en el camino de entrada de guijarros donde siempre estaciona. Sé que el colegio ha terminado por las

vacaciones de invierno, pero como es fin de semana, no tengo ni idea de dónde puede estar, ya que todavía no ha contestado al teléfono.

Paso por delante de su casa, enciendo el intermitente y giro a la izquierda, entrando en la larga y sinuosa entrada de mi casa. El exuberante césped, de un verde vibrante y cuidado, con dos palmeras inclinadas, se alinean a los lados de la puerta principal, intencionadamente desgastada. Sonrío mientras estaciono mi Escalade y miro a mí alrededor, apreciando mi casa.

Caminando hacia la puerta lateral que he utilizado desde la infancia, vislumbro un BMW. No es anormal ver este tipo de auto de lujo en la entrada de la casa de mis padres, pero lo que me hace detenerme fueron las llantas negras de veintidós pulgadas que me resultaban terriblemente familiares.

Tenso el cuello para ver si hay collares colgando del espejo retrovisor. Las ventanillas están muy negras, no puedo ver hacia adentro a menos que mire a través del parabrisas. Si hay...

Los hay, lo que me deja aún más perpleja. Del espejo retrovisor cuelgan collares de cuentas azules y naranjas, los colores de la universidad a la que sueño asistir.

Me devano los sesos tratando de entender por qué Avery está aquí cuando, para empezar, rechazó todas mis llamadas. No puede saber que iba a volver a casa.

El aroma de las velas de fusión de grosella negra y vainilla con las que mamá está obsesionada se estrella contra mí cuando abro la puerta. Se me saltan los ojos por la aromaterapia que prometía relajación. Diseñada en mente para calmar, lo único que hace es provocarme un dolor de cabeza instantáneo. Había olvidado lo fuerte que es este aroma. Esta vez se ha pasado un poco.

—¿Papá? ¿Mamá? Estoy en casa.

Los ruidos procedentes de todos los rincones de la casa llaman mi atención, pero es el familiar chasquido de los tacones de Louboutin lo que me hace girar la cabeza en otra dirección.

Mamá pasa por debajo del arco del vestíbulo con un aspecto tan radiante como siempre. Lleva el rostro pintado y ni un cabello fuera de lugar. Vestida para impresionar. Nuestras miradas se encuentran y la comisura de mis labios duda en levantarse.

—¡Ana! —exclama con los brazos abiertos. Como mamá lleva tacones, mide poco menos de un metro ochenta, así que tiene que agacharse para abrazarme. A pesar de las muchas diferencias que hay entre nosotras -y no solo en el aspecto, sino también en nuestra forma de ver la vida-, sigue siendo mi madre y me encanta verla.

—¡Me alegro de verte, cariño! —Su perfume de Chanel me envuelve y arrugo la nariz, hay demasiados olores. Pone sus manos en la parte superior de mis brazos y mi estómago se tensa. Me preparo para lo que viene después, pero no puedo detener el martilleo de mi corazón.

Los sagaces ojos de mamá recorren mi cuerpo. Contengo la respiración.

—Aparte que tus brazos y hombros empiezan a parecerse a los de tu hermano, estás absolutamente increíble. Tan delgada. —Un cumplido de doble intención. Lo acepto—. Pero esa ropa… —Chasquea la lengua en señal de desaprobación—. Oh, Adrianna. Sabes lo mucho que odio ese estilo, pero parece que estás positivamente resplandeciente.

Reboto sobre las puntas de los pies.

—Gracias, mamá. Te he echado de menos.

Sus brillantes ojos azules se suavizan.

—Yo también te he echado de menos. Es tan bueno tenerte en casa.

—¿Es mi hija lo que oigo?

Me doy la vuelta al oír la voz de barítono de papá rebotando en el vestíbulo. Se acerca a nosotros a un ritmo pausado. Lleva un vaso de cristal lleno de un líquido de color ámbar en una mano y una sonrisa encantada en su curtido rostro.

—¡Papá!

Papá deja su vaso sobre la encimera y mamá sisea detrás de mí. La mesa es de Corazón Púrpura y se considera una de las maderas más caras del mundo. Se encuentra en las selvas tropicales de Sudáfrica y, cuando se corta, pasa rápidamente del marrón oscuro al morado intenso. Es el mueble favorito de mi madre y se asegura de tenerlo en la sala de recepción para que todos lo vean. Lo adorna con un monstruoso jarrón de flores exóticas de color blanco puro.

—Cariño.

Me encuentro con mi padre a mitad de camino y le echo los brazos por los hombros, saltando en su abrazo. Me levanta y mis rodillas se doblan detrás de mí. Me aprieta con fuerza y yo finjo falta de aire.

—Papá… Papá —Le toco el hombro—. No puedo respirar.

—Puedes respirar bien, no exageres. Déjame abrazar a mi única hija un minuto más.

Sonrío en su cuello, pero realmente estoy empezando a asfixiarme.

Al ponerme de nuevo en pie, me sonríe.

—No te esperaba en casa tan pronto. La última vez que hablé con Konstantin, supuse que pasarían unos días antes que volvieras.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—Bueno, algunas cosas cambiaron en el último momento, así que puedo volver a casa antes.

—Hablando de Konstantin… —dice mamá, recogiendo el vaso y entregándoselo a papá. Mira la mesa en busca de un anillo húmedo—. Llamó hace unos días sobre el encuentro en el que ya no compites. Perdimos unos cuantos cientos de dólares en eso. Dijo algo sobre que no estabas preparada. Después de todo ese tiempo fuera para entrenar, Ana, ¿todavía no estás en plena forma?

Papá inclina la cabeza hacia un lado. Sus ojos inquisitivos hacen que se formen profundas arrugas entre sus cejas.

—Konstantin no me mencionó nada de eso la última vez que hablamos. De hecho, parecía muy satisfecho con tus progresos. Ahora que lo pienso, estaba delirando sobre ti.

¿Contento con mis progresos? ¿Delirando por mí? No puede ser. Kova tenía que estar mintiendo, o papá estaba tratando de protegerme. En el último año que he estado en World Cup, ni una sola vez ha esbozado una sonrisa a mí alrededor, y mucho menos ha mostrado su satisfacción durante los entrenamientos. O es su forma de hacerme una crítica constructiva, o está mintiendo a mis padres.

Tuerzo los dedos, el calor se extiende a mis oídos.

—Bueno, el entrenador y yo hemos hablado de ello y cree que debería esperar un poco más. Dada mi distensión en el tendón de Aquiles, y el cambio de mis rutinas, quiere estar seguro al ciento por ciento que soy sólida. Así empezaré la temporada de competición con fuerza y me haré un nombre. Tengo que hacer que cuente. —Pongo mucho peso en mis palabras, esperando que capten la importancia de las mismas—. Digamos que el entrenador es un poco obsesivo compulsivo. No le gusta perder. Quiere asegurarse que cuando entre, no haya ni un dedo fuera de su sitio y que salga ganando. Aunque puedo apreciar su atención a los detalles, a veces resulta molesto.

Papá asiente con la cabeza como si supiera de qué estaba hablando.

—¿Todavía tiene ese rasgo en él? No me sorprende. —Se ríe en voz baja y mis hombros se aflojan—. El par de veces que hicimos una operación de compraventa de casas, o cuando compró una propiedad, es muy exigente con cada pequeña cosa. Recorría e inspeccionaba lentamente cada centímetro cuadrado de la propiedad. Como hombre de negocios. —Se pone la mano sobre el corazón—, su

agudo ojo es acogedor. Detectó cosas en las que yo no había reparado. Una vez intenté incorporarlo a mi empresa, pero se niega.

—¿Lo hiciste? No lo recuerdo.

Miro a mamá, desconcertada por su cara de estreñimiento y sus ojos entrecerrados, no le gusta que la mantengan al margen.

—Esto fue hace muchos años, cariño. Ana era solo una niña.

Pone lo que yo sé que es una sonrisa falsa: su sonrisa para eventos sociales. La que ella me enseñó.

—Bueno, las cosas salieron como se suponía, ¿verdad, Frank?

—Sí, cariño.

Mamá da una palmada.

—Tengo que ir a una reunión. Este año vamos a hacer una subasta silenciosa para ayudar a la gente de Zimbabue. Intentamos recaudar suficiente dinero para que todos puedan tener tiendas de campaña con repelente de mosquitos para dormir. La semana que viene tenemos una gala en el Four Seasons. Todas las donaciones se destinarán al Hospital Infantil de Boston. Confío en que estarás allí, Ana. —Arrastra sus ojos críticos por mi cuerpo por segunda vez en el día—. ¿Apropiadamente vestida? ¿Sí? —Ella asiente con su declaración y se aleja—. Oh, Avery está aquí en alguna parte —dice mamá, antes de salir de la habitación.

—¿Avery está aquí? —le pregunto a mi padre.

Se encoge de hombros.

—Va y viene de vez en cuando.

Me quedo mirando, completamente perpleja.

—¿Quieres decir que va y viene con sus hermanos?

—No podría decírtelo. No presto mucha atención. —Hace girar su vaso y luego toma un sorbo—. Me alegro de verte, pero tengo que volver al trabajo. Nos vemos en la cena, cariño. Tengo una llamada de negocios, y esta noche salgo tarde en un vuelo nocturno.

Se me cae la cara. Debería haber esperado esto, pero he estado fuera durante tantos meses que supuse que se tomaría un tiempo para verme.

—¿Te vas? Pero si acabo de llegar a casa.

—Me voy a Colorado por unos días. No será un viaje largo.

—¿Con Michael?

Michael Heron es su socio comercial y el padre de Avery. Normalmente viajaban juntos.

—Esta vez no. He quedado con un posible nuevo cliente. —Sus ojos se iluminan mientras levanta su vaso de alcohol medio vacío, como si tuviera trucos bajo la manga para ganarse a este cliente. Suspiro. O viaja por un cliente potencial o para cerrar un trato, lo que significa que siempre está fuera. El dinero es su mayor motivación.

Papá me da un beso en la parte superior de la cabeza, luego se da la vuelta y se dirige a su oficina.

Saco el teléfono del bolsillo trasero y compruebo las notificaciones. Todavía nada de Avery, pero su auto está afuera. Ella y Xavier se peleaban como hermanos. No puedo imaginar que esté en la casa de la piscina de mi hermano... a menos que sus hermanos gemelos estén allí y ella esté con ellos.

Curiosa, atravieso la cocina para mirar por la ventana. El patio trasero está rodeado de plantas tropicales que bloquean la vista de la casa de la piscina a la que se ha mudado mi hermano después de terminar el instituto. Es como su propio bungalow escondido. Abriendo la puerta de cristal, salgo al exterior y paso por delante de la piscina y por debajo del arco que conduce a una de las dos impresionantes casas de invitados de nuestra propiedad.

Una retahíla de blasfemias agudas y ardientes surca el aire. Dejo de caminar y me agacho detrás del pilar más cercano. Al asomarme entre la abundancia de plantas, capto un destello de cabello rubio que se escabulle detrás de las frondosas palmeras.

¿Avery?

Una puerta se abre y luego se cierra de golpe. Varios pasos golpean los adoquines. Me levanto para ver mejor y veo a Xavier.

—Vuelve aquí —gruñe, y se lanza tras ella. Va sin camiseta y con unos jeans que le llegan a la cintura. Está lo suficientemente cerca como para oír lo que dicen y, por suerte, soy lo suficientemente pequeña como para esconderme detrás de una columna de piedra para observar.

Hace meses que no veo a mi hermano, pero se nota una diferencia en su aspecto. Tiene que ir al gimnasio. Está mucho más musculoso y más delgado de lo que recuerdo. Se ha llenado y está en la mejor forma que lo he visto nunca.

—¡Avery! —Xavier ruge. Tiene un ojo morado y un corte seco en el labio—. Te estoy llamando por tu nombre. Sé que puedes oírme.

—Los muertos pueden oírte —le espeta por encima del hombro—. Vete a la mierda, bastardo engreído.

Sus ojos cobran vida. Xavier alarga la mano y tira de Avery por el codo. La hace girar y ella cae sobre él con un resoplido. La tiene aprisionada contra su pecho desnudo, con una mano en la nuca y la otra en la parte baja de la espalda. Xavier se parece a mis padres y tiene los genes de la familia. Se eleva por encima de Avery, y ella tiene que estirar el cuello para mirarlo.

¿Qué carajo?

Avery se hunde contra él, sus hombros se aflojan. Frunzo el ceño, más que confundida al verlos tan cómodos. Se me revuelve el estómago, sobre todo porque es mi mejor amiga, y porque es incómodo ver esto. Las chicas antes que las pollas.

Sus voces bajan y no tengo ni idea de lo que están diciendo. Con sus cuerpos apretados íntimamente, con las caras separadas por apenas unos centímetros, me esfuerzo por escuchar, pero lo único que consigo son susurros entre dientes apretados. Avery se mueve para abofetearlo, pero Xavier la agarra de la muñeca antes que pueda terminar. La mira fijamente mientras ella se resiste a su agarre. Ella lo empuja y se resiste, pero a juzgar por la sonrisa de Xavier, sabe que la tiene controlada.

No puedo soportarlo. Estoy a punto de asfixiarme de tanto taparme la boca. Un millón de preguntas flotan en mi cabeza tan rápido que no puedo procesarlas. Tampoco puedo seguir siendo un blanco fácil.

—¿Avery? —llamo, caminando hacia ellos.

—¿Adrianna?

El tono de la sorpresa se mezcla con el de ella. Ella y Xavier se separan de un salto.

—Oh, Dios mío. ¿Eres tú? —chilla, y luego corre hacia mí con una enorme sonrisa en el rostro. Nos abrazamos con fuerza y nos balanceamos de un lado a otro de la felicidad. Tengo curiosidad por ver si va a sacar a relucir la pequeña escena que acabo de presenciar.

—¡Te he echado de menos! —digo.

—¡No puedo creer que estés en casa!

Me aparto cuando Xavier se acerca.

—Hola, hermana. —Sonríe y me abraza. Apesta a hierba y puedo oler el leve aroma de la bebida del día anterior en su aliento—. Me alegro de verte.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti. Hueles a mierda —digo.

Se ríe, sin vergüenza.

—No te esperaba hasta más cerca de Navidad.

—Terminé mis exámenes finales hace un par de días, así que vine a casa temprano. —Los ojos de Xavier se dirigen a Avery durante una fracción de segundo antes de volver a los míos.

Miro a Avery. Tiene el labio inferior enrollado entre los dientes.

—Te llamé mientras estaba de viaje un millón de veces para decirte que volvía a casa temprano, pero nunca contestaste. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde has estado?

Avery suelta un fuerte y molesto resoplido. Se mete la mano en el bolsillo trasero y saca el móvil. Me lo acerca a la cara. Mis cejas se alzan.

—Por eso no recibí tus llamadas. Mi teléfono no se enciende. Mis malditos hermanos pensaron que sería divertidísimo pintar mi iPhone con los colores de Miami mientras dormía anoche. Mi *flamante iPhone*, ayuda. Y no solo eso, con la ayuda de tu hermano. —Le dirige una mirada asesina—. Rociaron mi auto con harina para tartas y huevos. Juro por Dios que los voy a asesinar.

Me entrega su teléfono y miro hacia abajo. Intento rascar y sacudir las horribles rayas de pintura naranja y verde, pero no se quitan. Ambos lados están completamente pintados. A los dieciséis años, Avery es una gran fan de los Gators. Podía odiar a los Bulldogs, pero detesta a los Hurricanes. A nadie le gusta Miami.

Miro a mi hermano, extrañado que él y sus hermanos hicieran esto.

—¿De verdad, Xavier? ¿Cuántos años tienes? ¿Diez años? —Una vena palpita en el centro de su frente. Intenta reprimir la risa, pero está estallando como un niño de un año que aplasta arándanos en la mano como si fuera lo más divertido del mundo.

—Ha llovido esta mañana temprano, Aid —afirma, cambiando los pies de uno a otro—. La harina estaba pegada a mi auto.

Cuando dice pegada, me impacta. Se me cae la mandíbula y se me abren mucho los ojos. Intento no reírme, pero no puedo evitarlo. Me echo hacia atrás y le doy una bofetada a mi hermano en el abdomen con el dorso de la mano. Se trata de la típica broma del último año de nuestro instituto. Solo que ella aún no está en el último año y ellos son unos imbéciles.

—Me pasé toda la mañana limpiando a mi bebé, por dentro y por fuera. Conseguí quitar los cristales lo suficiente como para poder ver por dónde iba, pero cuando entro en el auto y enciendo el aire, me disparó una enorme bocanada de

harina. Había harina por todas partes, Aid, por todas partes. Intenté limpiar la harina por fuera con una manguera, y solo lo empeoró. Todavía hay harina y cáscaras de huevo por toda mi entrada.

No puedo contenerme y suelto una carcajada al imaginarme a Avery rociada de harina.

—Dios mío. ¿Pero por qué harían eso? —Me vuelvo hacia mi hermano y le hago la misma pregunta.

—¿Por qué no? —dice Xavier, encogiéndose de hombros.

—Porque son unos malditos imbéciles, por eso. ¿Necesitas más explicaciones?

Me río de su tono molesto, y también lo hace mi hermano. Es imposible no hacerlo.

—Entonces, ¿has venido a gritarles? —Hago una pausa, pensando en lo que dijo mi padre y en la escena que acababa de ver—. Mi padre dice que venías aquí de vez en cuando mientras yo no estaba.

Lanza una mirada fugaz a Xavier antes de volver a fijarse en mí.

—Creo que tu padre está bebiendo demasiado bourbon. ¿Por qué iba a venir aquí sin ti? ¿Para ver a quién?

—Eso es lo que digo. Pero entonces yo… pienso que tal vez… —Mi corazón late con fuerza. Tengo que sacarlo—. Pienso… pienso que tal vez ustedes podrían estar viéndose o algo así.

—¡Qué! ¿Me estás jodiendo? —exclama Xavier. Su cara se vuelve de un tono rojo intenso. Ya no se ríe—. No soy un humillador de fetos. Las Barbies jóvenes y zorras no son mi tipo.

Avery me mira fijamente a los ojos como si estuviera calculando su muerte en su mente.

—Un humillador de fetos —afirma, poniendo mucho énfasis en las palabras—. Un humillador de fetos. ¿De dónde sacas esta mierda?

—No me acuesto con chicas, especialmente con las mucho más jóvenes que yo. No merece la pena ir a la cárcel, y no soy un puto profesor de educación sexual. Me gustan experimentadas e indómitas.

Me burlo, fingiendo que vomito en seco.

—Eres tan asqueroso. —Lo último que quería imaginar es a mi hermano teniendo sexo.

Avery interviene.

—Dime, ¿tienes por casualidad otro hermano que no conozca y al que iría a visitar en lugar de este cabrón que está a mi lado?

Finjo una sonrisa.

—Sabes que no.

—Admito que he estado más aquí últimamente desde que llegaron a casa para las vacaciones de invierno hace dos semanas, pero eso es todo. Chica, te he echado de menos, pero no te echo tanto de menos como para necesitar dormir en tu cama y demás y estar cerca de tu hermano para sentirme cerca de ti. ¿Qué mierda? —Me relajo, riéndome de la expresión de su rostro—. Eso es una mierda de psicópata.

—Por mucho que me guste esta acogedora reunión, tengo que irme.

Antes que Xavier pueda irse, grito su nombre.

—¿Qué pasa con el moretón y el corte?

Inclina la cabeza y me mira de reojo. Desde este ángulo, puedo ver que tiene ojeras. Levanta los puños y se agacha, simulando boxear al aire, lanzando jabs y golpes bajos.

—Solo estoy jodiendo con algunos amigos.

Xavier se aleja. Veo cómo abre la puerta y una enorme nube de humo se desliza hacia fuera.

No podríamos ser más diferentes si lo intentáramos.

Tiro de Avery en un abrazo lateral.

—Entonces, ¿cómo piensas devolvérselo? —Se ríe. Avery ya está maquinando.

Volvemos a mi casa, haciendo planes para el día de buscar un vestido de gala. Estoy más que emocionada por salir con mi mejor amiga. Mi estómago revolotea con mariposas y la felicidad irradia de ella al igual que de mí. Este tiempo en casa va a ser exactamente lo que necesito. Hace muchos meses que no salíamos, estar tan lejos de Avery es mucho más duro de lo que esperaba.

Me cambio a un look más Palm Beach mientras Avery me pone al día de todo el drama de su escuela y de cómo se abre camino hasta ser capitana de las animadoras. Sé que entrará en el equipo. Cuando Avery se propone algo, es muy raro que no lo consiga. Mientras ella divaga, me maquillo un poco y me rizo las puntas del cabello. A pesar de alabarme por no ser como una de las chicas del escuadrón Gucci, tengo que mantener mi apariencia. Soy afortunada, mis padres

me daban mucho, y hacer algo tan sencillo como representar el papel para ellos es algo que puedo aguantar y hacer.

Retrocediendo, me evalúo en el espejo. Me he acostumbrado a salir de la cama y a no tener que arreglarme para nada y había olvidado lo mucho que lo echo de menos. Es increíble lo lejos que puedo llegar un poco de rímel y ropa bonita.

Justo cuando estamos a punto de irnos, mamá sale del despacho de papá y se fija en mi aspecto.

—Ana, *mucho* mejor —dice orgullosa, con los ojos brillantes—. Por favor, pide una cita con Sasha para que te peine y te maquille tanto para la gala como para la fiesta de Nochevieja. Pueden ir las dos juntas —dice, agitando los dedos entre Avery y yo—. No sé si has hecho amigos en Cape Coral, pero si quieres invitarlos, eres más que bienvenida. Pueden quedarse en nuestra casa de huéspedes si sus padres están de acuerdo.

—Tengo algunos amigos a los que podría invitar y estoy segura que a sus padres no les importará que vengan aquí, ya que viven solos. —Me mira perpleja y respondo a su pregunta—. Son Holly y Hayden, son gemelos. Creo que los invitaré ya que nos hemos hecho muy buenos amigos. Gracias, mamá. —Sonrío alegremente, pensando en la vez que Hayden dijo que quería venir de visita.

—¿Por qué no invitas también a tu entrenador? —sugiere Avery alegremente.

Esta perra. La miro fijamente, contando todas las formas en que podría arrancarle cada mecha de cabello de la cabeza. Me aclaro la garganta y digo:

—No creo...

Papá aparece en el umbral, apoyado despreocupadamente en el marco de la puerta.

—En realidad ya he hablado con Konstantin y los he invitado. Dice que tenía que hablar con Katja y comprobar sus horarios. Hoy mismo me pondré en contacto con él. —Toma un sorbo de su líquido ámbar.

—Seguro que él y Katja ya tienen planes —dice mamá.

—Probablemente mamá tenga razón —añado rápidamente. La ansiedad se apodera de mi estómago. *Por favor, Dios mío, que tengan planes.* Lo último que quiero es que Kova y Katja estén aquí.

Papá niega con la cabeza.

—Lo llamaré ahora. Pueden quedarse en nuestra otra casa de huéspedes, y si acaso, los amigos de Ana pueden quedarse en una habitación de huéspedes.

Mamá aspira al mismo tiempo que yo. Esta es una idea terrible y necesito que este plan sea derribado.

—Necesitaré un recuento final de personas para el catering al final de la semana, Frank —dice mamá con firmeza—. Ya sabes, para que podamos prepararnos para cualquier *amigo* extra que quieras invitar.

Papá baja la barbilla en señal de acuerdo. Por alguna razón, mamá no está contenta con esto. Está totalmente enfadada y no tengo ni idea de por qué.

—Bueno, nos vemos luego. Nos vamos de compras. —Casi me ahogo con mis padres, y me doy la vuelta para marcharme. Bajan la voz a poco más de un susurro mientras nos alejamos, una agudeza en cada palabra que mamá escupe pica, y sé que están a punto de discutir. Lo ignoro, ya me he acostumbrado.

Agarrando el brazo de Avery mientras salimos por la puerta principal, me inclino hacia su oído y le digo:

—Te voy a matar, Avery.

Se ríe… y yo también.

Capítulo 09

Puede que fuera el espíritu de las fiestas, pero me encuentro con una sonrisa de oreja a oreja cuando elijo el vestido de noche perfecto para la gala. Por suerte, encuentro un vestido para que mamá no tenga que hacer una llamada para que le entreguen un surtido. Eso requeriría que ella evaluara críticamente mi cuerpo, lo que nunca es divertido. Normalmente odio ir de compras para este tipo de eventos solo por esa razón, pero sé que no puedo equivocarme con un vestido de gasa de Elie Saab hasta el suelo con una gran abertura en un muslo. La parte superior negra plisada del vestido sin tirantes deja ver mi afilada clavícula; lo que complacerá enormemente a mi madre; y la vivaz gama de colores morados, dorados y rosas ombré de la falda se mezclan entre sí. Lo combino con unos tacones de tiras en color nude.

—Sabes, estoy esperando pacientemente nuevos detalles aquí —dice Avery, mientras mira un estante de vestidos, observando cada uno como si estuviera hablando con la ropa y no conmigo.

—¿Detalles?

—Sí, *Ria*, detalles.

Me tenso, apretando los labios. Sé que se acerca.

—Esperaba que te hubieras olvidado de todo eso.

Se pone un vestido negro contra su cuerpo y mira hacia abajo.

—¿Sobre "labios de pescado"? Nunca. —Lo devuelve al perchero.

—¿Qué te hace pensar que querría contarte algo después de sugerir que mi entrenador y su novia vengan a mi casa? Casi te estrangulo.

Avery se echa a reír. Por mucho que quiera contarle cada dichoso y despreciable detalle que ha ocurrido desde la última vez, me pone nerviosa después de la forma en que reaccionó Hayden. No quiero que me mire como lo hace él, sobre todo porque prácticamente insistió en que no tuviera sexo con Kova. La situación es pegajosa, y aunque puedo confiar explícitamente en ella, sigo sintiéndome

incómoda con todo el asunto. Ella no sabe lo del sexo, ni lo de la píldora del día después, ni que no habíamos usado preservativos. No sabe nada.

En lugar de eso, me desvío ignorándola y sigo comprando para ganar tiempo, apilando en mis manos una variedad de artículos que realmente no necesito.

Tomo un adorable bolso con solapa de ónix de Chanel y le doy la vuelta para mirar el precio. Avery mira los accesorios de alta gama mientras se acerca y yo me pongo un poco nerviosa, así que finjo que necesito una joya que combine con mi vestido. Me dirijo rápidamente al mostrador de cristal y pido ver una pulsera de estilo brazalete.

—¿Qué escondes? Sea lo que sea, debe ser jugoso —dice Avery mientras estudia la banda de oro rosa diseñada con hojas de hiedra.

Mi corazón se acelera y, si sigo evadiendo la pregunta de Avery, va a acumular una factura considerable.

Miro un par de tacones de aguja negros con los que probablemente me rompería el cuello y pido al dependiente de la joyería que me traiga una talla seis. Irán fantásticos con cualquier vestido.

—Está bien. Tienes unos veinte mil dólares de mierda en tus manos. ¿Qué es lo que no me dices? Estás ocultando algo.

Mis ojos caen sobre mis manos. Ella tiene razón. Tengo unos veinte mil dólares de mercancía, y sumado al costo del vestido que está de camino a mi casa, junto con las bolsas de ropa que ya he comprado, me acerco a los cuarenta en ese momento.

—Menos mal que tengo la Tarjeta Negra —digo con una sonrisa displicente y me dirijo a la segunda planta destinada a los shows privados.

—No puedes huir de mí.

Una ligera risita sale de mis labios. No llego muy lejos, quizá unas pocas zancadas, cuando descubre mi secreto. Silba detrás de mí. Me asomo por encima del hombro, mordiéndome el interior de la mejilla. Mierda. Sus ojos son enormes con vívida certeza y una sonrisa de sorpresa se extiende por su rostro.

—¡Te lo has follado! —sisea, caminando hacia mí.

Mi estómago se hunde en una ola de náuseas. Agitada por la ansiedad, miro a mi alrededor en busca de oídos que me escuchen y me pongo un dedo delante de los labios, suplicando su silencio. La isla de Palm Beach es pequeña. Todo el mundo lo sabe todo de todo el mundo. Un susurro de indecencia es todo lo que hace falta para que la bola se ponga en marcha. Me siento como si estuviera en un altavoz anunciando la pérdida de mi virginidad a toda la isla.

—Avery. Por favor, baja la voz.

Me ignora y continúa.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que iba a pasar! Tú, pequeña idiota.

Avery me pisa los talones y me agarra del codo, haciéndome girar hacia ella. Me mira con extrañeza.

—¿Por qué me ocultas esto? ¿Por qué no puedes decírmelo?

Sacudo la cabeza y suelto un suspiro derrotado.

—No te oculto nada, pero ¿recuerdas la charla que tuvimos cuando viniste a visitarme? Insististe en que no tuviera sexo con él.

—¿Y?

—¿Y? —imito, levantando la voz.

—Sí, ¿y qué? Me preocupé por las ramificaciones a las que se enfrentarían ustedes dos, imbéciles, si los atrapaban. Eso no significa que no quiera que me llenes la taza. —Avery comienza a golpearme el brazo mientras finge que sostiene una taza con la otra mano. Es una broma constante entre nosotras. Llena mi taza *con todos los detalles jugosos y sucios*.

—Basta. —Me río y la alejo—. ¡Bien! Te lo contaré todo. Dios. —Pongo los ojos en blanco y suelto un suspiro digno de un Oscar.

—¿Tiene una gran polla? —Sus ojos son enormes y humorísticos. No me sorprende en absoluto que esa sea su primera pregunta. Avery es estrictamente una polla.

Bajo la voz a un susurro apretado.

—Considerando que es el único chico con el que he estado, diría que sí.

Chilla. Avery chilla literalmente, y me siento avergonzada por ella por el sonido que acaba de hacer.

—Si vamos a tener esta conversación, no va a ser dentro de Chanel donde cualquiera pueda escucharnos.

—¡Hecho! —acepta—. Tengo el lugar perfecto.

Con la mente en blanco, Avery me arrastra escaleras abajo. La detengo justo antes de llegar a las puertas de cristal.

—Déjame comprobar primero. Dudo mucho que mi padre quiera recibir una llamada del gerente diciendo que salimos con un brazo lleno de mierda de alta gama.

—Oh, cierto —dice Avery, retrocediendo—. El naranja nunca fue tu color. Por otra parte, podría ir con el seis-seis-seis que tienes recién tatuado en la nuca.

Avery, siempre haciendo chistes de pelirrojos y de lo malvados que son.

Dos horas más tarde, Avery está cuidando lo que estoy segura que es una resaca mental infernal después que le descargué cada pequeño detalle sucio, desde las múltiples dosis de la píldora del día después hasta el enfrentamiento entre Kova y Hayden la noche anterior. Estamos sentadas en una tumbona una frente a la otra en la pequeña sección de la playa privada que posee la familia de Avery. Cada casa en el agua tiene su propio paseo frente al mar. Mientras yo vivo en un campo de golf, su familia vive en el agua.

—Sabes, deberías haberme dicho que me abrochara el cinturón de seguridad para esta puta historia loca que acabas de contarme. No estaba preparada para nada de eso.

—¿Cómo crees que me sentí cuando todo estaba pasando y no tenía a nadie con quien hablar? Era un desastre, Ave. Tantas veces quise llamarte, pero tenía miedo. —No añado las veces que he llamado, ella no respondía.

Ella sonríe disculpándose.

—Lo entiendo perfectamente, de verdad, pero si vuelves a dejarme afuera así, te voy a joder. —Una carcajada sale de mis labios y me dejo caer contra la silla de playa, divertida por su humor inofensivo—. Para que conste, odio a Kova. Como, realmente lo odio. ¿Por qué no pudiste ir por Hayden?

—No lo sé. No fue como si hubiera hecho un plan para abalanzarme o algo así. Simplemente sucedió.

—Ah, y necesitas un método anticonceptivo cuanto antes o nunca podrás tener hijos. Esa mierda es mala para ti, probablemente joda tu cuerpo más de lo que dicen las advertencias en la televisión. No puedo creer que hayas sido tan tonta.

Hiciste que todo fuera mucho más... —Avery se tapa la boca con una mano. Sus ojos eran enormes globos azules—. Dios mío —murmura detrás de su palma y la deja caer—. Sugerí que Kova y Katja vinieran para Año Nuevo. ¿En qué estaba pensando?

Me levanto de golpe.

—¿Por qué pensaste que quería asesinarte cuando dijiste eso? No podía creerlo.

—Todo esto es culpa tuya. Si hubieras confiado en tu mejor amiga, habría mantenido la boca cerrada.

Oh, no, no lo haría.

—¿En serio? Sabías que había algo entre nosotros. No te hagas la despistada y la inocente.

—Cierto, y tienes razón, pero esto es un juego totalmente diferente, amiga. Deberías ir a colgarte, porque estás jodida. Tú. Estás. Jodida. —Hace una pausa—. ¡Oh, Dios! Hayden estará aquí también. —Se levanta de un salto de la silla y comienza a pasearse—. ¡Y después de haber golpeado a Kova! Dios mío. Tengo la sensación que esta va a ser una fiesta de Año Nuevo que nunca olvidaremos. Si es que vives para verla. —Ahoga una carcajada—. Oh, esto se ha vuelto tan jodidamente jugoso. Por cierto, el puñetazo de Hayden a Kova ha aumentado mucho su factor de atracción. Puede que sea un Fuck Boy[4], pero realmente deberías considerar mantenerlo como una pieza secundaria.

¿Fuck Boy? Con Avery, nunca sabías lo que iba a salir de esa boca de motor que tiene.

—Sabes lo que significa esto, ¿verdad?

—Avery.

—¡Sí!

—Deja de chillar. Estoy avergonzada por ti otra vez. —Esta demasiado excitada para su propio bien.

Pone los ojos en blanco.

—Sabes lo que significa esto, ¿verdad?

—¿Qué?

—Tienes que estar vestida para matar para la fiesta ahora. Necesitamos que hagas girar las cabezas y dejar caer las mandíbulas. —Ella frunce los labios y mira

[4] Un chico para solo follar

hacia el cielo. Jadea como si la respuesta la hubiera golpeado en la cara—. ¡Tengo el vestido perfecto para ti! Un vestido de *muerte* —añade con una enorme sonrisa.

Mis cejas se arrugan.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Me mira como si fuera una imbécil.

—Porque ambos Labios de Pescado y el Fuck Boy estarán allí.

—¿Y?

—¡Y! ¿Qué quieres decir con "*y*"? Queremos su atención en ti.

La miro fijamente.

—¿Estás loca? ¿Después de cómo me ha tratado? No soporto ni siquiera mirarlo.

Me mira de forma divertida y trato de no reírme.

—Está bien. Puedo soportar mirarlo, pero… —Me interrumpo—. ¿Qué bien puede salir de esto? Te das cuenta que Katja estará allí, ¿verdad?

—¿Y? —pregunta como si no fuera un problema, cuando es un maldito problema enorme—. Estás actuando como una solterona.

—No voy a montar un espectáculo mientras ella esté aquí encima de todo.

Avery niega con la cabeza y levanta una mano.

—Basta ya. No tienes que ir desfilando por ahí. Solo tienes que estar absolutamente increíble. Eso enfadará a Kova porque Hayden estará allí.

—¿Ave?

Se anima como si tuviera una sugerencia increíble para ella.

—¿Sí?

—Ca.lla.te. Esto está empezando a sonar como una telenovela. El drama por el drama, y yo no hago eso.

Sus hombros se hunden.

—No eres divertida.

La rechazo y ella sonríe.

—¿Por qué demonios le importaría a Kova que Hayden esté allí de todos modos?

—Por todo lo que me has contado, parece un ex celoso y no soporta verte cerca de otro chico. Burlarse de él con lo que no puede tener será divertido después de lo que hace. Deberías querer hacer que te desee.

Reflexiono sobre sus palabras. No tengo ganas de hacer eso, no después de lo mucho que me hace daño. Sin mencionar que realmente no es lo mío.

—No lo había pensado así, pero Kova es un hombre, Hayden es un adolescente. Sería estúpido si realmente se enfadara.

—Dios. ¿Tengo que enseñarte todo? —Ella es demasiado dramática—. Los chicos siempre quieren lo que no pueden tener. —Avery se sienta a mi lado—. Dejando de lado las bromas, ¿cómo estás llevando todo esto?

Me encojo de hombros, sacudiendo la cabeza. Mis ojos se concentran en la larga franja de coronas blancas que se enroscan en las olas que rompen. Me encanta el sonido del océano rugiente besando la orilla. La playa normalmente me ayudaba a despejar la cabeza, pero esta vez... esta vez es diferente. Estoy hecha un lío. No sé cómo responder a la pregunta de Avery sin lanzar un puñado de adjetivos.

—Honestamente, no lo sé. Normalmente soy bastante buena bloqueando las cosas para no permitir que me duela, pero esto es diferente. Me digo que no dejaré que me moleste, pero la verdad es que *lo* siento *todo*, Ave. Cada palabra, cada acción, cada toque. Me siento como si me hubieran cortado en pedazos sin ningún cuidado. Estoy tan cerca de romperme y no quiero hacerlo. —Exhalo un fuerte suspiro—. Hay momentos en los que mi cordura está cerca de la superficie y se burla de mí. Odio esta sensación de nerviosismo, esta sensación de malestar.

—Si sirve de algo, por lo que parece, nadie adivinaría que tienes demasiado caos dentro de ti. Diría que estás haciendo un buen trabajo.

—Me gustaría poder ser más como tú y decir que se joda todo y que no me importe nada. Tan despreocupada y libre. Eso es lo que más admiro de ti, ¿sabes? La capacidad de dejar de lado las cosas e ir con la corriente y no dejar que te afecte.

El rostro de Avery se desliza al apartarse, pero yo la había atrapado. Mete la mano entre nosotras y recoge un montón de arena en la palma de la mano, luego deja que los pequeños granos cayeran entre sus dedos.

—Es difícil hacer el papel, ¿sabes? —Su voz se suaviza—. Algunos días siento que me desvanezco por dentro mientras llevo una sonrisa impecable. No tengo motivación... A veces ni siquiera sé quién soy o si algo importa ya.

Se me eriza el vello de la nuca. Su voz es delgada y cruda, tan distinta a ella, y eso me preocupa. Cuando no puedo comunicarme con ella, tengo el

presentimiento que algo está pasando. No es propio de Avery ignorarme por completo.

—Ave, ¿qué pasa?

Se queda callada durante un largo minuto.

—Solo pensaba en cosas del pasado, ¿sabes?

Algo se me ocurre.

—¿Cómo les va a ti y a tu novio? ¿Voy a aprender alguna vez su nombre? Creo que me lo he ganado después de todo lo que te he contado. —Le doy un codazo en el brazo.

Reacciona y me dedica una sonrisa resplandeciente, como si lo que ha dicho no hubiera pasado.

—Bueno, todavía tienes que estar vestida para matar, tu madre no lo querrá de otra manera.

Estoy de acuerdo. Una ceja se levanta en un punto al mismo tiempo que una esquina de su boca se levanta. Sus ojos brillan con picardía. Yo conozco esa mirada.

—¿Qué tal si vamos más allá?

Capítulo 10

Entre la gala y la Navidad, el tiempo vuela y, antes de darme cuenta, llega la Nochevieja.

He conseguido sacar tiempo para la terapia de mi Aquiles y para una carrera rápida aquí y allá, pero no mucho para nada más. Las vacaciones de invierno suelen ser un calvario en mi familia, así que saboreo los últimos minutos de paz en mi cama antes de tener que ponerme en marcha.

Mamá ha quedado más que satisfecha con el vestido de Eli Saab que elegí y no podía dejar de presumir de él en la gala de la otra noche.

¿No se está convirtiendo Ana en una jovencita impresionante? Es tan hermosa y está entrenando gimnasia en un gimnasio de primera aquí en Florida. Date la vuelta para que podamos verte. Mira qué guapa está mi hija, mientras me esponja el cabello.

Odio cuando hace eso. Como si me ofreciera en matrimonio. Un diamante raro. Mira, pero no toques.

Aparte de un rápido mensaje de texto que le envié a Kova deseándole una feliz Navidad, no he hablado con él desde que dejé Cape Coral. Él respondió con gracia: "Feliz Navidad *para ti también, Ria*".

Ria. Ese apodo hace que mi corazón entre en una espiral de vértigo cada maldita vez. Podía oír el acento de su voz, sentirlo acariciar mi piel mientras lo leía. Y lo había leído varias veces, esperando que la burbuja se abriera con más texto. Pero no fue así. Es una esperanza irracional, teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido. Para alguien que ha sido mi constante mañana, tarde y noche, me he acostumbrado a la presencia de Kova. Es inusual no tenerlo cerca y lo echo de menos.

Hayden y Holly llegaron tarde anoche. Estaban en casa, en Ohio, cuando les envié el mensaje para que pasaran el Año Nuevo conmigo. Papá habló con sus padres y luego hizo unas cuantas llamadas para que les cambiaran los billetes de avión al aeropuerto internacional de Palm Beach. Llegaron en un vuelo nocturno y están durmiendo en la casa de huéspedes.



Dos ligeros golpes suenan en mi puerta antes que la empujen para abrirla.

—Buenos días —dice Xavier, su voz suena como si hubiera fumado un paquete de cigarrillos en una hora. Parece que aún no se ha acostado.

Bostezo, luego le sonrío.

—Hola.

Xavier y yo siempre nos hemos llevado bien. Nunca ha habido rivalidad entre hermanos ni hemos entrado en guerra cada segundo del día. Él había cuidado de mí más que nadie y había sido protector. El típico hermano mayor.

—Papá dice que tienes unos amigos volando. Un tipo y su hermana. ¿Necesita que le preste algo de mi ropa? —pregunta Xavier, apoyado en el marco de mi puerta. Resopla, su ojo negro se ha desvanecido hasta convertirse en un amarillo parduzco.

Sonrío ante su consideración.

—Gracias. Lo consultaré con Hayden y veremos. —Mis ojos recorren su cuerpo. Su cabello negro azabache esta despeinado, los ojos inyectados en sangre, y su camisa de vestir lavanda, antes planchada, esta medio metida y arrugada.

—¿Una noche larga?

Xavier se frota el ojo con el talón de la mano y entra en mi habitación. Se deja caer en la cama en la que yo sigo acurrucada.

—Algo así.

—Apenas te he visto desde que estoy en casa. Esperaba que pudiéramos pasar un día juntos antes que la vida se imponga y nos separemos de nuevo.

Mira al techo como si estuviera sumido en sus pensamientos.

—Lo siento. He estado... ocupado.

—Sí, tan ocupado con Michael y Connor, ¿verdad? ¿No pasan suficiente tiempo juntos en la universidad?

Michael y Connor son los hermanos gemelos de Avery. En la isla se les conoce como la Banda de los Hermanos porque son inseparables y causan problemas constantemente.

—No es así. Hemos estado juntos, pero la he cagado a lo grande y he intentado arreglarlo —Mi corazón se aprieta por la angustia en sus palabras. Nunca lo he oído sonar tan impotente—. Pero cuanto más hago, más me jodo.

—¿Qué ha pasado?

Exhala un largo y duro suspiro.

—No puedo dejar que salga.

—¿Puedo ayudar en algo?

Niega con la cabeza.

—No puedo hablar de ello.

Hmm. Eso me suena terriblemente familiar.

—¿No puedes o no quieres?

—Ambos.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudarte?

—No puedes.

—Jesucristo, estás empezando a molestarme. Siento que estoy yendo en círculos aquí. Lánzame algo para correr.

La comisura de la boca de Xavier se levanta a medias. No me gusta lo abatido que suena.

—Suenas como ella.

Y ahora todo tiene sentido.

—Oh, problemas de chicas. Lo tengo.

—Algo así.

Me encojo de hombros, sin querer entrar en problemas de relación con mi hermano. Como si estuviera en condiciones de dar consejos.

—Estoy segura que lo resolverás. Solo tienes que pasar a tu próxima persecución. Parece que tienes una lista de harenes que tachas una vez que los has conquistado. Táchala en tu pequeño libro negro.

Xavier se queda mirando el tejado con un aturdimiento melancólico.

—Si fuera tan fácil. Es esa chica que se mete en tu piel. Solo escarba y escarba, hasta que se entierra en lo más profundo de tus huesos y no quieres que se vaya… hasta que lo hace y se lleva todo con ella.

Un suave golpe suena en la puerta abierta, distrayéndome de mi hermano, justo a tiempo también. Miro para ver a Theo, nuestro mayordomo, de pie en la apertura.

—Señorita Rossi, sus dos invitados fueron encontrados vagando por la parte de atrás con aspecto de estar un poco perdidos. —Empuja la puerta para abrirla más y Hayden y Holly entran, sus ojos rebotan alrededor de mi dormitorio, asimilándolo—. Me encargué de mostrarles su habitación.

—¡Hola chicos! No creí que estuvieran levantados todavía. —Miro a Theo y le dirijo una sonrisa de agradecimiento.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Tú combustible para cohetes, quizás? —pregunta.

Suspiro. Mi café. El elixir de la vida.

—Gracias, Theo, pero ya sabes que lo conseguiré yo misma. —Asiente una vez y se va.

Antes que pueda decir otra palabra a mis amigos, veo cómo una sonrisa se dibuja en la cara de Xavier cuando mira a Holly. Oh, *diablos*, no. Le doy una rápida patada en la cadera y lo miro fijamente. Así de fácil, sus problemas con las chicas son cosa del pasado.

Holly está de pie junto a Hayden y lleva unos pantalones cortos azul marino, una camisa vaquera abotonada con las mangas remangadas hasta los codos y una camiseta blanca debajo de la camisa. Lleva el cabello rubio claro trenzado a un lado de la cabeza y recogido sobre el pecho. Me encanta ese peinado, pero nunca podría llevarlo. Parece que acaba de salir de un pequeño pueblo. Es tan adorable.

—Tu lista es suficientemente larga —digo en voz baja.

Xavier sigue sonriendo, así que le doy otra patada, esta vez más fuerte.

—Fuera. —Lo fulmino con la mirada.

—¿Interrumpimos algo? —pregunta Hayden.

Xavier se pone de pie y camina hacia ellos. Les tiende la mano.

—Soy Xavier, el hermano mayor de Ana. Veo que ha perdido los modales que le inculcaron nuestros padres.

Me entrometo.

—¡No lo hago! Es que no quiero que hables con mis amigos.

—Hayden. Encantado de conocerte. —Hayden se presenta con una sonrisa. Intercambian un firme apretón de manos, luego señala a Holly—. Esta es mi hermana, Holly.

—Holly, un placer —dice Xavier. Los ojos castaños de ella están sobre él. Juro por todo lo que es sagrado, que, si el idiota de mi hermano piensa siquiera en ir tras ella por una fracción de segundo, yo misma le daré un puñetazo. Holly no necesita su propia línea y una puntuación en su pequeño libro negro.

—¡Bien, adiós, Xavier! —grito, dejando claro que es hora que se vaya, pero me ignora.

Dirige una mirada escrutadora por el cuerpo de Hayden.

—Me han dicho que tal vez necesites que te presten algo de ropa para esta noche, pero ahora estoy pensando que tal vez no te quepa. ¿Estás tomando esteroides, hermano?

Gimo y cierro los ojos en señal de humillación, y luego los abro. Hayden y Holly no tienen el atuendo adecuado para una fiesta como la que organizamos, así que les ofrecimos ropa prestada.

—¡Xavier! Eres un imbécil. ¿Qué te pasa?

—Ah, no. Nunca. —Hayden se ríe nerviosamente y me da una mirada de asombro. Un tono rosado brilla en sus mejillas. Hayden está abrumado. Cruza los brazos frente a su pecho, y el tonto de mi hermano alarga la mano para agarrar uno de sus bíceps.

Las cejas de Xavier se disparan.

—¿Así que eso es por hacer gimnasia? Bueno, mierda. Apúntame. —Le da a Hayden una palmada amistosa en el hombro—. Cuando termines con mi hermana, baja a la casa de la piscina y veré qué ropa puedo conseguirte.

—¿Qué es el combustible para cohetes? —pregunta Holly, cambiando la conversación. Tardo un momento en comprender de qué está hablando. Me río. Decir que bebo combustible para cohetes no es la mejor manera de describir el café.

—El café de Ana —responde Xavier—. Nunca he conocido a nadie que lo beba como ella, ni la cantidad.

—¿Por qué ese hombre lo llama así? —pregunta Holly.

En ese momento, Avery entra en mi habitación llevando una bandeja de papel y un pesado brazo lleno de vestidos en bolsas transparentes con cremallera.

—Porque su café puede estimular a los muertos —ofrece Avery con una enorme sonrisa, y luego saluda rápidamente a Hayden y Holly—. Le gusta su café como le gustan sus hombres: oscuro, amargo y atrevido.

—Sí, lo contrario a ti —dice Xavier, mirando a Avery—. Ligero, débil y aburrido.

Avery coloca la bandeja que contiene cuatro tazas de café en mi mesita de noche, y luego le da un rápido revés a Xavier en las costillas. Él finge un gruñido y se sujeta el estómago, fingiendo que le duele.

—Cierra la boca, Xavier, y lárgate.

Avery me mira y yo suelto una risita. Sus ojos se iluminan.

—Hola, chica. —Se da la vuelta, se dirige al perchero y empieza a colgar los vestidos.

Largas zancadas llevan a Xavier hasta Avery. Los observo mientras él desliza la ropa ya colgada a un lado para hacer espacio en la barra de acero. Luego le quita la pesada carga del brazo y le cuelga las prendas. Sus labios se mueven mientras murmura algo junto a su oído, pero habla en voz baja y no puedo distinguir lo que dice. Ella niega con la cabeza, y él lanza una mano al aire y suspira antes de salir furioso de la habitación.

—¡Es *tan* molesto! —Avery declara dramáticamente una vez que mi hermano se fue. Ella reparte los vasos de poliestireno—. Es como tener un tercer hermano.

Tomo un sorbo de mi café.

—Eso es lo que siento por tus hermanos. —Holly y Avery se dejan caer en mi cama, mientras Hayden toma asiento en la silla de la esquina de mi habitación. Un sorbo más y le pregunto a Avery—: ¿Qué te ha dicho Xavier?

Me mira como un ciervo atrapado en los faros.

—¡Oh! Por un segundo no supe a qué se refería. Me preguntó si tenía más ropa en el auto para subir. —Sacude la cabeza y pone los ojos en blanco—. Como si fuera a darle las llaves de mi auto después de lo que hicieron. Mamá no crió a ninguna tonta.

—Bien pensado. —Me giro hacia mis amigos—. ¿Han dormido bien?

—Sí. Ese colchón es como dormir en una nube.

—Probablemente el mejor sueño que he tenido en mucho tiempo.

—Oh, bien. No quería despertarlos. Me imaginé que lo necesitaban ya que volaron tan tarde.

Alfred había sido quien recogió a Hayden y a Holly en el aeropuerto la noche anterior y los trajo aquí.

—Tu casa es enorme, Aid. No estabas bromeando cuando nos hablaste de su tamaño o de la cantidad de habitaciones. Es como lo que se vería en una revista. Si no nos hubiéramos topado con tu mayordomo, probablemente todavía estaríamos dando vueltas por ahí.

Sonrío tímidamente.

—Lo siento. Debería haberles dicho dónde ir cuando llegaron anoche, pero ni siquiera lo pensé. Me imaginé que querían descansar.

—Te lo has imaginado bien —dice Holly con un bostezo—. ¿A qué hora es la fiesta?

—La fiesta empieza a las ocho, pero los invitados a veces llegan antes. —Miro mi mesita de noche y veo la hora. Se acerca el mediodía—. Probablemente deberíamos comer y luego empezar a prepararnos.

Una arruga se forma entre los ojos de Hayden. Tira de sus pantalones para que dieran más de sí en las rodillas y se acomoda en la silla.

—¿Necesitas tanto tiempo?

—No, pero probablemente unas buenas tres horas. Hayden, siento que esto es algo que deberías saber.

Sus cejas se disparan hasta la línea del cabello.

—¿Cuánto tiempo tardan las chicas en prepararse? No.

—Pero tú lees Cosmo —replico, y tomo otro sorbo de mi café, mirándolo juguetonamente.

Tanto Holly como Avery giran la cabeza hacia él, sorprendidas.

—¿Has leído mis revistas? —pregunta Holly, muy avergonzada—. Muy bien, hermano.

—¡Qué! —Hayden levanta las manos—. A veces parecen intrigantes.

—Eso hace que tu medidor hot baje mucho, amigo. Nunca admitas eso ante nadie. —Avery hace una pausa—. Bueno, tal vez no. Retiro lo dicho. Apuesto a que sabes más sobre lo que quieren las mujeres que los hombres adultos.

La respuesta de Hayden es una sonrisa de oreja a oreja.

Les cuento lo qué esperar. Cómo se desarrollará la noche, cómo la casa se llenará de millonarios y de sus engreídos hijos, y cómo estas fiestas suelen durar hasta la madrugada. Avery y yo tenemos cita para peinarnos y maquillarnos después de la comida, así que invito también a Holly. Mamá espera que todo el mundo; incluidos nosotros los jóvenes adultos; estemos en plena forma. Como si estuviéramos listas para su primer plano en cualquier momento.

Mi estancia en casa se vería acortada por el encuentro de Parkettes en el que compite Holly. Necesita entrenar, y aunque quiero quedarme en casa un poco más para evitar a Kova, me comprometo a volver mañana temprano para que todos podamos recibir el año nuevo juntos.

—Nos iremos mañana por la tarde, lo que te dará tiempo para deshacer la maleta y descansar antes del entrenamiento del día siguiente.

Tomo un gran sorbo de café para tragar la bola de ansiedad que tengo en la garganta. Me ha ido muy bien ignorando el hecho que Kova va a venir a mi casa, pero pensar en que Holly tiene que volver a entrenar para el encuentro de gimnasia me hace sentir una gran angustia en el pecho. Me empiezan a temblar los dedos, y no es por la cafeína.

—Hablando de práctica, mi padre se encargó de invitar a Kova y Katja —Tomo otro sorbo de café.

Me da un vuelco el estómago cuando la mirada descarnada de Hayden se posa en mí. Su mandíbula se flexiona y tengo que apartar la vista porque no puedo soportar el peso de su mirada.

—Será divertido verlos fuera del gimnasio. —Holly reflexiona y da un ligero encogimiento de hombros.

—¿Se están quedando en tu casa? —pregunta Hayden con los dientes apretados. Mis emociones oscilan en una delgada línea entre el pánico y el nerviosismo. No solo por la respuesta de Hayden, sino también por la llegada de Kova y el repentino ataque de ansiedad que me invade. Estoy nerviosa. Puede pasar cualquier cosa.

—Se alojan en el Hotel Four Seasons.

Los hombros de Hayden se relajan un poco. La culpa me carcome por el estrés que le he causado, pero sobre todo por la nueva mentira que sale de mis labios como si nada. No sé lo que Kova y Katja están planeando porque no hice ninguna pregunta después de saber que vendrían. Preguntar demasiado haría surgir interrogantes.

Avery da una palmada y se frota las manos.



—Antes que nos mimen, ¿qué tal si vamos a almorzar? Una comida *ligera*. —Me mira fijamente—. No podemos lucir gordas con nuestros vestidos.

Capítulo 11

Con solo media hora de margen antes que llegaran los invitados, me siento con Avery, Holly y Hayden en una de las habitaciones libres que mi madre ha convertido en vestidor.

En las paredes hay espejos altos con luces blancas brillantes. Hay percheros por todas partes. Lo único que tenemos que hacer es ponernos los vestidos.

Hayden está de pie a un lado desplazándose por su teléfono, con un aspecto tan llamativo como siempre. Desde los pantalones color carbón que abrazan sus muslos como una segunda piel, hasta la rica camisa de ónix con los dos primeros botones desabrochados que dejan entrever su firme pecho, luce una sonrisa pícara que no debería haberme enredado por dentro. Se muestra fresco y despreocupado charlando con Avery sobre los Gators de Florida, la escuela de la que espera obtener una beca de gimnasia.

—Joder, chica, qué buena estás —dice Avery cuando Holly sale del baño.

A mí me parece un poco insegura. Unos ojos muy abiertos escudriñan la habitación en busca de su hermano. El vestido que lleva está hecho para su cuerpo. Un top de tirantes de lentejuelas plateadas con ondas de satén color chicle le sienta bien a sus piernas delgadas. El cabello liso y el maquillaje natural completan el look.

Se muerde el labio.

—¿Me veo bien, Hayden? —le pregunta a su hermano, con la ansiedad en su voz—. ¿No es demasiado?

Hayden asiente con ojos amables.

—Te ves muy bien, hermana. Preciosa.

—¿No hay mucha piel?

Avery se muestra divertida y dice:

—No puedes hablar en serio. Te pasas el día con un body, ¿qué más da?

A Holly se le escapa una carcajada.

—Supongo que tienes razón, pero no estoy acostumbrada a este tipo de vestimenta. Siento que mis tetas están a la vista, y si el viento sopla mi vestido, mi trasero se mostrará.

—Tus tetas se ven fantásticas —ofrece Avery—. Ni mucho, ni poco. Le pediría a Hayden que me apoyara, pero eso es un poco raro.

Levanta las manos.

—Ahí es donde trazo la línea.

Suenan dos golpes en la puerta y mamá entra con un aspecto tan impecable como siempre, mientras yo sigo en bata. Al menos tengo el cabello y el maquillaje completos.

—Holly, querida. —Sus ojos recorren la longitud de su cuerpo—. Ese vestido te queda perfecto. Gira para mí.

Las mejillas de Holly se encienden y me da una mirada fugaz antes de girar con los brazos extendidos. Sé lo que mi madre está haciendo, me lo ha hecho muchas veces, y lo odio.

Mamá chasquea la lengua.

—Magnífico. Ese vestido de cóctel fue diseñado para ti, no le queda a Ana así. Quédatelo. Te queda mucho mejor a ti que a ella.

Mis labios se separan cuando la habitación se queda en silencio. Me quedo quieta, asombrada por su comentario. No me molesta que mi madre le diera el vestido a Holly, puede quedarselo, sino el hecho que tenga el descaro de insultarme delante de mis amigas sin importarle mis sentimientos.

Miro a Holly y reprimo el dolor que me causa *mi querida mamá*. Holly tiene los ojos muy abiertos y su mandíbula se mueve como si hubiera perdido la voz. Su mirada va y viene de mí a mi madre. No todo el mundo puede soportar a Joy Rossi.

Asintiendo con una sonrisa artificial, me aclaro la garganta.

—Ella tiene razón. Te queda increíble, iba a decirte que te lo quedaras de todas formas.

Niega con la cabeza frenéticamente.

—Oh, no. No podría hacerlo. De verdad.

—Tonterías —interviene mamá—. Es tuyo. Fin de la discusión.

Se mueve con sus tacones de 10 centímetros hasta que sus ojos disecantes se posan en mí. Me mira con desprecio y mis hombros se desvanecen como un globo que se desinfla. Supongo que su amabilidad hacia mí cuando llegué duró poco.

—¿Cuándo piensas vestirte, Ana? ¿Después de la llegada de los invitados? ¿O piensas recibir a nuestros visitantes con una... bata de casa? —Dirige su mirada hacia Avery—. ¿Y tú?

Enderezo mi espalda y respondo por las dos. Ninguna bata de seda de Victoria's Secret podría definirse como una bata de casa.

—Holly acaba de salir del baño, mamá, yo iba a entrar después, y luego Avery.

Parpadea.

—Asegúrate de darte unos golpecitos en el rostro con polvos de acabado para que no parezcas aceitosa. No quiero ver mi reflejo en tu frente. Espero verte pronto abajo. —Sale, cerrando la puerta tras ella.

Avery me da una mirada asesina.

—¿Puedo poner gotas para los ojos en su vodka para que pueda cagar en todas partes esta noche? —Su rostro se contorsiona con furia. Sabe cómo es mi madre y, sin embargo, cada vez que ocurre algo, está más horrorizada que la anterior—. Sinceramente, no sé cómo te enfrentas a ella.

Sacudo la cabeza, encogiéndome de hombros.

—¿Qué voy a hacer, Ave? Ya sabes cómo es ella.

—Lo sé, es que... no sé. Ella realmente se mete bajo mi piel.

Holly se acerca a mí con cara de cachorro triste.

—Aid...

—No te preocupes. En serio. Así es mi madre para ti. Estoy acostumbrada a ello. Solo lamento que hayas tenido que experimentarlo.

Sus labios se aplanan en una fina línea.

—Si sirve de algo, lo siento.

Avery se acerca a la estantería de ropa y saca la percha que contiene su vestido brillante. Arranca la bolsa transparente y me la lanza. Sus ojos azules son letales.

—Toma. Ponte este.

Mis cejas se fruncen.

—Pero eso es el que llevaras esta noche.

—Ya no lo haré. Me pondré el de Hervé Léger que estaba debatiendo. Esto enfadará a tu madre.

Mis hombros caen un poco. No es del tipo de venganza, especialmente cuando se trata de mi madre.

—Ave.

Su brazo cae a un lado.

—No puedes dejar que se salga con la suya constantemente por cómo te trata. No está bien.

Hayden se acerca a mí y me tiende la mano. La tomo y me pongo de pie.

—No es que te anime a ser desafiante con tus padres, pero voy a tener que estar de acuerdo con Avery en esto. Incluso desde Cape Coral vi cómo te trataba por teléfono. Pero en persona... —Sacude la cabeza y se burla con disgusto—. Yo digo que lo lleves.

—Yo también —dice Holly, aunque su voz tiembla.

Impulsivamente, le quito la percha de la mano a Avery y entro en el baño. El corazón me late contra las costillas. *Nunca* he desafiado a mamá. Nunca. No puedo creer que fuera a ponerme ese trozo de tela que Avery llama vestido delante de mis padres y sus amigos.

Dejando caer la bata, me meto en el vestido y me lo pongo con cuidado. Los tirantes son finos y nude, mientras que el resto es un material

sorprendentemente pesado que se ajusta cómodamente a mí. La ropa de Avery siempre le queda un poco pequeña. Le gustan ajustadas, lo que significa que este vestido abraza todas las curvas. No es que yo las tenga muy marcadas, pero esta noche, con este vestido de lentejuelas doradas de Badgley Mischka, las tengo.

Me miro en el espejo y me quedo sin palabras. Menos mal que me voy mañana. Aunque mis tetas son normales, parecen flexibles y suaves en el profundo corte en V. Tiene escote. El minivestido se frunce en las caderas y se estrecha, mostrando mis piernas delgadas con una ligera hendidura en el centro de los muslos. Es glamour y sexo fusionados, y me encanta.

No es necesario ponerle gotas en los ojos a mamá esta noche, este vestido le va a provocar un infarto.

—Vamos, Aid. Queremos ver —grita Avery, su emoción se filtra a través de la puerta.

Me rio.

—¡Aguanten sus caballos!

Alborotando mis ondas sensuales, me echo el cabello caoba a un lado y exhalo.

—¿Qué zapatos llevo? —pregunto, retocando mis ojos ahumados y mi lápiz de labios rosa pálido.

—Abre. —Avery llama a la puerta un minuto después.

Abro la puerta lo suficiente para agarrar los zapatos y la cierro. Sonrío y niego con la cabeza. Me entrega los zapatos que compré en Chanel cuando evité sus preguntas sobre Kova. Los que pensé que me romperían el cuello.

Me meto en ellos y me miro por última vez en el espejo. Luego elevo una plegaria para que viva para ver el mañana.

—¿Listos? —grito a través de la puerta.

—Estábamos listos ayer —dice Avery llena de sarcasmo.

Apagando la luz, abro la puerta del cuarto de baño y salgo ante tres pares de ojos que me miran boquiabiertos.

—Mierda —dice de Hayden. Hago rodar mi labio inferior entre mis dientes mientras lo miro. No puede apartar sus ojos salvajes de mí—. Jesús. —Su voz gutural es el único sonido en la habitación—. Aid…

Intento bajar el dobladillo.

—¿Es demasiado corto?

—No.

—Es perfecto —dice Avery, una sonrisa de Cheshire que desliza por su cara. Está orgullosa.

—Vaya. —Es lo único que añade Holly. Me rio. Supongo que me veo bien.

—Discúlpeme, pero hay algo que debo hacer absolutamente.

Todas las cabezas se vuelven hacia Hayden cuando se acerca a mí. Sus ojos azules se centran únicamente en mí mientras acorta la distancia y aprieta su cuerpo contra el mío. El corazón me late con fuerza contra las costillas y contengo la respiración. Pasando sus dedos por el cabello de mi nuca, me echa la cabeza hacia atrás y me mira profundamente a los ojos.

—Eres jodidamente preciosa —susurra. Se me escapa un pequeño jadeo justo antes que plante su boca en la mía y me bese.

También me besa bien, sin importarle que su hermana y Avery lo estén mirando por detrás. Hayden toma las riendas y desliza su lengua en mi boca, una sensual caricia por el costado mientras enrosca su lengua a lo largo de la mía. El corazón me da un vuelco y se me corta la respiración. Un escalofrío caliente se apodera de mí. Se acerca más y me aprieta la mandíbula mientras profundiza el beso, rodeando con un brazo la parte baja de mi espalda y abrazándome a él. Su sutil colonia contribuye al momento en que me dejo llevar por su beso.

Olvidando que hay alguien más en la habitación, coloco mis manos en su pecho y las deslizo alrededor de su cuello. Sus músculos se flexionan bajo mi contacto y siento el poder de su fuerza.

Un silbido provocativo llega desde el otro lado de la habitación, y Hayden rompe el beso. Baja la mirada, con un lado de la boca levantado en una sonrisa coqueta. Tiene las pupilas dilatadas y las mejillas enrojecidas con un tono rosado. Me pasa la yema del pulgar por la parte inferior del labio, limpiando el carmín que acaba de manchar.

—No te enfades.

—No lo hago —digo sin aliento. Y no lo estoy. Estoy más sorprendida que nada.

—Tenía que hacerlo. Te merecías que te besara, sobre todo con este aspecto tan impresionante —dice, susurrando para que solo yo lo oyera.

Mis mejillas se sonrojan de calor y aparto la mirada.

—Bueno —dice Avery dramáticamente—. Que alguien me traiga un cigarrillo. Eso fue muy caliente. Supongo que todos sabemos a quién besará Adrianna a medianoche.



Capítulo 12

—Sabes que mamá te va a masacrar por llevar ese vestido, ¿verdad? —dice Xavier, mirándome de pasada mientras entra en el camerino improvisado, seguido por Michael y Connor.

Sus manos están ocupadas con botellas de champán que deben de haber robado de la cocina y copas de champaña de cristal sostenidas al revés en la base entre sus dedos. Las copas tintinean al caminar. Me estremezco por dentro. Mamá les rompería la cabeza si arruinan su cristal.

Xavier me mira de nuevo, examinando mi vestido mientras despega el papel de aluminio de la parte superior de la botella y lo tira a un lado.

Cuando se aparta para servir el espumoso, me bajo un poco el dobladillo del vestido.

—¿Estará tan enfadada? —pregunta Holly, acercándose a mí. Parecía preocupada.

—Echando humo —responde Xavier mientras me entrega una copa—. Parece no haber dormido en días. Normalmente, estoy seguro que no dejaría que mi hermana entre en las fosas de las víboras con las tetas y el culo al aire para que todos lo vean, pero lo dejaré pasar esta vez para ver su reacción. Va a ser impagable.

—Vaya, gracias, imbécil.

—Hasta yo sé que va a estallar —añade Connor, repartiendo el resto de las copas de champán—. Tu madre necesita aflojar los botones de su saco. Es tan jodidamente tensa.

—Puedo trabajar sacándole eso —dice Michael con una enorme y sórdida sonrisa en la cara. Sus ojos brillan mientras mueve las cejas y yo me encojo.



Xavier le da una palmada en un lado de la cabeza y luego deja caer sus caderas sobre el mostrador, inclinándose despreocupadamente a su lado. Michael no se inmuta. En cambio, su sonrisa llega a sus ojos.

—Esa es mi madre, maldito enfermo. Deja de hablar así de ella.

Es un hecho conocido que Michael siente una gran atracción por las mujeres mayores que él y que ya tienen relaciones. Es como un requisito previo. Tal y como él lo ve, si puede hacerlas tambalearse, aunque sea un segundo, no es sólido. Son un juego justo.

—¿Qué? ¿No puedes soportar la idea de llamarme papá un día? —Se ríe.

—Supongo que no te importará que me folle a tu hermana, ¿verdad?

Oh, mierda. Xavier se pasa de la raya. Por otra parte, él siempre sabe qué botones apretar.

—Eso ni siquiera es gracioso, hermano —gruñe Michael, con una mirada mortal.

Me rebelo ante la idea de ambos escenarios y finjo una fuerte arcada. No me gusta el rumbo de esta conversación.

—Michael, lo último en lo que quiero pensar es en mi madre, y en tu hermana, teniendo sexo. Solo detente.

—Pienso en ello todo el tiempo —insiste.

—Ew, eres jodidamente asqueroso, Mike. ¿Piensas en mí teniendo sexo? —Avery grita desde el baño.

No se le escapa nada.

—¡No, maldita rara! No sobre ti.

—No te preocupes por lo que te diga mamá, yo me encargo —dice Xavier, devolviendo el tema al centro.

Miro mi copa y agito el contenido. Pequeños chorros de ansiedad burbujean y estallan dentro de mí de la misma manera que lo hacen en el cristal.

Levanto la vista.

—No debería haberme avergonzado delante de mis amigos.

No tengo ni idea de dónde vienen mis agallas.

Una pequeña sonrisa se dibuja en una esquina de la boca de Xavier.

—Veo que un algo de libertad te ha vuelto un poco rebelde.

Sonrío, un poco nerviosa, un poco confiada. No lo admitiré en voz alta, pero me preocupa ver su respuesta.

—Desafiante te queda bien —añade.

—Creo que se ve increíble.

Xavier gira la cabeza hacia Avery y juro que sus ojos se dilatan.

—Ave. —Baja la barbilla y su intensa mirada recorre deliberadamente la longitud de su cuerpo—. Estás preciosa. —Da una rápida mirada a Holly—. Tú también, Holly. —Pero sus ojos ya están de vuelta en Avery mientras se afloja la corbata.

—Estoy jodidamente increíble —añade Michael, su tono arrogante nos hace reír. Se pasa las manos por la parte delantera del pecho y se alisa la camisa.

—Vamos a poner en marcha este espectáculo. Gente que conocer, chicas con la que hacer —dice Connor, con su voz de profundo acento sureño.

Pongo los ojos en blanco. Ese dialecto significa que Michael lo usará el mismo esta noche. Una vez confesó que solo usaba esa voz cuando quería ligar con las chicas. Creía que las chicas adoraban a un caballero fino y sureño.

Qué cerdos. Lo que es gracioso es que las chicas del sur pueden detectar una falsificación a una milla de distancia. Simplemente no lo saben.

Todos levantamos nuestras copas, hacemos un rápido brindis y vaciamos las botellas del espumante restante antes de bajar a la fiesta.



La fiesta está en pleno apogeo. Hay invitados por todas partes vestidos de gala, música de fondo, camareros con guantes blancos que llevan bandejas de comida y champán. Una sonrisa de orgullo se desliza por mi rostro. Estoy entusiasmada con la noche, sobre todo porque voy a pasarla con todos los amigos a los que me he unido.

Una nueva actitud me invade. Puede que sean las dos copas de champán, pero me siento libre. Decido que todo lo que ha ocurrido en el pasado va a quedarse en el pasado. No voy a pensar en cómo podría haber cambiado las cosas, o en cómo debería haberme reservado y no haber mantenido una relación con mi entrenador.

Lo hecho, hecho está. Año nuevo, yo nueva. Nueva perspectiva, nuevos objetivos.

Conner y Michael se van en dirección contraria a hacer Dios sabe qué. Antes de marcharse, nos dicen que si queremos algo de alcohol fuéramos a la casa de la piscina, pero yo no pienso beber más, y mis amigos tampoco. Posiblemente otra copa de champán cuando caiga la bola, pero eso es todo.

Oh, Dios. Medianoche. Podría matar a Avery. Tengo la sensación que Hayden va a intentar besarme cuando la bola caiga.

Volver a cerrar los labios con él no está en la lista de la noche, ni del año. Un caimán caminando por mi césped es una posibilidad mayor que eso. El recuerdo me produjo un cosquilleo en los labios y me llevo los dedos a la boca, curiosa por saber en qué está pensando. Hayden besa bien, pero tampoco tengo muchos besos con los que comparar.

Levanto la vista hacia Hayden y lo encuentro contemplando la escena con asombro. Mi casa parece algo recién salido de una película, y cuanto más lo estudio, más preguntas se agolpan en mi cabeza. Ya nos hemos besado una vez cuando me mudé por primera vez a la costa oeste, un recuerdo largamente olvidado, y nada de lo que había pensado volvería a suceder, ni en un millón de años.

Pero lo hizo esta noche. No me resistí. No me alejé. No lo cuestioné. La lenta caricia de sus labios decía mucho más de lo que yo estaba preparada. Aunque ha estado a mi lado cuando más lo necesité, supongo que estaba disgustado después de todo lo que pasó con Kova.

Me he equivocado. Tan, tan equivocada. Los amigos no besan a los amigos por diversión.

Deteniéndome justo antes de los escalones de la cubierta y en contra de mi buen juicio, ojeo a la multitud de Wonder Breads en busca de una persona. Wonder *Breads*. Me río para mis adentros por el uso de la frase de Avery para describir a gente falsa y llena de mierda.

—Para —me susurra Avery al oído y me agarra el antebrazo. Aparto mi atención de la multitud y la miro con el ceño fruncido—. No lo hagas evidente.

Me doy cuenta y asiento sutilmente con la cabeza.

—¿Ana? ¡Ana!

Mirando por encima de mi hombro, nuestras miradas se cruzan el tiempo suficiente entre el tumulto de gente para que mamá me vea. Mi corazón se congela cuando sus ojos se abren de par en par. A pesar del rubor que se ha espolvoreado en las mejillas, parece que le han cortado el oxígeno.

—Siento que tu madre sea tan imbécil —dice Avery, solo para que yo lo oyera. Asiento con la cabeza, mordiéndome el labio inferior, con cuidado de no mancharme los dientes de carmín. Inhalando, tomo confianza y pongo mi cara de evento social que ella me ha enseñado a llevar tan bien.

—Hola, mamá —digo alegremente. Su cabello rubio recién teñido está perfectamente peinado y su aspecto es impecable. Tengo que reconocerlo, sabe interpretar bien el papel de socialité.

—Sra. Rossi, gracias de nuevo por permitirnos a mí y a mi hermana asistir a su fiesta y quedarnos en su casa. Es muy generoso de su parte y lo apreciamos.

—Hayden, qué caballero. —Con una inclinación de la cabeza, parece complacida. Eso es una ventaja—. Eres más que bienvenido aquí cuando quieras —Su voz es un perfecto tono de cultura y riqueza—. Hay mucha comida y bebida, así que asegúrate de servirte lo que quieras. Sé que se van mañana temprano, así que, si no los veo, tengan un buen viaje de vuelta y espero volver a verlos. —Justo cuando creo que me he librado, me mira. Es todo lo que necesita—. Discúlpenos, necesito hablar con mi hija.

—Los veré en un rato. Ave, hazles compañía por mí, ¿por favor? —Ella asiente.

Colocando su mano en la parte baja de mi espalda, mamá nos guía hasta que estamos fuera de la vista de los ojos errantes y los oídos cotillas de Palm Beach, entonces me agarra del brazo y me lleva directamente hacia el despacho de papá. A pocos pasos de la puerta, Xavier dobla la esquina.

Nuestras miradas se cruzan y su rostro se torna sombrío al ver el agarre que tiene en mi brazo. Lo sabe. Intento sonreír, pero los nervios se apoderan de mí. Estoy a punto de vomitar.

Dos delicados y ligeros golpecitos y mamá abre la puerta de un empujón. En un tono de sacarina, pregunta:

—Frank, ¿puedo tener un minuto contigo, por favor?

Papá asiente. Un hombre al que nunca he visto antes se excusa de la habitación cuando Xavier entra y va directamente a la reserva privada de licor de papá. No dicen nada mientras sirve un vaso de bourbon y deja caer un cubito de hielo en él, pero me siento cien veces más ligera con él allí. Sé lo que se avecina, al igual que él.

—Frank —resopla ella, sin molestarse en disimular su disgusto.

—Joy.

—Dile a tu hija que vaya a cambiarse de ropa ahora mismo. Me niego a permitir que desfile con ese pedazo de material que llama vestido.

Entrecierra los ojos, se le forma una arruga entre los ojos. Mira a mamá.

—¿Qué tiene de malo su ropa?

El anillo blanco alrededor de los ojos de mamá brilla, sus afilados pómulos se vuelven rojo remolacha.

—¿Qué tiene de malo? Lo que tiene de malo es que parece una mujerzuela. —Sus ojos se posan en papá con determinación.

Justo cuando se lleva la bebida a los labios para dar un sorbo, papá se detiene.

—Cuidado con lo que dices, Joy. —Inclina la cabeza hacia un lado y le dirige una mirada oscura y mordaz que hace que se me erice el vello de la nuca.

—Mamá —gruñe Xavier, con un tono profundo y protector. Da un paso hacia ella, con los ojos de un brillante tono rojo. Una furia como la que nunca he visto antes se desprende de él. No me muevo, no puedo respirar—. Estás hablando de tu hija —escupe.

Mamá permanece en silencio, con una mirada despectiva en su rostro destinada solo a Xavier. Él no se echa atrás, y ella tampoco, no le importa que su comentario me hiera.

Tomando un sorbo de su vaso, Xavier sacude la cabeza.

—Si crees que voy a quedarme aquí y permitir que degrades y humilles a mi hermana, entonces te espera otra jodida cosa. —Xavier me chasquea los dedos. Pienso que va a aplastar el vaso con su otra mano—. Adrianna, vámonos, carajo.

Inspiro y lamento mi existencia. Nunca he escuchado ese tono de él y me asusta.

—Adrianna —Xavier exige mi atención, pero no me muevo. Se acerca, con los ojos clavados en mamá al pasar junto a ella, como un jaguar listo para abalanzarse. Me agarra la mano.

—Xavier, espera —ordena papá, y luego mira a mamá. Se levanta y merodea hacia ella, deteniéndose a menos de un metro, y le apunta con un dedo a la nariz.

—Si vuelves a llamar puta a mi hija, *te arruinaré*. ¿Me entiendes? *Te arruinaré*. Nunca podrás volver a mostrar tu cara en esta ciudad —La voz de papá es mortalmente tranquila. Xavier asiente a mi lado y casi me desmayo. Me aprieta la mano. Tiene mucha más valentía que yo.

Naturalmente, eso no amansa a mamá en lo más mínimo.

—¿Arruinarme? Ni hablar. No de la forma en que yo podría arruinarte. —Ella se defiende con una mueca.

Papá la mira con fuego en los ojos.

—No me jodas, Joy.

Duda un momento.

—Pero yo no la llamé…

—Sí, lo hiciste. En muchas palabras, lo hiciste. No intentes retractarte ahora. ¿Olvidaste con quién estabas hablando? —Desafiante, aprieta los labios y apoya las manos en las caderas. Debería haber sido abogado—. Si vuelvo a oírte llamarla de forma tan despectiva, te arrepentirás el resto de tu vida.

—¿Es una amenaza?

Papá no duda.

—Sí.

Mamá levanta una ceja arrogante y desplaza su mirada ardiente hacia mí. La tensión entre ellos es feroz.

—Dile que se cambie de ropa… por favor.

—No.

—¿No? —chilla ella. En cualquier momento va a estallar.

—He dicho que *no.* No veo nada malo en su ropa. Un poco revelador, tal vez, pero si ella puede vivir por su cuenta, puede elegir su propia ropa y vivir con sus elecciones. ¿Creo que se ve como una puta? En absoluto, ni siquiera cerca. Nunca permitiría que mi hija anduviera por ahí con ese aspecto. Creo que tiene el aspecto de una mujer joven y hermosa.

Mirando al suelo, sonrío por dentro.

—¿Qué pensarán nuestros invitados de nosotros con ella caminando así?

—Voy a cambiarme —digo, mi voz apenas audible.

—No, no lo harás —me espeta papá. Me estremezco al escuchar su tono. Vuelve a mirar a mamá—. Si no recuerdo mal, solías vestirte muy parecido.

—No es lo mismo. No era una niña.

Papá hace girar su vaso.

—Joy, no voy a entretenerte. Esta discusión ha terminado.

Las fosas nasales de mamá se ensanchan. Echa los hombros hacia atrás y levanta la barbilla. Si las miradas pudieran matar, él sería un montón de cenizas.

Diablos, yo habría sido la primera.

—¿Ana?

—¿Sí, papá?

—Estás excusada.

Dudo, tragando con dificultad. Miro a mis padres de un lado a otro. No quiero irme. Más que nada, tengo miedo de irme porque tengo la sensación que ella aún no ha terminado conmigo.

—Ve —ordena. Xavier me tira hacia la puerta.

Girando el pomo, salgo del despacho de mi padre y cierro la puerta tras de mí con un suave clic. Me echo el cabello a un lado, luchando contra las lágrimas que me nublan la vista. En circunstancias normales, defenderme no me perturbaría, me quitaría de encima sus indiferencias. Pero cuando se trata de mi madre, no puedo hacerlo. No puedo desentenderme porque es mi madre, la amo y quiero hacerla feliz.

—Hey —dice Xavier en voz baja. No puedo mirarlo. Estoy demasiado avergonzada. No soy tan fuerte como me considera. Se agacha para ponerse en mi línea de visión, y me río con tristeza—. Puede que vivamos a kilómetros y kilómetros de distancia, pero siempre te cubriré la espalda. No dejes que nadie te hable así, ni siquiera mamá. Defiéndete por ti misma.

Asiento con la cabeza. Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Casi siento haberte animado a ponerte ese vestido ahora —continúa Xavier—. No esperaba que mamá actuara así. Es decir, sabía que se pondría furiosa, pero nunca se me ocurrió que te insultaría y llegaría tan lejos como lo hizo. Por eso, lo siento mucho.

Miro hacia otro lado.

—Oye —empuja, su voz llena de preocupación—. Ella no suele hablarte así, ¿verdad?

—Nunca me ha llamado mujerzuela, pero has visto cómo me trata, cómo se ha metido con mi peso, con lo que llevo, cómo la gimnasia es una broma para ella y yo debería hacer lo que ella hace. Nunca hago nada bien a sus ojos. Supongo que es cuestión de tiempo que diera un paso más.

La mirada de Xavier es mortal. Se levanta y me abraza. Me da un beso fraternal en la cabeza.

—A partir de ahora, será mejor que me avises cuando ocurra algo y me encargaré de ello. Verla insultarte así me hace hervir la sangre. Está mal y no me gusta nada.

Sonrío a medias contra su pecho. Que mi hermano mayor sea protector es adorable.

—Puedo cuidar de mí misma, ya sabes.

—Sé que puedes, pero eres mi hermana pequeña, y para eso estoy aquí.

Asiento con la cabeza y me aparto, soltando un suspiro reconfortante, y me pongo rígida cuando ese aroma tan familiar pasa por delante de mí.

Conozco ese olor. Lo conozco bien. Demasiado bien, de hecho.

Mi estómago se estremece, la expectación crece en mi interior. Kova está cerca, y por mucho que quiera encontrarlo, sé que en el fondo no puedo. Las palabras de Avery resuenan como una bocina en mi cabeza. "*No lo hagas evidente*". Se me aprieta el pecho, pero hago caso a su consejo. Tengo que hacerlo. Él está con Katja.



Capítulo 13

Después de asegurarse que estoy bien, Xavier me deja para hacer una rápida carrera hacia la casa de la piscina. Me endereza la espalda y me gira para escudriñar el mar de caras cuando ese olor reconocible me golpea de nuevo. La piel se me eriza de conciencia. Sé que está cerca, no sé dónde, pero puedo sentir que me observa. Antes que pueda dar un paso más, retrocedo al oír mi nombre.

Respirando con confianza, me doy la vuelta.

—¿Sí, mamá? —"Querida mamá" es más bien, pero hoy no me esforzaré demasiado.

—Ana —dice con una voz melosa que me revuelve el estómago. Me dedica una sonrisa condescendiente mientras inclina la cabeza. Tomando mi brazo, se acerca a mi cara—. Hazme quedar como una tonta delante de tu padre otra vez, ponte algo como ese trozo de tela blanca que llamas vestido, y te arrepentirás. Eres una Rossi. Vienes del dinero y de la clase. Actúa como tal. —Sus uñas me raspan la parte inferior del brazo y me estremezco—. Si no lo haces, te quitaré lo que más quieres. —La sangre se me escurre del rostro y sus uñas se clavan más en la parte posterior de mi brazo. Intento que no se note, pero me duele y mi rostro se contorsiona en un pellizco de dolor. Mamá me mira fijamente. Un poco más y me romperá la piel.

—Mamá —susurro como una súplica. El corazón me late a mil por hora. Me dedica una sonrisa de oreja a oreja y se acerca para acariciar mi mejilla con una ternura propia de un bebé.

—¿Te gusta la vida que te doy? ¿Ser capaz de hacer gimnasia y vivir por tu cuenta con una tarjeta de crédito que no pagas? —Su mirada se endurece—. Entonces harás lo que yo diga.

Me suelta y se aleja sin miramientos. Me sujeto el brazo donde ella clavó sus dedos en mi carne y siento las huellas de media luna que ha dejado. Para

calmar mi respiración, necesito un momento para mí, pero ya he dejado a mis amigos solos más tiempo del previsto y necesito encontrarlos.

Mientras me dirijo hacia el patio trasero, mis pasos se hacen más lentos y me ahueco la nuca. Recorro con la mirada a los invitados, rostros de derecho y riqueza, rodeados de esa fusión de cítricos y canela con la que asocio a Kova. No lo veo, pero tengo la idea que él me ve.

Un camarero de etiqueta con guantes blancos se acerca a mí con una bandeja de copas de champán. Tomo una y sigo caminando, moviendo un poco las caderas. Me bebo el champán y lo dejo en la barra antes de salir, dejando que el aire fresco me refresque las mejillas.

Al escudriñar la multitud, encuentro a mis amigos y los observo desde la baranda. Ríen y sonríen, se lo están pasando bien. El corazón se me aligera mientras asimilo el momento.

Camino por la terraza de la piscina llena de luces navideñas parpadeantes, pasando junto a los amigos de mis padres hasta llegar al círculo. Todos los ojos están puestos en mí.

—¿Todo bien? —pregunta Hayden.

—¿Estás bien? —pregunta Avery al mismo tiempo.

Me encojo de hombros sin cuidado.

—Oh, ya sabes. Típico de Joy teniendo un ataque al corazón.

Avery frunce el ceño.

—Se volvió loca por el vestido, ¿no?

—Enloquecida, es un eufemismo. Es una lunática furiosa. Por suerte mi padre y mi hermano se pusieron de mi lado y me apoyaron. —Miro a Holly y Hayden y sonrío—. Lo siento, chicos. No quiero hablar más de ello, se acabó. Vamos a divertirnos y a disfrutar de la noche.

—Estamos aquí para ti —ofrece Holly con una suave sonrisa, y luego añade—: ¡Hagamos que este sea el mejor Año Nuevo de todos!

—¡Sí! ¡Vamos!

La banda comienza a tocar una melodía ligera de fondo. Van llamando a mi familia uno por uno al escenario. Me quejo interiormente. No quiero subir y fingir ser la familia perfecta, sobre todo después de lo que acaba de pasar.

—Será mejor que te muevas. Estaremos aquí.

Pongo los ojos en blanco ante mi mejor amiga.

—¿Tengo que hacerlo? ¿Puedes intervenir por mí?

—¿Y estar al lado de la Dama Dragón y no matarla? Ni hablar, José.

Me giro hacia Holly y Hayden con una expresión de disculpa.

—Lo siento, chicos. El deber me llama. Ahora vuelvo... otra vez. Esto debería ser todo por esta noche, después, ¡soy toda suya!

Con cuidado, me dirijo al escenario sobre unos palillos de diez centímetros, con tres copas de champán corriendo por mi sangre y aflojando. Sonrío, sintiéndome bien. Esa es una bebida con la que puedo estar de acuerdo, a diferencia de ese asqueroso vodka. Me estremezco al pensarlo. No es que tenga tiempo para beber ni nada por el estilo, pero está delicioso y baja con facilidad, lo que no es bueno.

Xavier me tiende una mano y me guía hacia la escalera. Uno nunca adivinaría que ha estado bebiendo y fumando por la forma en que se mantiene, pero si te pones a cinco centímetros de su cara y le miras a los ojos, la evidencia es tan clara como el día. Debió de llenarse en la casa de huéspedes después de salir de la oficina de papá.

Me sitúo entre él y papá, con mamá al otro lado, por suerte. Con el micrófono en la mano, papá se dirige al público como un político versado. Da las gracias a todos y divaga sobre algo tan aburrido del mundo inmobiliario que pierdo el interés. Xavier se pone inquieto a mi lado. Yo me mantengo firme y elegante, exhalando mientras observo a la multitud de asiduos. Alrededor de cien personas van vestidas con atuendos oscuros o colores brillantes, excepto una persona que me llama la atención.

Katja.

Llevaba un virginal vestido de cóctel blanco que acentúa sus curvas. Es todo caderas anchas, cintura estrecha y pechos pesados, que están a punto de desbordarse. El vestido se pega a ella como si fuera pegamento y me lleno de envidia al instante cuando noto una mano plana sentada en su pelvis desde atrás.

Intento equilibrar mis nervios mientras la estudio. Unos labios enormes y carnosos, como los que pagan las mujeres de Hollywood. Una nariz recta y

afilada, pómulos altos, ojos brillantes y ondas despeinadas: Katja parece recién salida de una pasarela.

No pasa mucho tiempo antes que mi mirada se desplace hacia arriba. Al centrar los ojos con Kova, todo el aire abandona mis pulmones. El sonido se desvanece, las luces parpadeantes desaparecen. Los rostros se disuelven en el aire y solo quedamos nosotros. No puedo dejar de mirarlo. Sus ojos están sobre mí, aunque sin interés, como si mirara a través de mí. Trago con fuerza. Odio esa mirada. Es una que conozco demasiado bien, que me da mi madre. Transmite que yo soy tan insignificante como una mosca en la pared. Es una mirada de "no importas".

Kova es devastadoramente guapo, y yo desprecio que tenga la capacidad de hacerme sentir cinco centímetros más alta mientras mi corazón late por él. Estoy cautivada por este hombre y no tengo ni idea de por qué. Un hombre que se propone hacerme daño a propósito, sabiendo muy bien que yo no puedo contraatacar. Un movimiento solapado que pretende hacerme daño. Cuando me permito pensar en la intención que hay detrás de las decisiones de Kova, me duele, pero lo que más me mata es que, incluso después de todo lo que me ha hecho, sigo estando hechizada por él de una forma obscena que no puedo comprender. Una ecuación que no tiene sentido. No puedo conectar los puntos como puedo hacerlo con una secuencia en la barra de equilibrio. Me confundo más que nada porque mis sentimientos sobrepasan un nivel emocional tan alto que no tengo la experiencia suficiente para comprender la gravedad de los mismos.

Otros minutos en el micrófono y papá por fin ha terminado de hablar. Mientras Xavier me ayuda a bajar las escaleras, mis amigos se dirigen hacia mí.

—Entrando, a las diez en punto —dice Avery de un lado de su boca. Hayden frunce el ceño en voz baja cuando ve a Kova y Katja dirigirse a nuestro pequeño grupo. Camina hasta situarse cerca de mí y pone su mano en la parte baja de mi espalda.

—Konstantin, me alegro que hayas podido venir —dice papá con un apretón de manos. Se mueve para besar la mejilla de Katja—. Katja, impresionante como siempre.

Mi madre se pone rígida y arrastra sus agudos ojos por el cuerpo de Katja. Si no lo hubiera sabido, habría dicho que mamá la envidia, o que se siente intimidada, pero eso es ridículo. Joy Rossi no envidia a nadie.

—Frank, siempre es un placer —dice Katja con un ronco acento ruso.

—Sí, como siempre —ronronea mamá y esgrime una sonrisa falsa, su tono engañoso no se me escapa—. Un vestido precioso. Tú y mi hija tienen el mismo gusto.

Katja se vuelve hacia mí y frunzo el ceño en el momento menos oportuno. La confusión llena sus ojos. No, mi madre no está celosa, solo es una zorra. Piensa que las dos parecemos putas, mientras que ella parece una asfixiante ama de casa engreída. No estoy segura qué es peor.

Ignorando el halago, Katja dice:

—Gracias por la invitación.

—Por favor, siéntete como en casa. Si necesitan algo hágamelo saber. Disculpen, pero tengo que hablar con el proveedor. —Mamá se va rápidamente.

Kova dirige su atención hacia mí, Hayden y Holly, aunque sin mirarme realmente.

—¿Espero verlos a los tres pasado mañana? ¿Sí?

Asentimos al unísono.

—Fantástico —dice, sin atreverse a mirarme a los ojos. Actúa como si yo no estuviera aquí.

—¿Te vas a quedar en nuestra casa de huéspedes? —pregunta papá. Toma un sorbo de su bourbon. De tal palo, tal astilla, pienso.

—No, tenemos que ponernos en marcha pronto para volver al gimnasio, así que hemos ocupado un hotel para pasar la noche. Pero gracias por la oferta —dice Kova.

—Sabes que mi casa es tu casa cuando quieras, Konstantin. Cualquier cosa que necesites, házmelo saber.

—Ah, tu amabilidad no tiene límites. Gracias.

—¿En qué hotel te vas a alojar? —pregunta papá, tomando otro sorbo. Supongo que es un buen momento para irnos, pero no estoy segura de cómo hacerlo. Todos nos quedamos allí de pie, muy incómodos, ya que no estamos involucrados en la conversación. Miro a Avery con la esperanza que me entienda, pero está mirando al vacío. Miro en su dirección y frunzo el ceño, preguntándome en qué está pensando o a quién está mirando, pero nada me llama la atención.

—Fue uno de los que sugirió tu mujer —Kova mira a Katja y la acerca a él. Sus dedos se clavan en las caderas de ella y desvía la mirada—. ¿Cuál era, *Malysh*?

Malysh.

Mis ojos se cierran lentamente, el órgano enjaulado detrás de mis costillas se pincha por su elección de cariño. Oír a Kova usar la única palabra para Katja que le ruego que no use es un puñetazo directo a las tripas. Me prometió que no volvería a llamarla así. Me miró a los ojos y me lo prometió. Luego se da la vuelta y lo hace delante de mí, sabiendo muy bien que no puedo decir nada.

Algo dentro de mí muere un poco. Quiero arrodillarme y abrazarme a mí misma. Sus disculpas, sus palabras, no eran más que letras huecas que no tenían ningún peso. Empiezo a pensar que es imposible que sea fiel a nadie. A lo único que parece ser fiel es a la gimnasia, y a sí mismo.

—El Four Seasons —responde Katja. La amplia mano de Kova se desliza afectuosamente hacia el bajo vientre mientras habla con papá. Él la acerca, con sus pesados pechos apretados contra su pecho. Kova los mira. Sus ojos se fijan en la subida y bajada de su pecho con cada palabra y respiración que ella hace. Está a punto de derramarse sobre su vestido de cuello redondo.

—¿Mi esposa? —dice papá.

—Sí. Cuando hablé con tu mujer me sugirió el hotel —dice Katja, con un acento ruso tan fuerte como el de Kova.

Da un sorbo a su bourbon.

—Huh.

Me aclaro la garganta, esto se está volviendo aburrido.

—Papá, vamos a dar una vuelta. Nos vemos luego.

Papá baja la barbilla y se acerca a besar mi frente.

—No más champán —dice, lo suficientemente alto como para que el grupo lo oyera. Me aparto con los ojos muy abiertos y culpables. Mis oídos se calientan por la vergüenza—. Puedo olerlo en tu aliento. Es lo último que quiero que descubra tu madre. —Asiento, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. A papá no le molesta que consuma alcohol, pero me sorprende que pueda olerlo.

—Estás preciosa, ahora ve a divertirte.

Me giro sobre los dedos de los pies. Katja me mira fijamente, pero yo evito su mirada.

—Si nos disculpan…

—¿No fue ese el intercambio más incómodo que has presenciado? —Avery se inclina hacia mi oído, mirando a la gran multitud. Parece que su atención está en otra parte.

—Lo fue, por eso me entrometí.

Holly y Hayden se quedan callados. No saben nada mejor.

—¿Quieren comer algo? —pregunto, cambiando de tema. Asienten con la cabeza—. Espero que les gusten los sándwiches de té y el caviar.



Capítulo 14

Cuando ya han pasado horas de la fiesta y faltan cuarenta y cinco minutos para que caiga la bola, Hayden se marcha para acompañar a Holly al baño. Lleva toda la noche inquieta y no puedo deshacerme de la sensación de malestar. Un minuto más y me asfixiaré. Necesito alejarme.

Tal vez es el champán. Tomé otra copa después que papá me dijo que no lo hiciera.

Tal vez no debía.

Tal vez sea porque Kova y Katja están a pocos pasos, en otra mesa. Él ha estado embelesado con ella toda la noche y apenas miró en mi dirección.

Tal vez no es así.

Tal vez es lo que pasó con mamá.

Tal vez es la ansiedad que Hayden pueda besarme cuando la bola caiga.

Tal vez es saber que Kova va a besar a Katja lo que me retuerce por dentro y no quiero reconocerlo.

Demasiados pensamientos pasan por mi cabeza. Solo sé que no puedo seguir sentada en la mesa excesivamente decorada, por lo que me ofrezco a llevar a Holly con la necesidad de estirar las piernas y tomar aire. Tengo la sensación que se perderán, pero Hayden insiste en que me relaje y que él encontraría el camino.

Obviamente, Avery tiene otras cosas en la cabeza, porque parece ausente cada vez que la miro. Tengo ganas de apartarla y exigirle que me explique lo que ocurre, pero hay demasiada gente alrededor y, con mis amigos en la ciudad, no es el momento adecuado.

—¿Ave? —digo, volviéndome hacia ella—. Voy a subir a refrescarme. Te veré en un rato...

Como no me contesta, le doy un codazo y repito lo que había dicho.

Me mira fijamente.

—Será mejor que no te cambies de ropa.

Me río.

—No, solo necesito un par de minutos.

Me fijo en Kova una vez más antes de irme. Solo tiene ojos para Katja. Sentado unas mesas más allá, tiene la mano metida en su cabello ondulado como si la estuviera masajeando mientras ella le habla, probablemente en su lengua materna. Hace girar un mechón de cabello alrededor de su dedo mientras ella ríe. Él le devuelve la risa. Se ven perfectos juntos.

Con el corazón en la garganta, rodeo la cubierta de la piscina en dirección a una de las puertas traseras. Me detengo para dar la vuelta bajo un grupo de palmeras. Oculta por la oscuridad, miro desde las sombras. Todo es aparentemente perfecto desde esta vista. Nadie puede verme, pero yo puedo verlos a ellos.

Los hilos de luces salen de los bordes de la carpa y se reúnen en el centro, donde cuelga una llamativa araña de Swarovski. Entrelazada con una herramienta de tela de marfil, tiene un aspecto casi matrimonial. Detrás de la banda se yergue un televisor gigante de pantalla plana con el canal cambiado a Times Square, con la cuenta regresiva en la parte inferior. Aunque está apagada, no necesito oír a los presentadores para sentir su emoción y saber que casi ha llegado el momento de dar la bienvenida al nuevo año.

Es la primera vez en toda la noche que tengo un segundo a solas para respirar. No es que mis amigos me estén asfixiando, pero con Kova y Katja aquí, mamá degradándome como si fuera escoria bajo sus zapatos de setecientos dólares, y lo importante que es la próxima temporada de gimnasia, es imposible no estresarse. Todo depende del nuevo año. Cada pequeño detalle y cada pequeño momento tiene que ser calculado, como si las estrellas tuvieran que alinearse para que mi sueño se haga realidad.

La verdad es que es difícil superar lo ocurrido con Kova porque volveré a entrenar con él.

También es la razón por la que estoy sola en la oscuridad. Necesito un momento de respiro antes de perder lo poco que me queda de cordura. Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Me duelen las mejillas por haber puesto una sonrisa falsa y la cabeza me late con fuerza. Todo es una fachada. Cada segundo de mi vida personal es una fachada. Por eso me gusta tanto la gimnasia. No tengo que ser nadie más que yo misma.

Un leve aroma a canela flota en el aire. Mi espalda se endereza ante el crujido de las plantas y miro por encima del hombro.

Kova sale de la esquina y nuestros ojos se fijan. Una vez pensé que sus ojos verdes me recordaban a los de un tigre en la selva cuando nos conocimos, y en este momento, realmente lo hacen. Se acerca a mí con un vaivén perezoso, con un andar poderoso y dominante, y me roba el aliento.

—Te he estado observando toda la noche —dice en voz baja. Gracias a mis ridículos tacones, ahora estamos hombro con hombro.

—Eso es mentira. Has estado actuando como si no existiera.

Se le escapa una risa baja. Me pone la piel de gallina.

—¿Crees que lo haría a la vista de todos? Nunca. Créeme, te he observado toda la noche. ¿Cómo crees que he sabido dónde encontrarte ahora?

Aprieto los ojos ante su tono arrogante. Sabe que no voy a ser indiferente a su mirada errante. No lo he sido en el pasado.

—¿Dónde está Katja? —pregunto, aunque no quería hacerlo. Tengo demasiada curiosidad por saber cómo puede estar aquí conmigo y no ser interrogado por ella.

Kova levanta el hombro.

—No lo sé. Dijo que iba a usar el baño y hacer una llamada a su madre en Rusia.

Por fin lo miro, la confusión arruga el centro de mis cejas y él responde a la pregunta de mi rostro.

—Cambio de hora. Le está deseando un feliz año nuevo. Solo la llama en determinados momentos del día.

—Ah. —Es todo lo que puedo decir. Realmente no me importa escuchar más.

Pasa un momento de espeso silencio entre nosotros.

—Tengo que irme —digo, alejándome. Pero Kova me detiene con su mano en la muñeca.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar?

—No. —Trato de alejarme, pero él tira más fuerte de mi muñeca.

Una súplica. Está suplicando a través del tacto, de forma muy parecida a como se expresa habitualmente.

Suspiro.

—¿Hablar de qué, Kova? No hay nada que hablar. Ya lo aclaramos todo en mi apartamento.

Kova no cede en su empeño. Su mirada embriagadora se clava en mí hasta romper mi determinación. Por alguna razón olvidada por Dios, me encanta cuando me mira con tanta desesperación. Siempre cedo. Sus ojos verde esmeralda enmarcados entre pestañas negras como la medianoche me ponen en un estado mental hipnótico.

—Sígueme —le digo, y me suelta la muñeca—. Pero no me sigas muy de cerca. Cuando lleguemos a la escalera, espera tres minutos. Sube a la segunda habitación de la derecha.

Asiente con la cabeza y guio a Kova por mi casa hacia las escaleras. Sé que hay ojos y oídos por todas partes, y aunque no haya ninguna razón terrenal para sospechar nada entre nosotros, sigo siendo precavida. Nunca se está demasiado segura.

Subo la escalera y decido que nunca más me pondré estos tacones. Cada paso hace que el vestido se me suba a los muslos y que mis caderas se balancean mientras lucho por mantener el equilibrio.

O, tal vez, es solo mi falsa bravuconería la que hace temblar mis tobillos. Al crecer con una madre como la mía, los tacones altos son de lo más normal.

Entro en mi habitación, exhalo un suspiro nervioso y cierro la puerta en silencio tras de mí. Mantengo las luces apagadas y me dirijo directamente al balcón. Aparto las cortinas blancas y abro la puerta corredera de cristal, respirando el aire salado que me ayuda a estabilizar mi corazón acelerado. Mi habitación tiene vistas al océano Atlántico, al otro lado de la calle, y está en el extremo opuesto de la fiesta.

Me apoyo en la barandilla, contemplando hasta donde alcanza mi mirada el oscuro mar, cuando escucho un suave clic. No me muevo, ni miro por encima del hombro, pero siento su presencia en cuanto se planta en la puerta.

La adrenalina se dispara. Se me pone la piel de gallina en los brazos cuando una ráfaga de viento me recorre la piel mientras lo espero. Espero que cierre la puerta con llave.

—Esta noche estás impresionante —dice, con la voz estrangulada. La forma en que dice esas palabras hace que mi corazón tartamudee—. No puedo creer que tu padre te deje llevar eso.

Finalmente miro por encima de mi hombro y me impulso hacia arriba.

—¿Por qué no?

Sus ojos penetrantes me miran con incredulidad. Kova da un paso adelante hasta que estamos cara a cara, con apenas un puñado de centímetros de separación. Apoyo la cadera en la barandilla mientras él me mira fijamente.

Con total franqueza dice:

—Porque grita sexo, *Ria*. Quiero arrancarte ese vestido y pasar horas dentro de ti.

Mis pezones se endurecen y mis labios se separan con una suave respiración. Sacude la cabeza con evidente deseo, sus ojos acalorados recorren abiertamente mi cuerpo. Su mirada no niega sus palabras. Sus ojos se encienden como si estuviera imaginando todas las cosas sucias y pervertidas que quiere hacerme. Kova se asegura que sienta cada centímetro de su mirada.

—Sexo caliente, sudoroso y rudo en formas que nunca has soñado, hasta que no puedas caminar. No tenía ni idea que pudieras estar tan… tan… —Se rasca la mandíbula—. No tengo palabras.

Su voz, profunda y áspera, cargada de su inflexión rusa, se desliza sobre mí en oleadas de euforia que no sé manejar. Su lengua lame lentamente el labio inferior y, maldita sea, estoy muy caliente cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos. El calor de estar tan cerca de su cuerpo me golpea con una fuerza tan grande que quiero inclinarme hacia él.

En cambio, trago y miro hacia otro lado.

—No puedes decirme esas cosas. Ya no.

—No puedes llevar este… este tipo de ropa y no esperar que reaccione.

Ignoro su comentario. No estoy segura de cómo responder sin reaccionar de forma estúpida.

—Me sorprende que hayas venido esta noche.

Él sigue mirándome mientras yo miro las olas.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—Hay muchas razones, Kova.

Apoyando los codos en la cornisa, se inclina.

—Seré honesto, cuando se lo mencioné a Katja, ella expresó su interés y sugirió que viniéramos. Si no lo hubiera hecho, no estaríamos aquí.

Mis cejas se fruncen y por fin lo miro. Mis ojos se mueven rápidamente de un lado a otro hacia él. No porque dijo que solo está aquí por Katja, sino porque ella quería venir.

—Eso es raro. Tú no… —Mi corazón comienza a tartamudear pensando en todas las razones por las que ella querría estar aquí—. No crees que ella sospeche nada, ¿verdad?

—No —responde rápidamente. Sus tiernos ojos me tranquilizan y los acepto. Creo que siempre he estado paranoica con la situación—. En absoluto. Realmente no creo que lo haga.

Suspiro.

—Bueno, eso es un alivio. No es que no lo vaya a negar ni nada por el estilo, pero Dios, solo de pensarlo me asusto de muerte.

—¿Y Hayden?

—No dirá ni una palabra. —Sé en mis entrañas que no lo hará.

Sus párpados bajan.

—No me gusta que lo sepa.

—Tú y yo, pero confío en él. No dirá una palabra porque realmente me respeta y no hace promesas que no puede cumplir… a diferencia de ti. —

Desvío la mirada para no tener que ver su reacción—. Ya sabes, como cuando prometiste que no llamarías a Katja *malysh*, y aun así lo hiciste.

—Supongo que tienes razón. Hayden no diría una palabra. Incluso yo lo sé.

Ignora mi comentario sobre lo de *malysh*, lo que me molesta, pero su afirmación despierta algo. Me giro hacia él y me pongo una mano en la cadera.

—¿Qué tienes sobre Hayden que te asegura que no hablará con nadie?

La comisura de su boca se levanta en una sonrisa sensual. Sus ojos se vuelven pesados y un escalofrío me recorre la espalda.

—Nada que no me haya pedido… primero.

Eso me confunde y me llena de curiosidad.

—¿Qué es?

Niega con la cabeza.

—Nunca lo diré. Debes preguntarle a él si quieres saberlo.

Aprieto los labios. Ya le había preguntado a Hayden y me había rechazado.

—¿De verdad, Kova? Creo que ambos sabemos que soy capaz de guardar secretos.

—Pero este no es mi secreto para contar. —Sus labios se aplanan en una línea fina y recta. Hay algo más que no me está contando, una pieza que falta en esta historia que solo Hayden y Kova conocen.

Sacudo la cabeza, molesta. Agarrándome a la barandilla, me balanceo sobre los palos de mis tacones.

—¿Por qué estamos aquí? Por favor, dime que no es porque necesitabas decirme lo increíble que estoy esta noche.

Sin decir una palabra, Kova se acerca a mí, me agarra del brazo y lo levanta.

—¿Qué? —Me detengo a mitad de la frase y sigo su mirada hacia las marcas de las uñas aún presentes en la parte interior de mi brazo.

—No te metas. —Aprieto entre los dientes y tiro del brazo hacia atrás.

—Escuché a tu hermano explotar dentro de la oficina de tu padre, y luego vi a tu madre hablar contigo una vez que ambos se fueron. ¿Te hace daño a menudo?

Eso enciende un fuego bajo mi trasero.

—No es asunto tuyo.

—¿Qué está pasando?

—¿Por qué debería decirte algo si nunca te abres a mí? Nunca lo haces, Kova. —Mi boca baja y levanto una mano—. ¿Sabes qué? No importa. He estado fuera demasiado tiempo y necesito volver antes que alguien venga a buscarme.

—Espera. —Kova se pone delante de mí y me pone una mano en la cadera.

Me cuesta todo lo que hay en mí para pronunciar otra palabra cuando me aprieta suavemente la cadera, sus dedos presionando en mí con ternura.

Suspiro derrotada.

—Muévete, Kova. La bola va a caer pronto. Los dos tenemos que irnos.

—Quédate... por favor. —Sus dedos vuelven a apretar, una súplica silenciosa.

Parpadeo.

—Dime algo, cualquier cosa, que no sepa ya, y me quedaré.

Kova desvía la mirada, entrecerrando los ojos. Su pecho se levanta al inhalar, y suelta lentamente un suspiro. Flexionando la mandíbula, Kova esta inequívocamente en desacuerdo consigo mismo, tanto si quiere darme lo que le pido como si no. Siempre enredado con el bien y el mal y con qué movimiento hacer a continuación. Sin embargo, no me sienta mal. Ya le he dado mucho de mí cuando él no me da nada a cambio.

—Dime algo, por favor —susurro, suplicándole que me deje entrar.

Una brisa de aire salado del océano pasa junto a nosotros y me estremezco. Kova se quita la chaqueta y me la pone sobre los hombros. Me sumerjo en su colonia y aspiro su aroma en lo más profundo de mis pulmones. Suspiro y una pequeña sonrisa se dibuja en mi rostro. Me encanta el aroma masculino que lo sigue a todas partes. Ni siquiera la tiza del gimnasio puede disimularlo.

Al juntar las solapas, las manos de Kova se detienen sobre mi pecho antes de dejarlas caer a los lados. Intenta acortar la distancia, pero le pongo una mano en el pecho.

—Es que... no sé si es buena idea ser tan... ya sabes. —Trago saliva. Dios. Apenas puedo pronunciar las palabras.

—Si quieres que te dé algo, lo haré, pero tengo que hacerlo a mi manera. —Lo miro con una mirada hastiada—. *Pozhaluysta*[5]...

Es todo lo que necesito. No estoy segura de lo que Kova habla en su lengua natural, pero es suficiente para conquistarme. Algo me dice que debo tomar lo que pueda obtener de este hombre escurridizo.

[5] Por Favor

Capítulo 15

Kova pone sus manos en mis caderas y las desliza hasta la parte baja de mi espalda. Sus dedos son un toque suave que contradice su personalidad brusca. Me acerca, apretando nuestros pechos y abrazándome a él. Los latidos de mi corazón se aceleran y las mariposas se arremolinan en mi vientre mientras espero, tratando desesperadamente de estabilizar mi respiración.

Cediendo, rodeo su espalda con los brazos de la misma manera que él me abraza, dejándome fundir en su cálido abrazo con un suave suspiro que espero que no haya oído. Espero pacientemente a que hable. No puedo mirarlo, no me fio de estar tan cerca, así que apoyo la mejilla en su pecho. Kova se gira hacia un lado y me desplaza con él con una delicadeza natural, como si lo hubiera hecho muchas veces. Dejando caer sus caderas contra la barandilla, estira una pierna y mantiene la otra doblada, dejándome el espacio justo para acurrucarme entre sus caderas. Enlazando sus dedos detrás de mí, los apoya justo encima de mis nalgas.

No debería ser correcto lo naturalmente cómodos que estamos juntos.

—No te va a gustar lo que tengo que decir —murmura.

Se me aprieta el estómago.

—Puedo soportarlo —susurro.

—Sabes, eso es algo que admiro inmensamente de ti. Siempre estás dispuesta a aceptar cualquier cosa que se te presente sin miedo. Es un rasgo admirable.

Sonrío.

—Espero que esa no sea la pieza que estabas dispuesto a compartir.

Suelta una carcajada.

—No, no lo es.

Me quedo mirando al cielo, escuchando a la multitud a la vuelta de la esquina y los fuegos artificiales que retumban prematuramente en la distancia. Estamos escondidos, oscurecidos, y en nuestro propio mundo.

—Estoy muy estresado —comienza—. Y no tengo salida, así que todo se está acumulando dentro de mí.

—¿Cómo que no hay salida?

—No tengo a nadie con quien hablar de ello.

Frunzo el ceño.

—¿Has estado escribiendo? Pienso que eso ayuda.

Sacude la cabeza.

—Cuanto más escribo, más me convenzo de la verdad. Siento que me sale el tiro por la culata. Mis pensamientos son más profundos y oscuros y me encuentro más perdido que nunca.

—¿La verdad sobre qué? —Me preparo para su respuesta.

Espera un largo momento antes de responder.

—Sobre Katja. Ella está distante. Ya no me habla como antes. La encuentro despierta a cualquier hora de la noche con su teléfono o despierta en silencio. Se ha alejado de mí y eso me está afectando la cabeza. Las cosas están tensas entre nosotros. Pensé que venir aquí ayudaría, ya que ella quería hacerlo, pero hay algo que no encaja con ella y no puedo identificarlo. Siento que cuando dos personas están enamoradas, deberían consumirse por completo la una a la otra.

Me congelo. Todo en mí se vuelve frío como el hielo. Mi primer instinto es apartarme, no quiero escuchar cómo *quiere* obsesionarse con Katja. Es atroz y me choca hasta la médula. Me recuerda mi posición y lo que yo soy para él.

Pero no puedo demostrarlo. Sé que no puedo, no después que prácticamente le rogué que lo compartiera conmigo.

—¿Estás diciendo que quieres consumirte con ella? —Dudo—. ¿O que lo estás haciendo y ella no está correspondiendo el sentimiento? —Me encojo por dentro, no me gusta el rumbo de nuestra conversación.

Me muerdo el interior del labio y contengo la respiración esperando su respuesta.

—No hace falta que respondas —digo en voz baja, soltándole el rollo.

Kova suspira profundamente, sacudiendo su cabeza contra la mía y apretando sus brazos alrededor de mí.

—Sinceramente, no lo sé —susurra.

—¿Sería algo malo si no lo fuera?

—Sí, sería terrible. No puedo entenderlo.

Mi corazón se rompe ante el abatimiento en su voz, y por mí misma. Aquí estamos, envueltos el uno en el otro, y su gran revelación es que su novia no está consumida por él… como yo.

Entonces se me ocurre un pensamiento. Me pregunto si anhela el afecto más que el enamoramiento de alguien. Me da mucha curiosidad, y por mucho que quiero saber más, no presiono.

—Tal vez estás proyectando. —Me trago mi dolor y trato de aliviar su mente—. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, Kova, es natural estar paranoico cuando eres culpable del último pecado.

Kova mueve sus piernas y luego presiona brevemente sus labios sobre mi cabeza.

—No lo había pensado así, pero definitivamente tiene mucho sentido. Me sentía culpable… porque *soy* culpable. Soy tan culpable que me da asco. Mi mente repite todo y mi ansiedad aumenta. Es como subir una escalera interminable. He estado jodidamente paranoico y no me he dado cuenta hasta que has dicho esa palabra. Mi instinto dice que ella lo sabe, pero mi cabeza dice que no porque no ha habido rastro de nada. Es solo mi propia traición pensando que ella es infiel cuando probablemente no lo es.

—¿Has engañado a Katja antes? —pregunto, pero ya sé la respuesta.

—No, nunca —dice inmediatamente.

—¿Alguna vez sospechó que le eres infiel?

—No.

Trago y me hundo en él. Su cuerpo es tan cálido. Hay tantas otras emociones que debería haber sentido aparte de la que consume mi corazón y me asfixia como una nube negra.

Debería haberme indignado, insultado por su admisión. Pero, por extraño que parezca, no lo hago. No está siendo dramático ni exagerando, no busca compasión. Kova habla con el corazón, así que me pongo en su lugar y pienso en la carga que lleva sobre sus hombros.

Es mi culpa. No del todo, pero yo soy una gran razón por la que está estresado. Nunca había engañado hasta mí, y si yo no hubiera entrado en razón, tal vez no lo hubiera hecho.

La empatía no es algo que esperara sentir por Kova después de todo, y se desborda en mí. A veces olvido que él también es humano.

—Si sirve de algo, siento que se haya distanciado de ti. Creo que tu mente te está jugando una mala pasada debido a nuestra aventura. Katja no tiene ninguna razón para no estar comprometida. —Me duele defenderla en cierto modo. Mi cabeza da vueltas por las vertiginosas emociones que fluyen por mí. Yo lo quiero, pero él la quiere a ella.

—Sin embargo, no tiene a nadie más aquí —dice, con la voz llena de pesar—. Así que siento que soy la razón de muchas cosas que no salen como se planean.

Levanto la cabeza y miro a Kova.

—Deja de pensar así, ella tiene amigos. Si no quisiera estar en Estados Unidos y quisiera volver a Rusia, ¿la dejarías ir?

Duda un poco, y mis manos recorren su fuerte pecho mientras él roza los mechones de cabello que se agitaban detrás de mí oreja.

—Nunca obligaría a nadie a estar conmigo. Eso no es lo que soy ni lo que jamás seré. —Sus palabras penetran en mi alma y el recuerdo de algo que dijo una vez pasa por mi cabeza—. Le hice una promesa hace tiempo y ahora no sé si podré cumplirla, aunque sería lo correcto. Estoy continuamente atrapado entre el bien y el mal.

—No, tú nunca obligarías a nadie a hacer algo en contra de su voluntad, no después de lo que le hicieron a tu madre.

Los labios de Kova forman una línea fina y plana. Asiente sutilmente, su rostro se suaviza como si apreciara que alguien lo entienda. Él es el resultado

de una violación, y su pobre madre había sido abusada en innumerables ocasiones.

—Era un primo, ¿verdad? —pregunto. Pienso en mis primos y me estremezco de repulsión. No puedo imaginar algo así.

Una sombra aparece en sus ojos y aparta la mirada.

—Te mentí ese día. —Oh, Dios. Se me cae el estómago y espero. Otra mentira—. No era su primo. Fue su tío, el hermano de su padre.

Eso es algo peor, pero todo tenía sentido porque sus padres no le habían creído y la habían echado una vez que estaba embarazada.

Kova puede carecer de moral, y su ética es francamente cuestionable a veces, pero es sin duda un hombre con un corazón bueno, aunque ligeramente retorcido.

Las puntas de mis dedos se deslizan por el cabello oscuro de su cuello y por su mandíbula.

—Siento haberte hecho las cosas difíciles desde que llegué a World Cup. Te he hecho la vida mucho más difícil. —Retiro la mano y miro hacia otro lado, incapaz de sostener su mirada.

Kova me tira hacia él, agarrándome con una pequeña sacudida.

—Mírame. —Cuando no lo hago, guía mi rostro hacia él—. *Ria, pozhaluysta, mírame.*

Sabe que eso llamaría mi atención, y una pequeña sonrisa se dibuja en su boca.

—*Pozhaluysta* —repito lo mejor que puedo, y luego susurro la frase en voz baja—. ¿Por favor? —pregunto.

—Puede significar por favor, o eres bienvenido. Aunque no he colocado la palabra en la estructura correcta, la he dicho de forma que la entiendas. —Hace una pausa y busca mis muñecas. Llevando mis manos a su boca, deposita un suave beso en el centro de cada una de mis palmas. La piel me hormiguea donde él presiona sus labios, pequeños destellos de deseo recorren mis brazos. Con nuestros cuerpos apretados y la fricción creciente entre nosotros, mis emociones están a flor de piel.

—No has hecho mi vida más difícil, si acaso, la has hecho más brillante. *Pozhaluysta,* no lo dudes ni un minuto.

—¿Qué más tienes en mente? —pregunto, tratando de cambiar de tema y, con suerte, apagando el resplandor entre nosotros antes que se convierta en algo más.

—Tu madre siempre ha sido tan... ¿Cuál es la palabra correcta? ¿Abrasiva contigo?

Miro a lo lejos por encima de su hombro. Kova me toca suavemente la sien con su dedo índice.

—¿Qué está pasando dentro de esa cabeza tuya?

En voz baja, le digo:

—Me pareció percibirte en la habitación. —Él inclina la cabeza hacia un lado para encontrarse con mi mirada y me mira con una expresión como si pensara que es algo extraño. Me río, tocando los botones de su camisa—. ¿Nunca has tenido la sensación que alguien te observa? ¿O has sentido una presencia, pero no sabías de dónde venía?

—Sí.

—Bueno, eso es lo que pasa. Sentí que estabas ahí, solo que no sabía dónde estabas.

Kova vuelve a rodearme con sus brazos. Me encanta la calidez que desprende.

—Es un pensamiento aterrador, ya sabes, sentir a otra persona así, saber quién es, pero no verla.

Mi estómago se revuelve.

—Sí, lo es. ¿Te ha pasado alguna vez?

Sus ojos se clavan en los míos.

—Sí.

Respiro profundamente y mi pecho se expande contra el suyo.

—Vi a tu madre contigo. Aunque sonreía, me di cuenta que te hacia daño, y me mataba no poder hacer nada para detenerla.

Me sacudo.

—No es nada a lo que no esté acostumbrada de ella. Mi hermano es bastante protector y se ensañó con ella justo antes que ocurriera esto.

Kova me levanta el brazo e inspecciona las marcas de la media luna. Sus dedos rozan las hendiduras. Parece dispuesto a asesinar a alguien.

—Estaba buscando a tu padre cuando escuché otra voz salir de su estudio. Me di cuenta que era Xavier. Dime, ¿qué te dijo que lo tenía tan irritado?

Mis cejas se fruncen cuando las voces de los invitados a la fiesta se elevan y se extienden por la esquina. Me esfuerzo por escuchar. La banda de música de fondo anuncia que la bola va a caer y que es el momento de sintonizar la televisión. Un rugido de emoción estalla. Es entonces cuando me doy cuenta del tiempo que llevamos fuera. Al menos cuarenta minutos, más o menos. Un torrente de inquietud me recorre. Me tiemblan las rodillas y me aparto, dejando caer el abrigo de Kova en una silla acolchada del balcón. Me pregunto si mis amigos me estarán buscando.

—Tenemos que irnos.

No estoy segura de cuánto tiempo queda, pero tenemos que irnos inmediatamente. Los invitados y la banda se hacen más ruidosos. Calculo que tenemos menos de cinco minutos. Mientras me alejo, Kova me pone una mano en el brazo.

—Espera... Quédate —susurra.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿No necesitas encontrar a Katja? La bola va a caer, y necesitas estar con ella cuando suceda. —Se supone que es el beso de medianoche de Hayden, así lo dice Avery.

Kova se queda quieto mientras me mira profundamente a los ojos. Con un sutil movimiento de cabeza, me da un vuelco el estómago.

—Estoy justo donde quiero estar —murmura.

Capítulo 16

Kova me deja sin aliento. Por mucho que quiera quedarme aquí y dar la bienvenida al nuevo año con él, celebrar el inicio de nuevos comienzos, sé que no podemos. El significado no se aplica a nosotros.

—Kova... Ve. Por favor. Esto está mal. No lo hagas.

—Lo sé —susurra. Tomando mis codos, me acerca hasta que caigo dentro de él. Me empujo contra sus brazos, pero me agarro a sus bíceps. Mi sentido del bien y del mal está en guerra. Sus dedos se deslizan por mis brazos y mi respiración se vuelve agitada. En su tacto siempre supe lo que siente, en sus ojos lo que intenta decir.

—Tenemos que irnos —digo, con la garganta seca.

Niega con la cabeza.

—Todavía no.

Mi corazón se desploma. Si nos quedamos más tiempo, nos arriesgamos a que nos atrapen.

—Eres un loco.

Sonríe y atrae mis caderas hacia las suyas.

—Depende de a quién le preguntes.

—Eres intolerable. ¿Y todo lo que has dicho sobre Katja? ¿Tu culpa y tu estrés?

Sus ojos se oscurecen, pero no suelta mis caderas.

—Mi culpa no se compara con mi necesidad de ti, *Ria*.

—Te voy a dar una bofetada —digo con tono inexpresivo.

Sus ojos brillan. Debería haber sugerido la castración en su lugar.

—Te quiero a ti.

Sacudo la cabeza, mis ojos le suplican.

—No puedes. Por favor, no puedes. Pensé que la razón por la que me sacaste del encuentro era porque no me querías. Que, si yo decía que no, a su vez, tú dirías que no. —Mi voz tiembla. Mis emociones van en aumento y estoy al borde del pánico. Nos estamos jugando mucho estando juntos cuando la bola caiga—. Así que todo eso... —Aparto la mirada, mis ojos buscan en la oscuridad como si pudiera ver a alguien, pero no puedo. Trago con fuerza—. ¿Eso fue para nada?

Kova suspira profundamente y no dice nada. Su falta de disputa lo dice todo. Todo lo que hizo fue en vano. Todo. Sacarme del encuentro. Sentirse mal por Katja. Todo. Las lágrimas queman mis ojos y trago con fuerza. No puedo hacer esto con él, el constante vaivén. No es justo.

—Todo lo que has hecho es tratarme como una mierda. Tengo que irme.

La cara de Kova se contorsiona. Una sombra se proyecta sobre sus ojos durante una fracción de segundo y pienso que lo he ofendido. Me agarra por la cadera y me aprieta contra él. Dios, huele de maravilla. Sus nudillos recorren mi sien y mi mejilla. Me pasa un mechón de cabello por detrás de la oreja y lo hace girar por su dedo.

—*Krasavitsa*[6] —dice, y su tono hace que se me encrespe el vientre. No puedo entender el significado de la palabra, pero mis pezones se endurecen en respuesta.

La cuenta atrás comienza en la distancia y la gente empieza a gritar los números. Mis ojos se abren de par en par y la alarma se dispara. Mi cerebro dice que me marche, pero mi cuerpo no se mueve.

No puedo. No quiero hacerlo.

Cometo el error de mirar a Kova. El impulso de trazar sus labios carnosos con los míos y luego atraerlos a mi boca es fuerte. Nuestras bocas están a centímetros de distancia. Me encantan sus labios, son su mejor rasgo, pero no quiero que sepa que aún me afecta después de la dureza con la que me trata y que piense que puede salirse con la suya. Pero entonces aprieta su pecho contra el mío y trago saliva. En el momento en que siento su corazón

[6] Preciosa

golpeando contra mi esternón, mi preocupación se convierte en un pensamiento pasajero.

Una vez leí que, si escuchas los latidos del corazón de alguien, tus latidos imitan los suyos. Es la conexión y la composición de dos personas que están completas cuando se unen.

Me pregunto si lo mismo puede decirse de nosotros.

Mi mirada se posa en el pulso que late en la vena cercana a su clavícula. Mis ojos se vuelven pesados. Extiendo la mano y deslizo mis dedos sobre su manzana de Adán, que se balancea, mientras él traga lentamente bajo mi contacto. Mis uñas rozan suave y delicadamente su piel aceitunada. Su mandíbula se flexiona y sus manos tiemblan sobre mis caderas. Detrás de su exterior de acero, Kova está luchando. Es la misma canción y baile entre nosotros.

Empieza a susurrar, contando cada número mientras se acerca a mi boca:

—Cinco.

Sacudo la cabeza.

—No.

—Cuatro.

Su mano se desliza hacia la parte baja de mi espalda mientras me atrae hacia él.

—Kova, por favor…

—Tres.

Pasa sus dedos por mi cabello y se inclina hacia abajo. Se lame los labios.

—No podemos… —Mi agarre se hace más fuerte, sujetándolo hacia mí.

Se queda inmóvil durante un instante, y luego sus labios se inclinan en una sonrisa sensual.

—Uno. Feliz Año Nuevo.

Su nariz roza la mía, dudando un segundo antes de acortar la distancia. Sus labios son suaves, flexibles y delicados, a diferencia del hombre que es. Las voces se olvidan rápidamente con el paso de su lengua por el borde de

mis labios. Sorprendentemente, no presiona. Me pide permiso y, sin pensarlo dos veces, se lo concedo.

El calor me invade y mis ojos se cierran en el momento en que nuestras lenguas chocan en un beso obsesivo, pero lento. Kova toma el control y me besa con fuerza. Mi respiración se agita en la parte posterior de mi garganta, tomando todo lo que él da, y casi odiándome por ello. Soy débil cuando se trata de él. Solo con él.

Es el beso más lento y a la vez más duro que me ha dado y me encuentro cumpliendo sus exigencias. Desenrosco las manos y rodeo sus anchos hombros con los brazos y me dejo llevar por el hombre que hace que mis emociones se desboquen. Kova gime en el fondo de la garganta. Un hombre sucumbiendo a sus insondables deseos. Aprieta y tira, como si me estuviera haciendo el amor a través de su beso. Su mano me sujeta la nuca para que no pueda moverme, aunque no quiero hacerlo.

La mano de Kova baja por la parte baja de mi espalda y luego recorre mi culo. Me da un buen y fuerte apretón y me atrae hacia él antes que sus dedos pasen por el dobladillo de mi minivestido y recorran el pliegue de la parte posterior de mis muslos y mis nalgas.

Kova rompe bruscamente el beso y me deja mareada.

—¿No llevas nada? —pregunta, con voz gutural y ronca.

Bajo los ojos y le dirijo una sonrisa coqueta. Bajo la mano y la subo por mi piel desnuda hasta que siente el encaje de mi tanga a lo largo de mi pelvis. Sus ojos se ponen vidriosos y aprieta el material.

—¿Sabes lo fácil que sería para mí arrancar esto?

Gruñendo en lo más profundo de su garganta, vuelve a consumir mi boca mientras sus dedos se deslizan por mi piel erizada, jugando con la delicada tela. La fresca brisa marina recorre mi carne y yo me estremezco en su abrazo. El deseo se apodera de mis piernas y mis caderas se mueven a un ritmo lento, rodando hacia su pelvis y la dura longitud que yace contra su musculoso muslo. Gimo en su boca, deseando más.

El maldito hombre sabe cómo besar y cómo besar bien.

El dorso de sus dedos recorre la parte exterior de mi muslo hasta llegar a la parte delantera. Desliza su mano entre nosotros y sus nudillos levantan el dobladillo de mi vestido. Su pulgar presiona la línea de mi tanga y yo ataco su boca con la mía. Un gruñido profundo vibra en su pecho. Al mover las

piernas lo suficiente, mis bragas se mojan al instante. El pulso palpitante entre mis muslos se intensifica y me inclino hacia su contacto.

—Sí —murmuro. Sus uñas acarician el elástico. Jadeo en su boca, apretando su nuca mientras su dedo corazón recorre la parte delantera de mis bragas y la costura de mis labios. Su contacto enciende un fuego ardiente en mi interior.

Rompiendo el beso, Kova se retira, pero mantiene su nariz cerca de la mía. Pidiendo, pero buscando sin permiso. Jadeo en su boca, sin importarme la dificultad con la que respiro, y me pregunto cómo demonios puede alguien convertir a otra persona en un estado de felicidad eufórica con tanta facilidad.

Con sus convincentes ojos fijos en mí, el dorso del dedo de Kova es deliberadamente lento. Su nudillo toca el punto justo mientras explora el encaje que me hace sentir increíblemente sexy. Me inclino hacia él con un suspiro audible mientras se desliza sobre mi humedad y luego vuelve a presionar la parte superior de mi clítoris. Me tiemblan las rodillas.

Se desliza más arriba, con los ojos todavía puestos en mí, y aparta mi tanga. Arrastro la yema del pulgar por su labio inferior mientras dos de sus dedos se deslizan dentro y frotan suavemente mi piel recién afeitada.

—Ahhh —gime Kova roncamente, inclinando la cabeza hacia atrás—. Me gusta esto, —dice, volviendo a mirar hacia abajo, hacia mí.

Sus dedos permanecen en mi pequeña porción de piel desnuda, frotando de un lado a otro mi carne, y creando un deseo entre mis piernas. No va más allá, aunque yo lo desee. El latido de mis oídos aumenta con cada pasada de su dedo. Mis caderas empujan hacia adelante, inclinándose hacia arriba. Nuestras miradas no vacilan y yo caigo en un abismo del que no quiero salir. Tiene un poderoso control sobre mí. Le ruego en silencio que me dé lo que quiero. Él sabe que no pronunciaré las palabras.

Gruñendo, Kova me muerde el labio inferior y se lo mete en la boca como el salvaje que es. Me besa con fuerza y luego se retira, llevándose mi labio antes de soltarlo con un chasquido.

—Esto de aquí es letal. —Sus dedos se vuelven agresivos mientras frotan con más fuerza, pellizcando la piel hasta que casi he alcanzado esa cima. Sus dedos se deslizan sobre mi clítoris palpitante, lo suficiente para provocarme, y luego sale. Gimo, y él vuelve a ahogar el sonido con su boca.

Podríamos ser tan buenos juntos, y tan malos.

—Kova —susurro contra sus labios. Tiro de la parte posterior de su cabeza.

—Quiero ponerme de rodillas y devorarte ahora mismo así. —Me besa la boca como me imagino que quiere hacer entre mis muslos.

—Por favor… —Mi cabeza se nubla, mi cuerpo se llena de puro gozo por la caricia de sus expertos dedos. Mis caderas ondulan mientras mi lengua lame sus labios y el paladar.

—Joder —gruñe Kova, rompiendo el beso bruscamente. Me aparta y da un paso atrás. Jadeo y me apoyo en la pared. Miro entre sus caderas y veo la furiosa erección que tiene. Sonrío. A la parte depravada de mí le encanta poder deshacerse de él de esa manera. Me ajusto el vestido, bajo el dobladillo y aprieto los muslos para calmar el dolor que me causa.

Miro a mí alrededor, olvidando momentáneamente dónde estoy.

—Solo vete. —Se aparta de mis labios nerviosamente—. Te seguiré en unos minutos. Así no parecerá que hemos estado juntos.

Siempre. Siempre será así con Kova.

Ambos entramos en mi habitación. Kova se dirige a la puerta y yo me dirijo al baño para refrescarme. Cuando salgo, solo unos minutos después, él está de pie junto a mi tocador. Me acerco a él.

—¿Qué estás haciendo? —Mis ojos están abiertos de par en par—. Necesitas…

Me corta maniobrando rápidamente detrás de mí con su mano sobre mi boca y su otra mano en mi estómago asegurándome a él. El corazón se me sube a la garganta. Al instante intento apartar su mano, pero me da una pequeña sacudida y sacude la cabeza en dirección a la puerta de mi habitación.

—Escucha —me dice al oído. Su pecho sube y baja con respiraciones rápidas. Asiento con la cabeza. Me quita la mano de la boca y me pone la cabeza en el cuello.

En el pasillo se escuchan voces masculinas que inmediatamente identifico como Michael y Connor, seguidos por Xavier. No puedo distinguir exactamente lo que dicen, pero capto algunas palabras. Coño. Caimán. Azul y negro. No sé qué significa nada de eso y no me importa. Juro que esos tipos tienen su propio lenguaje. Lo único que me importa es el hecho que podrían habernos atrapado.

Cuando las voces se alejan por el pasillo, mi cabeza se relaja contra el pecho de Kova y exhalo un suspiro de alivio. Su mano en mi estómago se afloja.

—Gracias —digo en voz baja.

Kova sale de detrás de mí y su mano recorre la parte baja de mi espalda hasta apoyarse en mi cadera. Se pone frente a mí. Sin decir una palabra, se inclina y me da un ligero beso en la mejilla, sus labios se mantienen durante unos segundos. Pongo los ojos en blanco. No me gusta la sensación de este beso. Se siente demasiado como una despedida.

Baja la cabeza y se mete las manos en los bolsillos.

—En otro momento, otra vida... Esta noche estás absolutamente impresionante, *Malysh*.

Se da la vuelta y se marcha sin decir nada más, cerrando suavemente la puerta tras de sí y dejándome sin palabras.



Una vez fuera, me dirijo a la tienda. Veo a mis padres con Kova y Katja, cada uno con vasos recién llenados y sus risas llenando el aire. Papá me ve, levanta su cristal y sonríe. Tanto mamá como Kova se giran hacia mí. Mi estómago se contrae de ansiedad, pero mantengo mi rostro neutral. Mamá gira la cabeza hacia el otro lado mientras Kova me mira durante una fracción de segundo antes de volver a prestar atención a Katja.

Todo su comportamiento cambia y mi estómago se revuelve contra él. Sus vibrantes ojos esmeralda brillan con excitación y lujuria. Trago con fuerza y busco a mis amigos, que están a un brazo de distancia.

Hayden me ve primero y se reúne conmigo a mitad de camino, seguido por Avery y Holly.

—¿Dónde has ido? Te he buscado —dice en voz baja, pero preocupado. Me pone la mano en la espalda y me acerca a él.

Naturalmente, miento. Relajo el rostro y esbozo una sonrisa de melocotón, aunque la vergüenza me corroe por dentro. Sé, sin duda, que me estuvo esperando cuando cayó la bola.

—Oh, ah, escuché a uno de los camareros decir que no podían localizar las copas de champán.

—¿Y las serviste todas? —pregunta Avery en broma. Parecía achispada.

Me río.

—Necesitaban ayuda, así que me ofrecí —Miro a Avery con la esperanza que capte la indirecta de cerrar la boca y tapar mi mentira. Ochenta y siete años más tarde, sus ojos brillantes finalmente comprenden. Sabe que estoy mintiendo.

—Te estaba buscando cuando empezó la cuenta atrás —dice Hayden, mirándome fijamente a los ojos, pero hay otro par de ojos que puedo sentir aún más fuertes sobre mí.

—Siento no haber vuelto a tiempo —digo, fingiendo remordimiento.

Los ojos de Hayden se suavizan.

—Si hubiera sabido que nos íbamos a perder nuestro beso, te habría encontrado antes. —Me sonrojo y desvío la mirada hacia la hierba—. O al menos habría hecho que nuestro anterior beso mereciera más la pena.

—Adrianna —me llama Kova con firmeza. Lo miro. Sus ojos son tan duros como el agarre de su vaso de líquido claro—. Le decía a Frank que, aunque no compitas en el encuentro, deberías venir a verlo. Puedes ver a qué te enfrentas. —Bebe un trago, con los ojos duros. Contando.

Escuchó lo que Hayden ha dicho sobre nuestro beso.

Lo último que quiero es ir al encuentro como espectadora, por no decir que es una cosa absurda de sugerir. Típico de Kova.

—No creo que sea necesario ir. He estado en muchos encuentros y sé lo que me espera. Prefiero quedarme atrás y entrenar.

Kova me mira y se bebe el contenido de su vaso de un solo trago.

—¿Quieres otro vodka? —le pregunta Katja.

La mira.

—Sí. Consigue uno para ti también.

—La verdad es que me parece una idea fabulosa que Ana los acompañe —coincide papá. Bebe un sorbo del vaso pegado a su mano.

—Podrías aprender un par de cosas —añade mamá en tono sarcástico—. De todos modos, ya está todo pagado, así que ¿por qué no?

Con la barbilla levantada, digo:

—Prefiero entrenar.

—¡Puedes alojarte conmigo! —dice Holly, con sus inocentes ojos azules enormes de emoción. Si no estuviera en la oscuridad de todo, estaría furiosa con ella por sugerir eso.

—¿No te alojas con Reagan y Sarah? —Hayden pregunta.

—Oh, sí. —La sonrisa de Holly cae—. Pero tenemos dos camas. Dos de nosotras ya íbamos a tener que compartir una de ellas.

—Entonces está decidido. Ana seguirá yendo a apoyar a sus compañeros —dice mamá, y luego se excusa. Siempre tiene que decir la última palabra.

Miro a Kova, fingiendo que tengo el poder de agujerearle la cabeza por haber propuesto la idea. Pero no me mira a mí, sino que mira cariñosamente a Katja.

Se inclina y le susurra algo al oído. Su risa es suave y femenina, sus ojos azules iridiscentes brillan de placer. La forma en que se miran no alude a la infidelidad. Ni de lejos. Se miran como si ninguna otra alma en el mundo importara. Como si estuvieran profundamente enamorados y conectados por una cuerda imaginaria que los une para siempre. Me dan náuseas. Giro la cabeza, incapaz de aguantar más. La preocupación de Kova por el alejamiento de Katja no es más que su complejo de culpa asomando su fea y engañosa cabecita, y nada más.

No puedo comprender cómo pudo pasar de estar conmigo, tocarme, besarme y decir lo que dijo, a actuar de esta manera con Katja. Tengo que preguntarme qué mentiras se dice a sí mismo para que todo esté bien en su cabeza... y qué mentiras le da a ella.



Capítulo 17

—Muy bien, señoras, el encuentro de Parkettes es en cinco días, lo que significa que tenemos cuatro días para asegurarnos que sus rutinas son sólidas y firmes y no hay lugar para el error. ¿Sí?

Asiento para mis adentros, mirándome los dedos cubiertos de tiza mientras me ajusto las muñequeras.

—Prepárense para ser presionadas esta semana. Prepárense para ser disciplinadas y cumplir con las exigencias que les pidan sus entrenadores. Sufran ahora y mañana cosecharán lo que otros no pueden. Las pone un paso más cerca del objetivo, y los objetivos nunca deben ser fáciles de obtener.

Por mucho que no quiera estar de acuerdo con él, Kova tiene razón. Siempre tiene razón. Tiene un sexto sentido sobre la gimnasia que me hace olvidar todos los problemas de mi vida que pueden hacerme retroceder. Es lo que lo hace ser mejor entrenador que el resto. Sus palabras llegan justo donde las necesito, en mis entrañas, y encienden un fuego en mis venas. Me dan esperanza e inspiración y cambian toda mi perspectiva. Miro a cada uno de mis compañeros de equipo. Los ojos se clavan en él mientras se empapan de su discurso motivador. Lo sienten como yo.

—Si no sienten que sus músculos gritan de dolor, es que no están trabajando lo suficiente. Tu mente te dirá que pares, que ya has tenido suficiente. Solo entonces deben esforzarse más y dar más de lo que creían posible. Confíen en mí. Se sorprenderán a sí mismas.

Este entrenamiento es el primero desde la vuelta de las vacaciones, y sé que va a ser agotador. Cualquier entrenamiento antes y después de las vacaciones suele ser el más duro, pero hoy estoy ansiosa por entrenar. Necesito la liberación, el acondicionamiento que solo el imbécil de un entrenador puede darle a mi cuerpo. Aunque he hecho ejercicio en casa, un entrenamiento regular en el gimnasio no es suficiente.

—Tu único límite eres tú mismo.

Respiro profundamente e inhalo el polvo en mis pulmones. Me revive. Me da vida. Dios, me encanta estar en los entrenamientos y no puedo esperar a empezar. Sus palabras son un elixir. Corren suavemente por mis venas mientras flexiono y apunto los dedos de los pies, haciendo rodar los tobillos.

—Bien, vamos a romper. —Justo cuando me doy la vuelta para ir, Kova dice—: ¿Adrianna?

Miro por encima de mi hombro.

—¿Sí?

—Tienes tutoría hoy y luego terapia en tu Aquiles, ¿correcto?

—Sí —confirmo—. Hoy tengo la agenda llena.

—Esta noche, cuando termine el entrenamiento, continuaremos con tu terapia de estiramiento durante una hora antes que te vayas.

Gimo en el fondo de mi garganta y me dirijo al suelo con el resto de las chicas. *Eso* no lo estoy deseando.

—No estoy segura de por qué estás practicando con nosotras hoy ya que no vas al encuentro, Ana —dice Reagan con la nariz pegada al aire mientras la música clásica de piso comienza a sonar de fondo.

—Todavía tengo que practicar a pesar de todo, Reagan. Y, voy *a ir* al encuentro.

Sus cejas se alzan.

—¿Desde cuándo?

Sonrío de oreja a oreja, feliz que la noticia la despistara.

—Desde que Kova lo sugirió en la fiesta de fin de año de mi padre. Pregúntale a Holly, ella estaba allí. Incluso Hayden. Estaré allí animándote.

La nariz de Reagan se arruga. Frunce el ceño y gira los dedos de los pies para quebrarlos, luego chasquea el cuello de un lado a otro, todo ello mientras me mira fijamente.

—¡Señoras, muévanse! —Kova grita.

Formamos una línea recta y caminamos por el borde del suelo. Me coloco detrás de Holly, moviendo los brazos hacia arriba y hacia atrás para aflojar las articulaciones. Troto ligeramente con las rodillas a la altura del pecho antes de hacer la transición a las fajas. Lanzo una rápida mirada a Kova, tengo curiosidad por ver el estado de ánimo que tiene, pero no me presta atención.

Con suficiente espacio entre cada gimnasta y con los brazos extendidos a los lados, doy un paso en una patada frontal, con la pierna recta en la patada frontal, hasta que mi pierna baja y cambio a patadas hacia atrás, esta vez con la rodilla doblada y la cabeza echada hacia atrás. Completamos una variación de diferentes habilidades de calentamiento, numerosas inspiradas en el ballet, que se prolongan durante treinta minutos. Los estiramientos estáticos son importantes y ayudan a prevenir los tirones musculares. Y en mi caso, un esguince de Aquiles.

—Señoras, arrastren las esteras dobladas. Una en cada una. Salten, salten, con las piernas rectas y los dedos de los pies *en punta*. Pateen hasta una parada de manos en la colchoneta, y luego bajen a un pliegue hacia atrás.

Parece fácil, pero ejecutarlo es otra historia.

—¡Agárrense los dedos de los pies!

—¡Más rápido!

—Más fuerte. ¡Cierren esas rodillas y prepárense!

Mis abdominales están tensos, ardiendo de calor. Conozco mi cuerpo: necesito más fuerza en el salto y que mis rodillas no se tambaleen. Tengo que estar tensa, así que trabajo en las tres cosas al mismo tiempo. Respiro de forma constante y mesurada, e intento ser rápida, pero sé que si no respiro correctamente me agotaré mucho más rápido de lo que debo. Todo tiene que estar cronometrado y ejecutado correctamente, incluso el acondicionamiento y el calentamiento. De lo contrario, solo estaré trabajando contra mí misma. Por suerte, hago el cambio rápidamente. La gimnasia no es solo física, sino también mental.

Después de una serie de veinte, Kova dice:

—Ahora empieza en la colchoneta. Golpea hacia abajo hasta un pliegue frontal, luego da la vuelta y golpea hasta otro pliegue frontal para aterrizar de nuevo en la colchoneta.

Este ejercicio es difícil. Exige que mantenga el cuerpo en forma y que mantenga el equilibrio, con las caderas levantadas y no bajas. Si no, la colchoneta se desliza y yo resbalo y me caigo.

—Adrianna, no dejes caer esas caderas. Un poco más abajo y estarán besando el suelo.

A menudo me pregunto si su elección de palabras se debe a que el inglés no es su lengua materna. Tal vez podría enseñarme ruso y yo podría enseñarle a utilizar las palabras correctas… y las contracciones.

—Lo mismo para ti, Reagan.

Tumbada de espaldas, con los brazos extendidos por encima de la cabeza, llega la hora de las abdominales. Inspirando a través de la caja torácica, levanto el pecho y elevo las piernas estiradas hasta que se encuentran a mitad de camino y quedan pegadas al cuerpo. Golpeo los dedos de los pies, luego bajo las piernas hasta la posición de horquilla y me equilibro sobre las nalgas. Luego vuelvo a golpear los dedos de los pies, sin tocar ni una sola vez el suelo. Si no estoy firme, me caeré. Parece más fácil de lo que es. Completo diez de estos ejercicios seguidos antes de tumbarme y rodar sobre el estómago, y luego volver a la espalda para completar otra serie de diez.

Nadie habla durante este tiempo, aunque no podemos hacerlo. Es concentración, concentración, concentración.

—No se detengan hasta que yo lo diga —ordena Kova, de pie a un lado con los brazos cruzados delante del pecho hablando con Madeline. Hablan detrás de sus manos mientras se turnan para mirar en nuestra dirección. Madeline asiente con la cabeza, accediendo a lo que Kova sugiere, y luego se separan.

—Sigue adelante —ordena. Echo una mirada en su dirección. Sus mangas son tres tallas más pequeñas que el resto de la camisa, pero le abrazan bien los bíceps.

Kova se dirige hacia nosotros. Mira a cada una de mis compañeras de equipo, pasando por encima de mí a propósito.

—Alinearse a lo largo del borde del suelo. Antenas frontales, saltos hacia atrás, piruetas. Cinco minutos. Vamos.

Cuando se trata de acondicionamiento, cinco minutos nunca se sienten como cinco minutos. Se sienten como quince minutos, incluso veinte minutos, como si nunca se hubiera cronometrado y se hubiera alargado. Una

vez que termino y caliento bien, me ajusto la cola de caballo y me pongo en la fila detrás de Reagan. Es la hora de las volteretas, mis favoritas.

—¿Por qué estaba Kova en tu casa? —Reagan pregunta justo cuando Holly se va dando tumbos.

—Mi padre y Kova son amigos, ya lo sabes. Invitó a Kova y Katja a nuestra fiesta de fin de año.

—Y Holly y Hayden también estaban allí —afirma más que cuestionada. El resentimiento en su voz es evidente. Debería haberme sentido mal por no haberla invitado, pero me ha tratado como una basura este último año, así que es justo que no sienta nada por ella.

—Sí, yo los invité.

Reagan resopla en voz baja antes que sea su turno. En cuestión de segundos, ella termina su pase y yo me pongo en marcha. Dando solo unos pocos pasos, ya que si corro demasiado se me descontaría, hago un salto largo y bajo para ganar velocidad y hacer un salto hacia atrás, un latigazo hacia atrás y un doble salto hacia atrás.

—Un poco más abajo en esa espalda de látigo, Adrianna —dice Kova. Lo miro, pero ya está mirando en otra dirección.

—Apuesto a que se divirtieron mucho —dice Reagan sarcásticamente una vez que volvemos a la fila.

—Sabes, si no fueras tan perra, tal vez te habría invitado también —Su espalda se endereza y sigo adelante—. Tal vez no.

Completo un pase de volteretas más antes que llegue el momento de comenzar la siguiente fase: siete horas de práctica de rompimiento de espalda.

—¿Por qué me haces ir al encuentro contigo? —pregunto, tumbada en una mesa de terapia en la sala de atrás. El día de hoy me ha dado una patada en el culo. Estoy al borde del agotamiento—. Sé lo que pasa en ellas, he estado en muchas.

—Besaste a Hayden —Él gruñe. El humor de Kova da un giro drástico. No hemos hablado de lo que pasó en la fiesta de Nochevieja.

Kova se acerca y me levanta el tobillo. Apretando mi rodilla contra el pecho con su mano en la parte superior del muslo, se acerca a mi cara. El déjà vu me golpea, y me catapulta de vuelta a cuando empezamos las clases particulares y a cómo empezó nuestra relación. Gruño, sintiendo un tirón en mi cadera. Solo su tacto puede llevar mi cuerpo al extremo.

—Primero me sacas del encuentro por Hayden, luego me dices que en realidad es por ti y el deseo voraz que tienes por mí, ¿ahora me haces ir por él? No tienes sentido, Kova. Ninguno. Eres más frustrante de entender que una mujer.

Kova se aparta, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿*Deseo voraz*? No.

—¿Entonces qué es?

Se encoge de hombros.

—Quiero que lo veas a través de mis ojos. A qué te enfrentas. Pienso que sería una buena idea, la verdad.

—Pero sé a lo que me enfrento —replico. Parece inútil ir al encuentro.

—¿Has sido alguna vez solo un espectador y no un competidor?

Sacudo la cabeza.

—No, en realidad no lo he hecho.

Baja la barbilla y presiona más dentro de mí. Sus dedos me agarran con fuerza y profesionalidad.

—Quiero que te sientes conmigo y escuches lo que tengo que decir. Escucha mi crítica —su inflexión hace que ciertas palabras tengan más énfasis—. Observa a los otros atletas a tu alrededor, concéntrate en ellos. Recuerda, *Ria*, que ellos van a tener la ventaja de ser mucho más jóvenes que

tú y con mucho más vigor. Tienes talento, y aunque tengo fe en ti, necesitas ver de primera mano a qué te enfrentas.

Kova cambia de pierna y mi corazón se encoge un poco. No me gusta esta idea. Se siente un poco como un tormento y una burla por lo que debería haber tenido pero que me han arrancado con saña. Debería haber competido en este encuentro, pero gracias a Kova y a su absurda decisión, me veo obligada a retirarme.

—Respira hondo desde aquí —Pone una mano plana sobre mi estómago y yo doy un respingo. Kova respira larga y profundamente, con el pecho apenas levantado, e inhala por la nariz. Lo imito, mis ojos se fijan en los suyos.

—Bien. Ahora levántate —ordena y señala la alfombra del suelo—. De espaldas. Las manos a los lados.

—Palabras que seguro que te encanta decir.

Doy una palmada en la boca. El sarcasmo sale de mis labios sin pensarlo. Aprieto los ojos. Controlar mi boca cerca de este hombre es mi mayor desafío.

Las comisuras de su boca se curvan en una sonrisa divertida.

—Solo porque tú y yo hayamos tenido una... relación, lo dejaré pasar. Pero no más. Concéntrate, *Ria*. Concéntrate.

Se me afloja la mandíbula y le dirijo una mirada divertida.

—¿Una relación? Por Dios, Kova, necesitas tomar una clase de inglés y ampliar tu vocabulario.

—¿Cuándo esperas que lo haga? —pregunta—. ¿Hmm? ¿A medianoche una vez que termino mi trabajo de oficina? Mis horas libres las paso trabajando en tus debilidades y ni siquiera me compensan por ello.

—Me haces parecer un caso de caridad.

—Lo eres —dice, mirándome a los ojos. Un golpe en las tripas—. Eso es exactamente lo que eres. Me estoy esforzando por ayudarte y mejorarte, pero solo porque creo en ti.

Miro hacia otro lado.

—Eso ha sido cruel, Kova —digo en voz baja, tumbándome de espaldas.

No es en absoluto consciente de lo hirientes que pueden ser sus palabras. Me destrozan el corazón y, aunque sé que es su forma de hacer una crítica constructiva, al final me hacen daño.

—Te comes mi tiempo extra. No hay espacio para nada más en este momento, sobre todo porque es la temporada de encuentros.

Ignoro ese pequeño golpe y trato de no rechinar los dientes.

—Ves, "comer" no suena bien.

—No me importa, no es relevante en este momento —Kova niega con la cabeza y se pone de rodillas.

—Si tomaras clases, podrías aprender contracciones para no sonar como un robot.

Kova entorna los ojos en mi dirección.

—Eso es lo último que tengo en mente. Si eso es lo que estás pensando ahora mismo, entonces no estoy haciendo bien mi trabajo —Sus ojos se encienden con nuevas ideas.

Aplasto mis labios.

Resopla.

—De acuerdo. Te acompañaré cuando vayas a la tutoría. ¿Contento ahora?

—No.

Volviendo a sentarse sobre sus rodillas, Kova resopla y me señala con un dedo.

—No te rompas, ¿me oyes? Lo perderás todo a la menor fractura.

—¿Qué?

—No te quiebres —repite lentamente, como si debiera haber entendido lo que quiere decir la primera vez—. Puedo verlo en tu rostro. Concéntrate en el panorama general. Deja que las palabras rueden por tu espalda y olvídalas. —Kova baja la voz y sus ojos se suavizan mientras dice—: Recuerda, cuando estemos dentro de estas paredes, no estoy aquí para ser tu amigo, no estoy aquí para ser amable. Estoy aquí por una razón, y solo por una razón. Con el tiempo, me lo agradecerás, pero solo si escuchas lo que te digo.

—Con lo mezquino que puedes ser, realmente no veo que eso suceda. —De verdad que no me veo dándole las gracias—. ¿Qué? ¿Agradecerte por ser un egoísta, un duro imbécil? Lo dudo mucho.

Sus ojos brillan con alegría y siento que las comisuras de mis labios se levantan.

—Ya verás —replica, sonriendo—. Solo recuerda lo que digo.

Desliza una mano bajo mi espalda, su palma está caliente.

—Levántate —me ordena—. Pies apoyados en el suelo, hombros planos, barbilla arriba.

Una vez que elevo las caderas, vuelve a colocar una mano sobre mi pelvis y me indica que respire. Su palma se extiende por mi abdomen de la misma manera que un incendio forestal se extiende por la pradera. Cada dedo roza mi piel con calor, encendiendo un rastro abrasador a su paso. La intensidad arde en mi interior y suelto una suave respiración. Mantengo la mirada fija en el techo. No se desvían en su dirección como lo han hecho en el pasado, que solo ha conducido a cosas terriblemente maravillosas.

—Baja las caderas durante tres segundos y vuelve a subirlas.

Lo hacemos al menos ochenta veces más en silencio, quizá más. Dejo de contar, y para cuando terminamos, estoy sorprendentemente sin aliento. Mi pelvis está tensa. Por fin lo miro, pero Kova ya me mira fijamente, sin pudor, dejando un camino de hambre mientras sus ojos bailan por mi cuerpo. Pequeñas gotas de sudor resbalan por mis sienes. Puede mirar si quiere. De hecho, espero que lo haga.

Kova toma un tobillo y extiende mi pierna. Luego toma mi rodilla doblada y la cruza sobre mi pierna estirada y se inclina hacia abajo. Gruño mientras él aplica presión, aplanando los labios mientras hace una mueca.

—¿Por qué, después de todo este tiempo, sigue doliendo estirarse?

Kova estudia mi rostro. Está tan cerca que puedo ver las finas telarañas negras contra sus iris verde lima. Hipnótico. Pensé que sus labios son su mejor característica, pero sus ojos me cautivan a otro nivel.

—Los músculos sufren un estrés constante durante el ejercicio. Al ritmo que llevas, el tuyo soportará mucho más estrés de lo normal. Lo bueno de los estiramientos es que. —Se levanta y utiliza las manos para hablar—. Si, estás alargando el músculo, y sí, lo estás manipulando, pero también le estás

ayudando a aliviar la presión calentándolo suavemente y rompiendo la acumulación. Como has estado de vacaciones, una vez que aparezcan las molestias, te dolerá más de lo normal. Ten a mano Motrin. Enfriar como ahora después de un entrenamiento ayudará, pero no lo aliviará completamente. Si quieres, ven a verme todas las noches antes de irte a casa esta semana y te estiraré —ofreció Kova, y luego añade—: ¿Recuerdas lo que te digo sobre entrenar tu cerebro para que piense de una determinada manera?

—Sí, y es lo más ridículo que había escuchado en ese momento. —Una risa aireada sale de mis pulmones—. Sin embargo, tiene sentido.

Kova baja lentamente las manos a los lados y cierra la boca. Bajando la voz, pronuncia cada palabra como si quisiera hundir sus dientes en mi piel y arrancarla.

—No te burles de mí, Adrianna. Nada de lo que enseño es ridículo, todo tiene un propósito. Sabes, mi paciencia se está agotando. Todo lo que hago por ti, por tu cuerpo, tiene una razón. A veces creo que eres demasiado ingenua para verlo ahora.

Me siento. Intento no ofenderme con eso porque no me toma en broma cuando lo quise decir de esa manera.

—No, no lo hago. Te equivocas…

—Cállate, toma lo que te doy —Su voz es furiosa y descarada—. Y da las putas gracias cuando haya terminado.

Se me cae la mandíbula.

—Lo tomo —digo—. ¿Cuándo no lo hago?

La energía de la sala cambia, y la energía agravada que emana de él puede sentirse en un radar de ocho kilómetros.

—¿Alguna *vez me has dado* las gracias? Después de todas las veces *que me has* exigido*, ¿has* dicho alguna vez gracias?

Me aparto y reflexiono sobre sus palabras. Mi frente se arruga mientras me esfuerzo por pensar. Los momentos pasan por mi cabeza como una cámara que hace fotos. Conversaciones, prácticas, momentos en los que estábamos solos. Me doy cuenta de ello. Trago saliva, avergonzada por no haberle dado las gracias.

—Eso es lo que pensaba. En cambio, te burlas de mis métodos de entrenamiento. —Deja escapar una dura carcajada—. ¿Adivina qué, cariño? Ya tengo mis medallas. He viajado a encuentros internacionales. He sido campeón del mundo y he estado en las Olimpiadas. He conseguido todo lo que quería, con la ayuda de un entrenador diez veces peor que yo. Tú, sin embargo, no tienes nada de eso. Y el camino que sigues recorriendo, nunca lo tendrás.

Kova se mira las manos y se quita el exceso de tiza. Su cabeza se balancea con una boca arrogante y fruncida.

Dándome la espalda, se dirige fríamente hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —pregunto en un tono elevado.

—Hemos terminado aquí —dice rotundamente.

—No, no lo hacemos. Nos quedan treinta minutos.

Kova se gira. Una sonrisa desgarradora se desliza por su rostro.

—Si me disculpan, voy a dedicar mi tiempo a alguien que realmente lo quiere. Mi novia.

—Eres un idiota.

—Dime algo que no se —replica, saliendo de la sala de terapia.

—¡Ves! ¡Las contracciones serían útiles allí! —grito. Lo escucho gruñir, pero no vuelve.

Esa noche, mientras estoy sentada en la bañera, una bañera caliente y humeante debo añadir, reflexiono sobre mi conversación con Kova y sobre cómo dejamos el gimnasio. La verdad es que es lo único en lo que puedo pensar desde que llegué a casa. Me siento mal porque él tiene toda la razón. Doy la impresión de ser poco agradecida y eso es lo último que quiero que piense. No lo soy. Aparte de toda la mierda fuera del gimnasio, estoy más que agradecida por todo el esfuerzo que hace. Yo exijo mucho y él me lo da cuando no tiene que hacerlo.

Me siento muy mal por no haber dado las gracias ni una sola vez. Siento que lo correcto es enviarle a Kova un mensaje de texto.

Yo: *Siento mucho haberte molestado antes. Tenías razón. Nunca te he agradecido todo lo que has hecho por mí. Gracias. Realmente lo aprecio más de lo que las palabras podrían expresar.*

Sorprendentemente, responde:

***Entrenador**: XX*

Capítulo 18

Caminando de habitación en habitación, vuelvo a revisar todo antes de dejar mi condominio para el fin de semana. No estaré mucho tiempo fuera: el encuentro es en Pensilvania y volveremos el domingo por la tarde.

Apago la luz, cierro la puerta tras de mí y echo el cerrojo. Miro mi reloj mientras bajo las escaleras hacia el estacionamiento. El equipo de las chicas se reunirá en casa de Kova y, desde allí, Katja nos llevará al aeropuerto, donde nos reuniremos con el equipo de los chicos antes de embarcar en el vuelo.

Arrojando mi bolsa de mano en el asiento trasero, subo a mi camioneta y arranco el motor. En cuestión de segundos, salgo a la carretera principal.

Cuanto más me acerco a la casa de Kova, más se me revuelve el estómago en apretados nudos. Las cosas entre nosotros están tensas esta última semana. Intento mostrar mi gratitud a menudo, pero Kova es estrictamente profesional y me dice que si quiero mostrar mi agradecimiento tengo que practicarlo como si fuera en serio. Supongo que piensa que me esfuerzo demasiado y que se nota. Lo que hago, y lo que no. Solo quiero asegurarme que sepa que le estoy agradecida, pero en cambio lo hizo distante. Con la forma en que he actuado, tengo que preguntarme si Katja, o alguien, alguna vez le mostró gratitud. Estamos bien en público, pero también siento que se desvive por ignorarme. Me estreso por cómo actuará los dos días siguientes en el encuentro.

Todavía no sé por qué voy con el equipo. Es una estupidez.

Entro en la calzada y estaciono mi camioneta cerca del auto de Hayden. Me tomo un minuto para recomponerme y limpiarme el rostro de cualquier emoción antes de salir.

Katja abre la puerta principal segundos después, como si estuviera esperando cerca de ella. Mi estómago cae en picada. La culpa de Kova se me está pegando. Estoy locamente paranoica con solo mirar su rostro.

—Adrianna —me saluda, sacando la "N" de mi nombre con molestia. Parece totalmente despistada con su enorme sonrisa a tope, y aunque eso es genial y todo, no puedo evitar sentirme como un ser humano horrible.

Hay un trono negro en el infierno con mi nombre.

—Puedes poner tu bolsa aquí y entrar en la cocina. —Señala un grupo de bolsas cerca de la puerta cuando entro—. ¿Recuerdas dónde está, sí?

—Sí.

Cierra la puerta detrás de mí.

—¿Quieres un café?

—Nunca digo que no al café.

Su rostro se ilumina y junta las manos frente a su estómago.

—Les ofrecí café a las otras chicas, pero no les gustó. No sabía qué decir a eso.

Me río y el nudo en el estómago se alivia un poco.

—Mi madre me enganchó a él para ayudarme a frenar el apetito. Lo odié al primer sorbo, pero una vez que encontré el sabor adecuado, no hubo vuelta atrás.

Las cejas de Katja, perfectamente depiladas, se inclinan una hacia la otra.

—¿Para ayudar a frenar tu apetito? —Sus ojos recorren mi cuerpo y luego vuelven a encontrarse con los míos—. ¿Así que lo que Kova me dice es verdad?

La paranoia me ataca de nuevo, pero mantengo la compostura y el rostro neutro.

—No estoy segura. Depende de lo que te haya contado sobre mí. —Dejo que una pizca de incertidumbre cubriera cada palabra.

—No, no me habla de *ti*, sino de cómo las gimnastas en general deben mantener una dieta extremadamente estricta. Sabía que algunos entrenadores la hacen cumplir, pero siempre he tenido curiosidad por saber cómo se manejan los padres a puerta cerrada, si son estrictos o no.

Caminamos lado a lado hacia la cocina.

—Oh, bueno, no puedo hablar por los demás, pero mi madre es extrema. Ella probará cualquier moda dietética para perder unos cuantos kilos. Y si le funciona a ella, asume que me funcionará a mí, y normalmente me hace seguirla también. La única diferencia es que yo comeré cuando ella no esté mirando para que piense que la dieta no está funcionando.

Entramos juntos en la cocina. Miro al grupo y saludo. Mis ojos se suavizan cuando veo a Hayden y le sonrío.

—¿Pero por qué harías eso? —continúa Katja.

Me encojo de hombros como si fuera obvio y me apoyo en la encimera de mármol.

—Quería que dejara de utilizarme como su conejillo de indias y que me dejara en paz.

—¿Es realmente tan mala?

—A veces —Le doy una respuesta sincera.

—¿Quién es tan mala? —pregunta Kova mientras entra en la cocina. Dios mío, mi presión arterial se dispara al estar tan cerca de él y de Katja al mismo tiempo. ¿Cómo se mantiene frío y tranquilo?

—Mi adorable madre y sus odiosas modas dietéticas.

—Ahh. Joy. ¿Todavía tiene esas comidas especiales encargadas y entregadas a ti? Recuerdo que lo mencionaron cuando llegaste al Wolrd Cup —pregunta Kova. Hay un claro brillo en su mirada que me da un subidón. Intento no sonreír como una adolescente imbécil y odiosa, pero fracaso estrepitosamente. Me gusta que se acuerde.

—Sí, pero ahora hago la compra de la comida yo misma —respondo. La mirada de Kova pasa de mí a su novia. Katja me entrega una taza de café y luego apoya los codos en la encimera. Estamos hombro con hombro cuando una fuerte fragancia me asalta. Cierro los ojos e inhalo, tratando de clasificar los olores. Jazmín y hortensias mezclados con café de vainilla. Es el aroma más embriagador que he olido nunca, y se filtra por la piel de Katja.

Frunzo el ceño y abro los ojos justo a tiempo para ver a Kova acercarse a Katja. La rodea con sus brazos por la espalda y deja caer su barbilla sobre la curva de su hombro mientras le da el más cálido de los abrazos. Se me revuelve el estómago cuando me mira, una sonrisa reservada se dibuja en los bordes de su boca. Me encantaría saber qué está pensando. Si le satisface

que su novia y yo estemos juntas en la misma habitación. El impulso de apartar la mirada es fuerte, pero sé que tengo que luchar contra él, de lo contrario parecerá extraño.

—Estoy segura que puedes permitirte comer lo que quieras —dice Katja, y da un sorbo a su café—. Eres joven y atlética. Tienes una gran forma en tu cuerpo.

—Sí, está en una forma estupenda —añade Kova, demasiado satisfecho de sí mismo—. Perfecta para el deporte. Está mucho mejor ahora que cuando llego a mí.

Mis mejillas se sonrojan y les regalo una tímida sonrisa.

—Supongo.

—Ah, eso es porque tienes un toque de talento y una vista sin parangón con los demás cuando se trata del gimnasio, *statnyy*.

Kova se ríe en voz baja. Ojalá supiera lo que significa esa palabra.

—Me halagas. —Su voz es grave y áspera, y me hace sentir algo en lo más profundo de mi ser. Le besa la comisura de la boca y ella le devuelve una sensual sonrisa.

—Katja, ¿qué tipo de perfume usas? Me encanta el olor —pregunto para distraer mis pensamientos.

Se vuelve y sonríe dulcemente.

—Oh, no uso perfume.

Kova la acurruca más cerca. No lo entiendo.

—Es su lavado corporal. Me lo han enviado desde Rusia para ella —dice.

Ah, bien.

—Está bueno. —No estoy segura de qué otra cosa puedo responder a eso.

Probablemente se ducharon juntos esta mañana y él le lavó el cuerpo con su mierda especial y maloliente. Me guardo mi mueca para mí.

—¿Por qué llevas eso? —Reagan se acerca a nosotros con la nariz apuntando al aire. Nunca me he sentido tan aliviada de verla hasta ahora.

Miro mi atuendo y luego el suyo. Ella lleva el uniforme personalizado del equipo, típico cuando se viaja para las competiciones de gimnasia, mientras que yo llevo botas con calcetines de punto, jeans oscuros, camisa de manga larga y una bufanda gruesa. No me gusta tener frío.

—¿Qué tiene de malo lo que llevo puesto? —pregunto, confundida—. Te das cuenta que vamos a Pensilvania en febrero, ¿verdad? Va a hacer mucho frío.

—Sí, pero no con *tanto* frío. Se supone que debemos vestirnos bien, deberías saberlo. —Su voz me rechina los nervios, como las uñas en una pizarra—. No vamos a ir a Siberia, cielos.

Me echo a reír.

—Necesitaría muchas más capas que éstas para ir a Rusia —digo. Katja se ríe suavemente a mi lado—. Necesitaría un traje de esquimal.

—He dicho Siberia —responde Reagan con su tono snob. Me tapo la boca y me río. Ella mira a su alrededor confundida—. ¿Qué?

—Siberia está en Rusia. Me imaginé que lo habías mencionado por Kova y Katja. Se supone que es el pueblo más frío de allí.

Reagan baja la mirada y se juguetea con las uñas.

—Oh.

—¿Qué te importa lo que llevo puesto? De todos modos, no voy a competir. Y el encuentro no es hasta mañana por la noche, nadie nos verá bajar del avión.

—No sé... Me imaginé que actuarías como si fueras parte del equipo.

Veo rojo.

—Estoy…

—Ah, Reagan —interrumpe Kova. Siempre dice su nombre de forma diferente al resto, como cuando la gente dice tomate de dos formas diferentes—. Le dije a Adrianna que no tenía que disfrazarse. —La austeridad de su voz la hace erguirse y cerrar la boca. Suelta a Katja y se hace a un lado para mirarnos a todas.

Nunca me lo dijo.

Sonrío interiormente ante su defensa.

—Muy bien, señoras —dice, y se frota las manos—, tenemos que salir en tres minutos. Katja nos llevará al aeropuerto donde Madeline se reunirá con nosotros. Una vez que estemos allí, no se aparten de mi lado ni del de Madeline a menos que lo pidamos. Todos ustedes son lo suficientemente mayores para saber que no deben alejarse, así que este es el único recordatorio que tienen. Cuando lleguemos a Pensilvania, iremos directamente al hotel. No deben salir de su habitación a menos que me llamen por teléfono, o que yo vaya a buscarlas. ¿Entendido? —Holly, Sarah, Reagan y yo asentimos al unísono—. Una vez que tenga el itinerario del gimnasio, se los haré saber. Como ninguno de sus padres estará presente hasta más tarde, Madeline y yo seremos sus acompañantes por ahora.

No es raro que los padres lleguen separados de sus hijos. Las gimnastas siempre viajan juntas con sus entrenadores. Dormíamos juntos, comíamos juntos, nos preparábamos antes de la competición. Necesitábamos tener la cabeza en el juego y centrarnos en el deporte. Nada de personas ajenas que nos influyeran negativamente, como padres prepotentes que vivían a través de sus hijos.

—¿Sí? —continúa Kova, mirando a todas las chicas, excepto a mí. Mi estómago se aprieta, me siento un poco excluida—. ¿Les parece bien? Bien, vamos.

En Pensilvania hace mucho más frío del que esperaba. Me estoy congelando, y me doy cuenta de que Reagan también lo está por el fuerte castañeteo de sus dientes y la forma en que se sostiene. Aunque no coincidamos en muchas cosas, bueno, *en todo*, me siento mal. Meto la mano en el bolso y le doy sin palabras una bufanda que tenía de más. Ella la acepta con una sonrisa tensa y se la pone al cuello. Las bufandas marcan la diferencia y sé que ella lo agradece, aunque no lo diga.

El resto del día es tranquilo y sencillo. Después de registrarnos en el hotel, nos instalamos en nuestra habitación. Dos camas dobles y un baño para

compartir entre Holly, Reagan, Sarah y yo. Por desgracia, me toca compartir con Reagan después de que Sarah reclamara a Holly.

Todos somos muy reservados y no hablamos mucho. Sé que las chicas se concentran en sus rutinas y las repiten en sus cabezas una y otra vez. Tienen la vista puesta en el encuentro. La determinación de acero en sus rostros dice lo suficiente. Saben lo que les espera y mantienen la compostura de forma impecable, como soldaditos de juguete. Me satisface ver esto desde una perspectiva diferente.

Más tarde, las chicas repasan su programa con Madeline y Kova, y luego tenemos una cena ligera, en la que no comemos casi nada. Típico antes de un encuentro. Sin peso de agua, sin hinchazón, sin carbohidratos, con las costillas sobresaliendo y con aire en los pies.

Una vez que me duermo temprano esa noche, un codazo me sobresalta.

—Adrianna —susurra alguien. Me remuevo, me muevo en la cama, pero no me despierto del todo—. Adrianna. —La voz es más aguda esta vez y también el codo en mi costado. Abro los ojos y me encuentro con Reagan cerniéndose sobre mí. Tiene un rostro tenso para empezar, pero ahora se arruga mientras sostiene un teléfono móvil en mi rostro.

Me retiro.

—¿Qué mierda estás haciendo, Reagan?

—Tu teléfono no deja de sonar.

—¿Qué? —Mi voz suena áspera por el sueño. Me siento como si acabara de acostarme. Mis ojos arden de cansancio.

Reagan acerca el teléfono a mi rostro. Frunce el ceño.

—Sigues recibiendo mensajes de texto y no me deja dormir —me susurra con dureza en el rostro.

Me siento sobre el codo y miro a mi derecha, Sarah y Holly están dormidas. Agarro mi teléfono y leo la parte delantera de la pantalla.

Mi estómago se hunde. Tengo cuatro mensajes perdidos de Kova. Todos con pocos minutos de diferencia, pero por suerte el texto en sí no aparece en la pantalla. Hace tiempo que tengo desactivada esa función.

—¿Por qué el entrenador Kova te envía mensajes y nadie más?

Me enfurezco.

—¿Cómo diablos voy a saberlo?

Las dos nos volvemos a tumbar y coloco el pulgar en el botón de inicio para desbloquear el teléfono. El aliento caliente de Reagan golpea mi cuello.

—Atrás, Regina —Me llevo el teléfono al pecho y leo los mensajes. Tengo una pantalla de privacidad, así que ella no puede leer mucho, pero, aun así.

Entrenador: *¿Estás despierta?*

Entrenador: *Mañana verás por qué estás aquí y por qué hago lo que hago.*

Entrenador: *Solo confía en mí en esto. Solo quiero lo mejor para ti.*

Entrenador: *Siento haber sido un idiota egoísta y haberte ignorado. XX*

Sonrío para mis adentros. *Idiota egoísta* fueron las palabras que usé para él la semana pasada. Salgo de mis mensajes y apago el teléfono. Me doy la vuelta, lo meto debajo de la almohada y me acurruco bajo las sábanas.

—¿Qué quería?

—Solo para repasar mañana, ya que no voy a competir. —Ella se traga la mentira.

Hace una pausa por un segundo.

—No debería enviarte mensajes de texto, sabes.

—Y tú no deberías estar fisgoneando.

—No se ve bien.

Soy rápida.

—La única razón por la que no se ve bien es porque *tú estás* haciendo que no se vea bien. ¿A dónde quieres llegar?

—Quiero saber qué ha dicho.

Suspiro molesta.

—Me mandó un mensaje para decirme que mis padres todavía tienen reservada la habitación del hotel, así que puedo quedarme allí mañana en lugar de aquí sí quiero.

—¿Y eso no podía esperar hasta la mañana? —argumenta.

—¿Regina?

—¿Qué?

—Vete a la mierda y duérmete.



Capítulo 19

Esta es una nueva y cruel forma de tortura.

Me siento en la cama y observo a las chicas prepararse para el encuentro, deseando desesperadamente estar compitiendo también. Me duele ser una de ellas, arreglándonos el cabello, maquillándonos y aplicándonos laca en las nalgas para que no se nos suba el maillot.

Aparto la mirada al mismo tiempo que suena un ping en mi teléfono. Lo agarro de la mesita de noche y lo paso para leer el mensaje de texto.

Entrenador: *Por favor, asegúrate de llevar tu leotardo y sudaderas. Te sentarás conmigo.*

Dejo escapar un suspiro dramático.

—¿Qué pasa? —pregunta Reagan mientras revuelve su bolso.

Levanto la vista de mi teléfono.

—Kova quiere que me vista con ustedes.

—Oh, *¿otro* mensaje de Kova?

La miro fijamente, rogando en silencio que diga algo más.

—Sí, me imaginé que querría que te vistieras bien —dice ella.

—¿Cómo es eso?

Reagan levanta la vista de su bolsa y me mira fijamente.

—Porque estás en el equipo, Adrianna. Es de sentido común. No estaba segura de por qué te vestías con ropa normal, para ser sincera.

Ignoro su tono condescendiente y me bajo de la cama.

—Creo que no pienso que tenga que vestirme. Nunca he ido a un encuentro y no he competido, ¿sabes?

Reagan sigue mirándome en silencio hasta que finalmente vuelve a revolver su bolso. Sus movimientos se vuelven frenéticos y una expresión de temor llena su rostro. La ropa se desprende de su bolsa, el equipo de gimnasia cae al suelo y algunos cuelgan sobre la cremallera. Murmura maldiciones en voz baja mientras agarra la ropa y la sacude en el aire. El sonido de un traqueteo llena el espacio, luego una pequeña botella blanca sale rodando de su ropa.

Reagan deja caer la ropa y mira el contenedor. Frunzo el ceño y ambas nos quedamos paralizadas. No hay ninguna etiqueta de prescripción en el frasco. Sus ojos, muy abiertos, se fijan en ella y sé en mi corazón que no quiere que nadie la vea.

Lanzo una mirada fugaz hacia el baño, donde Holly y Sarah se ríen. Reagan me entiende. Mira por encima del hombro y me abalanzo sobre la botella.

—Devuélvemelo —exige con los dientes apretados. Rodea la cama hacia mí.

Me invade una sensación de temor.

—Píldoras de dieta... Son píldoras de dieta, ¿no? —Me arrebata el frasco de la mano, sus uñas rompen mi piel—. ¿Estás loca?

—Métete en tus malditos asuntos, ¿verdad? —Me echa en cara mis palabras, destapa la tapa y se echa dos pastillas en la palma de la mano. Se las mete en la boca y me frunce el ceño mientras las traga sin agua. Nunca entendí cómo alguien hace eso.

—¿Alguien más lo sabe?

Me mira fijamente.

—Por supuesto que no, y nadie más lo sabrá.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—Adrianna. —Mi nombre fue dicho con tanto veneno que cierro la boca. Se inclina cerca y susurra—: ¿Eres tan ingenua? ¿Olvidaste por qué se nos juzga? ¿Cómo deben lucir nuestros cuerpos? No podemos tener ni un gramo de grasa. Tenemos que tener un aspecto grácil y elegante y ser tan ligeras como una maldita pluma en nuestros pies. Además, es solo un poco de cafeína y un suplemento para perder peso. Algunos potenciadores del rendimiento. Nada que esté prohibido.

Sacudo la cabeza con disgusto y tristeza por su revelación. No le creo a Reagan. Si solo fuera cafeína, lo indicaría en el frasco. Esto es peligroso. Las gimnastas están sometidas a la presión constante de ser perfectas. Sé de primera mano lo desconcertante que puede ser, pero nunca me habría planteado esto.

—Sé muy bien cómo es, pero la imagen que otros tienen de mí no me definirá. Soy más fuerte que eso, y tú también. Reagan, estás poniendo en riesgo tu salud. Esa mierda podría ser mala para tu corazón.

Se acerca aún más. Sus ojos se clavan en los míos mientras habla en voz baja.

—Soy mejor gimnasta que tú, ambas lo sabemos, pero no puedo permitirme entrenar y competir en las Olimpiadas como tú. No es posible para mí. Mis padres apenas tienen dinero para mantenerme aquí. Lo que sí sé es que tengo una oportunidad de competir en la universidad. Así que voy a hacer todo lo posible para conseguirlo. Necesito una beca completa, y solo las escuelas de la Primera División la ofrecen.

—Pero ya eres buena, no los necesitas. —Señalo el frasco que tiene en la mano—. Deja que te ayude.

Se ríe como si mi oferta fuera estúpida.

—¿Ayudarme? No necesito, ni quiero, tu caridad. Puedo hacerlo por mi cuenta. Como solía decir mi madre: “Sin presión, no hay diamante. Cuanto mayor es la presión, mayor es la recompensa”. Quiero ser ese diamante, Adrianna, lo quiero más que nada.

Ella no se mueve y yo tampoco. Nos quedamos paradas. Observo las llamas en sus ojos cuando me doy cuenta que no somos tan diferentes.

De hecho, somos idénticas.

Reagan es testaruda. Tiene una visión. Un impulso a una edad temprana que la gente no puede comprender. Hace todo lo posible por alcanzar su meta. Lo entiendo porque yo soy igual. Por mucho que quiera decírselo a nuestros entrenadores, nunca lo haría. Todos tenemos nuestros secretos, y seguro que yo no tengo espacio para hablar. No quiero meter a Reagan en problemas, pero me preocupa lo que contienen las pastillas para adelgazar y cómo pueden afectar a su cuerpo.

—¿Qué es un poco de hambre de todos modos? —Levanta un hombro en un encogimiento de hombros descuidado—. Nada a lo que no estemos acostumbradas.

Sacudo la cabeza.

—Me gustaría que dejaras de hacerlo. Al final te van a atrapar.

—¿Te refieres a que te atrapen, como a ti?

Me echo atrás.

—¿De qué estás hablando?

Reagan levanta la comisura de la boca y sus ojos se diluyen hasta convertirse en rendijas. Sonríe.

—Como si no viera la forma en que nuestro entrenador te mira. —Se ríe en voz baja—. Veo cómo sus manos se entretienen, cómo insiste en hacer privados contigo, la forma en que te habla. *Siempre* te está mirando. Está caliente. Tendrías que estar muerta para no ver lo bueno que está.

Sacudo la cabeza. Mi corazón se acelera tanto que suena en mis oídos.

—Como te dije anoche, todo está en tu cabeza, Regina. Te estás inventando cosas.

Ella esconde su frasco.

—Dime, ¿por qué estás realmente aquí? ¿Una pequeña cita con el entrenador, tal vez?

Le dirijo una mirada mortal.

—Estás jodidamente enferma.

Inclina su rostro hacia el mío y puedo oler el enjuague bucal de menta que ha utilizado antes. Baja la voz hasta un susurro audible.

—Si le dices a alguien sobre mis píldoras de dieta, le diré a la gente que te estás acostando con Kova.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Estás loca? No me estoy acostando con él —la negación me quema el fondo de la garganta—. ¿Tienes idea de los problemas que eso causaría?

—Entonces mantén tu boca cerrada sobre mí.

—Kova podría ir a la cárcel basándose en tu mentira.

Sus ojos se estrechan. Se me revuelve el estómago al ver las cartas engañosas que he repartido. No me cabe duda de que las utilizaría en su beneficio. Es de las que tiran a su madre debajo del autobús para conseguir lo que quieren.

—¿Quién ha dicho que es mentira?

—Es una mentira —expreso cada palabra—. No puedes hablar en serio.

—Como un ataque al corazón.

—No tienes pruebas —susurro. Mi corazón se acelera a mil por hora.

—Oh, *Aid,* tienes mucho que aprender. —Reagan se da la vuelta y cierra la cremallera de su maleta con una sonrisa de satisfacción en su rostro—. No son necesarias muchas pruebas cuando se trata de acusaciones sexuales en este deporte, ya deberías saberlo. Tienes un entrenador masculino muy guapo y bastante joven, y una chica guapa con la que pasa más tiempo que con nadie, y cuando no hay nadie cerca, debo añadir. Eres tan estúpida que no puedes ver que está usando su poder para conseguir lo que quiere. Tiene la misma novia desde que nació.

—Estás tan desviada que ni siquiera puedes ver bien. No pasa nada. ¿Ves lo que estás haciendo? Estás creyendo una mierda que te has inventado en tu cabeza.

—Puede que tenga una imaginación salvaje, pero es todo lo que las autoridades necesitarían, es decir, si no mantienes la boca cerrada.

Levanto una ceja y ella curva los labios. Olvido un factor importante, un lado horrible de este hermoso deporte.

—Y pareces olvidar cómo una acusación como ésta se limpia y se barre bajo la alfombra más rápido de lo que puedes pestañear. ¿Cuántos entrenadores han sido acusados de tener relaciones sexuales o de tocar inapropiadamente a las chicas cada día, y no pasa nada? Nada. Especialmente cuando se trata de un entrenador querido y condecorado. *Siempre* se ponen de su lado y lo sabes. Protegen al entrenador y al deporte en primer lugar, todo lo demás es secundario —Es desgarradoramente cierto, y me disgusta utilizarlo en mi favor.

La mandíbula de Reagan se aprieta. Sabe que tengo razón. No he explicado ni un poco cómo se desechan esas reclamaciones. Es una de esas cosas que acompañan al deporte y de las que nunca se habla. Es raro que un entrenador sea realmente arrestado, y mucho menos que se le prohíba entrenar a partir de entonces. Los responsables de la gimnasia hacen todo lo posible para mantener su imagen limpia. Hubo muchos entrenadores acusados de delitos atroces que siguen siendo dueños de gimnasios y entrenan todos los días. Pero cuando hay un entrenador como Kova, una leyenda en el mundo de la gimnasia, extremadamente importante para la sucesión y los logros de la gimnasta, se trata de proteger primero la integridad del deporte. Los tocamientos, las palmadas en el culo y los dedos de la mano no son algo fuera de lo común. Es común y nunca se cuestiona porque viene acompañado de positividad, atención y elogios, algo que todas las gimnastas ansían. Nadie le da importancia.

—¿Vas a levantarte y prepararte? —Su tono es siempre tan condescendiente cuando me habla. Mis ojos llegan a los suyos aturdidos, mi frente se arruga tanto que puedo sentir hendiduras formando líneas profundas. Me he perdido en mis pensamientos sobre el lado más oscuro de este deporte—. No tenemos todo el día para esperar. —Reagan frunce el ceño—. El mundo no gira en torno a ti.

Empiezo a preguntarme si he caído en el mismo tipo de manipulación que muchos otros. El mismo tipo de abuso del que son víctimas en secreto y del que no tienen ni idea.

No, no podría haberlo hecho. Sé distinguir el bien del mal.

No se me eriza la piel de asco cuando Kova me mira. No me repugna cuando me toca en el gimnasio, o cuando habíamos intimado juntos. Hace que mi corazón se acelere de deseo. Cuando se trata de Kova, nunca me siento obligada a hacer nada en contra de mi voluntad. Reagan está jugando con mi cabeza.

Cuando Holly y Sarah salen del baño, le susurro a Reagan al oído:

—Estoy bastante segura que, si te hicieran un análisis de sangre, tu castigo sería mucho más severo que el mío y el de Kova. —Sonrío—. Solo lo digo. Así que no me pongas a prueba. Yo también puedo inventar mentiras blancas.

Lo peor de lo que acabo de decir, es que es ciento cincuenta por ciento cierto.

Esquivo a Reagan, entro rápidamente en el baño y cierro la puerta. Me quito la ropa de calle y miro el reflejo de mi cuerpo desnudo. Estoy delgada,

demasiado delgada, pero me encanta mi aspecto. Mi piel tiene un brillo saludable, obra de un entrenador y gimnasta dedicado. Pongo la mano en mi estómago, donde antes ha estado la de Kova, e imagino que sus dedos me acarician lentamente mientras trabaja hacia mis pechos. Me toco los pezones, pellizcando y tirando de los brotes de frambuesa, visualizando a Kova haciéndolo. Un escalofrío de necesidad me recorre la columna y mis ojos se ponen en blanco. Mi otra mano se desliza hasta el vértice de mis muslos y se acerca a mi sexo desnudo. Kova dice que le gusta que yo sea suave. Entonces no hubo uso de la fuerza, solo necesidad y expresión. Abro un poco las piernas y deslizo los dedos por los labios hinchados y regordetes. Hace meses que no siento la liberación. Imagino a Kova acariciándome delicadamente con sus dedos expertos, aumentando ese placer eufórico, llevándome cada vez más alto. Trago con fuerza ante la humedad que cubre mis dedos mientras un suave y silencioso suspiro escapa de mis labios separados.

Es imposible que no lo desee sobre mí, dentro de mí, acariciándome. Kova no me repugna en lo más mínimo. De hecho, es todo lo contrario... y casi deseo que no sea así.

Aunque mi cuerpo desea, y ansía, el contacto de Kova, sé en mi corazón que no es como los demás entrenadores. Kova, una esencia enigmática con un toque de oscuridad y excepcionalmente hermosa, tiene un aura dominante que me hace querer sucumbir a cada palabra que sale de sus labios rusos. Otro torrente de humedad cubre mis dedos al pensar en él, y deslizo uno dentro, imaginando que es él quien empuja dentro de mí.

Yo gravito hacia él, gravitamos el uno hacia el otro.

Sé la diferencia entre el abuso y la manipulación, y el deseo. Todo lo que ocurrió fue porque yo lo quise, no porque él me obligara.

Me niego a dejar que las palabras de Reagan invadan mi cabeza con mierda que no es cierta.

Me apoyo en el lavabo con la otra mano e introduzco otro dedo, visualizando que es la dura polla de Kova la que me empuja con puro dominio. La presión aumenta al llegar a ese deseado pico. Mis rodillas se doblan y caigo en un pequeño estado de felicidad, frotando el pequeño capullo en círculos mientras me corro con fuerza.

—¡Vamos, princesa! —Reagan golpea la puerta y mis ojos se abren de golpe—. ¡No tengo todo el día! —grita.

Realmente la odio.

Capítulo 20

Los entrenadores siempre permanecen en la misma planta del hotel que los gimnastas para asegurarse que la atención se centra estrictamente en la competición. No se puede jugar, ni trasnochar. Nada de colarse en las habitaciones de los amigos. Nada de reírse. Somos pequeños soldados perfectos, listos para la guerra.

El equipo se apiña en torno a Kova y Madeline en el pasillo cercano a nuestra habitación. Echo un vistazo a Kova, que está de pie frente a mí. Está ocupado escribiendo algo en el portapapeles que tiene en sus manos. Como si percibiera mi mirada, sus ojos se alzan y conectan con los míos. Mis mejillas se calientan y aparto rápidamente la mirada, avergonzada. Tengo miedo que sepa lo que acabo de hacer en el baño.

—Muy bien, señoras. —Madeline está alegre esta mañana, es el comienzo de la temporada de encuentros. Toma un sorbo de su café, luego voltea uno de los papeles grapados que tiene en el brazo y lee en voz alta.

—Como ustedes no van a competir hasta las seis de la tarde aproximadamente, vamos a calentar en la parte de atrás, en el gimnasio de calentamiento. Es grande y lo compartiremos con los otros competidores. Solo queremos que ustedes corran a través de los movimientos y que se familiaricen con todo. De momento, tomaremos un desayuno ligero. —Levanta los ojos por encima de las gafas sin levantar la cabeza— y luego iremos para allá. Kova ha alquilado un todoterreno, así que conduciremos juntos. Les sugiero que envíen un mensaje de texto a sus padres para informarles de la hora de inicio del encuentro y de los planes, y que silencien sus teléfonos y los guarden. No queremos ninguna distracción. Si tienen alguna pregunta, díganles que se pongan en contacto conmigo o con Kova.

En menos de una hora, estamos entrando en el centro de gimnasia. Estacionamos y me fijo en el tamaño del edificio. es enorme. World Cup es grande, pero nada comparado con Parkettes. Suelto un suspiro de anhelo. No puedo esperar a ver cómo es el interior. Equipos de todos los niveles, tanto

masculinos como femeninos, se abren paso hacia el interior. Uniformados y listos para competir, son pintorescos maniquíes.

El Parkettes Invitational es uno de los encuentros más antiguos y prestigiosos. Cuenta con uno de los mejores programas de élite del mundo, los mejores de élite estarán compitiendo hoy aquí. Tengo curiosidad por ver a quién me enfrentaré en los próximos meses.

—Presta mucha atención a los que te rodean. Escucha y observa —dice Kova solo para mis oídos. Miro hacia él, pero acelera el paso y se adelanta a mí. Mis ojos recorren su culo. Su pantalón de vestir negro a medida le queda como un guante. Demasiado perfecto, en realidad. El jersey gris pizarra con el emblema de World Cup en la solapa delantera contrasta con su cabello y sus rasgos oscuros. Lo remata con un caro abrigo deportivo, y me muerdo el lateral del labio. Aunque me encanta el aspecto atlético que suele lucir en el gimnasio, verlo arreglado me provoca un estremecimiento en la barriga.

Tengo una seria relación de amor-odio con este tipo.

Entro y me meto las manos en los bolsillos mientras observo todo lo que me rodea. Al principio, las imágenes y los sonidos abruman mis sentidos. La sobreabundancia de coleteros de colores que sujetan los moños engominados, las risas, los elogios y las críticas de los entrenadores, los aplausos a lo lejos y la música clásica del suelo son demasiado. Mis ojos y mis oídos están sobrecargados. Pero entonces me concentro en cada sonido, en cada detalle, y es un subidón estimulante. Sonrío para mis adentros. No tengo suficiente. Hay gimnastas por todas partes.

—Hola, ¿Madeline? —Se gira y me mira—. ¿Debo ir a sentarme en las gradas ya que no estoy calentando?

—No estoy muy segura, tendrías que preguntarle a Kova.

Asiento con la cabeza y lo busco. No tardo en encontrarlo: ya me está mirando. Camino hacia él, rodeando un grupo de personas. No me quita los ojos de encima hasta que lo alcanzo.

Me balanceo de un lado a otro sobre las puntas de los pies, con una estúpida sonrisa en el rostro.

—¿Dónde me quieres?

Kova me mira como si la respuesta fuera obvia y yo debiera saberlo.

—Conmigo, por supuesto.

Estoy confundida.

—¿Simplemente te quedas aquí? ¿Sin hacer nada?

Me asiente con firmeza.

—Sí. —Un aliento impaciente sale de sus labios—. ¿No te he dicho lo que tienes que hacer? Escucha y observa. Estás en un encuentro de élite, Adrianna. Tienes mucho conocimiento del deporte, úsalo a tu favor. Estas son las chicas contra las que competirás pronto.

—¿Qué debo buscar?

Kova se acerca e invade mi espacio. Su mirada se clava en mis ojos y baja la voz.

—Desmonta las rutinas. Observa las puntuaciones. Observa las habilidades. Observa cada prueba. Presta atención a los detalles, sé su mayor crítico. Se un juez despiadado. Se insensible. Se cruel. Encuentra puntos de mejora. Ser amable no te llevará a ninguna parte. Recuérdalo todo, para que cuando estés en los entrenamientos evites cometer los mismos errores. Verás muchos de los mismos errores, pero si te fijas bien, verás otros aún peores. Estos atletas son lo mejor de lo mejor, pero incluso los mejores cometen errores. Es más fácil detectar los fallos de los demás que los propios. Utiliza todo lo que veas hoy en tu beneficio. Sé codiciosa. —Baja la voz hasta apenas superar un susurro y sus ojos se vuelven tiernos—. *Ria*, tienes un sueño. Estoy tratando de hacerlo realidad. Sigue adelante. Por favor, confía en mí.

Me echo hacia atrás y miro fijamente a Kova. Me mira demasiado fijamente a los ojos, tratando de transmitir algo.

Es en ese momento cuando me doy cuenta. Todo lo que ha pasado hasta ahora, hasta hoy, me golpea fuertemente, y no sé cómo manejarlo. Siento las palabras de Kova, su pasión, su fuego, su deseo de darme lo que deseo más que nada. Lo entiendo porque su propio sueño se convirtió en un plan que se hace realidad. Tenía a alguien detrás que lo defendía hasta la línea de meta, igual que me defendió a mí.

A veces los momentos de la vida que más daño hacen al corazón nos ponen en el camino de la recompensa y la gratificación. A la mayor gloria. Y en este momento, cuando Kova me explica lo que tengo que hacer, siento que todo lo que ha sucedido hasta ahora, está destinado a suceder. Donde hay perfección, hay dolor oculto en la oscuridad. La mayoría de los días son brutales, y a menudo me cuestiono mi cordura. Otros están llenos de arrepentimiento, pero entonces sucede algo mágico y todo se pone en su sitio.

Toda la angustia y el dolor que una vez se repartieron se desvanecen y se olvidan cuando ese momento que has estado persiguiendo toda tu vida se atrapa y se hace realidad.

No le di suficiente crédito a Kova, y eso me molesta. Lo tomé por su valor nominal y no miré más allá de las palabras. Odio juzgar un libro por su portada, pero aquí estoy juzgándolo constantemente. Me avergüenzo de mí misma. Puede que tenga un corazón frío y un alma negra, un comportamiento cruel como fachada, pero más allá de eso es un hombre al que le importa lo que me pasa. Se preocupa por mi futuro y por lo que me importa.

—¿Qué dice esa autora?

—¿Eh? —Inclino la cabeza hacia un lado, desconcertada por su pregunta—. ¿Qué autora?

—¿La que inventó el Harry Potter? No sé su nombre, pero en uno de sus libros escribió: "todo es posible si tienes el suficiente valor". Es cierto, y nunca he olvidado esas palabras. Esto, la gimnasia, requiere valor. Se necesita corazón. Y requiere valor. Tú lo tienes.

—¿Has leído Harry Potter? —Me quedo boquiabierta.

Esboza una pequeña sonrisa, una que solo me ha regalado unas pocas veces cuando estamos solos, y se apodera de mi corazón. Sus ojos brillan. Una carcajada escapa de sus labios y la siento hasta los huesos.

—Posiblemente. ¿Entiendes lo que te pido ahora? ¿Por qué estás aquí?

Asiento con la cabeza.

—Ahora sí. Gracias. —Mis ojos se suavizan.

—Solo quiero lo mejor para ti. Si sales ganando, ambos saldremos ganando.

—A veces puedes ser muy amable, sabes.

Se ríe.

—No se lo digas a nadie. Arruinarás mi fachada.

Me trago el nudo en la garganta y trato de no sonreír de oreja a oreja. Mi corazón está tan lleno que creo que va a estallar. Cuando se quita algunas de sus capas y me da una visión real del hombre que es, siento un impulso abrumador de estar más cerca de él. Esta más relajado, informal, seguro de sí mismo. Incluso coqueto. Rara vez es así conmigo. Si no estuviéramos

rodeados por cientos de personas, le habría echado los brazos por los hombros y lo habría abrazado.

—No quiero distraerte. ¿Quieres que espere afuera hasta que termine la práctica? —Siento que ya he preguntado esto cinco veces.

—Te quiero conmigo. —Su voz es áspera, apenas por encima de un susurro.

Sé que no debo permitir que esas palabras tengan más peso que la forma en que las utiliza, pero no puedo evitar escuchar el doble sentido. Cuando dice cosas así, creo que lo dice en serio.

—Bien Kova, me quedaré —*Haré lo que quieras.*

Durante las siguientes horas me quedo al lado de Kova. Me resulta difícil alejarme. Cuando lo hace, él me busca. La cuestión es que me gusta estar cerca de él. No porque me sienta locamente atraída por él, sino porque sé de lo que habla cuando se trata de gimnasia y eso me gusta mucho, demasiado. Quiero ver desde su punto de vista. Me embeleso con la idea de estar al otro lado de la valla, viéndolo entrenar en lugar de recibir sus instrucciones. Me imagino a mí misma en la hierba más verde preguntándome si podría ser como él algún día.

Me gusta verlo entrenar a mis compañeros de equipo sobre lo que tienen que hacer en el último minuto. Puedo oír en su voz lo mucho que cree en ellos, la forma en que dobla la cadera y aplaude cuando una habilidad se ejecuta perfectamente, o cuando cierra el puño y susurra palabras de alegría para sí mismo. Me emociona porque se mete en la zona y salen a relucir su verdadera pasión y sus colores. Esta es su razón. Sus ojos se iluminan y eso me hace feliz. Lo observo atentamente y lo escucho todo. Sigo su mirada y empiezo a notar pequeñas cosas, cosas que antes no había notado, y me pregunto si yo también cometía los mismos errores. Y no solo los pequeños tambaleos. Los pequeños tirones o dobleces de las rodillas de la línea corporal perfecta que se exige en la gimnasia de élite. Las caderas fuera, los hombros

demasiado bajos. Creía que lo ejecutaba bien, como estoy segura de que lo hacen ellos. Ahora tengo curiosidad por saber si me parezco a ellos.

Observarlos me hace más consciente de *mí misma*.

Empiezo a prestar atención a los otros gimnastas que calientan y escojo sus rutinas. Cada pequeña cosa importa. Algo tan estúpido como que se vea la ropa interior puede causar una ligera deducción. Veo saltos divididos que no alcanzan exactamente los ciento ochenta grados. Piernas que se separan en la transición a la barra alta. Las rodillas se separan en una doble flexión hacia atrás. Y a veces hay deducciones porque las piernas no se separan lo suficiente. Conexiones perdidas en la viga donde la gimnasta debe completar una serie de habilidades sin romper entre ellas, sin paso o parada o comprobación de equilibrio. Y otro error que noto es hacer una larga pausa antes de intentar otra habilidad.

Una voz exagerada y enfadada me saca de mi observación. Me inclino y miro hacia la pista, viendo a un entrenador agachado con las manos en las rodillas mientras grita a una gimnasta a escasos centímetros de su cara. La saliva sale de su boca cuando habla y ella se estremece. Sus ojos caen al suelo y el color llena sus mejillas blancas y pálidas. Estoy avergonzada por ella. Me habían gritado en el gimnasio innumerables veces, pero nunca en un encuentro. Asiente con la cabeza y pasa junto al entrenador.

La joven, que no parece tener más de doce años, se sube a la barra baja. Examino su rutina mientras su entrenador grita desde el lado de las barras. Sus hombros están cerrados cuando deberían estar abiertos, su postura es horrible y le cuesta extender sus paradas de manos. Su amplitud es baja, fácilmente una deducción, y hace que se me caiga el estómago porque temo que se golpee con la barra al bajar. Este no es el tipo de emoción que uno busca al ver la gimnasia. Esto me aterroriza. Se lanza a una parada de manos y completa dos gigantes antes de golpear tan fuerte en el segundo balanceo que utiliza sus caderas para ganar fuerza para el desmontaje. No es algo fácil de detectar para el ojo inexperto, pero para mí es obvio cuando arrastra los dedos de los pies al bajar y azota las caderas con fuerza.

La barra rebota al soltarse, resonando en todo el gimnasio. Completa el desmontaje, pero da un gran paso y sus rodillas caen al suelo. Respiro por lo horrible que es su aterrizaje y por el hecho que su entrenador esta sin duda a punto de echarle la bronca. Pero esas rodillas golpeando la colchoneta son una deducción masiva, y todo porque ella no consigue suficiente potencia y altura cuando suelta la barra.

Eso fue culpa de su entrenador. La forma en que la reprende le infunde tanto miedo que no puede concentrarse lo suficiente como para centrarse en la tarea que tiene entre manos. Un poco de miedo es bueno, pero no está tranquila y serena mientras actúa. Está asustada e insegura de sí misma. El tipo de mentalidad que no sirve para la gimnasia. Sus habilidades como entrenador apestan. Empieza una vez más. Su barbilla tiembla, y mi corazón duele por ella y por las lágrimas que lucha por contener.

Siento un par de ojos sobre mí. Kova está de pie a un lado observándome con las manos apoyadas en las caderas. Inclina la cabeza y espera. Su mirada se clava en la mía. Sé lo que espera, pero no es tan fácil como pensaba. Me siento mal por la chica. Quiere mi crítica, sacar la emoción para que aprenda a reconocer los defectos sin una pizca de compasión, algo que sin duda haría. Pero la forma en que los hombros de la chica se encorvan... es un golpe en las tripas. Kova puede hacernos trabajar hasta los huesos, pero nunca nos humillaría en público.

Kova camina hacia mí y sigue mi mirada. Da una vuelta de campana y casi se tropieza con los pies. Hace una mueca y murmura algo en voz baja.

—Su rutina fue atroz. No lo hace bien bajo presión. Por otra parte, ese entrenador es una mierda, así que no puedo culparla.

Sacudo la cabeza con simpatía. Tengo un impulso irrefrenable de ir hacia ella y darle un refuerzo positivo.

—Quiero hablar con ella.

Baja la cabeza y sus ojos brillan tanto que me estremezco.

—Adrianna, será mejor que no vayas con ella. ¿Me entiendes? —dice Kova con la mandíbula apretada. Su voz es tan baja que apenas podía oírlo—. No te metas en lo que pasa entre ella y su entrenador. Eso no es asunto tuyo. Mantente al margen. Lo último que necesito es que te diga algo irrespetuoso. Ese tipo es un idiota y cree que todo el mundo está por debajo de él.

Miro a Kova.

—¿Lo conoces?

Baja la barbilla.

—Sí. Solía entrenar conmigo. Supongo que no tardó en encontrar otro gimnasio.

Mis cejas se disparan hasta la línea del cabello.

—¿Sí? ¿Cuándo? ¿Qué pasó?

—Lo despedí en el momento en que compré World Cup. Le hice empaquetar toda su mierda el día que firmé los papeles, y luego lo eché a la calle. Lo único que hace es degradar a las chicas. Lo he visto lanzarlas físicamente y empujarlas contra las cosas, magullarlas, gritar hasta que lloraban. Me negué a aguantar esa mierda —espeta.

Nunca había visto que sucediera algo así, pero tampoco puedo decir que me sorprendiera. Los rumores que flotan en el mundo de la gimnasia son horribles.

Kova se acerca a mí y mira por encima de mi cabeza. Se queda callado mientras dice:

—Créeme, sé que no tengo espacio para hablar cuando se trata de ti, pero no me gustó la forma en que mira a las chicas… me pone la piel de gallina. No está bien de la cabeza, no me fío de él. Es un cerdo. Recuerda mis palabras, alguien vendrá un día y lo acusará de algo horrible.

Mi corazón se dirige a la chica.

—Eso es terrible. No puedo evitar sentirme mal por ella.

—No te sientas mal por ella. Tus sentimientos solo obstaculizarán tu rendimiento. Bloquea la emoción y observa hasta dónde llegas en este deporte. Piensa solo en ti y en cómo puedes mejorar.

Eso me molesta.

—Me siento mal por ella porque he estado allí, Kova. Y tú también. Trabajando tan duro para ser la gimnasta perfecta y luego fallando. Lo que está haciendo le importa mucho. Cometer esos errores duele, especialmente cuando tu entrenador apesta. Siento su dolor.

—Sí, todos sabemos lo que se siente, pero utiliza sus errores para mejorar los tuyos. Deja tus sentimientos en la puerta. Tienes un trabajo que hacer, una oportunidad para hacerlo bien. Adrianna, nunca tendrás una segunda oportunidad en una primera impresión. Una oportunidad, Adrianna. Hazla valer. Las emociones solo te joden si dejas que se apoderen de ti. El arrepentimiento se forma. Te lleva en una dirección que no debes seguir. Bloquéalo. No dejes que ocurra. Endurécete y mantén la vista en el premio. Despiadado, sí. Cruel, sí. Tienes que encerrarte en tu interior y solo permitir

que brille tu amor por la gimnasia. Solo sentir el deporte y los movimientos y utilizar todo ello para expresarte de la mejor manera posible. Eso es lo que necesitas para salir adelante. Confía en mí. Al final valdrá la pena. Te doy mi palabra.

Sus palabras son una píldora difícil de tragar. Tengo que sacrificar mis emociones para ganar y no estoy segura de cómo hacerlo. Mantenerme calculada y controlada será una tarea difícil de lograr, pero tiene sentido porque nadie prospera en el mundo profesional con las emociones a flor de piel. En cierto modo, tiene razón. Solo mejoraría mis posibilidades de llegar al podio.

—Está bien. Puedo intentarlo.

El entrenador finalmente deja de gritar a la chica y se levanta. Se hurga las uñas y mantiene la cabeza inclinada hacia el suelo. Mira en nuestra dirección y clava los ojos en Kova. Saca pecho y su mirada es letal.

Se miran mutuamente hasta que sus ojos bajan a los míos y cubren todo mi cuerpo con su mirada sórdida. Kova se pone rígido a mi lado, con las manos apretadas en forma de bolas, con los nudillos blancos. Ahora puedo ver lo que quería decir. Me estremezco, con el estómago revuelto por el malestar. No me gusta la forma en que me mira. Quiero alejarme todo lo posible de ese hombre.

—Ve a sentarte. No tardaré en llegar —dice Kova en voz baja, sin apartar la vista del entrenador. Asiento con la cabeza y él se dirige hacia el hombre, con una gran intención en sus pasos. Su cuerpo se mueve como un tigre enjaulado. Sus gruesas piernas son fuertes y poderosas, y sus hombros se balancean con una persuasión que exige atención. Cuando se detiene para hablar con el entrenador, Reagan aparece en mi línea de visión.

Se me revuelve el estómago ante su gélida mirada y la manzana que había desayunado se me atasca de repente en la garganta. Es maliciosa, y la mirada calculadora de sus ojos me enreda. Entonces recuerdo su pequeño secreto y, como la savia que gotea de un árbol, la ansiedad por las acusaciones de Reagan se desvanece y una sonrisa se dibuja lentamente en mis labios.

Sus ojos brillan cuando le guiño un ojo y le hago un pequeño saludo, luego le doy la espalda.



Capítulo 21

Durante todo el día observo cada movimiento de Kova, la forma en que se dirige a las chicas y cómo les da indicaciones de última hora. Capto lo suficiente como para absorberlo y reflexionar sobre él.

Odio estar cerca de él y me encanta al mismo tiempo. Descubro que ansío sus palabras, sus instrucciones, su orientación. Me susurra sus pensamientos mientras vemos una rutina tras otra en las que él, y los jueces, encuentran errores. Yo he detectado la mayoría de ellos, pero luego me sorprendo con algo que no había captado o en lo que no había pensado mucho.

—Oh, mierda, está jodida —digo en voz baja cuando una competidora se cae de la barra de equilibrio. Una caída conlleva una deducción de puntos completa, lo que es enorme y totalmente devastador.

Kova me mira ligeramente, pero mantiene su atención en la rutina.

—No necesariamente. Su rutina es impecable hasta ahora.

Frunzo el ceño.

—Aunque una caída nunca es buena.

—Es cierto, pero solo hay que mirar y esperar.

Una vez que termina, su puntuación sube y me sorprende. Kova sonríe como si fuera exactamente lo que esperaba.

—Aparte de la caída, ejecutó una rutina absolutamente perfecta. Solo perdió, como mucho, un punto y medio.

Me echo para atrás.

—¿De dónde sale la otra mitad si dijiste que tenía una rutina perfecta?

Separa el pulgar y el índice un centímetro.

—Tuvo una muy, muy ligera comprobación de equilibrio cuando se levanta.

Huh. No me había dado cuenta de eso.

—Se trata de lo que ocurre aquí arriba. —Kova se golpea suavemente el costado de la sien y baja la voz—. La gimnasia es tan mental como física, y la barra de equilibrio es la única prueba que requiere más concentración mental. Sabía que su caída le iba a costar y que tenía que recuperar la cabeza para salir airosa.

La siguiente chica que compite no se cae, pero está por detrás en la clasificación de la que se cayó. Miro a Kova para que me aclare.

—Detecté cuatro errores solo de las cinco habilidades principales. ¿Y tú?

Había visto algunos.

—Vi que dobló las rodillas en dos de ellos.

—Bien. Esos son puntos dos cada vez. Así que ahora estamos en el punto ocho en deducciones solo en eso. Mientras que ella se pegó su desmontaje, tenía un control de equilibrio pesado. Cuanto más grande es el bamboleo, mayor es la deducción. Solo con esos dos errores, ahora tiene más deducciones que la chica de la caída. La postura de su cuerpo es terrible, y los dedos de sus pies se giraron mal. Yo diría que por lo menos otro punto tres, punto cuatro solo por eso. Ahora imagina que estás sentada tan cerca como los jueces. —Me dirige una mirada cómplice.

Es fácil olvidar lo rápido que se acumulan las deducciones. Y a menos que se tenga un ojo entrenado para el deporte, esos errores no son fáciles de detectar.

—Algunos jueces curvan las puntuaciones. —Hace una pausa—. Por cierto, la chica de la caída, es Sloane Maxwell. Ella es una de las mejores élites del país en este momento. Todo el mundo está detrás de ella. ¿Viste sus ojos cuando estaba compitiendo? Es una luchadora. Las caídas le ocurren a todo el mundo. No importa lo increíble que seas, es casi imposible corregir tu centro de gravedad al volcar sobre un trozo de madera que solo tiene diez centímetros de ancho. Al final, es tu dificultad, pero sobre todo la ejecución, lo que marca la diferencia. Por eso, cuando vuelve a subirse, lo hace de maravilla. Por eso practica hasta que no puede equivocarse. Te olvidas de lo que ocurre a tu alrededor y solo te centras en lo que estás haciendo en ese momento y nada más. Dejas todo lo demás en la puerta.



Veo a Kova bajo una luz completamente diferente. Estoy en desacuerdo conmigo misma por querer más de él. Tengo hambre de sus conocimientos. Su asombrosa capacidad para ver lo que necesito para triunfar y sacar la gimnasta de élite que hay en mí sin pensarlo dos veces. Nadie me entiende como él. Su entrenamiento es duro a veces, y me hace trabajar duro en el gimnasio, pero es porque tiene un ojo de pájaro para la precisión. Lo sé desde el principio, pero ver este enfoque me hace sentir diferente hacia él. Me hace admirarlo más de lo que me permite mi corazón, y eso me preocupa.

Me prometo a mí misma que me esforzaré por no volver a mirarlo bajo esa luz. Me prometo a mí misma que me mantendré alejada, pero cuando Kova se toma el tiempo de mirarme a los ojos y desmenuzar y alimentar lo que necesito para prosperar, lo encuentro sexy como el infierno. Adictivo. Kova ejerce un potente control sobre mí y me pregunto si siquiera conoce su poder.

Se podrían decir muchas cosas sobre el hombre que está a mi lado, probablemente más negativas que positivas, pero hay una cosa que sé con certeza: hoy demostró que se preocupa por mi éxito en el deporte. Sí que se preocupa por mis intereses. Kova no es un hombre que divulgue mucho sobre sí mismo, pero el día de hoy dice más sobre él de lo que sabía.

Una vez terminada la competición, me quedo torpemente a un lado mientras los gimnastas son felicitados por su duro trabajo y esfuerzo. Reagan baja a la categoría de bronce, una décima de deducción la separa del cuarto puesto. Holly se queda con la plata, mientras que Sarah se coloca sexta. El equipo masculino competiría después de nosotras.

El equipo, los padres y los entrenadores cenan juntos, y por suerte lo hacen rápido. Ahora estoy de vuelta en mi habitación sola mientras las chicas se han ido a un hotel cerca del aeropuerto con sus padres. Holly se ofrece a quedarse conmigo, pero me niego amablemente y le recuerdo que vivo sola y que me gusta.

El día de hoy ha sido abrumador y necesito la soledad más que nada para relajarme.

Me había enfadado mucho con Kova por obligarme a asistir al encuentro del que me sacó despiadadamente. Pensé que era un juego cruel el que estaba jugando y no quería formar parte de él.

Resulta que fui ingenua. Kova no es tan despreciable como yo pensaba.

Mi corazón sigue ardiendo de venganza por lo que hizo, pero ahora me doy cuenta que había juzgado mal sus intenciones y el fuego que ardía en mi interior se atenúa lentamente.

Tengo todo empacado para el vuelo temprano de mañana a casa y ahora tengo un baño en marcha. Mi objetivo es despejar mi mente. Tengo unas ganas locas de volver al gimnasio con la nueva información que tengo. Lo extraño es que ya tenía los conocimientos, pero hoy los he visto desde una perspectiva diferente y eso me cambia las cosas a lo grande.

Mientras me desvisto, suena un ligero golpe en mi puerta. Gimo para mis adentros, esperando que Holly no haya decidido volver.

Tomando la bata que cuelga en la parte trasera de la puerta, me la pongo rápidamente y me hago un nudo en la cintura. No soy lo suficientemente alta como para mirar por la mirilla, así que abro la puerta con cuidado.

—¿Kova? —susurro—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Puedo entrar?

Mis ojos se entrecierran ante lo ridículo de su pregunta. Trago con fuerza y aprieto la bata contra mi cuello.

¡Quiere entrar en mi habitación de hotel con otros entrenadores y gimnastas alrededor!

—Realmente no creo que sea una buena idea.

Con una inclinación de la cabeza, me dirige una mirada suplicante.

—No tardará mucho. Te lo prometo. Solo unos minutos, *pozhaluysta*.

Aprieto los labios y la diversión se refleja en sus ojos. Me tiene. Me resigno y me aparto, dejándolo entrar.

El sonido del agua corriendo hace que Kova mire hacia el baño.

—¿Necesitas apagar eso?

Corro al cuarto de baño, cierro rápidamente el grifo y me visto de nuevo. Al volver a la habitación, encuentro a Kova sentado en una de las dos sillas de la mesa redonda cerca de la ventana. Recostado como si fuera el rey de un imperio de quinientas fortunas, abre las piernas despreocupadamente mientras mira su teléfono. Sus jeans oscuros le quedan perfectos. La forma en que la tela vaquera moldea sus muslos me pide a gritos que me suba a él como a un árbol. Mis ojos recorren su camisa negra de manga larga y se detienen en sus bíceps. Una flexión y las costuras cederían.

Entonces me fijo en la gorra de béisbol... y se acabó.

Tan simple. Tan fácil de llevar. Tan jodidamente caliente.

Maldito sea este hombre y su atractivo sexual.

Una sorprendente necesidad de ir hacia él y sentarme en su regazo y simplemente hablar tira de mí. Podríamos hablar de cualquier cosa, de cosas sin sentido. El tiempo. El futuro del deporte. Podría enseñarle contracciones o escucharlo hablar en ruso. Esta necesidad no tiene absolutamente nada que ver con el sexo y sí con una profunda conexión con alguien.

No sé por qué, pero el impulso de capturar este momento me golpea como una tonelada de ladrillos. No es la mejor idea, es una auténtica estupidez, pero no me importa. Tengo que tenerlo así: natural, fácil, relajado. Como si fuera normal para nosotros.

Rápidamente y en silencio, saco mi teléfono del bolsillo trasero y le hago una foto.

Kova levanta los ojos de su teléfono y los arrastra tranquilamente por mi cuerpo sin mover la cabeza. Siento el calor de su ávida mirada recorrer cada centímetro de mi cuerpo. Un lado de su boca se levanta ligeramente y tomo otra foto mientras él mira. El hombre está divino con una gorra de béisbol; podría mirarlo todo el día. Una sonrisa de oreja a oreja se dibuja en las comisuras de su boca cuando tomo otra foto. Entonces se muerde el labio inferior y arrastra los dientes hacia arriba. Trago con fuerza y una suave exhalación escapa de mis labios.

Consigo hacer una foto más antes que me indique que me siente en la silla de enfrente. Aquella estúpida cuerda imaginaria me tira hacia él mientras tomo asiento. Kova coloca su teléfono boca abajo y se sienta más erguido, volviéndose hacia mí.

—Sabes que probablemente no deberías estar aquí, ¿verdad?

Kova se encoge de hombros sin importarle.

—No me preocupa. Nadie me cuestionará.

Levanto una ceja en señal de escepticismo.

—Esa clase de arrogancia se volverá en tu contra algún día.

—*Ria, pozhaluysta* —dice sugestivamente en voz baja—. ¿Cuándo aprenderás que yo hago las reglas?

Finjo un gemido y sonrío.

—¿Qué es tan importante que no puede esperar hasta el lunes?

Kova se ríe y lo siento en lo más profundo de mi vientre.

—Quiero saber qué te pareció el día de hoy —dice en tono bajo—. Si aprendiste algo nuevo.

—Por supuesto que sí.

—¿Cómo? —Me hace un gesto con la mano para que me explaye. Está demasiado cómodo en esa silla y eso hace que mi corazón martille.

—Como si necesitara apretar y limpiar mis rutinas. —Me inclino hacia adelante—. Sacar cualquier ruido que pueda distraer a los jueces. Necesito ser consciente de todo lo que hago. Si puedo sentirlo, ellos pueden verlo. Las chicas cometieron errores simples y descuidados. Del tipo que seguro que yo también cometo. —Lo miro directamente a los ojos—. Necesito desglosar mis rutinas y perfeccionar cada habilidad, clavar cada una con pura precisión, aunque me lleve todo el día desglosar una rutina de barra de treinta segundos. Tengo que entender bien el deporte y lo que estoy haciendo. Concentrarme y escuchar a mis entrenadores, prestar realmente atención, visualizarlo; y hacerlo todo con la boca cerrada.

Me inclino hacia atrás y expulso un suspiro. Miro fijamente a Kova, como si estuviera enfadada, pero no lo estoy. Siento cada palabra y no puedo esperar a demostrarle que lo digo en serio. Para demostrarlo, como él siempre dice.

Mueve lentamente la cabeza, y su afilada mandíbula mantiene mi atención. El hombre podía cortar acero con ella.

Golpea con el dedo en la mesa.

—Estás ansiosa por volver al gimnasio —afirma Kova más que pregunta.

Asiento con la cabeza y una estúpida sonrisa se dibuja en mis labios. Es lo que me hace la gimnasia.

—No te puedes ni imaginar.

Kova esboza una sonrisa.

—Créeme, conozco muy bien esa sensación. Puedo oírlo en tu voz. Lo deseas mucho.

No lo deseo, me duele. Ardo en deseos de hacer lo que amo, tanto para mí como para él. Lo siento todo. La necesidad de volver al gimnasio. El deseo de demostrar que tengo lo necesario.

—Me gusta dónde tienes la cabeza. Es donde tienes que estar: centrada no solo en la mierda dentro del círculo, sino también fuera de él. Conviértete en entrenador. Sé un juez. ¿Qué criticarías de ti misma? Debes ser consciente de lo que te rodea, de a qué te enfrentas. Cuanto más trabajes, más fuerza tendrás, más fuerte te harás. No solo en tus huesos y músculos, sino también aquí arriba. —Kova se da un golpecito en un lado de la cabeza—. Florece bajo presión y demuestra de qué estás hecha. Quiero que brilles ahí fuera. Sé que puedes hacerlo. Encuentra tu debilidad y mejórala. Todo el mundo tiene una debilidad en alguna parte, Adrianna, solo tienes que ser la persona más grande para reconocerla.

—¿Cuál es tu debilidad?

—Tú —dice sin dudar.

—¿Yo? —Me alejo.

Kova asiente y repite.

—Tú. Ahora dime, ¿cuál es tu fuerza? ¿Qué te hace seguir adelante, además de tu amor por el deporte?

Tú, quiero decir. Es mi primer instinto.

Kova es mi fuerza, pero yo soy su debilidad.

Una debilidad en la que trabaja para mejorar y hacerla resistente. Una fortaleza de la que saco provecho.

Dios, la complejidad de esto desgarra mi centro. Íbamos a dormir en camas diferentes con el mismo apetito, a despertarnos con el mismo impulso y el mismo enfoque, a trabajar juntos para salir como uno. Somos un equipo.

—Dilo —insiste en un susurro. No hace falta, él puede leer la respuesta en mis ojos—. Quiero oírte decir las palabras, *Ria*. Necesito oírlas.

Trago, rehuyendo.

—Tú. —Mi voz se quiebra—. Tú eres mi fuerza, Kova. —Dios, es tan cierto, y casi me arranca el aire de los pulmones. Realmente es él en quien confío para darme lo que necesito, y no me he dado cuenta hasta hace poco.

No se regodea.

—¿Qué te inspira?

—Tú —digo en voz baja.

—Pregúntame qué me inspira.

Le pregunto.

—Tú —dice. Mi estómago se agita—. ¿Qué te impulsa a empujar más fuerte?

—Tú —digo.

—Somos un equipo: yo exhalo, tú inhalas. Luchamos juntos. Trabajamos juntos. Es una sensación increíble cuando encuentras a alguien que comparte la misma pasión que tú. Las posibilidades son infinitas. Soy la bestia bajo tu belleza, empujándote. A partir de ahora, lo hacemos juntos. Acude a mí para cualquier cosa y haré todo lo que esté en mi mano para que se haga realidad.

Nos miramos fijamente a los ojos sin decir una palabra más. Lo tenemos todo, pero no tenemos nada.

Me equivoqué increíblemente con él. Se preocupa tan profundamente que es asfixiante. Es desconfiado y pone una fachada, y puedo ver por qué. Cuando se entrega, realmente se entrega, invade tu espacio personal hasta el extremo y toma el control.

—Sé que no digo esto a menudo, pero eres una gran gimnasta. Has llegado muy lejos este último año, solo necesitas pulirte un poco.

—No hay ningún gimnasta que sea absolutamente perfecto, Kova.

Ladeando la cabeza, levanta un lado de la boca preparado para un desafío.

—Siento discrepar. Nadia Comaneci fue la primera en ser considerada perfecta. ¿Por qué? Porque tenía un entrenador que era implacable, que luchaba con ella, no contra ella. Vio su potencial, su empuje, y la empujó. Eso es lo que siento por ti. No confundas la arrogancia con la confianza. No es así. Algunos días no es bonito, pero nada es bonito si no se trabaja —Kova se mueve en su silla y se inclina hacia delante, golpeando la encimera con el dedo corazón—. Eres una atleta, un negocio que necesita promocionarse, en cierto sentido. Compites con otros para salir adelante. Utiliza sus defectos para tu avance y te prometo que todo encajará.

Asiento con la cabeza, comprendiendo por fin su punto de vista.

—Supongo que siempre tuve la mentalidad que no necesitaba competir con los demás, solo conmigo para ser mejor de lo que era ayer.

—Hoy has visto que no es así. —Me mira profundamente a los ojos, y me inquieta—. *Ria*, todo lo que hago tiene una razón. Sacarte del encuentro no fue tan mala idea porque pudiste ver entre bastidores. ¿Estoy en lo cierto? Te hará mejor en general.

Se me cae la mandíbula. Qué manera de matar el momento.

—Kova, ahora me doy cuenta que tus intenciones no eran malas cuando me sacaste del encuentro, pero fue tu forma de actuar la que acabó siendo dura y vergonzosa. Estuvo mal y fue muy cruel. Podrías haberlo hecho de otra manera.

—No soy el imbécil que crees que soy.

—Fue un movimiento de imbécil, Kova. Por lo tanto, eres un imbécil.

Sonríe y se ríe, y eso me atraviesa el corazón. Se sienta de nuevo y raquetea los dedos sobre la mesa.

—Sabes, no dejaría que nadie más me hablara así.

Me sonrojo, tratando de no sonreír.

—Pero me dejaste.

Sacude la cabeza.

—Y no tengo ni idea de por qué —dice con un profundo suspiro. Se levanta, da dos pasos y se pone delante mío. Mirando hacia abajo, me indica que me levante. Confundida, hago lo que me pide.

Kova ocupa inmediatamente mi asiento, luego me rodea la cintura con un brazo fuerte y me sube a su regazo. El corazón se me sube a la garganta cuando me abraza de forma tan cálida y segura. Al girarme hacia él, le agarro la visera de la gorra y la doy la vuelta para que quede al revés. Su sonrisa me llega al corazón y me retuerzo en su regazo.

Agarrando mi teléfono, abre la aplicación de la cámara y orienta el objetivo hacia nosotros. Veo cómo su pulgar presiona repetidamente hacia abajo.

—¿Qué estás haciendo? —susurro.

Él clickea más.

—Me he dado cuenta antes, cuando me has hecho una foto, que no tenemos una foto juntos.

Mi corazón da un pequeño salto.

—No deberíamos.

Me mira fijamente.

—Ha habido muchas cosas que *no deberíamos* haber hecho, *Ria*.

Se me ilumina el rostro y me echo a reír.

—¡Oye! Usaste una contracción.

—Lo sé… se sintió raro en mi lengua. —Sonríe.

Me acomodo en su regazo y me ayuda a situarme. Es acogedor y no quiero moverme. Tenemos una forma de ser el uno con el otro que es totalmente confusa. En este momento no es blanco o negro, correcto o incorrecto. No hay colores, ni edades, ni líneas borrosas. Yo no soy *esa* chica, y él no es *ese* tipo. Solo somos dos personas que comparten las mismas ambiciones y una conexión que no puede explicarse, solo sentirse.

—Hay una cosa más de la que quiero hablarte.

La alegría desaparece de mi rostro.

—¿Qué cosa?

Kova coloca mi teléfono boca abajo, como siempre coloca el suyo, y luego me frota suavemente el muslo en círculos relajantes. Me mira tiernamente a los ojos durante un rato más de lo habitual y eso me hace sentir aprensión.

—¿Hoy en el encuentro cuando viste al entrenador gritar? Por favor, prométeme que nunca intervendrás si ves que vuelve a ocurrir, no solo con él, sino con cualquiera. Puedo ver por qué querías hacerlo, pero no es tu lugar.

Miro hacia abajo. Tiene toda la razón.

—Lo sé. Lo siento.

Kova coloca sus nudillos bajo mi barbilla y la levanta hasta que volvemos a estar frente a frente. Esta vez estamos mucho más cerca.

—Por la forma en que le hablaba a la chica, no me cabe duda que se hubiera acercado a ti y te habría dado el mismo trato. Adrianna, ya no lo soporto, pero habría perdido la cabeza con ese pedazo de mierda si te hubiera dicho algo remotamente negativo. Sé que soy un imbécil, y que puedo ser prepotente y mandón, entre otras cosas, pero una cosa de la que no debes haberte dado cuenta sobre mí es que soy ferozmente protector con los que me importan. Todo lo que tenía que hacer es decirte una cosa incorrecta y yo habría terminado con esposas. Hablo en serio, Adrianna. Yo no juego así. Daña lo que es mío y habrá consecuencias.

Una sonrisa reservada tira de mi boca. Kova la sigue con la mirada y me acerca a él.

—Sabes que acabas de develar otra parte de ti, ¿verdad? —Su frente se arruga—. Te preocupas por mí.

No creí que fuera posible que alguna vez se mostrara tímido, pero Kova se mueve conscientemente en su asiento. Lo entiendo. Lo sabe y trata de disimularlo.

—Por supuesto que me preocupo por ti. —Él se tensa.

—Dijiste "lo mío", sin embargo. Dijiste, "herir lo que es mío". Creo que te preocupas por mí mucho más de lo que dejas ver. ¿Soy tuya, Kova?

Su nuez de Adán se balancea y su rostro se contorsiona en una mezcla de revelación y perplejidad. Espero con la respiración contenida. Es la primera vez que Kova no sabe cómo responder a una pregunta.

Observo cómo se pasa la lengua por los labios. Aclarando su garganta, su voz se quiebra cuando dice:

—Algunas cosas es mejor no decirlas.

Asiento solemnemente con la cabeza.

Inclinándose, Kova deja caer un beso apresurado en mi mejilla.

—Envíame tu foto favorita. —Me da un doble toque en la pierna, y luego se levanta y se dirige a la puerta.

—¿Kova?

Mira por encima del hombro.

—Voy a demostrártelo. Voy a demostrarte que lo quiero, que no estás perdiendo el tiempo conmigo. Voy a demostrarte que valgo la pena.

Sus ojos brillan y asiente con la barbilla hacia mi teléfono.

—Ya sé que vales la pena.

Luego se marcha.

Capítulo 22

Lo demuestro con creces.

Durante todo el mes utilizo los conocimientos que obtengo de Kova y del encuentro y me esfuerzo al máximo. Si no estoy con mi profesor particular o en la fisioterapia para mi pantorrilla, estoy en el gimnasio. Mantengo la boca cerrada y acepto todo lo que Madeline y Kova me dan. No me quejo ni los cuestiono. Desgranan cada una de mis rutinas y me destrozan. Los entrenadores me graban en vídeo para que pueda ver mis progresos. Consumo más Motrin en una semana que en un mes y apenas duermo. Estoy mental y físicamente agotada. Pero no me rindo ni me doy por vencida.

Yo quiero esto.

Mañana es domingo, lo que significa que el gimnasio estará cerrado, pero voy a preguntar si puedo empezar a venir para hacer acondicionamiento extra. Sin embargo, tendré que rogar y suplicar, ya que también es el día libre de Madeline y Kova y nadie estará aquí. Me quedan unas semanas hasta mi primer encuentro oficial y eso no es mucho tiempo para perfeccionarme.

Meto las muñequeras en mi bolsa de viaje y me ruge el estómago. Saco una botella de agua de coco, algo que Kova me ha presentado hace meses, y me bebo la mitad del envase. Eso me servirá para aguantar un poco.

De pie, no me molesto en quitarme la tiza de los muslos ni en arreglarme el cabello. No me pongo ningún pantalón, solo llevo el leotardo. El frío de las baldosas me sacude los pies descalzos y siento un escalofrío que me sube por la columna mientras se me pone la piel de gallina en los brazos. El vestíbulo está mucho más frío después del entrenamiento. Al doblar la esquina, me dirijo por el pasillo al despacho de Kova, pasando por delante de los vestuarios con determinación en cada paso.

Respirando profundamente, exhalo y llamo a su puerta:

—Sí.

Deslizo la mano sobre el pomo de latón y abro la puerta. No he estado en su despacho desde el día en que me sacó del encuentro. Miro a mi alrededor. Los recuerdos me asaltan, tanto agradables como horribles, mientras espero su atención.

—¿Qué pasa, *Ria*? —dice sin levantar la vista. La visera de su gorra de béisbol le impide verme.

Entro y cierro la puerta tras de mí.

—¿Cómo sabías que soy yo?

Suelta una carcajada mientras sigue escribiendo.

—Siempre sé cuando estás cerca. Puedo olerte. —Aprieto los labios, desconcertada por su respuesta. Sé que me he puesto desodorante esta mañana—. No es lo que piensas, así que relájate. —Deja el bolígrafo abajo, luego cruza los brazos detrás de la cabeza y se estira hacia atrás. El sillón de cuero cruje cuando su camisa se levanta y sus piernas se ensanchan. Ahogo el gemido en el fondo de mi garganta. Lucho con todas mis fuerzas para no mirar sus sólidos abdominales y el fino vello oscuro que sé que tiene. Durante todo el mes nos comportamos: él es el entrenador y yo la gimnasta, nada más.

Pero, por supuesto, tengo que mirar hacia abajo. No puedo no hacerlo. La vena azul que se dirige hacia su ingle me incita a mirar. Mi mirada se detiene un segundo y me pregunto hasta dónde llega y si es la vena que envuelve...

Levanto los ojos, deteniéndome. La sangre sube a mis mejillas antes que pueda detenerla. Kova sonríe. Odio esa mirada cómplice que brilla en sus ojos. Este es un territorio nuevo para nosotros. La amistad. Al menos eso es lo que yo creo que es, cómo lo había visto.

—¿Por qué me miras así? —pregunto juguetonamente y me muevo de un pie a otro.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, Adrianna.

Le dirijo una mirada divertida y trato de no sonreír Él lo sabe. Estoy vergonzosamente mareada.

—Eres un mentiroso. —Me río un poco y su sonrisa se amplía—. Deja de mirarme así.

—Tienes un toque muy sutil del océano que perdura en ti. Siempre puedo detectarlo.

—Eso no es para nada espeluznante —digo, mirando hacia otro lado, tratando de apartar mis cabellos de la práctica del día.

Kova también tiene un olor para mí, pero pienso que es su colonia. No llevo nada perfumado. Nunca me pongo loción para entrenar porque el sudor me hace resbalar. De todos modos, no me gustan los sprays corporales ni los perfumes. Tiene que ser mi champú, pero ni siquiera estoy tan cerca como para que lo perciba.

Sacude la cabeza.

—Toma asiento. ¿Qué es lo que necesitas?

Mis nervios se disparan. Estoy nerviosa y no sé por qué. Me siento y luego suelto lo que he venido a buscar.

—Aunque las odio con pasión, quiero añadir otra clase de danza a mi horario. No soy estúpida, sé lo que el ballet puede ofrecer a una gimnasta, así que me aguantaré si es necesario. También quiero seguir con las clases particulares contigo para ayudarme con mi flexibilidad. No quiero volver a los viejos hábitos ni perder lo que ya he conseguido. Puedo quedarme más tiempo por las noches para que esto funcione, y los domingos quiero venir y hacer un acondicionamiento extra, si te parece bien, por supuesto. No necesito que tú o Madeline estén aquí conmigo para eso, solo pienso que deberías saber cuándo alguien va y viene a tu gimnasio. —Entonces, me pongo cruda y honesta con él—. Estoy a menos de un mes de las pruebas de élite, y estoy muy nerviosa por no estar lo suficientemente preparada. Quiero saber que he hecho todo lo posible para conseguir al menos los puntos mínimos requeridos para ser élite. Quiero que ambas rutinas de suelo sorprendan a los jueces y llamen su atención, pero que sean elegantes y artísticas al mismo tiempo. No quiero tambalearme en la viga ni dar tirones en mis giros. Quiero hacer todas las paradas de manos en las barras y pegar mi aterrizaje en el salto mientras consigo el vuelo que necesito. Quiero practicar cada momento que esté despierta para que no haya margen de error cuando llegue el momento. Por favor, Kova. Quiero tanto esto. No me quejaré ni pediré un día libre. Haré lo que sea para que cuando llegue mi momento, lo haga valer. Quiero el desafío. Quiero lograr los objetivos que me propongo. Lo quiero todo.

—Respira, *Ria*. No creo que hayas respirado entre todo eso.

Me sonrojo. Kova hace lo que mejor sabe hacer y me mira fijamente. Se pasa una mano por la cara y me fijo en las ojeras y la barba incipiente

alrededor de la mandíbula. Hace días que no se afeita. Me pregunto vagamente si hoy no es el día para presionar por esto.

—Pides mucho. Ya estás aquí casi cincuenta horas a la semana. Adrianna, creo que vas por buen camino, como debe ser. No creo que necesites esforzarte más de lo que estás haciendo. Si pensara por un minuto que te falta algo, creo que ya deberías saber que no dudaría en contenerte. En este momento, todavía te estás recuperando de una lesión que no es necesario que se vuelva a producir o que se agrave. Todo deportista necesita un día de descanso para que sus músculos se recuperen. Al ritmo que quieres ir, vas a necesitar tu propio fisioterapeuta para que te ayude a recuperarte rápidamente. Vas a tener que sumergirte en baños de hielo todas las noches, bañeras de hidromasaje, terapia de masaje, terapia de ventosas. Hay muchas cosas que puedes necesitar para seguir adelante, para mantenerte sana. Con el tiempo, todo te alcanzará.

Mi Aquiles apenas ha dado problemas. Sinceramente, me había olvidado de él. Y el trabajo ya me está alcanzando, pero él no necesita saberlo.

—Sabes que el dinero no es un problema. Puedo conseguir lo mejor de todo.

—El dinero no puede comprarlo todo, *Ria* —dice como si fuera de sentido común—. Si tienes esa mentalidad, no eres quien yo creía que eras. Después de un tiempo, tu fuerza se deteriorará y tu aptitud mental te pesará. No porque te debilites, sino porque te esfuerzas demasiado y no te recuperas adecuadamente. Siempre estaré a tu lado empujándote, pero también sé cuándo no hay que excederse. Yo estaba donde tú estás en un momento dado. No se trata solo de recuperar los músculos, sino también la mente. Tu cuerpo no puede aguantar mucho.

Quiero trabajar más, esforzarme más, ser la mejor, como él quiere que sea. Es lo que el insinuó y de repente no quiere dármelo. Eso enciende un fuego bajo mi trasero.

—¿No me dijiste una vez que el cuerpo puede soportar cualquier cosa, pero es mi mente la que tengo que convencer?

—Probablemente. Suena como algo que yo diría.

—Bueno, lo hiciste. Y estoy tratando de hacer eso.

Kova se sienta, con la cara torcida.

—No me eches en cara mis palabras, Adrianna. —Su voz se endurece, su acento fuerte. Me encanta cuando sale así.

—Me ofrezco a ti para hacer lo que quieras. Si me dices que haga cinco rutinas de viga, haré ocho. Me dices que venga a las siete, estaré aquí a las seis. Querías que lo demostrara. Aquí estoy, probándome a mí misma. No entiendo por qué no estás de acuerdo con esto. La razón por la que vine aquí es por un entrenador que me empuje duro y no se rinda. Quiero a alguien que me entrene como se entrenó Nadia. Alguien que me apoye. Se supone que debe trabajar conmigo hasta el hueso. No siento que esté en ese punto, no siento que esté haciendo lo suficiente, Kova. Quiero más.

Los ojos esmeralda de Kova se encienden. He tocado un nervio.

Se pone de pie y recorre su escritorio en tres pasos. Cuando se acerca a mí, se me cae el estómago. No estoy segura de sí debo permanecer sentada o de pie, así que me pongo de pie. Si quiere discutir, me enfrentaré a él.

—Te respaldo —escupe bajo y enojado, como si lo hubiera insultado—. Te presiono. Te hago trabajar más que nadie. Paso más tiempo contigo que con nadie. Dejo de lado a mi novia por ti, para darte más tiempo, y mira cómo muestras tu respeto. Vienes a *mi* oficina, *me echas* en cara *mis* palabras, me exiges que haga lo que quieres, ¿con la esperanza de qué? ¿Qué me doblegue a *tu voluntad*? Así no es cómo funciona aquí, Adrianna. Y nunca lo hará. Tienes que recordar tu terreno. Cada atleta es diferente. No todos pueden soportar más. No quiero presionar demasiado. Sí, eres resistente, mucho más fuerte de lo que he visto en años pasar por estas puertas, pero estás cuidando una lesión que no quiero que aparezca de nuevo. Todo lo que has trabajado en este último año se irá por el desagüe, todo porque tuviste que ser terca y cabeza dura cuando algo no sale como querías. Tengo cosas preparadas para tu futuro que quiero para ti. Cosas que aún no conoces. Pero si vuelves a lesionarte, estás acabada. —Hace una pausa. Cruzo los brazos delante de mi pecho y miro al suelo, avergonzada que acaba de ponerme en mi sitio cuando debería haber sido humilde—. ¿Por qué no puedes confiar en mí? —pregunta con disgusto en su voz.

Su respiración se hace más profunda como si se esforzara, pero cuando cierra los ojos, sé que le duele más que nada. Nunca terminaré con la gimnasia. Al igual que él no lo hará, viendo que es entrenador. Nunca va a suceder. No es posible.

Empiezo a pasearme. Tiene razón y, aunque entiendo su inquietud, no puedo dejar de pensar en que tiene planes para mi futuro. Tirando los brazos a los lados, los dejo caer de golpe y pregunto:

—¿Qué cosas?

Su cabeza se inclina hacia un lado y me observa.

—¿Hmm?

—Dijiste que tenías cosas planeadas para mí. ¿Qué cosas, Kova? ¿Por qué no me has hablado de ellas?

Kova apoya las caderas en el escritorio y cruza los brazos sobre el pecho. Mis ojos se dirigen a sus pectorales que se tensan contra la camisa. El hombre tiene un cuerpo sólido bajo la ropa. Bronceado y fuerte. Trago con fuerza y bajo la mirada para contemplar el resto de su delicioso cuerpo.

—¿*Ria*? —grita mi nombre.

Mis ojos se levantan de golpe.

—¿Qué?

—Te he hecho una pregunta.

¿Lo hizo?

—¿Qué pregunta?

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste un orgasmo?

Me quedo boquiabierta ante la audacia de su pregunta invasiva. La mandíbula colgando hacia el suelo, los ojos tan grandes como la luna llena, un calor tan intenso que enrojece mis mejillas y mis oídos arden como si estuvieran en llamas.

—Sé que no me acabas de hacer esa pregunta. —Sonríe—. ¡Dios! Eres tan abrasivo. ¿Qué te pasa?

—Solo digo lo que veo. Estás tensa y sobrecargada de trabajo, lo has estado durante semanas. Entonces vienes aquí como si hubieras tomado una dosis de crack. Parece que te vendría bien la liberación.

Mis cejas se disparan hacia mi frente. No tengo ni idea de cómo es eso.

—¿Y eso te da derecho a preguntar cuándo fue la última vez que me corrí? —Levanto la voz, desconcertada que me haga una pregunta tan personal—. Tengo muchas cosas en la cabeza. No todo se puede resolver con el sexo, ya sabes.

Sus ojos brillan.

—No te voy a contestar.

La boca de Kova se tuerce y la sonrisa ladeada con la que me premia me llega a lo más profundo.

—No tienes que hacerlo.

—Un tiempo. ¿De acuerdo? —cedo—. No es que tenga un montón de novios en mi puerta esperando que los llame. —No es que vaya a hacer algo así.

Todo su rostro cambia de juguetón y coqueto a melancólico y oscuro.

—Más vale que no.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Cuánto tiempo? —insiste.

Trago y siento que mis mejillas se sonrojan una vez más. De ninguna manera admitiré haberme excitado al pensar en él el mes pasado.

—Desde la última vez que estuvimos aquí... Cuando Hayden nos atrapó.

La sonrisa que le cruza toda la cara me calienta el cuerpo. Conozco cada centímetro de mi entrenador de un modo que no debería. Sé lo bajo que quedan sus pantalones cortos en sus afiladas caderas, lo profunda que es la hendidura de la V y lo bajo que se hunde hacia su impresionante polla. Mis ojos se detienen en el contorno de sus pantalones, en la amplitud de sus caderas. No lleva bóxers, nunca lo hace. Un movimiento sensual se enciende en mi interior. Sus muslos son como rocas, la tela azul oscura contornea cada músculo como una segunda piel. Arrastro mi mirada hacia arriba, hasta donde la tela abraza su gruesa y larga longitud. Puedo ver cómo su polla se apoya en su pesado saco y cómo sus muslos lo sostienen a la vista. El material es tan fino que no deja nada a la imaginación. Al menos, no a mi imaginación. Recuerdo cómo se siente en mi mano, dentro de mí, cómo se estira para adaptarse a su tamaño. Sé de lo que es capaz con esa cosa y mi cuerpo se calienta deseándolo.

—La sutileza no es claramente tu especialidad. ¿Has terminado? ¿O necesitas más tiempo? —pregunta en un tono bajo y ronco que no hace más que avivar mi deseo.

Al diablo con mi vida. Esto solo confirma su pregunta.



Capítulo 23

Aprieto los ojos y sacudo la cabeza. Cuando la niebla se despeja y mi ritmo cardíaco se estabiliza de nuevo, intento cambiar de tema.

—¿Por qué nunca me dices que crees que soy fuerte?

Se encoge de hombros.

—No es mi trabajo tranquilizarte. Si tienes confianza en ti misma, no necesitarás que nadie te tranquilice, especialmente un hombre, Adrianna.

—Tengo confianza en mí. No sabes de lo que estás hablando —digo a la defensiva—. Sin embargo, sería bueno escuchar a mi entrenador. Elogiar a tus gimnastas de vez en cuando no te mataría.

Se pone serio.

—Ven aquí. —Su expresión se despeja de cualquier broma.

Niego con la cabeza.

—Ven —ordena, y me hace un gesto hacia él.

Vuelvo a negar con la cabeza. Como no me muevo, alarga la mano y me agarra de la muñeca, atrayéndome hacia él.

Abriendo las piernas, guía mis caderas para que me acurruque entre el calor de sus muslos y aprieta mi pelvis contra la suya con determinación. La humedad se filtra en mi maillot y me sonrojo, esperando que no la note. Kova tiene razón. Necesito la liberación. Apoyo la cabeza en su pecho, demasiado avergonzada para mirarlo. Su cuerpo es tan cálido contra el mío.

Rodeando con sus brazos la parte baja de mi espalda, Kova cruza las muñecas y presiona las nalgas hasta que su polla se aprieta contra mi sexo. Un silencioso jadeo se aloja en mi garganta. La fuerte presión sobre mi clítoris

me provoca un dolor profundo e intenso. Estoy en el ángulo justo y trato de no hacer ningún movimiento brusco, trato de no inhalar demasiado profundo por miedo a que se me escape un gemido. Mis manos suben a su pecho y me aferro a su camisa, luchando y suplicando por cosas que deseo pero que no admito. Me gustaría saber cómo manejarme mejor con este hombre, pero, como un reloj, todos los pensamientos y la moral salen por la ventana cuando estamos solos él y yo.

La cabeza de Kova baja hasta mi cuello, su aliento es una estela caliente sobre mi clavícula mientras sus manos masajean sensualmente mi culo. Sus dedos hacen círculos, empujando hacia abajo y a través de la costura de mi culo, y luego vuelven a salir para formar otro círculo. Mi cabeza gira hacia un lado, permitiéndole un acceso total para dejar un rastro húmedo en mi cuello. Sus dientes rozan mi piel como pequeños cuchillos, cada mordisco afilado aumenta mi excitación. Mi respiración se hace más profunda y no puedo evitar que mi coño se restriegue contra él. Su polla se agita y un suspiro sale de mis labios. Tiene razón. Estoy excitada y tensa.

—Kova... —susurro y cierro los ojos.

—Dime qué necesitas.

Tengo la boca reseca y estoy mareada por sus manos que recorren mi cuerpo. Me aprieta más contra él, haciéndome sentir lo que tiene de bendito. Me muerdo el labio inferior para reprimir el gemido.

—La gente... hay gente todavía aquí. Tengo que irme. Me dije que no volvería a recorrer este camino contigo.

Las caderas de Kova se mueven tan desesperada y dolorosamente despacio mientras me empuja sobre él que casi me corro. Me imagino que es una especie de dios del sexo en una vida pasada por la forma en que se mueve.

—Oh, Dios. —Mi espalda se inclina hacia delante y me agarro a su brazo, intentando contener el placer que me recorre—. Tenemos que parar. Alguien nos atrapará.

—Adrianna, eres la única lunática que entrena las horas que lo haces. Eres un caballo de batalla. No hay nadie más aquí. Confía en mí. Revisé mis cámaras justo antes que entraras cuando me di cuenta de la hora.

Juraría que vi autos estacionados fuera antes de entrar aquí.

—Aun así, esto no es una buena idea, Kova.

Suelta una risa grave y profunda que me hace sentir una oleada de euforia. Mis caderas se mueven sobre su longitud, que se engrosa debajo de mí.

Levanta mi barbilla para que lo mire, susurra:

—Esto *nunca* ha sido una buena idea, *Ria*. Nunca.

—Así que tenemos que parar antes que vaya más allá. Pienso que ese es el plan, que no volviéramos a estar así.

—Deja de pensar y dime lo que sientes, lo que deseas, *Ria*. Dime lo que necesitas.

Sacudo la cabeza, trago con fuerza y me quedo callada. No confío en mí misma.

Kova levanta la mano y me baja un tirante del leotardo. Me entran escalofríos cuando arrastra su lengua desde mi hombro hasta mi oreja. Me arqueo hacia él.

—Está bien... tu cuerpo me dice lo que quieres, y pienso dártelo —dice, y se lleva el lóbulo a la boca.

Gimo y cierro los ojos con fuerza. Una parte de mí quiere decir que no, pero no puedo pronunciar la palabra. Mis pezones se tensan contra el leotardo. Enrosco los dedos en el cuello de su camisa, estoy a punto de romperla. Necesito sentir su piel, ver si está tan caliente como yo. Tiene que sentir lo mojada que estoy, es imposible que no lo haga.

—*Sabes que* creo que eres fuerte —susurra.

—Ohh, ah... sería bueno escucharlo de vez en cuando. Dime que estás orgulloso de mí, dime que notas lo mucho que trabajo.

No sé cómo me las arreglo para sacar todo eso.

—Créeme, *Malysh*, me doy cuenta de *todo* en ti. —Kova se ríe.

Al apartarse, me obliga a mirarlo. Su mirada quema como un fuego ardiente. Sus labios son gruesos y deliciosos, y quiero morderlos cuando se acerca.

—Tenemos una relación muy complicada. —Su voz es ronca contra mis labios mientras me baja el otro tirante, deteniéndose justo antes de sacar mis pechos—. Si te aplaudo por tu duro trabajo, un trabajo duro que los otros elitistas también están haciendo, entonces podrías aflojar al escuchar que lo

has hecho bien. La gente tiene éxito cuando no lo oye, porque se esfuerza más con la esperanza de conseguirlo. Casi no elogio a nadie. Te necesito concentrada y sólida, como necesito a todos mis gimnastas. Hay un método en mi locura, *Ria*. —Kova hace una pausa e inclina la cabeza hacia un lado— . ¿Confías en mí?

Dudo. Una pregunta tan cargada cuando se trata de él. Sin embargo, respondo con sinceridad.

—Sí.

Me tira de la parte superior del maillot y mis pechos quedan libres. El aire frío me acaricia los pezones, haciendo que se agolpen y se frunzan. Pero Kova no mira hacia abajo, sino que mantiene sus ojos fijos en los míos.

—¿Te doy lo que necesitas? —pregunta.

¿En el gimnasio? Sí. ¿Ahora mismo? No. Ni loca voy a decir que me tiene tan excitada que deseo tener sexo con él. No he tenido tanta intimidad con él desde la víspera de Año Nuevo, ni siquiera en mi habitación de hotel el mes pasado, donde nadie podía ver ni oír nada. Sin embargo, aquí estamos, en su oficina, donde cualquiera puede entrar cuando quiera. Si no lo supiera, diría que a Kova le gusta vivir en el lado salvaje y que le encanta que lo atrapen. Tal vez un exhibicionista se esconde allí.

Tal vez a mí también.

Trago con fuerza y me encuentro con su mirada oscura bajo la gorra. Sus fosas nasales se ensanchan. Alarga la mano y me toca el pecho. Aspiro una respiración audible y me estiro sobre las puntas de los pies ante la presión que ejerce, y estoy a punto de correrme. Pero cuando sus dedos bailan sobre mi pezón, tirando del capullo rosado, pierdo todo el sentido común.

Haciendo girar su gorra para que esté al revés, atraigo su cara hacia la mía y ataco su boca.

—Buena chica. —Sonríe contra mis labios. Intento sacar mis piernas de entre sus muslos para poder subirme a él, pero no me deja. Mi intento se convierte en cabalgar su longitud por encima de sus pantalones cortos, jadeando mientras lo hace. La presión y la fuerza son demasiado fuertes. La humedad cubre mi piel. Estoy a punto de arder.

—Estás tan mojada que puedo sentirlo a través de nuestra ropa —gruñe Kova en mi boca. Muerdo, tiro y chupo su lengua como un animal hambriento. Agarrando el dobladillo de su camisa, se la arranco del cuerpo y

se la quito. Sus manos vuelven a posarse en mis pechos, masajeándolos y amasándolos. Pongo los ojos en blanco y mis manos recorren su pecho firme, bajando por sus abdominales, sobre cada músculo afilado hasta llegar a sus duros pectorales. Kova es tan fuerte y viril. Hace demasiado tiempo que no tengo sexo, y lo necesito desesperadamente. No me había dado cuenta de lo que necesito hasta ahora.

Gimo, contoneándome de nuevo, pero él no se mueve.

—Kova, por favor, dámelo.

—No, te vas a correr así, montando mi polla. Luego te voy a follar.

—Follar… —Pruebo la palabra en mi lengua y niego con la cabeza—. Follar es definitivamente una mala idea.

—Estoy volviendo a entrar en tu coño, *Malysh*. Ha pasado demasiado tiempo.

Bueno. Mierda.

Mis labios se separan y mis ojos se ponen vidriosos cuando habla así. Adelantando mi boca, muerdo su pezón. Con fuerza. Su polla se agita y Kova se estremece. Su mano se dirige a mi nuca y me tira del cabello. Intenta apartarme, pero yo muerdo con más fuerza y paso la lengua en círculos sobre la marca del mordisco.

Kova gime. No puedo creer que gima por el juego de los pezones. Otra cosa que comparte conmigo sin darse cuenta. Mis manos arañan y tiran de su carne sin que me importe el orgasmo que está creciendo en mi interior. Quiero romper su piel, marcarla con mis uñas y dientes, marcar mi territorio. El poder que ejerce sobre mí, restringiendo mis movimientos, lo aumenta todo. Palpita de necesidad.

Muerdo con fuerza y un sabor metálico me llena la boca. Hay algo en Kova que me convierte en una salvaje.

—Ohhhhh, *malysh* —gime—, muerde más fuerte. —Kova empuja sus caderas hacia arriba y yo grito, mis dientes se cierran. Un gruñido vibra en su pecho—. Puedo sentir tu humedad, tu coño palpitando… No puedo esperar a estar dentro de ti, a moverme sobre ti.

—Kova, por favor. —Ni siquiera sé lo que estoy suplicando, pero jadeo cada vez más fuerte mientras el placer sube y sube, y entonces veo las estrellas. Mi cabeza se echa hacia atrás y trato de frotarme contra él mientras mi

orgasmo explota con tanta fuerza que no puedo ver bien. Su polla está hinchada y ancha y se siente divina así. Nunca me he corrido en esta posición, pero entre la anchura de su polla y el escasísimo espacio que hay entre las caderas, grito de felicidad absoluta.

—Eso es —grita—. Deja que te escuche.

Justo cuando termino, Kova afloja su agarre y abre las piernas. Me arranca el leotardo por completo mientras yo le bajo los pantalones y su polla se libera. es magnífica y hermosa y ya gotea... y está sin nada. Sé que debería haberle dicho que se ponga un preservativo, sobre todo después de todo lo que ha pasado entre nosotros, pero no puedo, no cuando estoy así de excitada.

No le doy tiempo. Trepo por su cuerpo y él me agarra de las caderas, guiándome sobre él. Desliza sus manos hasta mi culo y me empala con fuerza y rapidez. Nuestros labios chocan y grito en su boca. A pesar del orgasmo que acabo de tener, estoy dolorida y me duele. Libera una mano y me sujeta la nuca, manteniéndome pegada a él mientras se traga mi grito. Hace meses que no tengo a Kova dentro de mí y me siento como si volviera a ser una maldita virgen.

—Estás tan apretada, nena. —Respira contra mi boca—. No te muevas, joder, o te destrozaré.

No me muevo. Empuja mis caderas hacia abajo y voy de buena gana, derritiéndome sobre él y desgarrándome un poco. Aprieto, y él se retuerce en respuesta. Hace rodar su pelvis contra la mía, dura y caliente, sin apenas mover las caderas, de modo que tengo su polla dentro golpeando la parte posterior de mi coño y el placer en mi clítoris al mismo tiempo. Le muerdo el hombro y lo lamo con la lengua. Nunca he mordido a nadie y no puedo contenerme. Lo saca de mí.

Me restriego contra él. Kova inclina un poco la cabeza hacia atrás. Nuestros ojos se fijan. Baja las pestañas hasta la mitad y el verde brillante de sus ojos brilla con sensualidad y pensamientos prohibidos.

—Sé lo que deseas —susurra mientras entra y sale lentamente de mí. Esta tan apretado que puedo sentir cada centímetro de él, cada surco, cada vena. Se me escapa un aliento caliente—. Siempre lo sé, *Ria*. Déjame darte lo que necesitas. Solo necesito que confíes en mí.

Me levanto, luego bajo de golpe, y jadeo contra sus labios.

—Confiar en ti me aterra. Tú rompiste esa confianza una vez. —Tengo que encontrar una manera de mantener mis emociones fuera de esto. No puedo confiar en que no me haga daño de nuevo.

Sus pupilas se dilatan, el dolor brilla en sus ojos, pero desaparece tan rápido como apareció.

La mano callosa de Kova roza mi costado. Mi cuerpo se calienta y trato desesperadamente de no mostrar lo mucho que me afecta su contacto. Sin separarse de mí, me lleva a su sofá y se sienta. Me inclina la cabeza hasta que le miro directamente a los ojos.

—Móntame fuerte y fóllame bien, *Ria*. Como yo te follo a ti. Déjame entrar.

Todo el aire abandona mis pulmones. Nunca he oído a un tipo decir eso antes y, por alguna razón impía, quiero darle lo que pide. Entre su acento ruso y sus mejillas sonrojadas, puede tener lo que quiera.

Excepto que... presiono mi labio inferior y me lo muerdo. No sé exactamente cómo montar a alguien. Supongo que es una posición específica o una velocidad o algo así. Kova nota la mirada perdida en mi rostro y toma la iniciativa. Me agarra de las muñecas y coloca mis manos sobre su pecho, luego el dorso de sus nudillos se arrastra por la línea de mi bikini antes de agarrar mis caderas con brusquedad y guiarme hacia arriba, luego hace rodar mis caderas por debajo para conseguir esa deliciosa fricción cuando baje. Dios, se siente tan bien, gimo. Puedo seguir haciéndolo. Es demasiado bueno. Mi estómago se hunde y contengo la respiración. Me encantan sus manos sobre mí. Como si las quisiera allí tanto como yo, como si no se cansara de tocarme. Me muestra el ritmo que quiere y cuando me suelta, continúo, pero no bajo del todo, me duele un poco por eso.

Sus manos tocan mis pechos. Luego me pellizca los pezones con tanta fuerza que me quedo con la boca abierta y se me escapa de nuevo un gemido jadeante, perdido entre el dolor y el éxtasis. El fuego recorre mi cuerpo. Estoy a punto de pedirle que se detenga, pero él no se detiene, sabiendo de algún modo hasta dónde puedo llegar. Aprieto su polla con mis músculos internos, tanto por el dolor como por el placer alucinante que solo él puede darme. Su cabeza se arquea hacia atrás. Sus ojos están oscuros y entrecerrados. Desvío la mirada y sonrío, al ver su mirada de satisfacción y saber que se la he dado.

—Así de fácil... Te sientes tan jodidamente increíble.

Otro suspiro ronco sale de mis labios.

—Nunca lo había hecho así... Donde estoy arriba. Se siente diferente... mejor que estar en el fondo.

Sus ojos se encienden.

—Espero que no, Adrianna. Más vale que no hayas tenido la polla de nadie más que la mía.

Una oleada tortuosa se enciende en mí, mi apertura para jugar con él. Para darle lo que solo yo sé que desea. Una sonrisa astuta adorna mi rostro. No sé por qué me gusta burlarme de él, sobre todo mientras está dentro de mí, pero así es. Me encanta. Me gusta, y sé que a él también. Eso aumenta el placer para los dos.

Una risita melosa y engañosa sale de mis labios. Sonrío y mis ojos se vuelven pesados, aludiendo a que hay algo más de lo que él sabe.

No he estado con nadie más que con él, pero él no necesita saberlo.

Kova se sienta y me agarra bruscamente por la nuca mientras su otro brazo me rodea. Me sujeta sobre su polla hasta que le toco las bolas... puedo sentirlas entre mi culo. Mi respiración se hace más profunda cuando siento que se sacude dentro de mí.

—No te burles de mí. Sabes lo mucho que me gusta. —Lentamente introduce su polla en mí, centímetro a centímetro.

Jadeo en su boca.

—No es una burla cuando es la verdad.

—Adrianna —advierte, empujando con fuerza. Jadeo, mis ojos se cierran. No quiero que esta sensación termine.

—No es posible que pienses que solo voy a tener una polla el resto de mi vida —digo, levantándome y bajando hasta el fondo, y aguantando. Mi coño se aprieta de nuevo, tratando de adaptarse a su anchura—. No cuando se puede sentir así... —Vuelvo a gemir, meciéndome hacia adelante y hacia atrás, sintiendo que mi orgasmo sube cada vez más. Con su agarre, me inclino hacia atrás y toco sus rodillas detrás de mí. Restriego las caderas con tanta fuerza que mi clítoris lo nota. Kova es un veneno, una droga. Me hace indulgente e indomable. Me convierte en alguien que no conozco, pero sobre todo me hace sentir deseada y sexy, y me estoy dando cuenta que ansío esa sensación.

—Supongo que es justo. —Me muerde el pecho y luego lo alivia con su lengua—. Puede que seas el coño más estrecho que jamás tendré, pero los dos sabemos que no eres el único coño que tendré, al menos esta noche —gruñe y empuja tan profundamente que estoy segura que golpea la parte posterior de mi cuello uterino.

—Eres un imbécil, ¿lo sabías? —Intento levantarme y aparto su mano de un manotazo. Se ríe y acerca su cara a mi cuello, con su rastrojo rozando mi piel.

—¿Qué, *Malysh*, solo tú puedes jugar el juego? Tú lo pediste, yo te lo di. No actúes como si estuvieras herida.

Tiene razón, me lo busque, y la verdad escuece. Puede que no sea el único coño que tenga, pero es mi coño el que actualmente envuelve su polla. Mi cuerpo el que está debajo de él. Son mis dientes y las marcas de las uñas que enrojecen su piel: *diviértete explicándoselo a tu novia*.

—¿Por qué estamos teniendo sexo?

—¿Por qué mierda no? —replica, empujando con fuerza dentro de mí—. Tú me deseas, yo te deseo. Fin de la historia. Ahora cállate.

Sacudo la cabeza con incredulidad. Es un imbécil arrogante y me doy cuenta de que nunca cambiará.

—Noticia de última hora, todavía no confío en ti. La verdad es que no puedo. ¿En qué mierda estaba pensando? Tienes una novia —escupo.

El fuego se enciende con tanta intensidad en mi interior que estoy a punto de estallar. El corazón me late con fuerza, así como un latido en un lado de la cabeza. No sé de dónde viene eso ni por qué, tal vez el resentimiento reprimido que tengo hacia él y que no me había dado cuenta que albergo. No es frecuente que explote así, normalmente soy buena para contener mis emociones. Pero hace falta un ruso de más de dos metros de altura, muy guapo y con una actitud de imbécil, para que me ponga en marcha.

—Eres un idiota.

Capítulo 24

Kova me levanta de su regazo. Mis pies apenas tocan el suelo antes de que me haga girar y me ponga de nuevo sobre él. Mi espalda aterriza contra su pecho y me abalanzo, tratando de liberarme.

—Tú y esa boca tuya. —Deja caer su antebrazo sobre mi frente y me inmoviliza los brazos a los lados. Juntando nuestras piernas, su larga y gruesa polla empuja mi sexo.

—¡Suéltame!

—No todo es lo que parece, *Ria*. Solo porque estoy con Katja, no presumas que sabes lo que pasa detrás de las puertas cerradas, aunque insinúe que hay más. La vida de todos no es más que una fachada. Todos mentimos.

Vuelvo a sacudirme, pero esta vez me sale el tiro por la culata y gimo al sentir su polla contra mi clítoris.

—No te miento, Kova.

—Puedo recordar una o dos veces en las que has mentido.

El año pasado pasa por mi mente. Tiene razón: había mentido varias veces. La cuestión es que no estoy realmente enfadada con él. Estoy enfadada conmigo misma por no ser lo suficientemente fuerte como para rechazarlo, porque la realidad es que lo deseo. Lo necesito a un nivel primario que me asusta.

—Deja de pelear conmigo o te sujetaré y te follaré sin sentido.

La idea que lo haga me pone a cien. La humedad se filtra de mí a su cálida polla. Llevo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y aprieto los muslos, apretando su polla entre mis tiernos labios. Una ola de sensualidad se inicia en mis caderas y me restriego contra él.

—Te gusta esa idea. No intentes negarlo, tu cuerpo me dice que sí.

—Kova. —Su nombre es un débil gemido en mis labios. Vuelvo a apretar su polla por pura necesidad animal.

Kova inhala una gran bocanada de aire. Abro los ojos un poco y veo la corona de su polla, morada e hinchada, asomando entre nosotros. Sus muslos son enormes y se aprietan contra los míos, que son delgados, y eso me recuerda algo que había dicho antes: yo soy la bella y él la bestia.

Los dedos de Kova tiemblan mientras lucha contra su feroz apetito sexual. Los dedos se clavan en mi carne, sus palmas están resbaladizas de sudor mientras levanta mis caderas y gira su espalda. Mis pies no llegan al suelo, así que prácticamente me tiene suspendida sobre él. No me muevo, y él no empuja dentro.

—¿Qué esperas? —susurro. Estiro la mano y me agarro al reposabrazos del sofá para estabilizarme.

Sin decir nada más, acerca mi cuerpo al suyo y empuja la punta hacia dentro. Suspiro y él empuja un poco más.

—Oh, diablos —digo, derritiéndome sobre él, y mis piernas se abren sobre sus rodillas. Su gran mano aprieta suavemente mi pecho y casi me hundo del todo.

—Creo que a mi chica le gusta la idea que la sujete y se entregue a mí —dice, sus palabras me rodean como una cuerda que se tensa. Me gusta. Realmente me gusta—. Podría quitarte tu poder, tu control, y hacerte olvidar tu nombre. —Entonces se desliza hasta el fondo. Me tenso. Me duele en este ángulo. Es diferente y no tan cómodo.

—Siento como si fueras a atravesar mi pelvis. —Aprieto los dientes e intento ponerme en pie.

—Relájate —susurra Kova. Se sienta, se inclina hacia delante y me rodea la cintura con un brazo. El calor de su cuerpo contra el mío me tranquiliza y me da una extraña sensación de confort. Me deleito con su abrazo. Él se mueve más dentro de mí hasta que nos amoldamos perfectamente—. Dame un minuto.

Después de lo que parece una eternidad, las manos de Kova empiezan a recorrer sensualmente mi torso. Mis pezones se fruncen y sus caderas se mueven de la manera más erótica. Se desliza dentro y fuera, lenta y deliciosamente. Con las piernas abiertas, estoy expuesta y no me importa que

no se detenga. La sangre de mis venas se enciende y dejo escapar un suspiro de felicidad mientras recuesto la cabeza contra su pecho.

—Eso es lo que quiero oír. —Kova me agarra la mano y la coloca sobre nuestros cuerpos unidos, asegurándose que mis dedos toquen su piel aterciopelada donde se desliza dentro y fuera de mí—. ¿Sientes eso entre nosotros? Esa química, ese fuego. La armonía de dos personas que están tan equivocadas la una para la otra pero que de alguna manera se juntan, desequilibrando todo hasta el punto que nada tiene sentido, pero se siente bien. Eso es lo nuestro. Eso es la confianza. No dejas que alguien entre en tu cuerpo si no confías en él. Mira cómo te mojas cuando mi polla está dentro de ti, lo salvaje que te pones cuando nuestros labios chocan, lo duro que estoy cada vez que estoy cerca de ti. Hago cosas estúpidas, sé que las hago, pero cuando estamos solos, todo tiene sentido.

Guiando mi mano hacia abajo, Kova coloca mi mano sobre su pesado saco. Aprieta con fuerza, demasiado en mi opinión, y luego afloja el agarre cuando se retira, para volver a apretar cuando entra.

—Kova... por favor... —Tengo la boca seca y no puedo abrir los ojos. Me retuerzo sobre él, la presión es el erotismo más potente hasta el momento. Abriendo más las piernas, mis caderas se abren más. Una de sus manos encuentra mi clítoris y recorre en círculos el apretado manojo de nervios, la otra sube y rodea la parte delantera de mi cuello.

—Confía en mí —dice cerca de mi oído.

Mi corazón se acelera, el pánico me recorre el cuerpo, asustada que Kova fuera a matarme por asfixia.

—Confía en mí —dice de nuevo. Aplicando presión en mi garganta mientras empuja hacia dentro, se agarra con fuerza. Un dolor agudo me recorre el coño y trato de gritar, pero no tengo voz. El aire de mi garganta se contrae y espero hasta que no puedo aguantar más. Agarro sus bolas con fuerza y clavo las uñas, retorciéndolas ligeramente. Él se retuerce y se suelta, y yo también.

Trago con fuerza y me lamo los labios, sorprendida por haber estado a punto de correrme.

—Maldita sea, Kova. Hazlo de nuevo. Por favor, hazlo otra vez.

La obsesión me invade por este nuevo placer. Mi cuerpo empieza a moverse por sí mismo y me quedo con ganas de más. Enrosco mis pies alrededor de sus pantorrillas y me aferro. Quiero que lo haga de nuevo, y de nuevo, y de nuevo.



Kova gira mi cara hacia la suya y nuestros ojos se cruzan. Vuelve a agarrarme el cuello, esta vez con más fuerza.

—Ojalá pudieras verte a través de mis ojos, solo así te darías cuenta de lo mucho que significas para mí.

Su voz tiembla con una franca y cruda honestidad. Es casi insoportable. Estamos más allá de la lujuria, más allá del enamoramiento. Esto es mucho más, una obsesión enloquecida con emociones profundamente arraigadas que no queremos reconocer porque todo en la sociedad nos dice que está mal.

Me inclino hacia adelante y capturo sus labios con los míos, y le doy el beso más profundo, lento y sexy que puedo. Le hago el amor a su boca. Su mano sube y se enreda en mi cabello a la altura de la nuca, sujetándome a él, pero agarro su muñeca y la llevo de nuevo a mi clítoris.

Riéndose, Kova reanuda sus atenciones. Estoy cerca, tan cerca de la cima de los deseos prohibidos que estoy dispuesta a volcarla con él.

—Oh… Oh… —Mi voz se hace más fuerte. Ya no sé quién soy.

El placer es tan poderoso que me impulsa hacia adelante y me siento y meto las rodillas debajo de mí. Veo las estrellas desde este ángulo y me doy cuenta que quiero que Kova me muestre más. Más formas de excitarme. Más formas de encontrar el placer. Más. Todo. No puedo pensar con claridad.

Colocando mis manos sobre sus rodillas, jadeo y grito. Kova se apresura a ponerme una mano en la garganta y la otra en las caderas. Mi espalda se arquea y sus caderas se clavan en mí al mismo tiempo que yo lo empujo con tanta fuerza que ni siquiera reconozco mi voz.

—No te detengas —Tiemblo violentamente.

—Eso es, *Malysh*, fóllame. —Vuelvo a dar un empujón. Me aprieta la garganta—. Sigue. Fóllame. Fóllame. Fóllame más fuerte, Adrianna.

Por Dios. La humedad gotea entre nosotros y veo cómo cae al suelo. Está teñida de rosa, pero no me importa.

—¿A mi chica le gusta esto? ¿Cuándo le digo que me folle? —Asiento con la cabeza. Cuando Kova me exige que me lo folle, y lo hace de forma profunda y brusca y se aferra a mí, es un subidón que ninguna droga puede provocar. Son palabras mágicas infundidas con un elixir secreto por el maldito diablo.

—¿Tengo tu confianza? Dilo.

—Sí, Kova. Tienes mi confianza.

Kova me da un beso en el omóplato. Me muerde, me lame la piel y luego bombea su polla con más fuerza en mi coño. La respiración agitada y los sonidos del sexo crudo y apasionado resuenan en mis oídos. Los dos hacemos ruidos, ambos al borde de algo tan extremo que tengo la sensación que él nunca ha tenido un orgasmo tan fuerte.

—Tu coño me está apretando, estás cerca. Apuesto a que todo lo que tengo que hacer es decir la palabra y te correrás sobre mi polla.

Me frota el clítoris más rápido con cuatro dedos y se acerca a mi oído. La barba de su mandíbula roza mi piel.

—Fóllame *Malysh* —susurra, y luego me muerde el cuello.

Me corro como un cohete. Grito y le doy un puñetazo en las piernas, y luego se pone detrás de mí y le agarro el cabello.

—Kova… ¡Dios mío, no pares! —Empuja mis caderas hacia abajo sobre él y sigue frotando mi clítoris hinchado mientras me corro tan fuerte que mis muslos tiemblan y mi cuerpo se estremece.

—Eso es. Dámelo. Me encanta sentir cómo te corres en mi polla. —Cuando mi orgasmo disminuye, Kova dice—: Ahora, mi turno.

—Tómalo —consigo responder.

No necesita más que tres bombeos fuertes como el infierno y su polla está palpitando. Cuando se retira, me atrae hacia su pecho y descarga su carga sobre mi estómago y mis pechos. Su gemido se convierte en un gruñido y vibra contra mi espalda mientras su cuerpo se flexiona y se contrae mientras él se corre sobre mí. Su agarre a mi cintura es más fuerte que nunca.

Cuando baja, su cuerpo se ablanda debajo de mí y sus dedos se aflojan. Mira por encima de mi hombro y los dos miramos sus fluidos sobre mí. Nunca lo he visto así, es demasiado. Levanta la mano y la frota contra mí, sobre mis tiernos pechos, bajando por mi estómago hasta mi coño. Me presiona el clítoris y luego pasa su mano por mi coño antes de meterme los dedos. Me besa el costado del cuello, lamiendo la curva de mi hombro. Me agarra la mandíbula, gira mi cabeza hacia la suya y me besa la boca.

Suspiramos juntos en éxtasis. Es el sexo más intenso que he experimentado en mi vida, con un hombre que nunca debió dármelo.

Tirando de mí hacia el sofá, Kova me acuna contra su cuerpo, manteniendo sus dedos metidos en mi sexo. Expulsa un suspiro de descanso y lanza su pierna sobre la mía.

La habitación está en silencio, en paz, e impregnada del olor del sexo. Me hundo en su cuerpo y Kova murmura una serie de palabras en ruso, palabras que nunca lo he oído pronunciar. No lo detengo para preguntarle qué significan, solo espero a que termine. Su respiración se hace más lenta, más profunda, y sé que se ha dormido.

Saciado. Kova está completamente saciado. Y sorprendentemente, yo también.



Capítulo 25

Un zumbido resuena en el fondo. Me acurruco más en el sueño, envuelta en calor y sintiéndome tan increíblemente bien que no quiero despertarme; pero el sonido se acerca cada vez más y la música suena hasta que no tengo más remedio que abrir los ojos.

Estoy confundida por mi entorno. Mi mente está confusa, los ojos ensombrecidos. Miro el peso que me presiona... y todo vuelve a sonar.

¿Qué hora es? ¿Cuándo nos dormimos? ¿Es el día siguiente? ¿Dónde está mi ropa?

Entonces recuerdo que solo tenía puesto un leotardo, y que ahora estoy en el suelo. Con el corazón acelerado en la garganta, intento incorporarme, pero Kova me rodea con su brazo. Me aprieta más, con su erección apretando mi culo. El calor me invade por un momento, pero soy capaz de bloquearlo.

—Hmmm... —Se acurruca contra mi cuello, lamiéndome y rodeando con sus labios mi carne febril. Empujando su muslo entre los míos, dice—: *Malysh.* —Y tengo que preguntarme si sabe que soy yo y no Katja. Sus dedos siguen dentro de mi húmedo coño, su otra mano me acaricia el pecho y la cabeza de su polla me aprieta el culo.

Le doy un codazo. Eso es un camino de ida.

Su teléfono vuelve a sonar, pero no lo escucha. El corazón me late con fuerza en los oídos, tiene que ser Katja la que lo llama, pero Kova está sumido en un sueño sin fondo; tengo que pensar rápido cómo despertarlo.

—Kova —susurro, dándole otro codazo. O este hombre puede dormir como un muerto o está muy agotado. Miro por encima de mi hombro y veo que sus ojos están cerrados y no se mueven.



Sus dedos me pellizcan el pezón con demasiada fuerza y me echo hacia atrás, con mi culo presionando contra él, lo que hace que su polla presione mi agujero fruncido. Su teléfono vuelve a sonar.

—Kova —digo, tragando con dificultad. Apenas puedo encontrar mi voz, mis nervios están por las nubes. Si Kova no responde, puedo apostar que ella vendrá hasta aquí a buscarlo. Yo lo haría si fuera ella.

Un gemido gutural escapa de los labios separados de Kova. Bajo y profundo, el sonido sale de su pecho, y es muy sexy. Pero entonces pronuncia un nombre que no espero oír mientras duerme, y casi me muero. *Muerta.*

—Adrianna. —Empuja su polla con más fuerza en mi culo. Me quedo helada en shock. No hay manera que le permita meter su polla allí, pero lo más importante es que dice *mi* nombre. No el de Katja.

Tengo que preguntarme si ha dicho mi nombre en el pasado mientras duerme junto a ella.

Lamiendo la curva de mi cuello, Kova sopla aire caliente sobre mi piel antes de morderla y aferrarse a ella.

Me estremezco, mi espalda se inclina y me muevo lo justo para que su polla no esté en mi culo.

Su teléfono vuelve a sonar.

Unos dientes afilados me muerden y rompen la piel mientras se mece contra mí de forma tan seductora que no puedo evitar que el gemido salga de mis labios. Me sostiene con su boca mientras su polla presiona mi entrada, justo donde están sus dedos. Retira los dedos y luego introduce la punta y mi cuerpo se llena de un calor perezoso. Levanto mi pierna y la pongo encima de la suya, llevando mis caderas hacia atrás. Otro ángulo nuevo para mí que me produce más éxtasis que el anterior. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo por el suave deslizamiento. No hay dolor, solo placer, y un ajuste perfecto. Pongo los ojos en blanco y me hundo en él.

Kova se queda quieto, su cuerpo se tensa, y por una fracción de segundo pienso que se va a desatar sobre mí.

—Kova —murmuro. Echa las caderas hacia atrás y luego se abalanza sobre mí con un gruñido. Utilizo su brazo como almohada y giro la cabeza para morder.

Su teléfono vuelve a sonar y la ansiedad me recorre la espalda. El estómago se me anuda por el miedo a que algo malo esté a punto de ocurrir.

—Kova —digo más fuerte, pero sale como un gemido. No sé cómo diablos puede follar tan bien mientras duerme. Su boca se afloja en mi cuello y su mano, que ha tomado mi pecho, se desliza hasta mi garganta. Sus dedos me rodean y presionan. Trago y me preparo para lo que sé que va a ocurrir.

Mi corazón se acelera de emoción. No puedo esperar, joder.

Su agarre alrededor de mi cuello se hace más fuerte y bombea con más fuerza. Tira de mi rodilla, tirando de mi pierna hacia mi pecho para que se instale más profundamente en mí.

Casi llego al orgasmo por este nuevo ángulo.

—*Malysh...* —dice, con sus caderas como una oleada de entrega y recepción. Entra con fuerza, mis piernas tiemblan y los dedos de mis pies se doblan. Con las uñas arañando y los codos conectando con sus costillas, muerdo con más fuerza que nunca y grito su nombre por encima de su timbre.

Kova se pone rígido.

—No hay mejor manera de despertarse que contigo en mis brazos. Ojalá pudiera despertarme así todos los días. —Su voz es áspera por el sueño.

Parpadeo sorprendida por su admisión.

—Tu teléfono ha estado sonando sin parar.

Gruñe y sigue bombeando dentro de mí.

—A la mierda el teléfono.

Intento no reírme, pero no puedo evitar la risita que se me escapa.

—Kova, hablo en serio. Creo que algo va mal. No ha dejado de sonar. Creo que deberías atenderlo.

Extendiendo mi pierna en línea recta cerca de nuestros cuerpos, se apoya en un codo y se abalanza sobre mí para quedar encima. Me agarra la mandíbula y empuja hasta el fondo. Inhalo.

—Piénsalo bien. Si prefieres que deje de hacer lo que estoy haciendo ahora mismo para responder a una puta llamada telefónica, entonces no estás

siendo follada correctamente. Lo único que me importa ahora mismo es tu apretado coño y cómo voy a follarte sin sentido.

Kova se inclina y me besa. Sus besos me atraen cada vez. Un toque de su lengua en la mía y me embriago con él, imaginando pensamientos sucios de cosas que podría hacerme y que nunca diría en voz alta.

—Quiero follar hasta que los dos no podamos caminar. Por qué, por qué, por qué... solo contigo actúo como un maldito salvaje. —Su cara es un campo de emociones arruinadas—. Solo tú...

Santa. Mierda. Me sonrojo tanto que me arden las mejillas. Agarrando su mandíbula con ambas manos, tiro de su cara hacia la mía y profundizo en su boca. Él gime en respuesta, me encanta cuando hace eso. Me pone muy caliente. Su teléfono suena y me aparto, con los ojos muy abiertos y preocupados. Entrecierra los ojos y me lanza una mirada de advertencia. Kova se sienta y pone mi pierna sobre su hombro, mi otra pierna cuelga indefensa del lado del sofá. Estoy abierta a él. Mete la mano libre entre nosotros y pienso que va a jugar con mi tierno clítoris, pero me sorprende.

Coloca su pulgar en mi culo y aplica presión mientras frota el pequeño agujero fruncido. Intento apartar la pierna para moverme, pero él la tiene bien agarrada. Mi cuerpo se convulsiona y me estremezco alrededor de su polla, apretando más fuerte. Mis caderas se levantan y mi cabeza se echa hacia atrás, con los ojos en blanco. Busco su pecho con las manos, pero no puedo alcanzarlo. Grito. La humedad gotea de mí. Este es un tipo de placer diferente que me hace caer en el olvido. No puedo pensar con claridad, no me gustan sus dedos donde están, pero inesperadamente lo deseo aún más.

—¿Sigues pensando en mi puto teléfono, *Ria*? —pregunta, empujando mi agujerito mientras retira su polla, y luego vuelve a entrar lentamente en mí. Sigue haciéndolo, con su polla deslizándose dentro y fuera, con su dedo acariciando mi agujero, sincronizándolo perfectamente. Suenan gemidos y quejidos de mi parte. No me contengo. Mi clítoris palpita. Son dos tipos diferentes de placer, y yo lo quiero todo, y más.

Mis dientes se clavan en el labio inferior, luego abro la boca, pero la única palabra que sale es su nombre en un suspiro sin aliento.

Ni siquiera puedo abrir los ojos.

Se ríe.

—Eso es lo que pensaba. Ahora, agárrate al reposabrazos. Quiero ver cómo rebotan tus tetas.

—Ko... Kova... —Ni siquiera puedo reunir su nombre.

—Mira estas hermosas tetas y la forma en que se mueven mientras te follo. Apuesto a que puedo encajar toda mi boca sobre una. Tus pezones están tan rojos y duros... —Se le escapa una risa gutural. Su pulgar masajea la entrada trasera y dejo escapar un suave gemido, disfrutando de la sensación mucho más de lo que debería. Es eufórico, erótico y prohibido, y todo lo que no debería desear. Pero lo hago—. Veo que te gusta cuando juego con tu culo.

—No... Sí... No, oh joder. —No tengo sentido. La verdad es que sí me gusta, pero me da demasiada vergüenza admitirlo. Todo lo que sé es que estoy a punto de correrme con fuerza.

Se inclina sobre mí, con sus labios sobre los míos.

—¿Recuerdas la noche en que te quité la virginidad? —Asiento ante sus ojos desorbitados, el deseo subiendo dentro de mí. Es una noche que nunca olvidaré—. Entonces debes recordar cuando jugué con esto... Cómo usé mi lengua aquí. —Su pulgar frota más fuerte y más rápido. Mis caderas se agitan contra las suyas. Asiento sutilmente, y él sonríe muy lentamente mientras un gemido sale de sus labios.

Me había encantado, solo que nunca se lo he dicho.

—Tal vez debería empujar más fuerte, para ver cuánto puedes soportar. Cada vez que empujo. —Aplica más presión a mi sensible agujero—, tu coño aprieta mi polla. Ah, me dan ganas de hacerte cosas sucias.

Jadeo con fuerza, mi pecho sube y baja. Estoy al borde de la locura.

—No. Demasiado. Por favor.

Sus caderas ondulan dentro de mí con precisión, empujando lenta y duramente. Su cuerpo se balancea de la forma más deliciosa. Sus abdominales se contraen. Él mismo emite pequeños sonidos y yo no quiero que se detenga. El placer es demasiado divino, al extremo, y condenadamente bueno. Retira la mano, se lame el dedo y lo vuelve a colocar en mi agujero.

Nuestros ojos se fijan y le dejo ver lo que deseo, lo que anhelo, esperando que pueda leer mis pensamientos y darme lo que no puedo decir en voz alta.

Kova me saca lentamente y empiezo a protestar, cuando me mete la mano por debajo de la cintura y me da la vuelta. Me agarro al reposabrazos para estabilizarme y él me levanta las caderas para que me ponga de rodillas. Miro por encima del hombro. Kova está de pie como un dios griego detrás de mí,

con un pie en el suelo junto al sofá y la otra pierna doblada justo detrás de mí.

—Date la vuelta —ordena, con su voz gruesa y ronca. Con las palmas de las manos extendidas en la parte baja de mi espalda, las desliza más arriba con presión a lo largo de mi columna, empujando mi pecho hacia el sofá—. Arquea la espalda. Sí, así —Se inclina hacia mí, con su larga erección rozando el interior de mi muslo mientras sus manos rozan mis pechos. Su pecho está pegado a mi espalda y yo me agarro al reposabrazos mientras él juega con mis pezones.

Kova desliza una mano hacia mi sexo. Empujo mis caderas hacia él cuando encuentra mi clítoris y dibuja pequeños círculos alrededor del tierno capullo. Inspiro y acerco mi cara a la suya, buscando su boca. Me besa, mordisqueando mi labio, y luego rompe el beso y presiona su boca contra mi espalda, mordisqueando mi piel mientras baja. Pequeñas chispas de pasión palpitan en mi clítoris con cada mordisco.

Me quedo sin aliento por este hombre.

Con su mano, Kova me da un golpecito en la cadera. Caliente por la necesidad, el calor se filtra por el interior de mi muslo cuando separo las piernas. Mis mejillas se encienden por la vergüenza. Kova me agarra las caderas y las hace girar hacia atrás, y luego su lengua se posa en el interior de mi pierna, lamiendo la humedad que gotea de mí.

Jadeo por la sorpresa. Me habría muerto de mortificación si no tuviera tanta curiosidad por lo que va a hacer a continuación.

Su cálida lengua sube hasta mi coño, donde me lame de arriba a abajo. Gimo, lo que a su vez hace que Kova gruña.

—Oh... hazlo otra vez, por favor —le pido. Lo hace y suelta otro gruñido. Siento la vibración en mi sexo. Mis piernas tiemblan de deseo. Una gran cantidad de fluido gotea de mí y Kova se asegura de lamer cada gota. Mi culo se aprieta contra su cara, y no me importa lo más mínimo. Sus palmas cubren cada nalga y las separan. Me quedo paralizada por un momento, ansiosa y excitada a partes iguales.

Tengo la sensación de saber a dónde va, y ese pensamiento hace que mis rodillas tiemblen de deseo.

Con su lengua plana en mi centro, la desliza hacia arriba y la introduce en mi coño. Dejo escapar un grito, empujando aún más hacia su cara mientras su lengua me acaricia por dentro, enroscándose y deslizándose. La boca de

Kova se cierra en torno a mis sensibles labios y sus dientes rozan mi tierna carne, y la muerden. Instintivamente, me echo hacia atrás con la mano, pero él me agarra la muñeca y me arranca el brazo por detrás y lo sujeta a la parte baja de mi espalda, justo cuando su lengua hace contacto con mi culo. Mis ojos se ponen en blanco y mi cuerpo se convierte en masilla cuando su lengua mágica se frota contra el pequeño agujero. Gimo, sin ocultar lo que siento, y abro mi cuerpo hacia él, empujando ansiosamente mi culo hacia su cara.

—Por favor. —Es todo lo que digo. No se detiene. No cuando introduce dos dedos en mi coño y me acaricia como me besa el culo. Se dedica a complacerme y a mostrarme lo mucho que disfruta con lo que hace.

Kova es un dador.

Aparta su boca, pero deja sus dedos dentro de mí. Gimo y muevo el culo en el aire. Kova se ríe y me frota suavemente la nalga. Antes que me dé cuenta de lo que está haciendo, levanta la palma de la mano, la baja y me golpea el culo. No una, ni dos, sino tres veces, con el pulgar y los dedos acariciando mi coño.

—Otra vez —pido y me agarro al sofá. Mis caderas vuelven a moverse. Vuelve a golpearme, y esta vez casi me corro.

—¿Cómo lo haces? —pregunto sin aliento. Puedo sentirme palpitante y a punto de dejarme llevar—. ¿Cómo me llevas tan alto y me haces sentir tan bien?

Saca sus dedos y me da la vuelta. Nuestras miradas se cruzan y algo se pone en marcha. Mi cuerpo se abre a él de inmediato y sus dedos vuelven a tocar mi clítoris, pellizcando el capullo rosado, mientras su otra mano acaricia su pesada polla. Se coloca en mi entrada y yo levanto las caderas hacia él.

La habitación se queda quieta mientras nos miramos fijamente.

—Sé lo que le gusta a mi chica. Siempre sé lo que le gusta, incluso cuando no puede admitirlo ante mí.

Introduce la punta de su polla en mi coño y mis ojos se abren de par en par pensando en lo que ha dicho. Sí me conoce, a veces mejor que yo misma.

—Dime, *Ria* —dice, metiendo el dedo hasta el fondo, luego lo saca y vuelve a meterlo lentamente. Sus caderas se balancean hacia adelante y hacia atrás, y yo me aprieto alrededor de su grosor y suspiro—. Sé lo mucho que te gusta mi lengua en tu apretado culo, pero ¿qué harías si te metiera la polla ahí?

Mi espalda se arquea y mi cuerpo se estremece de necesidad. La idea me lleva al límite.

—Dios mío, Kova. Me voy a correr. Me voy a correr. Me voy a correr. No te detengas.

—Dime cuando termines completamente para que pueda salir. Me voy a correr en todo tu dulce coño mientras piensas en todas las cosas sucias que quieres que te haga y que no puedes admitir.

Aprieto los muslos y sacudo la cabeza.

—No te atrevas a sacarlo.

—¡Joder! —Su polla se sacude—. No me digas eso. Tengo que sacarla.

Mi coño palpita a medida que el orgasmo aumenta. Un débil sonido resuena en la distancia, pero no puedo concentrarme en él, no mientras sus dedos juegan con mi culo. No quiero que se detenga, quiero que nos corramos juntos, y quiero que nos corramos con fuerza. Quiero sentir cómo dispara su carga dentro de mí, sentir cómo se escurre, sentir cómo palpita y ver su cara mientras experimenta la pura felicidad conmigo.

Clavo los ojos en Kova, su cara estaba enrojecida, como sé que lo está la mía. Sus labios están hinchados y sus ojos se pierden en una oscura cueva de deseo. Me lamo los dedos y él ve cómo los lleva a mi clítoris y se frota. Ensancho las caderas y muevo el culo sobre sus dedos, susurrando más mientras sus ojos permanecen fijos en mi mano. Empuja lo suficiente para que la punta de su dedo entre en mi culo.

Todo es demasiado y no estoy preparada para la euforia que me invade.

Grito. Las lágrimas caen de mis ojos. Nunca he tenido un orgasmo así. Kova me agarra de la cadera.

—Yo... estoy... —No puedo encontrar palabras. Estoy perdida en las sensaciones. Mi coño palpita, tiembla, y estoy a dos segundos de correrme con fuerza.

—Dámelo —exige Kova, inclinándose sobre mí. Su dedo empujando más, pero no demasiado—. Oh, Joder, *Ria*, estás apretando tanto... necesito sacarlo.

No puedo dejarlo hacer eso. Es irracional, pero estoy demasiado lejos para pensar. Demasiado adicta a lo que me está dando. Demasiado obsesionada. Necesito sentir este momento con él, en mí, tocando ambas entradas.

Levantando rápidamente la mano, atraigo su cara hacia la mía y le muerdo el labio. Cae sobre mi pecho y yo le rodeo la espalda con los tobillos y le clavo los talones. Me encanta su peso sobre mí. Hay tanto líquido entre nosotros. El interior de mis muslos está resbaladizo y sé que el suyo también lo está.

—Termina conmigo. Necesito sentirlo —digo contra su boca.

Aprieta los ojos, luchando contra ello.

—No.

—Sí —respondo—. Córrete dentro de mí.

—No… —dice, tan lleno de placer y deseo.

Le marco la espalda con las uñas, le muerdo el pecho y le tiro del cabello. Va a necesitar estar tapado para cuando termine con él. Le chupo el cuello y me aparto con un chasquido. Ya no sé quién soy.

Se queja:

—Oh Dios, ¿por qué me haces esto?

—Te hice un chupón. —Muerdo donde chupé.

Kova se lanza hacia delante y yo respondo a sus empujones con los míos. Gruñimos con cada empuje. Le tiro del cabello y giro mi lengua con la suya, a duras penas, haciéndole trabajar, mientras yo tiro aún más de su cabello. Es como un animal hambriento. Su ritmo se acelera y su mano rodea mi garganta. Resoplo, empujando mis pechos hacia su pecho cuando él da en el clavo al levantar mis caderas del sofá.

—Justo ahí —digo, casi ahogándome—. Se siente tan bien ahí mismo.

—Joder… lo siento. Estoy tan profundo. Mierda, no puedo parar.

Nuestras caderas chocan. Aprieto mis tobillos alrededor de su espalda, y lamo el borde de su oreja y gimo.

No duda. No espero la fuerza. Ni tampoco el placer que le sigue.

—¡Joder! —Su voz truena.



Jadeo, palpitando y corriéndome con fuerza. Mis ojos se ponen en blanco mientras Kova me presiona el cuello. Ruge y aparta la mano de mi culo, y se agarra al reposabrazos junto a mi cabeza, usándolo para empujar y clavarse en mí mientras bombea sus caderas con fuerza contra las mías, y se corre dentro de mí.

—Puedo sentir cómo te corres dentro de mí —digo, frotándome sobre él.

—Yo... no puedo... parar... Eres mía y solo mía —Rodea mi espalda con sus brazos y me agarra el cuello y la parte baja de la espalda mientras se empuja del sofá y se introduce en mí como un puto profesional.

—Solo tú, *Ria* —gime—, solo tú. No puedo vivir sin ti ni sin este sentimiento que produces en mi. Quiero estar en tí todos los días, todo el día, por el resto de mi vida. Quiero despertarme a tu lado, hacerte solo mía, y hacer esto todos los putos días. Esto es el cielo. Eres mi todo.

Su voz se quiebra y mi corazón se rompe ante la convicción y el deseo que no debería sentir, pero lo hace. La cabeza de Kova se echa hacia atrás, una vena sobresale de su cuello mientras explotamos juntos, estrellándonos en el olvido.

Kova se echa encima de mí y me cede todo su peso. Acerco su cuerpo al mío, rodeo su espalda con mis brazos, y arrastro perezosamente mis uñas sobre él. Su polla se agita, todavía dentro de mí.

—¿Esto es normal? —Mi voz se quiebra.

—¿Qué? —pregunta, sin moverse. Mi corazón está acelerado, puedo sentir su corazón latiendo contra mi pecho.

—Cuando dos personas conectan tan profundamente cuando tienen sexo, ¿es normal? Me siento como si estuviera en otra dimensión cuando estoy contigo.

Kova me mira.

—No, no lo es. No es normal en absoluto —dice con una sinceridad tan genuina que supe que no miente.

—¿Has...? —Aparto la mirada un segundo y me lamo los labios resecos—. ¿Te has sentido así con alguien más?

Trago saliva, no estoy segura de haber preguntado eso. Usa su dedo para trazar sobre mis labios.

—No, nunca. Solo tú.

Mis ojos se disparan hacia los suyos.

—¿De verdad?

Asiente con la cabeza.

—Solo tú, *Ria*. ¿Por qué crees que no tengo suficiente? Nunca me he sentido así con nadie más, y ni siquiera sé lo que es. Lo único que sé es que estoy enganchado a todo sobre ti. Enganchado a tu cuerpo, enganchado a tu sonrisa, enganchado a tu personalidad, enganchado a tu ambición, *enganchado a ti.* Solo puedo esperar que tú sientas lo mismo.

—Sí —digo en voz baja.

Inclinándose hacia delante, Kova se lame los labios antes de apretarlos contra los míos y besarme. Pero no es un beso cualquiera. Es un beso que envuelve mi alma y abraza las peores y mejores partes de mí.

Me besa como si me amara.

Al apartarse, Kova me mira fijamente con nada más que afecto crudo. El dolor de su mirada me deja sin palabras y me encuentro devolviendo la mirada. En la quietud de su despacho, con nuestros cuerpos desnudos apretados, me estudia durante un largo rato. Se acerca y me aparta los mechones de cabello que se me pegan a la boca.

Tiene la mandíbula apoyada en el puño mientras sus ojos recorren amorosamente mi rostro. Una lírica melodía rusa llena el espacio entre nosotros, como si me estuviera cantando una canción. Con el corazón en la garganta, no hago otra cosa que parpadear y escuchar. Habla en voz baja, íntimamente, rozando mi mejilla con el dorso de su dedo. Observo cómo se mueve su boca, cómo su lengua golpea sus dientes entre las palabras. Sus cejas se fruncen y unas finas líneas surcan las esquinas de sus ojos mientras habla. Una docena de emociones cruzan su rostro. Este es su lado vulnerable, una parte de él a la que yo no suelo tener acceso. Solo cuando las capas se desprenden y llego a su esencia, me veo recompensada con jugosas semillas que codicio para mí.

Nuestro pequeño momento de cercanía se rompe cuando suena de nuevo el teléfono móvil de Kova. Se queja que no quiere contestar al teléfono, pero se aparta de mí con una sonrisa de satisfacción. Mientras se pone de pie, contemplo su magnífica espalda y su redondo culo hasta que veo todas las marcas que le he dejado.

Siseo. No hay forma de que pueda esconderlos de Katja, o el chupón que estúpidamente le di.

Mierda. Mierda. Mierda.

Se gira sobre sus talones con el teléfono acunado en la mano, la angustia abarcando su rostro. Levanta la vista. Su nuez de Adán se agita y espeta:

—Agarra tus cosas ahora, Adrianna.

Me quedo helada. Inmóvil. El tono inquietante de su voz me hace sentir escalofríos.

—Adrianna. Ahora. Agarra tus cosas, ¡ahora! —grita mientras un destello de luz recorre las ventanas.

—¿Qué está pasando? —pregunto mientras salgo disparada.

Sus ojos, muy abiertos, recorren el suelo. Kova se pone la camisa y dice:

—Katja está en camino.

—¡Qué! —Me entra el pánico y recojo mi leotardo—. ¡Te dije que contestaras el teléfono antes!

—No discutamos eso de nuevo. Date prisa y recoge tus cosas.

No hay forma de ponerme el leotardo en este momento, así que lo sujeto contra mi pecho y me dirijo a la puerta. Giro el pomo y la puerta se abre con un chirrido.

—¡Konstantin! —Me quedo helada al oír la voz chillona de Katja resonando por el pasillo. Sus zapatos golpean el suelo de baldosas.

Se me hela la sangre.

El mundo se desvanece a mi alrededor y las paredes se cierran. Esto es todo.

Llámame ingenua, pero realmente nunca pensé que nos atraparían. Pensé que habíamos sido cuidadosos. Pensé que habíamos fingido perfectamente y disimulado bien nuestra atracción mutua.

Tal vez lo hicimos, y nada podría habernos preparado para que alguien nos atrapara. Al igual que cuando Hayden nos había atrapado.

Retrocedo y me giro para mirar a Kova, que está completamente vestido.

—Está *aquí*—digo, aterrada y al borde del vómito. Sus ojos se abren de par en par y me agarra por los hombros para escudriñar el despacho en busca de un lugar donde esconderme. No tiene un armario, ni un baño personal.

No tengo dónde ir.

La voz temerosa de Katja resuena en la distancia, pero esta vez mucho más cerca.

Estoy atrapada. Estamos atrapados... Hasta que mis ojos se posan en su escritorio que está cerrado por completo.

Capítulo 26

Las pisadas se acercan y aprieto el leotardo en mi puño.

Me acurruco en un rincón bajo el escritorio y me tapo la boca justo cuando la puerta se abre de golpe y se golpea contra la pared.

—¿Konstantin? —grita Katja. Se me corta la respiración—. ¿Konstantin? —vuelve a decir. Deseo poder ver lo que está pasando.

—Hmmm... —Kova suena aturdido.

—Despierta. *Despierta*. ¿Qué estás haciendo? —pregunta, a lo que sigue un ruido de arrastre.

Bosteza, fingiendo sueño.

—¿Katja? ¿Qué está pasando? —Me relajo un poco, no del todo, porque consigue el acto. Sigo desnuda bajo su escritorio y temo moverme tan solo un poco por miedo a que se me escape algún sonido por accidente. Esa sería mi suerte.

—¿Qué hora es? —pregunta somnoliento.

—Te he estado llamando, enviando mensajes de texto. No sabía dónde estabas. Me preocupé por ti.

—¿Dónde iba a estar más que aquí?

Sigue lloriqueando y empieza a irritar mis nervios.

—¿Por qué no viniste a casa? Esperé horas...

—Tenía trabajo que hacer, Katja —dice, su voz abrasiva como una lana de acero—. Cuántas veces te he dicho que no puedo irme cuando todo el mundo se va. No puedo irme cuando tú quieras. Soy dueño de una empresa, tengo

gastos generales. El dinero no crece en los árboles, sabes. Alguien tiene que hacer las cuentas.

—Lo sé, pero... —Hace una pausa—. ¿Qué es esa marca en tu cuello? ¿Es... es un *chupón*? —Un tono rígido sustituye a su tono cariñoso.

Mis ojos se abren ampliamente y me tapo la boca con más fuerza.

—Fallé en la barra alta durante mi entrenamiento. Me caí, apenas me agarré —gruñe Kova—. Tuve una noche de mierda, Kat. Decidí que era mejor terminar temprano y vine a hacer el papeleo, pero me quedé dormido.

Katja pasó a su lengua materna. De sus labios cayeron palabras como terciopelo que supuse eran términos de cariño.

—¿De quién es el auto que está afuera?

¡Joder! Olvidé por completo que mi camioneta estaba estacionada en la puerta. Realmente espero que esta conversación termine pronto para poder salir de aquí e ir a casa. El problema es que me da miedo salir del edificio sabiendo que Katja puede estar cerca, pero tampoco quiero irme sola a mitad de la noche. De hecho, ni siquiera sé qué hora es.

—¿Qué? —pregunta.

—Hay un auto afuera. ¿Hay alguien más aquí contigo?

—¿A estas horas? No, no sabía que hay un auto allí. ¿Qué aspecto tiene? —pregunta, haciéndose el tonto. Katja lo describe y Kova dice—: Ah, es el de Adrianna. Tuvo un entrenamiento tardío y luego se fue a casa con una de las otras chicas.

—La hiciste trabajar demasiado —dice Katja con simpatía. Casi me rio. Maldita sea, sí que lo hizo.

—Entonces hice mi trabajo. —Kova dice cada palabra con gratificación, y yo sonrío.

—¿Has considerado alguna vez que quizá no tenga tanto talento como crees? —Katja duda—. Que quiera ir a las Olimpiadas no significa que esté capacitada para eso. Parece... no sé la palabra correcta... mediocre.

Me duele el corazón ante su pregunta. Mil tipos diferentes de inseguridades me golpean a la vez y me cuestiono si soy lo suficientemente buena. Quiero irme. Me siento como una intrusa que escucha su conversación y no quiero oír más.

—Nunca pondría mi tiempo y esfuerzo en alguien que sea *mediocre*. Reconozco el talento dado por Dios cuando lo veo, y Adrianna lo tiene. —Kova se pone a la defensiva—. Es brillante, artística e imaginativa. No hay nada ni remotamente *mediocre* en ella. Recuerda mis palabras, es una perla rara que está a punto de brillar en el mundo de la gimnasia.

Me quedo estupefacta que le hable de mí de esa manera a su novia.

—¿Pero cuánto tiempo más me va a robar contigo? ¿Cuánto tiempo más vas a dedicar a este gimnasio por encima de mí? —se queja Katja. Ella nunca entendería lo que significa la gimnasia para gente como Kova y yo—. Debería ser tu prioridad número uno, pero como siempre, soy la última en el tótem.

—En realidad, mucho más —replica Kova—. Un montón de compañeros tienen sesiones extras próximamente, es temporada de competiciones, como sabes. Te lo he dicho cien veces.

—Es tarde. No quería molestarte. —La voz de Katja se suaviza—. ¿Qué tal si nos vamos a casa ahora?

¡Sí! Vete a casa. Qué gran idea.

—Me iré a casa cuando esté listo.

Me burlo de su terquedad.

—¿Qué fue eso? —Oh, Dios. Me muerdo los nudillos.

—¿Qué fue qué? —Kova se hace el despistado.

—Acabo de escuchar un ruido… —Las palabras de Katja quedan en el aire.

—¿Ah, eso? He sido yo. Yo, ah, me estaba ajustando y pateé mi teléfono por accidente.

—Estás excitado. —Su voz adquiere un tono seductor que hace que mi estómago se retuerza con náuseas.

—Sabes que es difícil para mí cuando me despierto.

—Deja que me encargue de eso por ti.

Cierro los ojos y rezo para que se vayan ya.

—No es necesario. Vamos a casa ahora.

—No, insisto —dice ella. Los latidos de mi corazón retumban en mis oídos; de ninguna manera Kova permitirá que ocurra algo sexual, no conmigo en la habitación, ni con mis restos sobre él.

—Katja —gruñe.

—Konstantin. Amor, sabes que todo lo que tienes que hacer es llamarme y yo vendré corriendo.

—Katja —advierte con un gruñido—. Ahora no es el momento.

—¿Desde cuándo? —se burla ella.

—Hablo en serio —le espeta—. Ve a casa y nos encontraremos allí. Solo tengo que cerrar; iré detrás de ti.

Ella se queda callada un momento.

—¿Qué te pasa? —Es la primera vez que escucho a Katja Realmente enfadada—. Hace semanas que no me dejas tocarte así. ¿Ya no me quieres?

Me ilusiono. ¿Kova se mantuvo en abstinencia durante semanas? ¿Por qué?

—No tiene nada que ver contigo. He estado bajo una enorme cantidad de estrés. Estoy sintiendo realmente la presión en este momento. Eso es todo.

Cada palabra es cortante y breve. Si está diciendo la verdad, deseo que se abra a mí como se abre a ella con tanta facilidad. Es como tirar de los dientes para conseguir que se comunique conmigo.

—Actúas como si ya no me quisieras —dice con una nota de abatimiento en su voz. Casi me siento mal por ella. Casi.

Suspira profundamente.

—Sabes que no es así. Es que tengo muchos asuntos pendientes.

—Ha pasado un tiempo para nosotros y te necesito —vuelve a quejarse. Deseo que deje de hacerlo.

—No, ahora no es el momento.

—¿Acabas de apartar mi mano? —dice, enfurecida. Me quedo boquiabierta. ¿Alejar su mano de qué exactamente?

—Sí, lo hice. Ahora vete a casa, Katja, pronto estaré allí.

—No entiendo por qué ahora no es el momento. Dices que no soy yo, pero no me dejas tocarte ni darte la liberación que tanto necesitas. Me ignoras durante horas, te quedas en el trabajo hasta tarde, llegas a casa cuando estoy durmiendo y te vas antes que me despierte. Para una mujer, las señales están todas ahí, Konstantin.

—No hay nada, te lo prometo, cariño —dice él, suavizando la voz—. Estás dándole demasiada importancia.

No hay nada. La nada soy yo. Yo no soy nada. No soy ingenua, sé que no puede decir otra cosa, pero la forma en que lo dijo me hace doler el corazón en cien lugares diferentes.

—Trabajas tan duro... Solo quiero ayudarte —se ofrece, y el crujido que escuché hace unos momentos regresa—. Te amo, lo sabes.

—Sé que lo haces, y te amo. Por favor, vete. Déjame cerrar y te seguiré justo después.

Katja cambia al ruso. Justo cuando creí que la había convencido para que se vaya, oigo los inconfundibles sonidos de la ropa arrastrándose, un leve gemido y un sonido para el que no estoy preparada.

Sorbos. Un sorbo húmedo y descuidado. Se me revuelve el estómago y trago la bilis que tengo en la garganta.

Esto no puede estar pasando.

—Sabes diferente —dice. Palidezco ante la repugnancia de su voz. Esta vez me siento realmente mal por ella. Me está lamiendo de él y no lo sabe.

—Sudo mucho mientras hago ejercicio. ¿Qué tal si esperamos hasta que llegue a casa para ducharnos y luego podemos continuar donde lo dejamos, sí?

—No me importa —dice ella con dulzura—. Esto es solo un poco de lo que está por venir.

—Katja, por favor —suplica.

Tras un momento de silencio, oigo un largo sorbo y un estallido, seguido de un gemido incoherente que tuvo que salir de ella.

—Katja... —gruñe, su voz es profunda y gutural.

Tengo que ver por mí misma lo que le hace. Si está de rodillas como supongo, entonces estará de espaldas a mí.

Me asomo por una esquina del escritorio, con cuidado de no hacer ruido.

Kova está en el sofá con las piernas abiertas y Katja entre sus muslos. Como si se diera cuenta que lo estoy mirando, levanta la vista y la cruza con la mía.

Un profundo suspiro sale de sus labios y se hunde más en el sofá. Su boca se abre en señal de felicidad.

—Sí —dice, y empuja su cabeza hacia abajo. Él bombea sus caderas con más fuerza en su cara, sin romper el contacto visual conmigo. Los gemidos de ella llenan la habitación y sus uñas se clavan en los muslos de él casi en los mismos lugares donde se veían mis marcas.

Kova le retuerce el cabello y aprieta los dientes. La expresión de su rostro se encuentra en un punto intermedio entre el remordimiento, el placer y la culpa. Lo único que impide que me derrumbe es el hecho que no es carnal como lo es conmigo, y eso me consuela. Sin embargo, no hay forma de ocultar el dolor que se refleja en mi rostro, y se lo hago ver.

Tres empujones más, y luego Kova tira de la cabeza de Katja hacia atrás.

—¡No puedo hacer esto, joder! —brama y vuelve a meter la polla en los pantalones. Katja se limpia la boca y ambos se ponen de pie.

Yo retrocedo y vuelvo a mi oscuro agujero y espero.

—Para el tiempo que ha pasado, me sorprende que seas capaz de aguantar ahora mismo —musita Katja, y puedo oír la sonrisa tímida en su voz.

—Por favor. No debería sorprenderte.

—Hmm... —dice, como si estuviera recordando algo en su mente.

Kova se corrió dos veces antes, su semen sigue dentro de mí después que le rogara que termináramos juntos. Dios... No sé en qué estaba pensando. Pierdo el sentido común cuando estamos solos.

Sus pasos se acercan. Mi corazón se acelera y contengo la respiración.

Algo se arrastra por el escritorio sobre mi cabeza y escucho el tintineo de las llaves.

—Toma tus cosas y vamos —murmura Kova en voz baja—. Date prisa, Katja. Tienes lo que querías, como siempre, —exclama. Luego ambos salen de su despacho.

Me entierro en el suelo, sujetándome el estómago y luchando contra las lágrimas. Me tiembla la mandíbula y hago rodar los labios entre los dientes, moqueando. Me quedo hecha un ovillo tratando de fingir que esto nunca sucedió. Que las palabras que Kova pronunció antes, con su toque apasionado y sus palabras persuasivas, lo que compartimos, y lo que acabo de presenciar, no es más que un producto de mi imaginación. Por lo demás, yo soy esa chica estúpida que nunca aprende y siempre vuelve con el chico que destroza su corazón una y otra vez. Y eso no me gusta. Ver a Katja de rodillas frente a Kova me disgusta, pero ver cómo se complacía conmigo mientras los miraba es algo que no puedo procesar. Me duele, eso lo sé, pero este es un tipo de dolor más profundo que está muy arraigado. No sé cómo llamarlo ni cómo explicarlo.

Permanezco escondida bajo su escritorio el tiempo suficiente para revolcarme en la autocompasión antes de tener el valor de asomar la cabeza. Me pongo rápidamente el leotardo y espero un poco más antes de dirigirme a la puerta. Me pongo de pie y agudizo el oído para escuchar cualquier pequeño sonido. El teléfono de la mesa de Kova suena con fuerza, el sonido estridente me hace saltar.

No hay ninguna razón para que alguien llame a estas horas de la noche, así que supongo que es Kova dándome una señal para que me vaya. Huyo de su despacho y corro al gimnasio, donde dejé mi bolso. Luego me pongo el chándal y salgo corriendo hacia mi Escalade.

Saqco el celular del bolso y veo que tengo dos mensajes de texto de Kova:

Entrenador: *Tienes el camino libre para irte.*

Entrenador: *Por favor, perdóname.*

Son las dos de la mañana cuando llego a casa. Desesperada y mareada, me doy la ducha más caliente que mi piel puede soportar mientras lloro bajo el chorro de agua.

La noche fue muy buena en un momento dado, pero luego dio un giro drástico. En el fondo, no creo que Kova fuera a infligirme dolor a propósito, no después de cómo habíamos estado juntos. Pero seguro que tampoco se esforzó por detenerla, sobre todo cuando me miró fijamente.

Salgo de la ducha y me seco. Sin preocuparme por la ropa, me meto entre las sábanas desnuda. Las lágrimas siguen corriendo por mi cara mientras me llevo el edredón a la barbilla. Esta noche había destrozó partes de mí que no sabía que eran tan frágiles. Mi mente sigue reproduciendo la imagen de Katja de rodillas, las manos de Kova en su cabello y sus ojos en mí. Mis emociones son un desastre, y sé que nunca podré hablar con Kova de esto, porque hablar de eso significará tener que revivirlo. La verdad es que ni siquiera sé si quiero hablar con él. No hay nada que pueda decir o hacer para que el dolor desaparezca.



Capítulo 27

Papá siempre había dicho que si querías que algo estuviera bien hecho, debías hacerlo tú mismo.

Y eso es exactamente lo que estoy a punto de hacer.

Me siento de una forma rara después de la noche anterior.

Después de haber tenido intimidad con Kova, más de una vez, y haberlo escuchado abrir una parte de su corazón y confesar lo que sentía por mí, y luego ver cómo Katja se la chupaba mientras yo me escondía, estoy hecha un lío. Mis pensamientos están en todas partes. No sabía si quería reír o llorar. Creo que lo mejor es dejar pasar lo sucedido y seguir adelante.

Me tomo cuatro Motrin y me preparo una taza de café. Correr con solo un par de horas de sueño es una idea estúpida. Estoy exhausta y mentalmente agotada, pero aparto esos pensamientos. Vestida y fuera de mi apartamento en apenas treinta minutos, me dirijo al gimnasio para acondicionarme sola. Esa es otra cosa... no habíamos terminado de hablar de las clases extra antes que las cosas pasaran de cero a sesenta en un abrir y cerrar de ojos. Todavía no estoy segura de sí a él le parece bien que yo fuera o no, pero planeo ir a pesar de todo.

Me inclino hacia el asiento del copiloto, busco en mi bolso el teléfono sin perder de vista la carretera. Lo tomo y, tras un rápido vistazo, voy a mis favoritos y pulso sobre Avery. Quiero a mi mejor amiga.

Contesta... Contesta... Contesta... Canto para mí misma. Cuando no contesta la primera vez, lo intento por segunda vez sin éxito.

Me detengo en un semáforo en rojo y le envío una serie de mensajes de texto, quejándome de su ausencia y desahogándome al mismo tiempo.

BFF: *¡WTF! Son las 5 de la mañana. Ese entrenador tuyo trae más problemas de los que vale. Piensa en él como en un cangrejo de río... muérdele la cabeza y chúpalo, y luego deshazte de él.*

Eso fue todo lo que recibí de ella. Una maldita referencia a un cangrejo de río. Es cierto que es muy temprano, pero yo siempre había estado ahí para ella, pasara lo que pasara.

Con el ceño fruncido, dejo caer el teléfono en el portavasos, y conduje hasta World Cup.

Todavía está muy oscuro cuando entro en el estacionamiento. No es de extrañar, no hay más autos que el mío. ¿Qué lunática va a entrenar como si fuera una olimpiada en su día libre y antes del amanecer?

Yo.

Me bajo rápidamente, coloco mi código en el teclado y entro, asegurándome que la puerta se cierra tras de mí, aunque tiene un mecanismo de cierre automático.

Como no hay nadie más, llevo mi celular al gimnasio y pongo en marcha mi lista de reproducción. Siempre empiezo a estirar como me enseñó Kova. El hombre sabe lo que hace, aunque a veces sea un imbécil.

De acuerdo. *La mayoría de las veces*.

—*Bozhe moi*[7]. Tú y esa horrible música tuya.

Salto, mi corazón casi explotando por mí.

—¡Jesús, Kova! —grito y me agarro el pecho, luego apago mi música—. ¿Por qué nunca puedes hacer algo de ruido antes de entrar en una habitación?

Deja de caminar y me mira como si acabara de hacerle la pregunta más tonta de la historia de las preguntas.

—Es mi gimnasio. No necesito hacer nada de eso.

—Sí que lo necesitas. Un día le vas a dar un ataque al corazón a alguien. —Me levanto y me arreglo los pantalones cortos que se me han subido. Como

[7] Bozhe moi. Dios mío en ruso.

supuse que estaría sola en el gimnasio, opté por ponerme un sujetador deportivo y unos mini shorts. Rascándome la nariz, pregunto:

—¿Qué haces aquí?

Se pasa una mano por el cabello.

—Estoy aquí para ayudarte.

—Pero parecías tan contrario a cualquier trabajo extra. ¿Por qué has venido?

—Porque me necesitas.

—No estoy haciendo mis rutinas, así que no te necesito para el acondicionamiento. Puedo hacerlo yo misma. No es difícil.

Inclina su cabeza hacia mí y su voz se suaviza, incluso juguetona.

—Sí, lo necesitas. Me necesitas. Admítelo.

No voy a dejar que me distraiga. Estoy cansada de las idas y vueltas de nuestra relación, y todavía estoy furiosa por cómo terminó la noche anterior.

—El único momento en que te necesito es durante los entrenamientos, sabes que tengo razón. Además, seguro que a Katja no le hace gracia que estés aquí después de lo que oí anoche. —Me deshago la coleta y me sacudo el cabello, luego lo vuelvo a recoger.

Kova inclina la cabeza y se acaricia el vello oscuro de la mandíbula. Sus ojos buscan en el suelo.

—Adrianna, creo que deberíamos...

Levanto la mano, preparándome para lo que vendrá.

—Sé lo que vas a decir, y no quiero hablar de eso. Olvidemos que sucedió, ¿de acuerdo? Es lo que es.

Los músculos de su rostro se tensan.

—¿Qué podrías decir de todos modos? ¿Perdón por permitir que Katja te chupara la polla delante de mí? Sí. No, gracias. —Dejo escapar una dura carcajada y me alejo.

—*Ria.*

—Déjalo. Deberías irte a casa, Kova. Pasar tiempo con Katja. Los dos sabemos que solo pierdes el tiempo aquí cuando puedes pasarlo mejor con tu novia.

Me sigue de cerca.

—No es probable. Quiero asegurarme que estás trabajando los músculos correctos con precisión. No quiero que todo el trabajo que puse en ti se deshaga porque tuviste que ir y ser terca.

Él conoce todos los botones correctos para presionar.

—No soy terca. Soy impulsiva. Terca suena como si te refirieras a una niña, y eso no me gusta.

—Entonces no actúes como una y no tendré que hacerlo —replica, luego me agarra del codo y me hace girar—. Igual que cuando sacas el tema de Kat. Suenas como una ex obsesionada y celosa. No es muy apropiado para ti.

Me quedo boquiabierta. No acaba de decir eso.

—Sabes, a veces eres un idiota. —Le doy la espalda.

—¿A dónde vas? —pregunta, ignorando mi comentario. Probablemente ya está acostumbrado.

—A trabajar.

—Vas en la dirección equivocada. La barra de equilibrio está hacia la dirección contraria.

Sigo caminando y vuelve a repetir lo mismo, y luego añade:

—La viga es tu punto débil y donde tenemos que centrarnos primero. —Su voz es firme y llena de autoridad; no puedo ignorarlo.

Girando sobre mis talones, camino hacia él. Me tiende la mano con una cuerda de saltar delante de las vigas de equilibrio. Miro hacia abajo, confundida, y luego vuelvo a mirarlo.

—¿Qué quieres que haga con eso?

—Súbete a la viga y salta la cuerda cien veces. Si te tambaleas una vez, vuelves a empezar.

Mis cejas se encontraron con la línea de mi cabello.

—Eres muy extraño. —Tomo la cuerda para saltar y me subo a la viga. Con 10 centímetros de ancho, podía hacer fácilmente volteretas de pie y conectar una serie de habilidades tanto hacia adelante como hacia atrás. ¿Y él quería que saltara la cuerda? Esto será pan comido.

Respiro hondo y giro la cuerda, saltando ligeramente las primeras veces para acostumbrarme.

—Bloquea las rodillas —me ordena.

Empiezo a contar.

—Ojos arriba. Los hombros hacia atrás. Mantén la postura recta. ¿Sabes por qué te hago hacer esto?

—Nnn...

—Vuelve a empezar.

Me detengo y lo miro con un pie en la viga.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Te has tambaleado y has doblado las rodillas. Vuelve a empezar.

Las rodillas. Gruño en el fondo de mi garganta y comienzo a saltar de nuevo. Centro mi mirada delante mío. Mi mente se dirige inmediatamente a Kajta de rodillas. Todavía estoy enfadada por lo de anoche, pero intento que eso no afecte a mi práctica. Kova se queda en silencio unos instantes antes de decir:

—Esto hará trabajar el núcleo de tu cuerpo y te ayudará a golpear la viga con las piernas rectas. También mantiene tu concentración. —Hace una pausa y añade—: No gires los pies hacia adentro, mantenlos hacia adelante.

Para mí es una reacción natural girarlos hacia adentro. Me siento más segura, como si tuviera un mejor agarre en la barra, pero también sé que puede costarme.

Termino la primera serie de forma correcta con un ligero ardor en los muslos. Nada malo, sin embargo, y no me quedo sin aliento.

—Ahora salta la cuerda viajando hacia adelante y hacia atrás. Esto mantendrá tu cuerpo alineado y tu concentración centrada en lo que estás haciendo.

—¿Cuántas veces? —pregunto entre salto y salto, mis palabras son cortas y apretadas.

—Cincuenta en cada sentido.

Esto es mucho más complicado de lo que esperaba. Como dijo Kova, tengo que concentrarme estrictamente en la viga y en la forma de saltar… piernas rectas, cuerpo firme, caderas cuadradas. Me tambaleo un par de veces al ir hacia atrás y maldigo a Johnny en voz baja.

Johnny es el nombre que Avery le puso a la viga después que me cayera dos veces en un día. Dijo que si la madera me estaba jodiendo, había que ponerle un nombre. La viga de equilibrio es ahora conocida como Johnny Depp para Avery.

—Aprieta, Adrianna. Aprieta tus muslos y tu trasero. Todo tiene que estar firme para que no te balancees. Cuanto más te sujetes, menos te caerás. No puedes aflojar ni un segundo. No quiero ver que nada se mueva en ti. Mantén la concentración. —Hace una pausa—. Por cierto, tu madre me hizo una llamada ayer. Es una mujer encantadora. Tan preocupada por su hija.

Me detengo y miro hacia abajo, dejando salir un flujo de aire que no me había dado cuenta que estaba reteniendo.

—Eh, sí. Vuelve a empezar.

Lo ignoro. No puedo creer que mamá lo llamara.

—¿Qué ha dicho?

—Vuelve a empezar.

—¿Qué ha dicho, Kova? —Lo empujo, chocando con él. Probablemente le parezco una psicópata, pero se mantiene firme y no habla hasta que empiezo de nuevo. Resoplo en voz baja y salto. Típico de Kova. Siempre tiene que salirse con la suya. Mi entrenador es un hombre exasperante.

—Solo que quería saber cómo estaba su preciosa hija. Le dije que lo estabas consiguiendo, pero que aún te queda un largo camino por recorrer.

Entrecerré los ojos.

—Por supuesto que sí. ¿Qué más?

—Me dijo que estaba preocupada por tu dieta y que quería asegurarse que estabas comiendo alimentos nutritivos. Mencionó que cuando fuiste a casa

para las vacaciones te dejaste llevar y comiste todo lo que estaba a la vista. Quería asegurarse que no seguías por el mismo camino. Algo sobre que tuviste que comprarte ropa nueva porque la antigua no te quedaba bien.

Mis latidos se aceleraron y mis labios se separaron. La animosidad en sus palabras suena como una sirena en mi cabeza de cosas que me había dicho y que hice mal a sus ojos. La humedad se acumula sobre mi labio superior. Agarro con más fuerza las asas de la cuerda de saltar, mi piel ardiendo contra el plástico. Salto más rápido y con más fuerza.

Kova sigue hablando, pero yo solo capto el final de algunas palabras. No estoy procesando nada de eso. Lo único en lo que puedo concentrarme es en el hecho que mi mamá lo había llamado e inventado mentiras, y él escuchaba como una buena ovejita. Llevó la venganza a un nivel completamente nuevo y tengo que preguntarme por qué intenta en vano sabotear mi carrera en la gimnasia. Quiere arruinarme por el simple hecho de arruinarme. Es la única razón plausible que se me ocurre y un lado de ella que aún no he visto. Yo soy su hija, ella es mi madre. No entiendo su actitud hacia mí.

Un pinchazo me desinfla el pecho y mi respiración se hace más agitada. Bajo la velocidad hasta que me detengo por completo. Mis brazos caen a los lados y me quedo plantada con un pie colocado ligeramente delante del otro, mirando en un trance inexpresivo a la nada, pero sintiendo todo.

Un grito ahogado sale de mis labios y tiro la cuerda al suelo. Kova retrocede bruscamente. Se me llenan los ojos de lágrimas y me duele el corazón, no porque esté triste, que lo estaba, sino más bien porque estoy furiosa y llena de resentimiento porque mi propia madre se empeña en hacerme daño a propósito. Bajo de un salto, cierro los puños y los dejo caer sobre la barra de equilibrio con toda la fuerza que puedo. Empujo a un lado de la misma, tratando de derribarla, impulsando mi peso contra ella, lo que nunca podría suceder. Es demasiado pesado, pero se siente bien luchar contra algo.

—¡Dios! ¡La odio! La odio con todas mis fuerzas.

—Oye —dice Kova en voz baja, acercándose por detrás de mí, pero no puedo detenerme.

—¡No la soporto! No importa lo que haga, nunca es suficiente. Nunca comí de más, y me compré ropa nueva porque perdí peso. Porque teníamos fiestas estúpidas a las que ella me obligaba a asistir. Es tan mentirosa. —Me mantengo de espaldas a Kova para que no vea las lágrimas en mis ojos—. Y tú le seguiste el juego, haciéndome parecer como si no tuviera remedio, como una aficionada que aún necesita años de trabajo, y que incluso eso podría no

ser suficiente. Le diste exactamente lo que quería y se alimentó de eso, sé que lo hizo. Ella lo tiene todo contra mí, siempre lo ha hecho y siempre lo hará. Nada de lo que haga estará bien para ella.

Una lágrima gorda se desliza por el rabillo del ojo y me alejo. No doy más que unos pocos pasos cuando Kova me agarra el brazo.

—Para —dice con suavidad—. *Ria*, le dije que aún te queda camino por recorrer porque la verdad es que aún no estoy preparado para dejarte ir.

No sé cómo responder a eso.

—Solo dame unos minutos, Kova. —Aparto mi brazo y empujo su pecho—. Vuelvo enseguida.

Kova me agarra la muñeca.

—Para. Escúchame.

Sacudo la cabeza.

—Por favor, déjame un segundo y estaré bien.

—Adrianna.

—¡Kova! ¡Solo déjame en paz! —grito.

Pero no lo hace. Kova me jala hacia su pecho e inmediatamente lucho contra él.

—Sácalo —dice. Lo empujo y lloro más fuerte, dándole todo lo que puedo. Odiaba que me hiciera esto y lo apreciaba al mismo tiempo—. Pelea más fuerte, pégame si es necesario, pero sácalo. —Me debato entre el llanto y los empujones, pero Kova no me suelta, y algo en mí se quiebra.

Mis esfuerzos disminuyen, me cubro el rostro y dejo que las lágrimas fluyan. Lo derramo todo contra su pecho. Todo lo que había retenido durante el último año. Desde mi mamá y sus halagos, hasta el riguroso entrenamiento que exigí a mi cuerpo, pasando por la aventura ilícita que tengo con mi entrenador. Lloro por todo, y él me deja.

—Shhh... déjalo salir —dice Kova, frotando círculos relajantes en mi espalda—. Está bien.

Cuando mis llantos y mi hipo se calman, moqueo y expulso una enorme bocanada de aire. Siento que me he quitado un peso de encima y que puedo volver a respirar.

Retrocediendo, Kova intenta levantarme la barbilla, pero yo mantengo la mirada fija en el suelo. Estoy demasiado avergonzada. Para empezar, no me gusta llorar y, desde luego, no quiero mostrarle mis lágrimas. Las lágrimas muestran debilidad, y yo no soy débil.

Intenta levantarme la barbilla de nuevo, y cuando no cedo, suspira y se arrodilla para quedar a mi altura.

—Idiota. —Se me escapa una risita triste—. Siempre encuentras la manera de conseguir lo que quieres.

Me sujeta un lado del rostro y me seca unas cuantas lágrimas. Es dulce, pero preocupado, y lo aprecio.

—Deja de llorar. Ella no merece tus lágrimas.

—No lloro porque esté triste, Kova.

—Sé que no lo estás.

Trago saliva.

—¿Cómo lo sabes?

—Paso más tiempo contigo que con ella. ¿Crees que no te conozco a estas alturas? —pregunta y me mira fijamente—. Sé más de ti de lo que crees. —Una esquina de su boca se levanta—. Observo tu forma de caminar, de hablar, lo mucho que trabajas, tu dedicación con cualquier cosa que te propongas. —Sus ojos se suavizan al continuar—. Sé que la entonación de tu voz se eleva durante ciertos temas que te apasionan. Tus ojos se iluminan u oscurecen dependiendo de tu estado de ánimo. Ni siquiera necesitas hablar para que yo sienta tus emociones. Tienes mucha compasión en tu interior. La veo. Te veo, Adrianna.

La honestidad en sus ojos verdes me asfixia. Asimilo todo lo que dice y me aferro a sus palabras. Me aferro a ellas mientras me insuflan vida.

Él me vio.

No solo como un entrenador que busca pulir los defectos de su atleta, o de una manera carnal llena de deseo sexual. Me ve en un nivel personal totalmente diferente. Se preocupa por mí y quiere verme florecer. Me presta

atención a mí y a mis necesidades, tanto en la colchoneta como fuera de ella. No mira por encima de mí.

—Iba a preguntar cómo estaban las cosas con tu madre desde Año Nuevo, pero supongo que ahora no hace falta.

—¿Sabes lo que mi mamá solía decir si lloraba? —pregunto. Niega con la cabeza—. Llorar te da arrugas. No se me permitía llorar, al menos no en su presencia.

Kova aparta unos mechones de cabello que se han caído de mi coleta.

—Aunque no estoy seguro de esa teoría, prefiero que no llores, simplemente porque no puedo hacer nada para ayudarte. Ningún hombre sabe qué hacer cuando una mujer llora. Somos criaturas inútiles cuando eso ocurre. —Me sorbo los mocos y cierro los ojos para contener las lágrimas—. Usa tu ira y tu frustración como combustible, *Ria*. Conviértela en tu energía. No dejes que te deprima, eres mejor que eso. Haz que se coma sus palabras. —Hace una pausa y luego dice en voz baja—: Demuéstralo. Demuestra que está equivocada y no dejes que gane.

Quiero abrazarlo desesperadamente. Lo necesito.

—Te encanta decir eso, ¿verdad?

Se encoge de hombros, su rostro se suaviza junto con sus ojos.

—Tiene un gran impacto, ¿sí?

Suspiro.

—Supongo que sí.

—Bien.

Kova se levanta y me mira. Se acerca lo suficiente como para que su cuerpo quede pegado al mío, me toma la nuca con ambas manos y sus pulgares me rozan la mandíbula. Mis brazos se envuelven automáticamente alrededor de su espalda y lo abrazo con fuerza, consiguiendo el abrazo que tanto necesito.

—Que conste que nunca le daría a nadie munición para usarla contra ti. Jamás. Recuérdalo. —Baja la cabeza—. Ahora vuelve a subir a esa viga y demuéstrame de qué estás hecha. Hazlo con determinación, hazlo con intención. Usa tu cuerpo y demuestra a todos que lo quieres sin tener que pronunciar una palabra. —Kova juega un par de veces con mi cola de caballo,

haciendo girar mis gruesos mechones alrededor de su puño, y luego soltándolos—. Tu silencio será tu éxito.

Asiento. Antes que pueda reaccionar, Kova me da un beso en la frente y se aparta.

Tiene razón. Tengo que ser silenciosa pero fuerte si quiero salir airosa. Me mira con esperanza y confianza, y luego se aleja.

La fuerza no proviene de lo que uno puede hacer, sino del poder que hay en el corazón, una determinación sin igual para prosperar.

A veces necesito que alguien me lo recuerde.



Capítulo 28

Los músculos de mis muslos están tensos, ardiendo de tanto saltar a la cuerda.

Como pequeñas hormigas de fuego que suben por mis pantorrillas y se meten en mis piernas. Quiero parar y hacer un pequeño descanso, pero sé que si lo hago solo lo lamentaré. En lugar de eso, centro mis ojos en el muro y lo soporto. Respiro larga y tranquilamente y sigo adelante hasta llegar a los trescientos saltos. Me detengo en el último y exhalo con fuerza, con la espalda encorvada. Aquello fue mucho más difícil de lo que esperaba.

—No. De ninguna manera. Haz otra serie.

—¿Qué? ¿Por qué? —grito, mirándolo con mala cara. El entrenador Kova había vuelto y estaba loco. No, estaba demente. Yo ya lo sabía. Se había ido el sentimental Kova, y en su lugar estaba el entrenador imbécil. Acabo de completar trescientos saltos más de los que pedía y quiere otra serie.

—No se termina mostrando agotamiento —me grita con fuego en los ojos—. Terminas como si no te costara nada. Como si fuera un paseo por la playa. No como si fueras un gato moribundo. Aguántate y vuelve a hacerlo.

Un gato moribundo. Kova puede patear piedras. Me trago mis palabras, no es fácil, pero me las arreglo y hago lo que me ordena como si no me costara trabajo. Después de todo, prometí no responder.

—¡Dedos!

Murmura en ruso en voz baja.

—Recuerda respirar bien.

Un calambre resuena en el arco de mi pie. Me muerdo el interior del labio y contengo la respiración, cegada por la molestia. Palpita con fuerza y quiero detenerme un segundo para flexionar el pie. El espasmo se ondula,

apretándose y contrayéndose en una dura bola. Aprieto los dientes para ignorar el dolor y hago una nota mental para beber más agua. Al final de otra serie, una ardiente quemadura vibra en cada hendidura de mis abdominales. La gimnasia es una actividad de fuerza central, así que, independientemente del ejercicio que realice, tengo que usar el estómago para equilibrar el centro y mantener el cuerpo tenso.

—¿Ves? ¿Era tan difícil? —pregunta Kova—. Salta hacia abajo.

—Tengo un calambre en el pie.

Me mira, desconcertado.

—¿Y? ¿Qué quieres que haga por un calambre? ¿Cuidarte? Bebe más agua y cuida tu dieta. Fortalécete. —Antes que pueda replicar, dice— Date la vuelta y ponte de cara a la viga. Mete los dedos de los pies por debajo y dobla las rodillas.

Nada más que órdenes de este hombre. No le mataría ser educado de vez en cuando.

Hago lo que me pide y me sujeto a la viga para estabilizarme. Kova se acerca por detrás de mí, me pone las manos en los hombros y me empuja hacia abajo. Mis muslos se endurecen y se flexionan para sostenerme, rebotando ligeramente. Utiliza la punta de su pie para presionar mi talón y empujarlo hacia adelante para extender el arco y estirarlo. Hace esto repetidamente en ambos pies. Sorprendentemente, no me duele en absoluto. El tirón se siente bien. Yo soy uno de esos atletas raros a los que les gustan los estiramientos y el acondicionamiento.

—Bien. Ponte de pie y gira de lado. Quiero que coloques tus manos alrededor de tu pie y lo extiendas hacia arriba. Mantenlo ahí. —Una vez que mi rodilla está plana contra mi pecho, se acerca—. Eventualmente haremos esto en la viga, pero por ahora lo trabajaremos en el piso. Bloquea la rodilla y luego releva. Queremos que tus caderas estén cuadradas pero relajadas. No queremos ninguna tensión. Te sorprendería saber cuántas gimnastas tienen caderas débiles, cómo sus saltos y brincos no son un ochenta. Como saben, se restan puntos por cualquier cosa que no llegue a un ochenta. Esto nos ayudará con eso.

Mantener esta posición es mucho más difícil de lo que pensaba. A menos que estuviera en la viga conmigo, no estoy segura de poder hacerlo. Se necesita un control total. Me balanceo hacia un lado, pero Kova me atrapa. Me da una palmada en el muslo, aconsejándome silenciosamente que me apriete, y presiona sus dedos en mi piel para mantenerme firme. Se inclina

hacia mí para que su cuerpo quede al ras del mío, y me presiona el glúteo para abrirme la cadera, luego me inclina hacia adelante, sin dejar de sujetarme.

Cuenta hasta cinco antes de cambiar de pierna. Luego volvemos a completar los ejercicios, esta vez en un arabesco con la pierna extendida detrás de mí y el pecho hacia adelante, y luego con la pierna a mi lado casi tocando mi oreja. Una vez que hice las tres posiciones, Kova me hace trabajar en orden con él dirigiéndome todo el tiempo. Se asegura que mis caderas estén dentro y mis piernas bloqueadas. Cada tirón y estiramiento mejora mi rango de movimiento y flexibilidad. Cuando los terminamos, me siento fantástica.

—Bien. Ahora ponte en la barra baja y levanta los brazos. —Kova se coloca detrás de mí y mantiene un pie en cada lado de la viga. La viga baja es el aparato perfecto para poner a prueba las nuevas habilidades, ya que solo se eleva del suelo unos pocos centímetros.

—Vas a hacer un salto de estiramiento. La clave del salto es mantenerte firme y recta porque voy a girar tu cuerpo rápidamente. Si estás floja, te balancearás y me golpearás, y dado que hoy me estoy esforzando por ayudarte, me gustaría evitarlo. No te voy a decir hacia dónde te voy a girar, solo mantente firme y trata de aterrizar en la viga.

Asiento.

Las manos de Kova encuentran mi cintura desnuda y me dan un pequeño apretón. Sus dedos presionan suavemente mi piel y su aliento recorre mi nuca. Me vienen a la mente los recuerdos de la última vez que había llevado solo pantalones cortos y un sujetador deportivo al gimnasio. También entonces había sido un domingo y no había nadie; tenía el lugar para mí sola. Estaba en la sala de baile perdida con la música cuando él apareció. La temperatura de mi cuerpo sube mientras sigo pensando en aquella noche. Lo que empezó como Kova insistiendo en que todo lo que hacía estaba mal, como era típico entonces, desembocó en una de las noches más inesperadas y eróticas de mi vida que abrió la puerta prohibida.

Me había besado en lugares donde nunca lo había hecho. Me había tocado con destreza y me había proporcionado un placer tan intenso que tuve que preguntarme si era normal. La humedad se forma entre mis muslos mientras mis pensamientos se dispersan. Para él sería fácil deslizar sus manos hacia mi pelvis y deslizar sus dedos en mis pantalones cortos. Me inclinaría hacia él, donde me acariciaría el cuello y me llenaría la mandíbula de besos húmedos. Luego, se acercaría a mi espalda y le acariciaría la polla hasta que

se pusiera dura como una roca. Exhalo un suspiro silencioso mientras el latido sigue creciendo y lo imagino inclinándome sobre la barra de equilibrio. Me encantan sus manos sobre mí. El modo en que era preciso con cada toque, cada roce, meticuloso sobre dónde iban sus manos.

Una palmada en el culo me hace saltar. Bajo los brazos y me giro para mirar a Kova.

—¿Por qué demonios fue eso? —digo.

Chasquea los dedos repetidamente delante de mi rostro.

—Te he estado llamando por tu nombre, pero me estabas ignorando. Estabas en el país de la lava y esa era la única forma de llamar tu atención.

Aprieto los labios e intento no reírme.

—¿El país de la lava, Kova? No acabas de decir eso.

—De acuerdo, está bien. Estabas soñando despierta.

—¿Así que pensaste que la única manera de llamar mi atención era pegándome?

Kova me mira con malicia.

—No exageres. No te he pegado, solo te he dado un toque. Tu atención estaba en otra parte cuando debería estar centrada en mí, en lo que te estoy diciendo que hagas. Nada más. ¿Por qué tengo que recordártelo constantemente? ¿Estoy perdiendo el tiempo?

Estoy segura que mi rostro se puso diez tonos de rojo por lo caliente que está. No sabía que tenía toda mi atención, solo que no de la manera que él esperaba.

—Mi atención estaba en ti, lo juro. No volverá a ocurrir.

El silencio entre nosotros se espesa mientras Kova me observa. Es un hombre intuitivo y a veces eso me preocupa. *Ve demasiado.*

—Eres una mentirosa terrible.

Me muevo para colocarme de nuevo frente a él, dándole la espalda.

—No miento, pero lo que tú digas.

—Estoy seguro que ese murmullo tuyo vino acompañado de un clásico giro de ojos.

Vuelve a colocar sus manos en mi cintura, y yo vuelvo a levantar los brazos para que estén cerca de mis orejas. Justo antes de levantarme, digo:

—Algo así como cuando hablas en ruso. Supongo que nunca sabrás lo que estaba pensando, al igual que yo nunca sabré lo que estás diciendo. —En el momento en que las palabras salen de mis labios, me hace girar muy rápido y me detiene justo delante de él para completar una media vuelta. Su mano se posa en mi estómago para equilibrarme. Exhalo una bocanada de aire hacia el rostro de Kova. Los dedos de mis pies se enroscan alrededor de la viga de 10 centímetros con fuerza para no tambalearme.

Aprieto los labios. El dorso de su mano toca mi estómago y me flexiono. Su atención se traslada a mis brazos y me da una palmada en el bíceps. No me di cuenta que me había soltado cuando me hizo girar. Endurezco el brazo flojo y también el estómago. Está en la rutina, y me encanta cuando es así. No tiene pensamientos ilícitos como yo. Está haciendo su trabajo y lo hace bien.



Capítulo 29

Hago muchos medios giros más antes de pasar a los giros completos.

Los primeros medios giros me sorprenden, y mi pierna sale volando hacia un lado una o dos veces. Me quedo sin fuerzas. Kova me estabiliza y un segundo después volvemos a movernos. Los dos permanecemos en silencio, excepto por el conteo de Kova. Cuando salto, él me sacude tanto a la izquierda como a la derecha, ya que los requisitos para la viga de equilibrio exigen que los elementos giren en ambas direcciones. Naturalmente, yo favorecía un lado más que el otro, todas mis volteretas empezaban con la pierna izquierda, pero en la gimnasia hay que trabajar ambos lados para que cuente. Una vez que está satisfecho, me hace subir de nuevo a la barra alta y completar el ejercicio sin él. Unas cuantas veces tiemblo, pero lo consigo y por suerte no me caigo. Las volteretas hacia atrás y hacia adelante son pan comido en la viga de equilibrio, pero cualquier giro, brinco o salto es otra cosa, y no hay gimnasta que no se tambalee. Siempre son los malditos giros los que inevitablemente nos afectan.

—Bien, vamos a descansar para tomar un poco de agua, usar el baño si lo necesitas. Vuelve aquí en dos minutos.

Asiento y me dirijo al baño de mujeres para hacer mis necesidades rápidamente. Luego tomo una botella de agua de mi bolso de lona, doy un buen trago y la vuelvo a tapar. Oír y sentir el movimiento de cualquier líquido en mi estómago me molesta. Solo necesito lo suficiente para aguantar hasta llegar a casa.

Vuelvo a la barra de equilibrio y veo a Kova paseando por la pista con el celular pegado a la oreja. Habla en su lengua materna. Aunque no entiendo nada de lo que dice, el ascenso y descenso de sus palabras, el tono mordaz, la mirada endurecida de su rostro y sus nudillos blanqueados me indican que está discutiendo de nuevo con su novia. Probablemente porque está aquí conmigo.

La voz de Kova se alza una última vez antes de apartar el teléfono y colgar. Puedo oír su voz aguda hasta el último segundo. Respira profundamente y suelta un suspiro desgarrado cuando su teléfono empieza a sonar de nuevo. Lo silencia y lo deja caer al suelo boca abajo.

Me pongo de pie junto a la barra de equilibrio, balanceando despreocupadamente una pierna hacia adelante y hacia atrás mientras espero incómoda. No hay nada que pueda decir para mejorar su situación, principalmente porque no tengo ni idea qué demonios habían hablado, pero también porque es una situación incómoda en general.

Se aclara la garganta, se acercó a mí y miró a un lado, perdido en sus pensamientos.

—¿Problemas en el paraíso?

Kova frunce el ceño.

—¿Quieres hablar de eso?

—No.

—Si necesitas ir a casa, puedes hacerlo. De todos modos, no pienso quedarme todo el día.

—No está en discusión —espeta.

Lo miro y siento la tensión que irradia su cuerpo.

—Hablo en serio, Kova. Deberías irte a casa para mantener la paz. Me siento mal.

Se burla.

—Por favor. No te sientes mal.

Me encojo de hombros. Realmente no lo hago.

—Coloca una mano en la viga y la otra a un lado. —Kova se coloca en el lado opuesto al mío, detrás de mis hombros—. Vas a balancear la pierna hacia adelante, hacia atrás y luego hacia adelante.

Suspiro y hago los movimientos mientras él habla. Sé por la familiaridad con la lentitud con la que enuncia las palabras que quiere que las complete. Así que lo hago. Solo deseo que no hubiera esta incómoda tensión entre nosotros ahora.

—No, no la dobles. Aquí, dame tu pierna. —Levanto la pierna detrás de mí. Con una mano me sujeta la pantorrilla y me levanta la pierna, con la otra me agarra el hombro más cercano a la viga y me pasa el antebrazo por la clavícula para presionar el pecho hacia la pierna que tengo detrás.

—La clave es echar los hombros hacia atrás, relajarlos. —Me sacude un poco para aflojarme—, porque queremos que los hombros se junten con la corva. No, no lo dobles. Solo levántala por ahora. —Mira hacia abajo—. Relevé. Sí, perfecto. Los gimnastas tienen la mala costumbre de dejar caer la rodilla hacia un lado. Es feo y parece un perro orinando. Nosotros no queremos eso nunca. Queremos gracia y belleza. Gimnasia elegante y sin esfuerzo. Ahora, dobla. —Doblo la rodilla y miro los dedos del pie. Mi pie está tan cerca que puedo tocar mi frente—. Esto. ¿Sientes tu cuerpo? ¿Sientes la posición en la que está? ¿Cómo en un anillo? Aquí es donde te queremos. Hará un mundo de diferencia en cuanto a puntos con tu salto de anillo y salto de oveja. Si tu cabeza está levantada y no está relajada, obtendrás una décima de deducción. Queremos que tu cabeza casi toque tu pie. Para llegar a esto, trabajaremos en tu balanceo y luego en la flexión de la rodilla. Una vez que dominemos la patada en anillo, nos ayudará enormemente.

Kova suelta lentamente mi pierna y la dejo caer a un lado. Lo miro.

—Estamos haciendo ambos lados, ¿correcto?

—Por supuesto.

Asiento y empiezo a dar patadas de adelante a atrás sin doblar la rodilla. Sabía que esto es para preparar mis saltos y brincos. Si puedo encajar bien las habilidades, cualquier control de equilibrio que haga podría contrarrestarlo.

Porque, admitámoslo, sabía que se produciría un control de equilibrio o dos.

Con cada patada, Kova me guía. Me acelera y frena. Se asegura que sea preciso y que rinda al máximo de mi capacidad. Me corrige los brazos y las manos, asegurándose que están hacia atrás e invertidos, no hacia afuera. También se toma el tiempo de estirar mis hombros, los hace un poco más elásticos y dice que también lo haría antes de cada práctica. Me hace practicar los saltos en el suelo utilizando un trozo de cinta blanca como viga de equilibrio.

Y todo el tiempo sus cejas permanecen juntas y su ceño fruncido. Sé que intenta no pensar en su llamada telefónica.

—Pasa a los saltos de oveja.

Asiento. Un salto de oveja requiere que mantenga las rodillas dobladas y pegadas mientras salto y arqueo la espalda, asegurándome que los dedos de los pies casi tocan mi frente. Y, por supuesto, una cabeza relajada. Tengo que crear un círculo con mi cuerpo.

Cuando completo diez, Kova frunce el ceño con disgusto y dice:

—Tus rodillas se están separando. Pon un poco de tiza entre los muslos.

Toma una banda tensora amarilla brillante mientras yo me empolvo el interior de las piernas para mantenerlas secas. Me hace meterme en el grueso elástico y me lo sube hasta las rodillas. La banda se utiliza para ayudar a mantener la posición en numerosas habilidades y ejercicios. Ahora mismo me sirve para mantener las piernas juntas.

Kova me mira y asiente, y luego baja los ojos para observar mis piernas.

—Salta —me ordena.

En pleno vuelo, me doy cuenta que he intentado separar las rodillas por el tirón de la parte exterior de mis muslos. Fue involuntario y no tenía ni idea que lo estaba haciendo.

—Has sentido eso, ¿no? —Pregunta Kova, con los ojos duros.

—Lo sentí.

—Ahora lo sabes. Tu cabeza está bien relajada, pero queremos tus piernas apretadas y cerradas. Hagamos otros diez.

Después de diez, dice:

—Diez más.

Cuando termino, respiro con dificultad, pero me aseguro de no mostrar ningún tipo de agotamiento.

—Sube a la viga y hazlas.

Como todavía tengo la banda alrededor de las rodillas, Kova se pone detrás mío para ayudarme a subir al aparato. Coloca sus manos en mis caderas para levantarme. Girando hacia el frente, me muevo hacia el salto. En el aire, el corazón me cae al estómago. Estoy nerviosa porque si me sacudo no seré capaz de agarrarme debido a la banda de tensión que rodea mis piernas.

—Otra vez. Y relaja la cabeza.

Calmando mis nervios, me concentro en algo para divisar. Entonces doy un salto y coloco los brazos para sujetarme.

—¿Qué te pasa? —pregunta disgustado.

—¿Qué quieres decir?

—Estás temblando ahí arriba. Pareces una aficionada.

Se me cae la mandíbula.

—Perdóname, pero no estoy acostumbrada a la cinta alrededor de las rodillas. Tengo que acostumbrarme.

Kova inclina la cabeza hacia un lado y levanta una ceja. Le molesta mi respuesta.

—Acostúmbrate, *ahora* —dice, en voz baja y controlada, utilizando el dedo índice para señalar el suelo—. Acostúmbrate, *ahora.*

Apretando los labios, asiento apresuradamente. Girando los brazos hacia abajo para ganar fuerza, lo pongo todo en el salto. Con las caderas cuadradas con los hombros, me suelto y relajo la cabeza, arqueando la espalda todo lo que puedo, y trato de divisar los dedos de los pies. Al bajar, aterrizo con ambos pies y aprieto todos los músculos que puedo en un esfuerzo por no tambalearme.

—Excelente. Solo que no bajes sonando como un maldito elefante. No puedes pesar más de cincuenta kilos empapada, si acaso. Actúa como una pluma flotando delicadamente hacia abajo. Queremos elegancia.

Aprieto la mandíbula.

—Sí, señor. —No miro hacia él, pero veo que una sonrisa deslumbra su rostro durante una fracción de segundo por el rabillo del ojo. Es el primer indicio de algo distinto a la melancolía desde que habló con Katja y eso me alegra.

—¿Qué ha sido eso? —espeta después que yo saltara.

Miré hacia abajo.

—¿Qué?

—¿Ese ruido?

Dejo caer los brazos a los lados.

—¿Qué ruido?

Entrecierra los ojos.

—¿Has gruñido ahí arriba? —pregunta con calma.

Me muerdo el interior del labio.

—No.

Kova se acerca a la barra de equilibrio y se inclina como si estuviera escuchando la caída de un alfiler.

—Hazlo otra vez.

Buscando un punto en la pared en el que concentrarme, bajo los brazos y paso al salto de oveja. Al bajar, tomo nota de cómo aterrizo y trato de parecer lo más elegante posible.

—Ahí está. Lo has vuelto a hacer —grita conmocionado. Pero parece más bien disgustado y eso me hace estremecer.

—¿Qué estoy haciendo? —Respondo, exasperada por su actitud.

Sus ojos son enormes órbitas.

—Estás gruñendo cuando saltas, como si te esforzaras al máximo. Como si estuvieras fuera de forma y no pudieras correr seis metros delante de ti. Suena horrible, por no decir que es embarazoso.

—Sinceramente, no tenía ni idea que lo fuera.

Sus cejas se levantan con incredulidad.

—¿Quieres decir que no puedes sentir ni oír ese horrible sonido que sale de ti?

Sacudo la cabeza.

—No, no puedo.

—No te creo. Hazlo de nuevo. Vamos. Muévete. —Me apura con los movimientos de sus manos.

Respirando profundamente, exhalo nerviosamente y elevo una oración silenciosa antes de saltar.

Y lo escucho.

Joder. Joder. ¡Joder!

Doy una mirada furtiva a Kova, lo que es un gran error. Parece dispuesto a subirse a la viga y matarme.

—¿Tienes el síndrome de Tourette[8]?

—¿Qué? No. Sabes que no lo tengo.

—Suenas como un cerdo. ¿Es eso lo que quieres que oigan los jueces?

—Por supuesto que no.

—Entonces contrólalo. Si tienes que poner tanto empeño en el salto que tienes que gruñir, entonces lo estás haciendo mal. Te estás esforzando demasiado.

Asiento y trato de averiguar cómo diablos voy a controlar un sonido que sale de mí y que no me había dado cuenta que estaba haciendo hasta ahora.

—Piensa en las técnicas de respiración y parte de ahí. No retengas la respiración cuando saltes. Todo esto es una mierda básica que ya deberías saber —murmura, pasándose una mano por el rostro. Tiene los ojos inyectados en sangre y me siento mal.

Dos horas más tarde, por fin dejé de hacer ruido, y pasamos a hacer paradas de manos durante otra hora antes que diera por terminado el día.

Yo. Estoy. Agotada.

Estoy más que dolorida y cansada, y me duelen los músculos.

Cuando pensé en venir hoy, lo tenía todo planeado. Iba a designar una cantidad de tiempo específica para cada evento, trabajar en las habilidades

[8] Síndrome de Tourette. Es un trastorno caracterizado por movimientos repetitivos o sonidos indeseados (tics) que no se pueden controlar con facilidad.

que sabía que necesitaban atención, seguir con un intenso acondicionamiento y ejercicios, y luego terminar con una carrera.

Entonces apareció Kova y echó por tierra mis planes.

Capítulo 30

No hay suficiente Motrin en el mundo que pueda ayudarme en este momento.

Apenas puedo caminar. Mis muslos tiemblan sin cesar y mi estómago está tan sensible al tacto que me encorvo como una anciana.

Si tuviera que adivinar, diría que Kova me hizo trabajar mucho por su llamada telefónica con Katja. Este fue, de lejos, el entrenamiento más duro hasta la fecha.

—¿Estás bien? —pregunta Kova, mirándome con preocupación. Estoy en el suelo, con la rodilla doblada mientras me desenvuelvo el vendaje ACE del tobillo. El Aquiles se me agrietó antes por el despiadado acondicionamiento de Kova. Había superado el dolor. No es nada que no pueda soportar, pero él lo percibió y me dijo que me vendara, y luego me dio un antiinflamatorio. Mis ojos se iluminaron al ver las pequeñas píldoras naranjas en su palma. No discutí. Al cabo de una hora, me ayudó a calmar el dolor.

—Estoy bien —respondo en piloto automático. Y lo estaba.

Kova se agacha y se pone de rodillas. Me da un golpecito en el muslo para que me ponga boca abajo. Empieza a masajearme las pantorrillas, subiendo hasta los muslos para eliminar el ácido láctico. Dios, qué bien me hace cuando me clava los nudillos y presiona en círculos.

—Quiero que comas algo rico en proteínas cuando llegues a casa. Añade algunos cereales integrales a la mezcla y verduras verdes. Asegúrate de ponerle hielo a esa pierna tuya. En realidad, me gustaría que te dieras un baño de hielo. Eso te beneficiaría más.

Gimo en voz baja. Un baño de hielo es lo último que quiero después del entrenamiento que acabo de hacer. Hablando de sufrir aún más.

—Me pondré hielo. Pero gracias por la sugerencia.

—Adrianna, no hablo solo para escuchar el sonido de mi voz. Estoy tratando de informarte de lo mucho que te va a doler mañana y pequeñas cosas, como un baño de hielo, te ayudarán enormemente. También ayudará a tu Aquiles y a rebajar el intenso traumatismo que tu cuerpo ha soportado hoy.

Apenas tengo fuerzas para volver a casa, y mucho menos para comprar hielo.

Kova pasa a mi otra pierna y repite los movimientos. Un baño de hielo sería la mejor solución, pero no hay manera que pueda hacerlo de nuevo. No quiero hacerlo. Los recuerdos me asaltan como si hubiera ocurrido ayer y aprieto los ojos. Fue horrible, como si miles y miles de pequeñas agujas me apuñalaran repetidamente por todo el cuerpo durante lo que pareció una eternidad. Lo único en lo que podía concentrarme era en los trozos de hielo y en el lento tic-tac del temporizador en cuenta atrás hasta que pudiera salir.

Gimo cuando Kova se dirige a mis omóplatos y gimo en el fondo de mi garganta mientras sus manos hacen magia en mi dolorida espalda y cuello. Podría quedarme dormida con esto. Se está haciendo tarde y necesito ponerme en movimiento, pero la mera idea de estar de pie me agota aún más.

—Sé lo bien que funcionan los baños de hielo, Hayden me ayudó la última vez. Y que conste que los detesto.

—A nadie le gustan.

—No quiero sentarme en un baño de hielo nunca más.

Las manos de Kova se detienen y me giro para mirarlo y me siento. Me frunce el ceño.

—Entonces no vengas a entrenar como una bestia si no puedes soportar las secuelas. Eso es ser negligente, por no decir, simplemente estúpido por tu parte. Ahora, levántate.

Mis ojos bajan cuando Kova se pone de pie. No digo nada. No me muevo.

No me gusta su tono.

Se mueve sobre sus pies, claramente molesto conmigo.

—Esos pequeños desgarros que están ocurriendo en tus músculos ahora mismo y que no puedes ver, necesitan la terapia del agua fría. Si no, mañana

vas a estar hinchada e inútil. —Hace una pausa—. Y tú estarás aquí mañana a pesar de todo.

Pongo los ojos en blanco. Me duele la cabeza.

—Ya lo sé. No se me ocurriría faltar.

Con rapidez, Kova se inclina y desliza su mano bajo mi brazo y me levanta. El mundo gira a mi alrededor, me mareo al instante al verme obligada a estar de pie.

Agarrando mi brazo con fuerza, Kova se inclina hacia mi rostro.

—No voy a tolerar este comportamiento desafiante e infantil. Dijiste que harías todo lo que yo dijera y que contratarías a los mejores para que te ayuden a recuperarte. ¿Recuerdas? Si sigues así, te bloquearé para que no vengas en tus días libres. Estoy tratando de ayudarte. Deja de pelearte conmigo en cada pequeña cosa, Adrianna. Es como si te despertaras y escribieras una lista de cosas que hacer y decir para meterte en mi piel y enfurecerme. Recuerda tu lugar.

Kova está muy equivocado, eso no es lo que pretendía en absoluto. Tiro de mi brazo hacia atrás, pero él me tiene bien agarrada. Tengo mis razones por las que no quiero sumergirme en un estúpido baño, razones que no quiero compartir porque sé en mis entrañas que se volverán en mi contra.

—No estoy tratando de desafiarte.

—¿Entonces qué intentas hacer? —pregunta, sus ojos llenos de preocupación mientras buscan los míos—. Has trabajado muy duro hoy, necesitas recuperarte adecuadamente, o serás inútil y no servirás para tu primer encuentro. ¿Es eso lo que quieres? Porque no es lo que quiero para ti. Quiero *más* para ti.

Frunzo los labios, decidida a no responder con sinceridad.

—Por favor, ¿qué estás pensando? ¿Dime? —implora. Parece realmente molesto, y eso no me gusta por alguna absurda razón. La súplica en su voz rompe mi determinación y antes que pudiera detenerme, le doy lo que quiere.

—Kova —digo, en un suspiro incómodo—. No tengo fuerzas para subir bolsas de hielo a mi piso, ¿bien? O para preparar un baño. Ya está. Lo he dicho. Hayden me ayudó la última vez, y no dudo que me ayudaría ahora si se lo pidiera. Pero viendo que ya sabe tanto de lo que pasó entre nosotros, realmente no quiero llamarlo para nada. —Me mira completamente atónito y

casi me rio. Continúo—: La verdad es que ahora estoy peor que cuando me ayudó la primera vez. No me esperaba esto hoy, y algo en mi interior me dice que tú tampoco. —Inclina la cabeza hacia abajo y se rasca la nuca—. La idea de conducir hasta la tienda, comprar hielo, caminar hasta mi auto, conducir hasta mi condominio, llevarlo arriba y llenar mi bañera es simplemente agotadora de pensar. *No quiero hacerlo.* Estoy cien por ciento agotada, nunca me he sentido así. Te juro que me has hecho trabajar músculos que ni siquiera sabía que tenía. Todo lo que quiero hacer es plantarme de cara en mi cama e irme a dormir. —Respiro profundamente—. ¿Feliz? Ahora ya lo sabes. Y no me mires así. Puedo soportar el trabajo que me das.

El silencio entre nosotros se convierte en una tensión palpable. Ya conocía a Kova. Al menos, me gusta pensar que lo conozco. Sabía cuándo lo presionaba. Sabía cuándo estaba frustrado conmigo en el gimnasio. Sabía cuándo estaba contento conmigo, aunque nunca lo admitiera. Incluso podía decir cuando estaba peleando con Katja.

Pero este Kova... el que está inquietantemente quieto frente a mí, es una nueva faceta de Kova que aún no había visto. Uno que tendría que añadir a mi lista de Kovas que he conocido. Frustrado es un eufemismo. Más bien quiere arrancarme la cabeza con sus propias manos y alimentar con mis miembros a los caimanes de la autopista, justo al lado.

—Sabes, para alguien que está tan decidida a ser la mejor, que quiere llegar hasta las Olimpiadas que tan pocos tienen la capacidad de hacer, alguien que tiene el *descaro* de entrar en mi oficina y exigir lo que quiere y no aceptar un no por respuesta, puedes ser tan increíblemente terca y tonta. Una estupidez flagrante frente a mí. —Escupe las palabras como pequeñas dagas. La vena de su cuello sobresale y palpita con cada segundo que pasa—. Ahora es cuando me cuestiono si realmente lo quieres, porque si lo hicieras, me lo demostrarías, no solo en el gimnasio, sino también fuera de él. Me demostrarías que eres responsable. Pedirías ayuda y no te importaría tu orgullo. —Aprieta la mandíbula y suspira profundamente, exhalando por la nariz—. No te entiendo, Adrianna. Me dices lo que quieres y lo consigues; pero cuando necesitas ayuda para algo fuera del gimnasio, no lo pides. —Sacude la cabeza. El dolor llena sus ojos, luchando con la profunda ira escrita en su rostro, y me atraviesa el corazón—. Te he dicho que estoy aquí para ti. Toma lo que necesites de mí, *Ria.*

La ira que irradia Kova es imposible de ignorar, pero también lo es la mirada preocupada de sus ojos. Está preocupado. Me quedo un poco más erguida, sin palabras, resentida por la verdad de sus palabras. Me hace trabajar como yo exigía y me retracté de mi promesa cuando dije que no lo haría. Tiene todo el derecho a enfadarse conmigo.

—¿Vas a quedarte ahí sin decir nada? —pregunta Kova, cabizbajo.

Me encojo de hombros sin poder evitarlo.

—¿Qué quieres que diga? ¿Qué tú tienes razón y yo no? Bien, Kova. Tienes *razón*. Siempre tienes razón. Mi ego se interpuso hoy. No quería mostrar debilidad porque obtuve exactamente lo que pedí y más. Tenía miedo que si lo hacía entonces pensaras que no podía manejarlo. No esperaba no poder caminar. Pero el empuje me llevó a actuar por impulso y a morder más de lo que podía masticar.

Sin dudarlo, Kova se agacha y me toma en sus brazos.

—¿Qué… qué estás haciendo? —Le doy una palmada en el hombro mientras se agacha para agarrar mi bolso antes de dirigirse a la puerta principal—. Bájame.

—Tenías razón, te hice trabajar demasiado. Me enfadé antes y me desahogué contigo. Créeme, sé que puedes aguantar lo que te doy, pero nadie sería capaz de hacer lo que has hecho hoy y salir corriendo. Estaba siendo un idiota.

Levanto las manos dramáticamente.

—¡Hay un Dios! Me alegro mucho que hayas reconocido tu idiotez por primera vez en tu vida. Creo que deberíamos guardar un momento de silencio.

—¿Polla?[9] —repite como si fuera de mal gusto—. A veces no entiendo a los americanos y su elección de palabras. Inventan los refranes sobre la marcha.

Me rio.

—Sí, tu personalidad por defecto es idiota. Significa que a veces puedes ser un imbécil ruso enfadado.

Me mira de reojo. Sabe que tengo razón solo con esa mirada.

—Te juro que tu objetivo desde que llegaste aquí es agraviarme todo lo que puedas. ¿Por qué todas las mujeres son iguales? Todas las mujeres nacen con una lengua descarada que los hombres queremos cortar.

[9] Idiota/polla - Dick. Al traducir lo al español puede ser Idiota o Polla, de allí el juego de palabra.

—¿Así que esperas que te permitamos hablar como quieras y lo aceptemos? Típico de los hombres. —Le doy una palmadita en el pecho—. Bájame.

Me ignora y sigue caminando.

—Sabes, esta es la razón por la que a veces te llamo Capitán Idiota en mi cabeza.

Finge una mueca y yo sonrío de oreja a oreja. No va a estar enfadado conmigo mucho tiempo.

—Bájame. Soy capaz de caminar hasta mi auto.

—No vamos a tu auto, vamos al mío. Hoy me ocuparé de tu relajación —murmura en voz baja.

—¿Arreglar mi relajación hoy? Esto es culpa *tuya*, Kova. Acabas de admitirlo. Por Dios. Bájame.

Kova empuja la puerta con la espalda y me lleva hasta su auto. Abre la puerta del pasajero y me deposita cuidadosamente en el asiento. En pocos minutos, estamos en la carretera.

—No hables más. Tu voz me da dolor de cabeza.

Lo fulmino con la mirada.

—Es domingo. Seguro que tienes planes con tu novia.

No me contesta.

—¿Por qué haces esto?

El celular de Kova suena. Está conectado a su Bluetooth, así que el timbre resuena con fuerza en el pequeño espacio. El identificador de llamadas aparece en su tablero. *Katja*. La rechaza inmediatamente.

—¿Cómo voy a llegar al entrenamiento de mañana si mi auto está en World Cup?

De nuevo, me ignora y eso me enciende.

—¿Cuál es tu maldito problema? —grito, pero sigue ignorándome y se detiene en una gasolinera. Recoge dos bolsas de hielo y las coloca en su maletero, luego conduce en dirección a mi condominio.

—Ves, este es el escenario exacto en el que te llamo Capitán Idiota en mi cabeza.

Se queda callado. Su celular vuelve a sonar, y de nuevo lo rechaza.

Resoplo en voz baja sacudiendo la cabeza.

—Sabes, debería haber mentido y haberte dicho que sí hasta la muerte. Así no estaríamos en esta situación juntos. —Lo miro—. A partir de ahora, me limitaré a responder con un sí a cada pregunta.

—Preferiría eso, pero ambos sabemos que nunca lo cumplirás.

—Ah, así que vuelve a hablar. Y yo que pensaba que habías olvidado tu inglés. No vas a entrar.

—Qué pena. Estoy haciendo mi trabajo. Te metí en esta... condición. —Hace un gesto con la mano hacia mí—. Te ayudaré a salir de ella.

Bajando la voz, digo:

—No quiero que subas a mi condominio. —¿No sabe ya que nada bueno podía salir que estuviéramos solos?

Kova estaciona su auto y apaga el motor.

—Lo estoy haciendo.

Mi mandíbula se afloja.

—No puedes irrumpir en mi casa cuando te apetezca.

Kova suspira y se pasa una mano por el rostro. Mira al frente, al muro de árboles.

—Adrianna, no quiero entrar, tengo cosas mejores que podría hacer con mi tiempo, pero no me dejas otra opción. Si tienes algún problema, llamaré a tu padre y dejaré que hable contigo. Estoy seguro que estará de mi lado.

—Llamarías a mi papá, ¿no? —afirmo más que cuestionado.

—Lo que sea necesario. Ahora, ¿puedes salir del auto?

No pasa mucho tiempo hasta que estamos arriba y en mi departamento. Kova tiene que llevarme del auto al vestíbulo, ya que camino más lento que una persona de ochenta y siete años.



Me siento aturdida en el baño y veo cómo Kova trae las bolsas de hielo y llena la bañera. Deja correr el agua fría y yo temo lo que vendrá después. Hay tanto, tanto hielo. Compró las bolsas de seis kilos en lugar de las más pequeñas de cinco kilos. Qué idiota. No para de hablar de la importancia de una recuperación muscular rápida y eficaz, pero yo no escucho. No es nada que ya no sepa. Además, junto con su marcado acento, apenas puedo oírle por encima del estruendo del agua y el hielo.

Kova se sienta en el borde de la bañera y mira por encima del hombro. Me mira el cuerpo como si esperara una respuesta. Fatigada, me limito a asentir. No tengo ni idea de lo que dijo.

—¿Lista?

Me siento más erguida ante su tono nervioso. Solo quiero ir a dormir.

—Más lista que nunca.

Mete la mano en la bolsa de la tienda y saca unos cuantos frascos de medicamentos. Aparto la mirada y contemplo el agua helada en la que estoy a punto de sumergirme, intentando desesperadamente prepararme mentalmente para la terrible temperatura que está a punto de sacudir mi cuerpo. Pero sé que ningún tipo de manipulación servirá para esto. Todo esto apesta.

—Aquí. Toma esto. —Vuelvo a mirar a Kova, que tiene el brazo extendido y la palma abierta con un puñado de píldoras y cápsulas de colores. Parecen multivitaminas y algunas más de la cantidad estándar de Motrin que suelo tomar. Su otra mano sostiene una botella de agua.

Doblo la palma hacia arriba y las pastillas caen en mi mano. Destapa el agua y me la entrega.

—¿Cuál es ésta? —Señalo una de las pastillas.

—Melatonina. Te ayudará a relajarte y a descansar. Es una ayuda para dormir totalmente natural. También hay unos suplementos de frutas extraídas de forma natural y un multivitamínico para ayudar a la recuperación.

Me los trago todos de un tirón.

—Puedo seguir desde aquí, Kova. Gracias, sin embargo.

—No me fío que entres y te quedes el tiempo necesario. Vamos. —Extiende la mano para agarrarme, pero no me muevo. Me quedo mirando su mano—. ¿Qué te pasa?

—Yo... puedo... puedo hacerlo por mi cuenta. Agradezco que estés aquí, de verdad, pero lo tengo. —No quiero que vea mis pezones duros cuando salga, ni que me envuelva de calor. Me conoce, y sabe que me hundiré en él y le rogaré que me abrace.

La nuez de Adán de Kova se balancea mientras me mira con el ceño fruncido.

—No me hagas levantarte y dejarte allí.

—Te mataré si haces eso.

Me desafía.

—No me tientes, *Ria*. Lo haré.

—¿Puedes irte? Esto... Esto es demasiado. —Inclina la cabeza hacia un lado y se apoya las manos en las caderas—. Me parece demasiado íntimo.

Se queda boquiabierto y sus ojos se abren de par en par en señal de sorpresa. Es la primera vez que lo obligo a hacer eso.

—Lo sé —digo, dándole una risa a medias—. Pero deberíamos intentar no ponernos más en esas situaciones, Kova.

—Tienes que estar bromeando. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, ¿sentarse en un baño de hielo es demasiado íntimo para ti? ¿Hablas en serio ahora mismo?

Un leve calor aparece en mis mejillas. Estaba avergonzada.

Bajo la mirada.

—Sé que suena estúpido...

—Es una *estupidez*.

—Es que estás siendo amable y me ayudas así... No sé, Kova, es demasiado para mí, demasiado para nosotros. Demuestra que te importa, y honestamente, no quiero eso.

Su ceño se frunce.

—¿Por qué no quieres eso?

—Porque no es algo que se me dé nunca.

—*Ria*. —Su voz se eleva—. Por supuesto que me preocupo por ti. Me preocupo por todas mis gimnastas. No estaría aquí si no lo hiciera.

—Claro, pero se supone que no te importa tanto —afirmo.

—¿Por qué está mal que lo haga?

Retrocedo.

—No ves el verdadero problema, ¿verdad?

—No, por favor, ilumíname.

—Porque entonces has cruzado oficialmente la línea. Una cosa es tener sexo con alguien cuando no se supone que lo hagas, el sexo no tiene que venir con ataduras. Es otra cosa completamente diferente cuidar de ellos emocionalmente. Lo quieras admitir o no, estamos cruzando esa línea. Te preocupas por mí mucho más de lo que estás obligado; no harías lo mismo por las otras chicas. Sabes que tengo razón.

Kova aprieta los labios y aparta la mirada. Si fuera sincera, admitiría que yo también me preocupaba mucho más de lo que debía. Sabía que en el fondo lo hacía. Por eso estaba intentando crear cierta distancia entre nosotros.

Cuando estamos juntos... en la intimidad o simplemente conversando... es explosivo, la química es combustible. Solo nosotros importábamos. Yo lo tenía, y él me tenía a mí. Nos complementábamos de la manera más inusual, y simplemente funcionaba... cuando no debía hacerlo.

Kova me devuelve la mirada. El ónix que parpadea contra el brillante esmeralda de sus ojos capta mi atención. Le devuelvo la mirada por un momento antes que asienta, pero apenas.

Lo conozco lo suficientemente bien como para saber que ése será todo el reconocimiento que obtendré, pero ahora él también lo sabe.



Capítulo 31

Kova se pone en cuclillas frente a mí y pone sus manos sobre mis rodillas.

—Lo estoy intentando, *Ria*, de verdad. Déjame estar aquí para ti como tu entrenador en este momento, y nada más.

—No ves que esto es más que lo que hace un entrenador, Kova —susurro—. Estoy tratando de evitar que ocurran más cosas. Casi nos atrapa Katja, por el amor de Dios. Creo que deberíamos tomarlo como una advertencia, ¿no crees?

—Veo tu punto de vista, pero al entrenarte con la naturaleza que tengo, eso conlleva más responsabilidad por parte de ambos. Que no te cuides adecuadamente después me perjudica físicamente. Al final causarás más daño a tu cuerpo. Deja que te ayude.

Cuando no respondo de inmediato, baja la cabeza y se frota el vello de la mandíbula.

Suelto un suspiro de frustración y luego le doy un golpecito en la parte inferior del bíceps. Extiendo la mano cuando él levanta la vista. No duda, me toma la mano y se pone de pie, ayudándome a levantar en el proceso.

—¿Quieres que me dé la vuelta mientras entras?

Me quedo mirando los cubitos de hielo que se mueven de un lado a otro.

—No me voy a quitar la ropa, así que no, no tienes que hacerlo.

Me siento en un lado de la bañera y sumerjo los dedos de los pies en el agua helada. Un escalofrío me sube por la espalda. Lo saco y resoplo. No puedo ir despacio, así que respiro hondo y me preparo. Apretando las manos de Kova, cuento hasta tres, luego meto los dos pies y me hundo. Grito, jadeando, mientras el agua me llega al cuello y me desliza por la borda. Un

escalofrío me recorre y mis dientes empezaron a castañear al instante. Las ganas de orinar me golpean con fuerza.

—¡Cristo en un palo! Odio esto.

Kova se sienta en la tapa del inodoro y apoya los codos en las rodillas. Gira hacia mí.

—Es un pequeño precio que tenemos que pagar y que llegará muy lejos. Confía en mí.

Frunzo el ceño.

—Es fácil para ti decirlo. No estás sentado en temperatura bajo cero ahora mismo.

—No exageres. Son más o menos diez grados.

—La misma mierda, Kova —espeto—. ¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí?

Miró su reloj.

—Yo diría que quince minutos estarán bien.

Mis ojos se abren de par en par. Llegué a los ocho minutos con Hayden. Es imposible que dure tanto tiempo. A la mierda mi vida.

—Ya que estás ahí —dice, juntando las manos— creo que es un buen momento para hablarte de tu futuro en la gimnasia fuera de las Olimpiadas.

Levanto las cejas.

—¿Mi futuro fuera de las Olimpiadas?

—¿Has pensado ya en la universidad?

Aprieto los labios y levanto las rodillas. Me duelen los pezones. Siento que se me van a caer.

—Bueno, no. Quiero decir, lo he hecho, pero realmente solo he tenido una meta.

—No necesariamente. Es importante que conozcas tus opciones. ¿No han hablado tus padres de esto contigo? Puedes continuar tu educación además de la gimnasia.

—No. —Mis labios se estaban entumeciendo—. Mi mamá cree que esto es solo un pasatiempo. Y mi papá está metido en sus negocios. Ninguno de los dos ha sacado el tema de la universidad.

Me observa en silencio durante un momento.

—Tu hermano está en la universidad, ¿no? ¿Cómo es eso?

—Sí, pero nadie le ha hablado de eso, no que yo recuerde. En mi familia ni siquiera hablamos de la universidad. Simplemente se da por hecho que va. Está en la Universidad de Florida. Está a solo tres horas en auto de aquí. Básicamente fue donde sus amigos fueron.

El ceño de Kova se frunce y su boca se vuelve una línea dura.

—Esto es importante para tu carrera y algo que deberías tener en cuenta. Digamos que das un golpe de efecto en el mundo del gimnasio y la gente empieza a reconocerte. Llegas a los Campeonatos del Mundo o a otro evento internacional y te colocas en el podio. De vez en cuando, tendrás la opción de aceptar un premio en dinero o en avales. No es mucho, pero si aceptas cualquiera de ellos, pierdes la posibilidad de competir en la universidad. —Inclina su cuerpo hacia mí—. Significa que te harás profesional. ¿Pero qué pasa si te haces profesional y luego, Dios no lo quiera, te lesionas antes o después de las Olimpiadas? Tu carrera como olímpica está prácticamente acabada. Si no te conviertes en profesional, tu carrera como gimnasta universitario no lo estará. Quiero que seas consciente de eso.

—Pero quiero ser profesional, Kova. Quiero llegar al nivel más alto de este deporte. Creía que lo habías entendido.

Sacude la cabeza.

—Me estás malinterpretando. Sé perfectamente lo que quieres. Sé que es ir a los Juegos Olímpicos, solo quiero que pienses también en la gimnasia universitaria. Puedes seguir compitiendo en la universidad e ir a las Olimpiadas al mismo tiempo. Es aceptar los premios y los avales lo que cambiará todo. Aceptar dinero significa que no hay gimnasia universitaria. Nunca.

—Así que estás diciendo que no debo aceptar el dinero de los premios —confirmo.

—Nunca te diría qué hacer o qué dirección tomar. Solo quiero que estés informada. Algunos se arrepienten de haberse hecho profesionales, mientras que otros dicen que les cambió la vida.

El celular de Kova suena y lo saca del bolsillo. Una leve mueca de desprecio se dibuja en su boca antes de rechazar la llamada y guardarlo. Tiene que ser Katja.

Miro los trozos de hielo que tengo adelante y reflexiono sobre lo que dijo Kova, agradeciendo que se tomara el tiempo de explicarme esto. Había olvidado que estaba en la bañera mientras discutía, y en el momento en que miro el agua un escalofrío me recorre. Aprieto los dedos de los pies. No era consciente de esta advertencia en el deporte. Mi cabeza está tan empañada como el aire helado que se eleva a mi alrededor. Si aceptaba un premio, no podría competir en la universidad...

Pero la verdadera pregunta era si quería competir en la universidad.

Nunca me lo había planteado hasta ahora.

—Está claro que no necesito el dinero, así que me parece una opción obvia.

Levanta el dedo índice, indicando que no había terminado.

—Eso se podría pensar, pero ¿qué pasa si viene un agente y quiere contratarte? ¿Dice que te pondrá en anuncios y vallas publicitarias con otras gimnastas de primera fila de todo el país? —desafia—. ¿Y si te promete que puede hacerte ganar una abundante cantidad de dinero, con la que podrás mantenerte en un año e incluso pagar la universidad si no te conceden una beca? Porque seguramente querrás mantenerte en algún momento, ¿no?

Me muerdo el labio. Bien, tiene razón. Y me molesto conmigo misma por estar tan a oscuras al respecto.

—Por supuesto que quiero mantenerme algún día.

Lo miro fijamente, sin saber qué hacer. No depender de mis padres sería un sueño hecho realidad, y si podía construirlo haciendo lo que amaba, la elección era obvia.

Kova cruza sus dedos.

—Tienes un pequeño periodo hasta que empiecen a llegar los premios. Quiero que uses este tiempo sabiamente para mirar más allá de las Olimpiadas. Piensa en las universidades. Ahora es cuando quieres que se fije en ti una escuela de primera división. ¿Dónde te ves dentro de diez años? Seguramente no compitiendo a los veintitantos años. Piénsalo bien.

Me rio.

—Pues no. No creo que mi cuerpo llegue a tanto. He pensado que tal vez sea entrenadora. No sé... obviamente algo de gimnasia.

Frunzo el ceño y estudio la pared de azulejos de vidrio marino que tengo adelante. Hermosos tonos de verdes pálidos y azules marinos se mezclan entre tonos de blancos cremosos. Había estado tan concentrada en llegar hasta el final que había perdido de vista mi futuro. El pánico se cocina bajo mi piel por ser tan obtusa. Soy madura, tengo una cabeza estable sobre mis hombros, pero cuando se trata del mundo real, estoy tan en blanco como una hoja de papel. De repente me siento como una tonta de cinco centímetros de alto. Por supuesto que querría competir en la universidad si pudiera. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿Pensabas competir en la universidad? ¿O no?

—Yo... nunca lo pensé. —Mi voz se apaga. Las comisuras de mi boca se hunden aún más, avergonzada que nunca se me pasara por la cabeza. Lo miro, con los ojos entrecerrados—. Estoy tan obsesionada con llegar a las Olimpiadas que nunca consideré nada más.

—Eso ocurre más de lo que crees. No es raro. Si por alguna razón no lo consigues en este año, cuando lleguen los próximos Juegos, tendrás más de veinte años.

—Sí... —murmuro. Eso ya lo sé

—¿Planeabas saltarte la universidad por completo? —pregunta con suavidad, sin que ninguna insinuación o elevación en su voz me haga sentir menos.

—No —digo, con la voz baja, abatida.

Aparto la mirada y cambio las piernas a una posición más cómoda. Los cubos de hielo me rozan los hombros y la nuca y suelto un grito ahogado. La conversación con Kova me hizo olvidar por completo que estoy sentada en el hielo. Mi atención se había centrado en otra cosa completamente distinta para ayudar a pasar los minutos en la bañera. Sin embargo, me trae una carga abrumadora a los hombros y un momento de realidad que me golpea al mismo tiempo.

—¿Mis dos centavos? —ofrece.

—Adelante.

—Olvídate de los avales y del dinero de los premios. No te hagas profesional. Puedes llegar hasta el final sin eso. No lo necesitas. En lugar de eso, busca universidades, principalmente escuelas con un equipo de gimnasia de primera división. Eres así de buena y es donde debes estar. Solo tienes que estar al tanto. No te puede perjudicar. Si juegas bien tus cartas, puedes tener lo mejor de ambos mundos. Los entrenadores asistirán pronto a las competiciones para empezar a explorar. Hacen averiguaciones si creen que podrías beneficiar a su escuela.

Asiento, sintiendo un cúmulo de emociones por Kova, pero más agradecida que nada por esta charla. Me siento mirándolo a los ojos y me pregunto si este tema se me habría pasado por la cabeza alguna vez. Creo que sí, pero no tan pronto y probablemente demasiado tarde.

No tenía ni idea que las universidades hicieran averiguaciones. Es una razón más para darlo todo cuando compita.

Kova me estudia, luego gira sus anchos hombros y baja la cabeza. Se frota la nuca y mantiene la mirada fija en mi suelo de baldosas. Espero que no haya un millón de cabellos por todas partes.

En contra de mi buen juicio, extiendo la mano sobre la suya y la aprieto. Da un respingo y levanta la cabeza. Mis dedos congelados lo sorprendieron.

Sonrío suavemente, agradecida. Es todo lo que puedo conseguir entre los escalofríos que me sacudían el cuerpo. Justo cuando creí que iba a apartarse o a decir algo por mostrar afecto, me sorprende y me devuelve el apretón. Se me retuerce el estómago. No quiero sentir nada por él, pero no puedo evitarlo cuando me atraviesa con esos ojos esmeralda suyos. Había bajado la guardia... y él también.

Kova gira su muñeca y mira su reloj. No suelta mi mano en el proceso.

Se aclara la garganta.

—Mira eso... Se acabó el tiempo.

Tiro del tapón del desagüe mientras Kova va a buscar una toalla. Me estremezco violentamente mientras escucho cómo baja el agua. Al salir de la bañera, me abrazo a mí misma, segura que iba a desarrollar hipotermia si Kova no se da prisa. Cada músculo de mi cuerpo se aprieta y mis dientes castañean sin parar. Hablando de apretar. Kova entra con una toalla y la sacude, luego se detiene cuando levanta la vista. Su mandíbula se traba y sus ojos recorren lentamente mi cuerpo mojado.

Miro hacia abajo y me quedé boquiabierta.

Mierda.

Mi sujetador deportivo blanco es prácticamente transparente. También podría haber estado desnuda. Mis pechos son firmes y redondos, hinchados por la temperatura. Mis pezones son vergonzosos guijarros malva, duros encerrados por aros del color de las frambuesas.

Después de esto, voy a tirar toda mi ropa interior blanca.

—¿Ah, Kova? —Alcanzo la toalla. Cuando no responde, grito su nombre—. ¡Kova! —Sus ojos se levantan para encontrarse con los míos—. Voy a morir de hipotermia. Dame la maldita toalla.

Kova refunfuña en ruso.

—Me disculpo. —Sostiene la toalla abierta y mira hacia otro lado. Sin pensarlo dos veces, agarro el dobladillo de mi sujetador deportivo y lo levanto por encima de mi cabeza, luego me bajo los pantalones cortos de un tirón, dejándolos en una bola húmeda y desordenada en el suelo. Se me pone la piel de gallina. Me abrazo a mí misma y me meto en los brazos extendidos de Kova.

—Abrázame fuerte, por favor —susurro al calor de su cuello.

Kova me rodea la espalda con sus fuertes brazos y me aprieta contra su cuerpo mientras yo apoyo la cabeza en su pecho. Gime en voz baja y siento la vibración en su pecho. Me deleito con el calor de su cuerpo.

—Me gusta que me necesites así —susurra en voz baja y cálida, y lo siento. Sus brazos se tensan y sus dedos me aprietan mientras se acerca para acortar la distancia. Mis dientes siguen castañeando, todo mi cuerpo no deja de temblar y casi gimo de miseria cuando el aire acondicionado se enciende sobre mi cabeza. El aire frío me recorre los hombros y me estrecho, encorvándome más hacia él.

—Shhh… —dice contra mi cabeza—. Ya se te pasará.

—El… aire… —Mi voz se apaga. Kova mira hacia arriba y ve el conducto de ventilación.

—Déjame sacarte de aquí —dice, luego me levanta y me acuna contra su pecho. Es tan ancho y corpulento que, si doblaba mi cuerpo lo suficiente, podía caber de hombro a hombro. Observo la vena palpitante de su cuello,

cubierta de sudor, mientras me saca del baño. Me acurruco más cerca de su calor y suspiro satisfecha.

Kova mantiene la mirada fija mientras me lleva a mi habitación. Acciona el interruptor de la luz y, en dos pasos, está al lado de mi cama. Con una mano, retira el edredón y me deposita con cuidado. Me acerca el edredón al cuello, sin dejar de mirar mi cabecera. No a mí.

—Apaga el aire acondicionado, por favor —le ruego, echando ya de menos su calor corporal. Kova hace lo que le pedí y luego sale de la habitación sin hacer ningún tipo de contacto visual conmigo. Frunzo el ceño al escuchar el goteo del agua en la habitación contigua y me doy cuenta que está escurriendo mi ropa empapada. Oigo más movimientos que parecen venir de mi sala de estar. No estoy segura de lo que está haciendo. Todo lo que sé es que siento que me está evitando.

Nota para mí: Desnúdate delante de Kova si quieres que te ignore.

Sacudo la cabeza y me hago un ovillo de lado. Mi única preocupación ahora es entrar en calor, no la preciada resolución de Kova al resquebrajarse.



Capítulo 32

Apoyando la barbilla en la mano, escucho a Kova, pero está extrañamente tranquilo.

Me estremezco bajo las sábanas y las aprieto más contra mí. Quizá se fue sin decírmelo, lo que sería una bendición, pero al mismo tiempo espero que no. Dios, estoy tan indecisa. La forma en que estábamos el uno con el otro, ambos demasiado atraídos por el otro, nos hace igualmente incómodos y estúpidos.

Expulsando una pesada bocanada de aire, me levanto de la cama y sujeto la toalla. Me dirijo de puntillas a la sala de estar, preguntándome cómo la gente vivía en lugares más frescos que los ochenta y cinco grados. Daría cualquier cosa por sentarme en un sauna ahora mismo.

Odio esto.

Agachada con las rodillas pegadas al pecho, tiemblo mientras intento abrir la cremallera de mi bolso de lona con dedos temblorosos. La toalla se afloja a mi alrededor y se desliza por mi espalda. El aire frío golpea mi piel desnuda.

—¿Qué demonios estás haciendo? —La estridente voz de Kova me detiene en seco. No necesito mirar por encima de mi hombro para saber que está en mi sofá. Debe estar tumbado porque no lo había visto cuando entré. Agarro el celular con mi mano temblorosa.

—Lo he sacado de aquí. Gracias por todo, pero creo que ya deberías irte.

—Vuelve a la cama.

Frunzo el ceño. Por supuesto, ignora mi petición.

—Kova, aprecio todo lo que has hecho, de verdad, pero por favor vete.

—No lo volveré a decir… Vuelve a la cama. —La inflexión en su tono hace que mi corazón salte. Su profundo y áspero ritmo envía una nueva ola de piel de gallina sobre mis brazos. Soltando un silencioso suspiro de agitación, le cuento mis planes.

—Voy a pedirle a Hayden que venga. Necesito que me ayude ahora mismo. No puedes estar aquí cuando él llegue.

El fuerte crujido de las rodillas de Kova me indica que se levantó. Me arriesgo a mirar por encima de mi hombro justo a tiempo para atraparlo frunciendo el ceño.

—Como el infierno que lo harás Dime qué necesitas y te lo traeré. ¿Té caliente? ¿Café? ¿Algo para comer? ¿Otra manta? ¿Qué es lo que necesitas?

A ti. Necesitaba calor corporal.

Sacudo la cabeza y pongo mala cara. Como si eso fuera posible. Me pongo de pie, el aire fresco recorre mi carne descubierta. Un duro temblor recorre mi columna vertebral expuesta.

—Nada de eso ahora mismo.

Extiende las manos frente a él y sus cejas se alzan.

—¿Entonces qué?

—Solo vete —digo, desplazándome por mi teléfono en busca del nombre de Hayden. Cuando lo encuentro, empiezo a enviarle mensajes de texto con dedos nerviosos. Kova se acerca y me arranca el teléfono de las manos antes que pueda pulsar enviar.

—¿Qué estás haciendo? —Tomó el teléfono. Da un paso atrás cuando yo me adelanto.

—Adrianna.

—¿Qué? —me quejo.

—Vuelve a ponerte la toalla —dice con voz gutural. Se forma una arruga entre mis cejas y miro hacia abajo.

Mierda. No me había dado cuenta.

Si estar desnuda delante de Kova lo molesta tanto, entonces esto ayudará a sacarlo de mi casa más rápido. Colocando las manos en las caderas, echo

los hombros hacia atrás y me quedo desnuda como el día en que nací... y tiemblo. Estoy helada hasta la médula.

—Si tanto te molesta, entonces vete. Porque lo que necesito, no puedes dármelo.

Las fosas nasales de Kova se dilatan, sus ojos arden de color verde brillante.

—Y Hayden sí puede —afirma.

Levanto un hombro y le pongo una expresión displicente.

—No es asunto tuyo.

Se acerca a mí, se pone en cuclillas lentamente y toma la toalla en sus manos sin apartar los ojos de los míos. La levanta a lo largo de la parte posterior de mis muslos, mi culo, mi espalda. Todo el tiempo siento su aliento caliente bailando sobre mi piel. Casi suspiro.

—¿Por qué tienes que hacer esto tan complicado? —cuestiona con un movimiento de cabeza y envuelve la toalla alrededor de mis hombros.

—Todo el mundo sabe que la única forma de entrar en calor es a través del c-c-calor corporal. —Me estremezco—. Sentido común, Kova. Hay-Hayden lo hizo la primera vez y ayudó.

—Y eso es lo que quieres. Mi cuerpo con el tuyo.

—No *lo q-quiero* —digo, arrastrando los dientes por mi labio inferior—. Lo *necesito*. Hay una d-diferencia. Ahora mismo no me siento bien. Esto es un millón de veces peor que antes.

Kova se frota la incipiente barba en la mandíbula y desvía la mirada.

—Lo que me haces hacer... —dice con voz ronca, y luego se lleva la mano a la nuca y se quita la camiseta. La deja caer en un suave montón al suelo. Mis ojos encuentran inmediatamente el tatuaje de los anillos olímpicos en sus costillas que tanto me gusta. Su cuerpo se flexiona y se contrae, rebosando energía. Trago con fuerza. No creí que tuviera las bolas...

No importa. Estoy hablando de Kova. Por supuesto que las tiene. Tiene bolas de acero que cuelgan de un cuerpo de piedra. Un cuerpo delicioso que tiene que ser derivado de la cocaína porque todo lo que tomó fue un impacto y yo soy adicta.



Kova me levanta de un tirón y me lleva a mi habitación, resoplando en ruso. Así es como sé cuando está realmente enfadado... habla en su lengua materna. Con rabia en sus pasos, marcha mientras me sujeta contra su pecho. Rodeo sus hombros con los brazos y me hundo en su calor, suspirando. Su cuerpo es tan cálido como un infierno y me encanta.

Una vez en mi habitación, se detiene frente a mi cómoda y abre los cajones hasta encontrar una camiseta de gran tamaño y unos pantalones de dormir.

Da dos largas zancadas y se sitúa frente a mi cama. Soltando con cuidado mis piernas por su cuerpo, me pongo a menos de un brazo de distancia. Miro a Kova, con la respiración entrecortada en la garganta mientras mis ojos se fijan en su pecho musculoso.

Me encanta la fuerza brutal de este hombre.

Con sus ojos clavados en los míos, extiende la mano y afloja mi toalla, tirando suavemente de ella. La tela se desliza por mis pechos y cae al suelo, con su mirada oscura siguiéndola. Me quedo desnuda ante él sin ninguna preocupación, con unos inocentes y jóvenes ojos de cierva que lo miran. Sus fosas nasales se encienden y sus ojos ardientes recorren mi cuerpo desnudo. Tentativamente, alarga la mano y desliza sus dedos por un lado de mi regordete pecho. Su pulgar recorre mi duro pezón y luego baja por la suave curva de mi cintura. Trago con fuerza, intentando con esfuerzo no estremecerme.

—Es tan bonito que duele —susurra. Levanto los brazos para que me vista. Me pone la camisa sobre la cabeza y luego la baja lentamente; la parte posterior de sus nudillos roza a propósito mis pechos levantados y mis pezones puntiagudos. Me inclino hacia su contacto y respiro en silencio.

Se arrodilla, señala mi pie y me ordena que lo levante. Mete los dos pies y tira de la cintura elástica para que suba por mis esbeltas piernas. Mientras desliza el material más arriba de mis muslos, sus dedos se detienen al llegar al centro de mi cuerpo. Contengo la respiración cuando el músculo nervado enrollado alrededor de sus hombros se flexiona. Está a un latido del corazón. El hermoso color dorado miel de su piel se sonroja con la emoción cruda e intacta. Mis manos se cierran en puños. Me clavo las uñas en las palmas de las manos para no llegar a tocarlo.

Con cuidado, y muy lentamente, estabilizo mi respiración mientras sus palmas se deslizan por las partes más gruesas de mis muslos. Kova agarra mi pequeña cintura una vez que los pantalones cortos están bien colocados. Su cabeza cuelga perezosamente inclinada entre nosotros. Me da un tirón al

corazón. Sin embargo, me quedo quieta y no lo toco, aunque mis dedos tienen ganas de hacerlo.

Kova lucha por mantener el control. Tiembla y sus dedos se clavan en mí. No es hiriente, sino más bien un hombre que está a punto de perder la cabeza. Siento su emoción velada, su vulnerabilidad a través de su tacto. Así supe lo que siente sin decir una palabra. Por eso no lo quiero aquí, por eso quería que se fuera. Por eso supe desde el principio que era una idea terrible, porque sabía sin lugar a dudas a qué conduciría. Estar solos siempre había sido una mala idea porque, pase lo que pase, siempre, siempre, nos rendimos a nuestros deseos más oscuros y prohibidos.

Relajo el puño y lo alcanzo con dedos tímidos.

—Por favor —susurra con voz estrangulada—. No me toques. Intento darte lo que necesitas y nada más.

Mi gélido corazón se astilla. Colocando mi mano en su nuca, lo acaricio. Mis dedos se enroscan en su cabello negro como la tinta con un movimiento apasionado. Kova se estremece debajo de mí y su cabeza cae sobre mi mano.

—*Ria*, por favor, quítame las manos de encima. —Su mandíbula se frota contra mi palma.

Ria. Me encantaba que me llame *Ria*, un apodo que solo él utiliza. Un fuego se agita dentro de mí cuando ignoro su súplica. El sonido irregular de su voz despierta al diablo en mi hombro. La temperatura entre nosotros aumenta mientras yo sigo jugando con su cabello mientras él se arrodilla ante mí.

—He dicho que me quites las manos de encima.

Quiero que haga un movimiento. Que se rompa.

Enrollo mi otra mano en su cabello y comienzo a tirar cerca de su cuero cabelludo. Mis caderas se mueven en una suave ola. Quiero arrodillarme sobre él.

—*Ria*... Estás haciendo esto a propósito y poniendo a prueba mi autocontrol. Para.

Parpadeo. Lo estoy haciendo... y ni siquiera ha sido mi intención.

El corazón me golpea con fuerza contra las costillas. Me encanta presionar sus botones con el único propósito de ver su reacción y lo apasionado que se pone. Un depredador con un solo motivo... atacar y devorar.

Dios. ¿Qué demonios me pasa para provocar a un hombre de la talla de Kova? Y aún peor, para querer esto.

Es repugnante. Yo soy, literalmente, la razón por la que actúa como lo hace.

Kova levanta la cabeza y exhala un aliento caliente y torturado. Sus manos tiemblan.

—¿Por qué me resulta tan difícil ser fiel cuando se trata de ti? —Sus labios están ridículamente cerca de mi ombligo—. Es como si mi resistencia se rompiera y tú fueras todo lo que veo, todo lo que quiero.

—No lo sé. No lo hago a propósito —confieso—. Está mal, y me odio por desearte, por ponerte en esta situación.

—El sentimiento es totalmente mutuo.

Debería sentirme herida por su respuesta, pero no lo estoy. Entiendo de dónde viene. Una energía entre dos personas tan poderosa que no puede ser contenida, por mucho que lo intenten. No importa lo malo, lo ilícito, lo moralmente pecaminoso.

Algunas cosas están destinadas a ser sin razón.

Kova me levanta y me lleva a la cama en dos largas zancadas. Se mete bajo las sábanas y alinea su cuerpo con el mío. Está muy caliente, y me acurruco más, saboreando su calor corporal. Inclinando la cabeza hacia adelante, aprieta sus sensuales labios contra mi frente, y luego intercala una gruesa pierna entre las mías y se cierran. Tomo una lenta y profunda bocanada de aire, e intento estabilizar mi respiración. Kova mantiene sus labios pegados a mi piel, como si tuviera miedo de moverse. Estamos así de compenetrados. Rodea mi esbelta cintura con sus brazos, me inhala por la nariz y me da otro suave beso.

Mira hacia abajo.

Contengo la respiración.

Él contiene la suya.

Miro fijamente sus ojos preocupados. Está en agonía, a punto de hacer el mal. Mi mente se enreda con las advertencias, mientras mi corazón se entrelaza con el suyo.

No puedo explicar por qué, pero me gusta poder tentarlo, seducirlo. Es una sensación poderosa. Podemos hacer muchas cosas en mi apartamento sin que nos descubran.

Con mis manos en su afilada mandíbula, me inclino para acortar la distancia, y dudo. Mi boca se acerca a la suya, la electricidad es tan densa como la niebla. Me coloca frente a él, deseando esto y aterrorizada por el efecto dominó que puede causar, como el otro día en su oficina. Nos respiramos mutuamente, nuestros ojos se mueven frenéticamente de un lado a otro. Contemplo por un momento...

—No lo hagas —susurra.

Pero lo hago. Aprieto mi boca contra la suya. Las manos de Kova se deslizan por mi espalda y se posan en mis hombros, donde me atrae hacia él. Su tacto codicioso contradice sus palabras, como siempre, y me fundo con él.



Capítulo 33

El calor abrasador de Kova presiona contra mi cuerpo, que está helado.

Inspira profundamente y acerca su boca a la mía, tirando de ella con pequeños mordiscos. Su lengua baila seductoramente a lo largo de la línea de mis labios. Suspiro cuando desliza su lengua en el interior y me acaricia, rozando con una suave pasión llena de fuego. Sus ágiles dedos se enredan en mi cabello y yo rodeo sus hombros con mis brazos. Se pone de espaldas, llevándome con él. Me pongo a horcajadas sobre sus caderas con facilidad. Un pequeño gemido se me escapa cuando su dureza presiona mi centro. Me levanto la camiseta por encima de la cabeza y la tiro a un lado. La presión palpita entre mis muslos, aumentando a medida que mis caderas se mueven lentamente contra su eje rígido, como una lánguida ola que llega a la orilla.

—¿Por qué nunca escuchas? —dice entre besos.

Se me escapa una carcajada.

—Me has arrastrado contigo.

Kova me rodea con un brazo fuerte la parte baja de la espalda y con otro la parte superior, agarrando mi cuello. Dios, me encanta su dominio sobre mí. Lo dominante que es. Me gusta estar encima de él, muestra lo pequeña que soy en su comparación. No puedo moverme de ninguna otra manera que no sea la que él ejerce sobre mi cuerpo con el poder de su tacto. Sucumbo a él.

—¿Por qué? —insiste, tirando de mí lo suficiente para mirarme a los ojos. Un gemido superficial se le escapa, el placer abandonado se intensifica en su mirada atenta. Mi cuerpo se mueve por sí solo, mis caderas giran sobre las suyas hasta que él detiene el movimiento con firmeza, asegurándome en su sitio. Su polla se agita y gime.

—¿Por qué? Contéstame, por favor.

—No tengo una respuesta real para ti, aparte que ambos queremos esto y lo sabes.

Sacude la cabeza, negando con vehemencia.

—Estoy tratando de hacer lo correcto.

—Mentiras. Tu cuerpo no miente.

—No haces caso a mis ruegos. Te digo que pares, pero haces todo lo contrario. ¿Por qué tienes que hacerme esto? —Aprieta los dientes, empujando mis caderas con fuerza hacia las suyas. Dejo escapar un jadeo, la humedad se filtra de mí. Intento frotarme sobre él, pero me detiene de nuevo. Gimo—. ¿Significa algo para ti el hecho que tenga novia?

—No —digo con toda sinceridad. Realmente no me importa.

—Estás jodida de la cabeza, ¿lo sabes? ¿Y si fuera mi esposa? ¿Habría entonces alguna diferencia para ti?

Ignoro la pequeña indirecta.

—¿Sería diferente para ti?

—No lo haría, ¿verdad? —pregunta completamente sorprendido cuando ignoro su pregunta.

—No. Si no importa ahora, ¿por qué iba a importar entonces?

Se burla, pero sigo abrazándome a él.

—Insólito.

—Te gusta, joder, Kova, así que deja de fingir que no te gusta. Los dos queremos esto.

—Eres una gran contradicción, ¿lo sabías?

Intento besarlo, pero sus dedos se enroscan en mi cabello y lo jala, cerca de las raíces para retenerme.

—A cualquier hombre con una polla le gustaría, *Ria* —se burla, ahuecando mi pecho. Me retuerce el pezón entre dos dedos hasta que arde de calor y jadeo, con la espalda erguida—. Es ciencia. Química. Anatomía. Un coño apretado para follar.

—¿Cualquier coño apretado servirá, entonces? —susurro, mirándolo fijamente a los ojos, agarrando finalmente su polla. Lo agarro con fuerza en mi pequeño puño y uso mis muslos para deslizarme hacia arriba y hacia abajo, rotando mis caderas contra las suyas como si le estuviera dando un baile erótico, aunque nunca había hecho uno en mi vida. La excitación me hace acelerar la sangre y mi cuerpo se enrojece de necesidad. Un sonido ronco vibra en el pecho de Kova. Su mandíbula se tensa. Si él puede jugar, yo también.

Niega con la cabeza. Sus dedos se clavan en mí.

—Te arrepentirás de esto mañana.

No respondo, sino que le hago una pregunta:

—¿Te arrepentirás?

—Sí.

No duda. La mirada en sus ojos frenéticos expone la verdad, y me molesta.

Otro pellizco en mí ya sensible corazón. Estoy completamente fuera de lugar. Tal vez él realmente no quiere esto. Tal vez estaba tratando de comportarse.

Tal vez no me importaba.

Vacilo por un momento, su mirada se centra únicamente en mí. Su cuerpo duro e inflexible se acurruca bajo el mío mientras respira en mi mejilla.

—Me gusta ver cómo te deshaces en mis brazos. Es lo más bonito que he visto nunca... pero me he arrepentido cada vez más de lo que puedes imaginar. Especialmente la otra noche. No quiero vivir más con este arrepentimiento, *Malysh*. Me está matando —admite, y siento el dolor en sus palabras. Es sincero, y aunque la sinceridad es importante para mí, también me duele—. Apiádate de mí —implora, sus ojos me suplican.

Yo estoy demasiado lejos del deseo de este hombre como para prestar atención a su súplica.

Inclinándome hacia adelante, lo miro directamente a los ojos brillantes y le susurro:

—¿Por qué te deseo tanto? ¿Por qué tengo este deseo de estar contigo siempre que estás cerca? ¿Para qué me hagas llegar al orgasmo de la forma en que lo haces? Te quiero dentro de mí, y sé que tú quieres estar ahí. —Lamo

un rastro húmedo a lo largo de su labio inferior y hundo mi lengua entre sus cálidos labios. Ensanchando mis caderas, me restriego sobre él y el placer me recorre. Su erección acaricia mi sensible clítoris y yo jadeo. Kova responde inmediatamente y yo sonrío contra su deliciosa boca—. Por favor.

Usando mi mano, la guía hacia mi sexo.

—Tócate.

Sacudo la cabeza y le pellizco el pecho con la mano libre. Kova me mira con ojos muy abiertos.

—Quiero *que* me toques.

Arrastra los dientes por el labio inferior. Dios, eso es tan sexy.

Necesito más. Necesito el contacto piel con piel.

Aparto su muñeca para meterla en mis pantalones. Lo hace de buena gana. Mi espalda se arquea, mi cabeza cae sobre su hombro cuando sus dedos encuentran mi clítoris. Frota en círculos, utilizando mi humedad como lubricante.

—Oh, Dios —digo sin aliento. Me agarro a sus dedos. Mis labios encuentran su cuello y chupo con fuerza, lamiendo con la lengua su piel salada mientras lo succiono en mi boca. Él gime de placer y respira con fuerza contra mi piel. Su pecho se agita contra el mío. Mis dientes recorren su hombro musculoso mientras su palma se desliza más hacia mi entrada. Juega conmigo. Muerdo, un oscuro deseo se arremolina en mi interior para romper su piel. Un gemido profundo y ronco sale de sus labios cuando siente mi coño mojado. Mis dedos se dirigen a la parte posterior de su cabeza. Agarro su cabello y tiro de él. Kova gruñe y su brazo se tensa alrededor de mi espalda. Cerrando los ojos, lucho contra la liberación que ansío tan desesperadamente, pero mis caderas se aceleran, meciéndose en un movimiento lento y delicioso.

—Eso es... Córrete para mí, *Malysh*. Córrete así.

Gimo, sacudiendo mi cabeza contra su cuello.

—Córrete conmigo... Necesito sentirte —murmuro, embriagada por Kova. Esta es una forma segura de librar mi cuerpo de los efectos de un baño de hielo.

Murmura en ruso, con su aliento caliente mientras me acaricia el cuello. Parece decir una serie de frases, ninguna de las palabras suena similar, pero

todas son más profundas y guturales que la siguiente. Su dedo presiona el apretado manojo de nervios que está vergonzosamente húmedo. Puedo sentir que me está llenando de deseo y eso solo alimenta aún más el movimiento de mis caderas. Me levanto y apoyo las manos en su pecho.

—Ojos en mí —exige—. Quiero que te quites los pantalones y te pongas encima de mí tal y como estás ahora.

Asiento apresuradamente y hago lo que me pide... y él también. Kova se baja los bóxer y su erección se libera, alta, gruesa y dura. Haciendo un gesto para que me acerque, me subo de nuevo a sus caderas y me pongo a horcajadas sobre él, con su polla entre nosotros. Me agarra de las muñecas y pone mis manos sobre su estómago, luego me sujeta las caderas y me levanta. Justo cuando pienso que va a empujar dentro de mí, no lo hace. En lugar de eso, me tira hacia él para que mi coño quede pegado a su polla y casi pegado a su estómago. Guiando mis caderas, veo cómo me frota hacia arriba y hacia abajo de su longitud. El placer que me recorre el cuerpo es alucinante y mis brazos se doblan. Caigo encima de él.

Me da una palmada en el muslo.

—Mantente en pie y mira —dice. Asiento y miro hacia abajo, mi orgasmo empieza a apoderarse de mí, empezando por los dedos de los pies. Su polla brilla por mí y mis pliegues se abren para abrazar su grosor.

Un gemido ahogado sale de mis labios y me siento para poder darme placer sobre él. Mis caderas se aceleran y no puedo apartar los ojos de ver cómo mi coño se desliza por su polla. Es erótico y muy excitante.

—No, no. Presta atención. Muévete suave y lentamente sobre mí, así podrás sentir cada centímetro de mi polla. Acaríciame con tu coño, lenta y dulcemente. —Mi ritmo disminuye, y él me guía para que haga lo que quiere, girando mis caderas hacia arriba con un movimiento de su muñeca—. Sí, así.

Respiro pesadamente, jadeando.

Kova mueve sus caderas con una seducción deliberada que me cautiva. Maldición. Este. Hombre. Mis ojos están pegados a la carne desnuda y tonificada de su estómago que se contrae y flexiona con cada movimiento de su cuerpo. Utiliza sus muslos y hace rodar sus caderas muy lentamente hacia arriba y hacia abajo. Se me hace la boca agua y el pecho me arde por el verdadero placer. Quiero que me ame así. Una lenta entrada y una lenta salida.

—Míranos.



Como si pudiera ver otra cosa. Sus caderas se mueven hacia arriba y hacia abajo, lo suficiente para crear una vorágine de deseo insano entre nosotros. Empiezo a seguir el movimiento, imitando sus caderas.

—Sí, nena. Así, sin más. —Me muevo lentamente sobre él, rechinando mientras lo hago. Me levanto, y él curva sus dedos hacia adelante y empuja mi tierna carne. El golpe de sus dedos se siente jodidamente divino. Luego, cuando bajo, los endereza—. Estás goteando sobre mí.

Sabía que lo estaba. El interior de mis muslos está empapado y puedo olerlo en el aire.

—Kova —digo sin aliento—. Esto es increíble. Lo mejor.

Levanta un lado de la boca. Se le nota un toque de arrogancia.

—Por supuesto que lo es. ¿No sabes ya que siempre tengo razón?

—Más, quiero más. Quiero saber cómo hacer más, sentir más. —Tan cerca. Estoy tan cerca de explotar—. ¡Oh Dios! Ya casi estoy ahí. —Mis caderas aumentan la velocidad—. Quédate justo así —grito y acaricio su longitud, sintiendo su forma mientras me muevo, justo como él dijo que lo haría. Llego al punto justo y grito, echando la cabeza hacia atrás. Mis uñas se clavan en su piel, marcando un músculo sólido. Segundos más tarde, y con un agarre tan fuerte alrededor de mi espalda, me estoy corriendo sobre Kova con fuerza.

Él gime, montando el oleaje del éxtasis conmigo.

—Dios, lo que daría por sentir eso alrededor de mi polla ahora mismo. Estar tan dentro de ti. *Krasivaya*, sentirte apretando y pulsando...

—¿Qué significa eso? —Pregunto, tratando de recuperar el aliento.

—Hermoso.

Kova desliza un dedo sobre mi sensible clítoris y lo frota suavemente. Me estremezco, la piel de gallina cubre mi cuerpo. Solo ese contacto me hace volver a desearlo.

Mis ojos se entrecierran con asombro cuando inclina ligeramente la cabeza y se lleva los dedos a la boca. Lo veo deslizarlos, brillantes de humedad, entre sus labios y chuparlos.

Siento que algo se mueve contra mí. Miro hacia abajo y mis cejas se fruncen.

—Todavía la tienes dura —afirmo—. ¿Por qué no te has corrido?

Kova aplana la boca y hace una mueca. Aparta la mirada y me bajo de él para sentarme a su lado. Su furiosa erección sigue erguida. Tiene que doler.

—¿Vas a ignorarme?

—No tengo que responder ante ti. —Cada palabra es un puñetazo. Me estremezco ante su tono áspero. El aire de la habitación cambia por completo y me siento confundida. Me mira con ojos astutos.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

—¿Así que volvemos a lo mismo?

—Sí, así es.

Aprieto los labios.

—Me siento muy bien —digo sarcásticamente.

—No te pongas graciosa conmigo. Has conseguido lo que querías.

—Lo hice, pero ¿por qué no lo hiciste tú?

Sacude la cabeza y mantiene la boca cerrada. Como si la respuesta fuera obvia, pero no lo es. Kova se levanta de mi cama y se dirige al salón para recoger su camisa. Yo lo sigo.

—Kova. ¿Cuál es tu problema? ¿Por qué el cambio repentino? —Le insisto.

—¡Porque no es lo que quería! —ruge, girando para mirarme—. Te dije que no quería esto, pero tú empujas, y empujas, y empujas hasta que me rompo. Hago todo lo que puedo para mantenerte alejada. Te saco de un encuentro, soy malo contigo a propósito, y aun así sigues viniendo. Pero entonces veo que necesitas ayuda y no puedo detenerme. Cualquier cosa que quieras, quiero dártela. No puedo no someterme a tu voluntad. Ojalá pudiera, pero no puedo. Ya no entiendo qué más puedo hacer. Estás destrozando a un hombre. ¿No lo entiendes? Me estás destrozando —brama con la mano en el pecho, con los ojos suplicándome que lo entienda.

Me quedo boquiabierta.

—¿Y lo que pasó en tu oficina? Eso fue todo tuyo —replico.

—Déjalo estar —dice Kova abatido, mirando al suelo, con las manos apoyadas en las caderas—. Anda. Vamos. —Levanta la vista y camina hacia mí.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—*No* vamos a ninguna parte. Vas a descansar en la cama mientras te consigo algo de comer.

—Ya basta. Siento que me estás tratando como a un bebé.

Kova responde en ruso y eso me hace estallar.

—Sabes muy bien que no entiendo lo que has dicho. Lo has hecho a propósito para decir mierda.

Kova me mira fijamente. Me siento cinco centímetros más alta.

—Las palabras duelen, y estoy tratando de no herirte en este momento.

—Acabamos de tener sexo no hace ni veinticuatro horas, así que eso duele aún más de lo que puedes imaginar —digo en voz baja.

Llena de más remordimientos y arrepentimiento de lo que creía posible, me doy la vuelta y me dirijo a mi habitación.



Capítulo 34

—Gracias a Dios que no has pulsado el botón de joderme... otra vez —digo en voz baja al teléfono mientras me sentaba en la cama.

Kova está en la otra habitación y no quería que me oyera. Necesitaba un tiempo a solas. Él me había hecho daño; pero parecía que yo le había hecho más daño también, y eso hizo que una enorme cantidad de culpa pesara sobre mis hombros.

No quería hacerle daño.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí —dice Avery con indiferencia—. A veces estás ocupada y no puedo localizarte —añade en un tono insolente.

Fruncí el ceño.

—Eso no es cierto. No tengo ninguna llamada perdida ni ningún mensaje tuyo.

—Da igual. Las cosas han estado agitadas. ¿Qué está pasando?

No me gustó el sonido perturbado en su voz, pero tampoco presioné.

—Es que echo de menos hablar contigo, echo de menos salir contigo. Me gustaría que estuvieras aquí.

—Te estás poniendo sentimental. Espera. ¿Por qué suenas tan jodidamente triste? —se burla. Nosotras no nos poníamos sentimentales—. No hemos hablado en un buen minuto y cuando finalmente lo hacemos, suenas como

si estuvieras lista para tirarte por un puente. Por favor, no me digas que ahora estás escuchando música cutter[10].

Se me escapó algo entre un resoplido y una risa.

—¿Música cutter?

—Sí, música cutter. Ya sabes, música tan deprimente que te dan ganas de cortarte las venas. Música cutter. Como Lana Del Rey, por ejemplo. Suena jodidamente miserable en cada canción, no puedo soportarlo. Como si odiara su vida y quisiera acabar con ella sin una buena razón, no es que deba haber una razón, pero aun así. Una belleza impresionante con el clásico aspecto hollywoodiense, pero luego abre la boca y suena *tan* condenadamente triste que me da escalofríos. No sé, simplemente no la soporto. Lo mismo ocurre con Sia. No me hagas hablar de ella. Otra belleza, pero su voz y sus letras chorrean miseria. Es peor que Lana.

Me reí. Tenía razón.

—No, no es mi estilo.

—Gracias a Dios —exageró—. ¿Te estás emocionando por tu encuentro? Ojalá pudiera estar allí contigo.

Sonreí al teléfono.

—Sí, pero estoy nerviosa más que nada. —Y lo estaba. Por mucho que me preparara, por mucho que Kova me azuzara, los pensamientos llenos de estrés me consumían cada minuto del día—. He aumentado mi entrenamiento, así que ahora practicaré todos los días durante las próximas tres semanas. Quiero estar preparada cuando haga la prueba de élite.

—Con el señor Besable, supongo.

Me quedo en silencio durante un minuto.

—Oh, diablos. ¿Qué no me estás contando? —preguntó Avery.

—Nada.

—No me digas nada —bromea—. Estás mintiendo. Cuéntalo.

[10] Música popular que no posee una melodía real y que se utiliza ampliamente como música de relleno. Puede ser en forma de rock, pop y otros géneros musicales.

Miro por encima del hombro hacia la puerta, como si pudiera ver a través de ella lo que Kova estaba haciendo.

—Está aquí —digo en voz baja.

—¿Quién está ahí? ¿Por qué estamos susurrando? —Avery bajó la voz para igualar la mía.

Me reí.

—¿Por qué *estás* susurrando?

Hace una pausa y luego, con una risa, reanuda su tono normal:

—No tengo ni idea. ¿Quién está en tu casa?

—Te daré tres intentos, pero tengo la sensación que solo vas a necesitar uno.

Mi mejor amiga no tarda en darse cuenta.

—Oh, joder. ¿Qué te pasa? Es como si tuvieras a Lucifer sobre tus dos hombros animándote. Cuanto más fuerte se pone, más tonta te vuelves.

Me río.

—Simplemente pasó.

—Ria, no pasa porque sí —me regaña como si fuera una niña pequeña—. Ya hemos hablado de esto, no puedes caer sobre una polla.

—Eso no es lo que ha pasado en absoluto. Al menos no esta vez.

—Entonces, ¿quieres decir que no hubo toques ni orgasmos?

—No he dicho eso…

—Por supuesto que no lo has dicho. —Me la imagino poniendo los ojos en blanco—. Un orgasmo es lo que se espera cuando estás a solas con el pervertido. Tengo que quitarte ese hábito. No terminará bien para nadie. —Avery se detiene y luego grita—: ¡Oh, Dios mío! ¡Realmente es Lucifer! Así es como voy a llamarlo a partir de ahora. Es muy apropiado, ¿no estás de acuerdo?

—Ave…

—Lucifer necesita cambiar el título de su gimnasio. Qué tal... World Cup Academia de Orgasmos. O, Academia de Gimnasia World Cup, donde todo el mundo sale con un final feliz, solo tienes que entregar tu virginidad primero.

Una fuerte carcajada brota de mí. Avery es ingeniosa y, una vez que empezaba, no quisiera que pare. De una manera extraña, me siento adicta a su personalidad. Tiene una actitud intrépida y arrogante que yo deseaba tener.

—En serio —dijo Avery, su tono cambió a serio—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué está ahí? Cuéntamelo todo y no dejes escapar ni una sonrisa.

Un lado de mi boca se levanta. Me debato sobre qué contar a mi mejor amiga. Estaba acostumbrada a mentir cuando se trataba de cualquier cosa relacionada con Kova, pero ya no sentía que tuviera que mentirle a Avery.

—Hoy he tenido un acondicionamiento y me ha destrozado. Éramos solo Kova y yo, sin parar, todo el día. Sin descansos, sin almorzar, solo un poco de agua. Luego, un contacto físico y verbal completo. Ave, apenas podía estar de pie cuando terminó. Nunca en mi vida he estado tan agotada de energía. Estaba tan fuera de sí que cuando Kova me hizo una pregunta, le dije exactamente lo que pensaba en lugar de darle lo que quería oír. Resumiendo, nos peleamos un poco y no me dejó más remedio que permitirle que me llevara a casa.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Unas ocho horas.

—¡Ocho horas! ¿Tuvieron sexo durante ocho horas? —grita ella—. ¡Quién hace eso! ¡Y con alguien recién salido del expreso de himen roto!

Aparto el teléfono de mi oído al oír su voz aguda y lo miro. *¿El expreso del himen recién roto?* ¿De qué demonios estaba hablando? Justo cuando iba a preguntarle, me di cuenta de lo que quería decir.

—Oh, Dios mío. Estuvimos trabajando en habilidades de gimnasia todo el día. Eres una idiota, ¿lo sabías? Un idiota en toda regla.

—Joder. Gracias. A veces hay un Dios. —El alivio inunda su voz.

—No puedo creer que pensaras que estábamos teniendo sexo durante ocho horas —susurro, ahuecando mi mano alrededor del receptor. Me llevo las rodillas al pecho—. Estás demente —añado para darle más culpa, y luego le cuento el resto de la historia. Incluso llego a confesarle mis pensamientos

más oscuros y enigmáticos. Le conté cómo me gustaba persuadirlo para que hiciera cosas que no quería, que creaba un poder arremolinado y trepador dentro de mí al verlo doblar la rodilla. Cómo casi me propuse llevarlo al borde de la locura, solo para ver cómo se rendía y nos daba a los dos lo que queríamos, como lo queríamos. Cómo le hice hablar conmigo de las cosas que tenía en mente.

Avery estaba muy callada cuando terminé.

—¿Ave?

—Sí. —Se aclara la garganta—. Estoy aquí. Sinceramente, ya nunca sé contigo. No sé qué decir porque me preocupa que pueda ser lo contrario de lo que necesitas. Cuando se trata de ese hombre, eres temeraria, salvaje y arriesgada. Me preocupa. —En voz baja, añade—: Eres una desconocida cuando se trata de él. Las cosas que me dices, nunca espero que vengan de ti. Ni siquiera te reconocería si me cruzara contigo por la calle.

Reflexiono sobre sus palabras, sin que me guste el modo en que habían dado en el clavo. Pero ella tiene razón. Sentí un cambio en mí y lo irresponsable que me había vuelto con él cerca. Era otra de las razones por las que no quería que viniera, por las que no quería estar más tiempo a solas con él. Me conocía a mí misma y sabía cómo reaccionaría. Él era una tentación que no podía resistir. Yo era un deseo que él ansiaba. Éramos la peor y mejor combinación.

Suspiro para mis adentros y miro al techo.

—Creo que lo sé. La única razón por la que alguien cambia es porque hay algo más. Sentimientos más profundos. Unos que no se abordan ni se reconocen de forma obvia. Creo que eso es lo que me pasa a mí y no me di cuenta hasta que lo dijiste. Me preocupa porque cuando eso sucede, la gente se vuelve imprudente cuando trata de ocultar algo. Eventualmente, se deslizan y todos los mentirosos son atrapados. Tengo sentimientos por él, Avery, tanto buenos como malos. Tampoco sé cómo apagarlos. Creía que sí, pero en realidad no lo sé. Hay momentos en los que necesito respirar el aire que expulsa, pero luego quiero darme la vuelta y asfixiarle la vida al mismo tiempo. No sé qué hacer —digo en voz baja—. Tal vez no soy lo suficientemente fuerte para combatirlos.

Sacudo la cabeza. Me sentía hueca por dentro. Me lloran los ojos de tanto mirar y no parpadear. Odiaba pensar por un momento que me habían derrotado sin una lucha digna, pero era exactamente como me sentía. Sin esperanza.

—Sin embargo, realmente no es tu culpa. Me da rabia pensar que tú crees que lo es. El *entrenador* lo sabe mejor. Es un adulto —dice, enunciando cada palabra—. No tenía que hacer nada hoy, ni siquiera traerte a casa, pero se ha impuesto. Se está aprovechando de tu ingenua inocencia.

Sacudo la cabeza con vehemencia, sorprendida que hablara con tanta animosidad. Me toma completamente desprevenida.

—No se está aprovechando de nada; yo se lo estoy dando, Avery. Ese es el problema. Me siento atraída física y emocionalmente por este hombre. Quiero estar cerca todo el tiempo. Me gusta aprender de él. Me enseña y me escucha. Y por mucho que intente odiarlo, no puedo. Quiero decir que lo hago, pero no lo hago. Dios. No sé lo que estoy diciendo, aparte que no hay que tomar nada. Te lo juro —susurro, mi voz casi tomando un rango de falsetto—. Si acaso, soy yo quien intenta tomar.

—Es muy difícil que lo veas desde mi perspectiva. No *tenía* que venir. No tenía que meter su mano en tu vagina y mostrarte cómo follar con sus dedos como una estrella del porno. Te está enseñando literalmente a follar y a excitarte para animarte a más. Siento que hay un motivo en todo lo que hace. Es una elección que él hace, y que tú te cuelgues adelante a eso para jugar no ayuda a la causa. Es raro, sobre todo teniendo en cuenta su edad.

Me quedo sin palabras ante su tono de disgusto. Un dolor de cabeza se forma en el centro de mi frente.

—¿La cacerola llama a la tetera negra? —Me pongo a la defensiva—. ¿Qué hay de tu misterioso novio mayor? Al que nunca he conocido, ni siquiera sé su nombre. Nunca te he echado mierda sobre él como tú lo haces conmigo. Te he arrimado el hombro y he apoyado tus decisiones. Deja esa actitud para otro momento. No está justificada.

—El mío es un poco menos de cinco años *mayor* —replica, levantando la voz—. No dieciséis años o lo que sea. No sé hacer cuentas. Es completamente diferente.

—No lo es.

—Oh, pero lo es. Al principio todo era diversión y juegos. Pensé que desde que Hayden se enteró te haría entrar en razón. O cuando el bastardo te sacó de una competencia, o cuando te folla sin protección y luego te arroja algunos Tic Tacs. ¿Cómo diablos sabes que no tiene una ETS? No lo sabes. Nada ha entrado en tu cabeza dura y es solo cuestión de tiempo hasta que estés realmente jodida. Tienes suerte que Hayden no diga una palabra de eso... todavía. Recuerda mis palabras, la próxima vez que te atrapen será peor. Así

es como siempre sucede, Aid. Todas las mentiras te alcanzarán un día. Las espinas serán más largas y las lianas se retorcerán tanto que no podrás salir indemne.

—¿Y si te atrapan? —replico.

—A nadie le importaría —se burla.

—Ah ¿sí? Entonces, ¿por qué es un secreto? ¿Quién es? —Avery se queda en silencio. Sonrío y repito mis palabras anteriores—. Ves, la cacerola llamando a la tetera negra.

Ella suspira profundamente.

—No quiero discutir con alguien que se cree las mentiras piadosas, y nunca quiero pelearme con mi mejor amiga. Me duele demasiado, pero no puedo hablar contigo ahora. —Su voz suena tan tensa como siento mi pecho—. Tengo demasiadas cosas en marcha como para añadir esto a mi creciente pila de mierda. Demasiada gente molesta conmigo por las cosas que he dicho por emoción, y no quiero que tú seas una de ellas ahora. Estoy tratando de arreglar las cosas antes de saltar por un maldito acantilado. Solo confía en mí que tu aventura secreta es un millón de veces peor que la mía. Solo intento cuidar de ti, pero no puedo seguir lidiando con este nivel de estupidez.

Avery cuelga, sorprendiéndome hasta la médula.

Miro mi teléfono, aturdida y confundida, tambaleándome en silencio. No estaba enfadada. No tenía ganas de enfadarme. No cuando sabía que, en el fondo, Avery se enfrentaba a algo de mayor envergadura. Algo de lo que yo no tenía ni idea. Estaba sufriendo por dentro, y eso a su vez me dolía a mí porque no confiaba en mí como yo lo hacía con ella.

Una lágrima se desliza por mi mejilla. Confié demasiado en ella. Fue egoísta por mi parte, y no me di cuenta que me necesitaba como yo a ella. Estaba demasiado consumida por mi vida como para reconocer la de los demás.

Suena un ligero golpe en mi puerta. Me limpio rápidamente las lágrimas mientras Kova entra. Nuestras miradas se cruzan y su rostro se derrumba al verme. Ya no estaba enfadado con mis travesuras; su rostro solo mostraba simpatía por mí.

Todo vuelve a surgir. Lo intrigante que había sido con él, lo egocéntrica que fui con Avery, cómo obligué a Hayden a llevar una carga de mentiras por mí. Las lágrimas caen como una cascada y Kova se apresura a recogerme en sus brazos.

—Ven, *malysh*. Ven aquí —dice, acercándome—. ¿Supongo que era tu madre?

Negué con la cabeza.

—Avery —digo entre lágrimas.

—Imagino que es peor para ti.

Caen más lágrimas y asiento. Me dolía mucho el corazón. Kova se metió en la cama y se coloca bajo las sábanas conmigo. Alineó su cuerpo con el mío y lloré en silencio contra su pecho. Me mantuvo caliente y reconfortada.

—Siento haber arruinado tu vida —dije, con la voz apagada. Sentía que últimamente había dejado una huella empañada en la vida de todo el mundo.

Me besó la frente y me acurrucó contra él.

—No has arruinado mi vida. En todo caso, la has mejorado.

Me tembló la mandíbula.

—¿Kova?

—Sí —dice, frotando mi nuca. El cansancio me golpea con fuerza, apenas puedo mantener los ojos abiertos mucho más tiempo.

—Probablemente deberías irte a casa. Se está haciendo tarde. —*Y seguro que Katja se pregunta dónde estás*, quise añadir.

—Estoy justo donde quiero estar. Ahora duérmete.



Capítulo 35

El agotamiento me había alcanzado.

—Adrianna, ¿has perdido peso? Hoy pareces muy delgada.

Levanto la cabeza y me encuentro con la mirada preocupada de Kova. Estaba ante mí, con el ceño fruncido mientras sus ojos recorrían todo mi cuerpo. Se queda boquiabierto mientras yo rebuscaba en mi bolso de deporte en busca de mis muñequeras. Pronto tendría que ir a la bóveda con Madeline.

—¿No? No que yo sepa, pero incluso si lo tuviera, ¿no sería algo bueno? — Me burlo con fastidio, poniendo los ojos en blanco.

—¿Perdón? —replica, colocando las manos en las caderas.

Han sido más de tres semanas seguidas de esta locura autoinducida que había pedido. Más de tres semanas de largo y extenuante acondicionamiento extra duro. Entrenamientos de quince horas diarias, músculos tan sobrecargados que dolían al caminar o incluso al levantar un tenedor, cinta deportiva cubriendo varias partes de mi cuerpo, tanto Motrin que debería ser internada por abusar de eso. Palabras mordaces repletas de duros desacuerdos lanzados de un lado a otro. Y de entre todas las cosas que hay que decir, mi entrenador me pregunta si había perdido peso.

Debería estar jodidamente contento si lo hubiera hecho.

Bueno... últimamente estaba un poco malhumorado.

Dejo caer el bolso y me puse de pie, clavando los talones en el suelo. Hice una mueca de dolor. Hoy no era mi día. Me dolía mucho la cabeza y el tendón de Aquiles me palpitaba terriblemente. Empezó como una punzada sorda aquí y allá hace más de una semana y desde entonces había progresado hasta convertirse en un pulso ardiente. Pero lo había ocultado bien, nadie sospecharía que había estado lidiando con este nuevo dolor.

Por no mencionar que volví a orinar sangre, solo que esta vez no era tanta.

Bajando la voz, mi corazón se aceleró mientras decía:

—Me dices repetidamente que sueno como un elefante cuando aterrizo. Obviamente, estoy demasiada gorda para tu gusto. Mi mamá sigue *insistiendo* en eso. No es que esté tratando de perder peso, pero si ocurriera, entonces lo llamaría una bendición disfrazada. ¿No es así?

Kova se acerca más, con una cruel oscuridad arremolinándose a su alrededor. Tragué con fuerza.

—Estoy harto de tu actitud, pequeña. No he hecho más que darte lo que me suplicas cada día, y cada día me recompensas con una lengua afilada que quiero cortar. No sé quién te crees que eres para hablarme así, pero ya me está cansando. Será mejor que te deshagas rápido de esa actitud.

—¿O qué? —suelto, poniendo énfasis en la E. Me lamo los labios secos y Kova me observa, arrugando la frente.

Justo cuando pensaba que iba a volver con otro ultimátum, me toma desprevenida.

Kova inclina la cabeza hacia un lado para volver a escudriñar mi cuerpo. Ahora parecía alarmado más que nada, como si realmente me mirara.

—¿Estás durmiendo lo suficiente?

—¿Qué?

—Responde a la pregunta. ¿Estás durmiendo? Tienes bolsas bajo los ojos, tienes un aspecto demacrado. Te garantizo que si te pusiera en una balanza mostraría que has perdido peso. Y estás de mal humor.

—Duermo como un bebé —miento. Hacía semanas que no dormía, desde la noche en que Kova se quedó a dormir. Estaba agotada, al borde del colapso, y sin embargo, de alguna manera, seguía aquí dándolo todo. Creo que fue la voluntad y la determinación lo que me impulsó, porque mi cuerpo estaba listo para colapsar en cualquier momento. Tal vez una ración de cabeza dura. ¿Quién necesitaba dormir cuando su futuro era una bomba de relojería? Me quedaba una semana para mi primer encuentro. No había tiempo para dormir cuando tenía tanto que hacer.

Entrecierra los ojos.

—¿Hay algo de lo que quieras hablarme, quizás? ¿He hecho algo? ¿Te estoy presionando demasiado?

Me burlo.

—Estoy lidiando con el síndrome premenstrual. Tengo unos calambres terribles y estoy a punto de tener la regla. No todo tiene que ver contigo, Kova. —Parcialmente cierto. Mayormente una mentira.

Todo lo que he hecho ahora ha sido mentir.

Kova cierra la boca, pero sabía por su mirada que no me creía. Estaba *sobrecargada* de trabajo, y estaba jodidamente *cansada*. No tenía tiempo para dormir.

Podré dormir cuando esté muerta.

Sus brazos caen a los lados y la lástima llena su rostro. Todo el humor de Kova cambia.

—Vete a casa, Ria —dice suavemente.

El fuego me aviva y mis ojos se abren ampliamente.

—¿Qué? No. —Refuté, dando un paso atrás—. No tienes ninguna razón para enviarme a casa.

Dio un paso hacia mí y me toca el hombro con empatía.

—Puedo ver en tu rostro que estás agotada. Te ves como una mierda. Me preocupaba que practicar a esta magnitud te haga retroceder.

—Oh, por favor. Solo he mejorado, y tú lo sabes. Pero el entrenador Kova tiene un bicho en el culo. Cuando se enfada, los gimnastas deben irse —me burlo, poniendo los ojos en blanco, y me arrepiento de las palabras en el momento en que salen de mis labios. Soné como una maldita niña.

Seguía siendo blando conmigo.

—Sí, me das labia, y sí, la aguanto, pero esto no es propio de ti, Adrianna. Me preocupa. Vete a casa y duerme. Es evidente que tu cuerpo lo necesita. Tómate el día de mañana libre y ve al médico. Que te revisen tus signos vitales. No has sido tú misma últimamente. Si no lo haces, y sigues con este comportamiento, cuanto más se acerque la competición, más débil serás. No acabará bien para ti.

Me mantengo firme, apretando los dientes.

—No soy débil.

—Nunca te tomaría por una persona débil.

—No me voy para irme. Me quedan dos horas de práctica de bóveda. *Luego* me iré a casa.

Kova sacude la cabeza con incredulidad.

—¿Qué te pasa? ¿Cuándo vas a aprender que me interesa lo mejor para ti y que debes confiar en mí? Estoy realmente preocupado por ti. Está claro que necesitas descansar.

—La última vez que puse toda mi confianza en tus manos, la arrojaste lejos. No puedo permitirme que eso vuelva a suceder.

—Pensé que habíamos superado eso. No puedes dejarlo pasar, ¿verdad? —Kova aparta la mirada, su mandíbula se tensa. Me encantaba cuando se flexionaba así. Una cosa tan masculina para mí.

—No, y no lo haré. Así que, ahora, si me disculpas, veo que Madeline se impacienta cada vez más conmigo. Necesito llegar a la bóveda. Estoy segura que le encantaría saber de qué se trata este pequeño espectáculo. No le gusta que le haga perder el tiempo.

Kova me mira con un desdén que se reflejaba en su bello rostro.

Bajé la voz.

—Voy a hacer lo necesario para conseguir lo que quiero.

—Lo entiendo, Adrianna, pero lo estás haciendo mal. Esto te va a salir mal, créeme.

Sacudo la cabeza y doy la vuelta.

—Estás caminando sobre hielo delgado conmigo —dice Kova en voz baja antes que yo estuviera a dos pasos.

Mirando por encima de mi hombro, digo:

—¿Qué podrías hacer que me perjudicara aún más? —Cuando no dice nada, sonrío y me doy la vuelta, alejándome.



—Tus piernas se separaron del trampolín, y en el vuelo.

Aterrizo con el sonido de la voz de Kova a mi derecha. Lo miro y hago una mueca. No estaba segura de por qué estaba aquí si no era mi entrenador de salto, pero de lo que sí estaba segura era que tenía otras chicas a las que entrenar y destrozar mentalmente aparte de mí.

—Lo sé. Madeline ya me lo dijo —digo secamente, arreglando mi leotardo. Se había levantado en un lado, dándome un calzón chino. Odiaba que eso ocurriera. Pasé junto a él como si fuera un extraño.

Había pasado una hora desde que intentó mandarme a casa y todavía estaba furiosa.

—Así que cierra los tobillos en lugar de intentar pegar los muslos —sugirió detrás de mí mientras me reajustaba la cola de caballo y me acomodaba los cabellos sueltos—. A veces los cuádriceps más fuertes dificultan que las piernas se mantengan cerradas.

Le hice un gesto con el pulgar hacia arriba y seguí caminando.

Me detuve frente a Madeline, que mira a Kova detrás de mí en forma de pregunta. Se me revuelve el estómago. Rezo al cielo poder mantener mi rostro neutro mientras ella mira de un lado a otro entre nosotros. No necesitaba mirar por encima de mi hombro para saber que Kova estaba más frío que una lechuga.

—Así que lo bueno de tu separación de piernas —Madeline volvió a centrar su atención en mí—. Es que sé que estás apretando el culo con mucha fuerza para mantener todo apretado. Eso demuestra que lo estás intentando, pero ahora vamos a pegar esas piernas. Intenta tu salto de nuevo y concéntrate en tratar de pegar los tobillos, como sugirió el entrenador Kova.

Asentí con la boca firme y volví al final de la pista de salto y me puse detrás de la línea. Respirando profundamente, me preparé mentalmente

visualizando el Amanar, un Yurchenko de dos vueltas y media, con los tobillos cerrados. El salto más difícil de ejecutar para las mujeres.

Lanzo una exhalación extenuante y me susurro a mí misma:

—Lo tengo. —Visualicé lo que tenía que hacer.

Mirando directamente a la bóveda, corrí hacia ella, ganando velocidad con cada movimiento de mis piernas. A pocos metros de distancia, me lancé en un giro, golpeé el trampolín con los dos pies y realicé un salto de manos hacia atrás. Me aseguré que mi bloqueo fuera fuerte con un salto de hombros para ganar toda la altura posible, algo imprescindible para esta habilidad. A veces, en el vuelo, o realmente con cualquier habilidad, era difícil saber si un gimnasta cometía un error.

Al aterrizar, el agotamiento me golpeó con el peso de cincuenta ladrillos. Un enorme resoplido escapó de mi pecho. Mis ojos se cerraron y todo se volvió oscuro por un instante.

Miré a Madeline en busca de aprobación, ignorando por completo la mirada abrasadora de Kova. Fingí que no me había dado cuenta.

—Mejor, pero tenías una ligera flexión de piernas. Si conseguimos apretarla y controlarla, tengo el presentimiento que vas a llamar la atención con tu salto, Adrianna. La altura que consigues es increíble.

Una enorme sonrisa se extendió por mi rostro. Las palabras de la entrenadora Madeline me daban esperanza, algo que a Kova le encantaba aplastar.

Como si mi sonrisa pudiera ser mayor, mis mejillas ardieron cuando ella dijo:

—Me encanta la mejora que estoy viendo en ti. Un trabajo realmente estupendo. —El entusiasmo de Madeline era contagioso. Mi barriga revoloteaba de emoción y esperanza, borrando el cansancio.

Después de otra hora de trabajo en la bóveda, estaba sintiendo los efectos del entrenamiento de Madeline. Me dolían los hombros de arquear la espalda y saltar de la plataforma, y tenía el estómago más apretado que un nudo de pesca. Había hecho tantos saltos de práctica que había perdido la cuenta, pero, por extraño que parezca, no estaba preparada para volver a casa. Estaba más animada que nunca.



Madeline era estricta y dura, pero con un toque femenino. Sabía cómo presionar sin doblegar a una gimnasta. Muchos entrenadores practican con mano de hierro. Yo no tenía ningún problema con esa mentalidad. Lo entendía y comprendía por qué lo hacían, me beneficiaba. Había que tener una mente fuerte para ignorar los comentarios duros y superarlos. Pero algunos días era un buen cambio tener a alguien como Madeline como entrenadora.

La mayor parte del tiempo agradecía el cambio con Madeline, pero prefería el entrenamiento de Kova cualquier día. No por lo que ocurría entre nosotros, no tenía absolutamente nada que ver con eso. Kova podía aplastarme en segundos, pero me presionaba más que nadie. Y lo amaba más de lo que las palabras podrían expresar.

Un entrenamiento duro producía confianza.

La confianza podía mover montañas.

Adrianna Rossi. Una sádica emocional en su máxima expresión.

—Ven. Tengo algunos ejercicios que creo que te beneficiarán y en los que quiero trabajar antes que te vayas. —La voz de Madeline irrumpió en mis pensamientos.

La seguí hasta la rampa de caída, subí y me puse con los pies juntos en el centro. Había una alfombra de aterrizaje en el extremo con una alfombra azul rectangular de gran altura hecha de vinilo y tela de malla de nylon.

Me encantaba este trampolín por el simple hecho que podía practicar pases de volteretas hasta que se me pusiera el rostro azul sin poner en tensión mi cuerpo. Redujo las lesiones provocadas por las múltiples repeticiones. En el nivel de élite, eso es todo lo que hacíamos... repeticiones.

—Vamos a hacer algunos saltos de mano. Quiero que seas consciente de la extensión de tu muñeca para que cuando empujes no pongas todo el peso en tus hombros. Tienes que extender la muñeca tanto como sea posible cuando saltes.

Asentí y me puse en posición. Nunca había hecho este ejercicio en un trampolín, solo en el suelo, así que sabía exactamente a qué se refería. Mis palmas tocaron la malla de resorte negra unida por cuerdas elásticas a cada lado. Me levanté de las manos para hacer otra parada de manos sin tocar el suelo y me solté. Mis caderas cayeron hacia la derecha y mis rodillas se doblaron, tirando hacia mi estómago. Me agarré y me puse de pie.

Madeline me miró.

—No estabas tensa, pero tienes la fuerza. Mantén el pecho dentro. —Ella ahuecó el pecho para formar una curva con la parte superior de su cuerpo y lo golpeó—. No quiero ver tu culo, gira las caderas hacia abajo y ábrelas, chica. Los flexores de la cadera son planos, así que trabaja constantemente para mantenerlos planos y abiertos. Las caderas cerradas muestran que eres una aficionada asustada, las caderas abiertas muestran que tienes el control y no tienes miedo.

Mi entrenadora tenía razón al cien por cien. Esta vez, cuando hice el salto de manos, lo hice correctamente.

—Bien. Ahora vamos a hacer unas cuantas pasadas de esas hacia arriba y hacia abajo, digamos unas. —Entrecerró los ojos como si lo estuviera pensando—. ¿treinta?

Treinta no eran pocas pasadas, pero no iba a discutir con ella. Si podía hacerlas en el suelo, entonces sesenta filas en total subiendo y bajando treinta pies de estrecho trampolín serían pan comido.

Cuando terminé, mis muñecas estaban un poco sensibles. Se tronaron un par de veces a mitad del salto que me produjeron una mueca de dolor, pero en general, me sentí muy bien.

De pie en el borde, Madeline se acercó y me dio un cuadrado azul. Sabía a dónde quería llegar antes que dijera nada. Hice ejercicios similares en las barras con estos cuadrados de espuma.

—Pon el bloque entre las rodillas y aprieta. Haz saltos hacia atrás en la pista. Esto te dará unos saltos hacia atrás más limpios y apretados. Usa esos muslos internos.

Este ejercicio no solo beneficiaría realmente a cuatro eventos, sino que también rectificaría las piernas que se separan al pasar de la barra baja a la alta. Cada vez que veía que las piernas se separaban aunque fuera un pelo durante un Shaposh, hacía una mueca. Me molestaba sobremanera y todo lo que podía ver era descuido de ahí en adelante. Dicho esto, era mucho más difícil mantenerlas cerradas que juntas. Entendía perfectamente el problema.

—Ahora, pliegues hacia atrás —ordenó Madeline antes que llegara al final de la pista. Una vez que llegué a algo más de la mitad de la colchoneta, gritó—: Mira cómo cuando tus piernas están bien apretadas, tus caderas giran más rápido. Es hermoso y limpio. Esto es lo que quiero siempre, Adrianna. Buen

trabajo. —Justo cuando pensé que iba a tener un segundo para recuperar el aliento y no saltar, Madeline añadió—: Ahora giros completos con la espuma.

Mierda. Mi estómago era una bola de calor de apretar mis abdominales. Al menos esto era un poco más fácil en cierto modo. Todo lo que tenía que hacer era completar cuatro saltos hacia atrás y un giro completo, no levantar las rodillas y hacer pliegues cada vez.

En mi última pasada, mis brazos se doblaron. Doblados por el codo, mi espalda cedió y, sin embargo, de algún modo, me esforcé por mantener el cuadrado entre las piernas. Jadeé en silencio y me agarré para que pareciera que había terminado el pase y nada más. Al aterrizar, mi corazón latía tan fuerte que podía oírlo retumbar en mis oídos, y mi piel sentía un cosquilleo por la tensión de mis músculos.

—Estupendo, ahora muévete al suelo y toma una colchoneta de panel doblada. Ponla a tus pies. —Madeline se puso a un lado y gritó las instrucciones. Mis articulaciones gritaban desde adentro, pero mantuve mi rostro neutral.

—Una vez más, saltos de manos. Esta vez hasta la colchoneta y recuerda extender las muñecas. Empieza con una rodilla doblada para que esté mirando hacia adelante. —Llevé los dedos de los pies hacia la rodilla opuesta—. Bien. Esto hará que tengas que enrollarte y patear con la pierna doblada. Haz una parada de manos para bajar de la colchoneta y rebotar. Recuerda mantener las caderas planas y presionar los flexores de la cadera. Vamos.

No estaba segura de cuántas tenía que completar, supuse que iría hasta que ella dijera que parara, o hasta que no pudiera aguantar más.

No estaba segura de qué era peor.

Solo un poco más y Madeline dijo:

—Queremos un rebote más rápido. Aprieta, Adrianna. —Ella aplaudió fuerte, apurando para que yo acelerara—. ¡Pecho adentro, caderas abajo! Tienes que usar la parte baja de la espalda y el estómago para no hacer pike.

Cada vez que golpeaba el suelo con los pies y bajaba las caderas me sentía más agotada. Todo mi cuerpo estaba a punto de derrumbarse. Y la verdad es que no podía decir si era porque estaba agotada física o mentalmente.

—La cabeza y los brazos deben estar paralelos, no quiero ver tus orejas. La cabeza y los hombros no deben salir primero. Cuando inclines el cuerpo hacia

abajo, los brazos y la cabeza irán al mismo ritmo y dirección. No levantes la cabeza como una tortuga.

Hice una mueca. La entrenadora Madeline empezaba a sonar como Kova.

Sin embargo, no me rendí. Ni una sola vez. Luché contra el cansancio y el dolor. Si no me sacrificaba en esos momentos y empujaba, entonces lo que quería se convertiría en el sacrificio. Estoy demasiada cerca de la cinta de la victoria como para rendirme ahora.



Capítulo 36

El cansancio y la fatiga con los que había lidiado antes habían desaparecido hace tiempo.

Una ducha caliente, cuatro Motrin y una taza de café negro pueden hacer eso. Añade un poco de pollo al ajo con limón y una ensalada de desintoxicación, y estoy lista para seguir adelante.

Lástima que fueran las nueve de la noche y no tuviera ningún sitio al que ir. Odiaba esto. El efecto posterior a un día largo y exigente me hacía difícil relajarme una vez en casa. Estaba intranquila, inquieta y ansiosa. Quería dormir, pero no podía hacerlo hasta por lo menos la medianoche. Tenía suerte si conseguía dormir cinco horas, pero nunca eran sólidas ni continuas.

No tenía deberes. No tenía a nadie con quien hablar. Y no me interesaba ver la televisión. Mi cuerpo necesitaba el descanso, así que era algo bueno, pero estaba nerviosa.

Sola, me senté en mi cama con la rodilla rebotando, intentando leer un libro. Mi mente iba a la deriva cada pocos párrafos, no podía concentrarme. Pensaba en el encuentro que se avecinaba, en mis rutinas, en cómo me iba a ir. Un dolor agudo me atravesó el pecho. Confiaba en que tenía una buena oportunidad de hacer la prueba de élite por primera vez, pero fruncí el ceño cuando recordé el comentario de Kova de hoy sobre mi peso.

Insistió en que había perdido peso.

De pie, me fijé en el espejo de pie. Me quité los pantalones cortos del pijama y la camisa suelta y los dejé caer al suelo. Di tres pasos y me coloqué frente al espejo con solo mis bragas. Con ojos muy abiertos y sorprendidos, miré mi imagen reflejada mientras me estudiaba de pies a cabeza.

Mi corazón se hundió. Kova había dado en el clavo.



Había perdido peso. Mucho peso, por lo menos unos tres kilos, quizá más, lo cual era deprimente, ya que, para empezar, no tenía mucho que perder. Y tres kilos en una gimnasta de mi estatura era una cantidad considerable. Ni siquiera lo había notado. Mis leotardos estaban hechos para ser ajustados, al igual que toda mi ropa de entrenamiento. Y ya no sacaba fotos de mi báscula para enviárselas a mi madre. Aunque si lo hiciera esta noche, estaría más contenta que un cerdo en la mierda.

Aunque no me había saltado todas las comidas, recordando lo días anteriores, me había saltado al menos una al día. No me estaba muriendo de hambre, simplemente no tenía hambre.

Mientras me recogía el cabello en un moño desordenado, mi clavícula sobresalía y provocaba horribles hendiduras. Menos mal que mis raíces italianas me habían bendecido con una piel aceitunada, de lo contrario tendría un aspecto enfermizo. Mis costillas se tensaban contra mi piel cuando inhalaba profundamente, mostrando la longitud de los huesos. Aunque podía contar cada costilla, no se podía negar que aún tenía una elegante definición muscular. Tonificados y delgados. Incluso mis pechos parecían más animados. Me di la vuelta y miré por encima del hombro, mi mirada se paseó por cada vértebra visible, y por mi alto y firme trasero que resaltaba unos glúteos magníficos.

A mis ojos, era perfecta. Cuando me estudiaba de verdad, me encantaba mi aspecto y eso era lo que más importaba. Era la mejor forma que había tenido hasta la fecha. Una sonrisa se dibujó en mi cara cuando vi el claro hueco entre los muslos que tantas mujeres envidiaban. Mi mano se deslizó entre las piernas y mis dedos recorrieron la suave piel del interior de mis muslos. Arqueando un poco más el culo, pude ver mi flexible sexo a través de mis pequeñas bragas blancas. Mis pliegues se abrieron.

Me encantaba mi aspecto desde este ángulo. Un poco sexy, un poco inocente.

Me acerqué a la cama, busqué mi teléfono debajo de las sábanas arrugadas y le envié rápidamente un mensaje de texto a Kova. Me había comportado como una zorra sin motivo alguno y tenía que enmendar mi error.

Yo: Lo siento.

Su respuesta fue inmediata.

Entrenador: ¿Por...?

Yo: *Tenías razón, he perdido una buena cantidad de peso. Me estoy mirando...*

Me mordí el labio, debatiendo si debía decirle que no llevaba nada, luego pensé al diablo.

Yo: *Desnuda frente al espejo.*

La comisura de mis labios se curvó mientras miraba mi teléfono, esperando. Me apetecía ser promiscua. Que me imaginara desnuda. *Quería* que lo hiciera.

Entrenador: ¿Cuánto peso?

No me hizo esperar mucho.

Yo: No me pesé. Solo me doy cuenta mirándome.

Entrenador: Por favor, ve a pesarte por mí o te pesaré mañana cuando llegues.

Me subí a la báscula y le envié una foto, asegurándome que mis piernas delgadas aparecieran en ella.

Yo: He perdido cinco kilos.

Entrenador: Esto no me gusta. Me deja muy preocupado. No deberías bajar de peso tan rápido, Ria. Quiero que veas a un médico.

Aprieto los labios. Podía oír al diablo susurrando en mi oído mientras escribía mi respuesta.

Yo: Nada te complace.

Entrenador: Sabes muy bien que eso no es cierto.

Mis cejas se alzaron en parte con incredulidad y en parte con regocijo. Me sorprendió un poco más que mordiera el anzuelo, aunque no estaba segura de por qué, ya que lo había provocado a conciencia.

Yo: Así es.

Esperé un latido.

Yo: Nunca estás contento ni satisfecho.

La anticipación fluyó a través de mí, las mariposas se arremolinaron en mi estómago mientras estaba de pie frente al espejo agarrando mi teléfono celular ansiosamente para ver a dónde conduciría esta conversación. Al darme la vuelta, tomé una foto de la postura en la que estaba antes, y mi teléfono sonó con su respuesta.

Entrenador: Sabes que ya he quedado muy satisfecho...

Parpadeé y volví a parpadear.

Mi corazón iba a mil por hora. Iba a ir allí. Kova iba a ir allí, y no sabía qué decir ni cómo actuar porque no creía que fuera a suceder.

Apostando, le envié la foto que acababa de tomar.

Entonces me sorprendió aún más. Me contestó con una foto mía... durmiendo.

Entrenador: Ria, tu peso no me disgusta cuando tienes este aspecto.

Se me cortó la respiración en la garganta. Me quedé mirando con asombro antes de pulsar la imagen para ampliarla. Estaba acurrucada de lado, con la camiseta suelta colgando para dejar ver la sinuosa curva de mis pechos, lo justo para ocultar mis pezones. Las pestañas en forma de luna creciente se apoyaban en mis mejillas desmaquilladas y mis labios flexibles estaban ligeramente separados. Mi aspecto era impecable, y me atrevería a decir que sensual, excitante, incluso... erótico.

Mis dedos se movieron para enviar una respuesta, pero me quedé sin palabras. No sabía cómo responder. Se me cruzaron muchos pensamientos. No me molestaba que Kova me hubiera sacado fotos, yo tenía fotos de él, pero me preocupaba qué tipo de complicaciones podría crear si su teléfono acababa en las manos equivocadas con ese tipo de imágenes. No eran fotos de dos amigos sonriendo de oreja a oreja. Ya era bastante malo que tuviéramos sexo, pero esto cruzaba otra línea completamente. Una que ninguno de nosotros podía esquivar.

Antes que pudiera responder, llegó otra foto. Mis ojos se abrieron de par en par y se me cortó la respiración. Esta vez estaba de espaldas, con los brazos relajados por encima de la cabeza, cruzados entre sí. Mis pezones pinchaban la fina capa de mi camiseta que descansaba extremadamente baja sobre mi pecho. Lo suficientemente bajo como para que, al acercarme, pudiera ver el contorno color rosa de mi areola. Mi corazón golpeaba contra mis costillas con tanta fuerza que podía sentir el pulso en mi cuello.

Yo: Kova...

Entrenador: Dices que nunca he estado satisfecho. Esta es la prueba que tengo.

Yo: ¿De qué duermo?

Entrenador: Sí.

¡Esto era una locura! Le pedí a Dios que no las tuviera a la vista.

Yo: ¿Dónde las guardas? Por favor, dime que no está en tu galería de fotos.

Entrenador: No, por supuesto que no. Tengo aplicaciones secretas escondidas dentro de otras aplicaciones. Requieren contraseñas. Nadie las encontrará.

Yo: Bien, eso no es para nada espeluznante. No tenía ni idea que eso fuera posible.

Entrenador: Todo es posible si lo quieres lo suficiente.

Yo: ¿Cuántas tienes de mí?

Entrenador: Muchos más. ¿Te molesta?

Hice una pausa y sopesé su pregunta antes de responder con sinceridad.

Yo: Debería molestarme, pero no, la verdad es que no. Me gustan. Me recuerdan a las del tocador de Katja.

Entrenador: Créeme, estas son mucho mejores que una foto de tocador. Eres tú en tu entorno natural. Hermosa.

Hermosa. Una palabra que de repente se mezcla con el deseo. Nunca lo olvidaría.

Kova envió otra foto. La habitación estaba envuelta en la oscuridad, salvo una sombra de luz que venía del pasillo. Tenía las rodillas levantadas y dobladas, un tobillo sobre el otro. El dobladillo de la camisa descansaba sobre mi vientre plano y se veían mis bragas de bikini de color rosa pálido. Tenía un aspecto seductor. No tenía ni idea que pudiera provocar una respuesta semejante mientras dormía. Entró otro, en la misma posición, solo que mi pierna había caído sobre la cama, exponiendo el centro de mi cuerpo. Los vellos oscuros que no había afeitado ese día se mostraban en un triángulo en

mi centro. Me di cuenta que era la noche del baño de hielo, cuando se quedó a dormir.

Yo: ¿Por qué tienes imágenes mías así en tu teléfono?

Entrenador: Me recuerdan que debo mirar y no tocar.

Yo: ¡Lol! No es posible que mires y no toques.

Entrenador: Me vuelves loco cuando estoy cerca de ti. Solo puedo pensar en tocarte.

Todo el aire abandonó mis pulmones. Lo veía siete días a la semana, entre diez y quince horas los días que no tenía clases particulares. Siempre tenía sus manos sobre mí durante los entrenamientos y nuestras clases particulares. Pero eso no era suficiente. Necesitaba fotos mías.

Este hombre me confundía sin remedio. Justo cuando creo que lo he entendido, me golpea con algo nuevo, y es como si nunca lo hubiera conocido.

Yo: Me haces ver hermosa.

Entrenador: Yo no hago nada. Todo lo haces tú, malyshka.

Yo: ¿Malyshka? Pensé que era malysh.

Entrenador: Mi teléfono autocorrige a la ortografía correcta. En realidad es malyshka, pero lo he acortado a malysh. Es como el equivalente a nena.

Los segundos se convirtieron en minutos y en silencio. Pensando que era un buen momento para terminar la conversación, dejé el teléfono y fui a recoger la ropa que se me había caído al suelo antes. Nunca nos habíamos enviado mensajes de texto de esta manera, y aunque me gustó mucho más de lo que debería, me causó cierta preocupación. Antes no había ninguna prueba de nuestra relación, y ahora sí.

Entrenador: ¿Qué título le pondrías a esta foto? Quiero tu primer pensamiento.

Se me hizo un nudo en el estómago mientras esperaba la imagen. Algo en mi interior me decía que sería más sugerente.

Y, efectivamente, di en el clavo.

Coincidía con la última foto, excepto que esta vez la mano de Kova estaba agarrando la parte interior de mi muslo. Sus dedos estaban muy cerca del borde de mis bragas.

Y aquello era muy caliente. Respondí, dándole un título a la foto.

Yo: La corrupción de un hombre honorable.

Entrenador: Bien. ¿Y qué hay de esta?

Esta vez la cámara tenía un ángulo diferente. En lugar de estar a mi lado, fue tomada más abajo de la longitud de mi cuerpo sin la vista de mi cara. Como si se hubiera movido para sentarse a mi lado.

Mis labios se separaron, el deseo se encendió dentro de mí mientras miraba con revelación. Su mano estaba curvada contra el centro de mi sexo, ahuecándome, su pulgar presionado en mi montículo.

La imagen me mojó al instante.

Mierda. Esto era malo. Esto era muy malo.

Pero se sentía tan jodidamente bien que no pude contener la sonrisa que se deslizó por mi boca. No era tan joven. Había chicas que tenían sexo a los trece años y bebés a los catorce.

Al menos, eso es lo que me decía a mí misma.

Yo: Lujuria y hambre. Pecado. Maldad. Presa.

Antes que pudiera responder, le envié otro mensaje.

Yo: Pensé que el único propósito de estas fotos era no tocar.

Entrenador: La moral nunca fue mi fuerte.

Yo: ¿Por qué nunca puedes ser abierto y honesto sobre lo que sientes? La forma en que actúas me confunde muchísimo. Me duele.

Entrenador: Nunca dije que fuera perfecto. Ser engañoso es más fácil porque no puedo explicar la mierda que pasa por mi cabeza. Ambas cosas suenan imprudentemente precisas en ese momento.

Reflexioné sobre su texto. Desde su punto de vista, tenía todo el sentido porque yo me sentía exactamente igual.

Yo: Tienes razón, lo reconozco. Supongo que a partir de ahora, diga lo que diga y haga lo que haga, voy a tener que asumir que quiere decir lo contrario. Hablando de una mierda de mente.

Entrenador: Confía en mí, me confundo.

Yo: Muéstrame más. Sé que tiene más.

Acaba de admitir que carece de moral, supuse que tenía más fotos mías escondidas.

Entrenador: ¿Quieres más? ¿No estás molesta? ¿Disgustada?

Yo: Ni siquiera cerca.

Y no lo estaba.

Kova envió otra foto. Estaba sentado entre mis piernas, con las rodillas abiertas, y sus manos agarraban la parte superior de mi ropa interior rosa pálido, como si estuviera dispuesto a arrancarla. Los bajaba burlonamente hasta la mitad, y los vergonzosos vellitos oscuros emergían. Después de esto, me iba a depilar religiosamente. Odiaba ese aspecto. Pero, de nuevo, también mostraba que no era tan joven como parecía al principio.

Dios. Estaba tan mal como Kova.

La siguiente imagen mostraba su mano bajo el fino material de mis bragas, su pulgar presionando mi vagina. Su pene cubierto estaba duro y a la vista. Noté un círculo húmedo justo debajo de su mano. Mi cuerpo zumbaba con un hambre desesperada. Estaba tan mojada en persona como lo estaba visiblemente en la foto.

Carnal. Todo en esta foto es puramente erótico.

Ninguna palabra podría describir la siguiente imagen que llegó. Solo sentimientos. Y lo que sentía no era una respuesta normal.

Mis bragas habían desaparecido y sus pantalones cortos también. La dura punta de su polla se apretaba contra mis pliegues relucientes, abrazando la cabeza hinchada de su polla mientras dormía.

Santa. Mierda.

Un suave suspiro escapó de mis labios. Me puse febril y un doloroso latido resonó entre mis piernas. Mi cuerpo cosquilleaba por todas partes con sensaciones que no sabía cómo expresar con palabras.

Eso era todo. Estaba destinada a ir al infierno por querer más, por estar empapada ante la imagen ilícita que tenía delante.

En la siguiente foto, todo mi cuerpo se veía suave y tentador mientras Kova estaba parcialmente dentro. Por Dios, un puto gemido vibró en el fondo de mi garganta al ampliar la imagen de la longitud de su polla y nuestros cuerpos unidos. Me sorprendió que tuviera fotos tan lascivas de mí, pero agradecí que ninguna mostraba mi cara.

Pero entonces envió tres pequeñas palabras que hicieron que mi estómago cayera en picado en lo que sin duda lo cambiaría todo. Mi corazón se aceleró tanto que mi pulso se agitó en cada punto de mi cuerpo. Podía oírlo en mis oídos. Me dolía el pecho mientras luchaba por respirar. Mis bragas estaban empapadas y se me pegaban.

Entrenador: Es en vivo.

Capítulo 37

No me había fijado en el pequeño círculo punteado de la esquina superior.

Estaba demasiado concentrada en el contenido que lo pasé por alto.

Al subir el volumen, sostuve la imagen con el pulgar... y me morí.

Los sonidos eróticos de un arrastre y un tirón que solo podían reconocerse como sexo, se mezclaban débilmente en el fondo. Y para mi absoluta sorpresa, mis caderas se mueven por sí solas cuando Kova se desliza hasta la mitad. Estaba tan empapada en ese video como lo estoy mientras lo miro.

Luego se detuvo.

¡No! Lo miré una y otra vez, deseando secretamente más, pero no había más.

Hasta que envió un vídeo real.

Con el corazón en la garganta, pulso play, y observo con los labios entreabiertos y con los ojos llenos de celo mientras la sangre ardiente corre por mis venas. La mano de Kova agarra mi cadera mientras saca lentamente su polla desnuda y volvía a introducirla hasta la mitad. Mis caderas se levantaban por necesidad... o él las levantó... no estaba segura, y un largo maullido resonó en el fondo. Se retiró y agarró la polla por la coronilla, utilizándola para trazar círculos alrededor de mi clítoris rosado un puñado de veces antes de volver a sumergirse en mi cuerpo dormido, esta vez hasta el fondo. La vista de la cámara mostraba la sexy y tonificada pelvis de Kova contrayéndose y flexionándose mientras empujaba sus caderas hacia adelante hasta quedar a ras de mí. Jadeaba con fuerza y un gruñido se entrelazaba con un gemido sensual. Me duele el coño de deseo mientras veo cómo su pulgar libre rodeaba mi clítoris, un fuerte suspiro de puro abandono suena de fondo y el débil parpadeo de un recuerdo se burla de mi mente.

Su pulgar aceleró el ritmo y mis caderas se agitaban más rápido por su contacto ilícito. Mi respiración se hizo más profunda, y gemía con un notable placer en el vídeo. No había forma de confundir los sonidos que escapaban de mí. Los fragmentos volvían a mí. Había pensado que era un sueño de tipo sexual profundo el que había tenido esa noche. Recuerdo haberme despertado con un dulce y palpitante dolor entre las piernas y haber deseado que fuera cierto. Sin duda, me encantó cada segundo, igual que ahora. Mis caderas se movían y se agitaban hasta que llegué al orgasmo sobre su polla en una ola lenta y dura. Un largo gemido de ensueño sonó de fondo que nunca podría confundirse con otra cosa que no fuera pura felicidad.

La cámara se soltó de su mano y cayó sobre las sábanas. Ahora no podía ver nada más que una pantalla negra, pero podía oír los gruñidos y gemidos y los sonidos de euforia que provenían de Kova. Mis bragas están empapadas mientras escucho fascinada, con los dedos deseando tocarme.

Hay algunos movimientos y desplazamientos y la vista de la cámara regresa. La parte superior de mi sexo está expuesta y enrojecida con un tono de cereza, con su polla asentado en lo más profundo. Mi respiración se agita y, en este momento, deseo que ocurra exactamente eso.

Cuando Kova saca lentamente su reluciente polla, una fina línea de líquido blanco le sigue. Maldiciendo en ruso, se agarra a sí mismo y el resto de su orgasmo se descarga sobre mi coño. Mientras lo hacia, prieta su cabeza palpitante contra mi centro. El líquido, tan espeso y cremoso, se derramó por todas partes, como si se hubiera corrido durante horas.

El vídeo se detiene , y yo me quedo sin aliento, y con una necesidad imperiosa de un orgasmo. Tal vez cinco.

Joder. Aquello era lo más caliente que había visto en mi vida y sabía que nada sería comparable. Guardé rápidamente el vídeo en mis fotos y me mordí el labio. Aquello era crudo, sin cortes y caliente como el pecado.

Yo: Acércate.

Lo necesitaba dentro de mí.

Entrenador: Asegúrate de borrar todas estas fotos.

Yo: Solo si vienes. Si no, me las quedo, especialmente el vídeo.

Debería borrarlas. Yo no tenía aplicaciones furtivas como él, pero era caliente como el infierno y quería poder verlo de nuevo cuando me apeteciera.

Pero entonces se me ocurrió algo y tuve que llamarlo. Estaba segura que iba a pulsar el botón de jodete hasta que el teléfono dejó de sonar, seguido de un sonido de crujido, gruñidos bajos, una puerta que se cerraba y, finalmente, su intensa voz.

—¿Sí?

—¿Puedes hablar?

El silencio al otro lado me dijo que no estaba solo.

—Sí, pero no por mucho tiempo. Katja está en la otra habitación.

—¿Cómo no me he despertado?

—¿Despertado? —preguntó, su voz sonaba perpleja.

—¿Cómo no me he despertado cuando me has tocado? ¿Cuándo tuviste sexo conmigo? ¿Cómo he podido dormir con eso?

Kova suspiró profundamente al otro lado. Mi coño palpitaba y mi estómago se apretaba más que un nudo corredizo mientras esperaba su respuesta.

En voz baja y silenciosa, pero con total control, Kova dijo:

—¿Recuerdas la melatonina que te di antes de tu baño de hielo? Era una dosis fuerte para ayudarte a dormir. Sabía desde antes que necesitabas descansar. Es totalmente natural, así que estás bien, no tienes que preocuparte.

No tienes que preocuparte. Me quedo boquiabierta, un latido detrás de mi ojo comenzó a golpear más fuerte con cada segundo que pasaba. Me quedo mirando a la pared completamente sorprendida.

—Pero… ¿pero cómo? —tartamudeé. Otro recuerdo se agitó en mi mente. Era tenue, pero no podía asimilarlo. Aquella noche había estado exhausta, el cansancio se había instalado, tanto mental como físicamente.

—Ria —subrayó mi nombre.

—¿Planeaste eso?

—No. *Malysh*. Confía en mí, no lo hice.

Confía en mí. Esas tres palabras nunca me servían cuando se trataba de Kova. Deben haber sido equivalentes a joder en ruso. Ojalá eliminara esas tres palabras de su vocabulario.

—Entonces, ¿cómo se llegó a eso?

No responde. Mi sangre empezó a hervir pero racionalicé conmigo misma. Mi primer pensamiento al ver el vídeo no fue de enfado… fue todo lo contrario, y me desconcertó. Estaba excitada.

—No deberías haber hecho eso.

—Estás enfadada —afirmó, con un gran remordimiento en su voz.

—Siento que debería estar enfadada, pero no lo estoy.

—Entonces, ¿cómo es que te sientes?

Me mordí el labio, tratando de pensar en cómo me sentía, hasta que decidí mostrárselo.

—Espera un segundo…

Aparté el teléfono de mi cara y abrí la aplicación de la cámara. Con él todavía en el teléfono, cambié la cámara a frontal y sostuve el celular en alto, inclinando el lente para tomar un selfie, solo que no capturó mi cara. Me captó de los hombros para abajo. Con los pechos libres y desnudos, me pellizqué los pezones para endurecerlos aún más, y luego subí las rodillas. Dejé caer las piernas a los lados solo un poco para darle una visión clara de mi mano bajo las bragas mientras me tocaba. Mis dedos cubrieron la resbaladiza humedad y mi espalda se arqueó de placer. Hice unas cuantas fotos y luego debatí si debía mostrarle lo mojada que estaba realmente.

Pero qué demonios. Tenía un video de nosotros teniendo sexo.

Rápidamente, me bajé las bragas lo suficiente y abrí más las rodillas. Coloqué la cámara entre mis piernas y el deseo se convirtió en una dura palpitación mientras tomaba una foto para mostrar lo que realmente sentía. La humedad se filtró de mí, goteando por mis pliegues hinchados con el conocimiento de lo que estaba haciendo, así que tomé otra foto para mostrarle. Estaba tan excitada que mi respiración se hizo más profunda y me dolían los dedos por acabar conmigo. Se me escapó un pequeño gemido, pero me resistí.

—Ria, ¿qué estás haciendo?

Respiré hondo y envié un mensaje con las fotos.

—No debería sentirme así —susurré.

Kova guardó silencio durante un largo momento antes de decir:

—Nos conocemos, Ria. No soy un simple ligue de una noche ni un tipo que conociste hace tres semanas. Por eso te sientes diferente. —Tenía razón. Kova tenía toda la razón sobre por qué no estaba furiosa con él. Si hubiera sido cualquier otra persona, no creo que hubiera reaccionado así.

—Mierda —gruñó en el teléfono. Recibió las fotos—. Mierda... Joder.

—Así es como me siento. —Entonces, colgué.

Kova volvió a llamar, pero no contesté.

Me burlé, sacudiendo la cabeza mientras mis dedos temblorosos volaban sobre el teclado. Todo lo que leí durante los siguientes diez minutos no decía más que cómo la melatonina era un remedio totalmente natural utilizado para ayudar a tratar el insomnio. En dosis elevadas podía provocar seis horas de sueño, que es lo que debió suministrarme.

Me sentí desgarrada. Recordaba que me había dicho lo que me estaba dando, junto con el Motrin y otras vitaminas, pero no sabía entonces qué era exactamente la melatonina ni lo potente que podía ser.

Dejé caer la frente sobre la palma de la mano, total y completamente confundida. Me quedé mirando las piernas cruzadas, aturdida, intentando averiguar qué debía hacer. Me asaltaron mil preguntas a la vez, pero la más importante era si me sentía violada.

La respuesta golpeó mis entrañas, subió y atravesó mi corazón tan rápido.

La verdad era que no, no me sentía violada.

No podía encontrar en mi corazón la posibilidad de sentirme de otra manera. No porque temiera las repercusiones, o lo que pensaran los demás, o porque me preocupara mi futuro, sino porque se trataba de Kova, y él me importaba profundamente. Y por muy jodida que fuera esta relación y lo que estuviéramos haciendo, en el fondo, sabía que él también se preocupaba por mí.

Y para ser sincera, me gustaba. Mucho.

Mi teléfono volvió a sonar, pero lo ignoré.

Estaba demasiada concentrada en mis pensamientos, mis emociones, mis sentimientos.

Un golpe resonó en mi puerta minutos después, liberándome de mis pensamientos. Me puse rápidamente la camiseta que llevaba antes y corrí a contestar, y me encontré con un Kova completamente despeinado y con los ojos muy abiertos agarrando el marco de la puerta.

Antes que pudiera pronunciar una palabra, lo agarré de la muñeca y tiré de él hacia dentro. Kova se movió sobre sus pies. Sus emociones, normalmente muy protegidas, estaban al descubierto.

—¿Por qué no has respondido a mis llamadas? ¿Estás enfadada conmigo? Porque hace quince minutos me pediste que viniera, y luego me enviaste una foto muy erótica de tu coño. Luego me ignoras. Me estás enviando señales contradictorias.

Mis mejillas se enrojecieron. Apreté los labios. Tenía razón, y tardé un minuto en contestar. Kova se acercó a mí y me miró el pecho, y luego volvió a levantarlo. Mis estúpidos pezones seguían duros.

—No he grabado ni fotografiado tu cara. Ambos sabemos la verdad y eso es lo que importa. —Los ojos de Kova se agudizaron en mi dirección, pero su voz era suave, de disculpa—. No intentes tergiversarlo como lo que no es. Creí que encontrarías en ella la belleza absolutamente prohibida, pero siento mucho haberte molestado.

Desvié la mirada. Estúpidamente, sí encontré belleza en ella. y él lo sabía porque le pedí más.

—Escucha, los vídeos me parecieron muy sexys, pero la próxima vez me gustaría estar despierta.

Me reí suavemente. ¿Qué diablos me pasaba?

Sus ojos se ablandaron y miró al suelo. Se sentía avergonzado, apenado. Dos emociones que eran las últimas que esperaba de él. Se quedó mirando mucho tiempo antes de rendirse e inclinar la barbilla en señal de asentimiento.

—Lo siento de verdad —dijo en voz baja, incapaz de encontrar mi mirada indulgente.

Kova metió la mano en el bolsillo y sacó un papel blanco doblado. Lo volteó entre sus manos como si estuviera ganando tiempo. Al levantar el papel, me

miró y exhaló un suspiro tortuoso. Sus hombros se hundieron y sentí el peso que llevaba en ellos por cien hombres.

—Como todo lo que te involucra, probablemente no debería hacer esto, pero quiero que lo leas. —Lo miré con desconfianza—. Transmito mejor mis pensamientos en papel —afirmó. Lo cual ya sabía.

Arraigada en mi posición, me quedé paralizada. Miré la nota y luego lo miré a él. Así fue como me enteré originalmente de sus emociones contradictorias y de cómo empezó todo entre nosotros.

Levantó el papel hacia mí.

—Tómalo, por favor. Léelo cuando me vaya.

Una bombilla se encendió en mi cabeza.

—Tengo una idea. —Agarré su antebrazo y me giré, arrastrándolo detrás de mí para que me siguiera hasta el dormitorio de invitados. Una vez en la habitación, lo acerqué a una silla decorativa y lo empujé para que se sentara junto al escritorio.

Levantó la vista confundido.

A menos que tuviera deberes y quisiera cambiar de ambiente, apenas entraba en esta habitación. Era como una habitación-almacén. Empecé a rebuscar en las estanterías de mi desordenado armario. Algún día lo limpiaría, pero no hoy.

—¿Necesitas ayuda? —Kova se ofreció. Me giré de espaldas a él y miré por encima del hombro, sus ojos penetrantes recorrieron cada centímetro de mi piel como si se concentrara mucho. Arrastró los dientes por la parte inferior de su regordete labio, pensamientos lascivos bailaron en sus ojos carnales. Teníamos una química prohibida. Una atracción letal.

Con Kova, tenía este oscuro deseo querer ser siempre su pequeña zorra y atraer toda su atención. Haría cualquier cosa por eso.

Fingiendo que tenía una picazón, arrastré mis dedos por la parte posterior de mi muslo. Podía sentir su mirada abrasadora siguiendo mi mano a través de mi piel desnuda, todavía solo en bragas y una camiseta que me subía por la espalda. En este ángulo, sabía que si me inclinaba más hacia abajo, él podría ver mis pechos. La posibilidad de los acontecimientos que podrían ocurrir después flotó en mi mente.

—¿Qué has dicho? —Fingí no oírle la primera vez.

Kova se aclaró la garganta y se pasó una mano por la boca.

—¿Necesitas ayuda para encontrar algo?

—No. Ya lo tengo. —Fingí inocencia y sonreí.

Unos segundos después, saqué un pequeño cuaderno con espiral. Era un regalo que me había hecho Avery cuando vino de visita el año pasado por mi cumpleaños.

Volví al escritorio y abrí el cajón superior en busca de un bolígrafo. Los ojos de Kova no se habían apartado de mi cuerpo. Una modesta sonrisa curvó mis labios. Me incliné y escribí en el papel unos cuantos pensamientos provocativos.

Era genial y discreto, y la solución perfecta para conseguir que se abriera.

Capítulo 38

Metí un bolígrafo entre las espirales del cuaderno y me situé entre los muslos abiertos de Kova.

Inmediatamente me invitó a subir a su regazo y le entregué el cuaderno con una sonrisa relajada. Dios, me encantaba lo naturales que éramos cuando no había nadie cerca. Mi corazón estaba tan lleno y contento.

Con un profundo suspiro, aspiré su sutil aroma que le seguía a todas partes. Una fragancia sofisticada y a la vez muy seductora que era acogedora, cálida y *totalmente* masculina. La mano de Kova tocó inmediatamente la curva de mi cadera y sus dedos se posaron en mi pelvis. Se deslizaron de un lado a otro de mi sensible piel hasta que las puntas se encontraron bajo mi elástico de encaje. Me deleité con eso.

—Cada vez que tengas algo en mente, algo que quieras decir pero no puedas, escríbelo. Los dos escribiremos cosas y nos intercambiaremos el cuaderno de un lado a otro.

Kova miró hacia abajo.

—Esta es probablemente la *peor* idea que has tenido nunca —dijo con un tono pesado.

Me giré hacia él, subiendo la rodilla y apoyando el tobillo en la parte interior de su muslo. Kova me acercó a él, sus dedos presionaron mis caderas y se quedaron allí como si fuera lo más normal del mundo para nosotros. Nuestras miradas se encontraron, no se echó atrás.

—Parece que no puedes comunicarte como una persona normal y cuando lo haces, haces daño a la gente. Escribirlo es la única opción para ti.

Kova se inclinó hacia adelante.

—¿Y qué crees que pasará cuando alguien lo lea? ¿Y si llega a las manos equivocadas?

Me encogí de hombros y apoyé una mano en su firme pecho. Era obvio cómo funcionaría esto.

—Nunca mencionaremos nombres. Nunca escribas mi nombre y yo nunca escribiré el tuyo. No uses las palabras entrenador y gimnasta. Nadie sabría de quién es si se pierde y lo encuentra. Es una idea perfecta.

—No —susurró, y luego pasó al ruso. Kova negó con la cabeza y echó un vistazo al cuaderno antes de lanzarme una mirada poco impresionada—. No me gusta nada esta idea. Es demasiado arriesgada.

—Oh, pero tus vídeos porno fueron una idea brillante —dije con sarcasmo, ligeramente dolida porque no le gustara mi idea. Kova se limitó a mirarme fijamente—. ¿Por qué no? —me burlé—. Lo haces con tu terapeuta. ¿Por qué no puedes hacerlo conmigo?

Esto no era diferente y él lo sabía. Mi instinto me decía que estaba siendo difícil porque lo había arrinconado a tener que enfrentar sus sentimientos por una vez.

Me incliné hacia adelante, apoyé mis brazos en sus pectorales y me moví hasta quedar a horcajadas sobre sus anchos muslos. Sus manos se posaron en mis dos caderas y sus dedos se extendieron sobre la curva de mi culo mientras yo me acomodaba. Sonreí ante la mirada relajada de sus ojos. Me gustaría que siempre tuviera esa mirada. Kova arqueó el cuello hacia el cojín y tragó saliva mientras me miraba. Un suave suspiro salió de mis labios. Era tan jodidamente sexy.

—Por favor —le pedí con enormes ojos de cachorro—. ¿Por mí?

—No es lo mismo, y lo sabes. —Su voz luchaba con la consistencia—. Es una idea ridícula, Adrianna.

Mi sonrisa vaciló, pero la cubrí. Con el dedo índice, tracé su clavícula con un ligero toque de pluma mientras sus palmas abiertas se arrastraban por mi espalda. Su tacto sensual me hacía sentir atractiva y me encantaba esa sensación.

Kova se movió hacia adelante para sentarse más erguido y yo me mordí el labio, contemplando otra alternativa. Susurró en ruso en voz baja y se ajustó para que estuviéramos frente a frente. Mis brazos rodearon automáticamente sus anchos hombros y lo atraje hacia mí.

Inclinándose junto a mi oído, dijo:

—He captado el deslizamiento de tu sonrisa. ¿Qué te pasa? Dime en qué estás pensando. —Me acarició los hombros por detrás y sus manos callosas amasaron mi piel en un sensual masaje.

—Me encantaría entrar en tu cabeza. Sería increíblemente sexy conocer tus pensamientos más profundos y oscuros.

Solo podía imaginar lo que soñaba despierto. Yo era demasiado ingenua en lo que respecta al sexo como para pensar en algo tan salvaje como estaba segura que él lo hacía.

Su incipiente barba rozó mi mejilla mientras susurraba:

—Ya estás en mi cabeza, nena. Más de lo que crees. —El tirón seductor de cada palabra hizo que se me pusiera la piel de gallina en los brazos.

Me eché hacia atrás.

—Has dicho nena y no *malysh*.

Kova me dedicó una sonrisa unilateral. Sus ojos eran una llamarada de fuego que atravesaba cada centímetro de mi cuerpo. Era muy sexy. Me pregunté si tenía idea del poder que ejercía.

—¿Te gusta cuando hablo en ruso? —preguntó.

Asentí.

—Me gusta. Me gustaría que me hablaras más.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Incluso cuando no tienes ni idea de lo que estoy diciendo?

Volví a asentir.

—¿Pero por qué cambiaste a nena? Ves, eso es algo que podrías escribir en el cuaderno.

—¿Y luego qué? ¿Se supone que te lo paso en el pasillo después del entrenamiento?

Mierda. Fruncí los labios y le dije la verdad con una sonrisa.

—En realidad no había llegado a tanto.

La cabeza de Kova se echó hacia atrás y se le escapó una ligera risa.

—Por supuesto que no lo has hecho. No, definitivamente esto no está sucediendo. —Fue a moverse pero le rogué que no se levantara.

—Por favor, no te vayas todavía.

Kova se acomodó y me miró directamente a los ojos.

—Tengo que ir a casa. Katja estaba despierta cuando me fui. Estoy seguro que ya se estará preguntando dónde estoy. Joder... —Su voz bajó hasta convertirse en un susurro mientras hablaba consigo mismo. Un profundo suspiro gimió en el fondo de su garganta y sus manos se tensaron sobre mí como si no quisiera soltarlas—. No esperaba quedarme tanto tiempo. —Kova me miró la boca mientras me lamía los labios. Daría cualquier cosa por saber lo que estaba pensando. Presionando hacia adelante, me arqueé hacia él hasta quedar a un centímetro de su boca. Con el corazón acelerado, mis brazos se fijaron detrás de su cuello.

—¿Qué le has dicho?

—Que la alarma se había activado en el gimnasio y que tenía que ir.

Mis cejas se dispararon hasta la línea del cabello. Sacudí la cabeza, sonriendo. Ojalá supiera por qué no me sentía mal que volviera a mentir a su novia, pero simplemente no me importaba.

—Eres tan astuto.

—Las cosas que hago por ti.

En el silencio que pasó entre nosotros, Kova cambió a su lengua materna. Sus ojos encontraron mi boca una vez más y nunca se fueron. Lo observé mientras hablaba, su lengua golpeando los dientes, sus deseables labios cerrándose y abriéndose mientras las palabras fluían de forma sugerente.

—*V tihom omute cherty vodyatsya.* —Nuestros ojos se encontraron—. Las aguas tranquilas son profundas —dijo en voz baja. Su voz era más profunda, más ronca—. Hay un dicho en Rusia que se traduce más o menos igual en español. *"Bajo las aguas tranquilas, el diablo espera pacientemente"*. —Hizo una pausa y tragó saliva. Lanzó una mirada fugaz a mi boca y luego me miró a los ojos y dijo—: Me temo que nada bueno puede salir de ti.

—Quieres besarme. Puedo sentirlo —susurré.

—*Beda nikogda ne prihodit odna.* —Esperé, con la respiración agitada. Era tan sexy así—. Los problemas nunca vienen solos. Este cuaderno, besarte, encontrar constantemente formas en las que estemos aislados de los ojos que nos juzgan, no traería más que problemas del diablo. —Kova rodeó con sus brazos la parte baja de mi espalda, luego se movió para que sus labios tocaran los míos, y susurró—: *Ya takoy ublyudkare. Proklyatyy, yesli ya proklyat, yesli ne budu.*

Entonces, aplastó sus labios contra los míos.

—¿Qué has dicho? —pregunté entre nuestros labios apretados.

—Soy un bastardo.

Me reí ligeramente, derritiéndome sobre él.

—Lo eres. —Me encantaba oír su acento. Era increíblemente erótico cuando tenía una entonación ronca tejida en las palabras.

—*Proklyat, yesli ya delayu, ya proklat, yesli ne... Maldito si lo hago, maldito si no lo hago.*

Gemí suavemente mientras él seguía hablando entre frenéticos besos. Ese dicho nos encajaba a los dos perfectamente. Kova gruñó y atacó mi boca como si hubiera estado muriendo por este momento. Apenas podía seguirle el ritmo. Me mordisqueó los labios, me chupó la lengua y me clavó los dedos. Como si quisiera meterse dentro de mí y vivir allí. La presión entre nosotros era destructiva, y la fuerza que provocaba hacía que mis caderas ondularan sobre las suyas. Me dolía por él. Se echó hacia atrás y me arrastró consigo, abriendo más las piernas para que sus caderas se impulsaran hacia arriba. La única barrera entre nosotros eran mis finas bragas y sus pantalones cortos. Su dureza se agitó contra mi sexo, apenas podía pensar bajo su abrazo.

—Tengo que irme —dijo, aplastando mi pelvis en su agarre. Contradiciéndose como siempre. Apretó mis caderas contra las suyas y gimió. Me reí. Sus manos se deslizaron más abajo, hacia mi abertura. Un suspiro carnal salió de sus labios. Casi le mordí por el sonido. Mi cuerpo se encendió por dentro y me dejé llevar. La forma en que deseaba a este hombre era algo que no podía comprender. Iba en contra de todo y de cualquier cosa en la que creyera. Sería considerado incorrecto a los ojos de todos, pero ninguno de ellos importaba. No podía encontrarle sentido, solo que se sentía bien.

—No, quédate un poco más —le supliqué—. Por favor. —Me retorcí sobre él, mi cuerpo ansioso. Necesitaba más, solo un poco más. Especialmente

después de las fotos y los vídeos, y de la forma en que me frotaba sobre él. Solo un poco más...

Pero también lo necesitaba. En el fondo de mi corazón, sabía que lo necesitaba solo por estar aquí. Su presencia me tranquilizaba más que alborotaba mis emociones.

—Pensé que me odiabas. —Kova se estrelló contra mí al oír la palabra "odiabas". *Joder*.

Mis ojos se llenaron de deseo.

—Te odio. Con cada hueso de mi cuerpo.

Dios, estaba hecha un lío.

Kova se rio.

—Tienes una forma extraña de demostrarlo.

Metí la mano entre nosotros y sujeté su gruesa erección. Las fosas nasales de Kova se dilataron y me agarró la muñeca.

—Cuando me enseñas básicamente una porno de nosotros, me pones tan nerviosa que no puedo pensar con claridad, es difícil recordar por qué te odio. Debería estar enojada por lo que hiciste, cualquier persona sensata lo estaría, pero no puedo sentir esa emoción.

—Sabía que no te enfadarías —dijo con suficiencia—. Sabía que te gustaría.

Una sonrisa traviesa apareció en la comisura de mis labios. Arqueé una ceja y él aflojó su agarre de mi muñeca. Estábamos en la misma página, más de lo que uno podría imaginar. No teníamos nada y todo en común. No tenía sentido.

Lo único de lo que estaba segura era que estábamos inexplicablemente locos el uno por el otro.

—Cálmate, engreído y arrogante. Seguro que mañana, cuando pueda pensar con claridad, me volveré loca.

Kova negó con la cabeza, sus ojos estaban llenos de risas alegres. No creía en mis palabras tanto como yo.

—¿Qué hace falta para que no te enfades conmigo?

Estaba segura que esperaba que lo acariciara, pero en lugar de eso, me froté a lo largo de su hinchada longitud. Con cada movimiento de mis caderas, ejercí presión sobre él y accedió empujando hacia adelante. Sus ojos se oscurecieron hasta adquirir un tono sugerente que me produjo un cosquilleo en el vientre.

Maldita sea, sus ojos. Me daban ganas de deshacer cada capa de él.

—Que ocurra algo así, pero mientras soy consciente —gemí. El placer floreció dentro de mis venas, un subidón estaba en el horizonte.

Kova me mordisqueó la tierna carne bajo el lóbulo. Sus manos rozaron la parte baja de mi espalda y sus dedos se deslizaron dentro de mis bragas. Su palma cubrió una nalga, la agarró con fuerza y tiró de mí con fuerza. Se me escapó un pequeño grito.

—Pero es mucho mejor cuando duermes... Puedo hacerte lo que quiera. ¿Y lo mejor? Tu cuerpo reacciona y sigue queriendo aunque estés inconsciente.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral al pensarlo. Sacudí la cabeza, acelerando cada vez más.

—Eres incorregible.

Sus dedos se acercaban ilícitamente a mi sexo. Apreté la tela de su camiseta y esperé ansiosa, sin dejar de frotarme sobre él.

—Impresionante. —Levantó las caderas y solté un suspiro—. Una gran palabra para una *chica tan joven*. —Gimió tan profundo y gutural que creo que le gustó la definición de la palabra y lo que me estaba haciendo.

—Soy *joven* y te encanta. Admítelo —dije sin aliento. Kova gruñó, pero no respondió. Era una fusión de melancolía y pasividad, alguien indiscutiblemente enfrentado.

—¿Cómo puede alguien como tú saber siempre lo que me gusta?

Sonreí contra su boca.

—Soy atenta.

Dos dedos se sumergieron aún más en mi humedad. Me acarició suavemente, lentamente, deslizándose por todo el cuerpo. Arqueé la espalda y mis caderas subieron, esperando que empujara dentro. Gemí, queriendo más.

—Esta chica quiere que la haga correrse.

Otro golpe sobre mi coño hinchado y Kova estaba sacando sus dedos y deslizándolos entre sus labios. Dejé escapar un jadeo frustrado y me eché hacia atrás. Kova sacó los dedos con un chasquido y sonrió de oreja a oreja. Me gustaría que sonriera más. Toda su cara cambió.

Me dio un golpecito en la parte exterior del muslo como si estuviera orgulloso.

—Es hora que me vaya, dulce niña.



Capítulo 39

El apellido Rossi era una maldición.

Juro que lo era.

Éramos personas racionales pero muy emocionales. Podía ser la chica que te dejaba boquiabierto, tu confidente y tu peor enemigo.

Todo a la vez si era necesario.

Y en esas raras ocasiones en las que me tocaba recibir… por el karma… lo detestaba. Me enorgullecía de ser práctica y sensata, pero cuando mis emociones se deslizaban por debajo y echaban raíces, extendiendo sus enredaderas cuando menos lo esperaba, me comportaba como una simple estúpida.

El viernes por la mañana, doce horas antes que saliera nuestro vuelo para el encuentro de clasificación de élite en el que probaría tanto las rutinas opcionales como las obligatorias, me desperté sintiéndome francamente débil. Fue horrible. Ni siquiera tenía fuerzas para entrar en pánico. Estaba aletargada e incapaz de procesar mis pensamientos y tan agotada físicamente que llamé a mi mamá. Aguantar el teléfono era un trabajo en sí mismo.

Los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas.

Para mi sorpresa, ella se puso al teléfono y en pocos minutos tenía un médico privado de camino a mi apartamento. Era uno de esos lujos de la tarjeta negra de American Express. Escuchó el tono quebradizo de mi voz y pareció legítimamente preocupada por mi bienestar, pero entonces repasé la conversación en mi cabeza y capté sus últimas palabras.

Me anticipo a tu aspecto juvenil, mi querida hija. Fruncí el ceño.

Diagnóstico: Agotamiento y fatiga severas.

El médico tuvo que administrarme una inyección de una alta dosis de vitamina B12. Las dos veces siguientes tendría que hacerlo yo misma, ya que me había recetado una dosis extrema, hasta que llegué a casa y programé una cita para verlo.

La dosis no tardó en hacer efecto. Tuve una explosión de energía y una actitud positiva. Me sentía confiada, con ganas de competir en mi primer encuentro con World Cup desde que empecé. Quería hacer una prueba de élite y hacer que mi equipo se sintiera orgulloso. Si eso significaba tener que clavarme una aguja cincuenta veces en la pierna, lo haría.

Teníamos un vuelo de cinco horas hasta la reunión de Las Vegas, donde iríamos a cenar y luego directamente al hotel para registrarnos y acostarnos. No vería a mis padres hasta después del encuentro. Los entrenadores se mostraron inflexibles e impusieron la norma de no tener ningún tipo de contacto con ellos, pero yo sabía que estarían allí. Me senté junto a Madeline todo el tiempo y leí un libro. No quería que mi atención se desviara al estar sentada junto a Kova, y no estaba de humor para las travesuras de Reagan.

Estaba nerviosa y ansiosa.

En la cena, apenas miré en dirección a Kova, a pesar de estar sentada justo a su lado, lo que él orquestó para que sucediera. Hizo falta toda la fibra de mi cuerpo para no inclinarme e inhalar su aroma profundamente en mis pulmones. Olía divinamente mientras bebía vodka. No podía pensar en naranjas y cigarros sin pensar en él.

No es que estuviera enfadada, simplemente perdía todo el sentido del autocontrol cuando estaba cerca de él y no podía permitirme hacerlo ahora mismo. Realmente *quería* ganar. Así que me concentré en mi zona y bloqueé todas las distracciones.

Una vez en el hotel, los equipos se dividieron y se dirigieron a sus habitaciones. Como la élite era un equipo tan pequeño, nos alojamos todos juntos. Ninguno de nosotros pronunció una palabra, sino que continuamos con nuestras rutinas normales y nos fuimos a dormir.

Los gimnastas eran unos soldaditos muy bien cuidados y disciplinados.

Y es donde más paz encontré.

A la mañana siguiente me dolía el muslo, donde tuve que ponerme una inyección. Había una ligera decoloración alrededor de la vista, pero nada que un poco de maquillaje no pudiera arreglar. Esperaba que no me salieran moratones hasta después del encuentro.

Aparte de eso, me sentía jodidamente bien. Mi energía estaba por las nubes. Como si hubiera tomado un montón de bebidas energéticas.

Después de una rápida charla de ánimo de los entrenadores, tuvimos un entrenamiento de podio en el lugar. Entramos vestidos con nuestros leos y sudaderas a juego. Con el cabello recogido en coletas y peinadas con gel para que no se moviera ni un solo mechón. Los nervios empezaron a aflorar una vez que llegamos, aunque estaba extrañamente tranquila. El entrenamiento en el podio fue muy estructurado y organizado, con un tiempo limitado para calentar y acostumbrarse al equipo.

Tuve una oportunidad para reajustar rápidamente todas mis rutinas para que la sincronización fuera correcta y encontrar mi marca para concentrarme.

Tranquila y decidida, me preparé para algo que nunca había hecho.

No todos los encuentros tenían entrenamiento de podio porque no todos los encuentros son de podio. En los gimnasios normales, como los de World Cup, no había podio y todos los aparatos estaban anclados al cemento.

En el podio, nada estaba anclado al cemento. Las pruebas se levantaban un metro del suelo para que los espectadores tuvieran una visión más fácil. Por eso en la televisión algunos jueces estaban a la altura de los aparatos y otros no.

Aunque era seguro y estaba regulado y no sería visible para el ojo inexperto, competir en el podio no era lo mismo. La textura podía ser diferente en la viga o en la bóveda, las barras podían ceder más y el suelo podía ser más blando o áspero y tener más resorte. Por lo general, existía una rutina establecida para calentar únicamente habilidades específicas establecidas por los entrenadores. Por eso el entrenamiento de podio era tan vital.

Una forma más de joder la cabeza de un gimnasta, en realidad.

Levantando los ojos, apreté los puños y miré a mi alrededor. Sumergí las manos en el cuenco de tiza y visualicé mi rutina.

El nivel de tensión que irradiaba por todo el gimnasio era más denso que un bloque de tiza fresca. Nunca esperé ver a los entrenadores tan exaltados por los nervios. Solo había que observar el movimiento de sus ojos para saberlo. Siempre eran los ojos los que lo decían todo. Si no, casi todos sus hombros estaban rígidos y tensos, y se paseaban con las manos en la cadera, hablando con asertividad a sus gimnastas. Aunque se trataba de los competidores y de su talento, también se reflejaba en el entrenador. Siempre

se trataba del entrenador. Querían tener un aspecto tan increíble como su billete dorado.

Reagan acababa de completar su dismount cuando se acercó al cuenco de tiza. Era mi primer encuentro con ella y, sorprendentemente, se mostró tranquila y silenciosa conmigo. Supuse que recordaba su primera prueba de élite y lo estresante que fue. Seguramente pensé que trataría de meterse en mi piel y en mi cabeza, pero no lo hizo. Afortunadamente.

A continuación llegó mi calentamiento para las barras. Me puse delante de la barra baja y levanté los brazos hacia ella. Justo cuando estaba a punto de montar, Kova levantó una mano. Subiendo a la colchoneta, caminó alrededor de los cables en mi dirección.

—Escucha, quiero que hagas primero tu rutina completa para que te familiarices con estas barras. El equipo es diferente al nuestro, pero si mantienes la mente y el cuerpo en forma, no será tan malo como parece. No te detengas cuando tu corazón baje, porque lo hará, solo sigue adelante. Después de completar tu rutina, quiero que vuelvas a la línea y pienses en lo que necesitas ajustar y solo calentar esas habilidades. Los pequeños cambios se sumarán a los grandes resultados. ¿Entiendes?

Asentí.

—¿Qué debo hacer primero?

—Lo obligatorio.

Debí adivinar que diría eso. Dado que las obligatorias tenían habilidades que todo gimnasta debía dominar, tendría que demostrar mi capacidad antes de poder probar Opcional.

Después de completar mi calentamiento, mis nervios estaban un poco alterados. Me quedé en la fila apretando los puños sin ninguna razón y con el corazón acelerado. Kova había tenido razón, cada destreza que hacía se sentía diferente y tenía que hacer algunos cambios. Mi swing cedía más y mi corazón caía al suelo un par de veces al soltarlo. Sabía que no era el mejor calentamiento y que Kova no estaría contento, pero no podía pensar en eso ahora. No miré en su dirección, aunque probablemente estaba esperando que lo buscara. Me quedé mirando el suelo y visualicé lo que acababa de hacer. Tenía que ponerme en sintonía con mi cuerpo y pensar en dónde haría pequeños ajustes.

Necesitaba calmar mis estresados nervios.

El mayor problema sería la sincronización. El tiempo lo era todo y tenía que ajustarlo bien para que la rutina se ejecutara correctamente.

Justo cuando estaba a punto de hacer la última vez, Kova me apartó.

—¿Qué estás haciendo? —grité en un susurro—. ¡Voy a perder mi turno!

Nos habían metido en la cabeza que todo tenía un horario estricto y que no se harían excepciones. No podía permitirme el lujo de perder mi lugar.

Kova me puso las manos sobre los hombros y me calmó con su tacto. Mirándome directamente a los ojos, me dijo con determinación pero con un toque de ternura:

—No te quiebres. ¿Lo entiendes? No. Te. Quiebres. —Me mordí el labio.

Después de un año entero de trabajar tan estrechamente juntos, él sabía cuándo el peso del momento me afectaba.

—Puedo verlo en tus ojos... te has puesto nerviosa y está bien, es normal, pero no dejes que eso afecte a lo que has venido a hacer. Mírame a los ojos y ve lo que yo veo. Una guerrera, una luchadora, alguien que fue expulsada pero que encontró otra forma de entrar. Eres más valiente y más fuerte de lo que crees. Eres un fuego que arde. No alimentes tus dudas, Ria, alimenta tu sueño. No pierdas la concentración. —Asentí febrilmente, molesta por haber mostrado emoción—. Ahora, ¿quieres que me ponga de pie y te vea?

Expulsé una exhalación agotadora y volví a asentir.

—Mírame —me ordenó—. Mírame a los ojos. —Me puso una mano en el hombro y una inquietante calma pareció invadirme—. Respira profundamente y suelta. Otra vez. —Entonces me sonrió con orgullo y mi estómago se tranquilizó.

Puede que las palabras se me hayan escapado, pero la consideración de Kova para aliviar mis preocupaciones y reconocerme se extendió por todo mi pecho. Los entrenadores podían observar durante los encuentros reales sin recibir ningún tipo de deduction. El punto era más bien para mi tranquilidad. Nunca había necesitado uno en el pasado, pero esta era una página completamente nueva en mi libro de cuentos.

—Solo quiero que te quedes ahí.

Kova se acercó y se colocó cerca de la barra alta. Se puso en posición y me esperó. Confiaba en que podría hacer los cambios con éxito, pero tenerlo allí calmaba mis temores. Una reconfortante medida de seguridad.

Después de ajustar mi rutina, también hice los cambios necesarios en mi rutina opcional. Kova estuvo allí todo el tiempo. No me presionó ni me ridiculizó, simplemente me dejó hacer lo mío. Fue como una segunda oportunidad para acostumbrarme a la sensación de las barras.

Mis compañeros de equipo y yo pasamos al salto. Al igual que con las barras, tenía que hacer dos saltos... un doble salto frontal y un Amanar. La única diferencia con el salto era que tenía dos turnos para cada salto durante la competición, en lugar de uno. Ambas eran extremadamente difíciles, y ambas requerían pequeños cambios que no me asustaban como lo hacían las barras.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó Kova, acercándose a mí. Sus ojos eran enormes y sus manos estaban fuera esperando una explicación. Me eché hacia atrás, nerviosa por la ansiedad. No había tirado del Amanar como debía, y por eso no estaba contento. Me asusté en medio del giro e hice un Yurchenko doble en su lugar. No era raro que un gimnasta hiciera el cambio a mitad de vuelo con este salto, pero me ganaría una deduction en dificultad. El medio giro extra era muy difícil de hacer.

—Necesitamos más vuelo.

Me encantaba cuando Kova decía nosotros, porque éramos un equipo y eso era importante para mí. Describió con su cuerpo cómo debería estar metiendo y bloqueando haciendo movimientos esporádicos.

—Lleva un pie hacia atrás en tu salida. Si no, tu bloqueo volverá a ser pésimo y no conseguirás el vuelo que necesitas.

Lo fulminé con la mirada cuando llegamos al final de la pista. Como si no sintiera que mi bloqueo era una mierda.

—Bien —fue todo lo que dije.

Respirando hondo, exhalé y pisé con fuerza la tiza. Me puse en posición un pie atrás y visualicé lo que iba a hacer. Los cambios me sentían muy bien y sabía que los dos saltos serían como los de World Cup. El salto era mi especialidad. Lo hice muy bien.

El suelo era exactamente lo que esperaba, muy movido. Calenté con unas cuantas pasadas para sentirme bien. Por suerte, no me salí de los límites,

pero la altura que alcancé hizo que mi corazón cayera en picado. Ya volaba bastante alto, así que reduje los pasos en mis pases de volteretas para bajarlos un poco. No necesitaba demasiado impulso.

La viga era igual que cualquier otro día, pero ahora venía con un ligero bamboleo ya que no estaba asegurada al suelo. Salté, volteé, brinqué, y todo vino con una sacudida de la viga. Tuve que estar extremadamente apretada, de lo contrario estaría teniendo controles de equilibrio cada dos segundos. En el montaje de la prensa a la parada de manos que iba directamente a mi primera secuencia combinada de un doble salto de manos hacia atrás en un giro completo, me caí de la viga. Mis nervios se apoderaron de mí y temblé más de lo que había previsto. Kova gruñó en voz baja para hacerme saber lo disgustado que estaba conmigo, pero volví a levantarme de un salto, respiré hondo y exhalé. Mirando al frente, encontré mi sitio y empecé mi rutina, cantando para mí misma:

—*Lo tengo*.

Y lo tenía. Jodidamente lo tenía.

Me concentré en pegar cada habilidad. Me adentré en lo más profundo y oscuro de mis pensamientos, en una dimensión diferente, y solo vi una palabra al final del túnel. Éxito. La forma más rápida de superar el miedo era golpearlo directamente de frente. Tenía que romper mi zona de confort si quería hacer algún tipo de avance en este deporte. Yo era mi único límite… yo decidía mi camino. Estaba comprometida con este viaje y tendría éxito. Yo. haría. Que. Sucediera.

Una vez que aterricé mi desmontaje sin más que un pequeño paso… lo logré… busqué a mi entrenador que ya se dirigía hacia mí.

Mientras caminábamos codo con codo hacia la zona de descanso donde estaba mi bolso de viaje, Kova me puso la mano en la parte baja de la espalda.

—No sé qué has hecho ahí arriba, pero me has tomado completamente por sorpresa. Excelente trabajo, Adrianna. Dejaste de lado tu miedo y te permitiste brillar. Confiaste en ti misma. Pensé que necesitarías un poco más de trabajo con esta viga, pero me sorprendiste y me demostraste que estaba equivocado.

Me senté en el suelo y doblé las rodillas en posición de mariposa.

—La gimnasia es tan complicada —dije, desenvolviendo las vendas de mi tobillo. Aliviaba algo de la sensibilidad de mi Aquiles, pero no tan bien como la cinta deportiva—. Es arriesgado y te hace perder la cabeza más que

cualquier otro deporte —dije como si acabara de darme cuenta—. Por mucho que me guste pensar que puedo controlarlo todo, sé que no puedo. Así que, si dejo de pensar en todo lo que puede salir mal y pienso en todo lo que puede salir bien, y me esfuerzo al máximo, debería funcionar a mi favor. Debería ser la palabra clave. —Me reí para mis adentros mientras arrugaba la venda y la dejaba caer en mi bolso—. Si no, siempre voy a encontrar errores.

Kova escuchaba mientras yo divagaba. Su atención no se apartaba de mí, como si cada palabra que dijera importara. Fue la mejor sensación al ver que ya me miraba fijamente. Me sentí en lo alto de la vida, lista para afrontar mi siguiente obstáculo con Kova a mi lado.

—No estoy segura de lo que me pasó, pero me sentí impulsada por la fuerza y la determinación. Quizá fue porque te tengo a ti detrás, no estoy segura, pero sí sé que no tengo nada que perder y todo que ganar, así que me dejé llevar y creí en mí misma.

Le sonreí alegremente. La forma en que Kova me miraba hizo que mi corazón se agitara. No pude evitarlo. Me sentía muy bien. Segura de mí misma. Como si pudiera enfrentarme al mundo. Estaba feliz y orgullosa, y me encantaba que hubiera superado sus expectativas.

—Adrianna, me gustaría poder terminar esta conversación contigo, pero tengo que irme. Solo tienes que saber que lo que has hecho ahí arriba es porque has dejado de dudar de ti misma. Lo has demostrado tal y como yo sabía que lo harías. No puedo esperar a verte actuar mañana.

Se dio la vuelta antes que pudiera decir nada. Sabía que no se iba para evitarme a propósito, mis compañeros de equipo también necesitaban su atención.

Intenté no sonreír de oreja a oreja. Intenté no mirarlo con admiración. Pero lo hice y me importó una mierda quién lo viera. Estaba orgullosa, y eso me llenaba el pecho de tantas emociones que no podía poner en palabras. La valoración no era algo que necesitara todo el tiempo, pero en los momentos de duda, lo cambiaba todo. Me dio el valor que necesitaba para seguir adelante. Fue mi bote salvavidas.

Hazlo valer.

Es lo que me había dicho desde el momento en que empecé en World Cup. Y lo haría. Por mí misma. Por mis entrenadores.

Kova volvió a colocarse cerca de las barras asimétricas, esta vez para ayudar a Holly. Observé cómo la instruía, dándole la misma seguridad que

me inculcó a mí. Él creía en nosotros. A pesar de sus defectos... y tenía muchos... se preocupaba por sus gimnastas y por el deporte. Quería que tuviéramos éxito.

Pero lo que robó mi atención no fue la impresionante rutina de Holly. Era la ardiente mirada que provenía de mi derecha y que me hacía un agujero en la cabeza. Era imposible no sentir la intensidad de esos ojos rencorosos.

Reagan.

Mi sonrisa vaciló cuando me miró fijamente con un ceño tan profundo que hizo que un escalofrío me recorriera la columna vertebral. Levantó una ceja e inclinó la cabeza hacia un lado, y luego desvió la mirada hacia nuestro entrenador.

Había visto todo lo que necesitaba. Y yo se lo había permitido.

Capítulo 40

Mis padres no habían aparecido hasta esta mañana.

Naturalmente.

Se me revolvió el estómago al pensar que mi mamá vendría a mi primer gran encuentro de clasificación. Mi papá no, aunque había ido a menos encuentros que mamá. Sabía que estaba esperando que fracasara. Mi instinto me decía que lo hacía porque nunca vio mi sueño como algo más que un costoso pasatiempo, y eso decía más que cualquier otra cosa. Puede que papá pensara lo mismo, pero nunca lo dijo abiertamente. Me animaba y apoyaba mi trabajo duro y mi dedicación. Cada desliz era una puerta abierta para que mi mamá me criticara, para que insistiera en que hiciera otra cosa con mi tiempo libre. Me la imaginaba en las gradas, mirándome con desprecio, entre desinteresada y molesta.

La ansiedad se apoderó de mi pecho mientras un dolor agudo lo atravesaba. Cerré los ojos y conté hasta diez, respirando profunda y lentamente, tal y como me había enseñado Kova. La gimnasia era mi vida. Era mi pasión. Mi válvula de escape. Todo lo que tenía que hacer era abrir los ojos y ver cómo mi corazón hablaba por mí.

Se lo iba a demostrar con mi actuación. Hoy era mi día.

Tragándome la preocupación, abrí los ojos y miré alrededor del gimnasio. La tiza impregnaba el aire. Un trampolín rebotó y los pies se estrellaron contra una colchoneta de desmontaje. La música clásica sonaba en los altavoces y el sonido de las barras rebotando resonaba en la distancia. La competición estaba en pleno apogeo.

Había tres jueces en cada prueba. Estaban sentados en una larga mesa, vestidos con ropa de negocios azul marino, con libretas y portapapeles al alcance de la mano. Sus ojos brillantes criticaban cada cosa. Con tanto en contra, me entrené mucho para este día. Sangre y sudor. He forzado mi

cuerpo. Mis entrenadores me presionaron aún más. Ahora solo tenía que dejar que brillara mi amor por este deporte.

Mi equipo caminó en una línea perfectamente recta hacia la bóveda. Barbilla arriba, hombros atrás. El World Cup era la segunda en la rotación. Lo que significaba que tenía menos de una hora para competir.

Estábamos vestidos con trajes negros a juego con un leotardo debajo. Por supuesto, Kova habría elegido el negro. Era el único color que veía y llevaba. Nuestros leos eran incluso negros, pero con remolinos de cristales de Swarovski de color peridoto que se curvaban y se agitaban como las olas del mar. Teníamos el cabello recogido en una cola de caballo apretada, sin que se nos escapara nada. No llevábamos joyas y escondíamos los sujetadores deportivos.

Nos acercamos a la hilera de sillas que se alineaban en la pared del gimnasio, nos separamos y tomamos asiento. Empecé a buscar mi equipo en el bolso de viaje cuando mi muñeca se topó con una punta brusca. Me eché hacia atrás.

Con las cejas fruncidas, deslicé a un lado el leotardo extra que llevaba conmigo y respiré con fuerza cuando apareció ante mí una superficie dura.

Era el cuaderno que le había dado a Kova. Había olvidado que lo había tomado esa noche.

Mis ojos se abrieron ampliamente y me apresuré a tratar de bloquear la vista de mi bolso bajando la tapa y ocultando el contenido. Mis ojos recorrieron el pequeño grupo para ver si alguien veía u oía algo, pero no se dieron cuenta. Los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos. Cuando me sentí segura que nadie había visto nada, volví a mirar el pequeño cuaderno. Me pregunté cuándo había tenido Kova la oportunidad de colarlo en mi bolso, y por qué había cambiado de opinión después de haberme dicho categóricamente que era una idea estúpida.

Al instante me volví paranoica. De nuevo, mis ojos se movieron de un lado a otro sin girar la cabeza para ver si alguien captaba algo. Mi adrenalina se disparó, mi ritmo cardíaco se aceleró.

Él jugaba a este juego mejor que yo. Ni siquiera lo vi meterlo.

Mis dedos acariciaron el fino y duro borde. Contemplé la posibilidad de abrir el cuaderno ahora en lugar de más tarde. No me preocupaba que alguien me viera leyendo, no creía que a nadie le importara, me preocupaba que

hubiera algo que me pudiera fastidiar mentalmente antes del encuentro. Eso era lo que más temía.

Me mordí el labio inferior, sin saber cómo combatir la curiosidad que bullía en mi interior. Tal vez podría echar un vistazo...

Pero en lugar de eso, desvié la mirada, luchando contra el impulso, y capté la mirada punzante de Kova. Nuestros ojos se cruzaron y todo el aire abandonó mis pulmones. Me observó abiertamente con una mirada prudente y sedienta. La cadena que nos unía se apretó alrededor de mi corazón y me acercó.

Me hizo una sutil inclinación de cabeza.

Kova quería que leyera lo que había escrito.

Mierda.

Mi ansiedad se disparó. Esta vez, cuando miré a los que me rodeaban, tomé nota de sus acciones. Cuando creí que nadie me iba a cuestionar, fingí que me estiraba y me incliné. Me aseguré que mi bolso protegiera lo que iba a hacer y abrí la tapa dura hasta la primera página.

Me arriesgué por ti. Ahora arriésgate por mí y deja de lado todos tus miedos. Sal ahí afuera y sé desafiante. Niégate a perder.

No lo firmó. No se delató a sí mismo. Lo mantuvo discreto.

Un silencioso suspiro de alivio salió de mis labios y mi boca se curvó en una débil sonrisa. Este hombre. Se me aligeró el pecho y también el miedo. Cerré el libro. Luego agarré la pequeña bolsa en la que solía guardar las pastillas y los tampones y lo metí rápidamente. Cerré la cremallera, luego la cubrí con mi ropa y cerré el bolso de viaje.

Me senté sobre mis rodillas y me puse las muñequeras. Recordé las palabras en mi cabeza, escuchando cada vez su voz. Se había arriesgado por mí. Muchos riesgos. Demasiados riesgos para contarlos. Mi objetivo había sido el mismo desde el principio y ahora solo había que desviarse un poco.

Iba a hacer lo que me pedía. Me arriesgaría por él y dejaría de lado todos los miedos que había tenido. Sería desafiante. Me negaría a perder.

Después de ponerme los agarres, me di cuenta que no me había vendado el tobillo para aliviar el dolor. Debería haber hecho ese paso primero ya que mi agarre era ahora limitado, pero mi mente había estado en otra parte. Se

me escapó un resoplido de descontento mientras arrancaba el velcro con el ceño fruncido y dejaba caer las muñequeras al suelo. Justo cuando estaba a punto de enrollar la cinta deportiva alrededor de mi pie para aliviar la tensión en mi Aquiles, Kova se acercó y se agachó. Extendió la palma de la mano y agitó los dedos para pedir la cinta sin decir una palabra. Le di el rollo de esparadrapo en la mano y le entregué mi pie, apoyando mi peso en los brazos detrás de mí. Miré hacia otro lado. De todos modos, Kova era mejor vendando mi Aquiles.

—¿Estás lista para hoy?

—Más lista que nunca.

—¿No crees que podrías estar mejor?

Resoplé, negando con la cabeza. Sabía que no me estaba provocando.

—Siempre se puede mejorar, entrenador. Usted lo sabe, pero a partir de ahora, estoy preparada. —Hice una pausa, luego me arriesgué y debatí rápidamente si quería su respuesta o no—. ¿Crees que estoy preparada?

No levantó la cabeza, pero la esquina de su boca se curvó ante mi pregunta. Se tomó un momento para responder mientras envolvía mi herida de forma experta.

Bajando la voz, levantó la cabeza lo suficiente para que pudiera ver sus ojos. Malditos sean sus malditos ojos. Siempre me atrapan.

—Si no creyera que estás preparada, no estarías aquí. Créeme. Estás más que preparada.

Kova puso mi pie en el suelo, dándome un suave apretón en el tobillo antes de soltarlo. Sus rodillas crujieron mientras se ponía en pie, con nuestras miradas aún conectadas. Extendió la mano y me ayudó a levantarme. En medio del caos que nos rodeaba, se produjo una calma en mi interior mientras nos mirábamos a los ojos. Con el apoyo de Kova, la confianza se apoderó de mí. Cambió toda mi mentalidad. Era un cachorro y él era el león que me infundía fuerza.

Me invadió la timidez. Me di la vuelta, tratando de ocultar la felicidad que sabía que brotaba de mi interior. Me ardían las mejillas, lo que no ayudaba al rubor de ciruela que me había aplicado antes. Su ronca risa me llegó a los oídos y, cuando me volví, Kova tenía una sonrisa de oreja a oreja en su carismático rostro. Mi corazón casi se detuvo. No era una sonrisa cualquiera. Era una sonrisa del tipo “estoy muy orgulloso de llamarte mía”.

Y lo hizo en un lugar lleno de cámaras.

Sigue siendo mi corazón salvaje.

Kova me apretó el hombro y me dijo.

—Todo el mundo estará mirando. Muéstrales de qué estás hecha, Adrianna.

Capítulo 41

Pisé la tiza para absorber la humedad y vi cómo el humo blanco y polvoriento formaba una nube alrededor de mis espinillas.

Estaba a punto de actuar.

Tenía las palmas de las manos húmedas y el cuerpo nervioso. Tenía una gran cantidad de adrenalina bombeando a través de mí y nervios temblorosos para combatirla. Estaba excitada y emocionada, ansiosa y al mismo tiempo nerviosa, pero también me sentía como si tuviera ochenta y siete dosis de cafeína corriendo por mis venas.

Kova me acompañó hasta el final de la pista de salto. Me apreté las muñequeras y sacudí las piernas mientras le escuchaba hablar solo conmigo, dándome consejos y recordatorios de última hora. Holly ya se había ido, al igual que Reagan. Holly dio un paso gigantesco hacia la derecha, mientras que Reagan se atascó en el aterrizaje. Naturalmente.

Ahora, era mi turno.

—Recuerda, empiezas un pie atrás. Largo y bajo en la tabla. Pon tu cuerpo encima y las manos en la tabla rápidamente para que consigas un buen bloqueo. En cuanto llegues al punto máximo de vuelo... recuerda pegar los tobillos, haz un giro tan fuerte y rápido como puedas.

Asentí apresuradamente a las indicaciones de Kova y apreté el velcro en mis muñecas. Hacía poco que había empezado a usar muñequeras para el salto, similares a las que tenía para las barras, solo que éstas estaban acolchadas y servían para sujetar la muñeca del enorme bloque que necesitaba para ganar altura. También me ayudaba a aliviar los pinchazos y la sensibilidad que tenía en las muñecas después de trabajar en los pases de volteo en el suelo durante horas, pero Kova no sabía nada de eso.

—Respira por el estómago —sugirió Kova, con un tono tranquilizador que pretendía aliviar mis preocupaciones. Lo miré con gratitud y mis nervios se calmaron de inmediato.

Kova me puso las manos en los hombros, se agachó y me miró directamente a los ojos.

—Concéntrate. No te quiebres. Lo tienes.

Volví a asentir, con los ojos atentos, pero se me escaparon las palabras. Kova se alejó, de vuelta a donde estaban el equipo y los entrenadores, mientras yo me quedaba de pie al final de la pista. Eché una mirada a la mesa de los jueces. Tres mujeres de distintas edades, con trajes azules y posturas rígidas, se comunicaban sobre una mesa de papeles y lápices mientras decidían la puntuación de Holly. Se me apretó el estómago. Mi corazón iba a mil por hora, golpeando fervientemente contra mi pecho mientras esperaba que me dieran luz verde.

Ya está.

Expulsando una profunda respiración, me coloqué detrás de la línea blanca que había dibujado antes con tiza y fijé mi mirada explícitamente en la bóveda. Sacudí las manos.

Sé desafiante, resonó en mi cabeza. *Deja de lado el miedo.*

Un muro se derrumbó y visualicé mi resultado. Levantando los brazos, saludé a los jueces y me tragué todo excepto lo que iba a hacer. En cuestión de segundos, me dirigí a toda velocidad por la pista hacia el gran objeto inmóvil que estaba a punto de voltear. Apreté cada músculo de mi cuerpo mientras bombeaba mis piernas, corriendo tan rápido como podía. A los tres metros más o menos, estiré mi valla para prepararme para la vuelta, y todo lo que Kova y Madeline me habían enseñado me llegó rugiendo. Me golpeó como una tonelada de ladrillos y todo encajó en su sitio. La memoria muscular se impuso y ambos pies golpearon con fuerza el trampolín. Volví a saltar a la bóveda, donde bloqueé con la mayor fuerza que había hecho en mi vida, y alcancé el techo, preparándome para girar en un Amanar. Mi bloqueo fue como el despegue de un cohete. Conseguí el vuelo que Kova dijo que siempre necesitaba, y supe en ese momento que iba a ser una buena bóveda. Apretando fuerte, con los tobillos pegados, tiré con fuerza y completé los dos giros y medio que requiere esta habilidad y me dirigí al suelo. Me abrí y aterricé con los dos pies juntos en la colchoneta azul, con los brazos levantados por encima de la cabeza, y me desplacé. Lo clavé. *Jodidamente lo clavé.* Todos los músculos de mi cuerpo estaban firmes y sólidos mientras saludaba sin un bamboleo ni un salto. Intenté disimular la sonrisa que se extendía lentamente por mi rostro, pero ejecutar *y pegar* el Amanar no era fácil.

Y sabía en mis entrañas que lo había hecho extremadamente bien.

Los vítores estallaron casi de inmediato y pude oír a mis compañeros de equipo gritar sus elogios. Me giré y saludé una vez más a los jueces, que no estaban impresionados, antes de salir de la alfombra de aterrizaje para buscar a mi entrenador.

Kova lucía una sonrisa contagiosa con su mano en el aire para chocar los cinco.

—Posiblemente sea el mejor salto que te he visto hacer hasta la fecha. —Mis ojos se abrieron completamente. Sus palabras me atravesaron—. No pude encontrar ni una sola cosa por la cual molestarme.

—¿De verdad? —Me quedé atónita. Asintió, con las cejas alzadas y una enorme sonrisa en el rostro.

—Fue fantástico. Debería ponerte entre los tres primeros, tal vez dos.

Mi corazón dio un salto al considerar sus palabras mientras volvía a caminar hacia el final de la pista. Repetí los movimientos en mi cabeza, visualizándome mientras esperaba el visto bueno. Me apliqué más tiza, una costumbre nerviosa. Era una locura lo rápido que podían sudar los pies en tan poco tiempo.

Mi puntuación parpadeó y miré la pantalla. Sabía que debía mantener mi rostro neutral, pero mi corazón vaciló durante una fracción de segundo. El público, disgustado, mostró sus sentimientos, alertando a los jueces que no estaban contentos. Un escalofrío recorrió mis brazos. Mi estómago vacío se revolvió.

No era lo que esperaba, estaba satisfecha, pero quería algo mejor.

Kova levantó las manos, haciendo una mueca ante los números. Sus ojos se endurecieron mientras miraba a los jueces y gritaba, queriendo saber dónde habían encontrado un error.

Típico comportamiento de un entrenador. Todos lo hicieron.

Una vez que los jueces estuvieron listos, no perdí el tiempo. Me quité el exceso de tiza de las manos y pasé directamente a la segunda bóveda. Poniendo todo lo que podía reunir, ejecuté otro Amanar y me clavé en el aterrizaje. Me sentí increíble, como si lo hubiera hecho tan bien como el primero. Saludé a los jueces y me volví hacia mi equipo y mis entrenadores,

bajando los tres escalones hasta donde estaban. Esta vez no sonreí. No mostré emoción. Y, desde luego, no me hice ilusiones.

Primero vi a Kova. Las motas oscuras de sus iris parecían diamantes negros brillando contra el verde energético.

Estaba claro. Kova estaba orgulloso. Y eso me hizo muy feliz.

Le di una palmada en la mano y me abrazó rápidamente.

—Excelente trabajo, Adrianna. —Aspiré el aroma de su colonia y sentí sus palabras en lo más profundo de mi ser.

Madeline se acercó con las manos extendidas y los ojos muy abiertos, interrogándome en silencio. Había un ligero destello allí. Me abrazó.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó, sonando extremadamente satisfecha y asombrada—. Explotaste esa tabla como si hubieras inventado la habilidad. Bien hecho, chica.

—Gracias —fue todo lo que pude decir a través de una sonrisa entre dientes. Mi puntuación subió y no pudo ser mejor. Ambos entrenadores gritaron su entusiasmo, y una enorme sonrisa partió mis mejillas. Eso sacó a Reagan del primer puesto y lo bajó al segundo, el tercero lo tenía la gimnasta de otro equipo. No tenía mucha ventaja, pero era suficiente para asegurar el primer puesto, por ahora.

—No está mal, Rossi —dijo Reagan sin mirarme—. Pero yo tendría cuidado de cómo se miran tú y Kova el resto del encuentro. Tiene hambre en los ojos.

Dije sin pensar.

—¿Hambre, Reagan? ¿Quién dice eso? Y si he visto bien, te ha mirado igual. Y a Holly. Deja de intentar leer en algo que no está ahí solo porque estás enojada porque te saqué de la clasificación.

No le di la oportunidad de responder. Y no la esperé. Me levanté y tomé mi bolso, colocándolo sobre mi hombro y caminé hacia la siguiente rotación.

Lo siguiente eran las barras asimétricas. Una vez que me aseguré los agarres, empecé a pasearme por la zona de los atletas para mantener mi cuerpo caliente y suelto. Mis brazos se balanceaban de un lado a otro y levantaba las rodillas dando saltos. No observé a los demás competidores ni miré en las gradas en busca de caras conocidas. Me concentré en mi equipo, en mis rutinas y en lo que me indicaban mis entrenadores. Eso era todo.

Al igual que en el salto, sobresalí en las barras, pero el raquitismo de las mismas en el podio me sacudió un poco. Pude ver una sutil toma y daca mientras Holly conectaba habilidades, fluyendo de una barra a la otra, soltándola con fuerza solo para agarrarla de nuevo.

Era la mente sobre la materia. Siempre la mente sobre la materia cuando se trata de gimnasia. Yo lo sabía. Pero nunca era tan fácil.

El dismount de Holly estaba a segundos de distancia, lo que significaba que tenía unos pocos minutos hasta que fuera mi turno.

—Tú eres tu único límite —dijo Kova en voz baja detrás de mí. Miré por encima de mi hombro y me di la vuelta.

Una pequeña sonrisa inclinó mis labios y me apreté la coleta.

—¿Vas a decir citas inspiradoras antes de cada prueba?

Se encogió de hombros.

—No son inspiradoras cuando las digo en serio. —Dudó un momento y luego dijo—: Me gusta verte sonreír.

Desvié la mirada, intentando que sus palabras no me afectaran.

—Sabes, Reagan me dijo algo sobre cómo me miras.

Kova murmuró en voz baja en ruso. Sus palabras tenían un punto de picadura, de mordacidad, y después de haber sido testigo de cómo Katja y él discutían unas cuantas veces, sabía que cualquier cosa que dijo no era agradable. Sin embargo, era tan bueno como yo para disimular sus expresiones faciales. Nadie habría sospechado nada.

—¿Qué fue eso?

—Nada que debas escuchar. ¿Qué le dijiste?

—Que estaba actuando como una perdedora dolida desde que la eliminé de la clasificación de la bóveda. —No iba a mencionar el tema de la píldora dietética, aunque nada me gustaría más que delatarla.

Asintió.

—Vamos. Tu turno es el siguiente.



Sin dudarlo, Kova subió a la plataforma conmigo como si fuera su lugar. Nos separamos. Se quedó a un lado mientras yo me colocaba delante de la barra baja. Le había dicho antes que no necesitaba que me vigilara, y no lo hacía, pero sabía que solo intentaba ayudarme a calmar los nervios, ya que no estaba acostumbrada a que todo fuera tan inestable. Lo cual agradecí.

Saludando a los jueces, me deslicé en un kip y luego me lancé a una parada de manos, balanceándome suavemente bajo la barra, un círculo de cadera libre a otra parada de manos, luego me solté y flui hacia la barra alta. Una vez en la barra alta, en una parada de manos, vi a Kova moverse para mi gran lanzamiento. Estar allí y no hacer nada, por la razón que sea, parecía aliviar la mente de la gimnasta. Un entrenador nunca permitiría al gimnasta realizar una habilidad que no hubiera dominado mil veces, pero eso tampoco significaba que no estuvieran asustados como una mierda al mismo tiempo.

Significaba que eran humanos.

Inhalando por la nariz mientras estaba parada en la barra alta, mi pecho se ahuecó y me balanceé hacia abajo. Por el rabillo del ojo vi a Kova acercarse. Mis dedos de los pies golpearon con fuerza para tomar impulso en la parte inferior del balanceo, donde empujé el pecho y las caderas hacia adelante para crear un arco con mi cuerpo. Justo cuando estaba en paralelo con la barra con el cuerpo extendido, me solté y di una vuelta en el aire sobre la barra. La barra retrocedió para darme un poco más de empuje y la busqué mientras bajaba y la agarraba. La tiza se esparció por el aire, las motas me golpearon los ojos al respirar, y segundos más tarde volví a elevarme para ponerme de pie.

Kova no se apartó cuando salieron otros dos movimientos de lanzamiento seguidos. Se sabía las rutinas de todos de memoria. Una vez terminadas, se retiró y se agachó para criticar mi forma desde un ángulo diferente. Todo fluyó sin esfuerzo después de eso.

A falta de dos giants y un dismount, lo di todo y aterricé mi dismount con un pequeño y ligero salto. Saludé a los jueces y me giré.

—No está mal, pero no es tan bueno como el salto —dijo Kova cuando me acerqué y su mano se posó en la parte baja de mi espalda—. Habrá algunas deductions, pero no las suficientes como para dejarte fuera de la clasificación.

Me quité los agarres.

—A veces me gustaría que me mintieras. Sabes lo estresada que he estado por este encuentro.

—Nunca nos hemos mentido antes, no voy a complicar más las cosas dándote falsas esperanzas ahora. No me confundas, estuvo bien, tal vez incluso genial, solo que no fue fantástico.

Suspiré. Tenía razón. Nunca quise mentiras.

—¿En qué me equivoqué?

Antes que pudiera responder, mi puntuación apareció en la pantalla alta.

Me quedé allí, inmóvil y aturdida, con el rostro de piedra y la mandíbula abierta. Kova dijo que no estaba mal, pero que era mejor que bien porque ahora estaba en primer lugar, *de nuevo*, no solo ayudándome a mí, sino también a la puntuación general de mi equipo. La felicidad se extendió por mi pecho. Sonreí de oreja a oreja y miré a Kova. Me hizo un gesto de satisfacción con una profunda inclinación de la barbilla.

Madeline se dirigió hacia mí. Me rodeó los hombros con sus brazos y me abrazó como un oso, elogiando mi forma y mi puntuación.

Mi corazón estaba a punto de estallar. Todo iba mejor de lo que esperaba. Necesitaba una puntuación mínima para superar la prueba de élite y, de momento, iba por buen camino. Y a pesar de todo, me mantuve relativamente tranquila gracias a Kova. En el fondo sabía que él tenía más que ver con mi actitud serena de lo que yo le atribuía.

Mirando hacia los espectadores, finalmente cedí y busqué a mis padres, pero pronto me detuve. El encuentro estaba lleno, no había ni un asiento vacío, y encontrarlos sería como buscar una aguja en un pajar.

El suelo era lo siguiente.

Kova me puso una mano en el hombro mientras caminábamos uno al lado del otro.

—Sé que quieres dar menos pasos en tus pases de volteretas, pero tienes que asegurarte de utilizar la longitud del suelo.

—Lo sé.

Era cierto: si no extendía mi cuerpo y utilizaba el suelo, no solo desviaría mi rutina, sino que me ganaría un deduction. La cosa era que tenía tanta altura que tampoco quería salirme de los límites.

—Tu percepción va a estar apagada desde que estamos en el podio. Todo va a ser más rebotado y más difícil de absorber el aterrizaje.

Asentí rápidamente y me dirigí al suelo. Salté un par de veces, sintiendo el muelle bajo mis pies. Era mucho más esponjoso, pero confiaba en tenerlo bajo control.

Una vez que los jueces me dieron el visto bueno, pisé el suelo de moqueta azul real y adopté mi postura.

Capítulo 42

Me mantuve en mi posición mientras escuchaba el tenue sonido de la música.

Aunque destacaba en otras dos pruebas, me encantaba el suelo. Era mi absoluto favorito. Una melodía clásica reverberó en la sala. Empecé a contar en mi cabeza, fluyendo libre y suavemente como una pluma en cada habilidad que me llevaba a la esquina para mi primer pase de volteretas. Bajando los brazos suavemente, respiré profundamente y exhalé mientras miraba la esquina en el extremo opuesto de la pista.

Me preparé para el primero de los cuatro pases de volteretas, di menos pasos y me lancé en un giro, extendiendo mi salto de manos hacia atrás, y lancé un doble layout... y controlé el aterrizaje sin dar un paso atrás.

Sonreí de oreja a oreja, sabiendo que había ejecutado bien mi primer pase y giré, saltando por el aire en un switch ring más tour jeté completo con todo mi corazón. Hice una exhibición, mi amor por este deporte surgió cada vez más amplio a medida que la adrenalina corría por mi sangre. No podía dejar de sonreír, sintiendo cada parte de mi rutina coreografiada que había pasado incontables horas perfeccionando. El suelo puede ser tan técnico a veces, perdiendo la suavidad y la gracia que una vez fueron de la mano con el evento. Kova y Madeline se empeñaron en exhibir fluidez y elegancia, manteniendo ese aspecto en primer plano. Insistieron en exhibir una gimnasta sofisticada y bien dirigida. Y eso es lo que obtuvieron de nosotros. De mí.

Al ver la esquina, avancé hacia el semicírculo dibujado con tiza y bajé los brazos. Jadeé, inhalando profundamente en mis pulmones y mantuve la calma. Este paso en volandas requería más pasos para ganar el impulso que necesitaba. Empezando con pasos pequeños, recorrí la mitad del espacio hasta llegar a otros más fuertes y largos, y golpeé el suelo con los dos pies, con las rodillas bien rectas. Con los brazos levantados por encima de la cabeza, di una vuelta con el talón por encima de la cabeza hacia adelante, con el cuerpo recto como una tabla, y volví a golpear el suelo con un salto de

manos hacia adelante, agotando los hombros para levantarme del suelo con todos los músculos que podía para dar una vuelta completa. Volví a golpear el suelo y terminé con una flexión frontal.

No hubo ningún salto o paso extra en mi aterrizaje. Me quedé con el pase de la voltereta. Sí.

Una modesta sonrisa se dibujó en mi rostro. Había apretado y tensado todos los músculos de mi cuerpo durante la voltereta, y aún más al final para evitar que me moviera. Quería mantener el ritmo, pero primero tenía que demostrar que podía realizar aterrizajes limpios.

Con los pases hacia adelante, un gimnasta podría rebotar muy hacia el frente y salirse de los límites por la potencia generada si no practicaba el control. O, a veces, terminar con un salto para tapar el error, que nunca pasaba desapercibido para los agudos ojos de los jueces. Ellos siempre lo sabían. En general, era más fácil dar una voltereta de cabeza que de espaldas, y añadir un pliegue frontal al final de mi pase me ayudaba a controlarlo un poco más.

Prefería caer de espaldas. Pero así era yo.

Giré sobre los dedos de los pies, con la pierna extendida por encima de la cabeza, agarrándome el tobillo. Lo acerqué a mi pecho y giré en dos círculos completos. Por alguna razón, un giro en el suelo o en la viga siempre era más difícil que cualquier pase de volteretas que rompiera el cuello. Era extraño. Uno pensaría que sería al revés.

Con buen gusto y pasos ágiles, bajé la pierna y pivoté unos pasos hasta estar cerca de la esquina para ejecutar mi último pase de voltereta, una doble voltereta hacia atrás.

Como una cinta de colores que sobresale y flota en el aire calcáreo, concluí con una brillante sonrisa. Una rutina de suelo de no más de noventa segundos de duración, y yo estaba en llamas, llena de entusiasmo, energía y respiraciones pesadas. Dios, me encantaba el suelo.

Rápidamente, saludé a los jueces y me dirigí hacia mi equipo. Lo hice bien y ellos lo sabían, a juzgar por sus caras de éxtasis. Madeline me choca los cinco y también Kova, a cuyos brazos me tira para abrazarme. Mis rodillas se doblaron y mis pies subieron detrás de mí. No era raro que las gimnastas abrazaran a sus entrenadoras tan de cerca. Así es como suceden las cosas y nadie lo cuestiona. La dinámica del vínculo entre el entrenador y la gimnasta requiere mucha confianza y fe. Ellos son los que permiten que el talento se libere en primer lugar.

—Perfección —dijo Kova con sus brazos rodeando firmemente mi espalda. Me bajó. Las risas llamaron mi atención y los aplausos de Madeline antes de dirigirme a las chicas. Todas ellas, incluso Reagan, me dedicaron una sonrisa de aprobación, chocaron los cinco y me felicitaron.

Estaba flotando en una nube. Mi corazón latía cada vez más rápido contra mis costillas, apenas un segundo para frenar. Todavía me quedaba una prueba por competir, y mi puntuación era lo suficientemente alta como para clasificarme en la Obligatoria, incluso si cometía algunos errores en la viga. Volví a mirar a las gradas con la esperanza de ver a mis padres, pero era demasiado tedioso entrecerrar los ojos ante todas las cabezas. Agarrando mis objetos, mi equipo pasó a la última prueba.

En unos pocos minutos, todo dio un giro drástico. Me quedé clavado en mi silla por pura incredulidad. Una rodilla rebotó rápidamente y me mordí el interior del labio. La gimnasia puede ser una montaña rusa para la psique. Un minuto estaba arriba, al siguiente, estaba severamente abajo.

Reagan se había caído de la viga.

Reagan. Se. Había. Caído. De. La. Viga.

Y sin embargo, por alguna razón inusual que no podía justificar, sentí que yo había caído. Como si nuestro equipo hubiera caído. La viga de equilibrio era su evento, el que ella superaba a todos en la forma en que yo lo hacía con la bóveda. Era su especialidad. Las gimnastas con eventos de especialidad rara vez cometen un error. Así que cuando sucedió, fue impactante.

—No dejes que te afecte.

Miré a Madeline, sin saber cuándo apareció a mi lado. Estaba aturdida.

—No me afecta… Solo estoy sorprendida, eso es todo. —*¿Me afectaba?*

Me dirigió una mirada cómplice.

—No dejes que su error te afecte aquí arriba. —Se dio un golpecito en la sien—. Tú te encargas de esto.

Apreté los labios y asentí.

—No lo esperaba. —Reagan era buena. Era increíble en realidad, por eso cuando la vi cometer un error me sorprendí.

Las cejas de Madeline casi llegaron a su frente.

—No te das suficiente crédito. Eres igual de buena, Adrianna. Has recorrido un largo camino, lo has conseguido. Tengo plena fe en ti.

—Gracias —dije en voz baja. Madeline me dio una palmadita en el hombro y se alejó mientras Kova se acercaba. Me miró y abrió la boca. Justo antes que hablara, levanté una mano.

—¿Vas a volver a decir alguna mierda inspiradora?

Me dedicó una sonrisa mordaz y se me revolvió el estómago. Esos ojos verdes suyos me dejaron sin aliento. Conocía esa mirada. La mirada que podía influir en mí para hacer cualquier cosa que exigiera.

De entre todos los momentos para mantener el tacto y la discreción, Kova estaba en plena exhibición. Un recuerdo pasó por mi mente. Kova me había dicho una vez que le gustaba la emoción que le producía nuestra relación estrictamente prohibida. Le hacía sentirse vivo.

Sacudió la cabeza, su sonrisa seguía pegada a su bello rostro.

—Solo voy a recordarte que te arriesgues. Sé cómo te sientes respecto a lo que sucedió, pero si dejas de lado todo lo negativo, todo lo positivo te sorprenderá. Confía en mí. Está ahí.

Empezaba a pensar que Kova tenía más fe en mí que cualquier otra persona viva, incluidos mis padres y yo misma. Era una sensación sorprendente.

Miró por encima de su hombro, mi turno se acercaba rápidamente.

—¿Cinta bien? —preguntó. Levanté la pierna y me giré para mostrarle la parte posterior de la pantorrilla.

—Bien. *Da-vai.*

Como no reveló el significado de la palabra que pronunció en ruso, le pregunté:

—Significa vamos o déjanos ir —dijo, usando sus manos para hablar.

—¿Vamos, o nos vamos? Como no usas contracciones voy a suponer que es vamos

Sonrió.

—Vamos.

Algún día le enseñaría a Kova a usar contracciones. Pero no hoy.

Exhalando una profunda respiración, subí al podio y caminé con los dedos de los pies en punta hacia la viga. Aclaré mi mente y tragué saliva. Una vez que me dieron el visto bueno, saludé a los jueces y me concentré en el aparato. Mi mente se centró estrictamente en mi rutina.

Lo conseguí.

Montada en el trozo de madera de diez centímetros, me mantuve fría y equilibrada mientras fluía con confianza en cada habilidad. La viga se tambaleó ligeramente debajo de mí, pero como mantuve mi control intacto, estaba más que bien.

De pie en el extremo de la viga de equilibrio, levanté los brazos y los aplané hasta las orejas. Una de las ventajas de ser bajita en este deporte era que podía encajar mucho en la viga de equilibrio en cuanto a las combinaciones, lo que significaba que podía añadir un salto o una voltereta al final de la combinación para obtener puntos extra. Con la atención puesta en los dedos de los pies, me senté y ejecuté la secuencia requerida para este nivel: salto de manos hacia atrás, disposición hacia atrás y salida hacia atrás.

Aterricé sin siquiera comprobar el equilibrio y me deslicé sin esfuerzo hacia las destrezas de baile obligatorias sin dejar de ser ligera y fluida. Ágil. Tranquila y segura. Me aseguré de alcanzar la marca de ciento ochenta grados en mi split para recibir el máximo de puntos. Había realizado innumerables saltos en el split como acondicionamiento, y afortunadamente la flexibilidad que Kova fue capaz de crear en mis caderas este último año me ayudó enormemente.

Alargando los brazos hacia los lados, controlé mi respiración para prepararme para el dismount. La rutina de la viga de equilibrio era rápida, no más de noventa segundos como máximo.

Hice un sashaying y luego levanté una pierna hacia adelante, convirtiéndome inmediatamente en un salto de cambio, un pike de ganancia y luego un giro de pivot en menos de un par de segundos. Con los brazos en alto, miré al final de la barra de equilibrio, respiré profundamente y exhalé. Al hacer un salto hacia atrás, completé mi dismount con una doble voltereta hacia atrás, con los dos pies juntos y clavando mi aterrizaje.

Ansiosa, esperé a los jueces. Sabía que me había clasificado por las pruebas anteriores, pero ver los números era lo que lo hacía válido. Los segundos se convirtieron en minutos y en lo que parecían horas.

Me quité la cinta deportiva mientras esperaba y me puse el chándal. Bebí agua, me arreglé la coleta, traté de encontrar cualquier cosa que me mantuviera ocupada para calmar mis nervios.

Escuché la euforia de mis entrenadores y compañeros de equipo antes de ver el marcador. Miré la pizarra y una enorme sonrisa se dibujó en mi rostro.

Me había clasificado para la Obligatoria con gran éxito, e incluso había ganado algunas medallas para mí y para el equipo.

Yo. Había. Clasificado. Para. La. Obligatoria.

Santa. Mierda.

La sensación interior, la alegría, la pura emoción y la satisfacción de ver que lo había hecho, era demasiado para explicar. Mi equipo y mis entrenadores se abalanzaron sobre mí para felicitarme. El duro trabajo, las agotadoras y exigentes horas, habían dado sus frutos y no podía estar más feliz.

Una vez superada la mitad de la competición, lo único que tenía que hacer era repetirla, pero con otras rutinas. Entonces, sería oficialmente de élite.

Podía hacerlo. Solo tenía que asegurarme de contener las lágrimas de emoción hasta que todo terminara.



Capítulo 43

Cuando algo es demasiado bueno para ser verdad, normalmente lo es.

Fue mucho más tarde cuando empecé a comprobar los Opcionales. Tres pruebas menos, me quedaba una. Por alguna razón, esta vez no podía dejar de mirar el marcador, y la sensación molesta en mis entrañas persistía con cada minuto que pasaba.

Malditos nervios. Me temblaban las manos y tenía un fuerte dolor de cabeza, provocado por mí misma. Mi ansiedad estaba por las nubes.

Mis calificaciones habían sido buenas, estaban donde las necesitaba, solo que no eran increíbles como había esperado. Me esforzaba por ser mejor, la mejor, pero estaba demasiada cerca de la línea que separa la clasificación de la no clasificación. A un golpe de equilibrio que todo se deslizara.

Me di cuenta que lo mejor de mí no era suficiente para mí. Y el miedo a eso, a no ser nunca suficiente, era tan fuerte como siempre. Tomó el control de mis emociones y comencé a repasar los eventos que ya había completado, preguntándome si había dado todo lo que creía.

Solté un profundo suspiro crítico.

—Pude haber hecho más.

—¿Podrías haberlo hecho? ¿Haber hecho realmente más?

Me quedé mirando el suelo, mi próximo y último evento, contemplando sus palabras.

—Creo que sí. Todo el mundo podría hacer más.

—No te estás dando crédito. Tus rutinas son mucho más difíciles esta vez, lo que significa más deductions —dijo Kova al ver la expresión de preocupación en mi rostro—. No es fácil.

Lo único que pude hacer fue mirarlo con los labios planos.

Su voz se volvió severa.

—Estás dejando que el miedo se burle de ti, Adrianna. No dejes que te gane. —Hizo una pausa—. ¿De dónde viene esto, de todos modos?

No dije nada. No estaba segura de dónde venían mis sentimientos.

Kova negó con la cabeza.

—Si todavía te sientes así cuando todo esto termine, entonces cuando entres en el entrenamiento el lunes por la mañana lo compensas. Dame todo lo que tienes, y yo lo tomaré y más. Te prometo que te tomaré por todo lo que vales, pero no dejes que tus emociones se eleven tanto que lo pierdas todo en una rutina de noventa segundos. Ese miedo te hará fracasar. No falles.

Le dirigí un largo parpadeo.

—*Creo en ti* —susurró en voz baja, solo para mis oídos.

El rabillo de sus ojos se arrugó, y la franqueza me estremeció. Lo decía en serio. Se llevó la mano al pecho y volvió a decir:

—*Creo en ti.* —Sus mejillas se volvieron ligeramente escarlatas y su boca se tensó.

Su declaración, la fe que acompañaba a cada palabra, su eterna devoción por mí y por el deporte. Todo estaba ahí. Me dio escalofríos tener a alguien en mi esquina apoyándome de la forma en que él lo hacía.

No estaba segura de lo que había pasado, pero algo en mi interior cambió. El miedo que había consumido mi atención como una nube brumosa que amenazaba con asfixiarme se levantó en el aire y se disolvió. Se escabulló ante el sonido de la convicción, la confianza demasiado fuerte para ser retenida. Me tragué mis emociones y asentí, afirmando a qué, no estaba segura, pero estando de acuerdo con lo que fuera que él estaba posponiendo.

Confiaba en él más de lo que creía.

—Sacúdelo —dijo suavemente. Kova me agarró de los hombros y los masajeó, tratando que me soltara. Solté una respiración extremadamente larga y llena de tensión.

—Bien. Ahora sal y enséñame lo que tienes. No me he pasado todo ese tiempo moldeándote para convertirte en la gimnasta perfecta para nada.

Le dirigí una mirada divertida.

—Qué manera de arruinar el momento, Kova.

Se rio ligeramente y yo sonreí.

Le mostré todo. Y me aseguré de darlo todo, más de lo que sentía que había hecho con mis últimas tres rutinas, para no tener ningún remordimiento. La pantorrilla me palpitaba dolorosamente hasta el punto de temer que me hubiera desgarrado algo, pero me lo sacudí y lo ignoré. Empujé y empujé, y cuando en la pantalla grande apareció mi puntuación final, la puntuación combinada de las dos series de rutinas que necesitaba para hacer la prueba de élite, un pequeño grito salió de mis labios separados.

Congelada. Aturdida. Atónita.

Me quedé sin palabras mientras miraba los números, haciendo rápidamente los cálculos en mi cabeza para asegurarme que eran correctos. Las risas alegres estallaron a mi alrededor, pero no pude escucharlas. Madeline me abrazó con fuerza y me frotó la espalda. Me hablaba, pero seguía sin poder oír sus palabras a pesar de lo cerca que estaba, solo podía ver el movimiento de sus labios. Una sonrisa amistosa me arrancó la boca por el contagio de su emoción. Se giró al oír su nombre y se alejó.

Frenética pero silenciosa, me quedé allí hasta que los brazos de otra persona me levantaron.

Kova.

—¿Ves lo que pasa cuando dejas de lado el miedo?

No dije nada. Me limité a aspirar su aroma, que me recordaba a la canela y al calor, y rodeé sus hombros con mis brazos. Dejé caer mi cabeza en la curva de su cuello y sonreí contra él.

—Tú ganas, *Malysh. Tú ganas*. —Sus labios me rozaron el cuello y me asusté ligeramente, ya que estábamos en público—. Has perseverado con un propósito y has dejado que tu pasión brille. Esto es solo el comienzo de pequeñas victorias que te llevarán a grandes sueños. Triunfa por encima de todo.

Kova me bajó al suelo. Me quedé ante él, mirándolo a los ojos, estudiando su rostro. Apreciando todo lo que había hecho por mí. Mi corazón se ablandó en torno a sus palabras. Mis manos subieron y me cubrieron la boca mientras

empezaba a asimilarlo. Las lágrimas quemaron mis ojos frenéticos. *¡Califiqué a la élite!*

—Lo hicimos. —Mi voz se quebró. Un escalofrío me recorrió la piel y agaché la cabeza. Casi lloré.

—No. *Tú* lo hiciste. Tú.

—Pero no podría haberlo hecho sin ti.

Si él no me hubiera dado el valor que necesitaba tan desesperadamente justo antes de salir a la calle, tenía la sensación que no estaríamos teniendo la misma conversación ahora.

Es en este momento cuando me doy cuenta de lo mucho que dependía... y confiaba... en él.

Se encogió de hombros hacia mí.

—Semántica.

Señaló el marcador sobre mi cabeza y sonrió. Kova estaba extasiado, y eso me hizo gracia.

—¿Quieres sacarle una foto? —preguntó bromeando. Todavía no me lo podía creer.

Un año de entrenamientos exigentes, días llenos de frustración y lágrimas, sudor y sangre, y *por fin* lo había conseguido.

Había estado tan cerca de salirme de los límites. Casi lo perdí todo porque tuve un momento de incertidumbre y dudé de mí misma.

Pero Kova me trajo de vuelta. Me centró y ayudó a hacer realidad mi sueño, porque creía en mí.

Le debía tanto.

Capítulo 44

Mi gloria duró poco.

También mi energía.

Después del encuentro, estaba llena de adrenalina y emoción, y mi cuerpo estaba insensible a todo. Me sentía como si pudiera caminar sobre el agua y dormir durante cincuenta horas.

El resto de la noche se difuminó. Después de cenar con mis padres, nos retiramos a su enorme suite en el último piso, digna de la realeza. Papá y Kova hablaron mientras tomaban copas de bourbon y vodka, mientras yo me quedaba bajo el escrutinio de mi mamá en la sala de estar que daba a la ciudad. Las roncas risas y la sabiduría clandestina se esparcían de forma innata por la suite. Dos amigos conversando profundamente, poniéndose al día. Durante más de la mitad del tiempo, miré por la ventana, absorta por los colores parpadeantes que iluminaban el horizonte. Las luces intermitentes brillaban como ascuas ardientes, y me preguntaba a dónde iba la gente con tanta prisa.

Podría quedarme mirando toda la noche. Era mucho más bonito en la oscuridad.

Sorprendentemente, no fue tan malo como esperaba. Mamá estaba... eufórica por mí. Y no estaba segura de cómo responder a eso. Quería hacerla feliz, que se sintiera orgullosa de mí y de mis logros, pero cada vez que me abría a su calor siempre parecía volverse en mi contra.

Suspiré en silencio. Lo único que podía hacer era intentarlo.

—Sé que faltan meses, pero ¿tienes tiempo libre durante la temporada de competiciones? Estoy tratando de planear un almuerzo de Pascua y me gustaría mucho que pudieras estar allí. Si no, no te preocupes.

—Estoy segura que podría hacerlo, aunque sea por un día.

Saqué mi móvil y abrí mi calendario. Sabía que tenía muchos encuentros programados, pero no sabía las fechas exactas.

Me quedé mirando el teléfono, confundida.

—Parece que no tengo ninguna en… —Se me cortó la voz. Miré a Kova, que me percibió casi inmediatamente. Nuestras miradas se cruzaron.

—¿Qué pasa? —preguntó, interrumpiendo a mi papá.

Levanté mi teléfono como si pudiera ver la pantalla.

—¿No tenemos ningún encuentro en Semana Santa?

—Tu teléfono está sincronizado con el calendario. Está actualizado.

Volví a mirar la pantalla. No vi nada. Kova dejó su vaso de cristal vacío, se levantó y se acercó a mí. Se inclinó sobre mi hombro y apoyó los antebrazos detrás de mí en el reposacabezas. Con un gesto de la mano, pidió en silencio el teléfono y vio las fechas conmigo.

Su pulgar deslizó la pantalla hacia arriba y hacia abajo, su aliento fresco y suave raspó suavemente contra mi mejilla.

—Parece que tienes tiempo libre, lo cual es bueno ya que tenemos los Mundiales y la Champions los dos meses siguientes.

Kova y yo nos dejamos llevar por un ligero intercambio de opiniones sobre la gimnasia. Él se acercó y yo me incliné hacia él, con nuestros cuerpos abiertos y acogedores. Hablamos en voz baja durante unos instantes sobre mi entrenamiento de ese mes, mis padres olvidados hasta que oí el ruido de un vaso en la encimera.

Ambos levantamos la vista por el sonido y encontramos a mi madre mirándonos. Sus ojos se llenaron de desdén cuando se dirigieron a Kova y luego a mí, donde se quedaron.

Se me hizo un nudo en la garganta. Habíamos bajado la guardia durante una fracción de segundo. Era imposible que se perdiera la armonía natural que había entre nosotros.

Volvimos a la conversación. Mi corazón se aceleró y me mantuve rígida como una estatua mientras Kova hablaba. Había estado bajo el examen de mi mamá demasiadas veces en el pasado como para ignorar sus ojos inquisitivos. Su mirada abrasaba mi impecable piel con preguntas incomprensibles. Mientras papá se fijaba en su teléfono, mi mamá seguía

mirándonos con fijeza. Tragué con fuerza y miré a Kova, haciendo lo posible por dirigirle una mirada de conocimiento, una mirada que le había dirigido en el pasado y que le insinuaba discretamente que se apartara y frenara. Se dio cuenta de inmediato.

Kova se rascó la nuca y se puso en pie, aclarándose la garganta.

—¿Siempre eres tan íntimo con todas tus gimnastas? —preguntó mamá como si estuviera preguntando por el tiempo.

Todo el color se drenó de mi rostro.

—¡Mamá!

—Joy. —Papá frunció el ceño de forma grave y profunda. Una advertencia.

Nos ignoró a los dos, sus ojos se clavaron en Kova con fuerza.

—Refréscame la memoria, Konstantin, ¿cuántas horas a la semana entrenan los dos juntos?

Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones de vestir planchados. Hombros relajados, ni una preocupación en su rostro.

—Cerca de cincuenta horas. Más o menos.

—Eh, sí. —Ella inclinó ligeramente la cabeza—. Eso es mucho tiempo para estar juntos a solas, ¿no estás de acuerdo, Frank?

Mi corazón se aceleró tan fuerte y rápido que sentí cada pulso de mi cuerpo golpeando contra mis venas, el rápido latido en mis oídos tan fuerte que era todo lo que podía escuchar.

—Si prestaras más atención a tu hija que a tus casos de caridad, verías que eso lleva ya un año. Está claro que ha dado sus frutos. Adrianna lo hizo excelente. Superó nuestras expectativas.

Si pudiera reunir una sonrisa.

Kova añadió:

—No soy el único que entrena con Adrianna. La entrenadora Madeline también lo hace. Rotamos a las gimnastas entre nosotros toda la semana.

—Qué conveniente —respondió mamá, dando un sorbo a su vino. Sus ojos no se habían apartado de los de Kova e ignoró por completo la burla que hizo papá.

Casi me muero, pero por suerte, Kova fue rápido.

—Sí, rotamos a las chicas para que no se acostumbren demasiado a nuestros métodos de entrenamiento, de lo contrario sería inútil para todos. Todas entrenan el mismo número de horas, *juntos*.

Una mentira.

—Ana es una *chica* impresionante, ¿verdad? —Afirmó mamá, sin hacer ninguna pregunta. Kova se negó a responder—. Sabes, después de la fiesta de Nochevieja, mi ama de llaves encontró un abrigo deportivo en el balcón de su habitación. No parecía de Xavier…

No hubo forma de detener mi reacción. Mis ojos se abrieron ampliamente y la sangre se escurrió de mi rostro. Mi memoria se remontó a esa noche y traté de recordar algo sobre un abrigo… y me golpeó. Kova se había quitado el abrigo aquella noche para ponérmelo sobre los hombros y así mantenerme caliente. No recordaba que lo hubiera dejado hasta ahora.

—Era de Hayden —dije rápidamente—. Dijo que lo había extraviado. Se alegrará de saber que lo han encontrado.

—Eso es interesante. —Dio un sorbo a su vino con ojos cómplices y una sonrisa tan astuta que me moví en mi silla. Estaba ocultando algo. Sabía que lo hacía.

—¿A dónde quieres llegar, Joy? —Papá cruzó la pierna delante de la otra. Su curiosidad despertó, pero la molestia prevaleció más que nada.

—Nada. Simplemente observo lo hermosa que es tu hija. —Su voz melosa goteaba suspicacia. Los ojos de mamá bajaron a los míos. Sabía que no debía apartar la mirada, pues gritaría culpabilidad, y me propuse no vacilar mientras me ponía en el punto de mira.

Tal vez fui demasiado buena, porque capté un brillo de algo en sus ojos antes que los apartara rápidamente.

Tragué con fuerza y fingí agotamiento con un bostezo. Me puse de pie, pero lo hice demasiado rápido y cojeé, jadeando de dolor. Cerré los ojos y los apreté. Un tirón de calor me sacudió la pierna. *Mierda.* Hice una mueca, agarrándome a la silla.

—¿Está todo bien? —preguntó Kova. Me sujetó con cautela el bíceps para mantener el equilibrio.

—Sí —grité a través del dolor que sin duda estaba conectado a mi Aquiles. Me puse de pie con la rodilla doblada—. Mis músculos están un poco tensos ahora mismo. Eso es todo.

Los ojos de Kova se entrecerraron.

—Hmmm. Cuando volvamos a la ciudad, asegúrate de ver a tu médico.

Las arrugas se formaron alrededor de mis arcos.

—¿Por qué? Estoy bien.

—No me gusta la forma en que estás de pie. Es evidente que estás incómoda.

—Deberías escuchar a tu entrenador —añadió papá—. Él sabe de lo que habla.

—Sí. —Mamá arrastró el sonido de la I—. Escucha a tu entrenador —terminó con una voz cargada de sarcasmo.

Me burlé.

—Kova, estoy bien. Solo estoy dolorida.

Poniéndose de rodillas, me ordenó que me sentara. Tomó mi pie entre sus manos y masajeó mi lesión anterior mientras mamá miraba. Mi estómago se contrajo por la incomodidad, pero me mantuve quieta, con los labios en una línea firme y el rostro neutro cuando Kova levantó la mirada cuando me apretó la parte posterior del tobillo.

Le dirigí mi mejor mirada de “no pasa nada” mientras me mordía el interior del labio y me moría por dentro.

Su tacto era ligero, tierno, y aún así me hizo sangre. Volvió a apretar, y fue el mismo escozor que sentí en la columna vertebral cuando terminé mi primera voltereta en el suelo. Tragué con fuerza y lo miré fijamente a los ojos, esperando demostrarle que no había nada malo. No podía permitirme otro contratiempo, sobre todo después de la prueba de élite. Pensé que algo se había roto en la parte posterior de mi tobillo, pero necesitaba asombrar a los jueces con mi rutina de suelo, así que perseveré y me esforcé más que nunca. Al final, me olvidé de eso.

Era el mismo evento del que me habló Kova. En el que descubrí que era feroz y fuerte y que tenía que dejar que mi pasión ardiera para que todos la vieran.

—Llevo mucho tiempo haciendo esto, Ri... Adrianna. Reconozco una lesión cuando la veo.

Mi corazón se hundió y no me atreví a mirar en dirección a mi mamá. Estuvo a punto de resbalarse.

—Ahí no hay nada —insistí.

—¿Tienes que ver a tu médico pronto? —preguntó papá, con los ojos apenas despegados de su teléfono.

Asentí.

—Sí.

—Bien. Asegúrate que te revisen el pie cuando estés allí —dijo.

El pie. Hice una mueca. En realidad era la parte posterior de mi tobillo y la pantorrilla, pero a quién le importa.

Kova me puso el pie en el suelo y dejé escapar un silencioso suspiro de dolor. Me miró, pero yo disimulé el terror de mis ojos y sonreí. Volvió a sentarse y entabló una conversación mundana con papá, mientras los ojos de mi mamá se clavaban en mí como una gata en celo mientras sorbía su vino.

Una piedra me pesaba en el estómago. Había algo muy malo en mi pierna que me dejaba en pánico. Pero lo que es peor, la mirada de mi mamá me sacudió hasta la médula. Sabía en mis entrañas que estaba tramando algo. Si pudiera ver lo que tenía bajo la manga de Chanel.

Capítulo 45

Me había despertado de mal humor.

Cansada y dolorida, me arrastré fuera de la cama como una anciana de noventa años que necesita un andador. Los ojos hinchados hacían juego con mi tobillo hinchado. Era un disco rayado que se repetía todos los malditos días y me estaba hartando de mis propios pensamientos.

Entre intentar concertar dos citas diferentes con dos médicos distintos... un especialista, un médico... perderme conduciendo, casi atropellar a una tortuga por haber divisado un maldito caimán a un lado de la carretera, esperar durante horas para ver a los médicos, y prueba tras prueba, estaba dispuesta a dar por terminado el día.

Lo único que me salvó de perderla fue una botella de Motrin y el café más fuerte que ofrecía Starbucks más dos tragos extra de espresso.

Un plato de penne al vodka[11] también habría estado bien. Pero no me atreví.

El resultado de ambos médicos había sido una mierda. Otro día, otro obstáculo.

Al llegar a World Cup, salí con cuidado de la camioneta y apliqué presión a mi pierna buena, algo que el médico había desaconsejado. La presión y el peso añadidos podrían acabar provocando un desgarro también en ese lado.

Con las llaves y el celular en una mano, abrí la puerta de cristal y entré cojeando en el gimnasio con el rostro fruncido y sin ganas de joder. Estaba más que enfadada por haberme vuelto a lesionar. La frustración se disipó poco a poco al inhalar el aroma calcáreo y polvoriento que impregnaba el aire.

[11] Penne al vodka. Es un plato de pasta hecho con vodka y pasta penne, generalmente hecho con crema espesa, tomates triturados, cebollas y, a veces, salchichas, panceta o guisantes.

Atesoraba ese aroma y este lugar. Era mi hogar, donde se suponía que debía estar, pero una vez más sentía que me lo arrancaban de las manos, y haría cualquier cosa por aferrarme a él.

La última vez que vine a ver a Kova después de una cita con el médico, me puse un vestido verde elegido pensando en él. Esta vez llevaba unos pantalones cortos azul marino, una camiseta gráfica básica de Target y unas Converse gris piedra. Mis cabellos castaños estaban recogidos en un moño desordenado. No estaba de humor para ninguna travesura.

Vi a Kova a través de la ventana de cristal del vestíbulo, donde estaba entrenando el equipo masculino. Capté a Hayden en lo alto, en medio de la celebración de una habilidad en los anillos. Sus tríceps temblaban, su rostro estaba tan rojo como una boca de incendios, pero eso no le impidió sonreírme. Un poco más de mi irritación se desvaneció.

Kova miró por encima de su hombro y levantó un dedo índice. Desde mi punto de vista, podía ver las ojeras. Parecía cansado. La idea de cómo mi lesión me afectaría no solo a mí, sino también a él, inundó mi mente. Ha dedicado tanto tiempo y trabajo a mí, que no quería defraudar a ninguno de los dos. Asintiendo, me di la vuelta y me dirigí a su oficina. El dolor de mi tobillo se redujo a un sordo silencio y me dejé caer en una de sus sillas con un suspiro exasperado. Estaba pensando demasiado en esto y necesitaba parar. Mi cabeza se echó hacia atrás y cerré los ojos, el cansancio volvía a invadirme. Junté los dedos sobre mi estómago y esperé.

Al cabo de unos minutos, oí unos pasos que se acercaban por el pasillo.

—Ria.

Abrí los ojos y mi corazón dio un pequeño y odioso salto. Debería haberle dicho que dejara de llamarme con el apodo que me había puesto, pero no pude encontrarlo en mi corazón. Solo me gustaba cómo sonaba en sus labios.

Mis ojos se centraron inmediatamente en sus tonificados brazos. Sus músculos se flexionaban mientras caminaba alrededor del escritorio, girando en una espiral hacia abajo como poderosas cuerdas doradas. Quise alargar la mano y trazarlos con mis dedos desde las curvas de sus hombros hasta sus muñecas. Cubierto de polvo blanco, llevaba una camiseta sin mangas con sus previsibles pantalones cortos de baloncesto. Incluso su gorra al revés tenía tiza. El aire se apoderó de mis pulmones, un pequeño nudo se aprisionó en la parte posterior de mi garganta. Me sentía muy atraída por él, como un imán dispuesto a chocar con su contraparte.

Kova se pasó una mano cansada por el rostro.

—Ruego que tengas buenas noticias para mí.

Me senté recta y me aclaré la garganta.

—La buena noticia es que tengo pequeños desgarros en el Aquiles un poco más grandes que la última vez —dije con sarcasmo. Se sentó con cara de piedra, sin impresionarse por lo que yo consideraba una buena noticia, pero necesitaba algo que me ayudara a superar este obstáculo al que me enfrentaba de repente—. La resonancia magnética no mostró una rotura completa, lo que en realidad sorprendió al médico. Estaba seguro que me la había roto por completo. Por extraño que parezca, concluyó que tengo una articulación de tobillo anormal. Al parecer, he estado compensando un lado. ¿Quién lo diría? Mi pie tiene menos de diez grados de flexión debido a los huesos del tobillo, por lo que mi Aquiles se lleva la peor parte de los aterrizajes. La zona que rodea mi Aquiles, la bursa, se infla y aprieta el Aquiles, que es de donde viene el dolor. Así que me van a poner inyecciones de plasma rico en plaquetas —dije despacio, intentando asegurarme que lo entendía bien—. Para favorecer una rápida curación y luego me van a aplicar la técnica Grayson. Insistió en que hiciera reposo durante varias semanas, pero le dije que eso no era una opción. —Hice una pausa para mirar a Kova, bajando un poco la cabeza para reforzar mis siguientes palabras—. *Porque no es una opción, Kova.* Sé que debo ir con calma cuando me acondicione y entrene, pero ya veremos. Me dijo que con el PRP[12] debería empezar a ver signos de aumento de la función dentro de cuatro a seis semanas, siempre y cuando no haga ninguna actividad física extra agresiva, sino la terapia física que se establezca a través de mi médico —Añado el extra allí.

—Técnica Graston.

Maldita sea. Sabía que me había equivocado de nombre.

—Tomato, tomahto[13].

—¿Dijo tu médico cuántas inyecciones?

—Cuatro. Como mucho, seis. Pero dijo que solo el tiempo lo dirá.

—Y cómo…

—¡Oh! Y dijo que nada de antiinflamatorios, pase lo que pase. Eso es un fastidio teniendo en cuenta que el Motrin forma parte de mi grupo alimenticio.

---

[12] PRP. Tratamiento llamado Plasma Rico en Plaquetas.
[13] Tomato, tomahto. Un dicho que se refiere a una diferencia entre dos opiniones que es tan pequeña que no importa.

Kova me miró con ironía.

—Soy muy consciente de eso. ¿Y con qué frecuencia debe realizarse el Blading?

Mis cejas se fruncieron.

—¿Blading?

—Sí —suspiró—. Blading es un apodo para la Técnica Graston, Adrianna. —Permanecí en silencio mientras él continuaba—. Te pasan una barra de acero por el Aquiles para alisarlo. —Sus cejas se alzaron y movió las manos de un lado a otro como si estuviera extendiendo la masa, exhibiendo cómo se haría—. Suele hacerse para evitar la hinchazón y la inmovilidad. —Se quedó mirando mi rostro inexpresivo—. Es una forma más extrema de masaje, por así decirlo.

No moví ni un músculo. Y sin apenas mover los labios, dije con desparpajo:

—No me ha explicado esa parte. Tendré que averiguarlo cuando vuelva para la PRP. —El Blanding no sonaba divertido. Sonaba a tortura.

—¿Quién es tu médico?

Le dije el nombre de la oficina mientras se inclinaba y abría uno de los cajones de su escritorio. Sacó una carpeta de manila y la abrió, hojeando las páginas del interior.

—¿Qué estás haciendo?

—Ah, así que tenía razón —dijo, leyendo el papel en su mano—. En esta oficina tienen entrenadores que van a los clubes deportivos de la zona y trabajan con atletas con lesiones para que no tengan que salir del gimnasio. El Blanding solo lleva unos diez minutos o así, esto es perfecto si lo necesitas unas cuantas veces a la semana.

Hice una mueca, luchando contra un giro de ojos.

—Genial. Suena muy divertido.

Kova me miró.

—No es tu primer rodeo, ¿recuerdas? Puedes hacerlo.

Se me escapó una risita, no pude evitarlo. Oír a Kova usar mi frase era divertido, ya que salía de su boca rusa con tanta rigidez. Como si estuviera probando la palabra.

—¿Qué? —Una suave sonrisa se dibujó en sus labios y odié que me afectara—. ¿Lo he dicho mal?

—No, es que suena raro viniendo de ti.

Kova se puso de pie y dejó el papel en el escritorio antes de rodearlo para colocarse frente a mí. Dejó caer sus caderas en la parte superior y se inclinó. Juntó las manos delante de él y bajó la voz al decir:

—Saldremos de esta, lo prometo. Es malo, pero podría haber sido peor. Lo único bueno que tienes a tu favor ahora mismo es que no tienes que entrenar para nada nuevo, simplemente iremos un poco más ligeros.

—No quiero eso —respondí rápidamente. Sabía que iba a decir eso por la mirada que tenía. Kova ladeó la cabeza y me miró. Mi corazón se aceleró mientras mis emociones saltaban por todas partes como chispas deshilachadas. Me levanté y me acerqué a él para que estuviéramos frente a frente.

—No voy a volver a hacer esta canción y este baile contigo, Kova. Estoy tan cerca de conseguir lo que quiero. Puedo saborearlo. Necesito ir con fuerza y voy a hacer lo que sea necesario, así que no esperes que vaya a la ligera. El momento es ahora. —Tragué con fuerza, luchando contra las lágrimas que amenazaban con salir—. Solo tengo un momento —dije suavemente—. El momento es ahora.

El rostro de Kova permaneció neutral.

—Estoy tratando de hacer lo correcto para ti. Quisiera empujar y hacer que trabajes a través de la lesión, el dolor y la hinchazón, actuar como si no estuviera allí, hacer que te levantes y te lo quites de encima cada vez que te vea cojear. —Levantó la mano, apartó un mechón de cabello y lo colocó detrás de mi oreja. Su voz bajó hasta convertirse en un susurro agrietado—. Pero no quiero hacerlo porque me importas, y si te lesionas más, sería catastrófico, para los dos. —Sus ojos bajaron a mi boca—. Es difícil luchar contra ti por querer algo tan malo. Siento lo que tú estás sintiendo, ese hambre dentro de ti que nunca se satisface… —Sus ojos eran suaves cuando volvieron a encontrarse con los míos—. Lo entiendo. Estás tan cerca y a la vez tan lejos que si te dejas llevar, aunque sea por una fracción de segundo, sentirás que se ha ido para siempre.

Asentí apresuradamente, alegrándome por el hecho que realmente entendiera mi punto de vista. Intenté no sonreír de oreja a oreja. Por eso congeniamos tan bien. Él, más que nadie, entendía mi impulso y mi determinación. La necesidad de triunfar en el deporte, no solo porque quería estar en la cima, sino porque lo ansiaba, lo anhelaba.

—Una vez estuve en tu lugar —continuó Kova—. Entiendo lo que te pasa. Lo que vamos a hacer es afianzar algunas cosas y un poco de acondicionamiento. Nada de pases de volteretas por ahora, ni de salto. Primero vamos a empezar el tratamiento para que tu Aquiles empiece a curarse lo mejor posible. Estás ahí, Ria, tus rutinas son sólidas. —Kova hizo una pausa—. Estás ahí. —Kova me agarró los bíceps y me dio una pequeña sacudida. Me temblaron las piernas, casi me rendí al escuchar por fin las palabras por las que había rezado desde que llegué a World Cup—. Quedar en primer lugar en el encuentro fue enorme. Todos los ojos están puestos en ti ahora mismo. ¿Y sabes cómo lo sé? Porque ya he recibido una llamada tras otra preguntándome quién eres y de dónde vienes. No te equivoques, esos pequeños desgarros son extremadamente peligrosos. Seremos inteligentes al respecto, pero no vamos a parar.

—¿Recibiste llamadas sobre mí?

Asintió, ocultando una sonrisa.

—¿Qué dijeron? —pregunté emocionada.

—Nada de lo que tengas que preocuparte ahora mismo.

—¡Kova! Cuéntame. —Me puse de puntillas con ansiedad—. ¡Solo dame algo!

—Solo unos colegas que preguntan en qué encuentros estarás. Estaban impresionados contigo y decían que esperaban verte en los nacionales.

Mis ojos se abrieron ampliamente. Los nacionales eran encuentros para los que tenía que clasificarme, y los más importantes. Tenía que ser una de las ocho mejores en mi división de edad. No era una hazaña fácil, pero me hacía feliz y me daba muchas esperanzas. Una estúpida sonrisa se dibujó en mi rostro. ¿Nacionales? Ni siquiera podía imaginarlo. Es decir, sí podía, pero que sus amigos llamaran para hablar de mí y hacer ese comentario era estimulante.

—Recuerda que a los nacionales van los entrenadores de las universidades a reclutar —dijo.

Asentí de forma vacilante. Puede que se me haya olvidado.

—No te preocupes. Tenemos un poco de tiempo antes de eso. —Levantó una mano antes que pudiera decir otra palabra—. Sé que la universidad no está en tu mente, pero aún así quiero que estés bien informada de todas tus oportunidades tanto como puedas.

Sin pensarlo, rodeé sus hombros con mis brazos y dejé caer mi rostro en la curva de su cuello. Sus palabras me llenaron el corazón mientras me inclinaba entre sus caderas. Kova me rodeó con sus brazos la parte baja de la espalda y me estrechó contra él. Suspiró en mi cuello. Su confianza en mí me llenó de proporciones épicas. Necesitaba eso, necesitaba sentir que podía hacer cualquier cosa y que él me respaldaba.

Las lágrimas brotaron de mis ojos mientras lloraba y le agradecía repetidamente. Sus palabras eran música para mis oídos. Estaba petrificada y enfadada cuando llegué aquí hoy, dispuesta a ir de frente. Temía que esta reunión fuera un déjà vu de nuevo y que me dijera que tendríamos que disminuir mis habilidades. Pero me sorprendió en muchos aspectos. No tenía ni idea que alguien se hubiera interesado por mí desde la competición.

La mano de Kova recorrió en círculos tranquilizadores mi espalda. Apoyó su rostro en el lado de mi cabeza y murmuró:

—Lo tienes, Ria. Concéntrate, pero sé inteligente. Estaré a tu lado en cada paso del camino. —Me dio un pequeño apretón y dejó caer un suave beso en mi sien. Mi cuerpo se calentó y empecé a recuperar el aliento cuando oí el chirrido de la puerta.

Me quedé helada, mi corazón se detuvo y aspiré un suspiro cuando la mano de Kova dejó de moverse. Su cuerpo se endureció contra el mío y, antes que pudiéramos movernos, la puerta se abrió de golpe.

—¿Qué... qué está pasando aquí?

Miré por encima de mi hombro y me encontré con los vivos ojos dorados y peridotos de Katja. Joder.

Kova se apartó. Una de sus manos se deslizó hasta mi cadera y su pulgar recorrió en pequeños círculos mi pelvis, solo para que yo lo sintiera y nadie lo viera.

Los ojos de Katja pasaron rápidamente de mí a Kova, la acusación en su mirada fue lo suficientemente fuerte como para dejarme sin palabras. Oh, Dios.

—Katja, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Kova mientras se ponía de pie y ponía un poco de distancia entre nosotros.

—¿Por qué los dos... estaban abrazados así? —Me miró fijamente como si fuera una cucaracha que quisiera pisar—. ¿Qué está pasando aquí, Kova? —Katja lo miró a él y luego volvió a mirarme a mí—. Es una niña —espetó, y yo palidecí.

—Soy consciente, Kat, pero no es lo que piensas.

—¿No es lo que pienso? Entonces, ¿qué demonios está pasando? ¿Por qué estaban abrazados como si fueran amantes?

Los ojos de Kova se oscurecieron y se movió como un rayo para ponerse delante de ella. Empezó a hablar en ruso, con palabras breves y cortadas, pero no había que ser muy inteligente para darse cuenta que estaba furioso. La tensión en la habitación era asfixiante, tanta hostilidad que era difícil respirar. De repente me sentí como una leprosa. Cada vez que Katja intentaba decir algo, él la interrumpía. Sus ojos se desviaban hacia mí, pero Kova chasqueaba los dedos y cada vez levantaba la voz. Ella dio un respingo, y yo hice rodar mi labio inferior entre los dientes mientras ella le devolvía la mirada con vergüenza en los ojos. La conversación se apagó y un silencio incómodo llenó la habitación por un momento.

—Como ves, Adrianna tiene una lesión.

Los ojos de Katja se dirigieron a mi pie que había sido envuelto en cinta adhesiva. Su mandíbula se movió. Sus mejillas se sonrojaron. Nunca había estado tan agradecida de tener esta lesión hasta ahora. La silla le había impedido ver mi pierna cuando entró.

Su tono cambió inmediatamente, pero había algo en sus ojos que no me convencía. Ojalá supiera lo que le dijo.

—Yo... no lo sabía. Me disculpo mucho.

—No pasa nada. Me emocioné un poco al pensar que mi carrera de gimnasia tendría que cambiar una vez más, y no podía soportar eso después de haber llegado tan lejos. —Mi voz tembló un poco.

—Kova ha mencionado lo mucho que has mejorado en el último año. De hecho, dice que eres su mejor gimnasta y ve grandes cosas para ti.

Mis labios se separaron y miré a Kova. La sangre se aceleró en mi corazón cuando nuestros ojos se conectaron. Su cuerpo estaba rígido, su boca era una línea firme y fina.

—Ahora, si me disculpas, te veré en la cena de esta noche, *Malysh*.

Malysh. Bajé los ojos.

Katja sonrió y se inclinó para darle un beso, y decidí que era mi señal para irme.

Agarrando mis llaves y mi celular, murmuré mi gratitud a Kova y que lo vería mañana para el entrenamiento. Hayden trató de llamar mi atención una vez que estuve en el vestíbulo, pero salí cojeando de allí tan rápido como pude. Lo último que quería ver era a Kova besando a Katja. O peor, escuchar su boca sorbiendo sobre su cuerpo.



Capítulo 46

Una semana después, estábamos en Charlotte, Carolina del Norte, y en otra competición.

Esta era un poco más pequeña, pero igual de importante que la anterior. Todos los encuentros de los tres meses siguientes eran cruciales. No solo para mi viaje a los Juegos Olímpicos, sino para quedar entre los primeros en cada uno de ellos.

Mi estómago se revolvía de ansiedad e impaciencia. Estaba muy emocionada, pero a la vez muy preocupada, llena de inquietud por mi futuro. Me jugaba mucho con una sola oportunidad para llegar allí. Lo quería todo ahora mismo, pero no era así.

Las cosas iban muy bien, mejor de lo que podía esperar. Había estado durmiendo mejor, los dolores de cabeza habían desaparecido y tenía mucho más aguante que de costumbre. Todo gracias a las inyecciones de vitaminas que me daba varias veces al día. El médico había ordenado una inyección una vez a la semana, pero pensé que era una vitamina y que no podía hacer daño tomar más. Creo que el estrés de las pruebas de élite había hecho mella en mi cuerpo, porque una vez que se me pasó eso, todo fue coser y cantar... en su mayor parte.

No había tenido el blading en mi Aquiles, gracias a Dios, ya que sonaba horrible, pero había tenido una inyección de esteroides justo en el tendón un día después, y ayudó tremendamente. La mayor parte del dolor y las molestias desaparecieron, pero sabía que no durarían para siempre.

El problema era encontrar a alguien que pudiera aplicarme la técnica Graston sin necesidad de una lista de espera. Había muy pocas personas capacitadas en mi zona que pudieran hacerlo cuando yo lo necesitaba. Es decir, inmediatamente.

Kova y Madeline eran entrenadores deportivos certificados. Los dos podían hacer la terapia en mi Aquiles, pero ambas requerían una formación adecuada primero. Era un curso especial que implicaba cuatro días completos de entrenamiento, dos fines de semana, más un examen de certificación.

Kova me dijo que se lo estaba planteando, pero que encontrar el tiempo para encajarlo en su agenda era una tarea totalmente distinta. Todo el tiempo libre me lo había dedicado por petición mía. Pero entonces se me ocurrió algo.

—¿Kova?

Kova se giró y me echó un vistazo. Pronto me tocaba la primera prueba de la competición.

—¿Todo bien? —preguntó, con la voz llena de preocupación.

Asentí.

—Estoy bien. Estaba pensando que, ya que tenemos otro encuentro en dos semanas, ¿por qué no nos saltamos el entrenamiento del próximo fin de semana para que puedas tomar la primera mitad de esa clase?

Los ojos de Kova bajaron a mi tobillo vendado y luego volvieron a los míos.

—¿Por qué? ¿Te duele ahora? ¿Qué pasa? ¿Qué necesitas que haga? —se apresuró a decir como si yo hubiera estado agonizando y gritando. Se dirigió hacia mí. Sonreí, mis ojos se ablandaron ante su angustia.

—Estoy bien. Solo estaba pensando en el futuro, eso es todo.

Sus rasgos volvieron a su sitio. De vuelta al entrenador Kova.

—Adrianna, déjame ocuparme de mi agenda. Concéntrate en ti, ¿sí?

Parpadeé.

—Estoy concentrada, pero estaba pensando en estos pequeños desgarros y en que no quiero empeorarlos. He estado leyendo mucho en Internet y se supone que el blading hace maravillas.

Kova me estudió. No tenía sentido. Sé que no lo tenía. Empujé y empujé, y discutí con Kova por no bajar el ritmo, a pesar de sus sugerencias. Sabía que si empeoraba sería una ruptura total y entonces podría despedirme de mi carrera como gimnasta. Quería ser audaz y valiente, pero era un corderito

que se metía con un animal más grande que yo. Iba a darlo todo y un poco más, pero todavía tenía que tener cuidado.

—Usa tu cerebro. Piensa en lo que estás haciendo, en lo que tienes que hacer, y hazlo. Tu cuerpo lo sabrá. Concéntrate en el momento y en ti mismo y nada más.

—Pero, Kova, sacas tiempo para ayudarme, así que quiero ayudarte si puedo. —Hice una pausa y miré hacia otro lado, ligeramente avergonzada—. Haces mucho por mí.

—Te lo agradezco. Y después de este fin de semana, lo solucionaremos. Pero por ahora, no debes pensar en nada más que en ti y en tus rutinas. Deja que yo me ocupe del resto. —Kova miró hacia arriba y por encima de mi cabeza, alguien había dicho su nombre—. Eres la siguiente en la rotación. Prepárate.

Asentí y di tres pasos antes que me detuviera. Miré hacia arriba y por encima de mi hombro, luego me di la vuelta, desconcertada.

—¿Sí?

—Hago mucho porque *disfruto* haciéndolo por ti, no porque *tenga* que hacerlo. —Levantó un dedo índice, con una ceja alzada—. Recuérdalo. Además, no te metas en Internet. Es una basura.

Una sonrisa de agradecimiento inclinó mis labios solo un poco, lo suficiente para que él lo viera. La tensión de mis hombros se relajó y me di la vuelta para prepararme para la bóveda, más que agradecida por tener a alguien como él en mi esquina.

Otra competición en los libros y yo estaba volando alto, hasta que Kova anunció que no estaría en la siguiente. Se me hizo un nudo en el estómago por un instante. Lo necesitaba allí conmigo, éramos un equipo, pero supuse

que había seguido mi consejo y que pensaba apuntarse a la clase para obtener la certificación.

Quedé en segundo lugar. El punto cero cero uno era la diferencia entre el primero y el segundo. Una milésima de fracción fue todo lo que necesité para bajar un escalón en el podio.

¿Esa fracción era siquiera algo visible para el ojo? Ojalá supiera dónde están mis deductions.

Era una mierda. Dios, apestaba a lo grande.

—Hola —dijo Madeline cuando vio mi rostro justo cuando estábamos a punto de subir al avión. Mis dos padres se habían saltado el encuentro, algo habitual en el mundo de la gimnasia, así que volé con mis entrenadores y mi equipo—. No seas tan dura contigo misma. Lo has intentado y eso es lo que importa. Lo has hecho fantástico, Adrianna. Este es tu segundo encuentro de élite y me has dejado boquiabierta por tu fuerza para prosperar bajo presión. Muchas chicas se dejan llevar por los nervios. Tú no lo haces y eso es lo que te diferencia.

Me acerqué la correa del bolso al cuello, agarrándola con fuerza. Sacudí la cabeza, aún molesta conmigo misma por haber perdido el primer puesto.

—Pero no me esforcé lo suficiente, si no, volvería a casa con una medalla de otro color.

—Eres nueva en este tipo de competición. Es gimnasia con esteroides. Lo que has hecho hasta ahora ha sido nada menos que impresionante. —Hizo una pausa—. ¿Cómo está tu pierna?

—Está bien. —Inclinó la cabeza y me miró como lo hacen tus padres cuando creen que les estás mintiendo. Intenté no sonreír, pero no pude evitarlo—. Está bien, de verdad. Me pusieron esa inyección de sangre, o como se llame, y he estado tomando las vitaminas y me ha ido muy bien desde entonces. De verdad.

—Muy bien. Avísame si necesitas algo, alguna vez.

Asentí y ella se adelantó, dejándome a solas con mis pensamientos. Kova había tenido razón aquella vez que dijo que la plata es el primer lugar de los perdedores.



"Quedar en segundo lugar es la peor sensación después que acabas de darlo todo. Hay ganadores y hay perdedores. Uno juega a un deporte para ganar, eso es todo. Nada más. Tienes una oportunidad para demostrar tu valía. Una".

Me prometí a mí misma que únicamente quedaría en primer lugar. Ya era mi objetivo ser el número uno, pero ahora que lo había probado, quería el maldito plato entero. Nada de bajo en calorías o sin grasa para mí. Dame todo, o no me des nada. Todo lo que no fuera el primero no tenía sentido y me hizo cuestionar qué más podría haber hecho. Repetí mis rutinas en mi cabeza, tratando de averiguar en qué había fallado.

Me pregunté qué había hecho mi compañero de equipo mejor que yo.

Reagan había quedado en primer lugar. La miré. La jodida Reagan había conseguido el primer puesto por una fracción tan pequeña que solo podía deberse a un pequeñísimo bamboleo, o a unas piernas ligeramente dobladas. Diablos, el tirante de mi sujetador podría haber aparecido, y no saber lo que era, me estaba carcomiendo. Sorprendentemente, Reagan no había sido engreída al respecto. Creo que sabía en el fondo de su mente que no estaba lejos de caer al segundo lugar, y eso la sacudió.

O bien, finalmente era tan buena como ella... y no podía soportarlo.

Sonreí para mis adentros, dejando que la frustración se desprendiera de mis hombros. Este encuentro era una lección aprendida.

Los objetivos nunca son fáciles. La práctica. Lo importante era el esfuerzo que ponía en la práctica, cómo aprendía de mis errores.

Era una ganadora. Y me iba a centrar en ganar.

—Déjalo ir, lo hiciste bien —dijo Kova, y luego subió al avión—. Siempre hay una próxima vez.

Pero él no estaría allí la próxima vez.

Lo seguí y tomé mi asiento, agradecida de tener la fila para mí sola. Era un vuelo de mediodía de un lunes, y no había mucha gente. Una vez que se apagó la luz del cinturón de seguridad, tomé mi bolsa de viaje del compartimento superior. Necesitaba una distracción. Volví a sentarme y busqué el libro de bolsillo que había metido antes, y me quedé helada. Eché un rápido vistazo a mi equipo. Reagan estaba dos filas por delante de mí. Al otro lado del pasillo, Holly se había quedado dormida. Todos los demás parecían ocupados en sus cosas, incluidas Madeline y Kova. Volví a mi bolsa y saqué el cuaderno de espiral.

Se me llenó el estómago de mariposas al hojear las páginas. Nos las habíamos arreglado para pasárnoslo unas cuantas veces en las últimas dos semanas. Lo hicimos corto y dulce, y mientras nos divertíamos con él, llegamos a conocernos un poco mejor. Pude experimentar un lado diferente de Kova. Era ligero y despreocupado. Sonreí con sus respuestas a mis preguntas mundanas.

Me encanta el algodón de azúcar. Soy muy goloso y tengo bolsas escondidas en mi casa.

Me pregunté si era un niño de cinco años.

Pasé a la siguiente página y releí la entrada. Me había preguntado si me gustaba arriba o abajo. ¿Arriba o abajo de qué? No tenía sentido. ¿Un panecillo? ¿Una litera? ¿Una magdalena? Sacudí la cabeza, seguía sin saber a qué se refería. Había respondido...

Supongo que sería el top para todos. Me gusta la parte superior.

Es una pena. Yo no toco fondo por nadie. Tienes mucho que aprender. Un día. El tiempo lo es todo.

Podía ser tan frustrante, pero la anticipación me llenaba al pensar en lo que podría enseñarme. Pasé la página para escribirle una respuesta, pero me sorprendió encontrar otra entrada suya.

Siempre estaré a tu lado, si me aceptas.

Se me cayó el estómago cuando el tono se volvió serio. No sabía qué significaba esto. Al levantar los ojos, encontré a Kova mirándome fijamente. La mirada hambrienta de sus ojos esmeralda me llegó a lo más profundo de mi ser. Pero no era solo sexo. Había algo más en su mirada. Algo más que intentaba decir.

Si pudiera descifrarlo.

Capítulo 47

—Adrianna, ¿qué es eso? —preguntó Hayden, señalando mi pierna.

Miré el pequeño moretón que marcaba mi muslo delgado y quité el polvo de la tiza, alisando la parte posterior de mis nudillos sobre el duro bulto. La zona de la inyección de vitaminas se había convertido en una fea sombra de color negro y azul hace unos días, y ahora tenía ese tono marrón-amarillo alrededor. Normalmente me aplicaba corrector en la zona, pero hoy me he dormido un poco y me he olvidado por completo.

—¿El moretón? Es de las inyecciones de B12 —dije como si fuera obvio.

Sus ojos azules se llenaron de preocupación.

—¿De qué estás hablando?

Me moví sobre mis pies y miré a Madeline para asegurarme que no me estaba esperando. Holly era la siguiente, y luego yo.

—¿Recuerdas el encuentro en el que estuve lidiando con el agotamiento? —Asintió, con los ojos fijos en mí—. Ahora tengo que tomar inyecciones de B12 porque mi energía es muy baja.

Sus cejas se fruncieron.

—¿Con qué frecuencia las tomas?

Miré a Madeline. Era la siguiente.

—Ahora mismo, las tomo a menudo, pero una vez que mis niveles sean más altos, entonces podré bajarlas a dos veces al mes.

—¿Y el entrenador Kova lo sabe?

Apreté los labios.

—Ya sabes, no lo recuerdo. Pero tengo que irme; no quiero hacerla esperar.

Después de ejecutar un conjunto de saltos con sugerencias de Madeline, Hayden me encontró de nuevo.

—¿Qué pasa? —pregunté sin aliento, arreglando mi cola de caballo.

Tenía el ceño fruncido profundamente.

—¿Quién te da esas dosis?

Suspiré.

—Cristo en un palo, déjame en paz. Actúas como si alguien me estuviera pegando. De todas formas, ¿por qué estás tan preocupado?

—Simplemente lo estoy. Si necesitas inyecciones porque estás cansada, es una señal obvia que necesitas ir más despacio. —Miró por encima del hombro hacia Kova y lo fulminó con la mirada—. O te está presionando demasiado y haciéndote trabajar en exceso, lo que no me sorprendería si ese fuera el caso.

Me puse rígida.

—No es así —recalqué la I—. No me digas lo que necesito y lo que no necesito, ¿bien? Una deficiencia de B12 puede ser por muchas otras cosas que no sea por agotamiento. Búscalo en internet.

—¿Quién te las da?

Lo miré como si fuera obvio.

—Yo.

—Así que te has estado dando inyecciones durante, ¿qué, un mes? —afirmó incrédulo—. Porque estás *cansada* —otra afirmación, esta vez no impresionado.

—¿Ah, sí?

—Ya sabes la razón por la que me preocupo por ti —dijo, bajando la voz hasta apenas superar un susurro. Miré a mi alrededor para ver si alguien lo había oído. Reagan nos miró y le dirigí una mirada molesta. Juro que no podía escapar de ella, fuera donde fuera. Siempre estaba ahí, acechando, esperando y observando—. Pero ahora estoy aún más preocupado. Esto no es bueno.

Mis cejas se arrugaron. No necesitaba dar explicaciones a nadie y, desde luego, no necesitaba explicar una maldita vitamina que me había recetado el médico. Si pudiera darme una inyección en las otras zonas sugeridas, lo haría. Pero no podía llegar a mi brazo sin inclinar la aguja, y mi cadera... Me estremecí al pensarlo. Sería como ir directo al hueso y no podría soportar eso. El muslo era el lugar más lógico para mí. También era el más activo.

Lo único que pude hacer fue sacudir la cabeza y alejarme de esta conversación absolutamente ridícula. Recogí mi equipo y me dirigí a la siguiente estación, la barra de equilibrio, cuando oí que decían mi nombre.

Al mirar por encima de mi hombro, se me cayó la cara. Tanto Hayden como Kova se acercaban a mí, con sus rostros sombríos y preocupados. Solté un suspiro molesto y me obligué a no poner los ojos en blanco. Hoy estaba simplemente molesta y no sabía por qué.

Los ojos de Kova se dirigieron inmediatamente al centro de mi muslo. Sus fosas nasales se encendieron y un tic comenzó en su mandíbula.

—¿Por qué no me hablaste de estas... inyecciones?

Mis ojos se abrieron enormemente ante el ceño fruncido y su voz molesta, y me volví hacia Hayden.

—¿Qué? ¿Me has delatado? ¿Tienes siete años?

Muy maduro.

Con cara de piedra, no dijo nada, así que me volví hacia Kova.

—¡No me estoy inyectando heroína! —repliqué—. Es una *vitamina*.

Parpadeó. Continué.

—Sabías que me coloque una en la primera competencia.

—Pero no era consciente que todavía las hacías. Esto es nuevo para mí.

—¿Y qué?

—¿Y qué? —Se apartó, con su voz tensa y sus ojos brillantes solo para mí—. ¿Necesito recordarte que estás bajo mi autoridad? ¿Eso significa que tengo que ser notificado de cada cambio en tu estilo de vida, sobre todo de los cambios médicos, como las visitas al médico y la medicación, etc.? Necesito estar al tanto *de todo*, Adrianna.

Sentí que mi privacidad, la verdadera privacidad, había sido invadida.

—Se te ha notificado todo lo que merece ser informado. ¿Necesita saber que también tengo mi periodo, *entrenador*? Porque es un cambio importante en mi vida que debo ajustar cada mes. Tomé un poco de Pamprin esta mañana. Los calambres me están destrozando el alma esta vez, y mis tetas —me palmeé las dos—. Están pesadas, doloridas y tan sensibles que quiero llorar. Apenas puedo correr, me duelen tanto. Por no hablar que esta vez mi flujo es estúpidamente abundante. Tengo que cambiarme el tampón cada dos horas.

Kova no se inmutó, pero Hayden se sonrojó siete tonos de rojo.

—El pamprin no está permitido —afirmó Kova sin aspavientos—. Es un antiinflamatorio.

Este imbécil.

Odiaba que tuviera razón. Se suponía que no debía tomar ningún tipo de antiinflamatorio debido a mi tratamiento del Aquiles; pero, sobre todo, odiaba que él supiera lo que contenía el medicamento a la primera, y yo no. Mi rostro lo demostró y él me dirigió esa mirada cómplice.

Excitada y enfadada por algo tan minúsculo que no merecía esa actitud ni esa atención, bajé la voz y me acerqué.

—Me alegro que estés al día con los medicamentos diseñados para los ciclos menstruales, estoy segura que Hayden y tú podrían intercambiar revistas Cosmo y experimentar con mascarillas caseras juntas ya que están tan metidas en la mierda de las chicas, pero esto es ridículo. Los dos *están actuando* ridículamente por una maldita vitamina.

Todo el cuerpo de Kova se tensó. Se congeló. Un muro se levantó como si lo hubiera ofendido. Hayden se quedó parado como si estuviera acostumbrado al mismo trato de su hermana.

—Está claro que hay un problema subyacente que no puedes ver. Te dije hace semanas que estaba preocupado. No deberías necesitar tantas dosis, Adrianna. Estoy muy preocupado.

—Ahórratelo.

—Adrianna —dijo Hayden con suavidad. Lo miré como si quisiera estrangularle el cuello hasta que se le saliera la cabeza. Él retrocedió, y tanto Hayden como Kova se miraron entre sí, observando por un largo momento

como si pudieran leer la mente del otro—. Solo estamos preocupados por ti —dijo.

—Los dos son como los esposos que nunca quise... melancólicos y prepotentes. He terminado con esta conversación.

Después de un día agotador en el gimnasio, por fin estaba en casa y me había duchado. Me rugió el estómago, pero no tenía ganas de comer porque mi dolor de cabeza era tan intenso que me provocaba náuseas. Daría cualquier cosa por irme a la cama, pero primero tenía que hacer algunas cosas, como ponerme al día con las tareas del colegio y limpiar mi bolso del gimnasio. Una vez que terminé mi trabajo escolar, encontré mi bolso del gimnasio y comencé a limpiarlo. Hacía semanas que no lo hacía y lo necesitaba desesperadamente, ya que se estaba llenando y era difícil encontrar algo. Barras de proteína aplastadas que nunca comí, múltiples botellas de Motrin y agua de coco abiertas que nunca terminé, se alineaban en el fondo de mi bolsa. Lo tiré todo excepto el Motrin. Los leos extra limpios cubiertos de tiza, los lazos para el cabello y los tampones estaban esparcidos por todas partes cuando encontré el cuaderno que compartía con Kova enterrado debajo de todo.

Había olvidado por completo que estaba ahí.

Lo saqué del bolso, me senté en el sofá y me quedé mirando la portada. Entre Kova y Hayden hoy, mis emociones se desbordaban. Ya estaba estresada por la gimnasia en general. No me gustaba que me bombardearan encima con mi salud. Estaba bien, solo sobrecargada de trabajo. Un poco de B12 no era nada para llamar a casa.

Mis dedos se deslizaron por el frente de la tapa dura. Al abrirlo, encontré la entrada más reciente y fruncí el ceño preguntándome cuándo había tenido tiempo de colar esto.

Por favor. Estoy preocupado por ti. Háblame. Hoy no te has comportado como tú misma. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Apreté los dientes. No había nada de lo que hablar, excepto de mis pechos doloridos y de mi menstruación. Estaba un poco hormonal en ese momento, pero, por Dios, ¿no se me permitía tener un día libre?

TENGO MI PERIODO. SUPÉRALO. SI QUIERES AYUDAR, VE A CONSEGUIRME TAMPONES DE TAMAÑO EXTRA Y CHOCOLATE NEGRO. Y NO ESTA MIERDA.

Cerré el cuaderno de golpe y lo tiré a un lado con un suspiro irritado. De pie, me dirigí al baño y saqué la inyección de B12. Me bajé las bragas, respiré hondo y me clavé la aguja en la cadera... y lloré.

Me pinché el puto hueso de la cadera.

Capítulo 48

Por muy largos y agotadores que fueran mis días de entrenamiento, se me pasaron volando.

Parpadeé y vi otra competencia.

Antes de salir, me inyectaron otra ronda de plasma rico en plaquetas en el Aquiles, aunque no se lo mencioné a Kova. También me di una inyección extra de vitamina B12 porque mi energía era baja hasta el punto que apenas podía mantener los ojos abiertos en los entrenamientos. Nunca pensé que llegaría el día en que me fuera a ir antes, pero creo que Madeline vio lo mal que estaba. No dudó ni me hizo pasar un mal rato cuando le pedí ir a casa. Solo dijo que me vería mañana.

Me derrumbé en el momento en que mi rostro tocó la cama. Dormí trece horas seguidas y me desperté completamente desorientada y en la misma posición en la que me había dormido. Leí un poco en Internet y descubrí que mis niveles de hierro podían estar bajos, así que corrí a la farmacia y compré un frasco de hierro. Me tomé dos en ese momento y otros dos más tarde por la noche. Pensé que no podía hacer daño.

Me pregunté si Kova me habría dejado salir temprano como lo había hecho Madeline. Me perdí medio entrenamiento más la tutoría y otro medio al día siguiente. Pero no estaba allí, y no iba a estar en la competencia, así que no vi la necesidad de decírselo. Madeline tenía tanta autoridad como Kova.

Kova no había ido a los entrenamientos en toda la semana, lo que me pareció muy extraño. Madeline se mantuvo hermética y lo único que nos dijo fue que estaba en casa y extremadamente enfermo. No pregunté demasiado porque eso levantaría sospechas, y tampoco lo hizo ninguna de mis compañeras de equipo, pero me resultaba difícil creer que Kova faltara a los entrenamientos si estaba enfermo.

Con la ausencia de Kova en este encuentro, me sentía desnuda y vacía. Como si faltara mi otra mitad. Habíamos estado pegados por la cadera desde que llegué a la World Cup, así que no tenerlo conmigo era algo extraño.

La codependencia y todo ese rollo era algo real. Echaba de menos al arrogante ruso y sus alentadoras palabras de sabiduría. Lo necesitaba conmigo.

Miré hacia abajo y mis ojos captaron el círculo amarillo que se desvanecía en mi pierna mientras me ponía las muñequeras. La inyección de B12 en la cadera había sido más dolorosa de lo que esperaba, sobre todo los días siguientes, cuando trabajaba en las barras y se me resbalaba el agarre, lo que hacía que me golpeara la cadera. El dolor me dejó sin aliento. El lugar de la inyección en la cadera seguía siendo sensible, pero ocultaba bien el hematoma, así que me obligué a sonreír y soportarlo.

Este encuentro fue un poco más grande y en el podio de nuevo. Esta vez tenía más competencia, pero nada que no pudiera manejar.

—¿Lista para rodar? —preguntó Madeline. Asentí con el rostro erguido y me hizo un gesto hacia ella. Aparté de mi mente cualquier dolor que mi cuerpo estuviera sufriendo. Me apoyaba mucho en Madeline y creo que ella lo notaba porque no dejaba de controlarme. Me pegué a su lado todo lo que pude y absorbí cada pequeña cosa que me dijo.

Había asistido a cientos de encuentros desde que empecé a hacer gimnasia hace más de diez años, y cada vez tenía mariposas en el estómago. Cada vez mis nervios se desbordaban y me ponían al límite. Me sacudía, pero la verdad era que me encantaba el subidón de adrenalina porque me encantaba competir.

—Recuerda lo que hemos hablado. Ya tienes el handspring y el bloqueo, solo tienes que clavar esos talones y mantenerte firme. Baja la barbilla y dale con fuerza. —Volví a asentir y me quedé callada. Me dio una palmadita en el hombro—. Muéstrales quién es la dueña de la bóveda.

Sonreí. El salto era mi especialidad, pero uno de mis mayores temores era tropezar mientras corría.

Con la mirada puesta en la bóveda, visualicé mi habilidad. Cuando los jueces me dieron el visto bueno para salir, solo tuve unos segundos para saludarlos y luego pasar detrás de la línea blanca. Por el rabillo del ojo, pude ver a Madeline cerca, con las manos en la cadera, dispuesta a estudiar cada detalle cuando salí corriendo.

En cuestión de segundos, mis pies golpearon el trampolín y estaba volando en el aire, ejecutando mi habilidad, una que me ponía por delante de los demás competidores debido a la dificultad de la misma. Me mantuve tan firme como pude, con las piernas juntas y rectas, mientras pensaba rápidamente en las sugerencias de mi entrenador. Al igual que yo, los jueces tuvieron una oportunidad para asimilarlo todo. En la gimnasia no hay repeticiones instantáneas como en otros deportes. El juicio se hace en tiempo real y sucede muy rápido.

Cuando aterricé, lo supe. Sabía que me había atascado en el dismount. No porque no moviera los pies, ni diera un paso, sino porque mi forma era perfecta en el vuelo junto con mi dismount. Podía sentir en mi corazón que no había forma posible que hubiera sido mejor. Un aterrizaje con obstáculos en la gimnasia era monumental y siempre emocionante porque era muy difícil de lograr debido a la complejidad de la habilidad y la física.

Mis compañeros de equipo, mi entrenador, el público, todos aplaudían y vitoreaban. Una enorme sonrisa se dibujó en mi rostro cuando saludé tres veces antes de bajar de un salto los escalones para saludar a Madeline.

Todas las chicas me chocaron los cinco y me sonrieron.

—Tengo que reconocerlo, Red, eso ha sido increíble —dijo Reagan. Mi corazón se aceleró mientras recuperaba el aliento. La cantidad de adrenalina que corría por mis venas me daba un subidón como si pudiera enfrentarme a cualquier cosa. No podía dejar de sonreír. Me sentía como si midiera dos metros en un cuerpo de un metro y medio.

Madeline se abalanzó sobre mí y me abrazó con tanta fuerza que apenas podía respirar. Se retiró, me agarró por los hombros y me sacudió con emoción.

—¡Bien hecho! ¡No podría haber sido mejor! Chica, no dejas de impresionarme. Qué manera de empezar la competencia. Eres una verdadera artista —dijo—. ¿Cómo estás...? —Empezó pero mi puntuación apareció. Las dos miramos al mismo tiempo y leímos los números.

Mi corazón se desplomó.

Un escalofrío me recorrió los brazos.

El silencio me rodeó.

Me quedé mirando los números, sin creer lo que veía. Madeline murmuró mientras nos quedábamos boquiabiertos una al lado de la otra. Estaba tan

sorprendida como yo. Era imposible que hubiera recibido esa puntuación. Era imposible. Una puntuación perfecta era rara e increíblemente difícil de conseguir. Mi puntuación era demasiado buena para ser verdad porque eso significaba que mi salto había sido casi impecable, casi perfecto, casi el mejor. Sabía en mis entrañas que lo había hecho bien, pero no sabía cómo de bien.

Mi sonrisa creció hasta que mis mejillas palpitaron. Solo me faltaba una décima de punto para conseguir la puntuación perfecta. Eso significaba que tenía todos los puntos de dificultad.

Madeline me miró, sus ojos brillaban de orgullo. Me lancé a ella, saltando a sus brazos, algo que han hecho innumerables gimnastas cuando se ven superadas por la emoción. Me apretó muy fuerte y yo sonreí contra ella.

—Excelente, Adrianna. Un trabajo y una puntuación increíbles. Sabía que lo tenías, pero sigues sorprendiéndome cada día —dijo.

Madeline me soltó y me quedé de pie ante ella, tan extasiada que apenas podía ver bien. Esa puntuación me puso a la cabeza de la primera rotación.

—Sigue así y serás imparable.

—*Seremos* imparables —la corregí. Ella era tan parte del equipo como Kova, y quería asegurarme que lo supiera.

—Concéntrate en las barras. Ejecuta otra rutina impecable como la que acabas de hacer en la bóveda y nadie podrá vencerte hoy. —Asentí con la cabeza—. Te lo digo, chica, eres una de esas gimnastas que se salen cuando actúan. No me lo esperaba. —Madeline se dio la vuelta con una sonrisa.

Las barras también eran mi especialidad. El corazón me daba un vuelco solo de pensarlo, la expectación me invadía. No me preocupaba lo más mínimo cuando se trataba de las barras, ya no. Me movía entre la barra alta y la baja sin esfuerzo y con la mayor suavidad. La bóveda y las barras eran mis pruebas especiales, en las que me desenvolvía muy bien y podía realizar habilidades más difíciles que la mayoría no podía. Mientras que la viga era la especialidad de Reagan.

Una vez que conseguí las barras, otra puntuación casi perfecta, el resto de la competencia pasó volando. Estaba en las nubes y dominaba la competición. Mis puntuaciones seguían sorprendiéndome… y a mi entrenadora… y cuando más de una medalla de oro se colgaba de mi cuello, los únicos ojos que buscaba en el mar de entrenadores y gimnastas eran un par de ojos verdes brillantes que habían hecho todo esto posible.

Si tan solo Kova estuviera aquí para celebrarlo conmigo.

Más tarde, esa noche, no podía dormir. Mi cuerpo estaba agotado de energía, pero mi mente se desbordaba de pensamientos sobre Kova y sobre mi posición en la competencia. Quería contarle cómo me había ido, pero necesitaba privacidad. Eché un vistazo a la habitación del hotel, poco iluminada. Tomé mi celular de la mesita de noche, me levanté de la cama sin hacer ruido y me dirigí al baño para no molestar a las chicas. Lo último que necesitaba era que Reagan me viera con el teléfono en mitad de la noche. Decidí que si ella o Holly se despertaban, no parecería extraño que estuviera sumergida en la bañera, así que la llené rápidamente y me metí.

Tomando el celular, me recosté hacia atrás y envié un mensaje a Kova.

Yo: Hola... Solo quería decirte que hoy he quedado primera en tres pruebas y segunda en una. De lejos, la mejor competencia para mí hasta la fecha.

Para mi sorpresa, aparecieron tres puntitos y respondió inmediatamente:

Entrenador: Madeline me ha informado de lo bien que lo has hecho. Estoy muy orgulloso de ti. Sabía que podías hacerlo.

No tenía ni idea que le había mandado un mensaje, pero me alegré que lo hiciera. Una pequeña sonrisa se deslizó por mi rostro y mis dedos comenzaron a moverse.

Yo: Cree que si sigo como hasta ahora seré imparable.

Entrenador: No tengo ninguna duda sobre el sombrero.

Mi sonrisa se hizo más grande e intenté no reírme de todas sus equivocaciones.

Yo: Espero que te sientas mejor.

Entrenador: Estoy bien nada que el vodka no puede ayudar.

Mis cejas se fruncieron ante mi teléfono.

Yo: ¿Por qué estás bebiendo? Creía que estabas enfermo.

Entrenador: Lamento haber estado allí hoy.

Me reí para mis adentros y negué con la cabeza ante su error.

Yo: ¿Estás borracho ahora mismo?

Entrenador: Ria, soy un hombre ruso y no me emborracho.

Me reí. Típico de Kova que se pone en plan idiota conmigo.

Yo: Estás borracho jajaja.

Entrenador: Yo no.

Yo: Lo estás.

Entrenador: Ria.

Ahora tenía una sonrisa de oreja a oreja.

Yo: Pruébalo.

Momentos después, Kova me envió un mensaje de texto con una foto en la que decía *"Me haces feliz".* El corazón me dio un vuelco en el pecho. Estaba recostado en un sofá, con un aspecto cómodo y acogedor, y una leve sonrisa curvada en la comisura de los labios. Sus ojos eran pesados y brillantes, casi perezosos, con las mejillas ligeramente sonrojadas. Sin embargo, no miraba a la cámara, era como si se hubiera mirado a sí mismo mientras intentaba hacer una foto. Estaba claro que no tenía experiencia en esto. Intenté no reírme. Mis ojos recorrieron su rostro. Me fijé en un grueso collar de plata, y en una camisa de vestir blanca que estaba desabrochada y colgando abierta para revelar su pecho. El maldito hombre se veía sexy como el infierno.

Yo: Estoy intentando con todas mis fuerzas no reírme demasiado en este momento. No te tomé por el tipo de hombre que se hace selfies.

Entrenador: ¿Por qué tipo me tomaste?

Yo: Un tipo de foto de polla jajaja.

Entrenador: Riaa.

Sí, estaba borracho. Me tapé la boca para contener la risa. Sentí que podía oírle decir mi nombre.

Yo: Definitivamente estás borracho y estoy siendo honesta jajaja.

Entrenador: Quieres una foto de mi polla Ria.

Me mordí el labio y las mariposas se arremolinaron en mi estómago. No había esperado que la conversación fuera por este camino, pero tampoco me oponía a eso.

Yo: Es decir, no diría que no a una foto de una polla.

Entrenador: Lástima que no soy uno de esos tipos.

Yo: No eres divertido.

Justo cuando menos lo esperaba, Kova me envió una foto. No era una foto de polla real, pero se acercaba bastante. Con las piernas abiertas y los pantalones de vestir negros desabrochados con la cremallera bajada, su mano estaba muy dentro, agarrándosela. Kova nunca llevaba bóxer, así que pude ver los finos vellos negros que bajaban hasta su gruesa longitud. Una fuerte vena se arremolinaba alrededor. Deseé que moviera la mano. Se me hizo la boca agua al ver lo erótico que era ver a un hombre así.

Yo: Baja más.

Sorprendentemente, lo hizo, pero se burló de mí. Mis cejas se alzaron ante la vena que tanto me gustaba en su pelvis y que se arremolinaba en su longitud. Su polla estaba fuera de sus pantalones, duro y erecto como si estuviera a punto de explotar, y su mano estaba empujando la cabeza con el puño.

Yo: Gracias a Dios estoy sentada en la bañera o si no tendría que cambiarme las bragas. Haces buenas fotos de pollas.

Entrenador: Has visto una foto de una polla antes.

Yo: Jajaja no lo había hecho hasta ahora, solo me imaginaba como serían.

Me llegó otra imagen y se me cayó la mandíbula. Todo el aire abandonó mis pulmones. Me costó respirar por lo increíblemente caliente que era la foto de Kova apretando la cabeza de su polla mientras su espeso y cremoso semen goteaba por su eje y se filtraba entre sus dedos.

Yo: Santa. Mierda. Hay tanto.

Era todo lo que podía decir. De ninguna manera le diría lo que realmente estaba pensando. Ni siquiera podía admitirlo en voz alta para mí misma, me daba demasiada vergüenza.

Iba a tener que conseguir una aplicación furtiva como la de Kova porque esta foto era una que seguro que no iba a borrar.

Yo: No me importa lo que digas, la guardaré para siempre. ¿Cuál es el nombre de tu aplicación para poder ocultarla?

Me dijo, e inmediatamente la descargué. Más tarde guardaría en ella nuestras fotos y vídeos.

El agua se estaba enfriando y el cansancio me invadió de repente. Mientras el agua se escurría, escribí:

Yo: Te extraño.

Y lo hacía. El dolor de mi corazón era una prueba. No me gustaba que no estuviera en la competencia conmigo. Sentí que me faltaba una parte de mí.

Entrenador: Te extraño mucho más. Confía en mí.

Yo: Se siente extraño sin ti a mi lado. No dejaba de mirar por encima del hombro pensando que ibas a aparecer. P.D. Pareces agotado.

Entrenador: He bebido hasta el estupor esta semana. Cada vez que tomo un sorbo de vodka finjo que son tus labios los que estoy besando. Estoy borracho de ti.

Yo: Eso es bastante sexy, me gusta la imagen. ¿Pero qué pasa si en lugar de eso me lames el vodka de los labios... y de otros lugares?

Rápidamente, salí de la bañera y me vestí. Descubrí que estaba mucho más liberada cuando se trataba de enviar mensajes de texto a Kova. Nunca lo diría en persona, ni siquiera lo sugeriría. Miré mi teléfono, pero no respondió.

Yo: ¿Nos vemos pronto?

Aparecieron los tres puntos y esperé su mensaje antes de salir del baño para leerlo. Me quedé esperando hasta que mis piernas no pudieron soportar más mi peso y los ojos se me cerraron. El mensaje nunca llegó. Salí del baño y me dirigí a la cama, confundida, preguntándome por qué estaba borracho de mí... toda la semana.



Capítulo 49

Creo que tengo más posibilidades que me parta un rayo que contestes al teléfono.

A los pocos segundos mi teléfono estaba sonando.

—Dios mío, Avery.

—Hola —dijo ella, con una voz suave y apenas audible.

La alarma se apoderó de mi pecho ante su tono y me senté un poco más derecha en mi camioneta. Iba de regreso a la práctica después de una larga sesión de tutoría que implicaba exámenes finales.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí —balbuceó. Se oyó un arrastre en el fondo.

—¿Dónde estás? ¿Estás enferma?

—Estoy en la cama. Acabo de despertarme.

Miré el reloj de mi tablero. Mis cejas se fruncieron.

—Avery, es media tarde, y un día de escuela. ¿Qué pasa?

—Me salté.

Fruncí el ceño. No era propio de Avery saltarse las clases. De hecho, no recordaba ninguna vez que se hubiera saltado las clases. La asistencia era importante para ella. Participar en todas las actividades escolares era importante para ella. Y también lo era entrar en la universidad que había elegido. Le encantaba el ambiente social, sus profesores, era la presidenta de la clase y estaba en camino de ser la mejor estudiante.

Se aclaró la garganta. Su voz seguía siendo baja y dolorosa cuando dijo:

—No me he sentido bien.

—Pero nunca te saltas —afirmé sorprendida. En todo caso, habría ido al médico después de la clase como lo había hecho en el pasado.

—Es que... mis calambres son muy fuertes ahora mismo y he tenido náuseas. —Hizo una pausa—. Creo que tengo gripe.

—¿Te has saltado por los calambres del periodo? —pregunté, levantando la voz por la sorpresa.

—No todo el mundo puede ser tan perfecta como tú, *Ria* —soltó, insultándome al mismo tiempo. Me estremecí.

—Yo... estoy —tartamudeé, entrando en World Cup. Coloqué el auto en el estacionamiento y miré las ventanas de vidrio del gran gimnasio—. Solo estoy preocupada porque no es propio de ti. Lo siento.

—No pasa nada. No quise atacarte, es que últimamente he estado de mal humor por la falta de sueño. ¿Qué pasa que tuviste que perturbarme de mi sueño reparador?

Me reí.

—Quería decirte que estaré allí en un par de semanas.

—De verdad —chilló—. ¿Voy a ver a mi BFFFFFF?

Me reí de nuevo.

—Sí. Mi mamá me preguntó si podía estar allí para la cena de Pascua, así que estaré en casa unos días.

—¡No puedo esperar! ¡Ha pasado tanto tiempo!

Sonreí. A pesar de lo emocionada que estaba por verla, seguía muy preocupada por su comportamiento últimamente.

—De verdad, ¿estás bien? Es más difícil localizarte que al presidente, y ahora estás enferma y faltas a clase. Esto no parece propio de ti.

—Estoy bien —insistió ella—. No exageres, es que tengo muchos problemas ahora mismo. ¿Cómo es que me llamas a mitad del día, de todos modos? ¿No deberías estar en el entrenamiento?

—Acabo de llegar al gimnasio, en realidad. Tengo que empezar la terapia en mi Aquiles hoy y Kova lo está haciendo.

—¿Tu Aquiles? ¿Kova? Por favor, dime que has usado tu cerebro y te has mantenido alejado de ese buen pedazo de carne. Sé que tiene esos labios de pez y ese cuerpo de dios griego, pero nada bueno puede salir de eso.

Le conté a Avery todo lo que había pasado en los últimos dos meses. Desde mi lesión hasta mis encuentros con mis padres. La puse al día en unos pocos minutos. Mi vida era básicamente lavar, enjuagar y repetir. No tardé mucho.

Ella ignoró todo lo que dije y se centró en Kova.

—¿Te estás alejando de él?

Suspiré dramáticamente.

—Sí. No ha pasado nada. Te prometo que he sido una buena chica.

—Eso no es lo que dijo tu hermano... quiero decir, tu mamá.

Mis cejas se fruncieron, la paranoia se arremolinó en mi pecho.

—¿Cuándo hablaste con mi mamá?

—Ah, quiero decir. —Se aclaró la garganta—: que escuché a tu mamá hablando con la mía y que hizo un par de comentarios sobre lo unidos que parecían Kova y tú en una competencia. Me pareció oírla decir que te rodeó con el brazo con su chaqueta. No lo recuerdo con seguridad.

¿Con su chaqueta? No entendí ese comentario.

Las náuseas me revolvieron el estómago. Mi primer gran encuentro en Las Vegas era el único al que mis padres habían asistido hasta ahora.

—¿Cuándo hablaron? ¿Qué dijo?

—¿Fue hace un par de semanas, creo? Vaya, no estoy segura de cuándo exactamente. Las cosas han sido un poco agitadas aquí.

—Concéntrate, Avery. ¿Cuándo?

Su calma se convirtió en molestia en cuestión de segundos.

—No lo sé. ¿Hace dos meses?

—Acabas de decir un par de semanas. ¿Ahora son dos meses?

—No creí que fuera tan importante, así que no lo registré en mi diario —me espetó. Avery no tenía un diario.

—¿No pensaste que era importante decírmelo en el momento en que te enteraste que mi entrenador era demasiado cariñoso conmigo y que mi mamá lo había visto? Eso es enorme —grité, sorprendida que no lo hubiera mencionado antes—. No puedo creerlo.

—Tenía la intención de enviarte un mensaje de texto pero se me olvidó. Me imaginé que si era en una competencia y tus padres estaban allí no serías tan estúpida como para intentar algo.

—Se te olvidó —repliqué en un tono plano, sacudiendo la cabeza. Increíble—. Se te olvidó.

—De todas formas, ¿qué más da que te portes como una buena chica?

—¡Solo lo hace! —grité—. Esto es enorme, Ave. ¡No puedo creer que te *hayas olvidado*! —Estaba legítimamente sorprendida hasta la médula que mi mejor amiga no me notificara esta revelación antes. Un mensaje de texto habría tardado diez segundos.

—Bueno, créelo.

Clic.

Aparté el teléfono y me quedé mirando la pantalla en blanco. Me colgó. Avery colgó.

No creía que estuviera siendo injusta, y tampoco creía merecer su actitud displicente. Si los papeles se hubieran invertido, le habría cubierto las espaldas y me habría puesto en contacto con ella en cuanto hubiera podido. Dejó pasar meses, meses en los que podría haber preparado una mentira creíble.

La furia me encendió la sangre y arrojé el teléfono al asiento del copiloto. Las lágrimas me quemaron el fondo de los ojos. Me temblaba la mandíbula. Me cubrí el rostro y eché la cabeza hacia atrás. Las estrellas danzaban frente a mi visión y mis manos temblaban por la ira que bullía en mi interior. Avery debió enviarme un mensaje inmediatamente cuando se enteró.

Salí de mi camioneta y marché por la parte delantera hasta el lado del pasajero y abrí la puerta. Me agaché, buscando mi teléfono, mi mano rozando bajo el asiento hasta que lo encontré. Maldita sea. La pantalla estaba rota y

no se encendía. Tendría que llamar a mamá para que me encargara uno nuevo rápidamente.

Entré en World Cup y me dirigí directamente a las salas de terapia del fondo, donde encontré a Kova hablando con un hombre cerca de una de las mesas azules, ambos de espaldas a mí.

—Hola —dije en voz baja, anunciándome. Cuando se dieron la vuelta, me detuve en seco.

Quienquiera que fuera ese hombre, era guapísimo. Lo miré fijamente su cuerpo bañado por el sol. Unos pantalones cortos de color caqui y un polo ajustado se ceñían a su alto cuerpo. Tenía un cabello largo, rubio y con ondas gruesas. Se le doblaba en la nuca y le cubría el rostro bronceado. La barba incipiente de su mandíbula era del mismo tono rubio, y no tenía bigote. Y sus ojos, si bien no eran tan cautivadores como los de Kova, sus ojos azules podían rivalizar con el océano más claro.

Este hombre era un surfista por excelencia. Apuesto a que olía a sol y a agua salada. No podía dejar de mirar. Tengan piedad de su escabrosa belleza.

Kova se aclaró la garganta.

Desplacé mis ojos amplios hacia él. Sus cejas se fruncieron y me miró fijamente, sin gustarle mi descarada valoración del hombre que tenía al lado.

Volvió a aclararse la garganta y di un paso adelante hasta situarme frente a ellos. Tenía razón... el hombre me recordaba a la playa.

—Adrianna, este es un viejo amigo mío, el Doctor Ethan Hart.

Levanté la mano y saludé. Saludé, como una maldita idiota.

—Hola.

—Doctor Hart...

—Kova. —Su voz era ronca, como si pudiera cortar vidrio—. Déjate de formalidades. Hemos sido amigos durante demasiado tiempo.

Kova se reía en voz baja.

—*Ethan* es un cirujano ortopédico. Condujo desde los Cayos para observar cómo te hacía la Técnica Graston hoy.

Era un viaje muy largo para un favor.

—¿Viniste hasta aquí para eso? —Miré al Señor Robusto y Guapo.

—Quería asegurarme de realizarla correctamente —respondió Kova por él.

—¿No confías en tus capacidades? —Sonreí—. ¿Ansiedad por el rendimiento?

Los ojos de Kova brillaron y sus fosas nasales se dilataron. Por el giro de sus labios, me di cuenta que quería decir algo.

Su amigo soltó una carcajada y miró a Kova.

—No sé cómo lo haces, hombre.

Kova lo miró de reojo y sus labios torcidos se curvaron aún más.

—Con mucho vodka, así es.

Su amigo volvió a reírse y luego me miró.

—Aunque Kova ya tiene licencia, y no me cabe duda que podría hacer lo que se proponga, las primeras veces son angustiosas. Tener a un profesional capacitado a tu lado ayuda. Llevo muchos años haciendo esta terapia y viajo constantemente para realizarla con atletas profesionales en Miami. Así que cuando Kova me llamó, vine lo antes posible.

Mis ojos se desviaron hacia Kova y asentí. Era un perfeccionista hasta la médula. Aspiraba a ser el mejor. Supongo que no debería sorprenderme que llamara a una profesional como el Doctor Hart.

—¿Por qué no te subes a la camilla? Acuéstate boca abajo y deja los pies colgando.

Me subí y me situé, y observé cómo el Doctor Hart extendía un paño grueso sobre la mesa adyacente a mí. Me recordó a algo que los artistas utilizaban para sostener sus lápices de dibujo y demás. Empezó a sacar las herramientas y a colocarlas en una línea uniforme, seis instrumentos brillantes con bordes redondeados. Fruncí el ceño mientras la aprensión surgía en mi interior.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? —le pregunté con cansancio.

Me echó una mirada y volvió a lo que estaba haciendo.

—No debería llevar más de diez minutos, dependiendo del tamaño de la lesión.

Volví a mirar con preocupación los diferentes instrumentos.

—Todo eso por diez minutos, ¿eh?

—No es tan grave como parece. Te dolerá la primera o las dos primeras veces, pero después deberías estar bien.

Miró por encima de mi cabeza a Kova.

—¿Listo?

—Sí.

Un minuto más tarde, Kova estaba frotando un poco de crema en mi pantorrilla y la parte posterior de mi tobillo.

—Lo que está haciendo tu entrenador es aplicar un emoliente. Lo va a frotar desde la parte superior de la rodilla hasta el pie. Es una loción que suavizará la piel y evitará que se reseque, pero lo más importante es que ayuda con la fricción.

Kova comenzó a pasar una herramienta de filo opaco a lo largo de mi pantorrilla. Estaba fría al tacto, pero se calentó rápidamente después que se moviera repetidamente con el mismo movimiento.

—Aplica presión y pasa la cuchilla suavemente por la pantorrilla como estás haciendo ahora. ¿Puedes sentir la sensación de arena y grava debajo de ella?

—Sí —dijo Kova—. Es suave en algunas zonas, y en otras se siente como guijarros de tierra.

—Correcto. Entonces, si sientes esa arenilla, es un área que ha visto mucho estrés o ha sido herida antes. ¿Te importa si lo siento?

Cambiaron de lugar y el doctor pasó una mano por mi pantorrilla antes de empezar.

—Hay una buena definición muscular aquí, pero puedo decir al tacto que está tensa y hay nudos. —Acarició la parte posterior de mi pierna con la herramienta, presionando mucho más fuerte que Kova. Gruñí y me tensé.

—¿Te duele, Adrianna? —preguntó.

—Un poco —gruñí.

—¿Más que con Kova?

Esta vez empujé mi trasero en el aire por reflejo.

—Sí —gruñí.

—Relájate. —Su voz era firme y exigente. Bajé las caderas y él continuó con el rastrillaje mientras le hablaba a Kova—. A muchos novatos les da miedo aplicar presión. No lo tengas. No la vas a lastimar. Cuanto más hagas esto, más vas a conocerla y saber cuánto puede aguantar.

—Hmm… —Tarareó en voz baja, como si estuviera peor de lo que esperaba. Pasó la cuchilla con más fuerza, tratando de suavizar los bultos. Me recordó a cuando era una niña y mi mamá quería mi cabello en la cola de caballo perfecta. Me cepillaba en el mismo punto una y otra vez hasta que estaba suave y perfectamente nivelado, sin importarle que mi cabeza ardiera por el impacto de las cerdas o que probablemente hubiera perdido cabello.

—Esa restricción que notas bajo la cuchilla me dice que es una zona que ha visto una tremenda tensión, posiblemente una lesión que se ha curado sola y se ha vuelto a lesionar. —Aplicó más presión—. También hay algo de tejido acumulado. Como es la primera vez para ambos, sugiero aumentar gradualmente la presión en cada sesión. —Volvió a cambiar de lugar con Kova y se volvió hacia mí—. Adrianna, notarás manchas rojas en tu pantorrilla, no son nada para alarmarse. Es solo la sangre que fluye hacia el Aquiles. Es genial para estimular la circulación y la curación.

—De acuerdo —fue todo lo que dije mientras miraba por encima de mi hombro.

—¿Con qué frecuencia sugieres el tratamiento? —preguntó Kova. Ahora estaba trabajando con la cuchilla hasta la mitad de mi tobillo, donde había más calor y una intensa quemadura ardiente, pero nada que no pudiera soportar… todavía.

—Los tratamientos pueden hacerse regularmente, o dos veces por semana. Yo sugeriría cada dos días por ahora, de esa manera le das tiempo a la inflamación para sanar antes de empezar de nuevo.

Genial. Voy a incluir el *Blading* en mi agenda.

Kova me golpeó la parte posterior del tobillo y yo jadeé, aspirando una respiración audible mientras él mantenía la parte posterior de mi tobillo firme. Hizo una pausa, luego reanudó la marcha, y yo agarré la punta azul

de la mesa. Los dedos de mis pies se curvaron en respuesta al dolor. *¡Maldito infierno!*

—Sientes más arena junto a su tobillo, ¿no? —preguntó su amigo y Kova asintió—. Ahí es donde tienes que concentrarte más ahora.

La cuchilla tenía la forma de un cuchillo de mantequilla cóncavo, y utilizó la punta para pasarla de arriba a abajo alrededor de los espacios de la parte posterior de mi tobillo, golpeando entre los pequeños surcos mientras sostenía mi talón en su mano.

—Si notas mucho la grava o la arena, te sugiero que cambies de cuchilla para profundizar de verdad y afinar ese punto.

El guapo doctor ya no me gustaba.

Le entregó a Kova otra herramienta de acero inoxidable similar a la primera, solo que ésta no tenía el filo cóncavo. Parecía un cuchillo de mantequilla sin mango.

—Ahora lo va a sentir con más intensidad mientras empieza a subir desde arriba y vuelve a bajar.

Para ser un novato, los trazos de Kova se sentían precisos y experimentados. Tenía confianza en su capacidad. Intenté concentrarme en él y en su naturaleza asertiva para bloquear el dolor que se intensificaba, pero cuando lo vi maniobrar más abajo, hacia mi talón, mi cerebro se puso en marcha.

—Dios mío, eso duele —dije entre dientes apretados. Raspó repetidamente el hueso del talón como si estuviera untando mantequilla congelada en una tostada. Era el lugar donde más me había dolido últimamente, y este dolor se sentía como carne quemada que se desprendía del hueso—. Me duele —me ahogué. Las lágrimas me difuminaron los ojos y rechiné la mandíbula. Quería dar una patada con el otro pie para alejarlos.

—Mañana estarás dolorida, pero al día siguiente deberías ver una diferencia notable, merecerá la pena el dolor. La primera visita siempre es la más incómoda. —Se volvió hacia Kova—. No te pases con ella mañana.

—No prometo nada —dijo Kova, riéndose.

—Siempre fuiste un sádico —bromeó su amigo.

—Si no hay dolor, no hay ganancia. No hay satisfacción en lo fácil.

—¿Cómo se conocieron ustedes dos? —solté, muriéndome por dentro.

—De la universidad —dijo voluntariamente el Doctor Hart.

Kova se centró en el dorso de mi pie, raspando donde el tendón se unía al talón. Desplazó el instrumento suavemente por el centro de la pantorrilla y luego volvió a bajar y rodear el talón huesudo como si estuviera esculpiendo arcilla y cincelando piedra. Repitió los movimientos, centrándose en el corazón del tendón de Aquiles y la lesión. Me tensé, flexionando el pie, y Ethan me dio unos golpecitos en la parte posterior del muslo.

—Afloja. Ya casi ha terminado.

—¿Cuánto falta? —Estaba a punto de llorar. Kova tampoco aflojó, continuó como si yo no hubiera hablado.

—Unos minutos más y ya podremos irnos —respondió el amigo de Kova.

—¡Unos minutos! —grité—. No sé si podré soportar más de este dolor agonizante.

No estaba segura de poder caminar después de esto.

—Contrólate. No seas tan dramática, Adrianna —ordenó Kova.

Mis manos se cerraron en pequeños puños. Me planteé seriamente darle una patada a la cara y salir de allí. No estaba segura que hubiera algo peor que este tipo de dolor en el planeta. Ni siquiera mi infección de riñón era tan grave.

—¿Ves esa línea roja brillante? ¿Cómo se ilumina? —le preguntó el maravilloso médico a mi entrenador de pacotilla. Señaló el músculo de mi pantorrilla—. Ese es el tendón de Aquiles. Puede ver que tiene algunos problemas ahí. Querrás centrarte justo en la línea y tirar con un movimiento hacia abajo, hacia su talón, para promover la curación y la circulación, como acabas de hacer, y luego hacia arriba y hacia afuera para explorar de nuevo. Asegúrate de marcar alrededor del hueso, profundiza en las cavidades y alrededor del pie. No tengas miedo de lastimarla.

Sabía que no debía tomar Motrin ahora, pero algo, cualquier tipo de analgésico, sería imprescindible después de esto.

Mientras Kova tiraba del centro de mi pantorrilla con el lado convexo de la cuchilla, quise gritar y rogarle que se detuviera. Sentía como si estuviera bajo mi piel raspando el tendón real. Intenté no retorcerme en la camilla, pero el

roce me dolía muchísimo y no estaba segura de poder aguantar más. Era pura agonía.

—Si tiene algún tipo de distensión en la pantorrilla, entonces sugeriría un tratamiento en el pie.

—Creo que sí —dijo Kova, acercándose a mi pierna. Le pedí a Dios que dejaran eso para otro día.

—Así que vamos a trabajar allí también.

Jodida. Mi. Vida.



Capítulo 50

Un fuerte golpe resuena en mi mente somnolienta.

La pesadez de los ojos y el inmenso cansancio me impiden mover y el golpe que creí oír se aleja. Apenas puedo moverme y me acurruco más en el sofá.

Después que Kova y el malvado doctor se tomaran tranquilamente su tiempo para trabajar juntos en mi pie, me vendaron y me enviaron a casa para que me pusieran hielo en la pierna. No hay forma que pueda practicar hoy. El Doctor Hart había dicho que las primeras sesiones serían las peores, y tenía razón.

Justo cuando estoy a punto de volver a caer en un profundo sueño, los golpes comienzan de nuevo, esta vez mucho más fuertes. Hay alguien en mi puerta.

Con un gemido, me siento y me inclino hacia adelante. Apoyo los codos en las rodillas y me froto los ojos hinchados con el talón de las palmas. Maldita sea, estoy agotada.

—¡Ya voy! —grito, me pongo de pie y me dirijo hacia la puerta. No me molesto en mirar por la mirilla, sólo puede ser una de las dos personas que pasan por aquí.

Desbloqueando la cerradura, abro la puerta a Hayden de pie, una mirada preocupada cruza su rostro.

—Hola —digo en voz baja. Mi cara se arruga—. ¿Qué hora es?

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—Son cerca de las nueve. ¿Estás bien?

Mi ceño se frunce. ¿Las nueve de la noche? ¿Dónde había quedado el tiempo? He dormido unas cinco horas, pero me parecieron más bien unos pocos minutos. Le hago un gesto a mi amigo para que entre.

—Por supuesto que estoy bien. Solo estoy cansada. ¿Qué haces aquí?

—Quería ver cómo estabas después de tu primera sesión de blading, pero no podía localizarte.

—Rompí mi teléfono antes, pero debería tener uno nuevo en un día o algo así.

—Oh. —Hayden se rasca la nuca—. Estaba preocupado por ti. He traído la cena —dice en tono esperanzador y levanta la otra mano. Ni siquiera había notado la bolsa en su mano.

Una sonrisa de agradecimiento se forma en mi rostro y lo acompaño a la cocina.

—Qué amable eres, Hayden. ¿Qué has traído?

Saca los recipientes de plástico de la bolsa de papel marrón.

—Traje unas cuantas cenas diferentes, no estaba seguro de lo que querías y pensé que podríamos dividirlo todo. —Mi estómago gruñe vergonzosamente ante los olores que flotan en el aire. Hace una pausa y me mira—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Frunzo los labios.

—Ya sabes... no lo sé. —Miro al techo tratando de recordar qué había comido hoy y cuándo había comido por última vez—. Creo que almorcé alrededor del mediodía. Luego tomé uno de esos zumos prensados en frío de ese Hurricane Café antes de la sesión con Kova y Ethan, y eso fue todo. —De repente me asalta el hambre.

—Ayuda, necesitas comer más. —Desliza un recipiente hacia mí.

Levanto un hombro y abro la tapa. No es gran cosa para mí. No era la primera comida que me había saltado y seguro que no sería la última.

—Perdí la noción del tiempo.

—Pero tu cuerpo está quemando mucho más de lo que estás tomando. Probablemente es por lo que estás tan cansada y por lo que necesitas esas inyecciones de vitaminas. Necesitas alimentar tu cuerpo adecuadamente.

—Bien, papá… mamá… Kova —digo sarcásticamente.

—Hablo en serio. ¿Te has hecho un análisis de sangre para asegurarte que no hay nada más malo? Quizá tengas anemia.

Lo ignoro. Me hice un análisis de sangre, pero todavía estoy esperando los resultados. No hay nada malo en mí, excepto mi deseo de triunfar.

Ante nosotros dos hay una mezcla de comida: quinoa, arroz jazmín, pescado, pollo y verduras. Tantos artículos, suficientes para alimentar a una familia de seis… por lo menos.

—Cielos, Hayden. ¿Tienes suficiente comida aquí? —Se encoge de hombros como si no tuviera otra respuesta.

—Entonces, ¿cómo rompiste tu teléfono?

Le cuento mi conversación con Avery mientras ponemos la comida en nuestros platos. Nos sentamos en los taburetes y nos ponemos a comer. Hayden, por supuesto, tiene el doble de cantidad que yo.

—Quiero decir, me parece que te lo habría dicho, pero insinuaste que no pasaba nada, así que también veo su punto.

Hago una mueca. Quiero que solo vea mi punto.

—¿Pero no sientes que es su deber? ¿Que aún así debería haberlo hecho?

Me mira, perplejo.

—¿Su deber? Lo siento, pero no entiendo el código de las chicas.

—¿Qué habrías hecho tú?

—No lanzar mi teléfono, eso seguro.

Me río.

—Hablo en serio, Hayden.

Mastica lentamente su comida y mira al frente. Me quedo mirando cómo su mandíbula se mueve de un lado a otro, contrayéndose y aflojándose, mientras piensa en mi pregunta.

—Dada la naturaleza de la situación, probablemente te lo habría dicho de todos modos, porque aunque insistas en que no pasa nada, siempre pasa algo.

Lo miro fijamente, con la mandíbula caída y todo.

—Cuando se trata de Kova, no me fío de ti. —Dirige la punta de su tenedor hacia mí mientras sigue mirando al frente—. Bueno, no me fío de él, en realidad, pero tampoco me fío de ti. Es como si les gustara la emoción de ser atrapados o algo así, no sé. Todo el asunto es raro, pero de cualquier manera, te lo habría dicho.

Tiro el tenedor a la mesa.

—¡Gracias!

—Cálmate —se ríe—. Sí, debería habértelo dicho, pero tampoco hay razón para flipar como lo hiciste. Tal vez tenías *hambre*.

—¿Hambre?

—Hambrienta y enfadada.

—La veré en dos semanas.

—¿A quién? ¿Avery?

—Sí. Y apuesto a que no hablaremos hasta entonces. Ha sido muy difícil contactar con ella. Solo espero que cuando nos veamos no sea incómodo.

—Dudo que lo sea.

Asiento y termino el resto de mi plato con una conversación ligera con Hayden hasta que vuelve a hablar del tema de las inyecciones.

—Estoy probando diferentes lugares de inyección. ¿De acuerdo?

—¿Qué quieres decir? —pregunta, ayudándome a limpiar. Yo tengo un plato de comida. Hayden tiene tres. Bastardo afortunado.

—Intenté con mi cadera, pero, o lo hice en el lugar equivocado o me apuñalé demasiado fuerte, porque estoy bastante segura que me golpeé el hueso de la cadera y ahora tengo un enorme moretón. No lo he hecho tanto porque me duele, y por eso he estado tan cansada. Mis niveles son bajos.

—Entonces, ¿planeaste no volver a tomarlo por mí y por Kova?

—No. Quiero decir, lo habría hecho eventualmente, pero el moretón en mi pierna era bastante malo, así que...

—Muéstrame.

Me levanto la camiseta y me bajo los pantalones cortos lo suficiente para mostrarle a Hayden el feo moretón de mi lado izquierdo. La aguja es pequeña, pero deja tras de sí horribles tonos de azules profundos y amarillos pardos.

Se agacha para quedar a la altura de mi cintura y sus dedos acariciaron suavemente mi piel.

—Maldita sea, eso parece muy doloroso.

—Sí, sobre todo cuando golpeo las caderas sobre las barras en la parte superior.

Mira hacia arriba.

—Me imagino que sí. —Sus palabras están llenas de simpatía. Sigue pasando el dedo por el pequeño bulto que se formó bajo mi piel—. No creo que la aguja deba ir ahí... esa podría ser la razón del moretón. ¿Quieres que llame a mi madre y le pregunte, y entonces puedo hacerlo por ti?

Mis cejas se fruncen.

—¿Cómo lo va a saber ella?

—Es enfermera, ¿recuerdas? —Entonces levanta las palmas de las manos, ambas callosas, resecas y peladas, y me doy cuenta de los desgarros.

Se me iluminó la cara.

—¡Me olvidé por completo de la crema para pezones!

Su cara cae, toda la expresión anulada. Inclina la cabeza hacia mí y me señala con el dedo, con sus ojos azules de acero entrecerrados.

—Oye, no critiques la crema para pezones. Esa mierda es mágica.

Riendo, apenas puedo pronunciar mis siguientes palabras.

—De acuerdo. Llama a tu milagrosa y ve lo que tiene que decir.

Diez minutos más tarde, Hayden estaba preparado con una aguja y la zona de la inyección frotada con alcohol.

—¿Qué estás esperando? —le pregunto a Hayden. Cuando no responde, lo miro por encima de mi hombro y contemplo sus ojos embobados—. ¿Qué te pasa? —Como no responde, digo—: Nunca has inyectado a alguien, ¿verdad? —afirmo más que pregunto. Niega con la cabeza.

—Por supuesto que no. ¿Cuándo lo habría hecho? No quiero hacerte daño.

—La primera vez que tuve que hacerlo por mi cuenta, me quedé petrificada. Me llevó más de una hora hacerlo y una charla de ánimo de mi padre. Tu madre es enfermera y te dio un paso a paso, algo que yo no tenía. Tengo plena confianza en ti. Sé que lo harás bien y que no me harás daño. —Sus ojos recorren la pequeña zona de piel. Apunta más cerca—. La primera vez siempre es la peor, así que métela y vamos.

Los ojos coquetos de Hayden se dirigen a los míos y me tapo la boca al darme cuenta de lo que dije. Me río detrás de mi mano.

—He estado intentando meterla —replica, sonriendo de oreja a oreja, y eso solo me hizo reír más. Hayden se coloca detrás de mí. Agarrando mi cadera opuesta, inserta la aguja con el máximo cuidado y profesionalidad.

Grito con fuerza y salto.

Hayden se pone delante mío, preocupado y culpable. La aguja está en el aire.

—¡Lo siento mucho!

—Solo estoy bromeando. No me has hecho daño. —Sonrío.

Su cara decae, sin impresionarse.

—Sabes, eres una verdadera idiota. Sinceramente pensé que te había hecho daño.

No puedo evitar reírme.

—No me has hecho daño, lo prometo. Siempre jadeo y salto porque odio las agujas, pero no me has hecho daño.

Hayden se pone detrás mío y coloca una tirita sobre el lugar de la inyección. Respiro a propósito una fuerte bocanada de aire.

—Eso no fue tan malo ahora, ¿verdad? —pregunto.

Me doy la vuelta mientras Hayden niega con la cabeza. Tapa la aguja y la coloca en la encimera.

—No, en realidad no lo fue.

—No estoy segura de lo que haría sin ti, Hayden. —Le sonrío, agradeciendo su amabilidad y consideración. Siempre tiene en mente mi mejor interés—. Solo asegúrate de estar libre la próxima vez que te necesite.

—Cuando quieras que te meta algo, soy tu chico.

Capítulo 51

—¿Cómo te sientes? —me pregunta Kova a primera hora de la mañana siguiente mientras metía mi bolsa de viaje en la taquilla.

Tenía demasiada mierda ahí dentro y tuve que apretarla. Tal vez mañana lo limpie. Probablemente no.

Miro por encima de mi hombro. Kova está apoyado en la puerta, con los brazos cruzados frente a su pecho, evaluándome y con un aspecto más fresco que nunca. Maldito sea el hombre y su buen aspecto.

Al darme la vuelta, me encojo de hombros con indiferencia, como si su presencia no me inquietara, pero la verdad es que siempre lo hacía.

—Bien. ¿Por qué?

Inclina su barbilla hacia mi pierna. Incluso eso era sexy. Por Dios. Necesitaba controlarme.

Cuando me di cuenta de a qué se refería, mis cejas se dispararon y mis ojos se fijaron en los suyos.

—¡Oh! ¿Te refieres a mi Aquiles? —Me levanto en puntas de pie y reboto ligeramente. Frunzo el ceño. No me dolía nada. Ni siquiera estaba sensible. De hecho, cuando me levanté esta mañana, la lesión no se me había pasado por la cabeza como solía ocurrir cuando aplicaba peso a la pierna. No había sentido nada.

—¿Cómo puede haber funcionado tan rápido? No tengo ningún dolor. Se siente... normal. —Y así fue. No estaba segura de cómo era posible, pero lo era, y me sentía muy bien. No había tenido molestias en el último año, y ahora me sentía como un millón de dólares.

La más mínima sonrisa inclina su boca. Estaba orgulloso de sí mismo. Bastardo presumido. No debería sorprenderme. Kova era un perfeccionista y se esforzaba por ser el mejor en todo lo que tocaba.

—Hoy, después del entrenamiento, haré un ligero masaje y mañana haremos otra ronda de patinaje.

Genial.

—¿Estará tu amigo allí?

—Sí. Lo tendré conmigo durante hoy y mañana para supervisar. El hecho que no tengan ningún dolor en este momento no significa que debes esforzarte y hacer más.

—No lo haré.

Kova duda y luego dice:

—Pareces renovada.

Reflexiono sobre sus palabras.

—Me tomé otra dosis de vitamina B12. Ha sido un puñado de días, pero Hayden me ayudó a hacerlo bien esta vez. Suele hacer efecto muy rápido.

Un músculo de su mandíbula se crispa. Su expresión se apaga. No dice nada durante un largo minuto antes de señalar detrás de él.

—Ven. Deja que te vende el tobillo.

Seguí a Kova hasta el gimnasio, donde me siento en el suelo y levanto el pie en el aire.

—¿Supongo que te sientes mejor?

—¿Mejor? —pregunta, con la voz picada.

—Sí, ¿recuerdas cuando estabas en casa enfermo la semana pasada? —Intento no sonrojarme mientras pienso en la noche en que nos enviamos mensajes de texto. Cuando continúa con su mirada perdida, digo—: Nos enviamos mensajes de texto después de la competición... —Sus cejas se juntan—. Tuviste que estar mortalmente enfermo para estar fuera tanto tiempo. ¿Tomaste finalmente la medicación? ¿Qué dijo el médico?

Kova permanece en silencio durante un largo rato. Estudio su rostro sombrío, tratando de entender lo que estaba pensando. No tenía ninguna expresión, su atención se centraba únicamente en la tarea que tenía entre manos.

—El vodka cura lo que la medicación no puede —digo, evitando el contacto visual. Me venda el pie y la pantorrilla y me ayuda a levantarme. Me ajusta el leotardo, tirando de los bordes elásticos para que se estirara y se ajustara mejor, esperando instrucciones. Mira a todas partes menos a mi cara.

—Aparentemente sí. Debes haber tomado tanto vodka que has olvidado nuestra conversación.

—Ve a la bóveda —dice rígidamente—. No hagas esperar a Madeline.

Asiento con la cabeza. Inclinándome, digo en voz baja:

—Por cierto, todavía tengo tu foto de la polla guardada en mi teléfono. La miro todas las noches. —Sus ojos se abren de par en par y yo sonrío, luego corro hacia Madeline, agradecida de no tener que hacer los tres kilómetros de la mañana.

Afortunadamente, el bicho que le había subido al culo a Kova esta mañana al mencionar el nombre de Hayden hacía tiempo que había desaparecido. Para un hombre tan seguro de sí mismo y de su trabajo, no podía soportar el nombre de otro hombre en mis labios. Eso parecía ser un punto de inflexión para él.

Después de una larga y exigente práctica de diez horas con un pequeño descanso para comer entre medias, estaba lista para que el día terminara. Cubiertas de tiza y húmedas de sudor, las palmas de mis manos estaban rojas y sensibles mientras me escarbaba la piel muerta mientras esperaba a Kova y a la Dra. Hart en la sala de terapia. Por suerte, mis desgarros no eran graves, pero cada vez que tenía piel seca que se había enrollado, no podía dejar de hurgar en ella. En realidad, me gustaba hurgarla.

Problemas con los gimnastas.

Una voz profunda y áspera, con un fuerte acento ruso, resuena en el pasillo. Mi corazón se acelera cuanto más se acercaban sus voces, y momentos después, tanto Kova como su amigo entraron en la habitación.

Eran polos opuestos y, sin embargo, no sabía a quién mirar primero. Ambos eran devastadoramente guapos. Ambos estaban fuera de los límites. Ambos eran capaces de provocarme dolor.

Bien. Estaba un poco nerviosa y mis pensamientos estaban en todas partes menos donde deberían estar. No tenía sentido. Tenía la sensación que este masaje iba a doler más que ser relajante, aunque sabía que el resultado valdría la pena... eso esperaba.

—¿Preocupada? —pregunta el Dr. Hart.

Me siento erguida y lo miro directamente a los ojos.

—¿Por qué iba a preocuparme?

Sus ojos bajan rápidamente a mi boca y luego volvieron a subir.

—Te estás mordiendo el labio inferior.

Me detuve inmediatamente y él sonríe . Era tan astuto como Kova.

Los dos chicos se acercaron y se pusieron delante de mí y yo contuve la respiración. Por alguna razón estaba ansiosa.

—Aunque solo tengas una lesión en una pierna, hoy vamos a masajear las dos para que Kova pueda imitar mi técnica. Así podrás decirme quién presiona más fuerte y demás. ¿Te parece bien? —Antes que pudiera responder, dice—: Bien. Ahora ponte boca abajo y deja los pies colgando.

No dije ni una palabra, solo me puse boca abajo y luego tiré de mi leotardo para que mi trasero quedara lo más cubierto posible. Quería que esto terminara lo más rápido posible.

—Ah, perdón. —Miro por encima del hombro al amigo de Kova. Sus ojos se movían por la habitación y se frotaba las manos—. Me acabo de dar cuenta que me he dejado la bolsa en la camioneta. Vuelvo enseguida.

En cuanto salió de la habitación, Kova no perdió ni un segundo y se acercó a mí, con intención en su paso. Me levanté sobre los codos y junté las manos.

Bajando la voz hasta apenas sobrepasar un susurro, se inclinó a la altura de las caderas y dijo:

—Veo la forma en que lo miras. Está casado, Adrianna.

Adrianna. Mi primera reacción fue estremecerme, pero me mantuve firme y sin emoción.

—Y tienes una novia desde hace mucho tiempo, pero eso nunca te detiene.

Parpadea.

—¿Quién dijo que iba a hacer algo? —Nunca tuve la intención de hacerlo, era lo último que necesitaba, pero no podía negar lo atractivo que era el hombre.

—No estoy bromeando. No te hagas ilusiones.

Esta vez no pude controlarme y me quedé embobada. Abiertamente miré a mi imbécil entrenador.

—No puedes hablar en serio.

—Mortal.

Una sonrisa lenta, extremadamente lenta, se extendió por mi cara, como el gato que se comió al canario. Bajé los ojos e incliné la cabeza hacia delante para tener que mirar a través de mis largas pestañas. A pesar que Kova se metía en mi piel por cosas tan triviales que me daban ganas de golpear árboles, me encantaba pelear con él. Me encantaba provocar una reacción cuando se encendía y no podía hacer nada más.

—Empiezo a preguntarme si solo me gustan los *hombres* mayores y muy apegados. —Miro a propósito sus labios besables para que se diera cuenta que estaba pensando en él—. Al igual que la gimnasia, son un reto. Y ambos sabemos lo mucho que me gusta un buen reto.

Sus ojos se abren de par en par. Sonreí, satisfecha de mí misma. Y, como si no pudiera haberlo programado mejor, el Dr. Robusto y Guapo volvió a entrar con su bolsa en la mano. Me dediqué a recorrer con la mirada el cuerpo de su amigo mientras Kova lo observaba agazapado a mi lado y en silencio. Jamás me interesaría por él, pero Kova no tenía por qué saberlo. Eso le pasaba por ser un imbécil celoso.

Me di la vuelta, asegurándome de ignorar a Kova mientras lo hacía, y dejé caer la cabeza entre los brazos. El Dr. Hart le dio instrucciones a Kova y lo guio, y luego ambos pusieron sus manos en mis piernas, comenzando cerca de la parte posterior de mi tobillo y empujando hacia la rodilla para calentarme. Tenía los ojos en blanco mientras sus manos se movían con movimientos circulares. Me sentí muy bien.

—¿Alguna vez recibes masajes de tejido profundo, Adrianna? —pregunta el médico.

—No. Nunca. —Algo me decía que los masajes de tejido profundo se hacían en una habitación acogedora y relajante con velas de té con aroma a lavanda y música de selva tropical de fondo. No tan clínico como esto.

—Deberías. Son bastante importantes para ti teniendo en cuenta para qué te estás entrenando. Las toxinas necesitan descomponerse y los músculos

necesitan alinearse con el tejido conectivo. Ayuda enormemente a una recuperación más rápida.

—Ya está lidiando con bastante, y en su agenda apenas cabría una hora de masaje.

—Kova. —Su amigo dice su nombre como si le estuviera regañando. Luego me pregunta—: ¿Tienes algún problema de flexibilidad o movilidad?

Levanto la cabeza y miré a la pared para que mi voz no sonara apagada.

—Tenía problemas con los flexores de la cadera, pero Kova me ayudó con eso. Estoy en mucha mejor forma que cuando llegué.

—El masaje podría haber ayudado a acelerar ese proceso también.

Es entonces cuando decido mirar a Kova por encima del hombro. Le doy una patada en la pierna para llamar su atención y su cabeza se levanta.

—Sabes, podría haber dormido una hora menos si lo necesitaba. Estoy segura que podríamos haberla encajado en algún sitio.

Detiene sus movimientos, mientras su amigo continúa los suyos.

—¿En serio vas a interrogarme? ¿Después de todo?

—Sí, así es. Me las habría arreglado si hubiera tenido que hacerlo. Sabes que lo habría hecho.

—No. —Sacude la cabeza—. No había manera. Ya te vas por las ramas, Adrianna.

Su amigo se ríe.

—Ustedes dos pelean como un viejo matrimonio. Se está haciendo tarde. No estoy seguro de lo que tienen planeado después del entrenamiento, pero podríamos hacer uno después de trabajar tu Aquiles.

—Sí —digo automáticamente. Cualquier cosa ayudaría. Kova no respondió. Se limitó a mirarme como si quisiera estrangularme hasta la muerte.

—Te dolerá —advierte el Dr. Hart.

—La historia de mi maldita vida.

Vuelve a reírse.

—¿Kova? ¿Qué dices, amigo?

Solo alguien que conociera a Kova reconocería el brillo de sus ojos o la ligera torsión de sus labios. Era una mirada sucia y taimada que hablaba de libertinaje.

Sus manos comenzaron y esta vez empujaron los músculos con más fuerza. Mi estómago se apretó y traté de no reaccionar al dolor. Ambos hombres aplicaron la misma presión. Sus pulgares trabajaron juntos, amasando el músculo y el tendón.

—Tengo que llamar a mi amor y ver si Kat planeó algo para nosotros esta noche.

Mis ojos cayeron en un resplandor.

Eso. Maldito. Iba a ir allí.

—Ah, la impresionante Katja. ¿Cuándo diablos te vas a casar con ella ya?

Mi corazón se detuvo. Contuve la respiración mientras Kova me observaba con una mirada de indecisión. No sabía qué hacer, al menos así quería leerlo. ¿Pero casarse con Katja? ¿Después de todo? Nunca lo haría. No después de haberla engañado tanto conmigo. De ninguna manera.

¿Verdad? ¿Cómo podría?

—Te vas a casar con ella, ¿verdad? —Se revolvió—. Quiero decir, has estado con ella desde que eran niños. ¿Qué esperan?

Observo cómo su nuez de Adán se movía con una lentitud estúpida. Con los ojos clavados en su boca, me pareció escuchar mal su respuesta a pesar de leer sus labios.

—Eventualmente, sí.

Mis labios se separan, sorprendidos, y me asalta el temor que estuviera diciendo la verdad. Todo a mi alrededor se desvaneció en negro. No podía oír. No podía ver. No podía hacer nada. No había forma de ocultar el dolor que se extendía por todo mi ser como un incendio. Me ardía el pecho y se me caía la cara cuando captaba la fugaz mirada de remordimiento en los ojos de Kova. Lo lamentaba, pero el daño ya estaba hecho. Otra vez. No estaba segura de si lo que había dicho era en serio o no, pero la verdad era que no quería saberlo. Dijo las palabras que sabía que me devastarían más y eso era lo que importaba.

—Jesús. Tu Aquiles está brutalmente apretado —dice el doctor Hart, sacándome de mis pensamientos apenados. No quería imaginarme a Kova casándose con Katja. La idea hace que se me revolviera el estómago. Me daba náuseas. Tal vez se casara con otra persona después que él y yo hubiéramos terminado al ciento ochenta y siete por ciento, y se debiera a que ambos estuviéramos de acuerdo en que nunca funcionaría.

Pero no Katja, porque después de todo lo que compartimos entre nosotros, eso significaba que yo nunca había sido suficiente para él desde el principio, que solo era una muñeca para que jugara, y ella no lo era.

Miré al doctor, repitiendo sus palabras en mi cabeza. Estaba demasiado asombrada para comunicarme.

—Me sorprende que no se haya roto del todo —dijo.

Aturdida, me volví a girar y dejé caer la cara sobre mis brazos cruzados, sin importarme si mi voz estaba apagada ahora.

—Sí... soy bastante consciente de ello y trato de tener cuidado por ese lado.

No estaba segura que tuviera sentido, pero no me importaba.

Una hora más tarde, el Dr. Guapo se había ido y yo estaba doblada de dolor por el masaje de tejido profundo, con miedo a ponerme de pie. Lo hice y atravesé con cuidado el pasillo hasta las taquillas. Mañana estaría excepcionalmente dolorida, pero el médico había insistido en que me sentiría como una persona nueva y con más energía cuando llegara el fin de semana para el último encuentro antes de volver a casa.

Debería haber dicho que no al masaje. Debería haberles pedido que se detuvieran y fingir que estaba enferma o algo así. Pero no lo hice. En cambio, acepté el dulce dolor y lo consideré mi consecuencia por haber provocado a Kova antes. No pronuncié una palabra, no jadeé ni contuve la respiración, ni derramé una lágrima ni pedí que fueran más ligero. Me quedé inmóvil, boca abajo y muriéndome por dentro a causa de sus manos artesanales que sabían manipular y aliviar mis músculos, y renuncié a las toxinas y a las palabras de Kova.

Si solo pudiera renunciar a Kova.

El karma. Eso me pasa por jugar con los grandes.

Sacando mi bolsa de lona, me planteo limpiar mi taquilla cuando Kova entra. Miro por encima del hombro, pero no digo nada.

Apoya su lado contra la taquilla y me mira fijamente.

—¿Qué quieres?

—Adrianna, si esto es sobre Kat…

—Realmente no quiero hablar de ello, Kova. —Suspiro, incapaz de ocultar el dolor que sentía—. Tal vez necesitaba oírlo para salir de esta tierra de fantasía en la que he estado viviendo sobre nosotros, no lo sé. —Me trago las lágrimas y miro el contenido de mi casillero. No podía mirarlo todavía. Mi voz se quebró por la emoción—. Supongo que no esperaba que te casaras con ella después de todo. ¿Cómo podrías vivir contigo mismo después de tanta mentira y engaño? No puedo creer que vaya a decir esto, pero no es justo para Katja. Aunque no tengamos una relación etiquetada, no puedes ser completamente ajeno al hecho que hay algo más entre nosotros. ¿Estoy diciendo que exploremos eso ahora mismo? Dios, no. —Hago una pausa por un momento—. No sé lo que estoy diciendo, tal vez sea unilateral, tal vez soy demasiado optimista y esperanzada. En cualquier caso, era algo que necesitaba oír. Pone las cosas en perspectiva, eso es seguro. Siempre puedo dejar que me corte en profundidad.

No se enfada cuando responde . En cambio, es amable:

—Hay muchas cosas que no sabes.

—Porque no me lo dices.

—Adrianna…

—Supongo que soy estúpida e ingenua. No quiero hablar más de ello —digo, cerrando suavemente mi taquilla. Finalmente lo miré y le dejé ver las lágrimas que amenazaban con caer de mis ojos—. Tengo que irme.

Para mi sorpresa, nunca le había visto tan alterado y tan culpable y lleno de vergüenza a la vez. Sus ojos escudriñaron mi cara, mi boca, mis ojos, estaban en todas partes.

Sacudiendo la cabeza, le rodeé y me dirigí hacia la puerta. Justo antes de salir de la habitación, los susurros entrecortados de Kova en ruso llegaron a mis oídos. Miré por encima del hombro y vi cómo su puño se estrellaba contra una taquilla, dos veces. Salí rápidamente, pero me asomé por la pequeña abertura de la puerta y observé.

Kova se da la vuelta y se apoya en las taquillas. Echa la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo. Su rostro estaba rígido, su mandíbula

rechinaba. Un dolor agudo me atravesó el pecho. Sentí todo lo que exponía cuando creía que nadie lo veía. Todo. Hizo falta fuerza para no volver a entrar y hablar con él.

Echo una rápida mirada a sus nudillos enrojecidos. La piel se había roto y la sangre goteaba en el suelo mientras apretaba el puño.

Podía ser muchas cosas cuando lo necesitaba, pero me negaba a consolarle por su inminente matrimonio.

Capítulo 52

No había dormido más de diez horas en todo el fin de semana debido a la agitada agenda de la competición y a los vuelos de ida y vuelta.

En realidad, no podía permitirme descansar. O pensar en lo que Kova le había dicho a Ethan, o cómo lo había dejado en el vestuario. No me lo había permitido. Tuve la mente en una sola dirección durante todo el fin de semana y así se mantuvo. Incluso conduciendo de vuelta a Palm Bay, me negué a pensar en ello. Me dolía demasiado.

El reloj seguía corriendo. Cada encuentro en el que quedaba entre los tres primeros me acercaba un poco más a los Juegos Olímpicos. El primer puesto era siempre el objetivo. A pesar que el segundo puesto era el que perdía el primer lugar, seguía estando contenta. La plata seguía poniéndome en la parrilla. Estaba compitiendo contra gimnastas sin lesiones y mucho más jóvenes. Las probabilidades estaban indiscutiblemente en mi contra, pero mi empuje y mi determinación superaban a los suyos y eso se reflejó en mi rendimiento.

En el último encuentro, el Secret U.S. Classic, quedé primera en salto y barras, y segunda en suelo. Me había ido con dos medallas de oro y una de plata. La viga estuvo muy reñida y estuve a punto de conseguir el bronce, pero no lo conseguí. Aun así, era de oro y me sentía confiada.

El lunes llegó rápido y con fuerza. Arrastrarse fuera de la cama estas mañanas había sido una tarea en sí misma. Incluso ahora estaba muy cansada y era medio día. Tres días de entrenamientos seguidos, dos sesiones de blading -una a última hora de la noche del domingo, cuando llegamos a casa, y otra antes de irme- y luego estaba libre durante toda una semana. Ese había sido mi objetivo y mi enfoque y lo que me ayudó a mantenerme motivada.

Las cuchillas… Hombre. Qué diferencia había hecho. Y aún más, el masaje de tejido profundo. No podía creerlo, pero el Dr. Hart había tenido razón. Me

sentía como una persona nueva con un poco de ánimo en mi paso y cuando llegó la hora de la competición, tenía un cuerpo completamente nuevo. Era extraordinario no tener dolor y desafiar la gravedad. Insistí en que Kova los incluyera en mi agenda. Le dije que si *mi entrenador no* podía ayudarme y hacer que funcionara, iría a un fisioterapeuta.

Me dirigió esa infame mirada ante mi demanda.

Tengo lo que quería.

No pude evitar preguntarme cómo me habría ido si los hubiera tenido antes.

—*Bez truda, ne vitashish i rubku iz pruda.* —Kova me había dicho en ruso en la reunión—. Sin dolor, no hay ganancia.

Odiaba ese dicho, y cuando se lo había dicho, además de recordarle que no me dolía, se había limitado a encogerse de hombros, indiferente.

—Físicamente no, pero tu orgullo sí. —Había respondido.

Odié que tuviera razón. Me había preguntado cómo estaba, y le di una respuesta genérica. Así fue como mantuvimos nuestra relación durante todo el fin de semana: una pregunta con una respuesta básica. Sin embargo, cuando hacía un aterrizaje o recibía la mayor cantidad de puntos permitidos en mi rutina, ambos sonreíamos de oreja a oreja y nos dábamos abrazos como si fueran gratis.

Pero nada era gratis. Todo tenía un precio.

Tras más de dos horas de viaje, llegué a la finca de mi familia, dispuesta a pasar las vacaciones de Semana Santa con ellos. Puede que residamos en una isla ostentosa, pero nuestra opulenta casa era un oasis secreto de paz y tranquilidad, y mi cuerpo lo estaba deseando. Necesitaba urgentemente el descanso, sobre todo porque este mes sería extremadamente caótico con los próximos campeonatos. Y los campeonatos eran muy importantes. Si no quedaba clasificada entonces, estaba básicamente jodida.

Se me revolvió el estómago y una sensación de temor me nubló al atravesar las puertas de hierro. Sin las inyecciones de B12 y la pura fuerza de voluntad para seguir adelante, podría colapsar en cualquier momento, pero había una sensación inquietante en mis entrañas y me mantuvo alerta mientras aparcaba mi auto.

Echando un vistazo al exuberante paraíso tropical que mis padres construyeron antes que yo naciera, nada parecía fuera de lugar. Saqué las llaves y me senté en el silencio de mi auto tintado y me quedé mirando. Tal vez me estaba preocupada por nada. Ya tenía muchas cosas en la cabeza. Pero el camino de entrada estaba vacío, sin los autos de mis padres.

No tardé mucho en llegar a la casa de mi infancia, deshacer las maletas y volver a bajar en busca de mi madre y mi padre. Le envié a Avery un mensaje rápido para avisarle que estaba aquí y que se pasara, pero no respondió. Envié mensajes a mis dos padres y tampoco respondieron. Sin nada más que hacer que esperar, decidí acostarme y descansar los ojos.

—Vaya, vaya, vaya, no te ves increíble. —La melosa voz de mamá sonó detrás de mí. Me di la vuelta y mis ojos se encontraron con los suyos, orgullosos, que brillaban de placer. Me deja un poco asqueada. Siempre había sido delgada, y ahora sabía que estaba extremadamente flaca. Como una Barbie. Estaba demasiado contenta con mi aspecto, y me hizo preguntarme qué había sentido por mí hace un año o así, cuando solo pesaba cinco kilos más. Casi me pregunté si quería que me viera, o fuera, anoréxica.

Me lo quito de encima y la abrazo.

—Hola, mamá.

—Estoy tan contenta de que hayas podido venir a casa por un tiempo. La Pascua no sería lo mismo sin ti.

—Me alegro de estar en casa.

Mamá me abrazó un poco más fuerte antes de soltarme. Miró hacia abajo y frunció el ceño.

—Pareces un poco cansada.

—Acabo de despertarme de una siesta.

—Ah, vale. Solo asegúrate de usar crema para los ojos. Nunca es demasiado pronto para empezar. Un poco de corrector para las ojeras también. ¿Sí?

Asentí, con una leve sonrisa en los labios.

—Por supuesto.

Me da una palmadita en el hombro, satisfecha con mi respuesta. Como si fuera a preocuparme por la crema de ojos a mi edad. Ya tenía suficientes cosas que cargar sobre mis hombros.

—Tu padre y yo tenemos algo que nos gustaría hablar contigo. ¿Tienes un minuto?

Asiento con la cabeza y le sigo. Al entrar en el despacho de mi padre, me encontré con la más hermosa puesta de sol que florecía a través del gran ventanal que daba al rico y verde césped. Los cálidos rayos de color naranja sangre y los tonos rosados llenaban la habitación. Inhalé como si pudiera respirar los colores. Deseé estar fuera. Echaba de menos la playa. Aquí olía a cuero viejo y a comodidad, tal como lo recordaba. De niña, solía sentarme en el suelo y jugar con mis Barbies durante horas mientras él trabajaba. Mamá solía intentar echarme. Aunque nunca pronunciaba una palabra y no me atrevía a molestarla, ella decía que yo era una molestia y que él necesitaba silencio para concentrarse, pero él siempre le decía que me dejara en paz. Un día, al entrar, encontré mi casa de muñecas Barbie en su despacho. Papá la había trasladado allí junto con un baúl de muñecas y la ropa de ellas. Esa fue la última vez que intentó apartarme.

Papá levanta la vista y una enorme sonrisa se dibuja en su rostro en cuanto me vio. Corrí y le di un abrazo.

—¡Papá!

—Mi pequeña princesa —dice, retirándose—. ¡Estoy tan feliz de ver tu hermosa cara!

Había sido la niña de papá desde el momento en que nací. Y a él le encantaba.

Antes que pudiera decir una palabra, mamá intervino:

—Frank, ¿tienes un momento para repasar lo que hemos hablado?

Papá volvió a mirarme, esta vez la gravedad pesaba en sus rasgos. Asintió con la cabeza y señaló hacia sus sillas de cuero color cereza. Tomé asiento y mamá se sentó a mi lado. Tenía una cara de "Esposa de Stepford" que podía cortar el cristal. Una sensación molesta y preocupante se instaló en mi vientre. El silencio nos envolvió. Miré a papá, que había metido la mano en el cajón de su escritorio y había sacado un periódico doblado. Lo abrió, le dio una fuerte sacudida para que se aplanara y se puso de pie. Su rostro se contorsionó y mi estómago se hundió.

Bajó el periódico, apretó los labios y miró hacia otro lado, deslizando el papel hacia mí con una fuerte exhalación.

Antes de ojear el papel, miro a mi madre, pensando que podría ser para ella, pero no lo era. Hace un elegante gesto con la mano extendida y la palma hacia arriba para que lo cogiera. Vacilante, extendí la mano y vi lo que había hecho cambiar tan rápidamente el tono de mis padres.

Palidecí. Se me cayó la mandíbula. Mis ojos se abrieron de par en par. Mi estómago, y mi corazón, cayeron al suelo. Parpadeé largamente. Y volví a parpadear largamente, sin creerme las palabras escritas en negrita, impresas a propósito para llamar la atención de todos. Un sonido ensordecedor llenó la habitación mientras me quedaba sentada, inmóvil, en el despacho de mi padre, releyendo una y otra vez la primera página, un periódico impreso estrictamente para los residentes de Amelia Island.

"LA PRINCESA ELEGANTE DE PALM BAY SE ESTÁ PONIENDO MUY CÓMODA CON SU ENTRENADOR".

Bajo el titular en cursiva, se leía...

"¡Atrapada en el acto! La adolescente de la alta sociedad Adrianna Rossi seduce a un renombrado entrenador de gimnasia".

Junto al titular había fotos mías en mis encuentros. Yo abrazando a Kova de espaldas a la cámara. Otra foto enfocaba mi cara mientras le dedicaba a Kova una sonrisa, de nuevo de espaldas a la cámara. La siguiente le mostraba en cuclillas frente a mí, con las manos en mis caderas y las yemas de los dedos presionando mi trasero por encima del leotardo. Su gorra de béisbol estaba colocada sobre su cara, y solo se veía la barba incipiente de su barbilla.

Ninguna de las fotografía era ofensiva o desagradable a mis ojos. Todos los gimnastas y los entrenadores eran cercanos y muy prácticos. Es lo que tiene el deporte. Pero la foto que más me llamó la atención, la que ocupó más espacio y protagonismo, fue la que se tomó en algún lugar fuera de mi complejo.

Alguien se había escondido en los arbustos.

Kova me tenía acunada contra su pecho, con mi cara enterrada en su cuello y un brazo colgado sobre su hombro, mientras entraba en mi edificio.

Esto parecía la definición de lo íntimo. El sol se había puesto y yo llevaba muy poca ropa, casi nada. *Mi* bolsa de viaje estaba sobre *su hombro* y parecía que me había quedado dormida. El ángulo de la foto ocultaba su cara y hacía que pareciera que Kova me estaba dando un beso en la mejilla.

Joder. Tragué con fuerza, tratando de averiguar cómo demonios iba a salir de esto. Kova no me había besado fuera, siempre habíamos tenido cuidado en público. Supe de inmediato que tenía que interpretarlo como nada inusual, cuando en verdad, esta foto en particular no era buena. Quedaba mal, muy mal, sobre todo al lado de las otras en las que básicamente tenía corazones palpitantes en los ojos mientras lo miraba como una adolescente enamorada.

Las otras fotos de los encuentros eran comunes pero completamente sacadas de contexto, y a eso iba. Si estos paparazzi hubieran hecho sus deberes, habrían visto que no era nada fuera de lo común. Pero claro, para qué hacer eso cuando pueden darle la vuelta para ganar dinero. Especialmente cuando la familia era conocida y vivía en la prestigiosa Isla Amelia. Fama. Dinero. Privilegio.

Suspiro para mis adentros y controlo mis facciones. Dejo el periódico en el suelo y miro a papá y luego a mamá.

Fingí confusión, con la voz indignada:

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —replica mamá, con una voz mucho más alta que la mía. Se inclina hacia delante, cogió el papel y lo levantó para que lo viera de nuevo. Lo agitó, con el sonido de los papeles golpeados entre sí—. ¿No ves cuál es el problema?

Con la cara seria, echo otra mirada rápida al periódico y luego a ella. Por supuesto que sí, pero tuve que hacerme la tonta.

Me encojo de hombros pensando que le estallaría un vaso sanguíneo en el ojo.

—Son fotos mías y de mi entrenador. ¿Cuál es el problema? Puedes encontrar el mismo tipo de fotos de cualquier otro entrenador y gimnasta en Internet.

—¿Me estás diciendo que cada entrenador lleva a su gimnasta a su casa y le besa la mejilla? ¿En serio no ves el problema?

—No me besó. —Miro a papá. Inclina la cabeza hacia un lado. Sentía que podía ver a través de mí.

Definitivamente no es la bienvenida a casa que esperaba.

Un resoplido exasperado, pero a la vez femenino, salió de mamá.

—¿No es esto exactamente lo que sospechaba cuando estábamos en la competición, Frank? ¿Que dije que parecían demasiado amistosos en el encuentro, y luego en nuestra habitación de hotel?

Baja la barbilla. Miro los ojos optimistas de mi padre; sabía que estaba tratando de averiguar qué era real y qué no.

—¿Ves? —Tira el papel de forma espectacular sobre el escritorio y se sienta—. Hasta tu padre lo vio.

Levanta un dedo.

—Joy.

Se detuvo inmediatamente.

—*No pensé que* fueran demasiado amistosos —se burla como si la idea le repugnara—. Fuiste tú quien asumió que había algo más. Pero este artículo... —Hace una pausa y me mira—. Ves lo mal que queda, ¿verdad, Ana? Sobre todo en ti.

Miro las fotos y luego vuelvo a mirar hacia arriba. Me muerdo el labio inferior para ser un poco más convincente.

—¿Supongo que sí? —Mi voz era suave y tranquila, y señalé las fotos del encuentro—. Es decir, todo eso es normal. Ustedes estaban allí. Vieron a las otras chicas, estaban igual con él, y otras gimnastas y sus entrenadores hicieron exactamente lo mismo. Esto no es inusual.

Mamá intervino:

—Puede que no sean inusuales, pero atrae la atención no deseada hacia nosotros. Hace que parezca que tú... tú... como si estuvieras alucinando con tu entrenador.

Papá la ignoró.

—¿Y qué hay de este?

Tragué saliva y me mantuve neutral.

—Ese día tuve un entrenamiento muy duro. Estaba mal. No había comido, apenas podía caminar, me dolía el tobillo. Había trabajado demasiado y había agotado toda mi energía. Así que le pedí que me llevara a casa, y lo hizo. Es mi bolsa la que lleva. —Una mentira parcial. Kova insistió en llevarme a

casa—. Tomaron las fotos fuera de contexto y corrieron con ellas, papá. Sabes que lo hicieron.

Papá se sienta y se recuesta en su silla. Nos miramos fijamente, pero no de forma fulminante y amenazante. Me mira como si tratara de leerme, de ver la verdad y esperara que nunca fuera como lo que insinuaba mamá. Sus ojos parpadeaban. Odiaba mentirle a mi padre sobre cualquier cosa, pero esto no era nada, y no podía dejar que pensaran más. Necesitaba poner mi mejor cara de evento social.

—Hiciste que esta familia pareciera una basura. No creo una palabra de lo que dices, ni una sola. Algo no está bien, y lo sé. Esta pequeña fantasía tuya termina ahora. Tienes que empacar tus pertenencias y volver a casa.

—¡Qué! —grito, saltando de mi silla. Veo el rojo, mi corazón se acelera—. ¡Papá! ¡Dile a mamá que eso no puede pasar! Que no va a pasar!

—Joy.

—En todo caso, ayudo a nuestra imagen. —Me vuelvo hacia mi madre—. Tienes una hija que es una gimnasta de élite con la posibilidad de ir a los Juegos Olímpicos. Hasta ahora he quedado entre las tres primeras en todos los encuentros. Muy pocos llegan a este nivel. ¿Tienes idea de lo que eso significa?

Puso los ojos en blanco. Mi madre puso los ojos en blanco, y de todo lo que podría haber hecho o dicho, eso era lo menos que esperaba. Su flagrante falta de respeto hacia mí cinceló algo en mi interior y cayó como piedras en mi estómago. Me dolió terriblemente, y si no estuviera ya enfadada por su sugerencia de dejar atrás mi sueño, habría sentido que mi corazón se partía por el centro.

A mi madre realmente le importaba una mierda.

—Tienes suerte que no sea una de esas socialités que se emborrachan en las discotecas y se fotografían enseñando la ropa interior. Tengo cerebro y talento y lo uso, a diferencia de esas perdedoras.

—Adrianna.

Nadie escucha a papá.

—Prefiero eso a que te cojan en brazos de un hombre llevando lo que parece un crop top y ropa interior. Un hombre de buena reputación, nada menos, un amigo de la familia, y, por no mencionar, diez años mayor que tu. *Eres*

una vergüenza. Nos hace quedar mal a todos. Al menos, emborracharse es lo que se espera de este estilo de vida y podría ser descartado. Esto nos va a seguir. ¿Cómo vamos a encubrirlo?

Me quedo allí, con la boca abierta, atónita. No estaba segura de cómo había salido de ella. No podríamos ser más diferentes si lo intentáramos.

—¿Te oyes? —pregunto apenas por encima de un susurro. Estaba sorprendida más allá de las palabras—. *¿Quieres* un adolescente borracha?

Levanta un elegante hombro y cruza las piernas.

—Es más fácil de tratar. Al menos no parecerás una zorra.

—*¡Joy!* —Papá grita.

Me tambaleo en mi asombro y me pongo de pie, enderezando la espalda. Un muro se derrumba sobre mí mientras nos mirábamos fijamente. Ella era despreciable. La malicia de sus ojos se transformó en resentimiento. No iba a ganar esta conversación. Nunca ganaría con ella. No cuando me miraba así.

—No hay nada que tratar. No voy a volver a casa. Me entreno en Cape Coral y allí me quedo. Papá, dile que me quedo allí.

Contuve la respiración, rezando a Dios para que aceptara.

—Adrianna se quedará en Cape Coral.

Las fosas nasales de mamá se encienden. Nunca la había visto tan enfadada. Se levanta de un salto con sus emblemáticos Louboutins sin siquiera tambalearse y me mira fijamente.

—No correrás hacia tu padre para todo. Soy tu madre y vas a hacer lo que *yo* diga. Vas a dejar ese pequeño hobby tuyo y vas a venir a casa inmediatamente.

Mis manos se cerraron en puños, las uñas se clavaron en mis palmas creando medias lunas. Pensé que el corazón se me iba a salir del pecho. Con los dientes apretados, dije:

—No haré tal cosa. No. Tal. Cosa. No soy tu marioneta.

No me echaría atrás. Ella necesitaba ver eso.

Parpadeé y mamá tenía su mano en mi nuca, sus dedos apretaban mi largo cabello. Una silla raspó el suelo y papá se levantó, pero no fue lo

suficientemente rápido. Mamá retiró su otra mano y me dio un golpe impactante. Se me escapó un leve jadeo mientras mi cabeza se desviaba hacia un lado en un pronunciado arco del cuello.

El sonido de la bofetada resonó en la habitación.

—¡Suéltame!

Intenté apartarla, pero ella enrolló su muñeca alrededor de mi pelo para conseguir un buen agarre, y tiró dolorosamente fuerte. Grité y tropecé con el escritorio de mi padre. Quise retroceder, pero sabía que si lo hacía me tiraría del pelo aún más fuerte. Volvió a tirar con tanta fuerza que se me llenaron los ojos de lágrimas y perdí el equilibrio.

—¡Para! —le supliqué. Mi cuero cabelludo gritaba de dolor. Tuvo que arrancarme el pelo.

Se me nubló la vista. Todo en mí se volvió frío y silencioso y me rendí. Antes de soltarme, me agarró el pelo por última vez y dio un buen tirón.

Con los ojos cerrados, contuve la respiración y me cubrí la cara mientras papá se la llevaba, echándola de su despacho.

No grité.

No grité.

No me defendí.

Siempre inmóvil, me quedé incrédula ante el dolor al rojo vivo que me recorría la cara desde la palma abierta de mi madre. Mi corazón estaba vacío. Estaba hueca por dentro. Mamá me había golpeado. Y tampoco había parado con sus palabras abusivas. Las lágrimas calientes empezaron a brotar de mis ojos, mi pecho subía y bajaba, y mi pelo me cubría la cara. El sonido de su voz estaba justo en mi oído, a pesar que mi padre casi la había sacado de su oficina.

Necesitaba alejarme.

—Adrianna.

Girando sobre mis dedos de los pies, mi garganta estaba apretada mientras salía corriendo de la oficina de mi padre. Me sujeté el pecho mientras corría en dirección contraria. Mis rodillas se tambaleaban y todos los músculos de mis muslos se volvían papilla. Era demasiado para soportar todo lo demás. Necesitaba escapar, pero apenas podía sostenerme.

Corrí por el vestíbulo, a través de la sala de estar formal y hacia el comedor formal, cuando tropecé con mis pies y me atrapé en el brazo de un sofá, y me desplomé en el suelo.

—¿Por qué insistes en torturarme?

Una voz pequeña y deprimida llamó mi atención. Me levanté, doblé la esquina y me quedé inmóvil en la entrada del comedor. Las luces estaban bajas, las persianas cerradas en una habitación que nunca utilizábamos, pero incluso a través de mis lágrimas pude distinguir la silueta de sus cuerpos en el extremo opuesto.

—¿Por qué no? —La mano de él ahuecó la mandíbula de ella—. Me gusta sacarte de quicio. Eres tan jodidamente adorable cuando te enfadas —bromeó Xavier.

Me cubrí la boca con la mano y parpadeé rápidamente. Todavía me ardían los labios por la bofetada.

No... Esto no era lo que yo pensaba. Mi mejor amiga y mi hermano nunca irían a mis espaldas.

Sus manos recorrieron lentamente los lados de su cuerpo. Estaba tan mareada que creí que iba a desmayarme. Entrecerré los ojos, tratando de ver si mis ojos me engañaban.

Los pasos preocupados de papá se acercaban, mi corazón me dolía en sintonía con mi cabeza, tratando de atar cabos. Avery no me haría esto. Ella era la única persona real que me quedaba en mi vida. Ella nunca iría así a mis espaldas.

Su frente cayó sobre el pecho de Xavier y yo me quedé mirando conmocionada, sin procesarlo realmente. Ella rodeó su espalda con los brazos.

—Me haces hervir la sangre —dijo suavemente—. Quiero darte un puñetazo.

—Y tú haces que la mía arda por ti; incluso después de todo lo que hiciste, todavía me duele por ti. —Dejó caer un beso en la parte superior de su cabeza.

Parpadeé largamente y me alejé en silencio. Era demasiado para asimilarlo y realmente no podía procesar la escena que tenía delante. Mi mente me estaba gastando una broma cruel. Esto era una bomba de un secreto que no podía ser verdad. Simplemente no podía ser...

—Adrianna —dice papá con ternura mientras se acercaba por detrás de mí. Me di la vuelta. Algo dentro de mí se rompió al oír su voz. Me abrió los brazos, sus ojos se ablandaron con simpatía, con la culpa escrita en su rostro que me doliera físicamente mirarlo así. Nunca me habían pegado en mi vida, y eso me conmocionó hasta la médula de mis huesos.

—No te preocupes, no vas a ir a ninguna parte. Te lo prometo.

Caí en sus brazos y lloré hasta no poder abrir los ojos ni pensar más, bloqueando todo lo que había pasado y rezando para que todo fuera un terrible sueño.



Capítulo 53

Me alejo de mi madre, y de todo el mundo, durante los próximos días.

Ella no había hecho ningún esfuerzo por disculparse, y yo tampoco.

Y no lo haría. Me negué. No después que me golpeara y me dejara con un labio hinchado y gordo que ni el mejor corrector del mundo podría ocultar. Incluso con todo lo que mi hermano ha hecho para arrojar una luz negativa sobre esta familia, ni una sola vez le puso las manos encima. Sin embargo, por primera vez en mi vida me mantuve firme, y su mundo ardió en llamas. No tenía sentido.

Y se preguntaba por qué me gustaba tanto la gimnasia. Con la gimnasia, podía ser quien quería ser, no lo que ella quería que fuera.

La tensión entre mis padres desde aquel horrible día había sido tangible. No era estúpida. Sabía que era por mi culpa. Por la noche, cuando no podía dormir, los oía discutir abajo. Golpeaban las puertas, se lanzaban palabrotas y podía oír el cristal de la jarra de papá abriéndose y cerrándose. Mamá quería que me castigaran, pero mi padre se oponía, diciendo que nunca habían disciplinado a Xavier por ofensas mucho peores que había cometido. Como cuando fue parte de la demanda presentada contra su fraternidad que se cobró la vida de un estudiante. Una novatada mortal de la que había formado parte pero de la que se libró milagrosamente.

En público, daban un buen espectáculo, pero los esqueletos de sus armarios personales se acumulaban.

Pero hoy no podría evitarla. Hoy era Domingo de Pascua, y siempre teníamos una cena familiar muy íntima y muy extravagante para los cuatro en un comedor que normalmente acumulaba polvo trescientos sesenta y cuatro días al año. El mismo comedor en el que descubrí el pequeño secreto de mi hermano y mi mejor amiga.

Se me hacía un nudo en el estómago y la idea de tener que sentarme frente a la misma mujer que escudriñaba todo lo que me llevaba al plato y a la boca me producía náuseas. Me estresaba mucho tener que estar en la misma habitación con ella. Sobre todo porque sabía que todavía estaba resentida.

Aunque al principio estaba muy emocionada por estar en casa, ahora no podía esperar a volver a Cape Coral.

Como mis padres contrataron a alguien para que se encargara de la preparación y de servir la comida, no me necesitaron hasta justo antes. Afortunadamente.

Aunque sabía que me estaba ocultando cosas, decidí pasar mis horas libres con Avery, que había salido ayer del colegio por las vacaciones. No habíamos hablado del día en que me colgó el teléfono ni de por qué había tenido esa actitud. Lo dejé pasar porque la echaba de menos y quería pasar todo el tiempo posible con ella antes de tener que irme.

Estábamos en su enorme vestidor, donde se estaba probando diferentes conjuntos mientras yo me sentaba en su sillón floral personalizado. Filas y filas de ropa, cajones llenos de accesorios y joyas finas, bolsos y zapatos de diseño, todo perfectamente colocado con una espectacular lámpara de araña en el centro.

—Ria —dijo con un acento ruso horriblemente falso, distrayéndome de mis pensamientos. De vez en cuando utilizaba el apodo de Kova para llamar mi atención. Me reí—. Tengo un sarpullido en la nuca. Es realmente malo y no sé qué hacer con él.

Arrugo las cejas mientras la estudio, intentando no reírme de su terrible imitación y de su falta de contracciones.

—¿Estás hablando en serio? ¿O estás siendo una hija de puta?

Avery se miraba en el espejo, con la cabeza ladeada mientras se debatía si le gustaba el décimo traje que se había probado.

—Estoy hablando en serio.

—Bien... entonces ve al médico.

Se dio la vuelta y caminó hacia mí. Antes que me diera cuenta, estaba sentada a mi lado con su pelo rubio blanquecino recogido y una vista de la parte posterior de su cabeza a escasos centímetros de mi cara. Me eché hacia atrás.

—¿Lo mirarías por mí? —Se inclinó hacia mí y le puse una mano en la espalda para detenerla.

—¿Tengo alguna opción?

—No.

Las dos nos reímos.

—En primer lugar, tienes que teñirte las raíces. Son casi negras y se parecen al color de la mierda.

Ella gimió como si estuviera cansada de mi existencia.

—Cierra la boca y céntrate en el tema que nos ocupa: mis ronchas, por favor.

—Solo porque tú has dicho que por favor —contesté y me incliné más cerca para ver mejor. Había un rastro de protuberancias pálidas con un matiz rosado que se formaba alrededor de su oreja y en la parte posterior de su cuello—. No es malo, solo una ligera reacción alérgica, si acaso. ¿Tal vez un poco de calor?

Ella se quejó.

—¡Me pica y no se va! Lo tengo desde hace semanas. ¿Cómo va a querer alguien volver a tener sexo conmigo con esto?

—Claro... porque cuando tienes sexo él mira la parte de atrás de tu oreja. ¿Es un punto secreto donde te gusta que te laman o algo así? Si es así, entonces podría ver el problema.

Avery se echa a reír y se gira para mirarme.

—No, pero está en mi cuello y todo.

—No puedo creer que tengas sexo considerando lo loco que eres por Jesús.

Avery procedía de una familia extremadamente religiosa. Iban a misa todos los miércoles y domingos y todas las fiestas, mientras que mi familia nunca lo hizo. Ni siquiera asistíamos a las más importantes.

Vuelve a reírse.

—Por supuesto que tengo sexo. Aunque, si el próximo tipo que conozco es un cristiano fuerte y quiere esperar hasta el matrimonio, lo haría.

—Pero si descubre que no eres virgen, ¿vas a mentir e insistir en que lo eres? Porque mentir es un pecado, y tú ya has pecado a los ojos del Señor al fornicar antes del matrimonio. Un doble pecado. Y si es un cristiano fuerte y quiere esperar para tener sexo, lo más probable es que sea virgen. Pero supongo que si mintiera sobre su virginidad, él nunca lo sabría, porque estoy segura que no sabría cómo se siente un himen roto. —Hago una pausa y luego digo—: Básicamente, estás condenada de cualquier manera.

Avery se queda en silencio mientras reflexionaba sobre mis palabras. Sus ojos azules cristalinos centellearon. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, y luego una sonrisa de oreja a oreja.

—Oh, Dios mío. ¡Tienes mucha razón! Y con todos mis problemas, ¡seguro que sangraría en medio de ella de todos modos!

Me eché a reír.

—Con tu suerte, eso pasaría, pero eso también es lo que yo llamo ganar. El marido virgen nunca lo sabría y probablemente pensaría que tuvo suerte con una esposa que sabe cómo tener sexo la primera vez.

La cabeza de Avery rueda hacia atrás sobre el cojín. Se aprieta el pecho.

—Ugh. Mi vida es un desastre.

—Creo que estás demasiado estresado por la posible ETS que tienes extendida en el cuello. —Avery me da un puñetazo en el brazo—. ¡Ay! Solo estoy bromeando. Quizá necesites leer un libro para descomprimirte. Y subir el aire por la noche para no sudar. Sinceramente, creo que es por calor.

Avery divagaba sobre los libros que no le gustaban y los que le encantaban. Era imposible complacerla y comentaba negativamente todo, así que ya no le sugería libros.

—Claro que no —digo cuando me sugirió que leyera un libro que le gustaba—. Tienes el peor gusto para los libros. Líneas cursis y clichés que dan vergüenza leer. Me sorprende que hayas tenido un novio secreto durante tanto tiempo teniendo en cuenta lo exigente que eres. Me sorprende que no hayas encontrado algo tan trivial para romper con él. —Avery me mira con sorna—. ¿Qué? Sabes que tengo razón.

—Lee uno de mis libros y yo leeré uno de los tuyos al mismo tiempo.

—Ahora mismo no tengo ni tiempo para respirar, ¿y quieres que lea uno de tus libros? —Me rio sarcásticamente.

—¡Prueba! Al menos lee la muestra. Sé que te encantará. Solo que no puedes darme la satisfacción.

Me reí.

—No, gracias.

—¡Pero yo siempre leo lo que tú quieres!

Jadeo bromeando:

—No, no es así. Lees tres páginas y me dices que no puedes leer mi libro porque no te gusta el nombre del héroe.

—Bueno, si su nombre es Garth, no lo voy a leer. ¡No hay nada sexy en un Garth, Adrianna! Nada. Y sé que estás de acuerdo conmigo.

Empiezo a reírme incontroladamente ante su tono y su razonamiento. Tenía razón, pero tampoco había leído nunca sobre un Garth.

—Si es pelirrojo, para ti eso es un factor decisivo —añado—. Si es médico, abogado, bombero, demonios, si es el puto director general de una empresa multimillonaria, me dirías que no.

—Perdóname por saber lo que me gusta. Una cabeza de pelo y cejas de color naranja intenso y ardiente no me parece sexy. Sus pelos del pubis serán del mismo color, y no puedo lidiar con eso. Solo para ahora mismo, amiguita.

Una sonora carcajada brota de mi garganta mientras las lágrimas empañaban mis ojos de tanto reír. Avery se unió, riéndose de sus propios comentarios como solía hacer. Echaba mucho de menos a mi amiga y en momentos como este deseaba que volviéramos a vivir más cerca. Entre su perverso sentido del humor y la variedad de timbres de su voz, esto era más de lo que cualquier libro podía darme.

—Prefieres leer sobre vagabundos malolientes. Apuesto a que eso es lo que te gusta.

Ella asiente, dándome la razón.

—Lo sabía.

—Te estás perdiendo. Mi libro está prohibido.

Me lo pensé por un momento. Eso despertó mi interés, pero la conocía mejor.

—*Ish*. Mientes. Eso probablemente significa que un jefe no puede salir con su empleado. Lamentable. Y, Ave, ¿has olvidado que estoy viviendo la vida prohibida? El libro no puede ser mejor que la vida real.

—¿Has hablado con Konstantin desde que llegaste a casa? —pregunta mamá después de su tercer vaso de vodka. Se los bebía más rápido que papá.

Es lo primero que me dice en días y me deja momentáneamente sin palabras. Una sensación de fatalidad se apoderó de mí en el momento en que entré en el comedor. Era la misma sensación que me asaltó cuando atravesé las puertas de hierro hace tan solo un puñado de días. Miré fijamente a los ojos de mi madre tratando de reunir una respuesta. Me estaba incitando.

Las dos estamos sentadas en la gran mesa, una frente a la otra, con pequeños aperitivos colocados esporádicamente a nuestro alrededor. Papá y Xavier están en la otra habitación rellenando sus vasos. No había tocado ni un bocado de comida. Estaba demasiado nerviosa.

Templando los latidos de mi corazón para que la mentira sonara auténtica, dije:

—No, no lo he hecho.

No era del todo una mentira. Había intentado ponerme en contacto con él después que mi madre me emboscara con el artículo del periódico. No me devolvía los mensajes ni las llamadas. Pero no había forma que ella lo supiera.

—¿No? —repitió, suave y condescendiente. Con delicadeza, hizo girar el vaso sobre la mesa, mirándome fijamente con nada más que animosidad por razones que nunca pude comprender—. No —volvió a decir, tan regia—. Sé que estás mintiendo.

Aprieto los dientes y la miro directamente a los ojos.

—No lo hago.

—Debería estar orgullosa de lo bien que has conseguido vivir una mentira. Seguro que no es para los débiles de corazón.

Era tan fácil para mamá meterse en mi piel con sus refinados modales y el tono confiado pero cortante que le gustaba utilizar. Se me revolvió el estómago. No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

Sacudí sutilmente la cabeza.

—Mi vida no es una mentira. No sé de qué estás hablando.

—¿Quieres volver a intentarlo? —me pregunta. Sus ojos eran demasiado cómplices, y eso me hizo sentir mal. Era imposible que supiera que había intentado contactar con Kova.

—No sé de qué se trata, pero no he hablado con él, mamá —digo con seguridad.

Tomó un largo sorbo de su vaso de cristal y se lamió los labios.

—No puedes engañarme... Sé que te estás follando a tu entrenador de gimnasia.

Inhalé con un jadeo audible, mi corazón casi se detuvo. Lo dijo tan suavemente, en un tono tan suave que me aterrorizó. Pura maldad. Mi mundo se inclinó, mi cara cayó. Empezaba a sentirme mareada. La habitación se paralizó. Nuestras miradas rebotaban de un lado a otro, ella vomitaba fuego en mi dirección.

—Eso no es cierto. —Se me escapa el aliento, pero nadie me escuchó. Sacudí la cabeza, apenas podía respirar—. No es verdad. —El corazón me latía tan rápido y con tanta fuerza que me dolía. Me agarré el pecho, tratando de aliviar el dolor. Las paredes empezaron a cerrarse, todo se movía.

Esto era todo. Ella lo sabía.

Sacudí la cabeza con vehemencia.

—No —susurro.

Un destello de malevolencia brilló en sus ojos, uno que me asustó. Uno que nunca había visto antes.

—Eres una pequeña puta.

—No, no lo soy —grité. Nunca me habían llamado una palabra tan vil en mi vida, y no tardé en darme cuenta que me dolía que me llamaran así cuando era cualquier cosa.

Pensé en mi tiempo aquí hasta ahora. Las veces que había dejado mi teléfono desatendido. No creía que tuviera que preocuparme cuando estaba en casa. Pero siempre me aseguraba de bloquearlo antes de dejarlo. Y mi teléfono tenía un código de acceso.

Se me arrugó la frente, mi mente iba a mil por hora.

Los latidos de mi corazón eran tan fuertes que podía oírlos en mis oídos, golpeando más fuerte que una banda de música mientras los ojos de mi madre ardían.

Tomó un sorbo de su vaso y me observó mientras yo intentaba desesperadamente sumar dos y dos. El aire de la habitación bajó y yo me enfrié. Se me revolvió el estómago de ansiedad y llegué a pensar que podría vomitar sobre la mesa.

—La otra noche encontré tu teléfono tarde, estabas en la ducha y estaba sobre tu cama. Me sentí mal por lo que había dicho... eso es, hasta que leí los mensajes de texto. —Una sonrisa malvada se desliza por su cara.—. Tsk, tsk, Adrianna. Ir detrás de un hombre mayor de esa manera. Quién iba a saber que eras tan promiscua y tan mala. Las fotos eran una cosa, ¿pero el vídeo? Eso fue la guinda del pastel. —Ella dio un sorbo a su vodka—. Pensaba disculparme, ya sabes. —Sus ojos se endurecieron—. Pero yo no me disculpo con las putas.

Planeaba disculparse.

Mis labios se separaron y luché por mantener mi rostro neutral. Me tragué un nudo del tamaño de una pelota de golf y quise atragantarme. La nuca me punzó de calor, y fue en ese momento cuando comprendí por qué tenía esa sensación visceral de temor al llegar a casa, como si fuera una especie de intuición que esta visita acabaría mal.

—Siempre fuiste la niña de papá —dice mamá con una ligera curva en los labios. Levantó su vaso de cristal cerca de la cabeza. El blanco de sus ojos estaba brillante—. Lo adiviné a la primera.

Se me cayó la cara. El miedo me consumió.

Mi código de acceso era el cumpleaños de mi padre.



El pulso en mi cuello latía rápidamente. Empecé a sudar. Respiré de forma controlada y baja, como lo haría si estuviera haciendo mi rutina de suelo. Esto era malo. Esto era muy malo.

—¿Imagina que tu padre se entera? ¿Qué crees que haría? ¿A ti? ¿A su viejo y querido amigo? —Ella hizo un mohín y bajó la voz—: Se llevaría un bate de béisbol a la cara, eso es lo que haría.

Mis pulmones se contrajeron. Apenas podía respirar. Una risa siniestra salió de sus labios cuando finalmente me miró directamente a los ojos. Era una mujer pulida con un corazón lleno de odio.

—Probablemente te sacaría de tu preciada gimnasia y te enviaría a una escuela de acabado solo para chicas. —Se golpeó la barbilla y miró al techo—. Sabes, eso no suena como una mala idea, ahora que lo pienso. Podría deshacerme de ti para siempre.

No pude hacer nada más que sentarme y mirar. Me enfrentaba a una mujer con una venganza más grande que la vida y no había forma de luchar contra ella. No había forma de convencerme a mí misma de esto, no con las pruebas que ella tenía.

—¿Qué? ¿El gato te comió la lengua? ¿No tienes nada que decir ahora, *Ria*?

—Mamá. —Mierda, ella conocía su apodo para mí—. Por favor…

—Creo que tu padre necesita volver a ver las fotos del periódico, cariño —dijo, con el cariñoso propósito de burlarse de mí—. La forma en que te abraza, cómo lo miras… Ahora está más claro que el agua. Estoy segura que podría pedir una transcripción de los registros de tu teléfono celular para tu padre también. —Hace una pausa y luego dice—: Tuve razón al usar la palabra puta el otro día.

—¿Por qué… por qué estás haciendo esto? —pregunté.

Me ignora.

—¿Por qué no me has pedido el abrigo deportivo de Hayden?

—¿Qué? —pregunté, confundida.

—La chaqueta que Hayden dejó en tu balcón. Dijiste que la estaba buscando, así que ¿por qué no me la has pedido para poder llevárselo?

Tenía el cuerpo frío hasta los huesos, pero sentía las mejillas sonrojadas. Me mordí el labio durante una fracción de segundo.

—Oh, me había olvidado de eso. —Fue lo mejor que se me ocurrió, pero algo brilló en sus ojos.

—No te preocupes, se lo envié a Katja. Ya sabes, su prometida.

Mis labios se separaron y la sangre se drenó de mi cara. Katja no era la prometida de Kova. Era imposible que le hubiera propuesto matrimonio. Me lo habría dicho primero. Sé que lo habría hecho. Mamá lo decía para sacarme de quicio, pero por suerte lo interpreté bien.

—Estaba muy agradecida de tenerlo de vuelta ya que era un regalo de Rusia que había hecho a medida para él.

La sala estaba llena de una mezcla de hostilidad y desconcierto. El silencio era ensordecedor. No sabía cómo responder al tono escalofriante que utilizaba. No supe hacer nada más que quedarme sentada. Lo único que podía hacer era mirar fijamente a la mujer que me había parido y preguntarme por qué me odiaba tanto.

—¿Qué le has enviado a Katja? —pregunta papá con curiosidad mientras entra en la sala con Xavier. Las puertas de la cocina se abrieron de golpe tras ellos y los camareros salieron con el primer plato. Todos permanecieron en silencio mientras retiraban las bandejas de comida y colocaban otras nuevas. La comida tenía una pinta divina, pero era imposible que me comiera ni una migaja con los nervios a flor de piel.

Mamá me miró fijamente a los ojos.

—Solo el abrigo de Konstantin que se dejó en nuestra fiesta de Nochevieja.

Por favor, Dios. Haré cualquier cosa si puedes detenerla ahora mismo. Cualquier cosa.

—Ha sido muy amable —respondió papá, sentándose.

—Tu preciosa hija está resultando ser igual que tú, Frank. —Sus ojos brillaron con intenciones tortuosas que hicieron que mi pulso se disparara.

Papá dio un largo trago a su líquido ámbar antes de responder. Me sonrió y me guiñó un ojo.

—Yo diría que eso es algo bueno.

—O tal vez se parece a su madre.

¿Su madre? La piel de gallina me recorrió los brazos. Mamá estaba tan ebria que hablaba en tercera persona y no tenía sentido.

Los cubiertos de papá se estrellaron contra el plato. Me estremecí. Utilizó la esquina de su servilleta de tela para limpiarse la boca y luego la arrojó al plato con asco. Su silla se deslizó hacia atrás y un aura de ira lo rodeó. Me senté a observar con asombro.

—No es el momento ni el lugar. —Le dirigió la mirada y su mirada me sacudió hasta la médula. Papá había terminado de jugar cualquier juego que mamá tuviera en mente. Y, francamente, yo también—. El problema que tienes conmigo no tiene nada que ver con ella. Deja a Adrianna fuera de esto.

Pero ella no estaba mirando a papá. Me miraba a mí.



Capítulo 54

Los duros ojos de mamá se fijaron en mí mientras daba otro largo sorbo de vodka.

No creo que haya escuchado una sola palabra de papá.

—Deja el vaso, Joy. Creo que has tenido suficiente por un día. —Papá se burla. Todavía estaba con su primer vaso de whisky y mucho más coherente que ella—. Ya hablamos de esto.

Xavier estaba en su propio mundo, escribiendo febrilmente en su celular.

—En realidad, es idéntica a su puta madre.

—Ya está bien —siseó papá. Estaba lívido y tenía sus ojos exclusivamente puestos en mamá—. Joy, vas a lamentar esto si no te detienes ahora mismo. Esta es tu última oportunidad. —Golpeó la mesa con el puño. Los platos, los vasos y los cubiertos se tambaleaban por la fuerza de su mano.

No se inmutó. Le dirigió una mirada mordaz que haría temblar de miedo a cualquiera.

—Creo que es hora de poner la verdad sobre la mesa. ¿No estás de acuerdo, Frank? —dice su nombre como si estuviera cubierto de veneno.

Xavier finalmente levanta la vista. Uno de sus ojos estaba hinchado, pero no descolorido ni magullado. Colocó su teléfono boca abajo sobre la mesa mientras sus ojos marrones saltaban de un lado a otro entre mamá y yo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Si es tan adulta como dices que es tu princesa —dice mamá, mirando a papá desde el otro lado de la mesa—. Creo que es hora que sepa la verdad.

—¿Qué verdad? —pregunta Xavier. Sonaba igual que papá—. ¿De qué estás hablando?

—Nada que te preocupe, hijo. Ya tienes bastante con el pequeño problema que tuviste hace unas semanas —dice.

—Mamá —gruñó Xavier en tono de advertencia—. Para.

—Joy —habla papá al mismo tiempo que Xavier.

—¿Qué? —dice mamá como si no fuera gran cosa.

Papá se levanta de la silla en cuestión de segundos, con las manos cerradas en un puño mientras se dirigía hacia ella. Ella se levanta y se aleja de él, sorprendentemente rápido para alguien que está borracha.

—¿Puede alguien decirme, por favor, qué mierda está pasando? —exclama Xavier. Tenía los ojos tan abiertos que solo podía ver sus pupilas. Yo también estaba a oscuras.

Mamá continúa :

—No hace falta ser un científico de cohetes para darse cuenta.

Los ojos de papá se estrecharon hasta convertirse en pequeñas rendijas oscuras.

—Joy —advirtió—. ¡Ya basta!

—¿Se te ha ocurrido alguna vez de dónde vienen tu pelo rojo y tus pecas? —me pregunta, ignorando a mi padre. Toma un largo trago de su líquido claro.

—¿Qué? —digo, con la voz temblorosa—. ¿Qué tiene eso que ver?

Papá empuja una de las pesadas sillas de la mesa hacia un lado. Cayendo con fuerza con un ruido metálico.

—¡Para, ahora mismo! —Mira a Xavier y dice—: Coge a tu madre. —La mesa es tan larga que no podría alcanzarla. Él daba un paso y ella uno en la otra dirección.

—¡Donde, Adrianna! —Mamá grita.

Empiezo a temblar y se me forma una arruga entre los ojos. Me pregunté de dónde venía, pero supuse que venía de otro miembro de la familia. Me pasaba siempre.

—Supuse que venía del lado de la familia de papá, igual que el pelo y los ojos de Xavier venían de la tuya.

Se rio:

—Tu padre es un puto mujeriego, como lo era tu madre. Una puta. Así. Como. Tú.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral.

Me quedo helada hasta la médula.

Mi mandíbula se movía hacia arriba y hacia abajo. Intentando decir diez frases diferentes a la vez, pero todo lo que pude reunir fueron unos ojos enormes y una lengua atada.

—¿Mi... mi madre? Pero... —tartamudeo, la cabeza me daba vueltas, me agarro por detrás al brazo de la silla sentándome. La bilis subió a mi garganta. Miré a mi padre, suplicando ayuda, y luego volví a mirar a mi madre mientras sus palabras resonaban en mi cabeza con ese tono asqueroso y baboso que utilizaba. Busqué en sus ojos la verdad.

Los ojos de Xavier se endurecieron, y me asustaron más que los de papá.

—¿Acabas de llamar puta a mi hermana? —preguntó, inclinándose hacia delante con la cabeza hacia un lado, exigiendo saber si había oído bien.

—¡No hablarás de mi hija de esa manera! —La bulliciosa voz de papá retumbó en la habitación. Su puño blanco golpeó la mesa.

Mamá volvió a reírse y bebió un largo sorbo, tragando la mitad del contenido de un solo trago, y luego se acercó el vaso a la cara. Se pasó el labio inferior por la yema del dedo anular, con los ojos fijos en mí.

—Sé que no estás hablando así de Adrianna —dijo Xavier.

—Te lo advierto, Joy, no hagas esto porque estés enfadada conmigo. Ve a tomar una siesta o algo.

Xavier agarró a mamá por los brazos. Ella trató de apartarse, pero su vodka salió volando y salpicó el suelo.

—Mamá, estás borracha. Para —suplicó mi hermano cuando papá los alcanzó. Mamá no iba a ninguna parte. Comenzó un forcejeo entre los tres. Se lanzaron palabras y fue un claro esfuerzo por atraparla y detenerla antes que fuera demasiado tarde.

Aturdida me quedé mirando el suelo de mármol. Una presentación de momentos pasó por mi cabeza, todas las escenas de mi vida en las que cuestionaba sus acciones, sus comentarios, su frialdad hacia mí. Cómo no me parecía a ella, cómo nunca podría ser lo que ella quería, por mucho que lo intentara. Nunca hice lo correcto. Nunca fui suficiente. Cómo mi padre siempre me cubría las espaldas, cómo me daba todo lo que quería y a menudo no estaba de acuerdo con ella.

Empezaba a jadear al darme cuenta. No podía respirar.

No... no puede ser verdad.

No lo decía en serio. Solo estaba molesta.

Levanté la vista y escudriñé su pelo rubio blanqueado. Ella tenía raíces oscuras por naturaleza, así que nunca cuestioné el pelo, ni el color de sus ojos, ni que nuestras opiniones nunca coincidieran. Nunca se me ocurrió hacerlo. Muchas familias eran como la mía, con diferencias visibles. Muchas madres e hijas no se llevaban bien.

—Se acabó el intentar mantener esta familia unida —le espetó a papá—. ¡He terminado de tratar de hacernos quedar bien cuando lo único que quieres es arruinar este nombre! Me cansé de encubrir tus mentiras y años de infidelidad y de hacerme quedar como una tonta. *¡Se acabó! ¡Se acabó!* La verdad está saliendo a la luz. No eres más que un falso bastardo —gritó como una mujer despechada. Nunca en mi vida la había visto comportarse así. Pero cuanto más oía gritar a papá, y cuanto más oía a mi hermano rogarle que se detuviera, más se volvía dolorosamente real. A través de ojos borrosos, los vi luchar.

—Ah, veo que has sumado dos y dos. —Me miró directamente—. Eres una pequeña puta, como lo fue tu verdadera madre, tratando de seducir a hombres que no son tuyos, tomar lo que no es tuyo. Ya es bastante malo que esta familia sea una mentira, una burla, pero me niego a seguir siendo avergonzada y deshonrada delante del mundo. Fui hasta el fin del mundo para encubrir el accidente de tu padre hace diecisiete años porque lo amaba, pero me niego a hacerlo por ti.

Su accidente... es decir, yo. Mi accidente... es decir, mi aventura con mi entrenador.

Lo hizo porque lo amaba, pero no quiso seguir mintiendo.

No iría al fin del mundo por mí porque no me amaba.

Ella nunca me había amado.

Y lo peor de todo, después de todos estos años, en el fondo tampoco había sentido nunca el amor de una madre.

—Mamá… —dice Xavier en voz baja, con el corazón roto. Le soltó los brazos y se quedó tan sorprendido como yo.

El corazón se me metió en las tripas. El aire se apoderó de mis pulmones. No estaba segura de cuánto más podría soportar. Su crueldad no tenía límites. La mujer que solo conocía como mi madre era un monstruo vestido de Chanel y cubierto de diamantes.

Me iba a poner enferma. Me agarré al brazo de la silla y me sujeté el estómago con la otra mano. Las náuseas giraban como un tornado a través de mí, el vómito subía por mi garganta. En cualquier momento iba a perder el control.

—¿Cómo te atreves a herirla así? —dice papá, el peligro cubriendo cada una de sus palabras—. Es nuestra hija.

—No es mi hija y nunca lo será. Nunca la quise. *¡No la soporto!* ¡Era la hija de tu asistente! Tu asistente que era una maldita perdedora, sin valor, y nada buena. Todo lo que tuvo que hacer fue abrir sus pequeñas piernas vírgenes y tú saliste corriendo —se burló y continuó—: Una perdedora a la que pagaste para que mantuviera la boca cerrada y desapareciera. Pero yo también soy la perdedora, porque me pagaste para jugar a la casita y fingir que Adrianna era mía, ¿no?

No podía aguantar más, necesitaba alejarme.

—Mamá… —La voz de Xavier se quebró, pero sus ojos eran una furia de rabia. Mi mirada se dirigió a sus manos. Las tenía cerradas en un puño, mostrando el blanco de sus nudillos agrietados—. Esto no es culpa de Adrianna. ¿Por qué le haces esto?

—Adrianna —masticó, con asco entre las cuatro sílabas de mi nombre—. Adrianna es un nombre de prostituta. Quería cambiarlo, pero tu querido padre no me dejó cambiar el nombre de su preciosa hija. Su puta asistente lo eligió. Esa basura adolescente sureña que era ella y sus padres golpeadores de la biblia.

Sucedió tan rápido. No lo vi, pero lo oí. El sonido fuerte y crujiente que no podía ser confundido con otra cosa que no fuera un golpe de revés. No hubo ni una pizca de culpa o remordimiento que lo acompañara.

No sé qué me sorprendió más: que papá le pegara a mamá en la cara o que Xavier le agarrara por el cuello de su camisa Robert Cavalli y le empujara con fuerza contra la pared.

—Papá —surra Xavier en voz baja y silenciosa. La ira le brotaba en oleadas—. *Nunca* debes golpear a una mujer. Nunca. —Miré a mamá. Ella se ahuecó la mejilla, con la mandíbula desencajada, con lágrimas flotando en los ojos—. Me enseñaste desde pequeño a proteger siempre a mi hermana, —dice. Mi corazón se llenó de alegría por mi hermano. Agradecí tenerlo en mi rincón—. Me importa una mierda si lo que afirma mamá es cierto. Adrianna es mi hermana y siempre lo será. Es buena y no merece que la insulten y la ataquen, pero ¿golpear a mamá por eso? ¿En qué te convierte eso? No soportaré que se golpee a una mujer, especialmente a mi madre.

Los ojos de papá se entrecerraron ante mi hermano.

—Xavier, no te metas —ordenó, agarrando las muñecas de mi hermano—. No sabes ni la mitad. —Xavier tiró de papá y lo empujó de nuevo contra la pared. La furia que irradiaba me asustó. Podía desatarse en cualquier momento y yo no tenía el poder necesario para detener a ninguno de los dos.

—Mamá, sabías que Adrianna nunca se defendería ni te faltaría al respeto, ella no es así y lo sabes. Te lanzaste a su yugular sabiendo que no tenía defensa —gritó Xavier.

—¿Quieres hablar de respeto? —dice mamá con voz ronca. De pie, dejando caer su mano. Un resplandor de fuego seguía ardiendo en sus ojos, y una marca roja y profunda le marcaba la mejilla.

Fijó su mirada en Xavier.

—Quieres hablar de respeto —volvió a decir mamá, con las cejas alzadas. Echó los hombros hacia atrás. No había terminado con nosotros.

—¿Por qué no le cuentas a tu *hermana?* —le espetó—. Cómo respetabas tanto a su amiga que la dejaste embarazada. ¿Por qué no le cuentas *a Adrianna* lo tuyo con Avery? Sobre cómo tuve que tapar tu desastre para esta familia y los Herons —se burló, sacudiendo la cabeza. Se señaló el pecho, apuñalándose descuidadamente con el dedo índice—. ¿Sobre el aborto que pagué? —escupió con un mordisco. Todavía le quedaban ganas de pelear—. ¿Y quieres hablar de respeto? —se burló mamá—. Qué chiste. —Nos señaló a

todos—. Todos ustedes son una broma sin una pizca de respeto en ninguno de ustedes. Deberían inclinarse y besar el suelo que piso por todo lo que he hecho por ustedes.

Salió del comedor formal sin siquiera vacilar en su paso, dejándonos a todos boquiabiertos.

Capítulo 55

Un escalofrío recorre mis brazos.

Quedando helada y en estado de shock.

—¿Es cierto? —pregunto, sin reconocer mi voz.

Tanto mi padre como mi hermano se miraron, sus ojos se movieron de un lado a otro en busca de una respuesta. Parecían confundidos sobre con quién estaba hablando, y a decir verdad, no estaba segura de a cuál de ellos interrogaba. Solo sabía que necesitaba respuestas. Ambos me habían mentido tanto que no sabía por dónde empezar.

Me puse de pie y di unos pasos hasta que estuvimos frente a frente. El estómago me pesaba y se retorcía con calambres, como si mis intestinos estuvieran envueltos en piedras con bordes arenosos. Me llevé una mano a la barriga. Dios, me sentí tan pequeña mirándolos, deseando en una oración que no fuera cierto. Esperando que lo que decía mamá fuera todo una mentira de borracha para hacerme daño por algo que le hizo papá, o que Xavier se pusiera en su contra.

Pero en el fondo, sabía la respuesta. No era una tonta.

—Es verdad, ¿no? —pregunté de nuevo, mirando a mi padre a los ojos. Empecé con él. Nunca lo había visto tan desgarrado por la culpa. Siempre había sido tan fuerte y seguro de todo. Ahora parecía destrozado, demasiado devastado para hablar. No era el padre que yo conocía. Tampoco podía darme la satisfacción de una respuesta, aunque fuera agridulce.

Me volví hacia Xavier.

—¿Lo sabías?

Sacudió la cabeza frenéticamente, inocente ante la impactante revelación.

—No. No tenía ni idea hasta ahora.

—No lo sabía. Nadie lo sabía excepto yo y tu madre.

—Pero no es mi madre.

Sus ojos se endurecieron.

—Ella *es* tu madre.

—¿Pensabas decírmelo alguna vez?

—No.

Se me abrió la boca y un leve jadeo salió de mis labios. Mi corazón empezó a acelerarse al pensar que me había mentido toda la vida la única persona en la que creía que podía confiar y que me apoyaría.

—¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Para protegerte —afirmó como si fuera obvio.

Incliné la cabeza hacia un lado.

—¿Protegerme de qué exactamente?

—Para protegerte de la reacción que recibirías. Debes entender algo, Rossi Enterprises estaba en alza en ese momento; nuestro nombre estaba en todas partes. Los inversores salían de la nada. Todos querían una parte de lo que estaba construyendo porque todo lo que tocaba se convertía en oro. Soy un hombre de negocios fenomenal, pero un desliz, un error que arrojara una luz negativa sobre nuestra familia, y podríamos haberlo perdido todo. Eran otros tiempos. Lo que ocurría en la oscuridad nunca veía la luz. Era un juego de política y había que jugarlo de cierta manera.

—Así que lo hiciste por ti, no por mí.

—Lo hice por nosotros.

—No. —Sacudí la cabeza—. Lo hiciste porque amas el poder, pero amas más el dinero. Si tu *desliz* —casi me ahogo al decir la palabra—, saliera a la luz, lo perderías todo. Yo era un riesgo que no podías arriesgar. Necesitabas la familia perfecta para mantener todo intacto, y mamá estaba dispuesta a dártela.

Algo cayó en la cuenta y mi pecho se ahogó.

—Aunque me odiaba por lo que hiciste, encubrió tus errores porque te amaba y creía en ti. ¿Pero qué has hecho esta vez para que ella se niegue a seguirte el juego? ¿Por qué descarga su resentimiento en mí?

La boca de papá bajó.

—Lo intenté, Adrianna. Realmente lo hice. Intenté compensarlo dándote todo lo que pediste.

—Querías comprarme.

—No, no es así.

—¡Entonces cómo es! —grité—. Todo lo que he conocido es una mentira. Merezco saber la maldita verdad. En todo caso, todo habría tenido sentido si lo hubiera sabido.

La sangre me hervía más rápido que nunca. Me hormigueaban los dedos y el corazón estaba a punto de atravesar mis costillas. Era una fusión de dolor y rabia, fuego y hielo.

—El odio de mamá hacia mí. La forma en que nunca me apoyó a mí ni a mis sueños. Cómo me regañaba incesantemente por mi peso. Nunca fui lo suficientemente buena, y lo peor de todo es que tú lo veías pasar. Sabías el razonamiento detrás de su comportamiento y nunca hiciste nada para detenerlo.

Di un paso atrás y giré en círculo, dándoles la espalda, pensando en todas las formas en que me había tratado a lo largo de los años. Las lágrimas me quemaban el fondo de los ojos y no quería que lo vieran. Levanté la cabeza para mirar al techo, me negaba a dejarlas caer.

—Me odia desde el día en que nací… y lo sabes, y sin embargo nunca hiciste nada para protegerme de su ira.

No estaba segura de cuánto más podría soportar antes de romper. Debía seguir siendo una mentira hasta que muriera, y mucho después. Intenté hablar de nuevo, pero el nudo en la garganta me lo impidió. Me puse la mano en las caderas y me mordí el interior del labio para luchar contra las emociones que me arañaban por dentro, rogando que se derramaran.

Yo era fuerte, pero esto… esto fue un golpe de gracia que casi me noquea.

—Aid —dice Xavier con suavidad—. Papá te ama más que a nada en el mundo. Nunca te haría daño a propósito. Tú lo sabes.

Levanté el brazo y le di el dorso de la mano.

—*No tengo nada* que decirte —le espeté—. De todas las personas, tú también tenías que tener a mi mejor amiga. —Dios, me sentí mal del estómago. No podía soportar también esa confesión o seguramente me rompería.

Por algún milagro que me obligue, salí del comedor, encontré las llaves de mi auto y me fui.

Tardé menos de un puñado de minutos en estar sentada en la arena de color marfil, contemplando las rugientes olas cerceta y los gorros blancos que se estrellaban en la orilla.

La playa era mi salvadora, mi serenidad. El olor a arena y sal era mi tónico. Era el único lugar que sentía que podía remediar todo lo que estaba pasando.

El agua salada lo cura todo eran palabras por las que vivía. Cada vez que me enfrentaba a algo -grave o menor- me encontraba sentada en la playa y mirando el océano ondulante. Cada carga, cada grano de ansiedad se desvanecía con cada beso y retirada de las olas en la polvorienta costa. La arena sobre los dedos de los pies y el viento en el pelo me revitalizaban. Era un lugar en el que podía encontrarme cuando me sentía en una bifurcación del camino, un lugar que me ayudaba a guiar el camino al son de las olas rompiendo.

Me senté con los codos apoyados en las rodillas levantadas, contemplando la belleza del mar, intentando procesar lo que acababa de suceder. La piel de gallina me cubría los brazos. El viento era frío hoy, pero no lo sentí. Estaba demasiado adormecida, abrumada por los pensamientos y las emociones para manejarlos.

Mi madre no era mi verdadera madre, y Avery y Xavier estaban juntos. Así que juntos hicieron un bebé… y luego lo abortaron.

Me daba vergüenza admitir que no sabía cuál me dolía más.

Que Joy no fuera mi verdadera madre debería causar más impacto que el hecho que Avery me mintiera, pero no fue así. ¿Y en qué clase de persona me convertía eso? Amaba a mi madre, pero nunca estuve cerca de ella. Nunca había confiado en ella. Nunca fue la primera persona a la que acudía con un dilema o a la que pedía consejo. Siempre hubo una especie de desconexión entre nosotras a pesar de ser parientes. Me esforcé durante años, pero nunca tuvimos ese vínculo madre-hija. Siempre pensé que era demasiado niña de papá para otra cosa, pero después de hoy…

Y yo estaba extrañamente bien con eso, lo que me hizo sentir aún más como una mierda. Debería afectarme, pero no lo hizo.

O tal vez lo estaba bloqueando.

Lo que me había dicho, la forma tan dura en que lo dijo, nunca lo olvidaría. Fue deliberadamente cruel. La venganza era un café caliente y amargo servido en una taza de espuma, y eso es lo que había planeado para mí. Quería quemarme y ver cómo me disolvía a través de una endeble barrera.

Pero Avery era una historia totalmente diferente. Sus mentiras y engaños dolían más que nada.

Una ráfaga de viento pasó junto a mí e inhalé el aire salado en lo más profundo de mis pulmones. Me reconstruiría desde aquí. Solo iba a tardar un minuto o dos.

Por mucho que quisiera hablar con Avery, necesitaba hablar primero con Kova. Lo que ocurriera entre mi mejor amiga y mi hermano no tendría el mismo impacto en mi vida que el secreto de Kova y yo.

Exhalando un fuerte suspiro, cogí el celular y me quité el polvo de los pequeños granos de arena. Estuve a punto de borrar los mensajes de texto, pero decidí no hacerlo. Necesitaba releerlos para ver lo que veía a través de sus ojos.

También tuve que cambiar mi código de acceso.

Marqué el número de Kova y me acerqué el teléfono a la oreja. Después de dos timbres, saltó el buzón de voz.

Me enfadé. Tal vez su teléfono había muerto, o la llamada no se realizó, o se perdió la señal. Volví a marcar, esta vez sonó tres veces antes de cortarse bruscamente. Lo intenté una vez más y me salió un timbre.

Apartando el teléfono, miré la pantalla en blanco…

Kova me había dado al botón de "joder".

Una sombría sensación se instaló silenciosamente sobre mí. Las lágrimas me punzaron los ojos. La sensación de ser indeseada y de estar sola me golpeó y me retiré un poco, acurrucándome más en la arena, en mí misma. Mis emociones subieron tan rápido como mi pecho, cada vez más lejos, hasta que las lágrimas me nublaron la vista y las olas se convirtieron en un espejismo ante mí.

No sabía qué hacer. Me estaba rompiendo por dentro, el dolor en el pecho me oprimía hasta que apenas podía respirar.

Intenté con Kova una última vez.

Y una vez más, rechazó la llamada, lo que me desconcertó y me enfureció a la vez. Si me vio llamar más de una vez, y repetidamente como lo estaba haciendo, entonces tenía que saber que había un asunto serio entre manos, ¿no?

Aparté el teléfono y me tragué las lágrimas. No iba a llorar. En contra de mi buen juicio, le envié un mensaje de tres palabras que seguro llamaría su atención esta vez:

Mi madre lo sabe.

Llamó inmediatamente. E inmediatamente, apreté el botón de "joder".

Sonreí para mis adentros y me limpié la única lágrima que cayó. Me sentí bien al rechazarlo. Llamó un par de veces más y cada vez le hice callar. Apuesto a que ahora se arrepiente de sus acciones.

Obtienes lo que das. Imbécil.

Mientras estaba sentada mirando el océano, aclarando mis pensamientos y buscando orientación, no me volví cuando sentí la presencia de alguien detrás de mí. Solo había un puñado de personas que conocían este lugar de la playa que me gustaba visitar. Supuse que era mi hermano...

Pero era Avery.

Apreté más las rodillas contra el pecho, con la boca en una línea firme y fina. Ella no se sentó y yo no levanté la vista. Sus piernas blancas estaban a mi vista, visiblemente temblorosas e inusualmente delgadas.

—Adrianna —susurró, su voz sonaba agrietada y con el corazón tan roto que casi cedí. Después de todo, era mi mejor amiga. Pero no cedí. Fue la mayor lucha de mi vida para no recurrir a ella. Tragué saliva y seguí mirando al frente.

—Por favor, Adrianna, déjame explicarte. —Cuando no la reconocí, dijo—: Lo siento mucho.

Me dejó en la oscuridad a propósito cuando le confié mis secretos, unos tan graves que podían enviar a la gente a la cárcel y arruinar vidas. Avery no me devolvió la misma cortesía, y eso fue lo que me dolió tan profundamente

que no estaba segura de cómo hablar con ella sin arremeter primero. Tuvo que suponer que yo me opondría a la relación para no acudir nunca a mí. Tenía razón. Lo habría hecho. Aun así, debería haber acudido a mí. No debí enterarme a través de mi madre borracha. Ella no se merecía el dolor que yo sabía muy bien que Xavier probablemente le había causado. Habría hecho todo lo que estuviera en mi mano para evitar que lo experimentara. Estábamos más unidas que eso y quería protegerla de sus costumbres de playboy. La amaba.

—Por favor… —dijo, temblando mientras cruzaba las piernas y se sentaba frente a mí. Tuve que preguntarme si todavía habría seguido adelante con la relación sabiendo que yo estaría en contra. Mi instinto me decía que sí.

Suspiré para mis adentros y miré a mi alrededor. Para colmo, había abortado, y eso me hizo preguntarme si Joy había querido que mi verdadera madre también me abortara. Sacudí la cabeza con incredulidad. Probablemente lo hizo, dada la animosidad que ha tenido hacia mí desde el primer día.

El nudo en la garganta creció y se hizo dolorosamente difícil de tragar cuando la fría mano de Avery se posó en mi antebrazo. Sus dedos parecían pequeños y delicados. Un dolor agudo me atravesó el pecho. Con la cantidad de veces que se me aceleró el ritmo cardíaco en los últimos meses, iba a necesitar ver a un cardiólogo pronto. Me sentí mal por Avery, pero estaba tan dolida y enfadada que no sabía cómo abrirme y dejarla entrar.

—Puedo explicarlo todo si me das la oportunidad.

Dios. Quería darle la oportunidad, pero no podía ver más allá del dolor. Ni siquiera cuando se echó hacia delante y me rodeó los hombros con sus brazos huesudos, dejó caer su cabeza sobre mis brazos y lloró. Sus rodillas estaban pegadas a las mías y todo su cuerpo temblaba con cada bocanada de aire que tomaba.

No dijo nada. Se limitó a llorar en silencio. Sus pequeños y suaves gemidos cortaron algo dentro de mí, y antes que pudiera detenerme, las lágrimas salieron a borbotones.

Avery lloró más fuerte al oír mi desesperación. Nos abrazamos y dejamos salir nuestra propia angustia juntos, ambas pasando por eventos traumáticos y necesitándonos desesperadamente el una a la otra.

Pero no pude hacerlo. No podía darle lo que necesitaba y estar ahí para ella. Me sentía tan rota, dañada, tanto por mí como por mi mejor amiga.

—Lo siento mucho —dice—. Nunca quise hacerte daño, ni mentirte... No esperaba que nada de esto sucediera, —sollozó—. Pero no tenía otra opción. Hice lo que tenía que hacer por tu hermano y lo que hizo... Si me dejaras explicarlo todo, sé que lo entenderías.

Me aclaré la garganta y me deshice de su agarre. Con premura, me puse en pie y me limpié la arena del trasero y las lágrimas de los ojos.

Mirando hacia abajo, dije:

—Siempre tenemos una opción, Avery. Después de todo lo que hemos pasado juntas, las cosas que te he contado... me dejaste en la oscuridad a propósito. —Sacudí la cabeza—. Sabes qué, tengo que irme.

Entre las noticias sobre mi falsa madre y mi mejor amiga mentirosa, decidí en ese momento que volvía al Mundial antes de tiempo. Las malas noticias viajaban de tres en tres y no había forma que pudiera resistir otro golpe. Mi mundo se había desmoronado en cuestión de minutos y necesitaba estar sola y escapar de todo.

—Espera —gritó, acercándose a mí con una enorme preocupación en sus ojos. Avery se puso de pie. Parecía tan frágil que me preocupó. Estaba en la punta de la lengua para preguntar, pero entonces me di cuenta de algo.

—¿Te dijo Xavier lo que descubrí sobre mi madre? —Ella inclinó la cabeza hacia un lado. Sus ojos se arrugaron y el centro de sus cejas se arrugó. No se lo había contado—. No lo creo.

—¿Qué pasó con tu madre?

Miré al suelo y me aparté.

—Nada.

—Aid, dime, por favor.

Dime. Se me escapó una risa irónica. Ella se estremeció.

—Adiós, Avery.

—Espera. ¿Alguna vez... vas a hablar conmigo sobre esto?

—No lo sé.

Hizo una pausa, sus ojos buscaron en la arena mientras tartamudeaba sus siguientes palabras:



—¿Significa esto que ya no somos amigas? —Su pecho subía y bajaba tan rápido que supe que estaba al borde de la histeria y, sin embargo, no pude encontrar en mí la forma de ser amable con ella. Simplemente no podía.

—Siempre tendremos nuestra amistad, pero no sé si volveremos a ser amigas.

Ella tuvo un hipo y su cara cayó.

—No puedes decir eso.

Hice rodar el labio entre los dientes y me mordí para evitar decir algo de lo que solo me arrepentiría.

—Hablaré contigo luego, Avery.



Capítulo 56

—Creo que deberías hablar con ella, Xavier. Tiene muy mala pinta —dije con rigidez, metiendo mi ropa en la bolsa.

Afortunadamente no había traído demasiadas cosas a casa. Quería irme lo más rápido posible.

Cuando guardó silencio durante demasiado tiempo, levanté la vista y nuestros ojos se cruzaron. Le dejé ver toda la furia del dolor que sentía por el cuchillo que me clavaron en la espalda. Negó con la cabeza, la dura mirada de sus ojos decía que se mantenía firme.

—No. Ella se lo hizo a sí misma. Ella se lo buscó.

Me burlé con incredulidad. Apenas podía mirarlo, ni siquiera estaba segura querer hablar con él.

—Nosotros... No puedo creer que ustedes dos. Sinceramente, Xavier, no tengo nada que decirte ahora mismo, así de enfadada estoy.

—Y sin embargo lo estás porque soy tu hermano.

Hermano. Me di la vuelta. La palabra me nubló la vista y me tembló la mandíbula. Inspiré y me tragué mis estúpidas emociones.

—Y Avery es como mi hermana. ¿Qué quieres decir? —Agarré apresuradamente una camisa y la metí de golpe en mi bolso—. Todas las mentiras. Tantas mentiras. Estoy tan harta que me mientan.

—Aid —dijo Xavier con suavidad mientras se acercaba a mí. Me puso la mano en el antebrazo y yo la retiré rápidamente. Permanecimos en silencio el uno junto al otro durante un largo momento. Me di cuenta que esperaba que lo mirara antes de hablar, pero no lo hice. Estaba tan furiosa con él que me preocupaba decir algo de lo que luego me arrepentiría.

Acercando su cabeza a la mía, preguntó:

—Si estás tan preocupada por ella, habla con ella.

Apreté los ojos e intenté bloquear la imagen de cómo la había dejado. Tan rota y angustiada. Debería haber hablado con ella y, por un segundo, deseé haberlo hecho, pero no pude. Me dolía el corazón por eso.

Sacudí la cabeza:

—No puedo. No lo entiendes. Hay cosas que no sabes entre Ave y yo. Yo confié en ella. Ella debió hacer lo mismo conmigo. Sobre todo porque eras tú. —Hice una pausa y apreté los dientes, luego dije—: Dios, Xavier. ¿Por qué tuviste que ir tras ella? De todas las chicas, ¿eliges a mi *mejor amiga*? —Mis emociones volvieron a subir y esta vez mi tristeza se convirtió en una rabia a fuego lento.

Xavier retrocedió hasta apoyarse en mi tocador.

—¿Te contó lo que pasó?

—No —dije en voz baja mientras miraba mi ropa arrugada. Intentaba calmarme y no arremeter, pero el peso de sus mentiras engañosas me estaba afectando—. Lo intentó, pero no se lo permití. Estoy demasiado dolida por todo para hablar con ella, porque no importa lo que diga, ahora mismo no cambiaría nada. Lo mismo ocurre contigo.

—Lo entiendo. Te han lanzado un montón de secretos sucios. Es mucho para asimilar.

—Puedes repetirlo.

—Déjame preguntarte algo.

gruñí en voz baja:

—Realmente me gustaría que me dejaras en paz. Por si no te has dado cuenta, estoy tan enfadada contigo como con Avery.

Naturalmente, Xavier ignoró mi petición.

—Si Avery te hubiera dicho, si hubiera tenido el valor de decir que tenía una relación con tu hermano, ¿qué habrías dicho? —Su voz se volvió dura, casi a la defensiva—. ¿Habrías estado de acuerdo con ello? ¿Realmente estarías bien?

Me quedé mirando mis pertenencias dispersas que había tirado por la cama con las prisas por irme, y contemplé su pregunta.

—Honestidad, Aid —empujó, su voz se hizo más profunda con la ira—. Mírame y dime que te parece bien que me folle a tu mejor amiga. —Los pelos de mis brazos se erizaron. Mis dedos se apretaron en torno a los shores que tenía agarrados en la mano hasta que mis nudillos se volvieron blancos. Sus palabras se me metieron en la piel y pretendían provocarme, pero me obligué a guardar silencio—. Eso es lo que pensaba.

Tragué y terminé de empacar.

—Si sirve de algo, realmente la amaba.

¡Amor! Mi cabeza finalmente se dirigió hacia él.

—¿Amor a quién?

Xavier me dedicó una sonrisa ladeada.

—Avery. Me preocupaba mucho por ella, mucho más de lo que nunca pensé que lo haría, pero después de lo qué pasó —Dejó caer su mirada triste al suelo y negó con la cabeza—: No hay vuelta atrás. Ella disolvió por completo todo lo que teníamos. Lo arruinó.

—Qué curioso. Ella dijo que era tu culpa.

—Me mata decir esto, pero apenas puedo mirarla sin querer estrangular su maldito cuello y besar su cara. —La voz de Xavier se quebró, y casi me sentí mal por él y por lo que sea que haya pasado con Avery.

—¿Así que no vas a hablar con ella? —pregunté en contra de mi buen juicio.

—No, todo lo contrario. Voy a alejarme lo más posible de ella.

Mis hombros se hundieron. Nuestras familias estarían unidas para siempre. Xavier no podía ignorar a Avery durante el resto de su vida. Eso sería imposible.

—Conocemos a Avery desde hace mucho tiempo para saber que es una perra brusca con un gran corazón. Estoy seguro que no quiso decir lo que dijo. —Su rostro se suavizó, y me detuve, tragando el abatimiento que se apoderó de mí al pensar en lo demás que se había revelado hoy—. ¿De verdad no lo sabías? Lo que mamá no es mi madre.

Sus ojos se abrieron de par en par con inocencia. No necesitaba escuchar su respuesta para saberlo.

—No, no tenía ni idea, Aid. Ninguna en absoluto. Lo juro.

Lo único que pude hacer fue volver a sacudir la cabeza. Mi vida era un desastre y todos eran unos mentirosos. Lo único que tenía en mi vida con lo que podía contar para traerme felicidad y estabilidad era la gimnasia, y eso era lo que necesitaba hacer.

La gimnasia siempre ha sido mi válvula de escape.

Cerré la cremallera de mi bolsa, lista para salir a la carretera, cuando mi teléfono celular empezó a sonar. Miré por encima del hombro. Mi teléfono estaba sobre la cómoda en la que se apoyaba Xavier. Él siguió mi mirada y lo cogió. Bajando las cejas, miró la pantalla antes de mirarme con ojos inquisitivos.

—¿Entrenador? —preguntó, fisgoneando—. ¿Te llama Konstantin?

Mi corazón se desplomó.

Sus ojos se endurecieron.

—¿Por qué te llama?

Mi mandíbula se movía hacia arriba y hacia abajo. Intenté encontrar las palabras adecuadas para decirlo sin parecer culpable. Cogí el teléfono al mismo tiempo que dejaba de sonar. Xavier me lo puso en la mano y solté un suspiro, mirando el aparato como si tuviera una capa de veneno. Menos mal que no contestó.

—Sí —fue todo lo que pude reunir, evitando el contacto visual. *Despacio, Adrianna. Muy despacio.*

—¿Por qué te llama, Adrianna? —Su tono pasó de tierno y comprensivo a enérgico y exigente.

—Probablemente para asegurarse que estoy manteniendo mi cardio. Ayer Madeline me llamó para asegurarse que estoy viendo a mi fisioterapeuta. Siempre están pendientes de mí por algo, sobre todo porque es temporada de encuentros.

No he hecho cardio. No hice terapia. No mientras estaba en casa, al menos.

—Estás mintiendo.

—No lo estoy.

Su cabeza se inclinó hacia mí, pero me negué a establecer contacto visual.

—Sí, lo estas. Puedo verlo en tu cara.

—Déjalo, Xavier.

—Si descubro que te puso algo más que una amistosa mano de entrenador como quiera llamarlo, no vivirá para ver el día siguiente. No estoy bromeando, Adrianna. Lo mataré, carajo.

Yo era una mentirosa como ellos. Posiblemente la más sucia y con los secretos más vergonzosos. La visión de los puños cerrados y los antebrazos tensos de Xavier hablaba más fuerte que su respiración agitada. Su aspecto había cambiado drásticamente en el transcurso de un año. Pasó de estar sano y carismático a estar delgado pero demacrado. Sus ojos estaban hundidos, los moratones -tanto nuevos como viejos- salpicaban su cuerpo, y a menudo tenía cortes con costras en el labio. Su actitud era a veces desalentadora. Y aunque no había estado mucho con él, aparte de las vacaciones, mi hermano estaba obsesionado con las redes sociales. Subía y publicaba cada minuto de su vida para que el mundo lo viera. Seguir su cambio había sido demasiado fácil. No sabía qué lo había provocado, y nunca pregunté. No mientras estuviera nadando en un mar negro de depravación con algo que pudiera manchar a la familia. Eso me delataría. Hacerse el ingenuo era una alternativa mejor.

Con los ojos todavía clavados en el suelo, volví a la cama y me colgué la bolsa de viaje al hombro.

—Así que te vas antes de tiempo —dice, rompiendo el silencio.

Asentí con la cabeza y me di la vuelta. La verdad en nuestros ojos chocó en un instante: los dos sabíamos que había más cosas entre bastidores de las que ninguno de los dos estaba dispuesto a revelar.

—Necesito volver a World Cup... ahora es mi casa. Necesito volver a centrar mi atención.

Movió la cabeza y pasó los labios entre los dientes, insatisfecho con mi respuesta.

—Siempre estoy aquí si me necesitas, *hermanita* —dijo cuando pasé junto a él.

Hermana.

La palabra se alojó en mi garganta y tuve que apretar los ojos para evitar que las lágrimas subieran. Quise gritarle que no era realmente mi hermano, que en realidad era mi medio hermano. Pero no lo hice. Había demasiada confusión y caos en mi vida ahora como para reaccionar injustamente hacia alguien que realmente no lo merecía. No después que él pusiera sus emociones y sentimientos en la única palabra que tenía tanto peso para mí sobre cómo se sentía realmente.



Capítulo 57

No me molesté en despedirme de mis padres, no mientras tenían una pelea a gritos en su habitación que se basaba en los cimientos de mi nacimiento.

En cambio, dejé una nota en la mesa del vestíbulo y me aseguré que Xavier les dijera que me había ido. No creí que tuvieran problemas, fue una bendición disfrazada, en realidad.

Salí a la carretera con el teléfono boca abajo y en silencio, rumbo a Cape Coral. Subí el volumen de la música, bajé las ventanillas y, durante las siguientes horas, conduje en paz con nada más que kilómetros de asfalto negro delante de mí mientras el viento se llevaba mis preocupaciones.

Fue una auténtica felicidad hasta que llegué a mi complejo y aparqué mi Escalade.

Había perdido catorce llamadas de mi padre y un montón de mensajes de texto de Kova y Avery que no me molesté en abrir. Un torrente de ansiedad corrió por mis venas con pensamientos de una muerte. Al instante me sentí abrumada por el miedo.

Nadie llamaba tantas veces a menos que fuera una emergencia.

Antes de salir de mi auto, llamé a mi padre. Kova podía esperar. Catorce llamadas perdidas me pusieron muy nerviosas.

El teléfono sonó durante una fracción de segundo antes que lo contestara.

—Hola, papá —dije.

—¿Ana? ¿Estás bien? ¿Dónde estás? —Estaba frenético.

—Sí... estoy totalmente bien. ¿Por qué? ¿Está todo bien contigo? ¿Por qué has llamado tantas veces?

—Te fuiste sin despedirte, antes que pudiera explicarte las cosas.

Me enfado. Otra persona que necesitaba explicar las cosas y eventualmente disculparse conmigo.

—Sí, lo siento. Espero que Xavier te haya dicho que me fui.

—Sí, pero cariño —dice, bajando el tono—, no deberías haberte ido como lo hiciste. No estabas en el estado de ánimo adecuado. ¿Y si tuvieras un accidente o algo así? Podrías haberte hecho daño, y Adrianna, si te pasara algo, mi vida se acabaría.

Mi corazón se ablandó por él. Se sentía realmente mal.

—Sentí que las cosas irían mejor si me iba, así que me puse en camino. De todos modos, tengo una reunión próximamente, así que me vendría bien el acondicionamiento extra. No es un gran problema.

—Es un gran problema para mí.

Una pequeña sonrisa inclina mis labios y salgo de mi camioneta. Agarrando mi bolso, me dirigí a mi condominio mientras papá seguía disculpándose profusamente hasta que tuve que cortarlo.

—Papá, está bien. Está bien, me las arreglaré. Todo tiene sentido, de verdad. Solo desearía haber sabido la verdad desde el principio.

—Esa es la otra cosa… —Se interrumpió. Tenía la llave en el cerrojo y me detuve, agarrándome el estómago por el sonido de esas cinco palabras, preguntándome qué más podría decir que causara un daño peor—. Sé que dije que nunca había planeado decírtelo, pero tampoco era toda la verdad. Solo que no lo había planeado hasta que tuvieras al menos dieciocho años, tal vez veintiuno, y no con tantas cosas encima.

Mis hombros cayeron aliviados. Desbloqueé rápidamente la puerta y entré.

—Bueno, eso sinceramente me hace sentir mejor. Odiaba la idea de pasar toda mi vida sin saber que soy el pequeño y sucio secreto de alguien *y* cuestionarme constantemente por qué mi madre me detesta tanto. En serio, papá, ahora todo tiene sentido. —Me mordí el labio. Me esforcé por no ser sarcástica, pero sabía que salía así.

—Cariño, no eres un pequeño y sucio secreto. Me rompe el corazón oírte decir eso. Las cosas se hicieron para proteger a esta familia. Espero que algún día llegues a entenderlo.

Un temblor sacudió mi cuerpo al ver la realidad de mi vida y lo que les preocupaba. Era un gran espectáculo de riqueza y poder. Un "quién es quién" y todo eso. Las emociones no se mezclaban con la fórmula y se dejaban para después, si es que lo hacían.

Es en ese momento cuando me doy cuenta que nunca trataría a mis hijos de la misma manera. Los pondría en primer lugar. Haría todo lo posible para no ser como mis padres.

—Como siempre, la apariencia es lo primero para la familia Rossi. Todo lo demás viene después. —Dudé, debatiendo si hacer mi siguiente pregunta—. ¿Cuánta gente lo sabe?

—¿Saber qué?

—Papá.

Suspiró profundamente:

—Muy, muy pocos. Hicimos todo lo posible para ser discretos.

Y eso me hizo sentirme más mal que nunca.

—Por favor, quiero saber quién. Me merezco al menos eso.

Papá hizo una pausa lo suficientemente larga como para que yo apartara el teléfono para ver si se había desconectado.

—Solo los Herons. Nadie más. Ni siquiera la familia de tu madre biológica sabía nada.

Mis labios se separaron y me agarré al mostrador para estabilizarme. ¿Cómo se las arreglaron para ocultárselo a su familia? ¿Qué edad tenía? ¿No estaba unida a sus padres? ¿No se veían nunca?

Se me revolvió el estómago ante todas las infinitas posibilidades que pasaban por mi mente. Sentí náuseas al instante y rogué a Dios que Avery no lo supiera y me lo ocultara a propósito todo este tiempo. Eso sí que sería la guinda del pastel.

—¿Cuál de los Herons sabe?

Contuve la respiración.

Y esperé.

Y esperé.

Y esperé.

—Si me preguntas si los hijos de Herons lo saben, no lo saben. Solo Michael y Lily. —Exhalé un fuerte suspiro y me moví para sentarme en el sofá. Por suerte solo lo sabían los padres. Inclinándome hacia delante, apoyé los codos en las rodillas y dejé caer la cabeza sobre la palma de la mano—. Nadie más lo sabrá nunca.

—¿Dónde está ahora?

—Arriba —respondió papá con fastidio—. Lo siento...

Me aclaré la garganta:

—No, mi madre biológica. ¿Dónde está ella ahora?

Su silencio me inquietó.

—No importa dónde esté.

—Sí, me importa. Me importa, papá. Quiero saberlo.

Se quedó sin palabras mientras yo me sentaba aturdida y miraba la alfombra de marfil.

—No estoy seguro de dónde está ahora. Probablemente hace tiempo que se fue. Hace tiempo que no hablo con ella.

No sabía por qué me afectaba tanto cuando no tenía ningún vínculo real con ella, pero lo hacía. No podía entender cómo una mujer podía llevar un bebé en su vientre durante nueve meses y luego abandonarlo sin pestañear. No creía que yo fuera capaz de hacerlo. Pero, de nuevo, cuando surge una situación estresante, las emociones se desbocan y la gente hace cosas de forma precipitada porque cree que no tiene otra opción, para acabar lamentándose después. Tenía mucha curiosidad por ella y acababa de descubrirla. Tuve que preguntarme si ella había pensado en mí durante los últimos diecisiete años.

Papá se aclaró la garganta:

—Para consternación de Joy, tu madre biológica se mantuvo en contacto durante un tiempo después de tu nacimiento. Lo permití.

—¿Por qué?

—Fue difícil para ella y me sentí mal. Era joven y no tenía a nadie a quien recurrir, así que le puse al día y le envié fotos para que pudiera verte. —Hizo una pausa—. Fue difícil dejarla ir.

Las lágrimas se alojaron en mi garganta. Me dolía el pecho por la pesada tristeza de todos los implicados.

—¿Y cómo se las arregló para alejarse definitivamente?

—¿Qué te parece, Ana? Eres una chica inteligente.

Lo supe al instante.

—Dinero. —Sacudí la cabeza. El amor al dinero era la raíz de todos los males y lo odiaba—. ¿Cuánto valí yo para ella? —Agarré el teléfono con fuerza en la mano, esperando su respuesta.

—Eso no es algo que necesites saber, ni que vayas a saber nunca.

—Papá, quiero saberlo.

—Ana, que sepas que habría pagado cualquier cantidad por ti. Ella no podía darte un buen futuro, ni aunque le diera una pensión alimenticia cada mes. No estaba preparada ni mental ni económicamente para manejar a un recién nacido en ese momento, y mucho menos emocionalmente.

—¿Cómo sabes que no era capaz de manejar un recién nacido? Ni siquiera le diste la oportunidad.

—Adrianna, lo hecho, hecho está. No tienes precio para mí. Haría cualquier cosa por ti. Cualquier cosa. Habría ido hasta el fin del mundo para protegerte y cobijarte como te merecías. Era un desastre y no iba a arriesgarme.

—Probablemente era un desastre porque le quitaste su bebé. Apuesto a que sus hormonas estaban fuera de control.

—Adrianna, por favor…

—Estoy segura que *Joy* tampoco lo hizo mejor para ella. Probablemente la vio como competencia.

Su gemido se convirtió en un profundo suspiro.

—Definitivamente no ayudó a la situación, aparte de interpretar el papel que pidió. Podría haber ganado un premio de la Academia.

Unas lágrimas saladas se deslizaron por las comisuras de mis ojos. Contuve la respiración y me tapé la boca para que papá no oyera mi llanto silencioso. Le pedí el razonamiento y me dio lo que quería. Me amaba, sabía que lo hacía, pero aún así me dolía terriblemente escuchar la verdad.

—Gracias por decírmelo, papá —dije, mi voz era gutural y pequeña. No se podía negar lo molesta que estaba—. ¿Cómo se llama?

Gimió suavemente y supe que se arrepentía de haberme dicho algo.

—No llores, cariño —dijo con tanta simpatía que me dolió escuchar su dolor.

—Es mucho para asimilar. —Todavía no estaba segura de por qué mamá… Joy -ni *siquiera sabía cómo demonios debía llamarla ahora- se había vuelto* contra mí de la forma en que lo había hecho, pero después de lo de hoy, no estaba preparada para abordar ese tema todavía.

—Eso es, y exactamente por qué quería esperar hasta que fueras mayor. Tienes mucho en tu plato ahora mismo.

Tragué saliva.

—Puedo manejarlo.

—Sé que puedes, eres una chica fuerte, pero prefiero intentar protegerte de todo lo que pueda durante el mayor tiempo posible.

Una pequeña sonrisa inclinó mis labios.

—Te lo agradezco, pero en algún momento voy a tener que crecer. Algún día tendrás que dejarme ir.

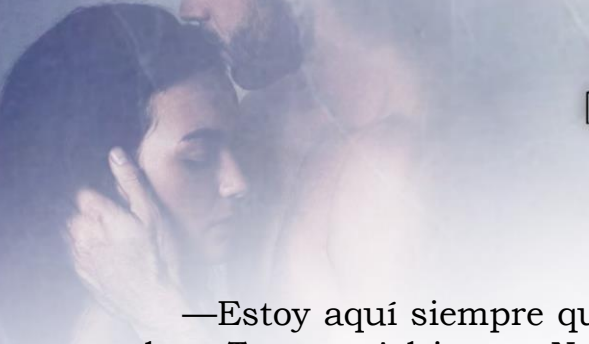
—Ya he soltado mucho, teniendo en cuenta dónde vives actualmente, ¿no crees? —No hablaba con malicia ni para recordarme lo privilegiada que ha sido mi vida, sino para demostrar que ha sido compasivo con mis sueños y deseos y ha tratado de darme la vida que he querido.

—Sí, supongo que sí.

—Un día lo verás, Ana —dice, su voz era una mezcla de aplomo y arrepentimiento.

Suspiré, agotada por todo lo que había pasado en un día.

—Voy a colgar ahora, papá. Hablaré más contigo luego.



—Estoy aquí siempre que me necesites, y siento mucho lo que ha pasado hoy. Te amo, Adrianna. No lo olvides nunca.

Capítulo 58

Justo antes que estuviera a punto de dormirme, se oyeron golpes en mi puerta.

Gruñí en voz baja y maldije a Kova hasta las siete sombras del infierno. Sabía que solo podía ser él a estas horas de la noche.

Saliendo de la cama, encendí la luz del pasillo, me froté el ojo con el talón de la mano y me dirigí a regañadientes hacia la puerta. Al abrirla rápidamente, fruncí el ceño al verlo.

—Me voy a mudar para que no vuelvas a aparecer así.

—¿Dónde has estado? ¿Por qué no contestas al teléfono?

Me aparté, mis ojos se abrieron de par en par ante el desgarro en su voz.

—Vete a casa, Kova. He tenido un día duro, probablemente el peor de mi vida y ni siquiera exagero. Estoy cansada, hablemos mañana. —Fui a cerrar la puerta pero él la apartó y entró—. Claro, siéntete como en casa. No estaba tratando de dormir ni nada parecido —digo sarcásticamente.

Se dio la vuelta y entrecerró los ojos hacia mí. Con las manos en las caderas, me espetó:

—¿Crees que puedes enviarme un mensaje de texto con lo que hiciste e ignorarme?

Le miré con una pizca de satisfacción en la cara.

—Es una mierda que te ignoren, ¿verdad?

Nos miramos fijamente, ambos nos negamos a retroceder. Se equivocaba y yo iba a asegurarme que lo supiera, pero entonces caí en la cuenta de algo. Me moví sobre mis pies e incliné la cabeza.

—¿Cómo supiste que estaba en casa?

—Tu padre, por supuesto.

—¿Hablaste con él?

—Me llamó.

—Te ha llamado —reafirmé con desconfianza. Ahora me preocupaba lo que papá le había contado a Kova y si él también sabía la verdad.

—Sí —dijo, como si le hubiera preguntado de qué color era la hierba.

Cruzando los brazos delante del pecho, pregunté:

—¿Por qué te ha llamado?

—Estaba preocupado y sospechaba que te dirigías hacia aquí. Al parecer, te gusta ignorar a todo el mundo cuando estás de humor.

—De acuerdo, ¿y por qué estás aquí?

—Para que podamos hablar de lo que pasó y de cómo lo sabe tu madre. —Empezó a pasearse—. Esto no es bueno, Adrianna. No es bueno en absoluto.

Lo ignoré, tomé asiento en el sofá y me recosté. Estaba muy cansada.

—No hay nada que hablar. Mi madre ni siquiera se lo dijo a mi padre, acudió a mí, y viendo que te ha llamado, es obvio que no le ha dicho nada... todavía.

Se acercó y tomó asiento junto a mí. Inclinando su cuerpo, levantó la rodilla para apoyarla en el sofá y se abrió hacia mí. Pasó un brazo por encima del respaldo del sofá y se inclinó hacia mí. Mi mirada recorrió su elegante atuendo: una camisa blanca y unos pantalones azul marino. Un reloj de plata adornaba su muñeca. Sus antebrazos vasculares eran gruesos y con venas que serpenteaban hacia abajo, lo que me llamó la atención.

Me encantaba cuando llevaba ropa así. Kova podía interpretar tan bien ambos papeles, el de atleta y el de profesional, y salirse con la suya.

Tenía un aspecto increíblemente delicioso, pero fruncí el ceño.

—¿Por qué estás tan arreglado? Es medianoche. ¿De dónde vienes?

Solo recordaba unas pocas ocasiones en las que el color de la cara de Kova se había agotado. Hacía falta mucho para que este hombre se callara y sus ojos se dilataran por la sorpresa. Era un hombre normalmente frío, tranquilo y sereno, pero en ese momento, algo no encajaba en él. Desvió la mirada, y un tic comenzó en su mandíbula. Sus fosas nasales se encendieron y mis ojos se entrecerraron.

Mirando a cualquier parte menos a mí, dijo:

—Tenía una cena a la que tenía que asistir. Esto fue lo más pronto que pude llegar a ti.

Kova negó con la cabeza, más para sí mismo que para mí. Parecía distraído. Lo que fuera que estuviera pensando le molestaba. Su actitud había cambiado claramente, así que intenté no saltarle al cuello.

—¿Una cena? ¿Y no podías irte hasta medianoche? Te llamé a primera hora de la tarde y me ignoraste.

Tragó saliva, aún incapaz de establecer contacto visual conmigo. Se me apretó el estómago.

—Fue un asunto de todo el día —dijo.

—A ver si lo entiendo, ¿no pudiste encontrar tiempo para hablarme verbalmente, ni siquiera durante un descanso para ir al baño, pero pudiste enviar un texto tras otro mientras estabas en una cena? Eso no tiene sentido.

Algo no cuadraba. Tenía el estómago revuelto, me dolían los ojos de tanto llorar antes, y ahora Kova dudaba después de haber avanzado tanto. No podía saber si mi mente estaba jugando conmigo después de todo lo que había pasado hoy, o si Kova me estaba ocultando algo.

Todo el mundo era un mentiroso para mí ahora. Siendo yo la mayor mentirosa de todos.

—Adrianna, deja de cambiar de tema. No estoy aquí para hablar de mi cena, estoy aquí porque tenemos una gran situación entre manos y necesito saber qué ha pasado para estar preparado. —Se frotó las sienes. Finalmente me miró, bajó la voz y dijo a sí mismo—*: Grebanyye yamy.* —En ruso, y luego lo volvió a decir, sacudiendo la cabeza como si las cosas no pudieran ir peor.

—Kova, no me preocupa. —Traté de tranquilizarlo—. Si mi madre fuera a hacer algo, ya lo habría hecho. —No me gustó la agonía que poco a poco iba tomando forma en el apuesto rostro de Kova.

—No, no estará bien. Todo está jodido ahora mismo, más allá de lo reparable, Ria.

Aparté la mirada, no me gustó el descaro de su voz, pero le di lo que quería porque se merecía saberlo.

Con dolor, le conté todo lo sucedido, hasta la conversación antes que entraran mi padre y mi hermano, hasta los insultos y las bofetadas que habían ocurrido unos días antes. Se sentó y escuchó mientras le explicaba todo y respondía a cualquier pregunta que tuviera, con una expresión estoica y sin ninguna emoción. Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras le contaba todos los detalles. En un momento dado, se llevó mis pies a su regazo y empezó a masajearlos. Me relajé aún más en el sofá, el cansancio se apoderó de mí. No me importaba llevar tan poca ropa, y a él tampoco.

Agarrando mis muslos, tiró de mi cuerpo hacia abajo para que mi trasero empujara contra sus muslos. Situó mis piernas y luego sus manos adoptaron un movimiento constante y subieron por mis pantorrillas. Mi cuerpo estaba tan dolorido, y la forma en que sus dedos amasaban mis músculos era sublime. Me sentí tan bien que estuve a punto de quedarme dormida.

Inclinó la cabeza.

—¿Qué más no me dices?

Podría preguntarle lo mismo.

—Nada.

Kova era todo menos obtuso.

—No es nada. Puedo verlo en tus ojos.

—Kova. —Tragué—. Por favor. Solo déjalo ir.

No le conté lo de Avery y Xavier. O que tenía otra madre en otro lugar del mundo cuyo nombre ni siquiera conocía. Me temblaba la mandíbula, pero luché contra ello. No había forma que me abriera sobre eso, no estaba preparada.

Lo único que sabía, sin lugar a dudas, era que Kova era el único que aportaba a mi vida la sensación de normalidad que ansiaba en estos momentos.

—¿Así que todas esas lágrimas son de tu madre? —preguntó, sin creer una palabra de lo que decía.

—¿Qué lágrimas?

—Ria —dijo con una suave sonrisa—, tienes los ojos hinchados de tanto llorar. Sé la diferencia entre estar cansado y estar molesto. Ahora, cuéntame qué ha pasado.

Tragué. Sentía el pecho vacío. Exhalando una fuerte respiración, dije:

—Nada. Te lo he contado todo.

—Ria. —Sonrió—. Me hiciste abrirme a ti, ahora es tu turno.

—Solo estoy cansada, Kova. Estoy tan, tan cansada... cansada de todo. De todo. —Miré hacia otro lado, observando la puerta corrediza de vidrio. Nos sentamos en un cómodo silencio hasta que Kova habló:

—Dime algo —dijo suavemente.

Mis ojos se desviaron hacia los suyos.

Sus dedos siguieron subiendo por mis piernas, masajeando los músculos tensos. Si seguía así, me iba a quedar dormida.

—¿Dónde te ves dentro de diez años?

Reflexioné sobre su pregunta.

—No sé... Pueden pasar muchas cosas en diez años. Supongo que si tuviera el poder de hacer que sucediera lo que yo quisiera, espero estar haciendo algo que tenga que ver con la gimnasia, tal vez entrenando. Espero haber viajado un poco, me encantaría ver el mundo. Espero que dentro de diez años esté cerca de formar una familia... en algún lugar lejos de aquí. —Hice una pausa.

Tal vez conocer a mi verdadera madre, pero no digo eso.

Kova me mira con ojos cautelosos y luego dice:

—Si estuvieras entre la espada y la pared con una decisión que podría cambiar tu vida, ¿qué harías?

—Bueno, eso depende de la situación.

—¿Qué harías tú?

—¿Esta decisión me hará feliz o triste al final?

Sus ojos abandonaron los míos durante un segundo y luego volvieron. Dudó antes de decir:

—Es difícil de decir.

Exhalé y lo miré a los ojos, tratando de entender por qué me hacía una pregunta tan seria y cómo podía responderla de forma correcta.

—Supongo que tendría que preguntarme a quién beneficiaría mi decisión, a quién perjudicaría o haría feliz, y cómo me sentiría al levantarme cada día con las decisiones que he tomado. A veces hacemos cosas por los demás, aunque nos duela. Algunos somos más fuertes y podemos soportar la carga, mientras que otros no. —Hago una pausa, y se me ocurre algo más—. Para hacer posible lo imposible, hay que dar un giro a la situación para no ser el único que se queda con la espalda contra la pared. Todo el mundo necesita un héroe, pero primero tienes que salvarte a ti mismo antes de poder salvar a los demás.

Reflexioné sobre mí misma y me pregunté si lo que decía era realmente lo que sentía. Perdí un poco de mí mientras estaba en casa. Dejó un hueco en mí que no estaba segura que fuera a sanar. Me dañó y me dejó en un rincón sufriendo y llorando y sintiéndome tan sola. Necesitaba un amigo, necesitaba la guía de alguien, alguien que me mostrara cómo hacer todo bien cuando se sentía tan, tan mal.

Era exactamente lo que Kova pedía, y lo que yo sentía. Y tuve que preguntarme si él también sentía lo mismo.

Me tragué mis emociones y traté de sonreír, pero era forzada, y él lo vio. Nos estábamos conteniendo, y ambos lo sabíamos.

Kova agitó la mano, con los ojos apretados en las esquinas.

—Vamos, déjanos ir. —Antes que pudiera protestar, Kova me levantó y me derretí en la seguridad de sus brazos, amando lo fuerte y poderoso que era—. Ven, *malysh*. Te vas a la cama. Necesitas descansar.

Le rodeé el cuello con los brazos y apoyé mi cara en su hombro. Él apretó mis rodillas contra su pecho.

—Estaba descansando hasta que irrumpiste en mi piso, sabes —dije, bromeando.

—Ria, estas demasiado ligera. Me preocupa.

No respondí mientras Kova se dirigía a mi habitación. Cerrando los ojos, aspiré su colonia.

—¿Acabas de olerme? —preguntó, como si tuviera la boca llena de limones agrios.

Me reí.

—Siempre hueles tan bien. Incluso en el gimnasio, hueles increíble.

—*Spasibo.* —Kova hace una pausa—. Gracias.

Dejando la luz apagada en mi habitación, Kova me tumb suavemente en la cama. La luz del pasillo estaba encendida, dejando que una luz pálida brillara en mi habitación y una sombra se proyectara sobre su rostro. Kova retiró sus manos de debajo de mis piernas, pero no me soltó.

—No te vayas todavía —susurré. No estaba preparada para dejarlo ir.

—Ria, tengo que irme.

—¿Por favor? —Mi voz se quebró—. Solo un minuto más, quédate conmigo.

—Ria —instó—, realmente debo irme.

Se me hizo un nudo en la garganta y asentí sin decir nada. No podía. Me temblaba la mandíbula, me dolía mientras luchaba contra mis emociones. Si hablaba, lloraría.

Apartándose lo suficiente, Kova me miró. Se sentó en el borde de la cama y me apartó el pelo. Sus nudillos acariciaron mi mejilla y limpiaron la única lágrima que cayó. Su otra mano encontró mi cadera y presionó sus dedos en mi piel. Levanté la rodilla y me incliné hacia él. Él se fijó en mis ojos brillantes al igual que yo en los suyos, pensativos. Sabía que había tenido que mentir a Katja para venir a verme, y deseaba que tuviera una razón para quedarse esta noche. Realmente lo deseaba, y si eso me convertía en una persona sin corazón, que así fuera. Después de la semana que tuve, lo necesitaba. No me importaba lo egoísta que sonara, necesitaba a Kova para sentirme segura, para olvidar el mundo. Él era todo lo que necesitaba para hacer desaparecer el dolor, porque sabía que en el fondo se preocupaba por mí, como yo lo hacía por él.

Me dio un beso en la frente y lo mantuvo durante un largo rato. Agarré su camisa con el puño, mis manos temblando mientras luchaba con él para que se quedara conmigo. Mi respiración se hizo más profunda y exhalé una

bocanada de aire. Me dolía mucho el corazón, como si estuviera a punto de romperse en cualquier momento. Él se apartó y yo le cogí un lado de la cara, esperando que sintiera la súplica en mi contacto.

—Te veré mañana, ¿sí? —preguntó.

Me quedé mirando su boca y asentí:

—Mañana —dije, apenas por encima de un susurro.

Kova se cernía sobre mí, a pocos centímetros de mi boca. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento.

Los latidos de mi corazón se aceleraron y le ayudé a acercarse hasta que sus labios estuvieron muy cerca de tocar los míos.

—Te necesito Kova, nunca he necesitado tanto algo en mi vida.

Mi mano rozó el lateral de su mandíbula, bajó hasta su cuello y pasó por encima de su hombro para apoyarse en su pecho firme y cálido. Cayó otra lágrima, y él la apartó con un beso, luego se sumergió con la suficiente delicadeza para rozar sus labios sobre los míos.

—He perdido un poco de mí esta última semana —admití en voz baja. Mi corazón se aceleró mucho.

—Yo también, Ria... Yo también.

Mis ojos se dispararon hacia los suyos y mi corazón se rompió al escuchar la verdad en sus palabras susurradas. En esas tres pequeñas palabras, Kova dijo más de lo que nunca había dicho, y eso me preocupó profundamente. Nunca se había abierto como lo hizo. Fuera lo que fuera lo que se estaba gestando en el interior de este hermoso hombre, necesitaba sacarlo, y yo quería ayudarlo.



Capítulo 59

No sé quién se movió primero, pero lo siguiente que supe es que estábamos enredados en un beso apasionado.

Inspiré un poco y él me sorprendió sumergiéndose un poco más y tirando suavemente de mi labio superior con los dos suyos. Incliné la mandíbula hacia arriba, dándole lo que quería, pero también lo que necesitaba desesperadamente. Sus dedos se clavaron más en mi cadera y mi mano se enredó en el pelo de su nuca. Nuestras bocas se mantuvieron firmes, podía sentir que se estaba conteniendo. Sus labios temblaban sobre los míos, el latido de su corazón golpeaba con fuerza la palma de mi mano.

Esta vez, abrí un poco la boca y busqué la suya, con curiosidad por ver qué hacía. Su lengua no tardó más de dos milisegundos en buscar la mía.

Mi mano se deslizó hasta su nuca, de modo que mis dos brazos rodearon sus hombros y lo guié hacia mí mientras disfrutaba de su beso lento y sensual. La lengua de Kova recorrió la mía como un fuego acogedor que se agitaba en lo más profundo de mi estómago. Dejó escapar un gemido suave, casi desgarrador, tirando de las cuerdas de mi corazón mientras me besaba profundamente. Este era un hombre que sabía cómo expresar sus emociones a través de un beso.

Inclinándome hacia él, nuestros cuerpos se apretaron. La mano de Kova rozó el costado de mi cuerpo, sobre la cadera y subiendo por las costillas. Su pulgar se movió alrededor de mi pecho desnudo bajo la camisa, luego bajo mi brazo y detrás de mi espalda. Me moví para acomodarlo en la cama, pero él me sorprendió abriendo las rodillas para que descansaran entre mis muslos.

Tragué, tomando sus labios con los míos. Encajamos perfectamente. Nunca antes nos habíamos besado así, carnal pero lentamente, como si estuviéramos explorando la boca del otro, y me encantó. Era diferente. El beso más sensual y a la vez emocional, como si intentara decirme algo a través de su beso que sus palabras no podían expresar. No pude evitar sentir en la

boca del estómago que algo no iba bien, pero aparté los pensamientos negativos y le di lo que claramente necesitaba...

A mí.

Me besó lenta y profundamente, y tan condenadamente bien.

Pero necesitaba más. Podía sentir la determinación en sus labios.

Nuestros cuerpos actuaron con su propia armonía y se envolvieron el uno al otro hasta que no hubo espacio respirable entre nosotros. La fricción se calentó y pronto ambos nos vimos envueltos en el beso más apasionado que jamás habíamos tenido. Nuestras manos estaban por todas partes, no nos cansábamos de tocarnos. Kova apoyó cuidadosamente su peso sobre mí, inmovilizándome en la cama. Era pesado, pero por alguna razón, me encantaba sentir su cuerpo sujetándome. Era sexy y muy primitivo el modo en que cubría su cuerpo sobre el mío.

Mis caderas se ensancharon, permitiéndole acurrucarse más en mí mientras nuestras bocas continuaban su asalto mutuo. Giró sus caderas hacia arriba y hacia las mías, su rodilla se deslizó bajo mi muslo para acercarse más a mí y presionó su erección contra mi sexo. Ya estaba mojada y deseando a este hombre. El hombre que había estado ahí para mí en más formas que nadie este último año. Un hombre al que le debía mucho más que mi gratitud.

Los dedos de Kova se clavaron en la piel de mis caderas. Tiró de mis bragas y levanté las caderas para que me las quitara. Llevé las palmas a su cintura y tiré del material de su camisa para desabrocharla. Kova dejó escapar un suspiro cuando le desabroché la camisa, mis manos fueron al instante por su piel como si les doliera tocarlo solo a él. Nunca me cansaría de él y de sentir su fuerza.

Rompiendo el beso, mantuvo sus labios pegados a los míos mientras respiraba en mí. Nuestros ojos se clavaron en los del otro y mi pecho se hundió ante la emoción que brillaba en los suyos.

El arrepentimiento nubló todo el rostro de Kova y sentí en mis entrañas que necesitaba mucho más de lo que yo podía darle ahora. Pero lo intentaría, porque no se merecía menos de mí.

Mis dedos encontraron inmediatamente sus labios y los recorrí, mis ojos escudriñaron frenéticamente todo su rostro, tratando de averiguar por qué le dolía tanto, contra qué luchaba dentro de su pecho.

—*Prosti* —dijo—. *Prosti*[14]...

—Kova... qué pasa... háblame —pedí en voz baja, con la preocupación grabada en mis palabras.

Negó con la cabeza y me besó, luego se retiró y se sentó sobre sus rodillas y miró hacia abajo. Se quitó la camisa mientras su mirada recorría mi cuerpo. Me senté y apoyé las manos en su pecho.

Kova no dijo nada. Se limitó a mirarme a los ojos, suplicando, rogando, pero no sabía por qué.

—*Prosti* —volvió a decir, esta vez un poco más roto.

Cualquier cosa que necesitara era suya para tomarla.

Colocó las palmas de las manos en mis caderas y rozó más arriba, llevándose mi camisa. Lentamente, me la saco por encima de la cabeza y mi espesa cabellera cayó sobre mis hombros. Lo observó caer y luego me cogió el cuello, sus dedos se enroscaron en mis mechones ondulados mientras me inclinaba la cara y me besaba como antes.

No podía negar que Kova me hablaba a través de su beso, de su cuerpo, del dolor que estaba sufriendo. En ese momento, supe que me necesitaba tanto como yo a él.

Lo sabía. Mi corazón lo sabía.

Tentadoramente, alcancé la hebilla de su cinturón, luego el botón, y después bajé lentamente la cremallera de sus pantalones. Kova se inclinó hacia mí y me guio suavemente hacia la almohada. Se echó hacia atrás y se puso de pie, quitándose los pantalones y dejándolos caer al suelo. Nuestros ojos no se apartaron del otro, la conexión era demasiado fuerte entre nosotros como para romper nuestras miradas, mientras volvía a meterse en la cama y se arrastraba hacia mí.

—*Pozhalyusta prosti, menya*[15] —volvió a decir esa palabra prosti y empecé a preguntarme por qué la repetía una y otra vez con tanto sufrimiento. Acomodándose entre mis piernas, me miró profundamente a los ojos mientras se posicionaba en mi entrada.

—Te mereces algo mucho mejor —dijo, y luego empujó lenta pero firmemente dentro. Alcanzando su espalda, Kova tiró de la manta sobre

[14] Perdón
[15] Perdóname amor mío

nosotros y empujó un poco más adentro. Su mirada me dio ganas de llorar. Se me rompía el corazón porque sabía con cada fibra de mi ser que algo no estaba bien. La finalidad de sus palabras, la forma en que las pronunció, era como si se estuviera despidiendo.

—Ve despacio, ha pasado mucho tiempo —le dije tan suave y tan gentil. No quería que se apartara, pero hacía tiempo, meses, que no teníamos tanta intimidad. Podía ser un salvaje cuando quería, pero me dio la impresión que esta vez no era así para él.

Tenía la sensación que Kova necesitaba que alguien le diera aire.

Asintiendo, bajó la barbilla y me besó. Saboreé la sensación de su cuerpo. Lo rodeé con los brazos y apreté los talones contra la parte posterior de sus muslos, abrazándolo con más fuerza.

—*Prosti* —repitió, y mi corazón empezó a partirse por el centro.

Kova se retiró y volvió a introducirse lentamente hasta el fondo. Suspiré en su boca, tratando de adaptarme a su anchura. Al principio me resultaba difícil, pero me olvidé de la incomodidad y lo absorbí todo. Volvió a hacerlo, besándome profundamente y con fuerza mientras penetraba. Mi espalda se arqueó, mi pecho se levantó, encontrándose con el suyo, y jadeé en su boca. Unos brazos fuertes me envolvieron. Kova temblaba mientras me abrazaba con fuerza, como si se aferrara a su vida.

—Toma lo que necesites —dije, jadeando contra sus labios. Lo miré a los ojos angustiados—. Toma todo de mí… soy tuya.

Y lo hizo. Kova no dudó. Sus caderas retrocedieron y me penetraron de golpe, una ola de euforia me recorrió. Mis ojos se pusieron en blanco por el placer mientras él se retiraba con una lentitud tan devastadora que podía sentir cada centímetro de su dureza, incluso la vena que ya conocía y que se enroscaba en la parte delantera de su eje. Sentí cada centímetro de su longitud desnuda. Kova se retiró lo suficiente como para que yo pudiera sentir la punta de su cabeza acariciando mi entrada.

—Mírame —exigió en un susurro.

Lo hice… y solté un suspiro.

Kova dijo una retahíla de palabras en ruso, tratando desesperadamente de mantener sus emociones. Cuando pensé que volvería a penetrarme y a destrozarme, presionó tan lentamente que casi le rogué que fuera más rápido. Sus ojos no se apartaron de los míos y un grito ahogado salió de mis labios

cuando llegó hasta el final. Gemí y él también. Levanté la mano, pero él apretó mis dos manos contra la cama junto a mi cabeza y entrelazó sus dedos con los míos. Respiraba muy fuerte.

—No, déjame, por favor. Necesito este control ahora mismo —suplicó, quebrándose—. Te necesito.

—Cualquier cosa —dije en voz baja.

Negó con la cabeza. Se inclinó y se metió mi labio inferior en la boca mientras sus caderas entraban y salían de las mías, golpeando cada vez el pequeño manojo de nervios. No pude evitar los sonidos que escapaban de mis labios separados cuando bajó su boca hasta mi cuello y me besó por todas partes. Mis caderas respondían a sus empujes, una y otra vez, y los gemidos que emitía Kova me hacían sentir sublime. Sus dedos sujetaron los míos con tanta fuerza que sentí su lucha, y cuando soltó un gemido bajo y largo, casi me corrí. Era el sonido más sexy del mundo.

—Oh, Dios mío —dije sin aliento—. Kova... —Necesitaba tocarlo, de alguna manera se las arregló para soltar su agarre sobre mí, y le agarré la nuca, aferrándome a él.

—*Mne ochen zhal*[16] —respondió con otro gemido. Se retorció dentro de mí y no tuve fuerzas para pedirle que se retirara.

Al diablo con las consecuencias.

Intenté quedarme quieta, pero me hizo sentir demasiado bien. Esperaba que yo le hiciera sentir igual de bien. Agarré la piel de sus costillas, tirando de él. Mis manos se arrastraron por su espalda y tiré de él por todas partes, dejando que mis uñas lo marcaran. Mi espalda se arqueó y mi pecho empujó contra el suyo. Kova me abrazó mientras se echaba hacia atrás para sentarse erguido y yo a horcajadas sobre sus caderas. Las sábanas se cayeron y yo jadeé contra su boca mientras me acariciaba la mandíbula y la nuca mientras me penetraba mucho más profundamente. Se levantó sobre sus rodillas y me sostuvo con su poderosa fuerza. Envolviendo mis brazos alrededor de sus anchos hombros, apreté mis pechos contra su pecho y lo besé con todo lo que tenía. Kova lo alentó respondiendo a mi beso con la misma ferocidad. Estábamos frenéticos, ninguno de los dos quería soltarse.

Este era Kova. O lo daba todo, o no daba nada.

[16] Lo siento.

Y él estaba en todo.

Si no lo supiera, diría que me estaba haciendo el amor. Un amor desgarrador, que me rompía el alma. El puro deseo y el dolor que emitía eran devastadores. Si pudiera arrastrarse dentro de mí, lo dejaría, solo para quitarle el dolor.

El placer iba en aumento. Sus gemidos se acercaban cada vez más y la vibración en mi interior estaba a punto de estallar. Su gruesa longitud se agitó y yo jadeé, mi cabeza cayó hacia atrás mientras dejaba escapar un gemido de ensueño. Mis muslos se estremecieron y sus caderas se introdujeron con fuerza, con la cabeza de su erección hasta donde podía llegar. Me estremecí, temblando con fuerza, y Kova me lamió lentamente el cuello antes de morderlo con suavidad. Estaba a punto de correrme y me di cuenta que él también lo estaba. Envolviendo un brazo en la parte baja de mi espalda y el otro justo debajo de mis hombros, Kova me palmeó la nuca y llevó mi mirada a la suya.

Sabía que mi mirada se asemejaba a la suya. Ojos brillantes, mejillas sonrosadas, labios hinchados.

Mi respiración se hizo más pesada y él empujó con el mismo ritmo, alargando el éxtasis hasta que no pude aguantar más. Intenté besarlo, pero me tiró del pelo de la nuca y me mantuvo la cara a escasos centímetros de la suya mientras miraba cómo respiraba dentro de él, mi placer subiendo a lo más alto. Mis uñas se clavaron en su cuello, los labios se separaron mientras sentía que explotaba. Dejé escapar un suspiro apasionado y apreté mis paredes interiores, intentando esperarlo, pero no lo necesitaba.

Kova venía conmigo.

Sus manos agarraron mi piel caliente mientras liberaba su orgasmo dentro de mí, gimiendo en ruso. El placer era demasiado y yo temblaba mucho por la complejidad de este momento. Esto era algo más que sexo para nosotros. Sabía que lo era.

Kova me abrazó con más fuerza mientras nuestras bocas chocaban y nos perdíamos juntos en el puro abandono.

Cuando el punto álgido de nuestra liberación disminuyó, Kova rompió el beso y me miró a los ojos. Me apartó el pelo que tenía pegado a la mejilla por el calor que habíamos creado, y luego me recostó con cuidado mientras seguía dentro de mí.

Él no estaba listo para dejarme ir, y yo tampoco.

Empujó por última vez y yo jadeé. Kova me besó de nuevo antes de retirarse, y sentí el calor de su orgasmo filtrarse en mí. Le eché de menos inmediatamente, y se lo dejé ver.

Para mi sorpresa, no se levantó todavía. Rodó hacia un lado y me llevó con él. Apoyé la cabeza en su bíceps y lo miré, con uno de sus muslos apretado entre los míos. Kova me tocó el pelo castaño, jugando con el.

—Me gustaría que pudieras quedarte —dije con sinceridad. Sabía que tendría que irse pronto.

—Yo también.

Sus ojos penetraron en mi compostura y me moví más cerca de él. Kova me rodeó con un brazo y me dio un beso en la frente, abrazándome durante un largo rato hasta que estuve a punto de quedarme dormida por la forma en que sus dedos rozaban mi espalda con tanta suavidad.

Finalmente se retiró y observé cómo recogía su ropa y se la ponía. Su cara estaba tensa y me di cuenta que aún tenía muchas cosas en la cabeza.

Suave y tranquilo, se abrochó el cinturón y dijo:

—No me gusta que te haya puesto las manos encima otra vez. Parece que busca venganza, Ria, pero no sé por qué y eso me preocupa.

Pero yo lo sabía. Él sabía que tenía algo que ver con mi padre, solo que no conocía los detalles que lo rodeaban.

—Estaré bien.

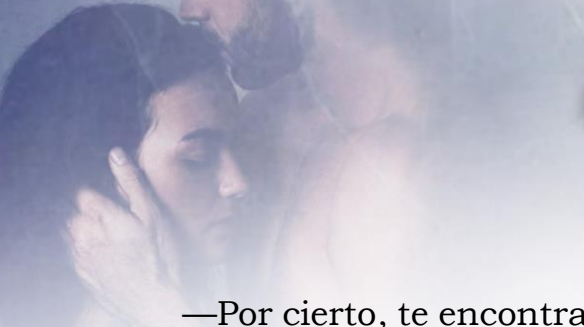
—Sé que lo estarás, eres fuerte, pero sigo preocupado por ti.

Una suave sonrisa me tiró de los labios. Kova se acercó a mí y iba a sentarme, pero me detuvo.

—No te levantes, cerraré la cerradura del fondo cuando me vaya. —Asentí con la cabeza, y él me acercó la manta al pecho y me acogió en silencio. Había anhelo en sus ojos, como si una vez que se fuera no volviera a verme. Mis cejas se juntaron y mi corazón cayó.

Se inclinó y me besó suavemente en la frente y luego apretó sus labios contra los míos. Mi mano se aferró a su nuca mientras me besaba como si se estuviera despidiendo para siempre, un pensamiento que me aterrorizaba.

Kova se retiró y yo me lamí los labios.



—Por cierto, te encontraría en cualquier parte. —Incliné la cabeza hacia un lado, confundida—. Dijiste que te ibas a mudar, así que no puedo aparecer cuando quiera. Ria, siempre te encontraré. Tienes una parte de mí que nadie ha tenido, como yo contigo.

Luego se fue.

Capítulo 60

A pesar de los pronósticos, a la mañana siguiente entré en la World Cup sintiéndome un poco recargada.

Me dormí poco después que Kova se fuera con muchas cosas todavía en la cabeza, aunque dormí sin ruido, aunque solo fuera un par de horas. Eso es lo que me hacía el agotamiento. Los días en que mi cuerpo no podía aguantar ni un minuto más, caía en un profundo letargo y dormía como un muerto. Todo quedaba en suspenso y ya está. Ojalá el sueño siempre fuera así. La mayoría de los días daba vueltas en la cama sin importar lo cansada que estuviera.

Suspiré. Todavía tenía que llamar para que me dieran los resultados de los análisis de sangre. Ya había perdido la llamada de la consulta del médico tres veces debido a la formación y a que se me había olvidado devolver la llamada. Se me olvidó y asumí que si llamaban significaba que habían encontrado la razón de mis bajos niveles de vitaminas. Recé para que tuvieran una alternativa mejor a las malditas inyecciones que me habían recetado. No estaba segura de cuánto más podría soportar.

Hablando de inyecciones, tengo que pedirle a Hayden que me ponga otra inyección pronto.

Había llegado temprano al entrenamiento para ver cómo estaba Kova. Con la forma en que estaba anoche, estaba preocupada por él. Algo no me gustaba y tenía la sensación que estaba tratando de decirme algo más. Nunca tuvimos sexo así. Kova nunca mostraba sus emociones, porque lo hacía vulnerable, y nunca se dejaba exponer. Pero anoche lo hizo, y yo quería entender por qué. Más que eso, quería que me dijera lo que tenía en mente ayer. Planeé dejar nuestro cuaderno en su escritorio en algún momento, para que pudiera escribir sus pensamientos.

Aunque los dos nos expresamos a través del tacto anoche y nos besamos para alejar nuestro dolor, sabía que Kova lo hacía mejor al escribirlo.

Pero todavía no estaba aquí, lo que me pareció extraño.

Comprobé rápidamente mi teléfono celular para ver si tenía un mensaje de él, pero no lo tenía. Sí tenía uno de mi padre comprobando cómo estaba, que respondí, y uno de Avery, que ignoré. No podía lidiar con ella en este momento. No estaba preparada para ello.

Metiendo mi bolsa en mi taquilla, coloqué el cuaderno en el escritorio de Kova, luego me dirigí al gimnasio y comencé mi acondicionamiento matutino para la siguiente hora antes que comenzara el entrenamiento.

No podía dejar de mirar la puerta principal para ver si estaba a punto de entrar. La inquietud se instaló en mi estómago, estaba muy ansiosa. Pasaron dos horas y Kova seguía sin llegar. Empezaba a temer que le hubiera pasado algo.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Reagan, arreglando su coleta. Dio un pisotón de tiza.

—¿Qué quieres decir?

—Sigues mirando a la puerta principal. ¿Van a venir tus padres a la ciudad ya que tenemos calificaciones pronto? Los míos siempre vienen cuando hay una gran reunión la semana anterior. Lo odio. Me estresa mucho, pero quieren estar ahí para mí.

La miré, preguntándome por qué se desvivía por hablar conmigo.

—Sí, mi padre dijo que iba a intentar venir antes. Al parecer, tiene negocios en el pueblo de al lado. —La mentira se me escapó de la lengua con demasiada facilidad.

—Eso es genial. ¿Van a cenar después?

Se me formaron arrugas entre los ojos. Tenía muchas ganas de preguntarle por qué me hablaba.

—¿Cena?

—Sí, hay planeada una gran cena entre padres y entrenadores, pero creo que ellos también lo están celebrando.

Me encogí de hombros, aplicando tiza a mis pies también.

—Quizás, no tengo ni idea.

—Bueno, me imaginé que como recientemente...

—¡Chicas! Pónganse en fila en el suelo. —Madeline gritó, cortando a Reagan.

Salvada por el entrenador.

Le sonreí a Reagan.

Empezamos con pases ligeros de volteretas cruzados con habilidades de baile antes de empezar a practicar nuestras rutinas una y otra vez. La semana anterior a un encuentro era siempre muy agitada pero emocionante. Al menos lo era para mí. Mucho trabajo y estrés. Muchos entrenamientos que agotan la energía. Algunos dirán que es demasiado entrenamiento, pero era necesario.

Diez cámaras acorazadas, incluidos los temporizadores.

Diez rutinas de viga.

Dos rutinas de suelo completas.

Rutinas de cinco barras.

Esta fue mi vida durante los siguientes tres días y la mayor parte de ella alimentada por la adrenalina, la memoria muscular y un sueño. Un sueño que podía ser arrancado si cometía un error y me hacía daño.

Realicé una disposición de salto hacia atrás cuando algo me llamó la atención.

Rebotando del suelo, miré hacia el vestíbulo y vi la espalda de Kova justo a tiempo cuando entraba marchando hacia la parte de atrás, presumiblemente a su despacho.

Sonreí para mis adentros. Esperaba que hubiera leído lo que había escrito antes de venir aquí. Así, tal vez podríamos hablar cuando me hiciera otro masaje en el Aquiles esta noche, cuando no hubiera nadie cerca. También tenía que preguntarle si había recogido el Plan B para mí. Realmente no quería tomarlo, pero después de la noche anterior, no podía arriesgarme. Hice una nota mental para pedirle a mi médico un anticonceptivo cuando hablara con él más tarde. Mis calambres habían sido terribles últimamente, mis ciclos estaban alterados y mi último período fue mucho más abundante de lo habitual, así que siempre podía usar esa excusa para tomar anticonceptivos.

Diez minutos después, Kova entró en el gimnasio. La expectación se apoderó de mi vientre al verlo. Le lancé una rápida mirada. Me miró y luego desvió rápidamente la mirada hacia el suelo.

Kova señaló una de las esquinas.

—Pónganse en fila. Ya saben lo que les espera en la semana, señoritas. No espero nada menos que la perfección de todas ustedes. Los ganadores se entrenan. No quiero oír ninguna queja esta semana. Empecemos.

Caminando enérgicamente hacia la esquina opuesta, arrastró una alfombra de aterrizaje y se situó un poco delante de ella. Dando una palmada, nos indicó que empezáramos. Holly fue la primera. Comenzó a correr hacia él, Kova dobló las rodillas y observó sus pasos, luego se acercó a su forma de correr, calculando cuándo iba a tomar vuelo y dar una vuelta. Se acercó a ella y levantó los brazos en el aire para ayudarla a girar. Su camiseta se levantó, mostrando un indicio de su tonificado estómago, mientras le agarraba la cintura con el antebrazo y la guiaba para que se detuviera con el otro brazo una vez que ella ejecutara un doble giro.

Le dio instrucciones y asintió con la cabeza, luego hizo un gesto para llamar a Reagan. Repitió su postura y la miró mientras ella echaba a correr. Cuando ella iba a realizar un doble giro hacia atrás, él le levantó la parte inferior de la espalda con la mano en la primera rotación para darle un poco más de altura, y luego levantó los brazos en el aire para detectar su aterrizaje, moviéndose con ella mientras giraba.

Entonces, me hizo un gesto con la cabeza y pasó a ser estrictamente el modo entrenador. Al arrancar, realicé un full-in, una doble torsión con la primera torsión realizada en la primera torsión. Sus brazos se levantaron, ayudándome a girar mi giro un poco más rápido, levantando la parte inferior de mi espalda para obtener más altura y luego poniendo su mano detrás de mi espalda para detener la potencia.

—Bien —fue todo lo que dijo cuando aterricé. Lo miré, pero ya estaba buscando a Holly, haciéndole señas para que se fuera.

Fruncí el ceño. ¿Bueno? ¿Eso era todo? Les había dado sugerencias a mis compañeras de equipo y todo lo que obtuve fue bueno? No quería oír que lo había hecho bien, es decir, por supuesto que lo había hecho, pero quería oír más dónde necesitaba mejorar. Siempre había espacio para mejorar y sabía que Kova vivía según eso.

Presté atención a Holly y a Reagan. Kova les dio a ambas sugerencias detalladas.

Cuando llegó mi turno de nuevo, le miré a los ojos, pero no me miraba a mí, sino que observaba mis pies para prepararse a estudiarme.

Realicé otra entrada completa. Tenía tanto impulso que reboté y di una patada hacia atrás con una pierna. Mi corazón se desplomó y Kova me puso una mano en el estómago para detenerme, luego la retiró rápidamente como si tocarme le quemara la piel.

Sabía que mi error se debía a que mi pecho estaba demasiado cerca del suelo, un aterrizaje típico durante los calentamientos.

Y no dijo nada. Absolutamente nada. Este era un hombre al que no le gustaba cómo respiraba en la barra de equilibrio y me gritaba por ello. Pero doy un gran paso en el suelo y él se queda callado.

Algo no estaba bien.

Miré a Kova, pero él miraba por encima de mi cabeza en busca de Holly, evitando a propósito mi mirada. Un dolor agudo me atravesó el pecho y me froté el dolor.

Esperé a que Kova me diera instrucciones.

Pero nunca llegó nada. Solo siguió mirando por encima de mi cabeza. Se me hizo un nudo en el estómago y se me cayó la cara de vergüenza cuando sentí que los muelles del suelo retrocedían por el despegue de Holly. Sin más remedio que quitarme de en medio, volví a la fila.

Lo mismo ocurrió las siguientes diez, quizá veinte veces que fui. Perdí la cuenta. No me dijo nada, apenas me vio físicamente, no es que lo necesitara, y no me miró a los ojos. Distante y desapegado, después de la noche anterior, esto era lo último que esperaba de él. Kova era un frío desconocido al límite.

Su falta de atención me estaba haciendo perder la cabeza. A Kova le encantaba ladrar órdenes, pero a mí no me daba ninguna. Ni siquiera un suspiro. Exigía precisión, perfección y dedicación. Mi dedicación estaba ahí, pero la forma en que se comportaba, fingiendo que nada de lo que hacía importaba, cuando yo sabía en mis entrañas que todo lo que hacía le importaba, echaba por tierra mi perfección y mi precisión. Yo sabía que él lo sabía, tenía que saberlo. Era imposible que no se diera cuenta que yo no estaba bien. El hombre tenía un ojo de águila, y sin embargo me lo estaba ocultando, y eso estaba haciendo que el calambre en mi estómago fuera mucho peor porque no podía dejar de pensar en ello.

Me mordí el labio, tratando de averiguar qué decir cuando finalmente habló:

—Por favor, vuelve a la fila, Adrianna —dijo por encima de un susurro, todavía sin mirarme—. Por favor. —La dureza de su voz me dejó sin palabras. Lo único que pude hacer fue asentir en silencio y darme la vuelta.

Mientras caminaba hacia el extremo opuesto de la planta, la puerta principal de la World Cup se abrió y entró Katja.

Dios, era la perfecta Barbie rusa. Al subir sus gafas de sol para que descansaran sobre su cabeza, algo brilló a la luz mientras movía su cabello. Su mirada se dirigió inmediatamente al gimnasio. Miró a su alrededor como si estuviera buscando algo específicamente... y sus ojos se detuvieron en mí. Le dirigí una sonrisa amistosa, pero ella no la devolvió.

En cambio, su mirada hostil recorrió mi cuerpo y me puse rígida, a pesar que el corazón me latía contra las costillas. Un escalofrío me recorrió la espalda y se me revolvió el estómago.

Todo el ruido de fondo se desvaneció e inmediatamente miré por encima del hombro a Kova. Estaba de pie con las manos en las caderas, observando atentamente a Katja, pero no la miraba con el corazón en los ojos.

No, él la miraba como si estuviera aterrorizado de estar a punto de perderlo todo, a pesar de su postura de confrontación.

Volví a mirar hacia Katja y sus ojos seguían fijos en mí. Me deshice de ella y caminé hacia la fila mientras Kova se dirigía hacia ella. Abrió la puerta y se acercó a ella, depositando un beso en su mejilla. Miré alrededor del gimnasio para ver si alguien había notado algo, pero parecía que no lo habían hecho. Holly y Reagan tenían su propia conversación, y Madeline observaba a Kova y Katja con una gran sonrisa en la cara. El resto del gimnasio estaba en su propio mundo.

Confundida, volví a mirar a mi alrededor. Me estaba perdiendo de algo, pero no sabía qué.

Tratando de no dejar que la incomodidad de la situación me molestara, me sacudí y salí corriendo y completé otro pase de volteretas, aterrizando bien esta vez.

Se me formó un calambre en el estómago y miré a mi alrededor, tratando de no detenerme en Kova y Katja y hacer que pareciera que estaba distante. La piel se me erizó de conciencia, pero nada parecía fuera de lo normal.

Tal vez era solo yo. Mis nervios estaban al limite, y yo era culpable de acostarme con su hombre.

Volví a ponerme en la fila y observé a Holly dando vueltas. Reagan se puso detrás de mí y mi instinto me dijo que no diera la vuelta.

Pero lo hice. Tenía una reunión próximamente y tenía que practicar. Volví a correr y oí a Reagan decir algo a Holly sobre la celebración justo cuando empecé mi pase de volteretas a mitad de la pista, pero accidentalmente hice un undercut, lo que dificultó la realización de la siguiente secuencia de habilidades debido a la mala colocación de mis manos. No hice el doble giro hacia atrás, en su lugar, hice una simple disposición hacia atrás a medio vuelo.

Intenté no mirar hacia el vestíbulo, pero lo hice. Lo único que pude ver fue el movimiento de los labios y los sorprendentes ojos de Katja fijados en Kova. Sus ojos se desviaron hacia mí y rápidamente desvié la mirada, fingiendo que estaba mirando a otra parte.

Definitivamente me sorprendió mirándola. El sentimiento de culpa me consumió y mantuve la mirada fija en el suelo mientras volvía a la fila.

Estaba demasiada avergonzada, pero no lo estaba. Necesitaba algo que ella no podía darle, y lo encontró conmigo.

—Sí, me alegro mucho por ellos —dijo Reagan alegremente a Holly. Me apliqué un poco de tiza en las manos para absorber la humedad y luego estiré las muñecas, flexionándolas hacia adelante y hacia atrás, presionando las palmas. Últimamente me dolían por el fuerte impacto que recibían a menudo. Tendría que sacar las muñequeras de mi bolsa para estar segura.

—Yo también —respondió Holly—. Ya era hora. Quiero decir, sabía que al final se casarían después de todo lo que ha pasado. Parecen tan enamorados.

Levanté la cabeza y miré fijamente a Holly, pero Madeline me llamó para que me fuera. Reagan me miró con demasiada curiosidad y me esforcé por apartar la mirada.

Pero no lo hice. Nuestros ojos se fijaron el uno en el otro y algo tierno cambió en sus ojos que lo decía todo, *todo lo que* necesitaba saber.

Parpadeé. No había manera.

Mis labios se separan, mi pecho subía y bajaba más rápido con cada toma de aire.

—*¡Adriana! Hoy!* —gritó Madeline, aplaudiendo, pero yo no podía apartar los ojos de los de Reagan ni permitir que mi mente dejara de repetir lo que acababa de oír una y otra vez.

No puede ser. Es imposible que Kova me haga eso. No después de haberme hecho el amor anoche.

—Adrianna —dijo Reagan suavemente—: déjame ir primero. —Mis ojos vacíos se desviaron hacia los suyos, pero la ignoré y tomé mi posición.

Mi mente pensó en el brillo que había visto cuando entró. Sentí que sería capaz de detectar un anillo de compromiso.

El nudo de mi estómago se apretó. ¿Acaso no me había dado cuenta?

—Sigue yendo y ahora vuelvo —dijo Madeline, y luego se alejó corriendo hacia el vestíbulo.

Inhalando y luego exhalando una gran bocanada de aire, traté desesperadamente de concentrarme mientras me levantaba en puntas de pie y me inclinaba hacia adelante. Empecé a correr, mirando a la esquina, y me incliné hacia un redondel, mi mente repitiendo su conversación.

"Ya era hora".

"Con el tiempo, se casarían".

"Parecen tan enamorados".

Era imposible que Kova no me dijera si se casaba, sobre todo después de la última noche. Mi mente tenía que estar jugándome una mala pasada, tenía que ser así.

No, pensé mientras mis pies golpeaban el suelo y me inclinaba hacia atrás en mi salto de retroceso. *Al final* significaba que se habían casado, pensé mientras rebotaba y alcanzaba el cielo, convirtiéndome en un giro completo, y rotando mis caderas para poder hacer una doble voltereta hacia atrás.

Pero no lo hice.

Solo ejecuté un giro y aterricé con los dos pies, con un dolor agudo que me subió por la pierna. Fingí un rebote y me agarré la pierna, luego me alejé cojeando, fingiendo que no había ocurrido y que me estaba estirando. Esta vez, mantuve la mirada estrictamente en el suelo mientras volvía a la esquina, aunque notaba que me miraban.

Holly estaba frente a mí cuando pronuncié las palabras a Reagan, aunque mi atención estaba en cualquier parte menos en ella.

—¿Están casados? —pregunté, moviendo apenas los labios. Sabía que no debía preguntarle, mi tono delataba mucho, pero no podía no hacerlo. Tenía que saberlo. Tenía que saberlo.

Mis ojos se dirigieron a la escena del vestíbulo. Vi cómo Madeline se inclinaba y besaba la mejilla de Katja. Supuse que habían intercambiado palabras de alegría, a juzgar por sus expresiones de felicidad y por cómo Madeline levantó la mano izquierda de Katja, pero ella bloqueó la vista.

Mi corazón se desplomó. *No... No* puede ser. Simplemente no podía.

—Me enteré hace dos días por mi madre. Pensé que tú también lo sabías —dijo Reagan en voz baja. Sacudí la cabeza, mirando al frente—. Por eso hay una gran cena de celebración para los padres y los entrenadores esta noche.

Se enteró hace dos días.

Todo el aire abandonó mis pulmones.

Mi pecho se derrumbó y luché por conseguir oxígeno mientras mis ojos se clavaban en los ojos apenados de Kova, que me suplicaban, literalmente, perdón.

Kova estaba casado. No. No había forma que se casara, y mucho menos que me dejara en la oscuridad para que todos lo supieran menos yo. No era tan cruel.

Las lágrimas me hacían cosquillas en los ojos, me dolía la mandíbula con un dolor tan intenso que luchaba por ocultar mis emociones. Kova sacudió sutilmente la cabeza, pero lo ignoré.

No entendía por qué negaba con la cabeza, pero me negaba a permitir que esta bomba me desconcentrara. Me negué. No después de lo lejos que había llegado.

Con los pies juntos en la esquina, hice un esfuerzo para completar otra voltereta... pero no pude. Mi mente nublada no me lo permitía. Terminé ejecutando una habilidad, algo tan simple y casi mundano para mi nivel, y luego volví a la fila, totalmente vacía por dentro.

No pude evitarlo y lancé una breve mirada por encima del hombro hacia Kova. Sus ojos ya me buscaban y lo único que pude pensar fue: *te casaste con ella.*

Sus ardientes ojos verdes me sostuvieron la mirada durante un largo momento y la fría convicción que había en ellos me hizo apartar la mirada.

Me dijo todo lo que necesitaba saber. Todo.

Kova, de hecho, estaba casado.

Capítulo 61

Me obligué a mirar en dirección contraria para ocultar la angustia en mis ojos.

Kova se casó y yo fui la última en saberlo.

—¿Así que se casaron hace dos días? —le pregunté a Reagan, mascullando la pregunta.

—No, me enteré hace solo dos días. —La miré con ojos curiosos para ver si sabía cuándo—. Al parecer, se casaron hace unos meses —susurró.

Jadeé. Un nudo del tamaño de una pelota de tenis se alojó en mi garganta, mi mano voló a mi pecho palpitante.

¿Hace unos meses? Eso no puede ser correcto. Porque si lo fuera, entonces Kova tuvo mucho tiempo para decirme que de hecho estaba casado con Katja, y no lo había hecho. Ni siquiera sabía que estaban comprometidos.

No solo eso, él había tenido sexo conmigo la noche anterior. Todavía tenía su semen en mí.

Intenté con todas mis fuerzas no llorar. ¿Por qué iba a hacerlo? No me había prometido nada, y no debería haber esperado nada más que la verdad y la honestidad porque de todas formas no éramos nada, así que no debería dolerme, pero lo hizo. Ni en un millón de años vi venir esto. Kova debió ser quien me mirara a los ojos y me rompiera el corazón. No tendría que haberme enterado por las malas lenguas, tendría que haberme dicho que iba a pedirle a Katja que se casara con él.

Pero no lo había hecho, y yo no sabía qué pensar al respecto.

Volví a mirar el vestíbulo y me aparté para dejar pasar a Reagan y poder verlo por mí misma. Tenía que ver el anillo, eso lo haría oficial.



Sucedió que Madeline se hizo a un lado para volver a entrar al gimnasio…

Y vi el enorme anillo de compromiso de varios diamantes y la llamativa alianza de oro que no podía confundirse con otra cosa que no fuera una mujer muy casada.

Mis ojos borrosos se dirigieron a los de Kova. Parecía totalmente desconsolado, devastado, era obvio que se sentía fatal, pero no me sentí mal por él. No me lo permitía, aunque era difícil no hacerlo cuando estaba atada a él de una forma que no estaba segura de poder cortar, por mucho que lo intentara.

Kova me había traicionado.

En este momento, supe que no había forma de sentirme mal por él con lo desolada que me sentía por dentro. No había manera, cuando a él no le importaba una mierda yo.

Quería meterme en un agujero, prenderme fuego y tener una muerte dolorosa.

No me quedaba ninguna emoción que dar; todo mi ser había sido succionado. Simplemente no podía. Kova debió ser suficientemente hombre como para decirme la verdad. Quiero decir, ha tenido meses para al menos intentar decírmelo, y sin embargo nunca lo hizo. Me estaba rompiendo por dentro. Justo cuando pensaba que no podía sentir más dolor del que sentí cuando supe la verdad sobre mi madre, esto lo superó todo. Kova me destruyó, y yo fui la estúpida que se lo permitió.

Mi mente volvió a la noche anterior, cuando él estaba dentro de mí y repitiendo las palabras en ruso.

Oh, Dios. ¿Me estaba diciendo mucho más en ese momento y no me di cuenta? Había estado tan perdida intentando ayudarle a aliviar su dolor que no había pensado en nada más. Me iba a poner enferma. Había querido buscar las palabras, pero se me había olvidado.

Debí saberlo. Realmente debería haberlo sabido. Sabía que Kova se expresaba a través del tacto, a través de su beso, a través del sexo. Solo que nunca hubiera pensado que esto era lo que estaba tratando de decirme.

La ignorancia en su máxima expresión cuando alguien intenta curar el dolor de otro.

Aparté la mirada y traté de concentrarme en el pase de volteretas que debía completar. Intenté pensar en cada habilidad, en la física de la misma, y luego la visualicé.

Por el rabillo del ojo pude percibir que alguien negaba con la cabeza. Vi a alguien moverse.

Pero no lo registre.

Inclinándome hacia el paso de la caída, intenté concentrarme en la habilidad que tenía entre manos, pero todo pasó en un abrir y cerrar de ojos.

Di unos cuantos pasos, me lancé con fuerza hacia un giro, hacia el salto de manos hacia atrás, que me aseguré de extender y no de reducir, y mi mente se remontó a la noche anterior, cuando Kova habló en ruso; mis pies golpearon el suelo y levanté los brazos tan alto como pude y empecé a girar hacia el giro -al escuchar las palabras en ruso pensé que me estaba pidiendo ayuda, por la forma en que me miraba-, girando hacia el primer giro, girando mis caderas de nuevo hacia el segundo giro, pero algo sucedió, y entré en pánico en el aire antes de poder completar la habilidad.

Me asusté en pleno vuelo.

No ejecuté el segundo giro y mi cuerpo se movió por sí mismo. Me moví y giré como mi cuerpo quiso sin apenas control para detenerlo. De vez en cuando, esto sucedía, y cuando lo hacía, no podía controlarlo. Era imposible. Lo único que mi cerebro podía procesar era doblarme en una bola para no romperme un hueso al caer.

Y así, eso es lo que hice. Me abracé con fuerza mientras mi espalda impactaba con el suelo. Golpeé tan fuerte que mis brazos se agitaron y se aflojaron, mis rodillas golpearon mis pómulos. Mi cabeza se echó hacia atrás, la parte posterior de mi cabeza golpeó el suelo de moqueta del muelle, y ahogué una bocanada de aire. Mi cuerpo rebotó, y me solté hasta que volví a volcar, aterrizando desordenadamente en el suelo, esta vez tratando miserablemente de agarrarme.

Jadeando con fuerza, me agarré el tobillo herido, el dolor me atravesó. En algún momento me hice daño al intentar aterrizar, pero no podía saber dónde. No sentía que fuera mi Aquiles, más bien una torcedura, pero no podía pensar bien para concentrarme en ello.

Rodé sobre mi espalda y me sujeté el tobillo hasta que rodé sobre mis rodillas y traté de obligarme a levantarme rápidamente para sacarlo de mi espalda, como si nada hubiera pasado. Contuve la respiración. No cayeron

lágrimas. No las dejé, porque sabía que si lo hacía, lo perdería todo y no podría parar.

Kova llegó corriendo al suelo y lo miré con asco y decepción. Intentó ayudarme a levantarme, pero lo aparté. Volvió a intentarlo.

—Ria —dijo en voz baja, tratando de ayudar, recogiéndome en sus brazos.

—Aléjate de mí —casi grité y aparté sus manos—. Estoy bien.

—Por favor —suplicó, tratando de levantarme—. Deja que te ayude.

—¿Ayudarme? —dije, burlándome sarcásticamente. Me levanté, incapaz de establecer contacto visual con él. Empujando las lágrimas, me ahogué—: Has hecho mucho.

Salí cojeando hacia la salida, pero la única forma de salir era pasando por delante de Katja. Exhalé un suspiro, puse una fachada de felicidad y me dirigí al vestíbulo.

Nunca me había aterrado tanto encontrarme con alguien cara a cara. Sabía, en el fondo de mis entrañas, que Katja sabía la verdad. No podía negarlo.

—Felicidades, Katja —dije con una sonrisa alegre mientras me balanceaba sobre un pie.

—*Spasibo* —respondió ella, con un brillo en los ojos.

Gracias. He descifrado esa. Volví a sonreír y pasé junto a ella.

—Sabes, Konstantin quería mantenerlo entre nosotros durante los últimos dos meses, pero yo no podía esperar más —dijo exuberantemente—. Solo quería gritarlo desde lo más alto de mis pulmones.

—¿Los últimos dos meses? —pregunté en contra de mi buen juicio. Tenía que oírlo de la boca del caballo.

—Sí, ¿no lo sabías? —dijo, con una ceja levantada, los ojos clavados en los míos—. Konstantin me pidió que fuera su esposa para siempre. Cuando dije que sí, no pudo esperar y me hizo su esposa al día siguiente.

Incliné la cabeza hacia un lado… esperando… muriéndome… hasta que se estrelló contra mí. Kova se casó la semana que supuestamente estaba enfermo.

El vodka cura lo que los medicamentos no pueden, había dicho. Me imaginé que era una de esas personas, como mi padre, que no creía en la medicina y se bebía su enfermedad.

Pero no estaba enfermo. Se iba a casar y a beber hasta el final. No es de extrañar que estuviera tan arreglado en las fotos que me enviaba. Ahora lo creía firmemente.

—Nos casamos hace dos meses —afirmó. No me gustó la forma en que me miró. La mirada de sus ojos era demasiado vengativa, como si supiera algo que yo no sabía.

Dos meses.

Dos. Meses. Hace dos meses. Kova se casó con Katja.

Cerré los ojos. Dios, apenas podía respirar. El dolor que me abría de par en par me dolía mucho.

Kova y Katja se casaron hace dos meses. No podía quitarme ese número de la cabeza. Hace dos meses le puso un anillo en el dedo y le prometió serle fiel el resto de su vida, y anoche me hizo el amor y se corrió dentro de mí.

Hice equilibrio sobre un pie, con las puntas de los dedos del otro. Me iba a poner enferma. Había demasiadas oportunidades en los últimos dos meses para que me dijera que estaba jodidamente casado.

Tragándome mis emociones, miré rápidamente a Kova y luego a Katja con cara seria. Tenía que actuar como si no fuera un gran problema. Así que puse una sonrisa soleada mientras mi corazón se rompía. Tenía que fingir que no me mataba por dentro, cuando en realidad me estaba destruyendo.

—No tenía ni idea, ni tampoco mis otros compañeros de equipo, pero las cosas se han agitado desde que empezó la temporada de encuentros.

—Ah, típico Konstantin. Es un hombre tan honorable. Pone a todo el mundo por delante de él. Le he dicho que cuando nos vayamos de luna de miel pienso asegurarme que se relaje lo suficiente —ronroneó.

Joder.

—Sí —dije—. Que lo haga. Estoy segura que le vendrá bien el descanso. —Hice una pausa, dando una sonrisa muy vacía pero realizada para despistar. A pesar de mi falsa madre, aprendí de los mejores. De todos modos, ella no

notaría la diferencia—. Si me disculpas, tengo una cita en la que tengo que estar —mentí entre dientes.

Mi cita no era hoy. Ni siquiera tenía una. Lo único que sabía era que tenía que salir de allí porque, si no lo hacía, en cualquier momento se iban a romper las presas, y no quería desmoronarme dentro del Word Cup cuando lo hicieran.

—Por supuesto —dijo ella.

Me di la vuelta y me dirigí a la zona de taquillas, donde abrí mi taquilla e intenté sacar mi bolsa de viaje. Se quedó atascada entre las paredes metálicas, así que empecé a tirar y empujar con fuerza, gruñendo y al borde de las lágrimas cuando alguien se inclinó sobre mí y me ayudó a sacar la bolsa.

Miré por encima de mi hombro y me encontré con una Reagan arrepentida.

¿Por qué demonios... por qué estaba siendo amable y ayudándome? Sacudí la cabeza, sin tener tiempo para pensar. Me entregó el bolso y yo rebusqué las llaves y el celular. Cuando no los encontré, los sacó y me los dio.

Casi me derrumbo por eso.

—Solo vete —dijo en voz baja.

Así que lo hice.

Me eché mi bolso al hombro, me tragué todas las emociones que sentía y salí de Word Cup con la cabeza alta.

—¡Felicidades, chicos! Volveré más tarde. Me voy a la tutoría —dije, y luego abrí la puerta de un empujón. Aspiré una gran bocanada de aire y me dirigí a mi camioneta mientras sonaba mi teléfono celular. No reconocí el número, así que no contesté.

Una vez que llegué a mi auto, miré mi teléfono y vi que quien había llamado había dejado un mensaje de voz.

Expulsando una respiración pesada tras otra, escuché el buzón de voz:

—Hola, Srta. Rossi, esta es la oficina de su médico. Hemos tratado de comunicarnos con usted en relación con los resultados de sus pruebas. Es imperativo que se ponga en contacto con nosotros inmediatamente para programar una cita para venir a revisarlos.

Las lágrimas cubrieron mis pestañas. Al salir del mensaje, agarré la manilla de la puerta y me dejé caer contra el lateral del auto. Apreté los ojos, podían esperar. Seguro que mañana llamaría a los médicos. Pero hoy no. Hoy no podía hacer nada más que enfurruñarme en un rincón oscuro y llorar.

Aspirando una bocanada de aire, busqué entre mis contactos y llamé al único amigo de verdad que me quedaba. Mi pecho subía y bajaba tan rápido, apretándose, que pensé que estaba al borde de un ataque de pánico. Apenas podía recuperar el aliento.

—¿Hola?

Jadeé, mi barbilla tembló.

—¿Hayden?

—Aid —murmuró en voz baja. Hayden no era estúpido, sabía que Kova estaba involucrado por el sonido de mi voz—. ¿Qué pasa? ¿Estás herida?

—No estoy herida, pero... yo... —No me molesté en ocultar el crujido sin aliento en mi voz.

Kova estaba casado.

Kova estaba casado.

Kova estaba casado.

Se me hundió el pecho y me temblaron las rodillas. Estaba mareada y a punto de desmayarme. Dios, el dolor era tan fuerte. Confié en él. Le di todo y lo único que hizo fue engañarme. Todo lo que salía de su hermosa boca era una mentira que mi corazón guardaba.

Para Kova, las mentiras equivalían a respirar aire. Era asombrosamente aterrador el grado de destrucción que una persona podía causar con un desliz de lengua.

Mi cabeza era un desastre y no podía pensar con claridad. Las lágrimas comenzaron a caer tan rápido que no pude detenerlas. Empecé a llorar, el hipo en mi voz no se podía ocultar.

—Yo... te necesito —me atraganté.

—¿Dónde estás? —Podía oír la urgencia en su voz.

—World Cup... junto a mi auto.

—En mi camino. Quédate ahí. No te muevas.

Colgué el teléfono y me quedé mirando mi reflejo en la ventanilla tintada, congelada. Lo supiera Kova o no, me había destrozado. Me agarré con más fuerza al pomo de la puerta, pero no podía moverme. El mundo daba vueltas a mi alrededor mientras yo giraba en dirección contraria, las paredes se acercaban con cada giro. Mi respiración se hizo más profunda hasta que las costillas aplastaron mi corazón roto y luché por respirar.

Yo era una tonta. Una joven e ingenua tonta que se comía las mentiras para desayunar y las soltaba tan rápido como Kova. Éramos iguales, y sin embargo no lo éramos, porque nunca, jamás, había hecho daño a alguien como él me lo hizo a mí.

Parpadeé y me di cuenta de algo. Anoche, cuando Kova estaba dentro de mí y yo intentaba aliviar su dolor, habló muchas cosas en ruso, pero hubo una palabra que dijo una y otra vez y que yo había querido buscar.

Prosti.

Abriendo la puerta de mi auto, me arrastré al interior y busqué en Google lo que significaba *prosti*.

Tardé dos segundos en darme cuenta. Un escalofrío me recorrió los brazos mientras miraba con absoluta conmoción.

—Lo siento —susurré en voz alta.

Kova lo sentía, porque lo sabía, y no me lo dijo. Lo sabía, y lo peor era que tomaba lo que yo daba tan libremente... porque lo amaba.

Me encantaba Konstantin Kournakova.

Me enamoré de este hermoso hombre ruso, que poco a poco me destruyó, y no tenía a nadie a quien culpar sino a mí misma.

Fue sorprendente. Me llevé la mano al pecho mientras luchaba por respirar. Mis ojos recorrieron el auto, el salpicadero negro, los asientos de cuero y la madera. Inhalé el fresco aroma a auto nuevo y quise vomitar. El auto se hacía más pequeño, los asientos se acercaban. Apreté los ojos y traté de bloquearlo. Necesitaba salir.

—*Prosti.*

Oh, Dios. La realidad que lo amaba y lo que el amor me hacía hacer, me destrozó por completo. Creí todo lo que había dicho, había malinterpretado

su toque, su beso. Mientras pensaba que estaba expresando su amor, en realidad estaba rompiendo mi corazón. Me perdí ante él y él lo tomó. Él no se preocupaba por mí. No había manera que Kova se preocupara por mí, o habría hecho algo, cualquier cosa, para evitar la agonía que me desgarraba. Él no me amaba, igual que mi madre no me amaba. Nunca sería suficiente para nadie.

No estaba segura de cómo iba a recuperarme del daño que había causado. Era fuerte, pero no podía soportar mucho.

Mi corazón pedía ayuda. Necesitaba a Hayden. Él era mi único amigo. El único que no me causaba dolor, agotamiento y devastación. La única constante en la que podía apoyarme cuando las cosas se ponían difíciles.

Solo pasaron unos minutos y un montón de lágrimas y jadeos hasta que estuvo allí abriendo la puerta de mi auto y tirando de mí en su abrazo. Me hundí en el pecho de Hayden, sintiendo su calor, aunque tuviera tanto frío por dentro. Temblé, se me puso la piel de gallina en los brazos y se me doblaron las rodillas. Apreté su camisa y lloré en silencio mientras su mano frotaba lentos círculos contra mi espalda, abrazándome con fuerza mientras me perdía.

—Todo irá bien, Aid, te lo prometo —dijo Hayden en voz baja, y luego me besó la parte superior de la cabeza—. Prometo quitarte el dolor. Déjame llevarte lejos de aquí.

Asentí con la cabeza y exhalé.

Éramos un equipo, había dicho. *Yo exhalo y tú inhalas.*

Pasó mucho tiempo cuando mis ojos no pudieron producir más lágrimas. Sentí que me apagaba completamente por dentro. El agotamiento se apoderó de mí, me quedé sin ninguna emoción.

Todo el mundo tiene un punto de ruptura, y yo acababa de alcanzar el mío.

Estaba muy cansada. Cansada de pensar. De sentir. De estar herida. De dar.

Solo quería *liberarlo* todo, y así lo hice… con Hayden.



LUCIA FRANCO

execution

LIBRO 2

Continuara...

¿Cuánto lucharías por recuperar lo que es tuyo?



LUCIA FRANCO

execution

LIBRO 2

Acerca de Lucia Franco

Lucia Franco reside en el soleado sur de Florida con su esposo, dos hijos y dos adorables perros que la siguen a todas partes. Fue atleta de competición durante más de diez años -gimnasta y animadora-, lo que inspiró en gran medida la serie Off Balance.

Su novela Hush, Hush fue finalista en el concurso Stiletto 2019 organizado por Contemporary Romance Writers, un capítulo de Romance Writers of America. Sus novelas están siendo traducidas a varios idiomas.

Cuando Lucía no está escribiendo, puedes encontrarla relajándose en la arena de una playa cercana. Se alimenta de cafeína, zumo de apio, limonada de lavanda, sol abrasador y cuatro horas de sueño. Ha escrito nueve libros y tiene previstos muchos más en los próximos años.

¿Cuánto lucharías por recuperar lo que es tuyo?